

J. F. MORGAN

MISS

*Nicholls*

Click  
EDICIONES

# Índice

Portada  
Portadilla  
Dedicatoria  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Diario de un naufragado

1

2

3

4

5

6

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# MISS NICHOLLS

J. F. Morgan



*Para todos los lectores que me acompañaron a Irlanda junto a Sophie,  
os dedico esta historia de amor, muy preciada para mí*

## Capítulo 1

El resplandor de la aurora apenas asomaba su rubor en el albo cielo. La luz penetraba escasamente en la habitación de la joven. Cloé no había dormido en exceso esa noche debido a sus impacientes nervios. Cuando resonó el timbre del reloj, se hallaba ya acicalada y ataviada para abrazar con ansia su primer día de trabajo, razón de su anticipado despertar. Aguardaba en el borde de la cama, la mirada fija en un punto inmóvil a la espera de aquel tintineo. —Bip, bip, bip—. Apagó el despertador, respiró hondo y se alzó con ademán decidido. Se dirigió a la cocina yuxtapuesta al comedor y al salón del amplio apartamento urbano, donde vivía con su madre y su primo. Preparó su bienvenida achicoria de la mañana mientras sus ojos, cuyos matices se fundían entre un abanico de grises y un exuberante azul de Prusia, escudriñaban una sombra en el suelo. Avanzando con sigilo por las tablas del parqué, apareció su amigo de brillante pelaje pavoneándose.

—Buenos días, Mr. Wilde —deseó la cándida y recién diplomada universitaria a su meloso felino. Serpenteaba ahora entre sus tobillos. Lo asió por el tupido pecho y lo acunó con ternura entre sus brazos.

Cabe destacar que aquella joven siempre se había empapado, desde tierna edad, de literatura victoriana inglesa manuscrita por personajes de innatos dones, los cuales combinaban con gran pericia tramas sentimentales con una narrativa poética. Así el chartreux, también llamado gato cartujo, de piel azulina y ojos cobrizos, adoptó aquel nombre de peculiar procedencia.

—¿Pero ya estás vestida, hija? —preguntó la voz, un tanto enlatada debido al reciente abandono de su plácido descanso.

Una mujer rubia de visos pelirrojos, los ojos bañados en somnolientas brumas, se desperezaba entretanto bostezaba. El cabello alborotado barría sus hombros con tirabuzones. Caminaba descalza cual diosa de los bosques. Vestía un pijama masculino a rayas, dos tallas mayores que la suya.

—Buenos días, mamá. —Casi sonrió; la inquietud del inminente salto a la vida laboral no le permitía estirar los labios con espontaneidad, como habituaba.

—Buenos y prósperos días, cariño mío —indicó la mujer, que aparentaba unos lozanos treinta y cinco años, pese a haber consumado más de cuarenta.

—La euforia me ha tenido en vilo toda la noche. Casi no he pegado ojo. —Vertió el agua, ardiendo y humeante, en su taza y, segundos más tarde, en la que su madre le tendía.

Ambas abrieron distintos armarios de las alacenas para procurarse sus condimentos. Margaret,

una bolsita de té de jazmín. Cloé, sirope de agave para su achicoria. Obraron acompasadas, como bailarinas coreografiadas. La extrovertida Margaret buscaba el pan de molde, mientras su hija, la mantequilla vegetal.

Cinco años habían transcurrido desde que la avispada mujer introdujo a su hija en el veganismo. Asunto esencial para Cloé, pues lo consideraba más trascendental cada día, como un gran porcentaje de la población británica.

Cloé Emma Grace Nicholls, a falta de carecer de nombres, había cursado en la London School of Economics una carrera de Derecho; su padre así se lo había impuesto desde su adolescencia temprana. Siendo ésta su única hija, ansiaba mantener la herencia familiar de los Nicholls. Un prolongado linaje instruido en el estudio de las leyes. Un abuelo juez, un padre matrimonialista y un tío notario, al igual que un novio bien aventajado, que ocupaba el puesto de ayudante del fiscal de la Corona. Ella, en cambio, no aspiraba a tales títulos. Al principio debería contentarse con los casos simples que un mero abogado defendería, puesto que le faltaban años de pasantía para alcanzar su meta.

Ese mismo día emprendería su formación en un renombrado bufete londinense. Dada la distinción de tal empresa, su amado y respetable novio, Charles Dunbridge, nueve años mayor que ella, la había empujado a adentrarse en la solemne sociedad aristocrática de la cual solía huir desde que su padre le abrió las puertas del exclusivo círculo. De ser suya la elección, jamás habría ido a parar allí. Sobre todo a causa de la universidad que había elegido, en oposición a su progenitor, que había estudiado en Oxford, como su eximia prosapia. Con el apócrifo consentimiento de Cloé, Charles se había afanado en recomendarla en Gardiner & Sons. Tanto le aborreció ese tema a Cloé que apenas profundizó en sus indagaciones acerca del bufete, de la plantilla o de los directivos antes del día señalado.

Desde James Street, en el barrio de Marylebone, perteneciente a la ciudad de Westminster, donde residía con parte de su familia, se encaminó al centro. Fue hacia Fleet Street en metro, transporte poco frecuente para una muchacha de su cuna. Una parada se impuso junto al bufete, al encontrar un Starbucks. Aunque llegaba pronto, le faltaba determinar si prefería un *mocha* o un *té latte*, lo cual podía originarle cierta demora a la indecisa muchacha, retrasándola después de todo. Las horas pesantes de la noche ayudaron a tomar parte en su elección. Mejor un café para carburar durante toda la mañana. La espabilaría, no a sus angustiados nervios, sino a sus piernas, que bailaban como la gelatina.

Adentrándose en el exquisito vestíbulo de Gardiner & Sons, se figuró que la recepcionista la consideraría una aldeana. Aun vistiendo falda y chaqueta, su atuendo carecía de sobriedad y elegancia, pese a las compras que había realizado las semanas precedentes a fin de brindarse una imagen de seriedad. Su cabello de grandes ondas, de un profundo rubio medio y subtono ceniza natural, el cual distaba de los típicos matices británicos, lucía demasiado informal; una raya céntrica dividía los mechones que danzaban a su son. La recepcionista presentaba un moño solemne que estiraba sus facciones, borrando cualquier emoción de su rostro. Más tarde, ante Mr.

Edward Gardiner IV y Mr. Edward Gardiner V, padre e hijo respectivamente, le sobrevino una sensación que empeoró su desánimo. En su mente seguía equiparándose a una pueblerina en medio de unos magnates de Wall Street. Los Gardiner, que nunca recibían a pasantes para ofrecerles una bienvenida, hicieron una excepción con la joven a consecuencia de las relaciones con su novio. Mantuvo una circunspecta entrevista con los sucesores del bufete, siendo Edward Gardiner II el precursor de la empresa. Los antecesores de este último, no obstante, llevaban siglos en el ejercicio de la abogacía, operando en dependencias autónomas hasta formar en 1949 la compañía magistralmente estructurada.

Hasta resolver a qué departamento trasladarla, atendería la recepción, de este modo identificaría las llamadas de los clientes, muy reveladoras, según los Gardiner. Éstas le señalarían dónde y a quién dirigir asuntos civiles, penales, de familia, etcétera. La despacharon sin más información ni explicaciones.

Discurría el cuarto día, un viernes llanamente aburrido. Entendía cómo funcionaba lo básico, y ahora ambicionaba con cada hebra de su ser pasar a la siguiente etapa. Se había familiarizado con los nombres de casi todos y en qué se especializaba cada uno. Incluso sabía a quién pertenecían la mayoría de las oficinas. Salas amplias y solemnes abrigaban paredes altas recubiertas de ornamentados paneles de maderas brunas, frisos y techos artesonados. Reflejaban las labores que allí se ejecutaban. En el interior, libros por doquier colmaban las estanterías. Lámparas de banquero, y de otros estilos clásicos, alumbraban las holgadas mesas, ocultas bajo toneladas de papeles y carpetas. El bufete jurídico se situaba en una antigua finca victoriana. La fachada de piedra gris pardo, cuyas ventanas arqueadas ocupaban el primer piso, presentaba en el segundo otras rectangulares, coronadas con salientes de dos aguas que las techaban. En el segundo piso, además, asomaba un angosto balcón intransitable, con barandas, desde donde se erguían unas gruesas columnas circulares hasta el tejado. Nada más visitar aquel lugar, Cloé se había prendado de él. Veneraba este tipo de edificaciones cuyas decoraciones interiores solían restaurarse al filo de los años, en lugar de renovarse con otras más contemporáneas. Presentía que entre esas paredes se convertiría en una eficiente letrada. Claro que, para ello, primero debían colocarla en otro departamento, en consonancia con sus estudios. Pero si ése era el pequeño precio a pagar por entrar en un bufete de semejante notoriedad, entonces soportaría los pormenores de su actual puesto en la recepción hasta adquirir otras directrices. Ahora que había probado un trozo del pastel restaba importancia a quién se lo había entregado en bandeja. En contra de sus elucubraciones, de sus prejuicios, le agradaba.

Tras reponer café y refrescos en el carrito de comida, donde los integrantes del despacho jurídico acudían para beber y tomar algún bocado, regresó junto a la recepcionista, de nombre Bree.

Levantó los ojos y los dirigió hacia la doble puerta de cristal que acababa de abrirse. Un

hombre, el más bello que jamás había visto, se adentraba en el vestíbulo, maletín en mano. Su traje gris antracita —que sólo podía provenir de un sastre— dotaba a la figura del hombre de un aspecto más seductor si cabía. Desprendía un atractivo perturbador con cada donairoso paso. La adustez y el orgullo poblaban su mirada verde veronés, enmarcada con tupidas pestañas. Pasó ante ella como si tal cosa.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó tras contener la respiración.

Ninguna voz respondió a su pregunta. La muchacha se levantó de su soporífero asiento, amurallado por el mostrador de doble nivel, en acero y cristal opaco. El vestíbulo del bufete no se parecía nada al interiorismo general, redecorado con añadidos actuales.

—¡Eh, oiga! —Persiguió al forastero, cliente o merodeador. Tal vez un periodista. Muchos se infiltraban para hostigar a los abogados con incesantes preguntas sobre sus importantes casos.

—¡Cloé! —advirtió la recepcionista encargada de formarla los primeros días—. Nunca vuelvas a comportarte así con él. Es el más joven de los Gardiner. Su abuelo se retira en pocos meses, y su padre se ocupará de todos los asuntos de ahora en adelante. Y él..., bueno, como ya habrás notado, es el más... joven —repitió delatándose con una mirada lujuriosa que se traducía en «fascinante».

—Si tú lo dices... —Simuló que tan sólo se había fijado en la descortesía del espartano—. De donde yo provengo se dan los buenos días, o se es más educado —aventó la ingenua Cloé.

«¡Vaya con la recién llegada! Ni que fuera su excelencia la duquesa de York», rechistó para sí la recepcionista.

Sin embargo, la ufana Cloé se ruborizó inconscientemente por la venida del nuevo miembro, que no era nuevo al fin y al cabo, sino que ella no era conocedora de su existencia, pese a haber estudiado con avidez los nombres de los abogados, asesores, pasantes y ayudantes. Uno, sin embargo, se le había escapado. Seguramente porque no había leído más allá del apellido Gardiner, si se trataba de otro Edward.

—A él todo se le permite. Es el hijo del jefe y nieto del jefazo. ¿Entiendes?

—Sí, ya entiendo —afirmó sin ahondar en los modales de él, que tan soberbio le parecía.

—Acaba de regresar de viaje. El lunes, por cierto, empieza vuestra simbiosis. Él te encauzará en este mundillo laboral, mientras que tú efectuarás cuanto te requiera —explicó, la nariz pegada al ordenador.

—¿Con él? —se sorprendió y, al reparar en su inflexión de protesta, se aclaró la voz.

—Sí, con él. Me lo comentó ayer la secretaria de Mr. Gardiner IV. ¿Algún problema? —La miró con ademán acusador. «En tu lugar yo pagaría por trabajar a su servicio», se guardó.

—No, claro. —Marcó una breve pausa—. Si así se convino ayer —asumió. No iba a oponerse la primera semana, aun causándole cierta contrariedad; sospechaba que aquel hombre iba a traerle complicaciones.

## Capítulo 2

Charles Dunbridge la recogió en torno a las siete con la intención de invitarla a cenar. Veinte minutos antes la había llamado, sacándola de una interesante a la par que banal charla con su madre, con el propósito de avisar de su visita. Como septiembre apenas asomaba el hocico con su fresco aliento, Cloé eligió un vestido de tono bermellón, con mangas holgadas, y un chal índigo con encaje formando damascos.

Cloé y Charles cumplían unos escasos cinco meses de noviazgo aquel mismo día, y en ese tiempo transcurrido habían coincidido en menos ocasiones de las que hubieran deseado. El muchacho trabajaba sin descanso, y en sus ratos libres se codeaba con colegas de profesión. Le ocasionaba un gran esfuerzo brillar con luz propia debido a su apellido familiar. La sombra de su padre, también fiscal, le robaba toda gloria, impulsándolo a esmerarse el doble que sus compañeros.

—He recordado que hoy hace cinco meses que salimos, y he pensado que te agradecería celebrarlo —le expuso a Cloé en cuanto la vio salir por el portal de su edificio.

—¡Claro! Me encanta la idea, aunque sabes que no soy de las que marcan o celebran estas fechas —aclaró, una sonrisa en los labios, tan rojos como su vestido. Su peinado conjugaba a la perfección con el resto de su atuendo. El alisado cabello rubio, dispuesto con la raya de lado, cubría su hombro izquierdo, proporcionándole una brizna de seducción que, ponderaba, escaseaba en ella. Había maquillado sus espesas y alabeadas pestañas con máscara negra, y había espolvoreado sobre sus turgentes mejillas una pizca de colorete.

El insufrible padre de Cloé los había presentado en una de esas ostentosas fiestas, a las que ella rehusaba asistir, tildándolas de aburridas, tanto como las tediosas y jactanciosas gentes que las frecuentaban. Siempre trataban de sacar a colación sus títulos o sus bienes más preciados, así como sus caprichos adquiridos recientemente. En aquella ocasión se divirtió, no obstante, y no se dedicó a condenarse a sí misma con hábito lesivo a causa de su madre, estimando traicionarla cuando se relacionaba con su padre.

Sobra, pues, esclarecer que sus progenitores estaban divorciados.

Charles y Cloé congeniaron desde el primer momento, labrándose paulatinamente una buena amistad, hasta que una tarde él la besó tomándola desprevenida. Con anterioridad a aquel beso, Cloé nunca lo miró con esos ojos, ni lo consideró una opción, a pesar de que su padre bregaba por empujarla hacia sus brazos, recalcando la imperiosidad de un novio de tan correcta casta y buen porvenir. Todo ello con el fin de completar la insignificante vida de su hija.

—No llegarás lejos sin un hombre como Charles a tu lado —reiteraba Richard con desesperada insistencia.

El muchacho de convencional estatura poseía un atractivo que, según Cloé, parecía proliferar entre el género masculino de las aulas de Cambridge, cuyas formas de vestir y hablar eran equiparables. Tanto sus ropas como sus cabellos taheños, cortados a la francesa oscura, le dotaban de prestancia. De cuerpo esbelto y escultural, conferidas tales características por los ejercicios de remo y de tenis, gozaba de suficiente belleza. Pero su belleza no desproveía a su novia del aire que llenaba sus pulmones. Claro que, acostumbrada a estudiantes de edades más jóvenes, camino de cincelar la inmadurez, el experimentado Charles la atrajo con curtidas visiones de la vida y locuacidades. Razones incuestionables que le suscitaron un embelesamiento a la hermosa Cloé en su época universitaria.

—Mmm..., creo que no hay mucho que pueda comer. —Miraba la carta del soberbio restaurante.

—¿Estás siguiendo alguna dieta, amor? —Su sonrisa alcanzó su mirada de tono avellana miel.

—¡No! ¿Ya has olvidado que soy vegana? —A ella las dietas le importaban poco.

—¿Aún sigues con eso? Ahora vas a relacionarte con otro tipo de personas, Cloé. Imagina que nos invitan a una cena importante con gente cuya amistad precisas. No podrás imponer esa mentalidad sentimentalista haciéndoles un feo. ¿Entiendes?

El tema del veganismo traía discordia a la pareja desde el principio de la relación. Charles apenas lograba entenderla. Ni tampoco entendía la razón que le impedía codearse con amigos y personajes pertenecientes a la misma clase social de su padre.

—No abandonaré mis convicciones, por nada ni por nadie —negó con la cabeza.

—¿Y en el supuesto de que un maltratador animal te encargue su defensa? ¿Renunciarías a abogarle?

—Si has de preguntar, es que poco me conoces —reprochó cansada de sus constantes supuestos y acusaciones—. Por favor, cambiemos de tema. Nunca coincidiremos sobre eso. Por cierto, hoy he conocido a un tercer Gardiner. Suponía que sólo eran dos, el IV y el V.

—¿Te refieres a Dorian? ¿Ah, no te hablé de él? —Se proponía quitarle importancia con una inflexión que evidenciaba un descuido—. Sí, estudiamos juntos en Cambridge. Es el más temible y feroz de todos los Gardiner. Tenaz como él solo. —Esbozó un mohín que rozaba la crítica—. Como le han instruido los mejores, se ha convertido en un engreído. —Apartó la mirada para contemplar la sala—. Creo que ha regresado de pasar el verano en Estados Unidos. Tiene familia allí por parte de madre.

—¿En serio? No me asustes. El lunes me iniciaré como su pasante. —Se había detenido en la puntualización de su carácter temible y feroz.

—Entonces te deseo buena suerte, amor. Me ha llegado a los oídos que ninguno posee el tesón de aguantarle. El chico se lo tiene muy creído, pocos casos ha perdido.

Más perseveraba Charles en describir al nuevo jefe de Cloé, y más se empequeñecía ella,

presa de pavora. ¿Y si no daba la talla? ¿Y si la despedía a los pocos días? ¿Y si, como otros muchos pasantes, se veía incapaz de aguantarle?

Sumándose a las apreciaciones de Charles, la evocación de aquella mirada del viernes, henchida de adustez y orgullo, le produjo tal angustia durante el resto del fin de semana que el lunes se presentó en el bufete con una sensación de apocamiento inusitado.

Tensa cual palo de escoba, aguardó en recepción, junto a Bree, la venida de Mr. Dorian Gardiner. En cuanto traspasó la entrada, Cloé comprobó cómo éste exhibía, por hábito, un rostro frío y unos ojos impasibles, adjetivos que se agravaron cuando la joven se entretuvo en el poderoso físico. Adivinaba que bajo el gabán gozaba de una musculatura semejante a la de un jugador de *rugby*. Imponía sobremanera.

—Buenos días —deseó con premura levantándose de la silla.

Al igual que el viernes anterior, ninguna respuesta llegó a sus oídos.

—Síguele. Y anota todo lo que dice para evitar olvidarlo, es bastante quisquilloso con esas cosas. Venga, ve. ¡Ve! —la avivó Bree.

Apenas encontró tiempo para alisarse la falda de corte ceñido hasta las rodillas. Ese día había escogido un traje, falda y chaqueta, de color añil. Una fina blusa de tono pastel y unas manoletinias. Empuñó su bolso, una libreta y un bolígrafo. Sin más tardar se apresuró en alcanzar al joven abogado que había desaparecido con largas zancadas entre los anchos pasillos. Franqueó una primera puerta y penetró en la recepción particular del departamento penal, donde una pusilánime secretaria tecleaba en un ordenador y un hombre de cabellos oscuros se entretenía con un *Archbold*<sup>1</sup>. Traicionándola un fino hilo de voz, saludó a las dos personas que, la semana anterior, había considerado trabajadores de Mr. Gardiner IV. Llamó a la segunda puerta medio entornada, la de Dorian Gardiner.

—Miss Nicholls. Siéntese. —Su tono irradiaba distinción y cultura. Pese a la modulación varonil, le delataba su juventud.

Aguardó lo que le pareció luengo rato, aumentando su desesperación al observar con curiosidad cada gesto y cada respiración apenas perceptibles. Se movía, garboso, de aquí para allá, organizando cuadernos y libros. En los márgenes había anotaciones escritas a mano. En silencio, Cloé opinó que su aspecto se alejaba de la típica imagen del abogado común, sobre todo viniendo de una familia de inmejorable alcurnia, como no dudaría en enfatizar Richard. Examinó el cabello castaño, de estilo *undercut*, que ampliaba el alcance de su fama ese año en Londres; estaba en boga. Combinaba un corte más apurado en la parte inferior como lucía David Beckham, recogiendo la media melena de la parte superior con una coleta. La aseada barba similar a la que ofrecían las revistas del corazón de Jared Leto, el cantante predilecto de Cloé, endurecía sus rasgos.

«Sí, un tanto *hipster*», calificó para sí, olvidándose de su propia presencia.

Cinco minutos transcurrían desde que había tomado asiento y él aún no había emitido ninguna palabra.

—Bien, me temo que esta semana no precisaré de sus servicios. —La miró al fin, casi desfigurándola. De transmitir aquellos ojos insondables alguna emoción, sin duda reflejarían indiferencia. Desabrochó un botón de su chaqueta para tomar asiento—. Puede volver a recepción—dispensó.

«¿Cómo? ¿Qué ha dicho? ¿He oído bien? ¿Y ya está?», masticó con una incredulidad imposible de tragar.

Presa de pánico, decepción y enfado, aligeró sus pasos para abandonar el despacho bajo un mutismo influido por el trauma de la inesperada orden. No sólo se había quedado sin aliento, sino que le habían faltado las palabras para oponerse a aquella decisión. Incluso creyó padecer un leve mareo al alzarse de la silla inconscientemente, el rostro pálido como un fantasma.

Escondió su desazón en el tocador, donde nadie repararía en sus ácidas lágrimas. Arremetían contra sus mejillas con violencia. Deplorando lo desgraciada e impotente que se sentía, culpó al único responsable de romper su sueño en mil pedazos. «¡Le odio! ¡Le odio, Dorian Gardiner!», condenó.

## Capítulo 3

Ofendida y taciturna como resultado a la conducta del antipático cacique, se marchó a casa como alma en pena. ¡Después de tres años de rigurosos estudios, después de una semana recluida en recepción! ¿La iban a aislar ahí para siempre? ¿Ni siquiera saborearía la ocasión en la cual ilustres abogados la instruirían? «Hombre cruel», tachó, desilusionada como jamás antes se hubo sentido. «¡Tantas esperanzas! ¡Tantas ansias por empezar a trabajar! Me moría de ganas de conocer el mundillo en primera persona. ¡Y él me lo ha arrebatado sin pestañear! Odioso, maleducado», concluyó furibunda. Le molestaba sobremanera que un desconocido ególatra la rebajara hasta los abismos de la insignificancia. Bastante tenía con soportar las mordacidades de su padre cuando bien se encargaba de apocarla.

Ningún detalle obvió. Todo le narró a su madre, participando su primo cual oyente en el soliloquio que emprendió a gritos en cuanto irrumpió en el apartamento. Éste parecía devolver el reflejo de la profesión de Margaret, pintora; un *loft* de tres dormitorios, cocina integrada al salón y al comedor, un cuarto de baño compartido entre tres personas y un estudio artístico. La decoración, cuando menos ecléctica, se pincelaba a toques de muebles de Ikea y de otros adquiridos en anticuarios. Componían los adornos unos enseres bohemios y otros tantos de rasgos extravagantes.

—¿Y sólo por eso te pones así? —se sorprendió la jovial Margaret, que observaba el inusual comportamiento de Cloé. Siendo la paciencia una de sus numerosas cualidades, había aguardado un tiempo juicioso antes de tomar la palabra e interrumpir a su hija.

—¿Te parece poco? ¡No soy recepcionista! Llevo ahí una semana entera. ¿Cuánto tiempo piensan tenerme en ese puesto? ¿Cuándo comenzará mi pasantía? He entrado en ese bufete con un propósito. —Su enojo suscitó que alzara la voz de nuevo sumiendo la sala en un alboroto sin precedentes.

—Estás hecha un basilisco y... —Marcó una pausa—. Hija, no es para tanto. No te indignes. Sólo ha dicho que no te necesita esta semana. Tal vez, si acaba de volver de Estados Unidos, necesita un tiempo de adaptación, sin una pasante inexperta detrás de él a todas horas, entorpeciéndole —procuró tranquilizarla analizando la situación.

—Eso ocurre cuando un millonario sabe que es *irresistible* —empleó un acento francés el primo de Cloé, instalado en un rincón del salón.

Ninguna de las dos había percibido su presencia.

—¿Cómo? —cuestionaron Margaret y Cloé, con voz suave la primera y sulfurada la segunda.

—¿Qué pasa? No me miréis así. He buscado al tal Dorian en Google. —Ethans se levantó del sillón orejero donde había leído con quietud antes de que entrara su afligida prima, y donde había permanecido en silencio hasta entonces. Bajo la atenta mirada de las féminas, asió su portátil y pulsó una tecla mientras proseguía—. Está buenorro, y encima es rico. Expresa esa mirada de superioridad frente a la plebe. —Posó el dispositivo sobre la isla de la cocina, entre Margaret y Cloé, pretendiendo mostrarles unas imágenes—. Simples mortales reptarán a sus pies cada día, yo mismo me ofrecería —confesó el alocado y ocurrente Ethans, de brillantes ojos ambarinos y cabellos brunos. Su rostro poseía la redondez y el primor de un querubín.

—¡Vaya! Es muy agradable a la vista, sí —corroboró Margaret hilando la posible explicación que generaba el extraño disgusto de Cloé.

—No entiendo cómo puede alguien enfadarse con semejante rostro. —El plumero de Ethans se intensificó al colocar una mano sobre su mejilla, el meñique entre sus labios.

—No se trata de puntuar su belleza, que para mí posee poca o ninguna, pues bien es sabido que la belleza surge del interior de las personas. —Cloé se dejó caer con rendición sobre uno de los asientos altos.

—Sí, sí, chata. Finge lo que quieras. Está para mojar pan. —Ethans le propinó unas leves palmaditas en el hombro.

Margaret envolvía su taza de té con sus finas manos y se alejaba con etéreos pasos, escondiendo una sagaz sonrisa. Ethans la siguió, dibujando una mueca de suficiencia que ascendía hasta su mirada. Las posturas de Margaret y de Ethans le restaban trascendencia al asunto, descolocando a Cloé. A su juicio, los lazos familiares fundaban la obligación de apoyarse entre sí. Disfrutó de una repentina soledad, la cual agradecía después de todo, si nadie la secundaba en su arrebatado de cólera lícitamente enfocado. Sus ojos, más nítidos y grises cuando se enojaba o lloraba, descansaron sobre la galería de imágenes del ordenador.

«Lucero era el más bello de los ángeles de Dios, y no por ello se libró de convertirse en Satanás», refunfuñó como una colegiala.

Los labios fruncidos, halló una fotografía de Dorian Gardiner posando con su tabla de surf en una playa de California, cuya escala de tonos ocres centelleaban extendiéndose hasta las orillas del infinito mar. Las puntas de su cabello alborotado, desteñidas a causa del sol, acariciaban sus extraordinarios hombros. Cloé exploró cada píxel, olvidándose de respirar, de pestañear o de tragar saliva. Olvidándose también de su monumental enfado, se entretuvo con la tez tostada que revelaba las largas jornadas que había pasado él al aire libre. Unos músculos exuberantes, incluso chocantes, asomaban encima de unas bermudas. Delicados granitos de arena habían salpicado zonas del rostro y de la barba. El hombre aparentaba ser más alegre y cercano que en el bufete, apreciándose un fogoso brillo en su mirada. Su tinte verde veronés semejava el océano al resplandecer con mil destellos. Cuando advirtió el interés que brotaba de sus adentros, según contemplaba aquella belleza prohibida, Cloé cerró el portátil con gran premura y resolló por las

fosas nasales como un bovino. ¡Ni mucho menos esa penetrante mirada alteraría su parecer! Retomó el hilo de sus reflexiones preliminares y consideró a Mr. Gardiner un odioso déspota.

Sin variación alguna, las mañanas posteriores el joven se reservaba devolver los buenos días cuando Cloé se levantaba como un resorte de la silla. En secreto, y en absoluto silencio, ansiaba con todas las moléculas de su ser que él le asignara cualquier tarea, incluso la más nimia. Se desvalorizaba a sí misma, desalentada, estimando ser una mole para la empresa, y por consiguiente empezaba a plantearse si su licenciatura de Derecho tenía algo en relación con los asuntos que allí trataban. Nunca lo averiguaría de empeñarse Dorian Gardiner en dejarla en recepción macerando a fuego lento como a un guiso. Además, si éste no quería de ella, ¿por qué no la dirigían a otro asociado? De los seis letrados que ahí trabajaban, cinco de ellos se rodeaban de uno o dos pasantes, de consultores y de secretarias. Dorian Gardiner era la excepción que refutaba la regla, ya que se las apañaba con dos personas. ¿Qué le impulsaba a ser un solitario empedernido? Tan solitario que nunca le había visto abandonar su oficina a la hora de comer, ni tampoco a las seis, cuando todos salían del trabajo. ¿Acaso no gozaba de vida personal? En ocasiones, pocas, se servía un café del carrito de comestibles, en otras, un repartidor le traía un pedido de comida. ¿Y qué ocurría tras sonar las campanadas de las seis? ¿Cuántas horas extras realizaba? «Lógico que no tenga amigos, ni vida privada, con ese maldito carácter», juzgaba Cloé.

Despuntando el ocaso del jueves de la semana que transcurría, reunió a su inseparable compañera de universidad Hailey, quien había cursado la carrera de Derecho con ella, y a su fiel amiga de la infancia Faith, con el propósito de pedirles consejo.

—Si quieres algo no esperes a que llegue como caído del cielo, Cloé. Haz que ocurra —sugirió la agraciada Hailey, de espesa melena larga, tan oscura como el más preciado ébano. La coronaba un tupido flequillo que enmarcaba sus ojos, castaños avellana.

—Hailey tiene razón. No te rindas, Cloé. ¿Por qué no le llevas el café para romper el hielo, o le preguntas sin temores si necesita algo? —propuso Faith, una linda joven de pechos exuberantes, difíciles de ocultar tras las puntas de sus cabellos de un rubio platino, y un tanto exagerados para la poca envergadura y tamaño de su cuerpo.

—Bien nos lo repetía un profesor en la *uni*, un abogado precisa de carácter, y de ningún modo ha de dejarse pisotear. —Agitó el dedo índice en dirección a Cloé—. Si consideras que Mr. Gardiner te ha pisoteado, o humillado en modo alguno, es tu turno de defenderte como la buena abogada que serás algún día —concluyó acercando la pajita de su bebida a sus jugosos labios; en el lado izquierdo los favorecía una diminuta peca. La beldad de su rostro venía acompañada de un temperamento fuerte. La chica resultaba una magnífica contrincante en materia de leyes, bien lo sabía Cloé, cuando ella era su oponente en sus clases prácticas.

—Lo sé. ¡¿Si no puedo defenderme ante un jefe, cómo me manejaré ante un juez?! Es evidente.

—Bebió un sorbo de su segunda copa.

Ocasiones en las que se reunían, ocasiones en las que festejaban alocadamente, como si no existiera el mañana, originando esa mentalidad universitaria un flirteo con la bebida, la música y la buena compañía. En comparables situaciones, no eran sus pensamientos los que manaban por su boca al final de la noche, sino la embriagadora pócima alcohólica. Y no fue para menos esa vez, dado que regresó a casa mareada y confusa.

Aún bajo los efectos de los múltiples cócteles de visos rosados, cuyo nombre había ahuyentado de su memoria para evitar reprocharse sus excesos y sentir la culpabilidad que se achaca a las resacas, se levantó el viernes con arraigado propósito.

«¡Oh, mi madre! ¡Qué mareo!», se quejó. «Jamás volveré a beber entre semana, ni me acostaré a deshoras. ¡Qué horror! ¡Y qué pintas!», el espejo le devolvía su imagen. Un reflejo ingrato y nada favorecedor. Se duchó y vistió con celeridad, luego desayunó y se dirigió al bufete bajo el influjo de las recomendaciones de sus amigas.

«Hoy el viento soplará en otra dirección», rememoró la escena de *Mary Poppins*, cuando, finalizada su labor y mecida por la brisa, volaba a otro lugar.

—Buenos días —repitió como cada mañana en cuanto Mr. Dorian Gardiner aparecía por la puerta.

«Vale, Cloé. Es tu momento. Haz que ocurra. ¡Señor, es el peor día para tener resaca!», observó para sí, la cabeza y el vientre dolientes por los estragos del alcohol.

Aún con excesiva dificultad, se insufló valor para afrontar su poquedad y arrostrar a Mr. Gardiner. Se adentró en la antesala que precedía a los despachos de cada abogado; ahí donde supuestamente esperaba una pasante. En resumidas cuentas, el sitio que le pertenecía. El lugar de toques hodiernos se amoldaba a la construcción victoriana; se diferenciaba del resto de la empresa, de carácter recargado. Saludó a Leslie, la secretaria particular de Dorian Gardiner, y a Maxwell, su consultor.

—Buenas. Deseaba reunirme con Mr. Gardiner.

—Usted es la ayudante de la recepcionista, ¿verdad? —La miró de arriba abajo como a una raída prenda de vestir.

Cómo la afrentó aquella etiqueta aplicada sin venir a cuento. ¿Qué daño le había causado Cloé para que la secretaria lo sacara a colación?

—En realidad, soy...

—¿A quién anuncio? —le cortó la morena mientras descolgaba el teléfono.

—Cloé Nicholls.

—¿Mr. Gardiner? Miss Nicholls desea verle. —Quedó a expensas de la respuesta de su jefe—. Ahora mismo, señor. —Colgó—. Puede entrar —avisó a Cloé entrecerrando sus abotargados ojos verdes.

—Gracias.

Tocó a la puerta con los nudillos, de un modo más decidido que en su anterior visita.

—Mr. Gardiner. ¿Puedo pasar?

—Adelante —indicó con un tono monótono. Su mirada se concentraba en examinar unos escritos.

Rígida cual estatua de mármol, de pie, pinzándose los labios pintados de rosa pastel, acopió aire antes de comenzar.

—Mr. Gardiner... —se aclaró la voz con un ligero carraspeo. Su actitud indicaba que el abogado ni se inmutaba con su presencia; continuaba enfrascado en sus documentos—. ¡Mr. Gardiner! —alzó el tono exasperada porque no levantaba tan siquiera su recta y masculina nariz. Sus pésimas maneras ofendieron a Cloé, quien las calificaba como una tremenda falta de educación y no de interés—. He pasado los tres últimos años estudiando una carrera, al igual que usted, o que cualquiera con mi título, si bien yo no elegí una universidad de renombre como Cambridge u Oxford. Si no practico cuanto he aprendido en ese tiempo, jamás me sentiré capacitada para abogar o asesorar a nadie. Le ruego, Mr. Gardiner, me permita ser su pupila. De rehusar ser mi mentor, le agradecería que me recomendara a cualquier otro abogado de esta empresa para acogerme e instruirme. De lo contrario, me veré en la obligación de abandonar el bufete. —Antes de terminar o de ceder la palabra a su interlocutor, prosiguió con más brío, motivada por un impulso agreste que desconcertó a la mismísima Cloé—. No soy ni me agrada que me tomen por una recepcionista, y no lo digo con vanidad, no me malinterprete, sino que ambiciono hacer de las leyes mi oficio. Estoy segura de que usted en mi posición deseó lo mismo. Aunque, a la vista está, no se le requirió recomendación alguna. Voló bajo las alas de expertos maestros. —Arrugó la frente al advertir su indiscreción y fortuito atrevimiento—. Concluyendo, si no me consiente avanzar y formarme en Gardiner & Sons, buscaré otro lugar —reiteró esta vez con más sentido de la humildad—. Ahora, si me admite, le prometo perseverancia y diligencia. Ahí estaré cuando me solicite, los siete días de la semana y a la hora que requiera. Pero absténgase de rebajarme más tiempo, por favor. —Se humedeció los labios tras el ininterrumpido alegato. Sostuvo una mirada firme hacia él. Al fin había obtenido su atención.

—¿Ya ha terminado? —La contempló atravesándola con una mirada semejante a una lanza candente, encarnando un ángel guerrero—. Ahora salga de mi despacho. —Empleó un tono neutro, que en nada se hermanaba a la mirada que lo acompañaba, un tono poco fiero para cuanto Cloé había expresado.

Guardó silencio y, cabizbaja, se esfumó por la puerta con pasos aligerados. Se despidió de Maxwell y de Leslie con un tono de voz apenas perceptible.

«¿Qué he hecho? ¡Me echan! Sí, de ésta no me libro. ¡Charles querrá matarme! Ya oigo su enfado a distancia: “Con la oportunidad que se te ha brindado, Cloé. Blablablá...”. Dramatizará, sin duda», emuló la voz de Charles en su mente. «¿Qué víbora me ha picado para expresarme así? Estaba decidida a imponerme, sí, pero de un modo más civilizado y menos agresivo. ¿Qué he hecho?», repitió.

Caminaba hacia el vestíbulo, el estómago revuelto..., muy revuelto. «Uy, no, no, no. ¡Ahora

no!», corrió como un ratón de campo hasta el aseo. «Alcohol más desayuno más enfrentamientos es igual a una muy mala combinación, y a una peor decisión», la ecuación se esbozó ante sus ojos como un letrero luminoso de tonalidad amarilla. Con los excitados nervios traicionándola, alcanzó el lavabo y los expulsó todos por la boca.

## Capítulo 4

Apenas asomó la nariz fuera de su cuarto en el transcurso del fin de semana, imponiéndose a sí misma un castigo en pos de su espantosa irreflexión. Por consiguiente, rechazó ver a Charles durante la media hora propuesta para el domingo. Prefirió leer a su tan estimada Edith Wharton por enésima vez, interrumpiéndose de cuando en cuando para compensar las narraciones románticas con el estudio de diligencias previas, de modificaciones de medidas y de alegatos, que contenían una fuente inagotable de jerga jurídica.

Ethans, al advertir el pertinaz desánimo de su prima, la incitó a salir la noche del sábado, pero ésta se consideraba demasiado culpable para ceder ante el capricho de divertirse. «¡Irresponsable!», determinaba su comportamiento, que correspondía más bien a las veleidades de una quinceañera que a una mujer de veintiún años. Desde el viernes, en cuanto hubo salido de las dependencias de Mr. Gardiner, con dantesca exasperación esperaba, al punto de desear, la llamada reprobatoria y terminante de algún integrante de las altas esferas, echándola a patadas del bufete, lo cual se tendría bien merecido después del ridículo que había representado.

Siempre podía recurrir a Richard y pedirle trabajo, aunque la idea le disgustaba tanto como la colocaba en una amarga tesitura, pues su obligación moral generaría el deber de procurarle a su padre las pertinentes explicaciones de la debacle; en el supuesto de que Charles no le hubiera informado con anterioridad de su despido, puesto que conversaban a menudo. «Me niego. Antes acudiría a la universidad y preguntaría por vacantes de prácticas», cavilaba.

Madre, primo y amigos, todos salvo su padre y su novio, que no estaban al corriente de la situación, se interesaron por lo sucedido. La felicitaron cuando aportó los explícitos detalles de la poco convencional reunión. Opinaron que demostró indicios de valor y seguridad en sí misma; cualidades que solían flaquear en ella. Cloé no definía su desacierto como un rasgo de seguridad, sino como un tremendo error que la sumía en aciagas elucubraciones. A medida que discurría la tarde del domingo y las horas posteriores, mantuvo una perspicua teoría que justificaba la razón por la cual nadie la había avisado todavía; como gente de mundo, le darían la noticia en persona el mismo lunes, tal y como se encargaron de darle la bienvenida los señores Edward Gardiner IV y Edward Gardiner V.

«Esta lacra manchará mi futuro para siempre, no lo descarto. ¿Quién me aceptará ahora? ¿Qué bufete me permitirá formar parte de sus filas? ¡¿Qué he hecho?!», se damnificaba sin cesar y, pese a arrepentirse, estimaba que ya era tarde para pedir disculpas. La contrita joven no hallaba descanso alguno en su alborotada mente. «¿Ya ha terminado? Ahora salga de mi despacho»,

rememoraba las sucintas palabras de Mr. Gardiner. Cloé había franqueado la línea de la incorrección con su superior. ¿Por qué él no había demostrado nada? Ni enojo, ni confusión, ni... nada. «Ese hombre no es humano», reflexionó tumbada en la cama, una mano sobre la frente y Mr. Wilde reposando sobre su pecho, ronroneando. Las horas se consumieron mientras prosiguió absorta juzgando al hombre a quien consideraba todo un enigma.

En su puesto de ayudante de recepcionista por tercer lunes consecutivo, aguardó la venida del más joven de los Gardiner. Ese día Cloé vestía una culpa que le atribuía una apariencia afligida y sumisa. Asumía que se avecinaba su fin. Su irreversible conducta motivó incluso lo que algunas personas tacharían como una falta de educación. Al reparar en la presencia de su futuro exjefe, sus remordimientos le impidieron abrir la boca, o abandonar el auxilio que su silla le brindaba alzándose de ella como acostumbraba.

Al rato el teléfono sonó.

—Sí, señor. Ahora mismo. Por supuesto. Sí. Sí. Bien. Se lo comunico —Bree contestaba silábicamente al aparato.

Cloé no prestaba atención, su mente galopaba en terrenos pantanosos, imaginando las palabras que emplearían los jefes al despedirla. Ni mucho menos le causaba inconveniente la pésima nómina destinada a los pasantes, no obstante, le afligían los posibles cotilleos que esparciría como cenizas la sociedad burguesa frecuentada por Charles, el cual aún desconocía el embrollo.

—Cloé. Cloé. ¡Cloé! —La pellizó Bree para sacarla de sus ensoñaciones—. Mr. Dorian Gardiner te espera en su despacho. ¡Haz el favor de espabilar! —reprochó la recepcionista con su censuradora mirada de tono café.

—¿Perdona, decías? —se excusó. No atendía a las voces ajenas, sino sólo a la de su conciencia.

—¡Mr. Dorian Gardiner me ha llamado en persona! —avisó como si se tratase de un hecho puntual y extraordinariamente inverosímil—. Ha pedido que vayas ahora mismo. ¡Así que apresúrate! —bufó Bree.

En parte sorprendida a causa de la expresión de Bree, Cloé se encaminó hacia el despacho del letrado. Bajo un manto de disciplina que velaba un afilado temor, inmóvil ante los inescrutables ojos del hombre, se dedicó a mandar una expresa orden a sus piernas: no me falléis. Vibraban y le pesaban de una forma casi enfermiza.

—Mr. Gar... —empezó, titubeante.

—Bien, Miss Nicholls. Siéntese. —Truncó su iniciativa de disculpas y mostró la silla frente a su escritorio con la mano. Sin mediar otra palabra, la escrupulosa Cloé obedeció—. ¿Tiene usted alguna razón para no desearme los buenos días esta mañana? —La observó con deje ambiguo.

—No. Aunque... En fin... —Se tensó al tomarla desprevenida aquella pregunta—. Verá... En principio, yo... —balbuceaba ignorando cómo subsanar su falta. «Tierra, trágame.»

—Le ha costado más de una semana, pero por fin el viernes detecté algo de personalidad en usted. Hasta ahora me figuré que personificaba a otra de esas típicas universitarias enchufadas que no saben qué hacer con su vida, que estudian Derecho para agradar a sus padres. —De pie detrás del escritorio, colocó las palmas de sus manos sobre la fría superficie de madera. La desafió con una aceitunada mirada que destilaba supremacía, evidenciando su intrínseca naturaleza. El estómago de Cloé se encogió de pronto—. No fue usted a Oxford, como su padre o su abuelo. ¿Por alguna razón en especial o sólo deseaba llevarle la contraria? —inquirió rezumando una provocación recalcitrante.

—Disculpe, no logro entenderle. —Empleó un tono de asombro e incredulidad. Luego tragó saliva. Si la belleza del joven arrebatava el hálito, su lengua bien afilada desproveía a cualquiera de la intención de oponérsele.

—Vaya. El viernes parecía usted más altiva. ¿Qué es lo que no logra entender? —cuestionó con una ceja arqueada y el semblante arrogante.

—Bueno, yo sospeché... que me iba a despedir. —Carraspeó—. Por darle a conocer mis... dudas, el viernes —zanjó con vacilación. Si interpretaba correctamente las palabras de Dorian Gardiner, ¿no la estaba echando?

—¿Dudas? Me parecieron más que unas simples dudas, Miss Nicholls. ¡Quejas, querrá decir! Quejas, pese a haber ingresado en este bufete a través de enchufe.

¿Mr. Gardiner la atacaba? Y con gran astucia además, suscitando que se sintiera ridiculizada por la manifiesta lección. Era natural, ella había abierto la caja de Pandora. De no haber mencionado el estatus de Mr. Gardiner, diciendo que no necesitó recomendación para obtener el puesto, quizás éste no la condenaría ahora. Un involuntario mohín de agravio se proyectó en el rostro de Cloé. Al reparar en ello, él persistió.

—Dígame, ¿acaso no entró en este bufete bajo la precisa recomendación de su novio, Charles Dunbridge? ¿Y no es cierto que se aprovechó de sus relaciones con él en su propio beneficio, favoreciéndose para un puesto cuyos requisitos eludió? —Ahí asomaba la fiera. El hombre tenaz que ganaba la mayoría de casos.

—¡Buen señor! —Se alzó de la silla en un movimiento brusco y pendenciero. Le dolió en lo más profundo de su ser que la zahiriera de tal modo, y en aquel tono acusador. Antes de continuar acopió valor—. Le ruego...

Mr. Gardiner la interrumpió con una risa inopinada.

—¿Buen señor? ¿No hace siglos que nadie usa ese término? —Pareció divertirse.

Sin pretenderlo y con naturalidad, empezó a reírse ella también de sus propias palabras, inclinando la cabeza y escondiendo sus labios con su fina mano.

—Lo lamento, la prosa de Edith Wharton es la responsable, me temo. Lo que pretendía explicarle, *buen señor* —enfaticó para demostrarle su gratitud al abstenerse de humillarla por ello —, es que siento profundamente si me comporté de forma despectiva con usted. De veras, ansío instruirme en el ejercicio de la abogacía. No por mi padre, a quien me encantaría llevar la

contraria más a menudo, me confieso culpable. —Sonrió con un ademán espontáneo que amansaría a cualquier fiera—. Sino porque en los últimos tres años he aprendido a respetar el buen entender de las leyes de nuestro reino, y deseo ayudar a encauzar decisiones, otorgando a personas un asesoramiento justo. —Examinó sus gestos y, tras una arriesgada pausa, reanudó—: No puedo más que expresar mi arrepentimiento...

—¡Suficiente! Queda exonerada de toda culpa. —Parecía encantado por algo que ella había dicho. Lo manifestó con un aspaviento risueño, ignoto para ella—. Miss Nicholls, en diez minutos se celebra la reunión semanal. No falte. Permanezca en silencio y apunte cuanto oiga. —De súbito había retomado un semblante formal.

—¿Significa que me he ganado el derecho de invadir esa mesa? —apuntó hacia la antesala.

—De momento, Miss Nicholls. De momento —la frenó en su camino al entusiasmo. La suavidad en la voz se había esfumado recuperando un tinte correcto y prudente—. Acompañeme fuera. —Salió del cuarto—. Max, Leslie, les presento a Miss Nicholls. Se incorpora a nuestro departamento. Es nuestra nueva pasante. —Ambos la saludaron, como si de repente el gusano se hubiese convertido en mariposa y, obrándose la magia, ellos trocaron sus pareceres—. Ponedla al día. La quiero lista para la reunión.

—Sí, señor. —Leslie se levantó.

—No hay problema —asintió Maxwell.

A las nueve y media en punto acudió a la junta, donde se congregaban abogados, asesores, pasantes y asistentes. Los abogados exponían sus casos, sentados a la mesa de la amplia sala, mientras todos los demás permanecían de pie alrededor. Éstos guardaban un fiel silencio, salvo cuando se les cedía la palabra en razón de alguna pregunta. Cloé anotó cada frase, cada duda, así como unas expresiones jurídicas desconocidas hasta la fecha.

Más tarde hizo partícipe de sus apuntes a Maxwell, un hombre de unos escasos treinta y cinco años, de mediana estatura y delgada silueta. Maxwell realizaba la tarea de consultor. Afanoso y astuto, dominaba muchas argucias de la profesión. La puso al día sobre los asuntos a tratar esa semana. Dos casos se imponían con urgencia, uno relevante y otro de menor importancia.

—Max, Miss Nicholls, vengan a mi despacho. —Mr. Gardiner asomó la cabeza por la rendija de la puerta entreabierta.

Se alzaron los dos, ella rígida y él con hábito brioso, típico en aquellas personas que no logran estarse quietas, dada la índole de un carácter conturbado. Penetraron en la oficina. De la ventana pendían unas gruesas cortinas descorridas que tamizaban la entrada de luz. En opinión de Cloé, su jefe prefería valerse de las tres lámparas, una de sobremesa y dos de pie, repartidas en la sala. Pronto, la joven reparó en el aroma oriental y a madera que flotaba en el aire. Lo había percibido en sus anteriores visitas, aunque en menor medida. Unos segundos, mientras aquel aroma le provocaba un arrobamiento fugaz, cerró los ojos, deleitándose con las partículas de lavanda y de ámbar. Al darse cuenta, los abrió, ruborizándose por la procaz fascinación.

—Max, pídele a Leslie una copia del caso Hamilton y entrégasela a Miss Nicholls. Quiero que

lo estudie esta noche en su casa —ordenó a Max sin dirigirse a Cloé. Tanta indiferencia repentina, que no reciente, le desagradaba—. Desestimaremos cualquier trato que ofrezca el contrario. Quiero que me entregues un dossier con las pruebas, las manifiestas y las que quedan por descubrir. Como sabes, Max, es un tema que me toca personalmente. La demandante es una amiga cercana. Pon a Miss Nicholls en antecedentes, por favor.

«¿Ha dicho *por favor*? Vaya, la primera expresión amable y educada que sale por su boca», contempló. «Uy, no debí pensar eso. ¡No debí pensarlo! Cloé, céntrate», se pinzó los labios.

—Se lo entregaré ahora mismo para que le eche un ojo antes de esta tarde, Mr. Gardiner. Nos reunimos con ella a las tres —puntualizó Max para que Cloé siguiera la conversación—, y mañana a las cinco con Mr. Brant.

—Sí, un nuevo cliente, recomendado por un compañero de Cambridge. Ninguno de estos procedimientos es penal, me temo. —Atusó los vellos de su cuidada barba, próximos a sus labios.

Cloé, sin pretenderlo, escudriñó su innato y sensual gesto, causándole una falta de atención en lo referente a los dos casos; ninguno era penal, criterio que solía requerir Mr. Gardiner, habiendo perfeccionado sus estudios en esa rama de la abogacía.

—Pasado mañana quiero que Miss Nicholls me acompañe a una vista previa en las cortes para pedir la liberación bajo fianza de un cliente. —El hombre parecía rehuir mirarla o hablarle directamente—. ¡Prepárala, Max! Logra que preste atención. Aliéntala a salir de su zona de confort.

«¡Hola! Estoy aquí. ¿Podría decírmelo a la cara?», lo regañó en secreto. «Supongo que me costará hacerme un hueco para que me tome en serio», en esta ocasión no desesperó. Si bien la penetrante mirada que Dorian Gardiner le destinó, segundos más tarde, la horadó cual espada de Damocles.

—La he visto en acción y, estoy seguro, nos será útil. Además, me agrada más su temperamento agresivo, mientras lo pula, claro está. —Se le escapó un conato de sonrisa.

«¡Oh, mi madre!» ¿La boca se le había secado de pronto? «¡Cloé, haz el favor de reponerte y suprimir esa cara de boba! Seriedad, Cloé. Seriedad», se reprobó a sí misma.

—Ya pueden irse. ¡A trabajar! —indicó con un breve aspaviento.

Cloé, distraída, permaneciendo cual esfinge contemplando el innegable atractivo de su jefe, sintió una brizna de calor recorriendo sus mejillas. Entretanto se sonrojaba, una parte de su mente, la que gozaba de perspicacia y pragmatismo en aquel momento, le mandó una señal a sus piernas para que éstas avanzaran y se dirigieran a la antesala.

## Capítulo 5

La breve hora destinada para comer la compartió con su nuevo compañero, el asesor Maxwell, un singular personaje de escasas palabras. Su lenguaje era parejo al de Mr. Gardiner. ¿Él y Maxwell se llevaban bien dada su analogía? Pues citando a Homero en su *Odisea*: «Un dios conduce al semejante con su semejante». Ambos se sentían a gusto trabajando juntos, se percibía nada más verlos.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Maxwell? —Max, muy amable, le había pedido a Cloé que le tutelara. Éste respondió asintiendo con la cabeza—. Lo de mandarme y mantenerme en la recepción, ¿se trataba de una prueba? —Tal asunto flotaba en su mente. La bombilla se le había encendido en cuanto Dorian Gardiner pronunció: «Le ha costado más de una semana, pero por fin el viernes detecté algo de personalidad en usted».

—Y la has pasado, aunque a última hora. De lo contrario, te habría mandado a casa hoy. Suele respetar un plazo de dos semanas. —Engulló una porción de su burrito.

«Me lo figuraba. ¿Todo giraba en torno a una prueba?! ¿Pretendía medir mi carácter? ¿Descubrir si soy de las pasivas o de las impulsivas?», desabrida, fingió sumo sosiego ante Maxwell. Cloé no acostumbraba a exteriorizar ni exponer sus sentimientos ante nadie. Con los años, algunos más duros que otros, se había forjado una personalidad hermética; de tal modo nadie la lastimaba. El propósito inicial de dicha hermeticidad venía originado por el divorcio de sus padres. Si Margaret, la abatida recién divorciada, distinguía tristeza en el rostro de su hija, se entristecía ella más. Si distinguía enfado en el rostro de su hija, se enfadaba ella más, y así consecutivamente.

Una niña percibe cuándo su madre se deprime, sumiéndose en una oscura vorágine que desemboca en depresión.

Ahí residía el axioma. Con siete años de edad, la adorable Cloé, deseando la pronta mejoría de Margaret, aprendió a mantener el tipo, a velar las muestras públicas tanto de dolor como de cariño. Sólo la literatura le proporcionaba una conexión con su mundo interior, sus emociones.

—¿Dos semanas? Es decir, si el viernes no hubiera hablado con él... —Arrugó la frente consternada. Se entretuvo en intrincados pensamientos un breve momento y, en lugar de ahondar en la cuestión, varió el tema—. Bueno, pasemos al caso. Explicame —solicitó.

—Hamilton contra Hamilton, marido y mujer.

En resumidas cuentas, la esposa reclamaba una gran suma de dinero. Ambicionaba distribuir la fortuna marital entre una succulenta compensatoria y los bienes adquiridos durante la relación. Sin

embargo, jamás satisfaría su marido la cantidad requerida por la clienta, Paris Hamilton, salvo si se demostraba que el futuro ex le había sido infiel, cláusula estipulada en el contrato prematrimonial. Mrs. Hamilton pretendía conservar bajo riguroso secretismo dicho asunto, guardando así una imagen inmaculada ante la sociedad aristócrata de Londres. Enrevesadamente, ni siquiera deseaba revelarle a su marido que había destapado el pastel. La movía un sentimiento de orgullo que le calaba los huesos. La cuestión radicaba en cómo acreditar esa cuantía si no se exponía el supuesto adulterio. Además de no aceptar su marido los requisitos de ésta, el asunto del divorcio se remitiría a un juez, que de buenas a primeras dictaría una sentencia del cincuenta por ciento, como buen arbitraje en reparto equitativo de bienes gananciales. El bufete saldría perdiendo.

Una joven y agraciada Mrs. Hamilton se manifestó a las tres de la tarde, como estaba previsto, para ultimar los detalles de la mediación con los contrarios, dispuesta esa misma semana. La mujer irrumpió en la sala de juntas vestida cual modelo de revista. Saludó a su amigo con dos cariñosos besos, encarecidamente prolongados, entretanto le rodeaba el cuello con ambos brazos y alzaba uno de los tacones como una actriz hollywoodiense.

«¡Será descarada!», evaluó Cloé, falsamente pudibunda. ¿Acaso la mujer no atendía al buen comportamiento? Se trataría sin duda de una extranjera, dados sus exagerados modales. ¿De dónde provenía? «¡Americana, seguro!», la encasilló, incluso careciendo de acento.

—Maxwell, Miss Nicholls, les presento, por si aún no la conocían, a mi estimada amiga, Paris Hamilton. —Sonrió con una actitud que rayaba en los remilgos de un donjuán.

Intrigada, Cloé examinaba los gestos de la tal Mrs. Hamilton, veinte años menor que su ambicioso marido, dueño de un imperio joyero. Según Cloé, no obstante, la más ambiciosa era la atractiva rubia de peluquería y de ojos verde mar. Lo deducía porque horas antes había estudiado el dossier que Max había compuesto a través de sus escrupulosas investigaciones.

«Si Mr. Dorian Gardiner es penalista, ¿con qué propósito acepta un caso matrimonial? ¡No le compete! ¿Por qué no remitírselo a Paul, el socio que se encarga de los asuntos conyugales?», le causó un gran desconcierto. Un inmenso interrogante se dibujaba ahora sobre su cabeza. ¿Acaso se beneficiaban de algo más que de una simple amistad? Tal vez cuando el letrado se refería a ella como amiga, escondía una terminología más apropiada aunque menos correcta a ojos conservadores, como lo sería una amante. Las sospechas de Cloé sugerían una contestación afirmativa por cómo Mrs. Hamilton lo devoraba con una insinuadora mirada.

Al fin y al cabo, Mr. Gardiner encandilaría a cualquier mujer, dado su cuerpo musculoso, su media melena y sus embaucadores ojos. Cloé recordaba la fotografía donde posaba en aquella playa californiana con su tabla de surf.

«Aun así, ¿no tiene otra cosa que hacer? Buscar mujeres casadas. ¡Qué vergüenza!», amonestó a su jefe sin conocer detalle alguno. «Es evidente que a mí poco me importa, pero nunca le había

observado conservando la sonrisa tanto rato. Hasta parece una persona amable y simpática con sus amistades...», meditó circunspecta.

Dos eternos besos y un cariñoso abrazo después, Mrs. Hamilton saludó a Max y a Cloé con un endeble apretón de manos.

—Mucho gusto, Mrs. Hamilton. Soy Cloé Nicholls.

—¡Qué joven! —subrayó entrecerrando los ojos un instante mientras la contemplaba—. ¿Eres abogada, querida? —cuestionó.

—Es una pasante —aclaró Dorian Gardiner restándole importancia a su presencia y suscitando que Cloé, inexplicablemente, se sintiera herida.

Transcurrida una hora, y concluida la reunión, Mr. Gardiner, acercando sus labios al oído de la mujer, preguntó:

—¿Tienes un rato libre? Te invito a una copa. Quiero comentarte algo.

Ella afirmó con avidez, omitiendo de repente haber proferido gritos, lloros y maldiciones durante más de media hora. Se comportaba como si nada hubiera sucedido.

—De acuerdo, recojo unas cosas y vamos. —Mr. Gardiner se levantó y se dirigió a su consultor—. Max, podéis iros un poco antes hoy. Nos vemos mañana.

Si planeaba conservar su puesto, más le valía ser eficiente e imprescindible. Razón que la había empujado a quedarse en el bufete. Buscaba cualquier antecedente en casos similares, dado que Mrs. Hamilton había prohibido terminantemente usar el dossier del detective privado que había contratado meses antes, sospechando de su marido. Por desgracia, éste había destapado el adulterio. A las seis, Cloé se ocupaba, con verdadera dedicación, a leer dictados en uno de los tres burós situados en la antesala. Leslie y Max habían regresado a sus casas. Sola por primera vez en aquella dependencia, escrutó su alrededor. El ambiente del bufete la cautivaba. Las tenues luces. La bruna madera de las paredes, del suelo. La energía, palpable. La calidez. El olor que desprendían los papeles, los libros, incluso el que salía del despacho de su jefe, producido por un perfume arrebatador que se fundía con el aire.

Cloé había colmado su mesa con libros sacados de la biblioteca particular de la empresa. Nada. Ninguna referencia, ningún hallazgo. Dorian Gardiner se expondría a una magna tarea, negociando con el contrincante cual marinero sin brújula en una travesía a ciegas. La pobre Cloé, ambicionando ser de utilidad y aportar un motivo veraz por el cual la balanza se inclinaría a favor de su cliente, se había esforzado en vano. Como bien advirtió Mr. Gardiner a su amiga Paris, este caso se basaría en un interminable tira y afloja. Un combate verbal entre las partes.

Su agotada cabeza, casi humeante, recayó sobre sus manos, los codos apoyados sobre la mesa. Cerró los ojos y, pensativa, decidió regresar a casa, tomar un relajante baño y descansar un poco. Una jornada formidable había acaecido, al fin y al cabo; no podía pretender hallar la clave del éxito el primer día.

—¿Miss Nicholls?!

Sobresaltada, el corazón le dio un vuelco. «¿Para qué ha vuelto? ¿No se había despedido? Lo creía con su amiga», se crispó.

—¿Qué hace aún aquí? —Ladeó el rostro advirtiendo las pilas de libros que escondían el torso de la joven. Silenció una risa solaz.

—Bueno, yo... Si le soy sincera, repasaba litigios matrimoniales.

—Y no ha encontrado nada. —El tono de voz carecía de interrogación. La mirada y el ademán denotaban aserción. Ella negó con la cabeza, sin osar mirarle a los ojos—. Me temo que no se trata de *ese* tipo de casos, Miss Nicholls. No se preocupe, llegarán antes de que se dé cuenta. Disfrute ahora que puede, vendrán tiempos en los que pasará noches en blanco, estrujándose las ideas para defender a un asesino.

—Mr. Gardiner, quería darle las gracias por la oportunidad —confesó con una sutil entonación que delataba su ineptitud. Sí se sentía una verdadera inepta.

—Está bien —interrumpió anticipándose a unas emociones excesivamente sensibleras—. Vamos, la llevo a casa. —Apuntó la salida con la cabeza—. Insisto —impuso ante la inminente negación de la pasante que segundos antes había manifestado desilusión.

## Capítulo 6

Combatió sus impulsos de gritar de alegría. Había vivido un día sensacional. Por fin trabajaba en un bufete de abogados, por fin se iniciaba como pasante, por fin Dorian Gardiner le había prestado una pertinente atención profesional, otorgándole una oportunidad.

—¡Hola, cielo! —Su madre se alegró al verla franquear la puerta del apartamento. Con los pelos revoltosos trabados en un moño informal, Margaret exponía restos de pintura en el rostro.

—¡Hola, mamá! —Arrojó las llaves en el bol de la entrada, colocado sobre un antiguo recibidor de estilo colonial.

—Llegas tarde hoy. ¿Cómo ha ido el...? —Algo la detuvo, un detalle tan nimio que sólo una madre, por los poderes ancestrales que ello le confería, lograría detectar—. ¿Estás sonrojada?

—¿Qué? —La pregunta la tomó por sorpresa.

—¡Sí! Tienes las mejillas rositas. —Sonrió, muy consciente de la súbita alteración de su hija.

—¡Qué va! No inventes, mamá. Fuera ha refrescado y está lloviendo. Asunto resuelto. —Corrió, bajo un sospechoso histerismo, a contrastar los hechos ante el espejo del salón.

—Entiendo. —Torció el labio en un intento de evitar burlarse—. De no sentirte culpable, no te mirarías en el espejo. ¿No crees? —Carraspeó intencionadamente—. En fin, he elaborado una nueva mascarilla de algas. ¿La probamos? —entabló otro asunto con el propósito de auxiliar a su hija.

La atolondrada Margaret siempre creaba y probaba mascarillas caseras con vegetales, arcillas, granos e infinidad de materiales no animales, tanto para la piel como para el cabello o las uñas.

—¡Claro! Pero primero déjame llamar a Charles —le pidió entusiasmada. A su vez, procuraba olvidar la causa, o el causante, de su rubor. Sacó el móvil de su bolso, buscó el contacto y llamó mientras alzaba a Mr. Wilde con la otra mano sobre su torso.

—¡Hola! ¿Sabes qué? —preguntó pletórica.

—¿Te han dado un caso?

—¡Charles! Me robas la noticia —le reprochó, aunque con un deje de risa.

—Amor, si es así, me alegro mucho por ti. ¡Ya era hora!

—¿Ya era hora? Supongo que tenía que ganármelo. —Le disgustó la mordaz insinuación. ¿Qué sugería? ¿Acaso Cloé le causaba alguna humillación? ¿Por qué? ¿Por obtener un caso más tarde de lo esperado? Todo pasante debía ganarse el respeto y la confianza que implicaba el puesto. Le parecía lo más lógico del mundo. Lo anormal era dar por hecho que nada más llegar iba a

prosperar. Mientras acariciaba al gato, puso los ojos en blanco y silenció un resoplido que entrañaba un sentimiento entre el fastidio y la desaprobación.

—Dadas mis relaciones con el bufete, han tardado en incluirte, me temo. Tal vez pueda ayudarte a limar ciertos aspectos de tu personalidad. De este modo te desenvolverás mejor entre tiburones. ¿Te parece bien, amor?

—Claro. ¡Me encantaría que me dieras consejos! Pero nada de entrometerte en mi vida profesional mediante tus relaciones, te lo ruego, Charles —previno con urbanidad—. Quiero valerme por mí misma y ganarme los méritos. —Se sentó en su cama y depositó al felino a su lado—. Esta semana nos han encargado dos casos. Me muero de ganas de participar, aunque sea como observadora.

—Lo entiendo, por supuesto. —Su expresión demostraba empatía en cierto modo—. Pero no quieras ser una simple observadora, Cloé. Has de probar tu capacidad. Anteponte a lo que te pidan. Destacar. ¿Me comprendes?

—Sí, y opino lo mismo —garantizó.

Cloé, con una inalterable alegría, le relató su maravillosa jornada.

En la cocina, cuando salió de su dormitorio, una recién horneada *pizza* aguardaba su llegada junto a unos margaritas. Ethans había ofrecido sus experimentados servicios para prepararlos. La sala se había impregnado de un delicioso olor a tomate y orégano.

—¿A qué se debe este banquete? —El júbilo iluminaba su rostro.

—Ethans ha oído parte de tu conversación con Charles.

—Con el estirado de Charles —rectificó Ethans a Margaret. Su exigua estima hacia el galán de su prima resultaba patente. Le exasperaba su petulante carácter.

—Hemos pensado celebrar tu primer día como legítima pasante —aclaró Margaret.

—¡Muchas gracias! Sois encantadores. ¿Lo sabéis? —Abrazó a su primo, cuatro años mayor que ella, y luego a su madre.

—¿Y cómo está el bueno de Charles? Aunque no está tan bueno como tu nuevo jefe, ¿eh?! —Le propició un satírico codazo.

En esta ocasión, Cloé no logró hallar motivo alguno para rebatirle. A falta de palabras, tomó la copa de margarita y bebió.

—¿De qué trata tu caso, cariño? —Margaret usó un tono dulce al cambiar de tema.

—Imposible comentarlo. He firmado un acuerdo de confidencialidad. ¿Recuerdas la cláusula de mi contrato? —Arqueó la ceja y se encogió de hombros.

A las dos mujeres y al joven Ethans les divertía entablar tertulias sobre chismes y cotilleos. Si bien los asuntos del despacho, por succulentos que fueran, jamás podría compartírselos con ellos.

Más tarde, sentada de cuclillas sobre su cama, vistiendo un pijama de verano en pleno septiembre londinense, estudió casos de divorcios. Los mismos que los profesores mencionaban

en clase. De fondo sonaba su grupo favorito, Thirty Seconds to Mars. Se afanó en mantener una concentración de hierro y no desviar los ojos de la tinta sobre el papel, pero, transportándola de nuevo a la reunión, su mente vagó en fragmentadas escenas...

«Es una pasante», le había puntualizado Dorian Gardiner a Paris Hamilton. Motivo suficiente para ofender a la irascible Cloé. Le molestaba que empleara el artículo indefinido *una*, en lugar del posesivo *mi*. «Es mi pasante. Es nuestra pasante... Cómo cambia la cosa», protestó mordisqueando su lápiz. «¿Por qué tanta familiaridad con su amiga y tanta mesura con los demás? Si se comporta de tal modo con Paris, ¿por qué no comportarse así con todos? Seguramente se ganaría la simpatía de las personas», o al menos la de Cloé. Aunque, meditándolo a fondo, ¿qué interés albergaba la pasante para pretender conocer la faceta extrovertida de su jefe? Además, ella no reflejaba ni alojaba el encanto que manaba de Mrs. Hamilton. La forma de acariciarse el pelo, de jugar con los ondulados mechones. El balanceo de sus caderas al caminar. La postura erguida de la espalda. Cómo se mordía el labio con una sensualidad innata. Los expertos modales de una mujer de mundo, pese a sus treinta años.

Se remontó después a la primera conversación de la mañana, cuando Mr. Gardiner le preguntó la razón por la cual no había estudiado en Oxford como su padre o su abuelo.

«¿Cómo sabe dónde cursó sus estudios mi abuelo? ¿Habrá pedido credenciales sobre mí? Me figuro que es sencillo informarse. Todos los grandes de la profesión se conocen en este círculo. ¿Y si me ha investigado? ¿Lo consideraría correcto? Seguro que mamá diría que los jefes gozan de pleno derecho para indagar sobre los antecedentes de una persona antes de contratarla. ¿Y... me parece oportuno que me haya traído a casa?», ahí radicaba la verdadera cuestión, la cual se había deslizado con alevosía en su cabeza desde su llegada, y cuya sinuosa respuesta trataba de ocultarse a sí misma. Le oprimía la garganta, la inquietaba. Entonces, no pudo más que repasar, palabra a palabra, lo que había sucedido unas horas antes...

Junto a Mr. Gardiner, Cloé caminaba tensa. Los músculos se le engarrotaban al pretender conservar un aspecto despreocupado, soslayando que la cercanía de la presencia masculina le causaba cierta agitación. Procuraba mirar dónde pisaba, aunque de reojo vigilaba los andares de él. La gabardina negra estilizaba la imponente figura. Percibía el peculiar aroma. El perfume a madera aún perduraba desde la mañana sobre su ropa. Una ropa elaborada por un modisto. Mantenían un ritmo acompasado, el cual marcaba él. Unas luces parpadearon en cuanto apretó el mando a distancia, en el aparcamiento.

«¡Guau! Es... impresionante. Nada que ver con el mío. Seguro que a mi padre le encantaría, teniendo en cuenta el coche que acaba de autorregalarse», se guardó.

Tímida, nerviosa, su jefe la incomodaba de un modo incomprensible. Solos los dos, en el más profundo silencio, la noche teñía el firmamento y enmarcaba sus cuerpos con un halo azul pálido. Entonces, afloró el primer interrogante: ¿debió rechazar su proposición de acompañarla a casa?

Simulando naturalidad, se dirigió hacia el deportivo, adelantando a Mr. Gardiner, que se ajustó a sus pasos. Cloé percibió su perturbadora presencia cerca de su espalda. Un calor eléctrico le acarició la nuca y los hombros; una sensación nada placentera, semejante al temor. Alargó la mano, impaciente por meterse en el coche y llegar a casa cuanto antes. Se arrepentía de la decisión que había tomado, considerando demasiado íntimo, incluso prohibido, pasear con su jefe el primer día de trabajo, bajo el manto de la oscuridad. Asió el tirador a la vez que él, por desgracia, ocasionando que sus manos se acoplaran la una sobre la otra. La alterada Cloé jadeó y dio un respingo al notar el cálido tacto de su piel. La garganta se le cerró de pronto, como estrangulada por una férrea mano invisible.

—¡Lo siento! —murmuró con apocamiento.

Dorian Gardiner retiró su mano en el acto, ante la reacción de la pasante. Le sorprendió el estremecimiento que suscitó al tocarla. Buscó una respuesta en su semblante ladeado. Le asombró la transparencia de sus ojos, provistos de tal matiz por la lejana lumbre de una farola que iluminaba el canto externo de sus pestañas. Ella le emuló y cruzó un brazo por debajo del otro, aferrándose a la correa del bolso que pendía de su hombro. Mr. Gardiner aguardó unos segundos para, de nuevo, empuñar el tirador. Su posición en la empresa no iba reñida con el hecho de comportarse como un caballero y hacer primar su educación.

—Entre, por favor. —Abrió la puerta del Aston Martin, cuyo color negro resplandecía y emitía el reflejo de sus figuras.

Cloé se deslizó dentro con sutileza y decoro, dada la estrechez de su falda.

«¡Oh, qué bajito!», reparó en la estatura del asiento, casi a nivel del suelo. En cuanto Mr. Gardiner cerró la puerta y rodeó el coche, ella soltó una considerable exhalación de alivio mientras relajaba la espalda. «Vaya, jamás lo habría imaginado. ¿Acaba de abrirme la puerta? Sí, como un ducho galán, acostumbrado a tratar al género femenino», se reservó entretanto él se acomodaba y encendía el motor.

Inmediatamente después, una música estruendosa resonó, motivando que Cloé se sobresaltara. Mr. Gardiner preguntó tras bajar el volumen:

—¿Westminster, verdad? —Nada más lejos que una afirmación salía de sus labios.

—En efecto. James Street, en Marylebone, pero si le queda lejos puedo tomar el metro. No me importa, de verdad. Es más, me sentiría menos... culpable. No quiero importunarle —expidió las palabras cual máquina bien engrasada que funcionaba a toda potencia. La había medido hasta entonces, presa de pánico al no saber rechazar la propuesta, como si de un asunto indecente se tratara.

—Miss Nicholls, me he ofrecido yo. —La contempló con una penetrante mirada que la desorientó. Al percibir un sutil temblor en los dedos de su pasante, marcó la dirección en el GPS.

—Es que... me sabe mal... por usted —balbució, exánime. Ahora la máquina expendedora de palabras carecía de velocidad, más bien operaba con lentitud.

—¿Miss Nicholls?! —Su entonación indicaba cierta amonestación.

—Entendido. Me callo. Gracias por llevarme. —Inclinó la cabeza y se pinzó los labios. Al percibirlos secos, se los humedeció con la punta de la lengua.

—¿Qué le ha parecido su primer día? —Miraba la carretera. Las manos parecían asfixiar el volante del deportivo, como si la presencia de Cloé, o hablar con ella, le originara una incomodidad inopinada.

—Muy bien. Este bufete implica una gran oportunidad para mí. Espero estar a la altura. Una cosa es estudiar, pero en la práctica siempre nos sentimos imperfectos y torpes.

—Ya le cogerá la marcha. Sobre todo cuando nos pongamos todos al día. Como acabo de regresar de vacaciones, estos días se anuncian bastante *light* —explicó—. Imagino que la semana que viene nos entrarán asuntos a diario.

—Algo me comentó Charles respecto a sus vacaciones. —Se estremeció al comprender su atrevida familiaridad y corrigió su frase *in situ*—. Lo siento, con esto no quiero decir que hablo de usted a sus espaldas, sólo mencioné que postulaba la pasantía con usted.

Dorian Gardiner estiró la comisura de su labio, dibujando una media luna. En parte, el carácter de la joven le divertía.

—¿Y cómo le va? ¿Hace mucho que están juntos?

—Unos meses.

—¡Qué concisa! —Con ironía siguió enmascarando una sonrisa.

—En realidad son cinco meses e ignoro cuántos días. Soy de las que olvidan las fechas con facilidad.

—¡Curioso! Estimaba lo contrario de usted.

—¿Por alguna razón? —Su manifiesta confusión la intrigó. No obstante, cuestionaba si tales asuntos personales debían compartirse con un jefe.

—¿Lee a Edith Wharton, no es así? —Empezaba a ladear el rostro hacia ella cada vez que preguntaba o contestaba. Lo habitual en una fútil conversación entre dos personas, aunque una novedad para ellos.

Un ímpetu espontáneo le arrebató la cordura. Sentenció el concepto estereotipado que albergaba Mr. Gardiner de las amantes de las novelas románticas. ¿Con qué derecho la encasillaba ese miserable remilgado? Exaltada de repente, continuó en lugar de mitigarse y tragarse el orgullo:

—¿Y porque soy una enamorada empedernida de la literatura victoriana, me convierte eso en una novia cuya única tarea es medir su amor mientras deshoja margaritas o cuenta los días de una relación? —Su tono tan afilado como las espinas de un cactus delataba que se sentía ultrajada—. ¿No le parece un razonamiento arcaico y ofensivo?

Cumplido su compendioso vilipendio, el calor del impulso menguó y se preguntó qué se proponía dirigiéndose a él como si su opinión la zahiriera. Jamás se atrevía a hablarle a nadie con ese deje provocador salpimentado con matices beligerantes. ¿Acaso le hacía pagar algún tipo de frustración oculta?

En cuanto Dorian Gardiner escuchó esa frase salir de los labios de Cloé, se irritó sobremanera. Frenó con brusquedad en medio de la calle y se giró hacia ella fulminándola con una verde mirada punzante.

—No pretendía ofenderla, Miss Nicholls. Ni me agrada que piense así de mí. No lo deseo. — Respiraba por la nariz, la mandíbula oprimida, demostrando un cariz de disgusto, pero sosteniendo una voz de tono incognoscible. Al advertir el espanto en los ojos ensombrecidos de Cloé, suavizó el ademán. Acostumbrado a las adulaciones continuas, Miss Nicholls y su incisiva e indómita rebeldía le turbaban.

Los coches, haciendo cola detrás, tocaban el claxon frenéticamente. Algunos los adelantaron propinando improperios. Dorian Gardiner no movió un dedo ni pestañeó mientras aguardaba la reacción de la pasante. Cloé tragó saliva, confusa. Se mordió el labio y asintió varias veces con la cabeza. Mr. Gardiner entrecerró los ojos, escudriñando sus gestos en un intento de captar sus pensamientos.

La piel de la joven empezaba a arderle. Adivinaba cómo sus mejillas enrojecían por segundos. El latido de su corazón resonaba con fuerza en sus oídos, eliminando cualquier ruido a su alrededor. ¿Qué ocurría? Trató de esconder su respiración descomulgada amoldándose al respaldo del asiento.

—Le agradezco que me haya traído. No era necesario —rompió el silencio tras unos perennes minutos transcurridos desde que habían reanudado el camino.

—Sí, lo ha reiterado en varias ocasiones —espetó con la voz solemne.

¿Se trataba de un reproche? Ella lo expresaba por educación, y porque él no debió molestarse. Además, deseaba relajar los adustos ánimos.

—Es esa finca de ahí. —Señaló con el dedo—. Puede dejarme aquí —hablaba languidecida, con docilidad; después de la tormenta llega la calma.

Aparcó en la acera, subiéndose al bordillo, importándole poco el estacionamiento prohibido. Volviendo el rostro hacia él, Cloé se quitó el cinturón de seguridad y se despidió.

—Bueno, hasta mañana...

—Espere —Le impidió salir.

«¿Dónde va? ¿Qué hace?», no cabía en su asombro.

Dorian Gardiner bajó del flamante Aston Martin con movimientos apresurados, aunque etéreos. Se dirigió a la puerta del copiloto para abrísela a Cloé.

—Hasta mañana, Miss Nicholls. —Aguardó a que bajara.

—Gracias. —Frente a la cortesía de su jefe en ese instante, Cloé notó una abrupta contrición. ¿Se había propasado antes, promoviendo que él detuviera el vehículo en medio de la calle? Un tanto patosa, se apeó del coche y advirtió que sus piernas tremolaban; sugerían que podían fallarle en cualquier momento.

—Buenas noches —se despidió apoyando una casta mano sobre su espalda, mientras la acompañaba unos pasos hasta el patio. Dio media vuelta y se marchó sin volver la mirada hacia

ella.

—Buenas noches —deseó ruborizada y con el corazón palpitante.

## Capítulo 7

Extraños y placenteros son los sueños que magnifican los deseos y temores en las mentes de los durmientes.

Acalorada, cuando menos, se despertó la joven aquella mañana. Era la primera vez que soñaba con Dorian Gardiner, con sus armónicos andares, sus gráciles movimientos, su cabello castaño suelto flotando sobre los anchos hombros...

«Jamás volverá a suceder», prometió. Obligaría a su mente, de un modo u otro, a obedecerla. La doblegaría porfiadamente para escapar de los recovecos del subconsciente. Le costara lo que le costara, lo conseguiría, y con ese pensamiento desterró aquel sueño a la tierra del olvido.

Antes de encontrar los atrayentes brazos de Morfeo la noche anterior, había esclarecido que, tal vez, y sólo tal vez, debía disculparse con su jefe después de su comportamiento defensivo. Aunque la había provocado él al valorar su carácter romántico mediante sus lecturas. Cloé lo había tomado a la tremenda en pos de buscar en las actitudes o palabras de él cualquier excusa para continuar odiándole.

Más tarde cambió de parecer, no obstante. Él se la había devuelto con creces deteniendo el coche en plena calzada, desfigurándola con esa gélida mirada. Pero luego le abrió la puerta del coche, y la acompañó hasta el patio, lo cual demostraba su falta de rencor.

Sea como fuere, sin excusas ni miramientos, lo único que debía importarle era su periodo de prueba. Correspondía, por tanto, manifestar una intachable profesionalidad y moldear ciertos aspectos efusivos de su idiosincrasia. Los mismos que habían dormitado en absoluto silencio hasta entonces bajo capas de sometimiento para agradar a todos.

«¡A prueba, Cloé! ¡Estás a prueba!», se repitió.

—¿Qué te pasa, conejita? —Así la apodaba su primo cuando denotaba cierta confusión en sus tiernos ojos grises.

—¡Nada! —Tomó un sorbo de su jugo de naranja recién exprimido que refrescó sus labios y garganta. De momento no la tentaba su habitual achicoria—. A ver, me siento como un ratón de laboratorio. Como si me observaran y acicatearan con un propósito desconocido, ¿entiendes?

—Cloé, ¿quién podría compararte a un ratón de laboratorio? ¡Ellos son más monos! —se mofó—. Ahora en serio, ¿es Charles? ¿Te está acosando? ¡Es un tema muy grave! —se preocupó Ethans. Su pijama azul y naranja, sembrado de flores y osos, le restaba inquietud a su semblante.

—¡No, cielos, no! Es por tema del trabajo. Me refiero a que he descubierto una cosa. Las dos últimas semanas en recepción, mi iniciación, fueron puestas bajo vigilancia con el fin de pasar una

prueba. Y me causa un ligero estrés. Nada más —dirimió.

—¿El penalista buenorro? —chilló y gesticuló con las manos, exaltado.

—¡El penalista buenorro! —atestiguó con calma, los labios escondidos tras el borde del vaso.

—En tu lugar le...

—¡Ah, ah, ah, chitón, fiera! Sé por dónde van a ir los tiros. Será mejor que te contengas —lo frenó antes de escuchar una procaz barbaridad.

—¡Santurrona! —reconvino con burla y, acto seguido, dio un sonoro beso en la suave mejilla de Cloé.

—Respetable —rectificó en defensa propia y tomó otro trago de su zumo.

En cuanto penetró en la antesala del bufete, su languidez se volatilizó como una nube de humo al hallar a Leslie y a Maxwell pareciendo abejas agitadas. Ambos al teléfono.

«¿He llegado tarde hoy? ¿Por qué me da la sensación de que todos llevan ya un buen rato aquí?», meditó sin sopesar más detalles y agudizó el oído.

—¿Qué ocurre? —inquirió a Max con una mímica, empleando un hilo de voz apenas audible para evitar interrumpir la acalorada conversación que mantenía.

—Asesinato —gesticuló él.

El corazón le dio un vuelco. «¿Un asesinato? ¿A primera hora de la mañana? ¿El segundo día de trabajo? Uy, uy, uy. ¡Qué maravilla! Vale. ¡Calma!», se alentó a conservar una inalterable quietud ante tamaña noticia. Naturalmente, le entristecía la muerte de un ser humano, no obstante, ser abogado conllevaba la asociación de espantosas desgracias.

—¿Miss Nicholls? —llamó Mr. Gardiner desde su despacho.

Un espasmo en el estómago la devolvió al plano terrenal y a su salida de tono de la tarde anterior.

—Sí, señor. —Acudió prontamente, el paso arreado aun así.

—Anoche asesinaron al dependiente de una tienda de ultramarinos. Nos han designado como abogados de oficio. Peligra un menor de edad. Hemos de reunirnos en una hora ante el juez para una vista previa. La pongo en antecedentes.

Dorian Gardiner, cuya mirada no distaba de su habitual arrogancia e indolencia, le relató los hechos sabidos hasta el momento.

—Un chaval, de quince años, compra en una tienda donde entra un hombre armado. Se esconde mientras el asaltante forcejea con el dependiente. El arma se dispara. Asustado, el atracador huye. El menor, aún escondido, llama a emergencias desde su dispositivo móvil. Sin embargo, antes de marcharse del lugar del crimen, sustrae el dinero de la caja registradora, así como unas latas de cerveza de una nevera. Cuando la policía llega a la escena no encuentra a nadie, salvo el cadáver, claro está. —Atusó su corta y acicalada barba. Le proveía a su rostro de un aspecto masculino y seductor—. Acaban de mandarle el vídeo de seguridad a Maxwell. La policía, mediante un rastreo

del teléfono móvil, ha averiguado su identidad y ha comparado su fotografía con las imágenes del vídeo. Le acusan de cómplice de asesinato en un robo a mano armada. Sospechan de él por huir de la escena del crimen. ¿Nuestra defensa? Hemos de irnos ahora mismo y reunirnos con nuestro cliente.

—¿La policía cree que se trata de un golpe premeditado entre el agresor y el menor? ¿Intentaremos demostrar que éste no conocía al asaltante? —interrogó olvidándose del pánico que la invadía al reencontrarse con el protagonista de su sueño. Olvidó incluso cuestionarse acerca de si estaba resentido con ella.

Sus profesores definían a Cloé como una magnífica alumna cuando se trataba de actuar bajo presión.

—Así es, pero hablemos primero con el inculpado. Max comprueba sus antecedentes en este momento. Como sea reincidente, pinta mal. —La observaba detenidamente, con un resplandor de curiosidad—. ¡Vamos! —la apremió.

Con duplas pisadas, Cloé trató de mantener el ritmo ágil de las largas zancadas del espartano. Nada más salir a la calle, Dorian Gardiner elevó la mano y detuvo un taxi. No había tiempo de ir al aparcamiento y tomar su coche particular. Le abrió la puerta, meditabundo, el rostro ladeado mirando en lejanía. Cloé ingresó en el interior con gran celeridad, ya que sabía que el asunto apremiaba. Él se sentó a su lado, en silencio, tras proporcionar la dirección al chofer.

—¿Mr. Gardiner, cómo han reunido tanta información? —preguntó rezumando amilanamiento. Le preocupaba incordiar sus pensamientos.

—Porque me han avisado esta noche y he ido a las dependencias de la policía para asistir al cliente logrando que se acogiera a su derecho de no declarar. Ahora veremos si ha cambiado la versión que me contó anoche.

—¿Examen balístico? —inquirió Cloé—. ¿Algún resto de pólvora en sus manos? ¿Huellas en el arma?

—Preste atención —requirió con severidad—. Él se escondía. No cogió el arma. —Pinzó el puente de su nariz entre el pulgar y el índice, exponiendo el cansancio que suscitaba la falta de sueño—. De todos modos, ahora sólo nos presentamos ante el juez para impedir su ingreso en el correccional de menores. La fiscalía se opondrá a la libertad provisional y, en mi opinión, cuando celebremos el juicio, planteará una de las siguientes líneas acusatorias. La primera, que el chico entró de centinela para asegurarse de que la tienda estaba vacía o poco confluída. Y se escondió, probablemente, para sorprender al dependiente por el flanco, mientras el ladrón lo asaltaba de frente. En cuanto las cosas salieron mal, fue abandonado por el asesino y él se encargó de rematar el plan, adueñándose del dinero. La segunda, que el chico entró de centinela, pero se escondió porque tras pensarlo mejor se echó atrás. Después de presenciar lo sucedido, hurtó el dinero y huyó —evaluó—. Sea como sea, no soltarán el hueso con el asunto del asesinato, son como perros hambrientos —afirmó con retintín provocando intencionadamente a Cloé, dado que su novio era ayudante de uno de los fiscales de la Corona—. Así ejecutará la fiscalía su delación —concluyó

virando el rostro hacia la ventanilla. Con ademán imperturbable, oteó el bullicioso ambiente del centro de Londres, y con un tono licencioso tanteó a la joven—. Sáquele partido a su relación y averigüe qué saben ellos que no hayamos averiguado nosotros. Hasta ahora nadie ha encontrado al asesino.

—¿Cómo dice? —Cloé, exacerbada de súbito, entendía a dónde iba encaminándose la conversación.

—No han encontrado al asesino.

—No, lo anterior.

—Charles Dunbridge es el ayudante del fiscal que representa la causa. —Entornó los ojos hacia ella aguardando su reacción.

«¿Qué? ¿Charles? ¡Qué fuerte! De todos los ayudantes de fiscales, de todas las fiscalías de Londres, ¿me toca Charles en mi segundo día? ¡Qué fuerte!», sentimientos contrarios le recorrían la sangre como si se tratase de agua y aceite.

—¡Sáquele partido a su relación! —Conservó el tipo, aunque en su fuero interno la paradoja le divertía.

—¡No! —alzó la voz—. Me niego en rotundo. No soy..., no quiero ser ese tipo de abogada. —Se alisó los pliegues imaginarios de su falda—. Lo lamento, pero tendrá que buscar otro informador. No participaré en tales ardidés con mi novio —aseveró mosqueada.

—Como guste. Ahora no poseo tiempo suficiente para interesarme por sus amoríos.

«¿Mis amoríos? ¡Mis amoríos!», odió esa expresión. ¿Quién era él para hablarle con esa prepotencia? ¿Tan superior se creía? Aparcó el tema, en una tentativa de evitar dejarse llevar por un ardiente torrente de lava y enfurecerse. Mr. Gardiner conseguía que emergiera la peor parte de sus emociones. «¿Y si es justo lo que pretende? Sacarme de mi cascarón», reaccionó.

El acusado aguardaba en unas dependencias vigiladas de la policía. Dorian Gardiner entró, seguido de Cloé. Ella examinó al chico de aspecto aterrado. Vestía un chándal azul y blanco. Calzaba deportivas. Su cabello oscuro lucía alborotado, desatendido. Y su rostro, de un color casi escarlata, indicaba las horas de su luengo suplicio.

Poco después de finalizar el chico su testimonio, Mr. Gardiner empezó la rueda de preguntas; las mismas que realizó la noche anterior, en su visita en solitario. Cloé reparó en la dureza de éste al dirigirse al joven, Owen. ¿Era necesario interrogarle con tanta rudeza?

En clase habían representado juicios, pero ese tono, esa intimidación, ese ensañamiento... ¿Acaso no era su cliente? ¿Para qué esa provocación gratuita? El menor apenas mediaba palabra entre los gemidos que le brotaban de la garganta. Estaba asustado.

«¡Basta, basta, basta!», suplicaba Cloé para sí. La violentaba el *modus operandi* del abogado y así lo transmitía con una mirada reprobadora.

Abandonaron las dependencias policiales hasta internarse por un estrecho pasillo.

—Buen trabajo —retribuyó Mr. Gardiner con voz serena.

—¿Qué? No he hecho nada. ¡Salvo presenciar cómo acosaba a un crío! Ni que fuera usted de la

fiscalía —procuró impedirle alzar la voz, indignada por su proceder.

—Por eso mismo. El fiscal le interrogará con más dureza que yo. Ha de familiarizarse con la inflexión. Imagine que, al presionarle, él cuenta otra verdad. En tal caso es preferible que nos la cuente a nosotros antes. ¿No le parece?

—Claro, entiendo esa parte. ¿Pero no ha visto su rostro? ¡Lleva el cartel de inocente pegado en la frente!

—Muy inocente, como usted dice, no será, cuando ha abandonado el lugar de un crimen tras robar el dinero de la caja. —Pretendía que ella razonara—. De cualquier modo, se ha ganado la confianza del cliente con su mirada de censura, Miss Nicholls. —Le guiñó un ojo.

Su osadía tomó a Cloé desprevenida. ¿Qué motivaba esa súbita familiaridad? Hasta ahora le había demostrado ser una persona arrogante y de rasgos inescrutables.

—Confiará en usted. Quiero que vuelva a entrar ahí sola. Hable con él —ordenó.

—¿Me ha usado para su beneficio?! —dijo atónita colocando una mano sobre su pecho demostrando incredulidad, desilusión y contrariedad.

«¿En qué lugar me deja eso?», su faz reflejaba la irritación causada por el degradante designio de Mr. Gardiner.

A fin de apaciguar la renuencia de su pasante, avanzó unos pasos hacia ella y, con un movimiento impropio, estrechó su muñeca. Ambos se tensaron al tacto, tan suave como un pétalo de flor, fluyendo entre ellos un impulso eléctrico. Descolocada, Cloé respiró con un aliento corto y veloz.

—¡Cloé! —Su profunda mirada la desconcertó aún más. Su voz sonaba extrañamente tierna a sus oídos—. Piensa un momento. Eres lo que quieres ser. Un abogado ha de disimular a menudo, ha de meterse en un papel, representar un personaje. ¿No os enseñaron eso en tu universidad?

—¿Me suelta? —Apuntó con la barbilla a la muñeca que le palpitaba y ardía. Ni había reparado en el familiar tuteo a consecuencia de la mirada aturdidora, cuyo fulgor parecía embotellar una constelación de estrellas.

—La suelto. —Volvió al acostumbrado e impersonal usted—. Pero prometa pensar en cómo jugamos aquí. No tenemos tiempo para más. Ese chico necesita una persona de confianza. ¿Bien? —Dirigió sus ojos, aún refulgiendo con un brillo impetuoso, hacia sus dedos; rodeaban la articulación de la joven.

Ella se pinzó los labios y, contemplando su mirada vuelta esmeralda, contestó:

—Bien. Haré el papel de poli bueno, pero la próxima vez solicito que se me informe con antelación. —Curvó la ceja y estiró el labio a modo de burda sonrisa.

Mr. Gardiner apretó la mandíbula y asintió, derrotado por la gelidez de las facciones de Cloé. Le soltó la muñeca suavemente, disfrutando en secreto y para su sorpresa de aquella caricia que le abrasaba la yema de los dedos por el delicioso roce. Luego observó cómo la pasante accedía sola a la celda.

—Me temo que se le podría culpar de oportunista, nada más —afirmó, sucinta, cuando salió—.

Desconoce la identidad del atacante. Le creo, Mr. Gardiner.

—Se lo agradezco. Ahora preparémonos. —Enfiló el angosto pasillo.

Los abogados y la fiscalía debían presentarse en la sala del juez.

## Capítulo 8

Dorian Gardiner camufló su contrariedad de modo muy profesional; el juez había rechazado la libertad bajo fianza al menor. La fiscalía había obrado con astucia, aprovechando la inflexibilidad del juez, su estricta fama dirigida a delincuentes juveniles le precedía. La madre de Owen, situada tras ellos, lloraba desconsolada.

Cloé había presenciado una verdadera partida de tenis entre su novio y su jefe. Ambos con distintas formas de actuar. Ambos con sumo brío. Ambos con notorias razones. Ambos dignos de admirar, pese a asistir a una simple vista previa. El juicio se anunciaba jugosamente interesante con esos dos talentosos rivales.

El recato profesional exigía a Cloé mantener las formas. Por dicha razón no se había acercado a Charles para saludarle o despedirle con un beso. Había alzado la mano y agitado los dedos en su dirección. Entretanto, Dorian Gardiner los vigilaba de reojo.

Cloé, en cambio, había pasado por alto un pequeño detalle. Si Charles Dunbridge y Dorian Gardiner se conocían, dados sus estudios compartidos en Cambridge, ¿qué les impedía saludarse con un apretón de manos? Sólo habían asentido con la cabeza, como cuando la sala saluda al juez y el juez a la sala.

En el taxi, de regreso al bufete, reinó un silencio tan extraño como cargante. Cada uno observaba a través de su ventanilla. El timbre del móvil de Dorian Gardiner sonó, alterando aquel mutismo.

—¿Le han encontrado? Bien. ¿Tenemos las facturas del móvil del chico? Bien. Localiza el número y confirma si el chico le ha llamado. ¿Algo en las cámaras de los negocios colindantes? Perfecto. Lo hará ella. Ahora llego..., llegamos —rectificó y colgó.

—¿Puedo preguntar, Mr. Gardiner? —entonó por lo bajo.

—Han atrapado al criminal. Max se encarga de averiguar su número de teléfono para comprobar si él y el menor han mantenido conversaciones mediante llamadas o mensajes. Por otro lado, nos han cedido tanto las imágenes del interior del local como las de otros comercios cercanos que grababan los exteriores. En cuanto regresemos, Max le explicará cómo actuamos en estas circunstancias.

—Bien —aceptó lacónica.

Pese a la corta distancia entre los juzgados y el despacho, el tráfico les ocasionaba demora. Tanta que el habitáculo se impregnó del perfume de Mr. Gardiner. Ese atractivo aroma mezcla de lavanda, ámbar, almizcle oriental y corteza.

Se pinzó los labios y meditó seriamente las recomendaciones de éste. «Eres lo que quieres ser. Un abogado ha de disimular a menudo, de meterse en un papel, representar un personaje... Prometa pensar en cómo jugamos aquí.» Entonces le alcanzó un ápice de perplejidad. «¿Charles sería capaz de sonsacarme información?» Con este pensamiento le mandó un mensaje de texto a modo de sondeo, halagando su magnífica postura ante el juez. Le fascinaba su firmeza. En más de una ocasión le había visto en acción.

—Leslie, prepárame un café, por favor —pidió a la distancia, aún sin franquear la antesala.

—Enseguida, Mr. Gardiner.

—¿Max?

El moreno se levantó cual resorte, carpeta en mano, y se situó junto a su jefe.

—Ninguna relación telefónica en los últimos tres meses. Si bien pueden haber usado un teléfono de prepago.

—Lo dudo. Si el chico llamó a emergencias con su móvil, habría utilizado el mismo dispositivo para informar al asaltante de la situación en la tienda, como cuánta gente se encontraba dentro, cuántas cámaras de vigilancia, etcétera.

Dorian Gardiner se quitó la gabardina, la colgó y se sentó a la mesa de su despacho, desabrochando el botón de su chaqueta. Sus ojos se detuvieron sobre la pantalla del ordenador mientras desajustaba su corbata. Luego prosiguió.

—Quiero que Miss Nicholls examine las imágenes de los vídeos, tanto las de la tienda como las que te han entregado los negocios vecinos. Las visionará para cerciorarnos de que los acusados no se reunieron antes del atraco. Max, explícale cómo funcionamos.

—Ahora mismo, señor —afirmó Max bajo la atenta mirada de una Cloé alerta.

En el vídeo de la tienda, la historia acontecía como Owen había descrito. En las imágenes de las cámaras externas se contemplaba cómo entraban por separado, en momentos distintos.

—¿Max, puedes mirar esto un segundo?

—¿Has hallado algo, Cloé?

—Verás, una suposición me ronda la mente. —Entrecerró los ojos—. Hace unos instantes, has mencionado que Owen no tiene antecedentes. —Max asintió—. Entonces, para una persona sin antecedentes, ¿no te parece que expresa soberana calma? Es decir, si nunca he robado antes, pero me dispongo a ello, y más habiéndolo planeado con antelación... ¿No estaría inquieta? Miraría el móvil, la hora, la puerta, a mi alrededor. Incluso mantendría una falsa calma. —Miró la imagen y luego a Max—. Pero aquí se ve a un chico actuando con naturalidad. —Apuntaba hacia la pantalla del ordenador con el dedo—. Ahora, en cuanto pasamos al momento del ataque —adelantó unos fotogramas—, el chico se crispa. Se asusta, de modo que se agacha para que el agresor no le vea. Y cuando este último se va, tras matar al dependiente, Owen se acerca y llama rápidamente al 999 <sup>1</sup>. Y ahí es cuando su comportamiento cambia. Ahí es cuando advierte la caja abierta, la cual no ha tocado el asaltante, dado que el disparo ha logrado hacerle desistir. Bien, Owen observa la

caja abierta y empieza a dudar. Se toca el rostro, mira a la derecha, a la izquierda, otra vez a la caja. Se percibe alterado.

—¿A dónde quieres llegar? —inquirió Max, pues había reproducido el vídeo en varias ocasiones y Cloé sólo le reafirmaba lo que él había visto.

—Con esto pretendo explicar que, si procede con alteración en cuanto decide coger el dinero, también habría expresado cierto nerviosismo antes, si el asalto estaba programado.

—¿Y cómo demuestras tu teoría?

—¿Quizás con un profesional que explique el lenguaje no verbal de los criminales? Apoyándolo con imágenes comparativas de otros vídeos en casos similares.

—Es poco convencional. Coméntaselo al jefe. Él es quien toma las decisiones.

Un cosquilleo se despertó en su interior. Compartir ideas con Max resultaba sencillo dado su carácter menos áspero que el de su jefe.

—¿Mr. Gardiner, puedo pasar?

—Adelante.

En cuanto la vio, detuvo sus apuntes y cruzó las manos sobre la mesa. Ella tomó asiento, armada con un lápiz, un bloc de notas y con una ocurrencia que ahora estimaba absurda.

—Si el primer ladrón huye, el segundo, por compañerismo, actúa del mismo modo. No se queda pretendiendo comprobar el pulso del dependiente, ni se sobrecoge como se ve en las imágenes al descubrir que ha muerto.

—Miss Nicholls, repite lo obvio, me temo. ¿Algo más?

—Sí, en realidad. ¿Podríamos requerir los servicios de un perito para testificar?

—¿Un perito?

—Sí, un experto que consiga interpretar comportamientos y expresiones en conductas delictivas. Estoy segura de que sólo los ladrones con una larga lista de antecedentes obran con una frialdad imperturbable. No como la de Owen cuando llama a urgencias y roba el dinero.

Relató lo mismo que había compartido con Maxwell, detalle a detalle. Entretanto él la estudiaba con interés.

—No está mal. —Acarició su barba con deje meditabundo—. Si el juez lo acepta, podríamos suscitarle dudas al jurado. Sí, me parece una buena idea —opinó loando su competente iniciativa.

—Me alegra que se lo parezca. Gracias por escucharme. —Sonrió sin excederse—. Le dejo trabajar. —Colocó las manos sobre sus rodillas, tomando impulso.

—Miss Nicholls, ¿le apetece ver cómo preparo partes del alegato?

—¡Sí, por supuesto! —Sus ojos se colmaron de agradecimiento y entusiasmo.

—Tome su silla y acérquela a la mía.

Dorian Gardiner reparó en la mirada de admiración que le regalaba Cloé al compartir sus conocimientos. El resplandor en sus grandes ojos grises, traspasando las tupidas pestañas, la delataba. Se sintió halagado, henchido su orgullo.

## Capítulo 9

Abundaban las llamadas ese día en el bufete. Los teléfonos de todos los despachos, civiles, matrimoniales, de familia, empresariales, penales... no cesaban de sonar. Un timbre dispar al que retumbaba en la antesala la sacó de su afanosa concentración. Un mensaje de Charles Dunbridge. Éste decía:

¡Qué suerte en tu primer caso penal! El asesino ha confesado. Queda absuelto tu cliente de la inculpación de coacusado en el asesinato. Pero seguiremos culpándolo por hurto. ¿Te veo esta noche? Te quiero.

Cloé, pletórica, corrió al despacho de Mr. Gardiner. Llamó a la puerta sin esperar respuesta.

—¡Mr. Gardiner! —Irrumpió en su oficina con suma excitación, móvil en mano, y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡¿Miss Nicholls?! —manifestó cual paroxismo de desaprobación.

—¡Mire! —Mostró su móvil—. Han retirado los cargos de cómplice de asesinato —irradiaba felicidad—. Le juzgarán por hurto, ¡nada más!

Dorian Gardiner examinó su extraño y sorprendente comportamiento. En las tres semanas acaecidas, de las cuales los últimos dos días Cloé había ingresado en su plantilla, jamás había procedido de modo semejante, tan abierta y emotiva. ¿Qué le ocurría a esa joven?

—¡Miss Nicholls! —insistió—. Cálmese y mantenga las formas —requirió perplejo.

—Lo siento, me invade la alegría. Owen será juzgado por su hurto, y no por su supuesta complicidad. —Le vislumbró, los ojos resplandecientes, anegados de enardecimiento.

—¿Cómo? ¿Quién se lo ha revelado?

—¡Mire! —agitó la mano apuntando hacia el mensaje de texto con la cabeza.

Mr. Gardiner asió el móvil de la pasante y lo leyó.

Inexplicablemente, prestó más atención a la última frase, reparando segundos más tarde en el mensaje en sí. Su cliente había sido exculpado de la grave acusación.

—Creía que usted... —midió las palabras—. Esta mañana dejó clara su postura de no intervenir en... Supongo que intento darle las gracias por compartir la información conmigo —elogió—. ¿Qué le ha hecho cambiar de idea, si puedo preguntar? —Advirtió un singular afecto hacia la joven.

—¿No le parece suficiente el hecho de que un menor, inocente de asesinato, no de hurto, sea exculpado? —Estaba a punto de bailar a modo de celebración.

Dorian Gardiner la examinó de pies a cabeza, anhelando sus años en Cambridge, cuando veneraba el legítimo trabajo de los abogados, atenuada después aquella valoración en sus años de pasantía, en los cuales la terrible verdad de la profesión causaba una excesiva desilusión. En aquellos años ulteriores descubrió el poder de las artimañas jurídicas frente a la veracidad de las leyes. «¡Santa juventud rezumando la fresca inocencia de la legalidad!», estimó, codiciando momentos otrora mejores, cuando se consideraba tan ingenuo como ella. No pudo más que celebrar su regocijo.

—Claro que sí, Miss Nicholls. Claro que sí —declaró, campante, con una sonrisa auténtica surcando sus labios.

—Bueno, sólo deseaba informarle. —Guardó su teléfono en el bolsillo de su chaqueta.

—Se lo agradezco. Es una noticia estupenda. Podrá celebrarlo esta noche —añadió incomodando a Cloé al referirse a la penúltima frase de Charles.

En ese instante, Cloé comprendió su error. Debió pensar antes de actuar con tal efusividad y compartir una nota personal.

A las cinco habían programado un encuentro con un nuevo cliente recomendado por un amigo de Cambridge de Mr. Gardiner. Apenas conocían los propósitos de la reunión.

—Un placer, Mr. Brant. Soy Dorian Gardiner. Éste es Maxwell Taylor y ésta es Miss Nicholls —los presentó. Tras los apropiados saludos, se sentaron en un rincón adaptado para las visitas en la biblioteca. La sala de juntas la ocupaban otros—. Bien. Explíquenos su asunto. ¿Qué precisa de nuestro bufete?

De modo natural, el cliente se dirigió a Cloé, quien transmitía confianza y empatía. Mr. Gardiner, sorprendido, cuestionó la razón por la cual su cliente apreció a su pasante con tanta rapidez. ¿Qué poseía ella para emitir esa sensación de familiaridad? Dejando sus preguntas personales de lado, atendió el problema del cliente.

—¿Por dónde empiezo? —reflexionó buscando el inicio de su vivencia. Tardaba en exceso.

—Mr. Brant, ¿puedo permitirme traerle un té o algo más fuerte? —se solidarizó Cloé al examinar su apesadumbrado semblante.

Dorian Gardiner, atento, captó la maniobra de la joven, pues esa misma mañana le había enseñado a jugar al poli bueno. Asintió con un suave movimiento de cabeza otorgándole el visto bueno a Cloé, quien pedía su aprobación de reojo. Un sentimiento de orgullo lo invadió al manifestar la joven tal iniciativa.

—Gracias, Miss Nicholls. No preciso de nada —expresó Mr. Brant con movimientos apurados.

—Llámeme Cloé, por favor. ¿Qué sucede? —Sonrió, cordial.

—Es complejo de explicar... —reveló Mr. Brant mirando a Cloé, a quien había dado su beneplácito—. Quiero denunciar a mi exnovia porque he sabido que está embarazada y quiere

abortar. Está de dieciséis semanas.

—Mr. Brant, disculpe que le interrumpa. ¿Sabe que en este país la ley otorga un plazo de veinticuatro semanas a las embarazadas para el aborto? —expuso Max.

—¡Pero no puede ser! Ella pidió que me intervinieran para realizarme una vasectomía. Ella no deseaba hijos, yo sí, pero me impuso su condición para mantener la relación. De lo contrario, me dejaba. Y pagué para que me la realizaran. Pero en cuanto descubrió que estaba embarazada me dejó. Y ahora, si aborta, nunca podré tener hijos. Es mi única esperanza. Mi única posibilidad de ser padre.

Cloé buscó la mirada de Max y, seguidamente, la de Mr. Gardiner. Éste se levantó y, con la barbilla, la instó a salir fuera de la sala.

—Aprende rápido. ¿No es así? —Escondió las manos en los bolsillos del pantalón. Agachó la cabeza un momento y, acto seguido, la miró directamente a los ojos, provocándole un escalofrío en la espina dorsal.

—Cuando se tiene buen maestro. —Colocó un mechón de cabello rubio tras su oreja.

Con sonrisa despreocupada, Mr. Gardiner alegó:

—Entiende que se trata de un tema civil. Poco nos concierne, pues nada podemos conseguir representando a futuros padres en temas de abortos. Ningún tribunal nos dará la razón.

—Lo entiendo, pero... —Se mordió los labios—. No sé. ¿Advierte su dolor? Su novia está...

—Exnovia —rectificó.

—Su exnovia está de dieciséis semanas. Es su última oportunidad de ser padre biológico. Considere su caso, se lo ruego.

—No, Cloé. ¡No!

—Por favor, Mr. Gardiner. Su bebé. Quieren matar a su bebé —suplicó.

—Un feto.

—Un hijo, Mr. Gardiner.

Restregó una mano sobre su cabello, meditando. Nunca había tratado un caso de este tipo, ya que se olía la derrota a la legua. No obstante, su pasante, con los ojos suplicantes, le conmovió. ¿Cómo negarse?

—Sólo le pido que le ofrezca la posibilidad de explicarse —imploró, desolada, manteniendo sus manos frente a su pecho a modo de rezo.

—Muy bien, Miss Nicholls. Si en diez minutos no me da una buena razón, desestimaré su caso. ¿Entendido?

—¡Entendido! —agradeció, alegre. Regresaron a la salita de la biblioteca, amueblada con sofás y sillones Chesterfield de tonos marrones, situados frente a una chimenea de opulento diseño. Un lugar acogedor donde relajarse, leer o reunirse en *petit comité*.

—¿Mr. Brant, su exnovia goza de buena salud? ¿Sospecha que el feto sufra alguna malformación o una enfermedad? ¿El embarazo pone en peligro la vida de la madre? —preguntó Dorian Gardiner.

—Ella está perfectamente, y el bebé también, por lo que tengo entendido. Si le soy sincero, sigo el embarazo a través de su página de Facebook. Ella no me coge el teléfono. No quiere hablar conmigo.

Cloé apuntó ese hecho. Más tarde curiosearía.

—¿Y qué le contestó cuando le dijo que deseaba ser padre? ¿Le pidió seguir con el embarazo? —quiso saber el letrado.

—¡Sí! Claro que se lo he pedido. Le he rogado que rehúya abortar. Incluso le he dicho que yo me encargaría del niño si ella no lo deseaba. Pero me contestó que si lo quería tendría que pagar por ello.

—¿Pagar? —inquirió Mr. Gardiner, tan sorprendido como Max y Cloé, todos con el ceño fruncido.

—Eso dijo exactamente. Al principio creí comprender que me pedía sufragar todos los gastos, lo cual me parecía lógico. Pero luego insinuó que debía pagar por mi hijo. —Se enervaba—. Respondí que se trataba de una locura. ¿Cómo voy a pagar por un bebé? Es ilegal, ¿verdad? —Buscó una afirmación en los tres rostros.

—En nuestro país lo es, desde luego. ¿Tiene alguna prueba de las conversaciones que mantuvieron? —intervino Max.

—Ninguna —negó, los ojos enrojecidos.

Cloé escrutó a Mr. Gardiner, estudiando su expresión. En un intento de averiguar cuál sería su decisión.

—No quiero crearle expectativas, Mr. Brant. Como le mencioné al inicio de nuestra reunión, es un tema peliagudo. Me temo que es improbable ganar esta denuncia. Luego, sí podemos intentar convencer a su exnovia y lidiar entre ustedes. —Observaba las facciones de Cloé por el raballo del ojo.

—Pero no cuesta nada intentarlo, ¿verdad? El dinero no es problema, Mr. Gardiner —prosiguió apremiante.

Mientras, Max objetaba sutilmente ladeando su morena cabeza. Dorian Gardiner contempló a éste y luego a Cloé. Tras unos meditativos segundos, contestó.

—Sí, lo intentaremos.

Max arrugó la frente, símbolo de perplejidad. Cloé sonrió por dentro.

—No sabe cómo se lo agradezco, Mr. Gardiner. —Se alzó, aliviado, y apretó la mano del abogado.

—Mr. Brant, le recuerdo que le asistiremos y actuaremos de intermediarios entre usted y su exnovia. Quiero dejar claro este punto. A los juzgados no les agrada que se interpongan denuncias sin apenas fundamentos, generándole a la Corona un derroche de gastos. El tiempo es dinero. ¿Me comprende?

—Inténtelo, ¡cueste lo que cueste!

—Bien, entréguele a Max cualquier información que le requiera. Ahora, si me disculpa, debo

atender unas llamadas. —Se despidió y se dirigió a Cloé—: Quédese y tome notas, Miss Nicholls.  
—¡Sí, señor!

Charles y ella se citaron a las seis y cuarto en Chamberlain's Restaurant & Events, ubicado bajo los techos arqueados de un adorable mercado, de los más antiguos de la ciudad. Leadenhall databa del siglo xv. De diseño victoriano, aparecía en la saga de Harry Potter como el Callejón Diagon. El restaurante, en el centro financiero City of London, atesoraba una fachada típica del viejo Londres en tonos verde, crema y salmón. Los interiores del local, en cambio, carecían de encanto personal, en opinión de Cloé, atraída por decoraciones *vintage*, que conservaban los rasgos de antaño. El Chamberlain's se componía de paredes lisas de tono arena, suelos de madera, mesas de dos o cuatro comensales con manteles uniformes, claros, al igual que las vajillas, y sillas de sobrias líneas, aunque mullidas. Ningún objeto ornamentaba el local, salvo unos pocos cuadros abstractos.

—Qué curioso, en mi segundo día, coincidir contigo en la vista para la liberación bajo fianza, ¿no crees?

—Supongo que coincidiremos en incontables ocasiones. —Acariciaba la mano de Cloé, sobre la mesa—. ¿Qué vino te apetece beber?

—Lo dejo a tu buen criterio. —Lo miró con cariño—. Me alegra que Owen sea juzgado únicamente por lo que hizo.

—¿Owen? —Dobló una ceja a modo de interrogante.

—El menor. El chico de esta mañana —elucidó preguntándose cómo no podía acordarse.

—Oh. ¿Le has visto diez minutos y le llamas por su nombre? —Parpadeó varias veces dibujando un mohín en sus labios—. En fin, no hablemos de trabajo, amor. Olvidé comentarte...: el sábado se celebra una gala benéfica. Me acompañarás, ¿cierto? Ya he comprado las entradas.

—¡Charles! Sabes lo poco me gustan esas fiestas. —Frunció la nariz.

—Es beneficencia, Cloé.

—¿Y no lo son la mayoría?

—Cloé, ahora has entrado en Gardiner & Sons. Tienes que darte a conocer. Por favor. ¡Por mí!  
—Empleó la típica mirada de chantaje emocional.

—Mi padre ya me había invitado y rehusé. Tendrás que explicárselo tú si se molesta conmigo  
—amenazó con un dedo.

—Tu padre me adora. Dudo que lo tome a mal. —Entrelazó sus dedos con los de Cloé—. Y yo te adoro a ti —susurró con un hilo de voz seductor.

—De acuerdo, iré. —Suspiró—. ¡Eres un adulator! —Se rio con un inocente tintineo.

—Probablemente te encuentres con algún Gardiner allí.

—¿Con Mr. Dorian Gardiner? —Se tensó notando cómo se formaba un nudo en su estómago.

—¿Dorian? No. Él nunca acude a nuestras fiestas. Me refería a Edward Gardiner V, aunque el

IV aparece en ocasiones.

En el más absoluto secreto, una punzada de desilusión la traspasó.

## Capítulo 10

Una maravillosa sensación la extasió al adentrarse esa mañana en el Tribunal Penal Central, denominado Old Bailey, situado a menos de un kilómetro de los Reales Tribunales de Justicia, cuya arquitectura exterior poseía mayor estética y belleza. Cloé sentía una peculiar atracción por el último, comparable a un castillo o a una catedral. Otrora, en cuanto franqueó sus pórticos de hierro bellamente ornamentados, se enamoró. Un profesor había citado a la clase para presenciar un juicio en el edificio gótico victoriano, en cuya piedra gris habían tallado los rostros de famosos abogados y jueces, así como las figuras de un perro y de un gato simbolizando la parte acusatoria y la demandada respectivamente. Capiteles a desniveles y pináculos tan estrechos como puntiagudos apuntaban al cielo. En el interior, al subir unas escaleras situadas a cada lateral del magnífico recibidor, se accedía a dos galerías de mármol, las cuales ofrecían una extraordinaria panorámica del inmenso vestíbulo. En las salas, cada una dotada de un diseño propio y único, unas maderas de roble adornaban paredes y techos.

Los interiores de Old Bailey, en cambio, lucían más rimbombantes. El gran vestíbulo acogía paredes de mármol, soberanas estatuas y cúpulas por donde se filtraba la luz del exterior. Ésta iluminaba varias escenas pintadas a mano sobre unos arcos. Los techos artesonados se combinaban con esculturas y cubrían los capiteles. Pechinas y bóvedas también reflejaban el estilo victoriano de la edificación, construida en 1902 sobre la antigua cárcel de Newgate. Una estatua representando la Dama de la Justicia coronaba la única cúpula exterior del edificio.

El día anterior, con las prisas, no lo había saboreado bien. Esa mañana, en cambio, habían tomado el Aston Martin para acudir a la corte, pues tenían tiempo de sobra. Palpaba cada emoción que fluía por sus venas. Ya no se trataba de una universitaria entrando en juzgados, sino de una pasante.

—¿Y el cliente afirma ser inocente? —preguntó a Mr. Gardiner caminando a su lado hacia las dependencias policiales donde retenían a los acusados antes de pedir la liberación bajo fianza.

—Poco nos debe importar su culpabilidad o su inocencia, Miss Nicholls. Nuestro deber nos dicta ser más hábiles que los demandantes, aportar más pruebas o refutar las suyas. Para eso nos pagan.

—¿Nunca se lo pregunta, en el fondo? —Giró el rostro para observar su respuesta.

—No. —Se detuvo de repente y ladeó el cuerpo para encontrar sus ojos rebosantes de curiosidad—. Y usted tampoco debe hacerlo. De lo contrario, su conciencia la perseguirá y la atormentará. —Suavizó sus facciones—. Otro consejo, cuando visitemos a posibles asesinos, sea

aquí o en la cárcel, le ruego se mantenga a mi lado, o detrás de mí. —Recolocó su elegante corbata—. Primero se tantea al cliente con preguntas suaves. Si percibimos que puede desmoronarse, apretamos, ¡sin ahogar! Nos conviene que se sincere con nosotros, no con la policía. Y nada de gestos bruscos. ¿Entendido?

«¿Pretende asustarme de alguna forma? Lo está consiguiendo», se alarmó.

—No se asuste. —Sonrió, como si hubiera leído sus pensamientos—. Por cierto, dígame, ¿tiene algún traje menos llamativo?

—¿Llamativo? —se sorprendió. ¿Acaso le requería algo más recatado? Vestía un traje, falda negra por las rodillas y chaqueta roja ceñida, la cual ponía sus formas en valor, agraciando su silueta. Nada fuera de lugar. «Me lo dice él, quien luce una coleta que deja a la vista la parte inferior de su cabello mucho más corto», se quejó en silencio.

—Lo mío se arregla en cuanto me acomodo la peluca sobre la cabeza —respondió al reparar en la dirección de la mirada fija de Cloé—. El rojo es un color llamativo. Un color que puede inducir a la pasión, a la rabia, a la sangre... —Marcó una pausa y retomó el consejo—. Entiendo que siendo joven y atractiva desee vestir a la moda. Pero le agradecería que guardara esos colores para sus ratos libres, fuera del despacho.

«¡Ay, mi madre! ¿Ha dicho joven y atractiva? ¿Lo he oído bien?», se interrogó para sí.

—¿Y qué colores me recomienda, *buen señor*? —preguntó con una pícaro ironía, usando el término que tanta gracia le había causado días antes.

—Gris en tonalidades oscuras, y negro, *milady*. —Reverenció con la cabeza—. ¡Ahora, a trabajar! —Recobró la seriedad.

En cuanto salió del bufete a las seis en punto, se apresuró para encontrarse con Ethans en un centro comercial donde le había citado.

—Cambio de vestuario, ¿otra vez? Nena, pero si este verano compraste todo un armario nuevo —abucheó.

—¡Lo sé! Pero debí frenarte y no hacerte caso cuando me obligaste a dar toques de color a mi guardarropa —reprochó con un toque cómico.

—¡Por favor! Estoy superorgulloso de haberte obligado a ello. Mira *Una rubia muy legal*. ¡Sus conjuntos son deliciosos! —Entornó los ojos.

—Punto uno, es una peli. Punto dos, están en Estados Unidos, allí no usan togas, ni pelucas, ni cuellos. No saludan a su señoría con la cabeza cuando se presenta, y además les permiten caminar cuando hablan. Aquí somos más recatados y conservamos las costumbres. ¡Mantenemos las formas! Así que vamos a renovar mi indumentaria para nuestra propia peli, *Una rubia muy inglesa*. —Le atizó un codazo, gesto cariñoso que ambos acostumbraban a demostrarse.

—¿Y ese cambio repentino? ¿Será para impresionar a cierto varón con pinta de vikingo aristócrata?

—¿Vikingo aristócrata?! —explotó en risas.

—Bueno, fijate en su corte de pelo, su barba, su mirada agresiva, ¡y su bendito cuerpazo!

—¿Señor! Lo que hay que oír. —Sacudió su melena en un intento de sacarse esa visión de la mente.

Ethans se detuvo de pronto, la agarró del brazo, girándola hacia él, bajó la barbilla y estrechó los ojos.

—¿Cloé Emma Grace Nicholls! ¿Te has ruborizado? ¿Te has ruborizado! —chilló cual colegiala.

—¿No! —gritó ella a su vez y bajó el tono al darse cuenta—. No digas tonterías, Ethans. No me he ruborizado. Estamos en un centro comercial con la calefacción a tope, llevo blusa, chaqueta y abrigo. Tengo calor. Y tus observaciones me avergüenzan —explicó, casi susurrando, en un hilo de voz expresado con gravedad.

—Guapa, para ser abogada, no reconoces las evidencias aunque te las peguen a los ojos, o a la nariz...

—¿Acaso soy Toby el sabueso de Sherlock Holmes? Venga, vamos a comprar. —Tiró de él—. ¡Ah! Además necesito un vestido nuevo de gala. Tengo una fiesta el sábado.

—Hablando de fiestas. Espero que no te hayas olvidado de mi fiesta de cumpleaños. Es el sábado de la semana próxima.

—¿Cómo olvidarme?! Lo que no sé es qué regalarte.

—Podrías regalarme a tu jefe, en versión homosexual. —Tomó su mano y la colocó entre las suyas, frente a su pecho. Se lo suplicó con una centelleante mirada ambarina.

Al regresar de las compras, Cloé telefoneó a su padre, con quien no hablaba desde la semana anterior.

—¿Papá, hola!

—¿Hola, Cloé! ¿Cómo te encuentras? —Enmascaró su recurrente pasotismo con un ordinario barniz de alegría.

—Bien, gracias. ¿Cómo estás tú? —Cerró la puerta de su cuarto para evitar el infalible radar auditivo de Margaret.

—Con mucho trabajo. Charles me ha dicho que el lunes te dieron tu primer caso. —La entonación carecía de emociones.

—¿Has visto a Charles? —preguntó, aunque sin sorpresa. Su padre abogado y su novio ayudante del fiscal se cruzaban a menudo.

—En efecto. De hecho, me ha comentado que asistirás a la gala este sábado. —Sonó lacónico, apreciándose una pizca de disgusto.

«No nos andamos con rodeos, ¡eh!», protestó. «¡Maldición! ¿Por qué le habrá dicho nada Charles? Ya sabe que las cosas entre nosotros son bastante complicadas.»

—Papá, te llamaba para comentártelo.

—Cloé, no me importa que vayas, todo lo contrario. La cuestión es ¿por qué no quieres acompañarnos nunca a Tina y a mí cuando te invitamos a estos eventos? Ni siquiera has venido a ver nuestra nueva casa.

Richard Nicholls, un hombre de inmenso atractivo, de cincuenta años, había mantenido varias relaciones tras el divorcio. Sin embargo, ésta, siendo la más reciente, también parecía demasiado apresurada. Se conocían desde hacía seis meses, y apenas acababan de mudarse a la casa que el hombre había comprado. Un asunto sospechoso que le motivaba ciertas dudas a Cloé.

—Lo siento, papá. Es...

—Sé que no te cae bien —interrumpió un tanto huraño—, ¿pero no podrías esforzarte?, ¿por mí? Si le dieras una oportunidad, te darías cuenta de lo agradable que es.

—Lo intentaré, papá. —Resopló en silencio para evitar enredar más las cosas.

—¿Lo prometes?

—He dicho que lo intentaré. —Se pinzó los labios, como otras tantas veces cuando deseaba decir lo contrario o añadir algo más—. Papá, te dejo, tengo otra llamada. Nos vemos el sábado. —Un doble tono sonaba de fondo.

—Adiós —se despidió Richard.

Cayó sobre el borde de su cama, rendida por la conversación. Odiaba ese sentimiento, cuando su padre la intimidaba, por una parte, y le hacía sentir culpabilidad, por otra. Siempre le hacía sentirse responsable de una cosa o de otra desde su niñez. Apretó la tecla para aceptar la llamada entrante.

—¿Diga? —suspiró.

—¿Miss Nicholls? —preguntó la voz.

—¿Mr. Gardiner? ¿Es usted? —Notó un cosquilleo en el estómago. Su cuerpo se tensó a tal punto que se levantó de la cama cual resorte.

—Siento molestarla. He llamado a Max y a Leslie, pero no saben dónde ha guardado las notas de la investigación de Max, referente al cliente de esta mañana. Tengo aquí el expediente, pero faltan sus notas. ¿Lo sabe usted?

—¿Las de Mr. Roberts? Las he guardado dentro de... —Giró el rostro hacia su bolso, medio abierto. El canto beis de una carpeta lo sobrepasaba. Comprendió en el acto que la había metido por error ahí dentro—. ¡Mierda! —prorrumpió—. ¡Perdón! —¿De veras había soltado un taco? Carraspeó—. Mr. Gardiner, tengo las notas.

Escuchó un exhalación de disgusto. Presentía cuál podía ser su enfado.

—Lo siento muchísimo, Mr. Gardiner —se disculpó—. ¿Las necesita ya? Se las puedo llevar ahora mismo. —Ni un segundo le otorgó para contestar—. ¿Está en el despacho?

—Sí, estoy en el despacho, pero...

—¡Salgo para allá! Por favor, discúlpeme —pidió con voz implorante.

—Bien. La espero entonces. Pero no use ese tono melodramático. No es para tanto, Miss

Nicholls. —Lo tomó mejor de lo esperado—. Necesitaba estudiarlas esta noche —aclaró.

Mientras hablaban, una Cloé apurada y preocupada —dado la envergadura del error en el tercer día de trabajo oficial— asía su bolso y su chaqueta y abandonaba su cuarto a toda prisa.

—Me voy. Díselo a mamá. Cena tú —gesticuló sin ruido ante el interrogador semblante de Ethans. Colocó el teléfono sobre su pecho, tapando el micrófono.

—¿Te vas? ¿Dónde? —la imitó entre murmullos.

—Al despacho. —Agitó los dedos para despedirse. Ethans se interpuso en su camino y la contuvo tomándola por los hombros.

—¿Con el buenorro? —Sus labios formaron una O.

Cloé le apartó de un manotazo, el rostro enrojecido por la rabia que le provocaba Ethans al comportarse de ese modo.

—¿Va todo bien, Miss Nicholls? ¿Seguro que no le importa venir? —preguntó su jefe aún al teléfono.

«Todo bien. Sólo es mi primo, se ha caído sobre mi mano», se dijo para sus adentros.

—Seguro, Mr. Gardiner. No me despida, ¡por favor! Llegaré en quince minutos. —Colgó.

## Capítulo 11

Detuvo el primer taxi que avistó al final de la avenida. Qué mal se sentía. ¿Qué pensaría y esperaría ahora de ella Mr. Gardiner? Más cuando Max le había advertido que no sacara nada de la oficina sin fotocopiarlo previamente.

Pagó de más al chofer, tirándole el dinero al aire a causa de la urgencia.

—¡Quédese el cambio! —gritó alejándose.

Entró en el bello edificio antiguo, cuyo aspecto en una noche de luna llena irradiaba un romántico dramatismo. Corrió por los silenciosos pasillos hasta alcanzar la antesala.

—¡Mr. Gardiner! —jadeó, la respiración entrecortada. Pasó a su oficina. Él reflejaba tranquilidad—. ¡Lo siento tanto! Tenía prisa por ir a comprar un vestido para una gala que se celebra el sábado, y no me di cuenta cuando metí los documentos en mi bolso...

—Miss Nicholls. —Alzó una mano para frenarla. En vano, pues no logró interrumpirla.

—Creí haberlos guardado con el expediente. Tenía que haberlos fotocopiado. —Rebuscó en su bolso y le tendió la carpeta—. Lo siento mucho. Lo entenderé si me despide. Ha sido un fallo tremendo. Lo siento, de veras. No volverá a ocurrir. Me...

—¡Miss Nicholls! —prorrumpió alzándose de su silla. No vestía ni chaqueta ni corbata. Incluso había desabrochado el botón del cuello de su camisa.

La joven procuró recobrar el aliento tras la dinámica carrera. Tenía la boca seca, tragó saliva repetidas veces y, al reparar en la suavizada indumentaria, mantuvo silencio.

—No voy a despedirla. ¡Tranquila! —Ocultó una sonrisa—. No urgía. Sólo deseaba echarles un vistazo a estos papeles esta noche. Ahora, recupere la calma, váyase a casa y descanse. —Tomó la carpeta de la mano de Cloé.

—Bueno. De acuerdo —asintió—. Le veo mañana. Buenas noches, Mr. Gardiner. —Intentó sonreír; el miedo la paralizaba.

—Buenas noches, Miss Nicholls. —Contempló su enrojecido semblante que reflejaba cierta intimidación.

Caminó por los pasillos hacia la salida. No obstante, cuando alcanzó la recepción giró sobre sus talones e inmóvil meditó si debía ayudar a Mr. Gardiner. De ese modo se ganaría su perdón. El sentimiento de culpa le estrechaba el pecho, impidiéndole respirar armónicamente. Dio la vuelta de nuevo, sopesando su buena intención.

«No. Parecerá que busco otra cosa. Mejor voy a casa. ¿Pero si me despide mañana? Ya sé que ha dicho lo contrario. ¡Uf! Por errores menos importantes despiden a gente. ¡He sacado

información confidencial del despacho!» Giró por última vez y se dirigió a donde él analizaba los apuntes de Maxwell; una luz de apoyo sobre su mesa lo iluminaba. Tocó delicadamente con los nudillos.

—Mr. Gardiner. —Se aclaró la voz.

—¡Miss Nicholls! ¿Ocurre algo? —Arrugó la frente desconcertado. Había destrabado su coleta. La melena barría sus hombros brindándole un atractivo tan salvaje como masculino. Incómodo, se recogió el pelo con una goma.

—¿Necesita que me quede? —Usó un tono indeciso. Retorcía su bolso entre sus dedos.

—¡No! Váyase a casa. —La examinó con atención.

—Por favor, déjeme ayudarlo, demostrarle que puede confiar en mí. Me siento muy culpable, y me gustaría corregir mi fallo.

—Ya le he dicho que no es para tanto. Miss...

—Por favor, Mr. Gardiner. Deseo este puesto. Quiero que se me estime por mi trabajo, no por mi enchufe. Por lo tanto, y si no le importa, me quedo. Aunque sea para traerle café. —Soltó el asa de su bolso y lo colocó sobre una silla, bajo la mirada abrumada de Dorian.

—Desde luego, Miss Nicholls, es usted dura de roer. Acepto su ayuda. Recoja estos papeles. Vamos a la sala de juntas, estaremos más cómodos allí. —Señaló la pila de carpetas a la vez que acopiaba unos libros.

Una hora después, apenas ahondando en el tema legal, Dorian Gardiner le propuso descansar un rato.

—¿Ha cenado, Miss Nicholls? Pidamos comida, si le parece. —Se fijó en la hora que marcaba el reloj, ubicado sobre una de las paredes de la inmensa sala rectangular.

—No he cenado, pero no se preocupe por mí. Pida para usted. —Cloé mordisqueó un lápiz mientras leía.

—¿Acaso hace huelga de hambre? ¿O es de esas mujeres que no osan comer delante de los hombres? —Enarcó una ceja—. En serio, ¿no tiene hambre? —Buscó un número en su móvil.

—¡Siempre tengo hambre! Soy vegana. —Sonrió tímidamente prestando particular interés a cuál sería la reacción de su jefe.

—¡Vegana! ¡Vaya! Nunca lo habría sospechado de usted. Es una caja de sorpresas. ¿Puedo preguntarle por qué ha elegido ese modo de vida?

—Bueno, sí es un modo de vida, aunque dicho así suena sentencioso, como si alguien renunciara a grandes lujos, cuando es lo contrario. Digamos que la razón básica es la de salvar vidas, luego por salud. La comida manipulada es insana para el cuerpo humano. Pero preferiría no aburrirle con esto. Además, la mayoría no lo entiende.

Llamó apretando una tecla y pegó el teléfono a su oído, entretanto alzaba un dedo hacia Cloé solicitándole silencio.

—Buenas noches. No, hoy será diferente. Póngame todo lo que tenga en la carta que sea vegano. —Atrapó la mirada de Cloé con la suya, mientras ella, asombrada, se esforzó en evitar quedarse con la boca abierta cual boba—. Estupendo. Sí. Sí. Al bufete, sí. Gracias. —Colgó y se dirigió a su pasante—. ¡Solucionado! Ya podrá comer sin temor.

A medida que acontecían los veinte minutos indicados por el restaurante chino, Dorian Gardiner profundizó sobre el veganismo.

—Le puedo recomendar varios restaurantes buenísimos donde suelo ir con mi madre y mi primo. Aunque, no es por desprestigiar a nadie, mi madre es la mejor cocinera o inventora en esta rama. —Rio olvidándose del entorno en el que se encontraba.

—¡Qué suerte! Para la cocina soy un negado. Siempre pido algo a domicilio o compro precocinado, pese a mi asistente, quien insiste en enseñarme. —Sonrió mostrando por vez primera una perfecta y blanca dentadura.

Cloé se estremeció, emocionada y cautivada por esa nueva faceta, natural y desenfadada. En nada se parecía al hombre que había conocido el primer día. El que nunca devolvía los buenos días.

Momentos después abrían las bolsas; ardían. ¿Cuánta comida había pedido? La mitad de la carta en versión vegana. La colocaron sobre la mesa, en un despliegue masivo.

—¿Pero qué ha hecho, Mr. Gardiner? —Se reía tanto que apenas podía mediar palabra—. ¡Es demasiado! Se ha pasado.

—No imaginaba que existían tantas opciones sin productos animales. —Rio a su vez observando la decena de embalajes que cubrían un tercio de la mesa.

Asaltaron los platos cual niños sus regalos la mañana de Navidad. Ambos, sin poder cesar de sonreír, se miraban compenetrados. Probaron cuanto pudieron, dejando más de la mitad.

—Guau. ¡Esto está buenísimo! —Masticó—. Así que los veganos siempre tienen hambre. ¿Porque carecen de algún... ingrediente?

—¡No! Mucha gente cree que el vegano carece de vitaminas. Pero encontramos las mismas en legumbres, algas, semillas... Y el hambre es cuestión de digestión. Verá, cuando ingerimos alimentos indigestos dos o tres veces al día, nos cuesta absorberlos y procesarlos, nos sentimos sin energías y pesados. En cambio, si quitamos los productos cárnicos, los lácteos, el pescado o el huevo, y comemos en pequeñas porciones una media de cinco veces, ayudamos a nuestro cuerpo a obtener energías, nutrientes, minerales, grasas de...

—Parece el discurso de un endocrino —se mofó—. ¿Lo tiene memorizado?

En ese preciso momento el teléfono de Cloé sonó.

—¡Lo siento! Es mi madre. —Cloé pinzó sus labios, reteniendo la risa. Unos hoyuelos asomaron entre sus labios y sus mejillas. Descolgó—. ¡Mamá! Perdona, he tenido que venir al bufete con urgencia. Me había llevado unos papeles sin querer. No, todo bien. Sí. Tranquila. Espera... —Observó a Mr. Gardiner haciendo señas. Le indicaba con la mano que le entregara el teléfono. Cloé se extrañó—. Un segundo, mi jefe quiere hablar contigo.

—¿Cómo se llama? —Dorian cubrió el móvil con su mano.

—Margaret. —Tragó saliva, el rostro pálido. ¿Qué se proponía?

—¿Margaret?! Encantado de saludarla. —Marcó una pausa—. ¡De acuerdo! —Sonrió tan campante tras requerirle la mujer que la tuteara—. Siento haber raptado a tu hija esta noche. La mandé a casa, pero es muy persistente. —Aguardó la respuesta de la mujer—. ¡Ya lo creo! Si te sirve de algo, tu hija ha conseguido que por primera vez en mi vida pruebe la comida vegana. Es más, alaba tus talentos culinarios. Me ha comentado que los restaurantes poco tienen que hacer frente a tus platos. —De nuevo permaneció en silencio—. ¿De veras? Te tomo la palabra. ¡Claro! Bien, Margaret. Encantado de hablar contigo. Hasta pronto. —Anduvo hacia Cloé y le devolvió el teléfono.

—¿Mamá? —Empleó un tono de estupefacción—. Sí. Vale. Se lo... ¿Has hecho eso? ¡Mamá! —gimió al escuchar cómo su madre le confesaba que había invitado a su jefe a cenar una noche—. Bueno, cuelgo ya. ¡Buenas noches! Un beso.

—Es realmente encantadora —apreció él contemplando la vergüenza en el rostro de su pasante, quien sujetaba ahora su teléfono sobre su pecho.

—Siento si le ha incomodado. No sabe dónde termina la barrera de la extraversión. —Sus mejillas se enrojecían por segundos.

—Todo lo contrario. Es muy agradable. Cuídela mucho. Todos necesitamos una madre en algún momento. —El verdor de sus ojos se oscureció, truncándose de pronto el alegre momento.

—¿Su madre vive en Estados Unidos? —preguntó al constatar su triste semblante.

—Mi madre murió cuando tenía diez años. —Se crispó.

—¡Oh! Cuánto lo siento, Mr. Gardiner. No lo sabía. Me he excedido. No debí preguntar.

—¿Mencionó antes algo de un vestido para una gala? —cambió soberanamente de tema. Cloé pilló la indirecta, muy directa.

—Sí. —Inhaló el aire con pesar—. Una gala benéfica, en... No recuerdo el sitio con exactitud. Si le soy sincera, aborrezco esas congregaciones de personas ricas. —En el acto, intentó corregir su frase—. Y con esas personas, no me refiero a usted. —Negó con la cabeza. Se pinzó los labios y abrió los ojos de un modo muy cómico.

—Si me permite ser igual de sincero, odio tanto esas fiestas, de cara a la galería, como usted. Opino... No, más bien me pregunto por qué no hacen voluntariado en lugar de pagar cientos de libras para aparentar.

—¡Eso es exactamente lo que les digo a Charles y a mi padre! Ninguno de ellos, ¡jamás! —exclamó marcando el énfasis con ambas manos—, me ha acompañado a la perrera, por ejemplo. En cambio, poco les importa firmar un cheque. No lo entiendo, ni lo entenderé. ¡Perdón! —se amedrentó al escucharse a sí misma—. Es ingrato por mi parte hablar de esa forma. Quizás usted sea uno de esos que regalan dinero a golpe de talonario —se reprochó cabizbaja.

—Lo soy. —Explotó a carcajadas—. Haga el favor de no embarazarse por sus convicciones. Si bien es cierto que nunca he hallado una causa que me merezca la pena o me parezca genuina. Por

muy vanidoso que pueda sonar. —Tamboreó con las palmas de las manos sobre la mesa—. ¿Sabe?, me apetece probar de nuevo ese rollito de seitán con salsa de... no sé qué. —Se le hizo la boca agua divisando la comida.

Transcurrida una hora, guardaron los apuntes, libros y carpetas. Cuando se disponían a apilar los restos, Cloé preguntó.

—¿Qué le parece si, en lugar de tirar esta comida, la repartimos en algún comedor? A menos que planeo llevársela a casa —enjuició vacilante.

El hombre la contempló con infinita admiración. ¿De dónde había salido esa joven idealista? Aportaba más que una brisa de aire fresco; rompía todos sus esquemas.

## Capítulo 12

Al amparo de sus mantas, entre los cálidos tactos y el confortable entorno, deseó permanecer más rato dormida; se había acostado a la una de la mañana. Extenuada, se alzó cual zombi. Se duchó, como habituaba cada mañana, aunque en esta ocasión le servía para espabilarse. Se vistió de gris marengo, estrenando un nuevo traje, más apropiado, dado la falta de color.

—Buenos días. —Bostezó frente a su madre, a su primo y a Mr. Wilde.

—¿Qué tal, Bella Durmiente? —se mofó Ethans, al tanto de lo sucedido la noche anterior.

—¿Qué? Dame cinco minutos para derrotarte, loca —advirtió a su primo.

—¡Tu jefe es ideal! Margaret me lo ha contado todo.

—¡Ethans! —le amonestó la dulce Margaret peinando sus bucles áureos con dos dedos. Su excéntrica belleza semejaba la de Susan Sarandon en *Las brujas de Eastwick*.

—¡Mamá! Le has dado carnaza. Ahora empezará a imaginar cosas que no son. —Pataleó como una niña de parvulario.

—¡Oh, Cloé! No es para tanto. Sois imposibles los dos. Ni que fuerais gemelos. Os comportáis como tales —se hartó la mujer camuflando una sonrisa burlona, entretanto caminaba hacia su estudio de pintura; un reservado cuyo espacio ocupaba la mayoría del *loft*—. No obstante, he invitado a tu jefe a cenar. Me llamará cuando él quiera. ¡Que tengas un buen día! —canturreó.

Cloé dejó caer su rostro sobre la isla, pegando su frente contra la bancada. «¡Señor, dame fuerzas!», imploró. Ethans, en cambio, no cabía en sí; ansiaba conocer a Mr. Gardiner.

—¿Y si le invitamos a la fiesta de mi cumple? ¡Cloé! Di que sí... ¡Cloé! ¡Cloooé! —voceó mientras ella limpiaba su taza de achicoria y daba un cariñoso beso a su gato.

Leslie la examinó de arriba abajo esa mañana. ¿Qué le sucedía? De normal, poca atención le prestaba a nadie. De hecho, ni hablaba con nadie, salvo con Mr. Gardiner. Ni siquiera, tras cinco años de ayudante, había entablado amistad con Max. Por mucho que Cloé procuraba ser simpática y servicial, ésta rechazaba sus miradas y sus palabras. Actuaba como un robot.

—Max, Miss Nicholls —llamó el jefe, acudiendo ellos con premura.

—Esta tarde se celebra la mediación con los Hamilton. Vendrá también el abogado del marido. Veremos qué plantea. En dos semanas se celebra el juicio del menor a quien representamos anteayer. Me encargo yo. —Pasó unas páginas de su agenda electrónica con el dedo. Comprobaba

las citas en su pantalla y, apuntillando con los dedos, añadió—: Necesito algo jugoso sobre el caso de Mr. Brant. Ese tema del aborto... es un tanto curioso.

—Es extraño que quiera abortar estando el embarazo avanzado. Cuando una mujer lo desea por una decisión personal, no espera tanto. Debemos averiguar si no existe otra razón de peso. Tal vez querría seguir adelante, pero han hallado enfermedades en el feto o en la madre —aventuró Max.

—Lo que yo veo chocante es que le pidió dinero por el niño —se animó Cloé a participar en la conversación.

—Indagad cuanto podáis. Cualquier trapo sucio será un comienzo. —Dio una palmada sobre la superficie de la mesa.

—Max, dale a Mrs. Hamilton instrucciones pertinentes de cómo vestir, actuar, etcétera —se refirió al arbitraje de la tarde—. Ya sabes.

—¿Negro luto o viuda alegre?

—Lo que creas más conveniente.

«¿Cómo?», inquirió para sí misma una desconcertada Cloé.

—De acuerdo. —Max se levantó del asiento y se dirigió hacia la antesala seguido de una sofisticada Cloé.

El traje le sentaba como un guante. Su melena, peinada con un moño francés, le otorgaba madurez.

—¡Miss Nicholls! —Empleó una severa entonación, casi recriminatoria—. Espere.

La joven apretó los párpados, pensando que casi se había librado del despido suscitado por el incidente de la noche anterior: sacar información de la oficina sin fotocopiarla.

—¡¿Sí, señor?! —Aguantó la respiración.

—Cierre la puerta —ordenó—. A primera hora he pedido en Ede & Ravenscroft la fabricación de una peluca acrílica. De este modo no hallará ningún inconveniente en asistir a mis juicios.

Poco le faltó para abrir grande la boca. «Pero... pero... ¿Cómo? ¿Por qué lo ha hecho? ¿Para qué? Es muy considerado por su parte», se guardó.

—¿Mr. Gardiner, por qué se ha tomado esa molestia? Ayer, cuando le comenté mi condición vegana, no pretendía colocarle en la tesitura...

—Miss Nicholls, le ruego se abstenga de sentir culpabilidad por todo cuanto ocurre a su alrededor. Sólo le hago saber que su peluca no será elaborada con crin de caballo. La he encargado sintética. Ahora vaya a trabajar y deje de cuestionarlo todo. —Prestaba atención a su ordenador. Sus ojos no se habían cruzado todavía esa mañana.

—Vale... Gracias. —Dio la vuelta encarándose a la puerta.

«¿Por qué tanta seriedad esta mañana? ¿He hecho algo mal? Aunque si ha encargado una peluca significa que no me reprocha nada», meditó.

—Le favorece —susurró manteniendo una indiferente mirada hacia su pantalla.

—¿Perdone? —Se dio la vuelta intrigada.

—El gris... —indicó sin pensar—... le favorece. —Levantó la barbilla hacia ella, los ojos

poseedores de un brillo inédito. Cloé se violentó sin entender la razón.

—Gracias —formuló, el corazón envalentonado.

En cuanto alcanzó su escritorio, situado en la pared opuesta a la de Max, siendo el de Leslie el que presidía el cuarto y el primero que se veía desde el pasillo, indagó sobre las indicaciones de Mr. Gardiner.

—Negro luto o viuda alegre. ¿Qué significa? —preguntó a Max.

—Depende del tipo de marido y de la imagen que pretenda dar la esposa. Si ha de vestirse para recordarle cuánto ha perdido o, por el contrario, para crucificarlo por un comportamiento imperdonable. Negro luto para apenarle, o viuda alegre para que vuelva a desearla.

—¡Ladino!

Por la tarde la mediación entre los cónyuges se convirtió en un caos. Los Hamilton discutían cual leones territoriales. Apenas permitían terciar a los abogados. En varias ocasiones, Mrs. Hamilton hizo amagos de revelar cuanto había averiguado acerca de las infidelidades de su marido, pero no se atrevía. Qué ridículo le parecía a Cloé. ¿Si con ello tenía todas las de ganar, por qué no aludirlo? Entonces volvió a sopesar si algún secreto enmudecía sus labios. Incontables sospechas se originaban en el discernimiento de Cloé. ¿Algo más poderoso que el orgullo la silenciaba? Atenta a cuanto trascendía, ponderó si le convenía preguntar directamente a Mrs. Hamilton sobre sus posibles errores; quizás ella también había sido infiel. ¿Mr. Gardiner se enfadaría con ella por dicho atrevimiento?

Max tecleaba con rapidez en su móvil. De pronto, levantó la nariz de la pantalla y buscó la mirada de Mr. Gardiner. Con un gesto, le pidió ausentarse acompañándole fuera de la sala.

—Disculpen un momento. —Se alzó abrochándose la chaqueta del traje azul oscuro.

Él y Max salieron, olvidándose de Cloé, quien los contemplaba con intriga.

—Por favor, no hable sin la presencia de su abogado, Mrs. Hamilton —instó Cloé cuando se enzarzaban de nuevo en asuntos banales.

Los dos hombres regresaron pasados diez minutos.

—Muy bien, señores. —El rostro de Mr. Gardiner presentaba la viva imagen del triunfo. Disfrutó fulminando al abogado contrario. Se mantuvo de pie, aguardando la reacción de los adversarios.

—¿Sucede algo? —cuestionó el abogado de cabellos canos.

—El juego ha cambiado. —Apuntó una cifra sobre un papel en blanco, lo dobló y lo deslizó sobre la mesa hacia los hombres—. Ésta es nuestra última oferta.

Mientras tanto, Max les pedía a Paris y a Cloé que se levantaran. Se encaminaron hacia la salida de la sala de juntas.

—¿Qué? ¿Se han vuelto locos? ¡Han triplicado la cuantía de la compensatoria! De ningún modo mi cliente pagará tal cifra —vociferaba el oponente. A su vez, Mr. Gardiner se dirigía hacia la

puerta.

—Es una cantidad más que razonable, la cual aceptarán dadas las misteriosas cuentas de su cliente en unos paraísos fiscales. ¿Le dice algo el número 8236? Claro que si lo prefieren podemos informar anónimamente a los servicios fiscales de la Corona. Les interesará saber en qué anda metido Mr. Ham...

—¡Basta! —Brincó de su silla el marido.

—Mr. Hamilton, espere. Ignoramos qué pruebas tienen y cómo las han obtenido —hiperventiló el abogado.

—Señores, nuestra oferta termina en... —Dorian Gardiner miró el reluciente reloj de su muñeca—. Cinco minutos, me temo. Como han visto, mis socios han debido ausentarse un momento. A mi señal realizarán una llamada a cierta entidad fiscal.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Intentó aquietarle moviendo las manos—. Preparen el acuerdo. Trescientas mil libras al año, pero ni un puto penique más —bramó, colérico, el marido.

—Para que nos entendamos, Mr. Hamilton. El contrato estipulará un acuerdo entre las partes con una división del cincuenta por ciento respecto a los bienes materiales y a las cuentas bancarias conocidas. Más trescientas mil libras de compensatoria al año. Más una insignificante cláusula que lo tendrá agarrado por los huevos si decide difamar a mi clienta con infidelidades cometidas por usted durante el matrimonio. De lo contrario, mi clienta tomará las medidas oportunas para reclamar cuanto le corresponde.

Mr. Hamilton, cuyo sudor perlaba su frente, se dejó caer sobre la silla, rojo de rabia. Ladeó el rostro hacia su abogado y empujó el maletín de este al suelo. Cloé lo había oído todo desde el pasillo. «¡Apoteósico!», encomió estupefacta.

—¡Haz algo! —incitó el marido a su representante, el semblante pálido y perplejo.

—Pedimos que se incluya una cláusula para Mrs. Hamilton, bajo pena de retribución económica para mi cliente si ella revela información sobre las cuentas de él en el extranjero.

—No esperaba menos de usted, Mr. Clark. —Dorian, con deje mordaz, sonrió al abogado.

Abandonó la sala, airoso, topándose su nariz con la de Cloé, boquiabierta.

—¡Miss Nicholls! —Se tensó al encontrarse tan cerca de ella—. ¿Espía usted?

—Sí, Mr. Gardiner —asintió, la mirada expresiva, bañada de arrobamiento.

—Entonces indíquele a Leslie cómo proceder con el contrato. —Rozó su brazo al pasar de largo. Se dirigió hacia Max y Mrs. Hamilton, que dialogaban en el pasillo. Ésta se colgó del cuello de Mr. Gardiner. Le estrechó con fuerza.

Cloé no vio más, dobló la esquina para entregarle la misiva a Leslie. En el fondo se alegraba. Mrs. Hamilton obtenía su preciado trato.

Todos salieron a festejar al *pub* The Old Bank of England, sede de un antiguo banco convertido en taberna. Mr. Gardiner invitó a su equipo a celebrar la gloriosa victoria junto a Paris. Tomaron varias pintas, abrigados por los majestuosos techos artesonados del opulento lugar. Pendían soberbias lámparas de araña. Cortinas austríacas cubrían la mitad de los excelsos ventanales, en

cuyos laterales las telas barrían el suelo. Un reloj coronaba el surtidor de madera maciza, en el interior de la barra central, formando un hexágono. Dicha barra regentaba la imponente sala de paredes rojas, con grandes pinturas alegóricas de siglos pasados. El *pub* ofrecía la opción de beber de pie, de sentarse en unos cómodos sofás Chesterfield, o bien a una mesa de los reservados. Se accedía a estos subiendo una magnífica escalinata de antiguos tallados.

Podía decirse que aquel era el lugar predilecto de reunión para el personal del bufete. Max lo había comentado cuando, la tarde anterior, les propuso a ella y a Leslie acompañarle a tomar algo después del trabajo; Leslie siempre contestaba con negativas.

Le dieron una sincera y cordial enhorabuena a Mrs. Hamilton, brindando todos con ella a modo de felicitación. Luego Max volteó el cuerpo hacia Leslie y Cloé, generando una tertulia entre los tres. Les otorgaba espacio y privacidad a Mr. Gardiner y a su clienta apartándose de ellos.

La callada Leslie se marchó a los pocos minutos, sin terminar siquiera su copa. Max aprovechó el momento a solas con Cloé para informarla sobre las identidades de quienes visitaban el *pub*, pues no sólo lo frecuentaban los del bufete.

—Éste es fiscal. Está liado con su pasante. Es mejor no involucrarse nunca en temas libidinosos con un jefe. Los de menor categoría salen siempre peor parados. Ésta es una abogada sumamente agresiva. Va directa a la yugular. Esta otra trabaja en causas de familia, ojo con ella. Camufla muy bien su juego con ese aspecto de institutriz amable. Con éste nunca hallarás problemas, prefiere los tratos resolutorios sin dramas ni provocaciones... —prosiguió señalando mientras Cloé vigilaba de reojo a su jefe y a su amiga.

Al comprobar, sin embargo, cómo se comportaba la seductora Paris con el brillante abogado, la pasante decidió poner punto final a la fiesta. Consideraba el momento incómodo; Paris demostraba un profuso afecto, abrazándolo, tocando su brazo, acariciando su mano.

Una simple pasante debía evitar presenciar ciertas conductas de su jefe, o eso conjeturaba, y resolvió marcharse.

Una tremenda desilusión hendía el corazón de la joven. ¿Por qué no reflejaba la alegría que suponía ganar un acuerdo? A fin de cuentas, la victoria no le pertenecía, sino a Max y a Mr. Gardiner. ¿Cómo lo había conseguido Max? Esas cuentas secretas en un paraíso fiscal. El investigador demostraba su valía, no cabía duda, pero no era momento de elucubrar.

Escopetada, huyó del lugar, de los jolgorios y de las muestras de cariño de Mrs. Hamilton. Sí, huyó, ansiando el cobijo y la paz de su hogar.

## Capítulo 13

El esperado sábado llegó con la lujosa gala benéfica. Pese a esquivar las grandes aglomeraciones y sus influyentes personajes, Cloé se preparó como una reina antes de su coronación. Su madre la ayudó a embutirse en su encorsetado vestido de un colorido granate, mientras Ethans perfeccionaba su peinado: un semirrecogido de grandes bucles poco marcados. Incluso le recomendó adornarlo con pequeñas joyas escarchadas, a juego con su entallado busto de pedrería y encaje.

Charles la recogió en limusina, acto que la joven estimó descaradamente derrochador. ¿A quién pretendía impresionar? A ella no, desde luego, puesto que no formaba parte de su carácter.

¿Qué razón poseía para cuestionar así el modo de vida de Charles? ¿Por qué le desagradaba? Al fin y al cabo, ella también provenía de buena cuna. Si bien no compartía el concepto de exhibir sus riquezas ante los demás.

Se suponía que aún saboreaba la época seductora en la cual el mundo es maravilloso, los pájaros cantan y el sol brilla... Sin embargo, Cloé se mostraba reservada y juiciosa en exceso. Quizás el único y verdadero enamoramiento que conocía, hechizándola en lo más hondo de su fuero interno, era el de los libros cuyas tintas bebía con ansias. Estimaba a Charles, pero no de esa forma desenfadada y tormentosa que narraban las historias que devoraba. Tal amor de cuento resultaba una fábula inexistente o impalpable en la vida real. Enamorada del amor, aguardaba una utopía fantasiosa, la cual, y con tales ensoñaciones, podía pasarle de largo sin ella sospecharlo.

Franqueando el vestíbulo por las escalinatas, tras depositar sus abrigos en el guardarropa, accedieron a la sala anexa a la de la gala.

—Cloé, Charles, ¿qué tal? —Los recibió Richard Nicholls, quien aguardaba la venida de su hija con avidez.

—¡Papá! —exclamó la joven, una presión en el pecho. Venía generada por verle junto a una exuberante mujer de treinta y tantos años.

—¿No saludas a Tina? Ansiaba coincidir contigo esta noche —instó con su acusadora mirada.

Nada más llegar, sin apenas darle tiempo para respirar, Richard ya la obligaba a saludar a su novia antes que a él. Cloé se agobió por tales prisas. Ni siquiera había andado dos pasos desde el último escalón.

—Buenas noches, Tina. Encantada de saludarte. —Su garganta se obstruía de súbito. Ese nombre se le atragantaba. Su presencia en sí. Y cómo su padre devoraba con la vista a su novia. Sin embargo, obligada y educada, los besó a ambos en las mejillas.

—¡Cloé, qué alegría verte! Luces espectacular esta noche —simpatizó la rubia exhibiendo un profundo escote, joyas por doquier y una figura envidiable.

La novia de su padre parecía una buena persona. No obstante, le debía lealtad a su madre, quien había llorado lágrimas de sangre antes, durante y después del divorcio.

—Tú también estás... guapa, Tina.

—Ha sido un regalo de tu padre, el atuendo completo. —Llevó una mano al centelleante collar y sonrió con el propósito de agrandar a Cloé; consiguió el efecto contrario.

«Claro, para con sus novias es un malgastador nato», reconvino.

En ese mismo momento, en el fondo de la sala, alguien la acechaba. Una mujer cuyos modales y belleza superaban los de Cloé. Ella no lo percibió, bastante incómoda y examinada se sentía ya frente a la pareja de su padre.

—Si me disculpan, he de saludar a unos conocidos. ¿Cloé, me acompañas? —pidió Charles prestando más atención a cuanto trascendía en la sala.

—Un placer, Tina. Padre, hasta pronto —los despidió cortésmente, aunque desganada.

Compartieron mesa con Mr. y Mrs. Dunbridge; un matrimonio destacable, con sumo peso en la alta sociedad londinense. El padre de Charles siempre le manifestó más afecto a Cloé que su mujer, puesto que ésta obraba con falsedad y malicia. Pajizos sus cabellos, delgada su silueta, su mirada denotaba superioridad. Juzgaba a todos en todo momento desde un umbral de supremacía.

—Querida Cloé, estás espléndida —reveló Mr. Dunbridge, sincero y amable.

—Entendemos por qué nuestro hijo está enamorado de ti —agregó su mujer, de semblante estirado.

«¿Enamorado? Enamorado es decir mucho», ponderó, con una pizca de desolación.

Para la joven Cloé enamorarse implicaba abundantes sentimientos. Sentimientos de locura, de pasión, de enojo, de compenetración, de celos, de arrebatos..., todos imprudentes y sin sentido. Todos maravillosos a la par que devastadores. Ella le profesaba cariño, sí, ternura también. Se apreciaban, compartían las mismas opiniones el ochenta por ciento de las veces. Ambos disfrutaban la compañía del otro. Sin embargo, estar enamorado incluía una emoción muy distinta a la de encariñarse o a la de llevarse bien. Una bendita emoción que, conjeturaba, no experimentaría a causa de sus prejuicios, de su utopía particular; su visión del verdadero amor. En definitiva, el enamoramiento, tal y como lo magnificaba en su mente, no lo conocería jamás.

Harriet, la madre de Charles, le presentó al elenco de la mesa en la cual cenaban. Cloé sonreía por puro formalismo, sin mostrar su verdadera personalidad. Odiaba ese papel de mujer disciplinada. Sin embargo, al no saber cómo actuar con esa gente, prefería guardar un rol de observadora complaciente.

Durante la velada, la joven inspeccionó la sala, bellamente adornada, rebosante de flores, de telas traslúcidas y vaporosas. Luces tenues en tonos rosas y azules reverberaban desde los techos

junto a las lámparas de araña. Velas y pétalos de rosas colmaban las mesas, decoradas como en una boda de cuento de hadas.

Descubrió a su padre en una mesa alejada, susurrando en el oído de Tina y riéndose ella como una boba. Le desagradó. Se figuraba qué veía él en ella, pero ¿ella en él, salvo su dinero?

Luego examinó a los demás comensales en busca del padre de su jefe, Mr. Edward Gardiner V. Cuando le avistó, a diez metros de ella, se crispó de repente. Le asistía su hijo y Mrs. Hamilton. Apretó la servilleta entre sus dedos, el corazón ahora alterado. ¿Qué hacía él ahí? Charles le había asegurado que nunca acudía a estos eventos. ¿Y por qué la había traído? ¿Tan íntima y estrecha era su relación? Se encogió de hombros.

Mr. Dorian Gardiner sujetaba una copa en la mano. La alzó en su dirección e inclinó la cabeza a modo de saludo. Ella imitó su gesto. Y lo repitió en dos ocasiones, una mirando a los ojos de Paris y la otra hacia Mr. Edward Gardiner, muy sonriente, los rasgos amables.

—Dorian está aquí, ¿le has visto? —Charles se reclinó sobre su oído sacándola de sus pesquisas.

—Sí, acabo de verlo. —Sonrió sin ganas, a sabiendas de que se avecinaba una tediosa velada, más ahora, habiendo descubierto a la pareja.

De soslayo, él la observaba, meditando sobre su categórico cambio de personalidad. Cloé parecía otro ser en compañía de su novio. ¿Dónde se escondía la joven encantadora, la de los ojos llenos de vida y el corazón risueño, con quien había cenado unas noches antes? Junto a esa gente ella lucía ausente, como un cuerpo tenso y sin alma. Sus movimientos obraban maquinalmente. La espalda recta, las piernas apretadas, el rostro carente de emociones. Él había conocido otra faceta de ella, la cual le agradaba sobremanera. Ésta lo turbaba, tanto como la otra, aunque de forma distinta, ya que no era la verdadera Cloé. Tanto lo contrariaba... Habría franqueado esos diez metros que los separaban, le habría tomado la mano y sacado de ahí, con tal de verla sonreír, de verla tan expresiva como de costumbre, en su estado puro. Un enfado de doble sentido recorría ahora sus venas. Aborrecía a esa falsa Cloé, tanto como se menospreciaba él mismo a causa de esa novedosa sensación naciente en su pecho. Derrotado por sus propios sentimientos, frunció el ceño.

Tras la ceremonia de premios y recolecta de fondos, acudieron todos a la sala de fiesta, donde los adinerados conversaban, bailaban e intercambiaban sus tarjetas de visita. Algunas damas, mujeres florero, sólo los acompañaban para brindarles mejor apariencia, o engrandecer sus egos.

La gala le parecía eterna. Los intentos de Charles por presentarle a todos sus conocidos resultaban aún peores.

—Cloé, ¿tienes un momento? Tina y yo queremos darte la noticia. —Richard la alejó de

Charles, atareado en crear relaciones.

—Papá... Ahora no es buen momento —justificó. Rezó y deseó desde lo profundo de su ser que no aconteciera cuanto sospechaba al oír la temible frase.

Su padre, de aspecto pudiente y de porte grácil, la condujo hasta los pies de una inmensa columna de piedra marmoleada, al resguardo de las miradas.

—Hija, me complace anunciarte nuestro compromiso. —Tina mostró el dorso de la mano pavoneándose con un increíble diamante—. Espero... —Carraspeó—. Espero que nos des el visto bueno. Deseamos casarnos en unos meses. —Richard, exultante, la sondeó con la mirada.

«¡No! No, no, no. ¿Por qué aquí? ¿Por qué delante de toda esta gente? ¡Traidor! De este modo esperas mi mejor cara, mi mejor sonrisa», rumió, el estómago encogido. Estrechaba su bolsito de cuentas entre los puños. El aire de pronto resultaba cargante, agónico.

—Tina, papá. —Tragó el nudo amargo originado en su garganta—. Me alegra... Me alegra vuestro... compromiso. —Dibujó una sonrisa casi realista—. ¡Enhorabuena a los dos! —La tristeza emergió a la superficie de sus ojos—. Oh, perdonad, acabo de ver a una amiga. Luego seguimos —se despidió, fugaz, y corrió hacia el baño.

Se encerró en un habitáculo íntimo y reposó su espalda contra la puerta mientras colocaba una mano sobre su boca para impedirle cualquier gemido.

«¡No! No, no, no... Ella no le conviene. ¡Señor! Si mi madre se entera... Guardaré este asunto en secreto. Mamá no debe... ¡Señor! Esto la destrozará. ¡Seguro! ¿A qué juega? Tina es mucho más joven. ¿Papá no podía esperar a otro día para dar la noticia? ¿Prevenirme por teléfono? Ha sido una vil jugarreta», se acongojó.

Regresó a la fiesta con los ojos enrojecidos, pese a refrescarse y retocar su maquillaje en el baño. El centelleante blanco de los ojos, surcado por trazas carmesí, la delataba. Ansiaba fervientemente volver a casa. ¿Qué pintaba ella ahí? No deseaba pertenecer a ese mundo; se lo regalaba a su padre y a Charles. Trató de hablar con éste, en vano. Se mantenía ocupado, alejado entre la multitud. Contempló los rostros desconocidos y... la cabeza le dio vueltas. Le faltó el aire.

Salió a la terraza a recobrar el aliento, bajo la fría noche ajena a cuanto transcurría en el mundo. Trémula, con unos ligeros pasos, accedió a la baranda de piedra blanca. La asió mientras inspiraba con fuerza. Alzó el rostro y admiró la luna reflectando sus rayos sobre unas nubes acechadoras. El tiempo presagiaba lluvias. Cuánto ansiaba unas enérgicas gotas sobre su rostro. Un chaparrón la estimularía, la acompañaría en su sufrimiento incluso.

«Padre. ¡Qué término más amplio! Él nunca obró como tal. ¿Para qué necesita mi beneplácito ahora? Jamás le dio importancia a mis deseos. ¡Cuánta ironía!», sonrió con sarcasmo. Las lágrimas se precipitaban como torrentes sobre sus mejillas.

—Miss Nicholls —susurraron a sus espaldas.

Reconoció la intimidante presencia tras ella. Un musculoso cuerpo anulando su sombra. Sus manos se tensaron sobre la barandilla del mirador. La aferró con desesperación.

«¡No! Ahora no, por favor. Sólo faltaba que mi jefe me vea en estas condiciones... ¡Señor! Te lo ruego. Que se vaya», rezó.

—Está realmente hermosa esta noche —murmuró sobre su nuca, pese a impedirse cualquier simpatía hacia ella. Quince minutos antes había decidido no hablar con ella en toda la velada.

Estremecida y apurada, apenas consiguió darse la vuelta. De hecho, prefería no hacerlo. Así él no descubriría sus lágrimas. Y ella, como buena inglesa, no demostraría una posible flaqueza.

—Mr. Gardiner. —Sorbíó por la nariz, la vista fija en la luna. Advertía el calor emanando del cuerpo de él cerca de sus hombros desnudos.

—¡Cloé! ¿Qué ocurre? ¿Está llorando? —Precipitó sus manos hacia su rostro, volteándola hacia él. Enmarcó las mejillas entre sus dedos ágiles.

Acto reflejo, Cloé se apartó en un movimiento furtivo. Procuraba esconder su tormento más allá de lo habitual.

Dorian Gardiner percibió un sentimiento tan inquietante como repentino hacia ella. Quería abrazarla, aliviar su dolor, cualquiera que fuera. ¿Qué o quién le ocasionaba tal tristeza? Apenas la conocía, aun así...

—Mi padre se casa. —Sorteó su mirada caminando unos cuantos pasos hacia la oscuridad de la noche, hacia un rincón mal iluminado—. Siempre imaginé que... ¡Dorian! —gimió antes de ocultarse el rostro entre sus manos, sin considerar cómo le había llamado.

Él se estremeció al oír su nombre entre los labios de la joven. Avanzó hacia ella para aprisionarla entre sus vigorosos brazos, sin que ella se diera cuenta. Si bien se detuvo en seco. Enderezó su postura en un intento de recobrar las formas. Apretó los dientes y los puños por la impotencia y los sentimientos encontrados. No debía franquear esa línea ética con una pasante, por muy distinta que fuera de todas las otras mujeres que había frecuentado en su vida.

—¿Dónde está Charles? ¡Debería permanecer aquí con usted! —se comedió. Aun así, sonaba a reproche; en su estado de nostalgia necesitaba a su novio.

—Está consiguiendo amistades. —Secó las diminutas perlas bajo sus ojos y escrutó a través del ventanal con vistas a la sala buscando a Charles—. Deseo la felicidad de mi padre, ¿sabe? ¿Pero en el fondo no esperan los hijos de divorciados que éstos se reconcilien alguna vez? En fin... —Suspiró agitando la cabeza como para espantar esas ideas—. Le preguntaría cómo lo está pasando esta noche, pero, si no le importa, voy a marcharme. Lo siento. Que tenga un buen fin de semana, Mr. Gardiner. —Trazó una sonrisa ficticia sobre sus labios.

—Adiós, Miss Nicholls. —Dorian la observó impactado por su repentina entereza. Giró sobre sus talones y abandonó la terraza con premura.

Cloé suspiró al ver cómo se distanciaba de ella. Meditabunda, imaginó que iría al encuentro de Mrs. Hamilton y ambos disfrutarían de una bonita celebración. «Lo contrario de la mía», se pinzó los labios y cerró los párpados.

—¡Charles! Siento importunarte —se disculpó. Le tomó el antebrazo y le apartó de la tertulia—. ¿Te importa si me voy? No me encuentro bien. Prometo compensártelo otro día. —Logró

sonreír.

—¡Pero, amor! Es el momento cumbre, cuando todos nos presentamos y nos presentan. —«Como en un mercado», se dijo Cloé.

—Entonces no te importará si me voy, ¿verdad? Apenas notarás mi ausencia con tus menesteres.

—Cloé, una mujer siempre es de ayuda cuando uno se relaciona con...

—Lo siento. De veras. Te llamo mañana, ¿sí? Voy a tomar un taxi —indicó apremiante. Le dio un beso.

—¡Cloé, espera! —se preocupó.

Tanto le urgía irse, abandonar aquella fiesta por encima de todo, que ni aguardó la réplica de Charles.

—Un beso, amor —mandó a la distancia viéndola desaparecer.

Descendió las escaleras con cuidado de no tropezarse. El largo vestido barría el suelo al caminar, pudiendo engancharse a sus tacones.

Tras recoger su abrigo, en el guardarropa situado en el vestíbulo, avistó una silueta junto a un taxi. Mrs. Hamilton entró en un coche.

«¿No se van juntos? ¿Qué habrá sucedido? ¿Qué me importa! Estoy demasiado cansada mentalmente para querer averiguarlo», estimó.

Cuando se disponía a salir de forma esquiva para que no se fijara en ella, Dorian Gardiner se le encaró con pasos aligerados.

—¿Se marcha sin Dunbridge?

—Así es, buenas noches —se distanció.

—La acompaño a casa, Miss Nicholls.

—No será necesario. Se lo agradezco. Goce de la fiesta. —Se dispuso a marcharse y llamar a un taxi.

Él se lo impidió siguiéndola de cerca.

—Me ha entendido mal, me temo. No se trataba de una pregunta, sino de una afirmación, Miss Nicholls. La acompaño a casa.

Sus pasos se detuvieron. Intrigada, se tomó un momento para avizorar las facciones de Mr. Gardiner, el deje misterioso. Sin embargo, no la convenció. Nadie lo habría logrado en aquel momento. Precisaba estar a solas.

—Ahora mismo, necesito...

—Que la aparten de este lugar. Lo sé. —Perdió la vista entre los botones de su abrigo, que terminaba de abrochar.

—Exacto. Apartarme de este lugar sin molestar a mi jefe. —Estiró los labios, el mohín cortante.

—No es molestia, Miss Nicholls. Además, prefiero asegurarme de que llegue bien a casa. —Entregó el tique al aparcacoches.

Sin más aspavientos, accedió. ¿El dolor nublaba su juicio? ¿O aceptaba a causa del alcohol? Apenas había comido, sólo el trozo de pan. En cambio, había ingerido varias copas, bajo la imputadora mirada de Harriet, quien, con maestría, le había *recordado* el precio del cubierto; quinientas libras asumidas por Charles, claro estaba. Para Harriet era una desfachatez dejar el plato intacto.

—Entre, por favor —solicitó Dorian Gardiner abriéndole la puerta del Aston Martin.

## Capítulo 14

Un tortuoso silencio flotaba en el coche. Ninguno se atrevía a iniciar la conversación bajo el acecho de los temores; Mr. Gardiner para evitar importunarla, y Cloé porque su mente viajaba lejos, retrocediendo hasta los tiempos de su niñez, cuando su inquietada madre velaba hasta horas tardías el regreso de su marido.

Cloé consideraba el asunto, cuando menos, paradójico, pues Richard se comportaba como un *gentleman* con una cualquiera. Él jamás había tratado a su madre con cariño en público.

Por el rabillo del ojo, Dorian la escrutaba con minuciosidad. Le intrigaban sus pensamientos. Intuía su dolor, palpable a través del ambiente. Si no se permitía abrazarla o cogerle simplemente la mano para reconfortarla, entonces buscaría otra manera de llegar a ella.

De súbito, pisó el acelerador, giró por completo el sentido del volante y tomó una curva rasante por una callejuela silenciosa y mal iluminada.

—¡Mr. Gardiner! ¿Pretende matarnos? —inquirió, el corazón encogido. Se agarró al asiento cual garrapata al cuello de un perro.

Al oír su voz de inquietud, se regocijó por dentro. El soldado saboreaba su primera victoria.

—Cambio de planes, vamos a cenar. —Ladeó el rostro hacia ella, desfigurada, pálida por la temeraria maniobra.

—¿A cenar? —Entrecerró sus ojos grises, apabullada—. ¡Acabamos de cenar! —Sus dedos aún se aferraban al asiento a causa del sobresalto.

—Usted no ha cenado —reveló procurando fingir esa indiferencia que lo caracterizaba—. Me he fijado —repuso por lo bajo—. Entiendo que debe serle difícil comer en veladas concertadas. ¿Qué le apetece?

—Mr. Gardiner, yo no...

—Espero la respuesta a mi pregunta, y sólo a mi pregunta. No empecemos con sus reservas y sus «me sabe mal, no quiero molestarlo». Vamos a ir a cenar de todos modos, le guste o no. Aunque sean unas patatas fritas. —Ensanchó los ojos, arrugando la frente, con deje axiomático.

—Patatas fritas... ¡Mataría por unas patatas fritas! —asintió surgiéndole una risa cantarina. Los aspavientos de Dorian Gardiner la habían divertido de repente.

Había conseguido hacerla reír, alejarla de aquel estado melancólico en el cual se hallaba tan perturbada, indiferente a los ojos de quien la miraba. Se sintió pletórico y aliviado por ella. Ahora sí había reencontrado a la verdadera y genuina Cloé, totalmente opuesta a la autómatasentada a la mesa de la gala.

—Entonces, conozco un lugar donde estaremos tranquilos y nadie nos juzgará por ir así vestidos. —Señaló el traje de noche de Cloé que asomaba por su abrigo—. Muy buena elección, por cierto. —Le quitó importancia avistando la carretera.

—¿Mi vestido?

—¿Es el que mencionó la otra noche? Por las prisas de ir a comprarlo se llevó las notas de Max.

Cloé agachó la cabeza, sus mejillas se habían coloreado tornándose más vivas y rosas. Como si el comentario del apuesto caballero la hubiera turbado. Cruzó las manos ante su cintura tras reacomodar las solapas de su abrigo.

—Sí, ése es. Gracias. —Divisó los edificios a través de la ventanilla, encubriendo su cortedad—. Me gustaría corresponder a su halago, Mr. Gardiner, pero usted siempre viste... de punta en blanco. Si le soy sincera, me fascina cuando los hombres sacan sus ropas de gala. Es como regresar a la época de los grandes escritores del siglo XVIII o XIX y sus grandilocuencias. ¿No le parece?

—Claro, salvo porque ahora mismo nos conduciría una calesa tirada por caballos. Y, por ende, nos helaríamos de frío. Aunque esta noche gozamos de buena temperatura, ni siquiera ha llovido en todo el día.

—Lo dudo. Siendo previsores, nos acurrucaríamos bajo unas gruesas mantas, pues las guardaban en las calesas y los landós. —Obvió las cuestiones meteorológicas. Tan incómodos o faltos de conversación no estaban.

—¡Elemental, Watson! —bromeó al advertir una pizca de agudeza en su expresión—. Y dígame, ¿cuáles son sus escritores favoritos? Jane Austen por descontado.

—Charles Dickens, de mis grandes favoritos. Oscar Wilde, Tolkien, Byron... Son tantos. —Los ojos se le colmaban de estrellas cuando, empujada por un arrebató de pasión, se refería a aquellos increíbles precursores literarios—. ¿A usted le agrada leer, Mr. Gardiner?

—En mi adolescencia. Ahora dispongo de poco tiempo para disfrutar de un libro. Paso la mayor parte del tiempo trabajando, cuando no en la oficina, en mi casa. Y soy asiduo al deporte, además.

«Se nota. Y sospecho que algo de tiempo destinará a sus relaciones», añadió para sí.

El Aston Martin se deslizó con fluidez con sus diestras maniobras entre dos coches, aparcados en fila. Cloé entrecerró los ojos, esforzándose en averiguar algún detalle sobre la calle donde se encontraban.

«En una calle perpendicular al Támesis, sí, ¿pero dónde?» Desabrochó su cinturón a la vez que oteaba los edificios en busca del nombre de la vía.

Su mano alcanzaba el tirador de la puerta cuando el hombre la frenó con un simple gesto. Le causó gran impresión notar la mano de Dorian Gardiner sobre la suya. Volteó el rostro desconcertada, inquieta, de hecho.

—¿Me permite? —Encorvó las cejas con una reprobación amigable, rozando la burla, dándole

a entender que le agradaba comportarse como un caballero. Apenas se percibía cómo iba asomando una mueca en la comisura de su labio.

Salió y rodeó el coche por el frente para abrir la puerta de su pasajera. En cambio, eso era todo, ahí se detenía su galantería. Nunca ofrecía la estabilidad de su mano para que las mujeres a quienes transportaba de costumbre en su deportivo bajaran con su ayuda. Él abría la puerta, sí, lo demás debían resolverlo ellas. Un poco tosco de su parte si se analizaba.

—Gracias, *buen señor* —prosiguió ella con un medido sarcasmo.

—Jane Austen estaría orgullosa de usted. No me cabe duda. Vamos, por aquí —indicó con el brazo.

Anduvieron el uno junto al otro en plena quietud nocturna, como dos amigos de toda la vida, relajados y sin prisas.

Poco después aparecieron en Victoria Embankment, una vía lindante con el Támesis. Los viandantes clavaban sus miradas en la drapeada falda de Cloé, presa de vergüenza al sentirse objeto de observación.

—Estamos llegando —advirtió a las puertas de unas casetas cuyos servicios ofrecían pasajes en barco por el famoso río hacia la desembocadura del mar del Norte.

—¿¡Aquí?! —se sorprendió la joven. La sonrisa llegó a sus ojos antes que a sus labios.

Dorian, satisfecho, había esperado su reacción con temor a la par que con expectación. Por primera vez compartía con alguien uno de sus lugares predilectos de Londres; un espacio diminuto en el embarcadero de Westminster Pier, donde servían comida rápida. Se alejaba de los lujosos restaurantes donde invitaba a sus conquistas, pero Cloé no era una conquista, todo lo contrario. Cloé era la digna imagen de un ser salvaje, indomable, compasivo y soñador. Un ser mágico que no perseguía las apariencias o el dinero. Disfrutaba de cuanto le ofrecía la vida, ¡celebraba la vida! Lo demostraba empujándolo a aceptar casos perdidos como el de Mr. Brant, o salvando animales, o dando comida a los más necesitados, como en aquella cena, unos días antes, cuando repartieron sus excesivas sobras con unos indigentes. En resumidas cuentas, la admiraba. Y no le defraudó en modo alguno cuando ella descubrió el puesto donde la había llevado a comer unas patatas fritas.

Las pacíficas aguas apenas reflejaban las luces colindantes. El Támesis, más que un río, semejaba una pista de patinaje de hielo negro que se perdía bajo las sombras de los puentes en la distancia.

Sentados en un banco, el frío notorio, disfrutando la comida caliente, compartieron algunas confidencias. Con tal de alejar la tristeza de Cloé, Dorian se veía capaz de cualquier proeza. En su caso, desvelar aspectos de su vida igualaba a recolectar las estrellas y ofrecérselas en un ramo.

—¿Estados Unidos? Nunca he salido de Inglaterra. Veraneaba en Bath, condado de Somerset, con mi madre en casa de mis abuelos maternos. Mi padre siempre trabajaba mucho —contestó a la pregunta de Dorian.

—Si es tan intrépida y curiosa como estimo, le encantará visitar la melancólica París. Las

ciudades más bucólicas de Italia. La lejana África y sus salvajes mininos... Hay un mundo de posibilidades fuera de Londres.

—Egipto y el secreto de sus pirámides, Japón y sus templos milenarios, Tailandia y sus tiburones... Sin ir más lejos, Irlanda, un paraíso, cobijo de duendes y hadas —soñó divisando London Eye, el Ojo de Londres, la noria iluminada en la ribera opuesta frente a ellos.

—¿Me otorgaría el placer de caminar conmigo esta noche, Miss Nicholls? —Le ofreció su mano, por primera vez.

Contempló un momento la palma abierta. Se había estremecido. Una sonrisa después, la asió con timidez.

Sobrepasaron el Big Ben, la torre neogótica cuyo reloj originaba más fama que la mismísima reina, el cual presidía un lateral del Parlamento, denominado también Palacio de Westminster; un soberano edificio refugio de la Cámara de los Lores.

Cloé se permitió rodear el brazo de Mr. Gardiner por momentos, cuando el camino se preveía arriesgado para su calzado. Él se tensó al principio y, posteriormente, se relajó disfrutando de cada segundo.

Una hora más tarde se adentraron en un parque cerrado al público, dadas las horas tardías. Reinaba un absoluto sosiego. Dorian trató de ayudar a Cloé, quien ya se arremangaba las faldas para saltar la valla de un metro de altura.

«¡Qué mujer más insólita!», le destinó una mueca. Vislumbraba a la joven vestida de gala sorteando unos hierros sin despeinarse siquiera. «¡Increíble! Ver para creer.»

El olor de la hierba fresca trepaba por los troncos de los vetustos árboles, cuyas copas de exuberante follaje alojaban incontables aves dormitando.

—Blancanieves y las siete ardillas. —Le cautivó su porte, sentada sobre la húmeda tierra, el vestido desplegado cual abanico. El brazo extendido, los dedos unidos, llamando la curiosidad de los noctámbulos roedores: las ardillas.

—No la he visto bailar en la fiesta, Miss Nicholls.

—Es cierto. No he bailado. A Charles no le agrada, prefiere conversar.

—¿Qué prefiere usted?

—Prefiero no llamar la atención. Por dicho motivo he abandonado la fiesta. Soy de esas inglesas que no muestran sus sentimientos. Es una decisión muy personal. —Agachó la cabeza.

—No sabe cómo la entiendo. —Suspiró preso de melancolía a su vez.

—Bueno, tanto como usted... —Rio, amena.

—¿Qué sucede conmigo? —Se sentó a su lado sobre el cuidado césped espantando a las atrevidas ardillas. Poco miedo les tenían a los humanos.

—Guardo mi privacidad con recelo, pero usted me gana. ¡No me dirigió la palabra en dos semanas, Mr. Gardiner! Me esmeraba en desearle los buenos días... y usted... —Cubrió sus labios impidiéndose reír más alto. Con su ademán, originó en Dorian un sentimiento de fascinación.

—¡Baile conmigo, Miss Nicholls! Baile conmigo sin pensar en el mañana, sin pensar en las consecuencias, ¡sin pensar qué somos! —Con un respingo se alzó, el deje grave a la par que seductor. El anhelo surcaba sus ojos.

—¿Bailar? ¿Ahora? ¿Sin música?

Cloé ya no reparaba en su cansancio, como tampoco reparaba en qué implicaba estar con él. En una semana sentía más por Mr. Gardiner que en seis meses con Charles. ¿Aún no se daba cuenta? No quería darse cuenta. Una barrera infranqueable se lo impedía de cierto modo. No podía..., no debía pensar en él así. Se reprimía a sí misma.

Contempló su perfil bajo el resplandor de la luna. Su destello le brindaba un aspecto romántico, incluso melancólico. Las cejas alargadas, ni gruesas ni finas. La nariz recta. Los pómulos altos, atractivos. Los labios sonrosados, tenuemente escondidos bajo la barba. ¿Y su aroma?

«No ocurre nada por agradarme su perfume. Sólo es un perfume. Lejos de significar que me gusta él», consideró negando lo evidente.

—¿Con música aceptaría? —Buscó en el bolsillo de su gabán. Sacó su móvil y tecleó—. No, esta canción no me sirve... Mmm... ¡Ésta! —se decidió eligiendo *A Thousand Years* de Christina Perri. Se desabrochó su abrigo y lo tiró al suelo.

—¡*Milady!* —Alargó la mano con una grácil genuflexión.

Ella afianzó la punta de sus dedos y se levantó, cautivada por su mirada poética.

Dorian Gardiner la ayudó a retirar su abrigo, acariciando su espalda de modo fortuito. Ella ladeó el rostro sin volverse, apreciando por el rabillo del ojo los considerados y delicados gestos. Percibía su mirada, fija, sobre la nuca.

—*Buen señor* —reverenció a su vez, tras voltearse. Su falda marcó un ondulado movimiento.

Dorian dobló los dedos de Cloé sobre los suyos y, con la otra mano, rodeó su cintura, manteniendo una distancia comedida. Así contenía cualquier roce entre sus torsos.

Derecha, izquierda, delante, detrás, derecha, izquierda, vuelta..., acogió la espalda de Cloé contra su pecho, fuerte y terso, rodeándola con sus pétreos brazos. No podía evitarlo, ansiaba su tacto. La hizo rodar hacia él, acercándola a su corazón. Su frente se posó contra la suya y la penetró con su verde mirada... implorando un suceso arriesgado, prohibido. «¡No!», por muy tentadores que fueran sus labios.

La alejó de un paso diestro, aún bailando, reteniendo sus dos manos. Giraron como una peonza. Ella rio, como si la simpleza de unas vueltas la liberara, como si él la liberara de cualquier prisión mental.

De pronto, mediante un gesto atrevido, la alzó por la cintura ofreciéndole el cielo. Ella rio más alto, con un dulce tintineo, cual niña despreocupada alejada de la complejidad de la humanidad..., sin confusiones ensombreciendo su juicio. El pomposo vestido flotaba y se arremolinaba en cada rotación. Los pies ágiles de Dorian giraban, imparables.

La bajó paulatinamente y, cuando la canción estuvo a punto de acabar, se inclinó sobre ella

obligándola a echar la cabeza hacia atrás, la espalda curvada tocando casi el suelo. Si bien a tal punto estimaba a esa mujer que la indultó, alejando sus labios del pecado. Por considerables que fueran sus deseos, no la besó.

Regresaron por el mismo camino, deteniéndose sobre el puente de Westminster.

—¿Tiene frío?

—Un poco. —Apoyó los codos sobre la barandilla.

Se situó tras ella y la abrazó, midiendo cada uno de sus gestos. Su pecho retenía el aire. Le costaba no cruzar la línea. Hundió la nariz entre los bucles, oliendo un mechón de pelo. Cloé desprendía un aroma a bizcocho de fresa. Apretó los dientes y cerró los párpados un instante. Pretendía atesorar ese momento.

Ambos pensaban lo mismo, vislumbraban el mismo punto indeleble, fijo y etéreo, de la centelleante luna reflejándose allende las oscuras aguas.

—Desearía que esta velada no acabara nunca —murmuró Cloé con un fino hilo de voz.

«¡Cloé! Mi joven Cloé. Todo un enigma. Tantas cosas te contaría. Tantas cosas soñaría contigo...», sonrió para sí en el más perturbador de los silencios. Recordaría esa noche por siempre, pero no tentaría al destino. No se permitiría más con ella. Él no era de esos hombres que amaban o pregonaban su amor. Él no se sentía digno de ella, ni tampoco lograría amarla como ella se merecía. Cloé era el día y él, la noche. Jamás hallaría el eje que los reuniría a ambos en el mismo punto. Además, era su jefe después de todo.

De vuelta, Beethoven y su melancólico *Claro de luna* sonaba a todo volumen en el Aston Martin. ¿A qué venía esa repentina y conocida indiferencia hacia ella? ¿Ya no sentía nada? ¿O por el contrario sentía demasiado y se cohibía? Cloé se pinzaba los labios, cobijada en la calidez del asiento, entretanto Dorian procuraba actuar con disimulada naturalidad.

Su conciencia le infligía respeto y mesura hacia ella. Sabía que su juego, esa noche, había cautivado a Cloé. ¿Mas sería capaz de robarle su corazón? No le importaba con cuántos hombres había estado ni la forma en la que los había amado, sólo si él la había atraído como ella le atraía. La noche entera había creado un hechizo entre ellos, tal vez un artificio, tal vez un poderoso embrujo. Y ahora la magia se rompía.

«Mi espejismo», recapacitó Dorian tan pronto como aparcó en James Street. El encantamiento se evaporaba...

La acompañó hasta el patio, dubitativo, la mirada perdida y barriendo el suelo. Jamás la besaría. Jamás la tocaría. Se trataba de una solemne promesa. Así evitaba dañarla en modo alguno. Ambos, enmudecidos, se miraron buscando las voluntades del otro. Acaecieron los segundos, lo que pareció una eternidad. Las expresiones anhelantes, no obstante, los cuerpos tensos, los labios secos, aun así apetecibles. Cloé avanzó hacia su mejilla. De puntillas, le regaló un beso y susurró a su oído.

—Mr. Gardiner, le agradezco esta mágica noche. Desviarme de mis preocupaciones. Entretenirme para ahuyentar mi nostalgia. —Sonrió y desapareció tras la puerta del patio.

—Buenas noches, Miss Nicholls.

## Capítulo 15

Tanto Dorian Gardiner como Cloé recapacitaron en el transcurso del domingo, tras experimentar una espiral de sentimientos discordantes e incomprensibles. Cada uno por separado, llegaron a la misma conclusión, no dar mayor importancia a lo sucedido la noche anterior o, más que quitarle importancia, olvidar la velada.

No obstante, su forma de esconder cuanto sentían el uno por el otro se convirtió en un paradigma de pura displicencia. Cuanto más se empeñaban en silenciar la atracción, peor se vaticinaba el inminente mañana...

El lunes se comportaron como desconocidos. Mr. Gardiner sorteaba la mirada de Cloé a cada instante. Prefería usar, en exceso, a Max de intermediario. Ella a su vez había ofrecido unos taciturnos buenos días; tanto le hubo contrariado a él como aquella mañana cuando no se los había deseado, semanas antes. En cuanto Cloé reparó en el desinterés de Mr. Gardiner, se prestó a su juego. Despechada, empezó a contestar con monosílabos si se veía en la obligación de hablar con él.

A última hora del miércoles parecían compartir un cortante enfado fundado sobre los pilares de la indiferencia, pues lo más irónico en el asunto era que esperaban y deseaban del otro lo que ninguno iba a demostrar por orgullo.

Demasiado peligroso ese juego de doble filo. Tóxicas las emociones que entrañan secretas maniobras, alejando a dos enamorados.

El jueves caminaban por los juzgados en torno a un molesto silencio. Dorian Gardiner le había entregado varias carpetas con todos los asuntos a tratar, sus notas y los horarios de los juicios. Lo necesario para evitar las preguntas, reflexiones u opiniones de la pasante, muy a su pesar. Ambos ardían de exasperación al observar cómo el otro no prestaba suficiente atención. Obtenían lo inverso a sus aspiraciones.

A lo sumo, apenas habían cruzado diez palabras en toda esa semana. Salvo cuestiones sobre casos y clientes, no hacían mención a nada fuera del ámbito laboral.

Por su lado, el martes, Cloé aceptó frecuentar la taberna The Old Bank of England después del trabajo; práctica habitual entre ingleses. Como cada día a las seis menos cuarto, Max invitó a Leslie, quien rehusaba por costumbre. En cambio, Cloé aceptó. Ansiaba formular alguna pregunta.

—Max, ¿por qué Mr. Gardiner te tutea? No se toma esa familiaridad con Leslie o conmigo. Con nadie, de hecho. —Ingirió su chupito de golpe. Max saboreaba una cerveza negra.

—¡Qué aguda! No me había fijado. —Eludió cualquier explicación.

—Muy bien, don Misterioso... Asesor, criminalista, investigador... ¡Sincérate! ¿Has trabajado con James Bond en el MI5? —inquirió, chistosa.

—Cloé, el MI5 impera dentro del reino —se mofó—. Te referirás al MI6, que trata asuntos externos.

—¡En serio, Max! —refunfuñó—. Tonta no soy. —Ladeó el rostro, un hilo de voz suspirante—. Has trabajado en los servicios de inteligencia —afirmó.

—¡Cloé Nicholls! Me sorprende tal acusación.

—De ningún modo, mi querido Maxwell. —Rio con su tono acampanado—. En estos días he observado algunas... evidencias. Siempre encuentras lo que debes encontrar, como la policía. Estás extrañamente donde has de estar. Y, como por arte de magia, obtienes imágenes o testimonios de personas que ni aparecen en la investigación inicial. Hallas pistas raras, como rastrear cuentas bancarias en paraísos fiscales. Por lo tanto, ¿qué eres?

Max gozó de aquel momento, estudiando la escrupulosa mirada de Cloé.

—¿Y bien? —lo presionó ella.

—Disfruta tu copa. ¡Hasta mañana! —Sonrió de oreja a oreja entretanto se deslizaba por el asiento.

En cuanto se marchó, desafiando la curiosidad de la joven, una chica se acercó y se presentó.

—¡Hola! Soy Mary. Trabajo con Mr. Edward Gardiner V. Te he visto en el despacho. ¿Eres la nueva pasante de Mr. Dorian Gardiner?

—En efecto. Encantada. Soy Cloé Nicholls. ¿Qué tal?

—¡Fenomenal! Nunca te he visto por aquí. ¡Y soy asidua! —Parpadeó varias veces emulando el aleteo de una mariposa—. Eso ha sonado fatal. —Rio—. ¿Qué bebes?

Cloé escrutó su copa, la de Mary y la de los demás clientes.

—Me he tomado un chupito de tequila, pero no aguantaría otro. ¿Qué bebes tú?

—¡Vino tinto! No me va mucho la cerveza. ¿Me acompañas?

—A mí tampoco me va demasiado la cerveza. Un vino tinto parece apetecible a estas horas.

Mary, una agradable chica de veinticinco años, de ondulado cabello oscuro y de ojos brillantes, elevó la mano llamando al camarero.

—¿Qué tal os va por penal? —se interesó.

—Nos entran muchos asuntos. —Consideraba a la chica encantadora, pero la naturaleza tendenciosa de Cloé imponía cierta mesura.

Aun así, compartieron un rato agradable. Incluso Mary le presentó a varios miembros del despacho, entre ellos, James. El abogado de civil les había remitido algún que otro caso en los días anteriores. Se habían cruzado en varias ocasiones, sin profundizar en las conversaciones.

Volvieron a coincidir el miércoles. El jueves, no obstante, su nueva conocida y James pasaron por su despacho en su busca. Fueron juntos a la taberna, acompañados también de Max. El viernes ya entablaban una simpática amistad.

Sin embargo, Dorian Gardiner, quien había intensificado el oído los últimos días descubriendo

dónde se dirigía Cloé y con quién, apareció en el peor momento posible.

Habían salido una hora antes esa tarde, dado que los viernes el bufete procuraba un horario menos formal. Tomaron unas cuantas copas de pie, en la barra atestada de clientes excitados.

—Te digo la verdad, cuando me contrataron, se oían rumores sobre Leslie y Mr. Gardiner. — Mary comentaba asuntos sentimentales del despacho. Ahora le tocaba a la pobre secretaria.

—¡Lo dudo! Ella es muy callada, apenas osa mirarlo. Eso no es amor, sino temor. —Cloé prefería mentirse antes que asumir la posible realidad.

—¿Por qué crees que todas sus pasantes se marchan? Se enamoran, no pueden soportarlo y se van —dilucidó James.

Cloé avistó a Max al fondo de la sala, sentado a una mesa con otros colegas. Le habría gustado oír su versión, cerciorarse de algún modo. Se le congelaba la sangre al comprender la probable teoría de James y Mary, quienes afirmaban que Leslie seguía enamorada de su jefe.

—Bueno, chicos. Tengo que irme. Os veo el lunes. —De pronto le faltaba el aire.

—¿Ya te vas? ¿Es por algo que hemos dicho? —se extrañó Mary.

—¡Qué va! Tengo que comprar el regalo de cumpleaños de mi primo. Te lo comenté, ¿recuerdas?

—Sí, es verdad —confirmó.

—¡No, Cloé, quédate! —James rodeó su cintura atrayéndola hacia él de un modo impudente.

Le disgustó, originándole un sentimiento de repulsión, aunque no tanto como al hombre que acechaba unos metros atrás. La vigilaba a través de las tupidas pestañas, el ceño fruncido, los ojos entrecerrados. Mandíbula y puños oprimidos.

—¡James! ¿Qué haces? Suéltame. Esto no es divertido. Por favor —se quejó Cloé ante el fuerte aliento a *whisky*. ¿Cuánto había bebido?

—Venga, Cloé. Relájate un poco. Estás muy tensa. —La ceñía con más brusquedad mientras ella le apartaba.

—¡James! Debe irse. Déjala —repuso Mary, tan tranquila, como si la reacción de James se advirtiera normal.

—Miss Nicholls.

Una voz a sus espaldas la hizo estremecer. Un calor sofocante corrió por su nuca. «Dorian Gardiner», murmuró para sí. Mary abrió los ojos como platos y James ponía boca de pez fuera del agua.

—¡James! —Dorian le agarró la muñeca retorciéndosela sobre la espalda de Cloé, de modo que nadie veía cuanto sucedía.

El rostro de James se tornó escarlata en pocos segundos. Emitió un sordo gemido, reteniéndolo en la garganta.

—Siendo tan buen abogado como estimaba que eras —prosiguió Mr. Gardiner estrechando la muñeca con rabia—, estarás al corriente de la ley de acoso sexual laboral. El reloj no ha dado aún las seis, por lo tanto, suelta a *mi pasante*, o me veré en la obligación de replantearme tu cometido

en la empresa. En Gardiner & Sons tenemos tolerancia cero con dichos asuntos. —Le fusilaba con una mirada que irradiaba cólera.

«¿Acaba de llegar? ¿Qué hace él aquí? ¿Qué se propone? ¿A qué viene esta escena? ¿Qué derecho cree tener sobre mí?», las preguntas se acumulaban en la mente de Cloé, un tanto indignada. Se consideraba mayorcita y suficiente para quitarse a un hombre de encima.

—¿Me has entendido, James? —Contrajo la muñeca con más violencia.

—¡Sí! Yo no pretendía... Sólo estábamos... —Lágrimas de impotencia y de dolor sumergían el filo de sus pestañas. Dorian Gardiner, no del todo satisfecho, oprimió los músculos hasta el punto de cortar la circulación de su mano. El descolorido resultaba alarmante—. ¡Sí, lo he entendido! Lo siento, Cloé. No volverá a ocurrir.

El incidente terminó igual de rápido que se había iniciado. Le soltó y Cloé cesó de notar el forcejeo sobre su chaqueta. James abrió y cerró los dedos repetidas veces, recuperando el torrente de sangre y la movilidad. Cloé, abochornada, logró al fin darse la vuelta y mirar los ojos de su defensor. Él ya se había marchado, fundiéndose entre el bullicio.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Mary, quien había permanecido en silencio todo este tiempo, acobardada a la par que intrigada. Nadie, jamás, había visto a Mr. Dorian Gardiner comportarse así.

—Debo irme —susurró Cloé marchándose como una bala de cañón, importándole poco la mano de James o los interrogantes de Mary.

Corrió por la acera, el corazón palpitante, las piernas temblorosas. Atisbó en varias direcciones hasta entrever el abrigo gris plomo.

—¡Eh! ¿Me lo explica? —rezongó. A la vez le obligaba a detenerse estirándole del brazo.

—¿No le da vergüenza? —Se volvió—. ¡Tiene novio formal! ¿Y se pavonea flirteando con el primero que pasa? —voceó, las facciones irreconocibles—. Me ha decepcionado. No la consideraba una...

Cloé alzó la mano y, con toda la furia de su ser, le cruzó la cara. Necesitaba detener aquellas lacerantes palabras. Recobrando el sentido, comprendiendo su arrebato, ocultó su boca detrás de sus manos.

—¡Oh, lo siento! —jadeó arrepentida.

Colérico, humillado, Dorian se empotró contra ella, empujando su frente con la suya, sin tocarla de otro modo, por mucho que deseara zarandearla o abrazarla, o besarla...

Cloé, sobresaltada por esa inesperada maniobra, aguantó la presión de sus frentes. Pusilánime, notaba la cálida respiración sobre sus labios, casi rozándose.

La retaba mediante su mirada punzante reflejando enfurecimiento. Un sentimiento extraño contraía el pecho de Cloé. Enfado y odio, sí, pero también atracción, como jamás la había experimentado antes.

Dorian Gardiner respiraba por la nariz con veloces inhalaciones entrecortadas. De nuevo mantenía los puños cerrados, la mandíbula apretada. Esa mujer le sacaba de quicio. Abundaban en

él emociones advenedizas y perturbadoras. Él, tan reservado, pacífico, y ahora le hervía la sangre de celos al verla en los brazos de otro. Quería matar a James, cortarle las manos, arrancarle los ojos. Los había espiado un buen cuarto de hora. Ella, risueña, como la conocía en confianza. ¿Por qué ya no se comportaba de tal modo con él? ¿Por qué había cambiado su manera de dirigirle la palabra? ¿Por qué actuaba de forma desabrida?

El recuerdo de la noche de la gala los afectaba. Las tensiones latentes de toda la semana los perturbaba. Cuanto empezaban a sentir el uno por el otro se traducían, al fin y al cabo, en una tortura constante. ¡Sólo se conocían desde hacía dos semanas en un entorno laboral! Nadie sentía tales emociones en dos semanas. Ella tenía novio y él..., él siempre rehusaba el amor. No había nacido para amar o ser amado. De hecho, la primera y última mujer a quien había regalado un «te quiero» era a su madre. Ella, la única.

Resistiendo, frente contra frente, nariz contra nariz, se desfiguraban mutuamente. Los dos engarrotados a causa de la presión de los cuerpos contraídos. Los caracteres de ambos suscitaban que ninguno se amilanara, retrocediera ni cediera, aunque no ceder también implicaba permanecer juntos.

Antes de cometer un acto del que se arrepentiría —secuestrar sus labios y no soltarlos—, Dorian Gardiner impulsó un poco más la frente de Cloé y, de súbito, giró sobre sus talones. Luego se alejó.

Cloé gimió a causa de la impresión que le ocasionaba cuanto había sucedido. Recuperó el aliento como si hasta ahora lo hubiera contenido. Sus ojos se llenaron de diamantes, de irritables diamantes.

La silueta de Dorian Gardiner se perdió entre los viandantes y la niebla imperante, cayendo sobre ellos la sombría noche.

## Capítulo 16

Sin más elucubraciones, con diligencia incluso, precisó de un confidente, ¿y quién mejor que su primo Ethans para ello?

—¡Le odio! —prorrumpió, consternada, tras confesar lo que había ocurrido durante la cena en el despacho, luego en la gala y finalmente la ofensa en la taberna.

—¡Tía loca! ¿Cómo abofeteas a un adonis como él? —Parecía contrariado. ¿Acaso su prima obraba como una psicópata?—. ¿Cómo te atreves a rechazar a ese vikingo aristócrata?

—¡No se puede rechazar lo que no ha sido propuesto! Ni deseo que me proponga nada. El tema de la bofetada, en cambio, ignoro cómo he podido agredirle físicamente. Me mortifico por ello, pero me molestaba la índole de sus palabras. Estaba bajo los efectos de la adrenalina. Me acababan de contar lo de Leslie, la pobre chica enamorada desde hace años de un hombre que la ha utilizado. Y justo después me trató como un objeto delante de todos para, supuestamente, ¿salvarme de James? No entiendo nada.

—Exageras. Él no te ha tratado como un objeto. Te defendía. Y lo de Leslie... son meros chismes. Tú no lo sabes a ciencia cierta. Asegúrate antes de hablar, ¿vale? No puedes enojarte por su comportamiento cuando tú... —La apuntó con un dedo recriminador—. Sí, tú, estás haciendo lo mismo. O sea, pasar de él olímpicamente. No pretendas tenerle de perrito faldero. Dudo que sea de ese tipo de hombres.

—¡Oye! En ningún momento he pretendido adoptar un perro. Sólo me he distanciado porque no me parecía un comportamiento apropiado entre un jefe y una empleada. ¡Defínelo como quieras! —se malhumoró.

Mientras contradecía a su primo Ethans, inconscientemente se quitaba una pelusilla del brazo, se inspeccionaba las uñas..., cualquier cosa salvo mirarle a los ojos.

—Tomar distancias es una cosa, lo vuestro es declararse la guerra, y mal asunto será si alguien sale victorioso, porque ambos perdéis.

—¡Ni mucho menos! Das por hecho que él me gusta y yo le gusto, cuando él sólo pretendía entretenerme la noche de la gala. Fue altruista.

—¡Ja! Altruista, dice. Sí, sí, chata. Te contradices tú misma. Primero, vuestro comportamiento no es adecuado, y ahora él es altruista. ¿En qué quedamos? ¿Por tanto, a qué se deben sus celos en la taberna? Porque, perdona que te diga, pero a eso se le llaman celos, aquí y en todas partes del mundo. —Alzó la mano dibujando una distancia imaginaria entre Inglaterra y China.

—¿Y por qué crees que acudo a ti? —gritó sardónica—. ¡Estoy confundida!

—Bueno, psicoalicemos... —Juntó los dedos como si se dispusiera a meditar—. Tú le gustas, él te gusta...

—¡Él no me gusta! —renegó.

—Tú le gustas, él te gusta, pese a creer que no te gusta. ¡Chitón! —aventajó su protesta—. Ambos jugáis a quién aparenta más entre pasotismos, silencios, miradas furtivas, enfados, orgullo, y sólo Dios sabe qué. ¿Mi consejo? Sé tú misma. Vive por una vez en tu vida, Cloé. Permítete ser feliz, descubrir, equivocarte si es necesario. No te escondas ni escondas tus sentimientos. No se trata de quién puede más, de quién es el más fuerte, o el que más consiente. Eso al final siempre sale mal. Yo que tú le mandaría un mensaje disculpándome por el bofetón, porque eso sí ha sido pasarse de la raya, ¡aunque habría pagado por verte en acción! —Guiñó un ojo y agarró a Mr. Wilde, que maullaba a los pies de la cama donde ambos permanecían en la postura del loto—. Y pasando a otros asuntos. ¿Qué me vas a regalar? —El mohín de sus labios alcanzaba sus ojos.

—Ya lo comprobarás mañana, ¡sabelotodo! —rugió.

—Podrías invitarle —propuso e, imitando su voz, añadió—: ¡Oh, Mr. Gardiner, acuda al cumpleaños de mi primo! Le necesito de tal modo como jamás había necesitado una gran estaca como la suya...

—¡Cállate, perverso! —chilló con tono agudo asestándole un rotundo golpe con el cojín.

La fiesta se componía de un coro innumerable de chicos y un total de cuatro chicas; Margaret, Cloé y sus amigas Hailey y Faith. Las únicas dignas de entremezclarse con las divas masculinas. Ethans, tirando la casa por la ventana, había alquilado un reservado en una discoteca para su veinticinco cumpleaños. Lo celebraba por todo lo alto.

Bailaron, rieron, conversaron y, sobre todo, bebieron. Charles incluso se dejó ver, todo un logro tratándose de un festejo gay. Dada la política de la fiscalía ese año, prefería mantenerse al margen de ese tipo de eventos. «La prensa siempre estaba al tanto.»

—Charles, ¿te apetece ir a pasear por el Támesis? —preguntó Cloé, los ojos esperanzados.

—¿Ahora? ¿Para qué quieres pasear? Es un poco tarde, ¿no crees? —Bebió de su copa y abrazó a Cloé.

—Nunca es tarde para ser románticos. —Se pellizcó los labios.

—Bueno, si tanto se te antoja, podemos ir. —La besó.

Su respuesta no satisfizo a la joven. Deseosa de aventuras nuevas, ella anhelaba cierta espontaneidad.

—Da igual. Otro día.

Esta vez, no manifestó signos de reproches cuando Charles se marchó antes de la finalización del evento. Ni siquiera se lo impidió. Disfrutó de sus amigas y de su primo en todo su esplendor. Danzaba con el torso desnudo y una boa de plumas sobre un pódium destinado a los bailarines profesionales.

El alcohol, no ella, casi le permitió mandarle un mensaje de texto a Mr. Gardiner. Menos mal, se agotó la batería mientras tecleaba con un dedo ágil y expedito. De lo contrario, a la mañana siguiente se habría arrepentido por los siglos de los siglos a causa de tal estupidez.

Se levantó de un humor de perros. Por enésima vez, había soñado con él. Odiaba cuando Mr. Dorian Gardiner, ese *hipster* seductor y taciturno, se introducía en su mente con alevosía y nocturnidad.

Como el último domingo, se refugió la mayor parte del día en su cuarto. Rememoró cada instante juntos. Lo cómoda que le había hecho sentir pidiendo comida vegana, sin juzgarla, sin oponerse a su modo de vida... Las veces que la había sorprendido con su sonrisa, tan contagiosa... Con qué familiaridad había conversado con Margaret y, educadamente, había aceptado una invitación a cenar... Su hermoso rostro cargado de admiración hacia ella cuando repartía el exceso de comida a unas personas sin techo.

Rememoró los celos que crecían en ella cuando lo veía en compañía de Paris Hamilton. Cómo no tenerle celos a esa diosa rebosante de sensualidad, y cómo no reprocharse dichos celos...

Rememoró las mariposas revoloteando en su fuero interno al susurrar Dorian Gardiner su nombre, a sus espaldas, en la terraza de la gala. Revoloteo que no cesó en toda la velada. Ni cuando, para bailar, sus dedos rozaron sus hombros desnudos, deslizándose por su columna hasta la cintura, consiguiendo estremecerla. Nunca había bailado con tanto brío, con tanto romanticismo. Nunca la habían hecho girar, girar y girar, elevándola después para que tocara las estrellas con la punta de los dedos... El mareo recurrente, causado por su mirada, sus roces, el tono de su voz... Los escalofríos traspasándola de pies a cabeza cuando el pecho de él, acogedor y robusto, la abrazó. El ardor la consumía en esa fría noche, ambos en el puente, vislumbrando un mágico Londres bañado por argénteos rayos de luna...

Rememoró las largas conversaciones —aunque fugaces a ojos enamorados—, tratando temas que, por muy banales, resultaron interesantes. Así se conoce al otro, confesando curiosidades, ahondando en el descubrimiento del ser... Recordó las incontables miradas de compenetración, de prudente pasión, de silenciosa atracción...

¡Todo y cuanto había sucedido para terminar desafiándose, una frente empujando la otra, a la salida de una taberna! Los semblantes tan provocadores como tentados de dejarse llevar por el deseo. Ardientes los labios y ardiente la piel ansiando cualquier tipo de caricia, suave o violenta.

Reprobaba esos arrebatos que él despertaba en ella... Ella jamás había propiciado un golpe contra una persona, esa reacción no era afín a su carácter. Ni siquiera se había atrevido nunca a replicar o contestarle mal a nadie.

A causa de la bofetada, Mr. Gardiner podía hacerle la vida imposible si lo deseaba. Se figuraba que, dadas las razones que lo guiaron a conducirse así contra James, no la despediría; no se consideraría un argumento laboral válido. ¿Aunque, qué ocultaba dicha actuación? Celos,

pocos. Cloé descartaba la insinuación de Ethans. ¿Entonces? Se resumía en salvarla de las garras de James, ¿por compasión, ayuda humanitaria, heroísmo? ¿O para ganar el premio a Mister Simpatía? Sea como fuere, Cloé no se lo explicaba, sobre todo después de la semana transcurrida en la más absoluta indiferencia.

«Qué tonterías inventa Ethans. Mr. Gardiner no me gusta, ni yo a él. Sale con Paris. Bueno, nunca se han besado... en público. ¡No! No me gusta», se sugestionaba. Él no era su tipo de hombre, distante, reservado, autoritario. No obstante, ¿cuál era su tipo? Ni ella misma lo sabía. Además, Mr. Gardiner también expresaba una faceta agradable y atenta cuando estaba a solas con ella. Esa faceta cuyas atenciones extrañaba la joven. Con nadie más le había visto comportarse de tal modo, salvo, quizás, con Paris Hamilton.

En pos de despejar su mente, tomó su copia del expediente Brant; el del aborto. Como el cliente había mencionado que seguía el embarazo a través de Facebook, Cloé decidió investigar.

«Esto es singular como poco», apreció comprobando la fecha en la cual Mr. Brant se había sometido a su vasectomía y la fecha de unas publicaciones anteriores, donde su exnovia comentaba con una amiga sus deseos de quedarse embarazada. Por ende, si ella ambicionaba quedarse en estado, ¿por qué mentir afirmando lo contrario? ¿Por qué obligar a Mr. Brant a enfrentarse a una vasectomía?

Accedió a las páginas favoritas de Beatrice, la exnovia. La mayoría comprendían *posts* de moda, belleza, vida sana y bebés... ¡Bebés! «¡Qué raro! Una mujer que no quiere tener hijos agrega a sus favoritos innumerables páginas referentes al tema», siguió indagando. «¿Y esa cuestión del dinero? Esa cuestión del dinero me da mala espina. Algo oculto ronda este embarazo. Estoy segura.» Revisó cada una de las fotografías, cada comentario de sus amistades y cada página en la que solía entrar Beatrice. Surfando de una a otra, encontró una cuenta de Pinterest, abierta unos meses antes de quedarse en estado. Extrañamente, sólo agrupaba Pines sobre el embarazo; qué comidas evitar, tamaños del feto, cosas necesarias para el parto...

«Temo que Beatrice ambicionaba embarazarse para sacarle dinero. La vasectomía ha sido una crasa jugarreta. De ese modo, garantizaba impedir a Mr. Brant tener más hijos en un futuro. Le sacaría cuanto más dinero mejor mediante su primogénito y único heredero. ¿Pero por qué cambiar de idea? ¿Por qué abortar? ¿Será un medio de chantaje? ¿Cómo? No le ha sacado ni una sola libra», se frustró.

A las cinco y media, Margaret llamó a la puerta de su cuarto.

—Cariño, arréglate. Tenemos visita esta noche para cenar.

—¿Amigas o amigos? —Más que nunca deseaba que su madre encontrara novio, dado el reciente compromiso de su padre, el cual había ocultado a la pelirroja.

—¡Amistades! —Desapareció mostrando un semblante un tanto pícaro.

Vistió un cómodo vaquero de pitillo, en tonos oscuros, y una blusa rosa con un lazo cosido al

cuello. Mientras terminaba de peinar su lustrosa melena rubia, resonó el timbre de la puerta de entrada.

—¡Cloé! ¿Puedes ir tú? ¡Ethans se está duchando y yo estoy con las manos en la masa! —gritó Margaret desde la cocina.

—¡Voy! —imitó su entonación.

«Espero que no se queden armando jaleo hasta las tantas. Mañana trabajo», refunfuñó.

Conocía las cenas de su madre. Comían en exceso y bebían más aún. No obstante, las veladas transcurrían siempre entre chistes, risas y conversaciones muy divertidas.

Se encaminó con saltarines pasos hacia la entrada, bajo la atenta mirada de Margaret, que sacaba unos pimientos rellenos del horno.

Cloé abrió la puerta, una sonrisa recibidora en los labios, pintados de rosa palo. El cabello flotó en el aire a causa del movimiento basculante.

Afloró en su pecho una sensación de excitación a la par que de sobresalto en cuanto reconoció su rostro.

—Buenas noches, Miss Nicholls.

Del susto cerró la puerta de un portazo, quedándose boquiabierta e inmóvil.

## Capítulo 17

Margaret, incrédula, soltó la cuchara de palo con la que se proponía remover la *mousse* de chocolate tras sacar la bandeja de pimientos del horno.

—¡Cloé, por el amor hermoso! ¿Pero qué te pasa? —Corrió a la puerta y la abrió, apurada, mirando a su hija de reojo—. ¡Dorian! Gracias por venir. ¡Cuánto me alegra conocerte! ¡Eres guapísimo! —exclamó.

Tenso de pronto, tan serio como Cloé, entendió que ella ninguna idea tenía de su venida. ¿Por qué Margaret no había hecho mención a su hija? Podía haberla avisado. Decidió marcharse.

—Margaret, te lo agradezco, pero me ha surgido un imprevisto. No podré quedar... —lamentó entregando la botella de vino que sujetaba en la mano.

—¡Tonterías! —respondió Margaret interrumpiendo sus excusas.

—Cloé, ¿me prestas esa crema..., la del tarro verde? —Ethans salía de la ducha, una toalla enrollada a la cintura. El pelo mojado, las gotas se escurrían sobre su pálido torso—. ¡Oooh, mi madre! ¡Es el jefe buenorro! —chilló con exaltación.

Cloé, abrumada, seguía sin pestañear. ¿Soñaba? Sí, un trance, eso era. Su jefe no se hallaba de pie en la puerta. No. Imposible.

—Dorian, pasa, por favor. —Margaret aceptó el presente y estiró del codo de Dorian para impulsarle a entrar.

—Cloé. Cloé. ¡Cloé! ¿No nos presentas? —Ethans le dio un codazo en las costillas. La pobre enrojeció de dolor.

—Mr. Gardiner, le presento a mi primo Ethans. Ethans, te presento a Mr. Gardiner. —Tragó saliva volviendo en sí. Su mano sujetó sus costillas. Esta vez Ethans se había excedido.

«¿Está aquí de verdad? ¿Estaba previsto? ¿Ha sido mamá? Claro que sí. ¡La muy cotilla y entrometida!»

Su aspecto carecía de seriedad, que no de elegancia. Sus cabellos castaños, despeinados a propósito, acariciaban sus hombros. Unos vaqueros asomaban por debajo de la trenca marrón oscuro. Una *pashmina* beis enmarcaba su barba, tan acicalada como de costumbre.

—Dorian, por favor. Llámame Dorian. —Sonrió menos rígido, dada la actuación de Ethans, a quien dirigió la mano. Ethans la asió cual plebeyo ante un rey.

—Si me disculpáis, voy a vestirme para la ocasión. —Torció la cabeza, contemplativo. Los ojos le hacían chiribitas—. Aunque también puedo quedarme así, si te gusta más. —Pestañeó repetidas veces, la faz radiante.

Cloé se mordió los labios intentando retener la risa, una risa nerviosa, mientras sacudía la cabeza con una veloz negación. Ethans se marchó ilusionado y curioso por descubrir cuanto acontecería esa noche.

—¡Cloé! ¿Dónde están tus modales? Pídele el abrigo y cuélgalo en tu dormitorio, haz el favor. —estiró los labios Margaret forzándola a reaccionar. Se divertía como una niña pequeña examinando los ademanes de su hija, cohibida a más no poder.

—Sí, claro. Perdón. —Bajó de su nube—. Mr. Gardiner, ¿me permite su abrigo?

Observador, estudiaba su actitud y sus rasgos. Le afligía su intromisión, pese a la invitación de Margaret. Retiró su abrigo con la asistencia de Cloé.

Lo dobló sobre su antebrazo y se dirigió a su cuarto tras dedicarle una medrosa sonrisa.

—¿Por qué no la acompañas, Dorian? Así me dejáis tiempo para terminar de preparar la cena. Espero que te guste la *mousse* de chocolate. —Empujaba su espalda orientándole hacia el pasillo que conducía a la habitación de su hija.

Antes de ser alcanzada por las largas zancadas de Dorian, Cloé olió la solapa del abrigo. Entrecerró los párpados, extasiada por el aroma. Olía a él, no sólo a su perfume, sino a la mezcla de este con su piel.

—¡Cloé! —Tocó a la puerta con delicadeza, tanto como la que reflejaba su voz.

—¡Mr. Gardiner! —jadeó semejando un murmullo. Un escalofrío recorrió su espalda como un espasmo eléctrico. Tenía el vello de punta. ¡Entraba en su cuarto! Dorian Gardiner entraba... en su cuarto... «¡Flipo!»

Dorian empujó la puerta entreabierta, descubriendo la refinada habitación que liberaba un aroma a bizcocho de fresa. Se aclaró la voz.

—Su madre... —obvió los formalismos—. Tu madre me ha mandado a esperar aquí mientras termina la cena. ¿Puedo pasar? —Usaba un tono sutil, arpado.

—Claro. Eh..., eh... —vaciló observando su entorno—. Siéntese aquí, si quiere. —Señaló la silla frente a su escritorio—. ¡Espere! ¿Puede cerrar los ojos un momento? Le retiro esto. —Su pijama y ropa íntima. Se avergonzó al apilar un sujetador sobre el abrigo de Mr. Gardiner. Reposaba aún sobre su brazo. Lo escondió bajo la almohada de su cama y colgó el abrigo detrás de la puerta, sobre un perchero colgante.

Los ojos tramposos, entrecerrados, distinguían la celeridad de la joven al obrar, sofocada. Se sentó y se alzó de pronto, intranquilo al preguntarse qué opinaba Cloé acerca de su visita.

—Cloé, ¿quieres que me vaya? —Mantuvo las distancias, la mirada turbia.

—No. Me gustaría que se quedara. Yo... yo... —balbuceó.

—¿Tú qué? —Avanzó un paso dubitativo, ansioso aun así.

—Yo lamento lo sucedido el viernes. Me siento horrible por haberle pe...

—Chsss —objetó—. No sigas, por favor. —Dio otro paso colocando un dedo sobre sus propios labios, sin atreverse a acortar el metro que separaba a ambos, sin atreverse a colocar ese dedo sobre los labios de Cloé—. Olvidemos cuanto pasó ese día. ¿Quieres?

Cabizbaja, la sangre subía hasta su cabeza, tamboreando sus sienes. Accedió, mitigada por escuchar aquellas palabras, aunque una parte de ella continuaba muy amedrentada. Todos los sentimientos que intentaba ocultar afloraban de pronto. Suspiraba por abrazarlo, refugiarse contra su pecho y pedirle disculpas.

—Creía que estabas al corriente. —Curvó una ceja.

—No, pero me alegra que esté aquí. —Intentó sonreír, los nervios le impedían gozar de espontaneidad.

«Ya se la devolveré a mamá en cuanto se presente el momento», prometió.

—Cloé, ¿qué te parece tutearme fuera del bufete? —propuso, las facciones sosegadas. A la vez arremangaba su suéter de color *camel*.

El ligero tejido acentuaba los músculos de su espalda, de sus hombros y de su torso brindándole más robustez. Ethans tenía razón. Calcaba la imagen de un vikingo aristócrata.

—No lo sé. Me parecería inconveniente —confesó.

—Inténtalo. —Se aventuró a dar otro paso, el cual estremeció a Cloé. Él sólo deseaba oír su nombre en sus labios. Anhelaba cómo lo había pronunciado en la gala, sin ella ser consciente.

—¡Gente! Voy a abrir el vino. ¿Os apetece? —Apareció Ethans de improviso, ataviado con su mejor modelito.

Cloé y Dorian se sobresaltaron como si les hubieran sacado de un sueño. Todos se congregaron en el salón. Margaret había decorado la mesa con ramas y hojas secas, con flores silvestres y bellotas.

—¿Tienes hermanos o hermanas? —siguió Margaret con el interrogatorio cuando empezaban el segundo plato.

—Hijo único. Me habría gustado tener alguno, creo. —Sonrió—. He conocido a varios que se llevan como el perro y el gato.

—Muy cierto —afirmó Margaret.

—Entonces naciste en Estados Unidos, pero te criaste aquí. —Ethans tomó las riendas.

—Digamos que llegué un poco antes de lo previsto, cuando mi madre visitaba a mis abuelos en California. Bueno, mi madre y mi padre. Nací allí por necesidad —profundizó.

—¿Y tienes muchas novias? —lanzó sin venir a cuento el indiscreto Ethans.

—¡Ethans! —prorrumpieron a la vez Cloé y Margaret. La primera casi escupió su vino, mientras que la segunda tenía su *minicrêpe* atragantada en la garganta.

—¿Qué pasa? Tiene treinta años y no está casado. ¿Es malo preguntar si mantiene una relación sentimental?

«¡Te mato! Es mi jefe, ¿podrías intentar comportarte por una vez? ¡Maldición!», Cloé fusilaba a Ethans con la mirada. Entretanto Dorian Gardiner se divertía a causa de la buena honda que flotaba en el ambiente. Consideraba a Ethans un ser incorregible. No obstante, dado su carácter cómico, se le perdonaba todo.

—¿Sabes?, cuando presencias tantos contratos prematrimoniales y tantos divorcios, el odio que

se profesan las parejas después de sus votos, supongo que dejas de creer en el matrimonio, al menos en parte.

«Buena evasiva. Claro, ¿cómo revelar delante de su empleada que sale con Paris Hamilton?», ignoraba si sentir alivio o... No, sólo un pequeño pinzamiento en el corazón.

—¡Ah! Ya. Entiendo... ¿Y novias, entonces? —insistió Ethans.

Cloé dejó caer su frente sobre su mano, el codo apoyado ahora sobre la mesa. «¡Quieres callarte, desvergonzado!», imploraba a gritos en su interior. Mr. Gardiner se tomó unos segundos de reflexión antes de contestar. Los labios ensanchados, la sonrisa alcanzaba sus ojos. Incluso sus mejillas parecían más altas y redondas cuando sonreía con sinceridad, liberándose de las presiones.

—No. Ninguna novia. Ni amigas con derechos, antes de que me avasalles. —Rio con un tono embaucador y melódico, escudriñando a Cloé de soslayo.

—¡Muy bien! ¿Ethans, por qué no le sirves su cena a Mr. Wilde? —preguntó la joven, los ojos protestones. Había vislumbrado la sombra del minino por la cocina. Éste ni se había dignado en aparecer todavía.

—¿Mr. Wilde?

—Nuestro gato —aclaró Cloé.

—Cómo no. De ser hembra deduzco que le correspondería el apellido Wharton.

—Es muy probable. —Ethans se mofó de las pasiones literarias de Cloé.

—Oye, Ethans. Si me permites la pregunta... —se animó a formular Dorian.

—Uy, de ti lo que me pidas, *majete*. —Puso ojitos tiernos.

—Tus padres no viven en Londres. ¿Viniste a estudiar aquí o se trata de una decisión permanente?

—Mmm, te lo resumo. A los diecisiete años, cuando salí del armario, mi padre me dio la opción de cambiar de... parecer. Imaginé que en un pintoresco pueblo mi condición nunca estaría bien vista, así que le pregunté a mi tía Margaret, quien vivía en Londres, ciudad cosmopolita y permisiva, si podía mudarme con ella y con Cloé. Margaret es la hermana de mi madre —agregó—. Ambas hablaron. Margaret intentó que mis padres recapacitaran, pero..., bueno, al final aquí me tienes. —Suspiró.

El resto de la velada transcurrió placentera. Ethans no hizo mención ni pretendió averiguar nada sobre la madre de Dorian, pues Cloé le había prevenido sobre su fallecimiento. Dialogaron acerca de trivialidades. Todos rieron y actuaron como con cualquier amistad. Incluso Mr. Wilde le ofreció su simpatía al invitado acomodándose sobre su pecho, ronroneando. Qué graciosa su patita, estirándose para peinar la barba de Mr. Gardiner, que, delicado, acariciaba el lomo del felino y le susurraba al oído.

—¿Puedo darte un abrazo? —preguntó Ethans cuando Dorian se despedía—. Un abrazo de machos. ¡Lo prometo! —Casi babeaba.

—Mmm... De acuerdo. —Su rostro dibujaba un interrogante. «A ver este chico por dónde me

sale», no se fiaba.

—Cuida bien a mi prima.

—Créeme, sabe cuidarse sola. —Le lanzó un guiño a Cloé.

—Dorian, vuelve cuando quieras. Ésta es tu casa. —Margaret le frotó el brazo con deje cariñoso y le dio dos besos en las mejillas.

—Te lo agradezco, Margaret. Lo he pasado muy bien. Me han encantado tus cuadros y tus esculturas. ¡Y qué decir de la comida! Hacía tiempo que no probaba platos así de ricos. No es por cumplir.

Cloé le acompañó a la puerta, mientras Margaret e Ethans regresaban a la cocina.

—¿Sabes que esta noche no me has llamado por mi nombre? —cuchicheó. Así nadie más le oiría.

—Pero te he tuteado, es un avance. —Sonrió, acoquinada, mientras abría la puerta.

—Miss Nicholls, que tengas dulces sueños. —Tomó su mano y le besó el dorso, su barba le originó unas cosquillas a Cloé—. Te veo mañana. —Elevó la mirada hacia su rostro, dado que se había inclinado.

La hechizó con esa simple expresión. Una bandada de impetuosas mariposas batieron las alas en su estómago. Las piernas absorbían ciertas vibraciones. La boca se le había secado de nuevo.

—Buenas noches... —Hizo una pausa. La esperanzada mirada de Dorian codiciaba oír su nombre—. Mr. Gardiner —logró acabar al fin. La incomodaba llamarle de otro modo.

Jadeó, con una sonrisa, sin embargo. Se notaba cuánto le costaba a la joven relajarse ante él.

En cuanto cerró la puerta, Ethans chilló cual fanático en un concierto.

—¡Aaah! ¡Es un dios! Guapo, de mirada penetrante, inteligente... Cuerpazo... ¿Lo he dicho ya? ¡Ah, y a pesar de ser adinerado, no es tan pedante como otros! —Entrecerró los ojos fulminando a Cloé con la indirecta—. ¡Oh, mi maaadre! Me encaaanta ese hombre. ¡Qué melena leónica! ¡Qué ojazos verdes! ¡Qué músculos! Cloé, deja a Charles, o no volveré a dirigirte la palabra en mi vida.

—¡Ethans, como para no oírte! —voceó Dorian Gardiner detrás de la puerta.

Obvio, Ethans no había esperado ni tres segundos. Todos explotaron en risas, salvo Ethans, un tanto azorado.

## Capítulo 18

Su madre, discreta, que no ciega, percibía sus cambios de humor. Su hija poco se parecía a la serena joven de modales disciplinados. En apariencia gozaba aún de tal formación, si bien, en las últimas semanas, la rigidez de su educación se volvía más fluida; como una oruga que, esclavizada por su meta, se transforma en mariposa, cuyo batir de alas se vuelve una tarea espontánea y ligera. Algo en ella había despertado, una lumbre en el abismo de sus ojos. Lumbre que a su vez manifestaba nostalgia. Descartando a Charles, quien en seis meses nunca obtuvo el mérito de aquellos logros, lo atribuyó al fascinante Dorian Gardiner, sobre todo cuando un pajarito le confirmó entre copa y copa en la fiesta de cumpleaños:

—Cloé está cautivada por su jefe. ¿Le invitarás a cenar?

De tal asunto precisamente se había encargado Margaret, ambicionando conocer en persona al hombre que atormentaba en secreto a su hija.

El domingo por la mañana, mientras Cloé se aseaba, accedió a su cuarto a hurtadillas, tomó el móvil de su hija y copió un preciado número de teléfono, apuntándose en el suyo. Momentos más tarde, en continuado sigilo, se atrincheró en su taller de pintura y con desenvoltura telefoneó.

—Diga.

—¿Dorian Gardiner? Soy Margaret, la madre de Cloé.

—¿Ha sucedido algo? —se sobrecogió, crispándosele la voz.

—¡No, para nada! Llamaba para invitarte a cenar esta noche. ¿Te conviene?

—¿Esta noche? Mmm... No lo sé. —Le tomó desprevenido. Ninguna excusa se le ocurría.

—Entonces no se hable más. No aceptaré negativas, Dorian —apremió con simpatía—. ¿A las seis?

—Bien. De acuerdo entonces. —Pareció extrañado de acceder con demasiada prontitud.

—Te mando la dirección por mensaje. Nos vemos a las seis. ¡Adiós! —Colgó sin demoras.

Podía decirse que se trataba de la sabiduría de la madre, o bien de sus astucias.

Así había ingeniado la hábil Margaret la inesperada cena que a todos tomó por sorpresa. Cloé ignoraba si debía matarla, asfixiando su cuello pecoso entre sus manos, o abrazarla.

Tras la marcha de Mr. Gardiner, su primo y su madre no encontraron más que buenas palabras. Elogiaron al muchacho, cuyo encanto había embaucado a todos, salvo a Cloé, que decretaba ser inmune.

—¿Percibiste el brillo en sus ojos cuando la miraba? La devoraba con la vista. Atento a cada una de sus palabras. Si ése no siente algo por ella, entonces yo soy la reina de Inglaterra —

determinó Ethans en cuanto Cloé se acostó.

—Bueno, es cosa suya. No la presiones ni seas entrometido. Es tan volátil como una libélula. Pienso que él la aterra de alguna manera. Pero estoy de acuerdo. Visto éste y visto Charles, no hay punto de comparación. Ahora no nos corresponde ni a ti ni a mí. Buenas noches —zanjó Margaret, el semblante satisfecho.

Aquel lunes, el quinto desde su ingreso en el bufete, el día amanecía encapotado. Robándole el protagonismo al ausente sol, ella había despertado radiante y muy campante. En cuanto abrió sus resplandecientes ojos grises, canturreó. No se detuvo ni cuando entró en el despacho, ni cuando Max llegó, minutos después, seguido de Mr. Gardiner; ambos atónitos ante su tarareo, puesto que ella jamás había compartido tal optimismo. Leslie, quien se había incorporado diez minutos antes de las nueve, como todos los demás ayudantes, también había advertido su manifiesto buen humor.

Después de la reunión semanal con todos los miembros de la empresa, Cloé pidió entrar al despacho de Mr. Gardiner.

—Miss Nicholls, ¿en qué puedo ayudarla? No disponemos de demasiado tiempo, en diez minutos hemos de partir a las cortes. ¡Estrena juicio con peluca!

En los bufetes británicos, cuando un abogado o un pasante vestía por primera vez el traje ceremonioso, incluyendo la toga negra, la peluca de tono cremoso y el cuello blanco, se trataba de un suceso digno de celebración, como el primer vuelo del ave al salir de su cáscara.

—Sí, lo sé, Mr. Gardiner. ¡Es emocionante! —Sonrió, los ojos alegres—. ¿Entonces, prefiere que se lo comente de camino?

—Como crea conveniente. Recojo un par de cosas y nos vamos. ¿Tardará mucho en contarme qué ocurre?

—Depende...

—¿De?

—Si entra en debate.

—Entiendo que hemos vuelto a las andadas esta mañana —se burló con inmenso placer.

Considerando que el departamento penal del bufete, es decir, el de Dorian Gardiner, había aceptado el caso de Mr. Brant a causa de Cloé, le habían entregado a ella la investigación y el seguimiento del asunto. Por lo tanto, debía abstenerse de molestar a Max con sus corazonadas. Bastante ocupado estaba él con otros proyectos en curso; esa semana se celebraban varios juicios cuyos asuntos se habían ido acumulando los meses anteriores. Se iniciaba como neófita en lo referente a las búsquedas de pruebas en solitario. Siguiendo al pie de la letra tal recomendación, prefirió mantener a Max al margen y dirigirse a su mentor. En el coche, explicó cuanto había averiguado el fin de semana.

—Sospecho que Beatrice pretendía quedarse embarazada pese a decir lo contrario. Abrió varias cuentas sociales en internet buscando información sobre el tema antes de quedar en estado.

Entonces, si ese era su propósito, ¿para qué pedirle a Mr. Brant someterse a una vasectomía sino para chantajearle y sacarle dinero?

—Pero ella no le ha pedido nada, que sepamos.

—Eso mismo ponderé yo. No obstante, ¿lograríamos montar un procedimiento civil a partir de esa información? Es decir, cuanto ha tramado a sabiendas que él nunca podrá ser padre salvo de este hijo. De hecho, creo que esperó para asegurarse de la viabilidad del feto antes de que le intervinieran a él. Lo del aborto es un cuento.

—¿Y cómo lo demuestra? Le recuerdo que nuestro cliente no ha firmado ningún cheque ni le ha entregado cantidad alguna.

—Sí, pero ella ofreció dicha posibilidad. Fue nuestro cliente quien nos puso en antecedentes al rechazar su propuesta.

—Mi querido Watson, creo que son conjeturas infundadas. Al menos eso alegaría un juez. ¿Algo más?

—No, señor —contestó cabizbaja.

—No desespere. Sabíamos que este caso estaba perdido. Sólo nos queda lidiar entre ellos. —  
Dibujó una mueca compasiva.

La joven e inexperta Cloé Nicholls se adentró en las entrañas de la corte, habiendo adoptado su peculiar indumentaria en los vestuarios, adecuados en una sala para tal fin. El corazón batía cual viento huracanado en su pecho. Hasta ahora sólo había asistido a vistas previas. Mr. Gardiner obtenía los pertinentes acuerdos sin necesidad de proceder a juicios.

Ocupó un asiento, en la escribanía a espaldas de Mr. Gardiner, quien se instalaba, solo, en la primera fila de un lateral. Dicha fila se componía de un pupitre y de un atril. El último era más alto, para cuando se ponían en pie los litigantes, y estaba provisto de un micrófono para oírse sus voces. Parte acusadora y parte defensora dominaban un lado de la sala, presidida por una tribuna donde se establecía un juez. En esta sala en concreto, el acusado permanecía en pie tras un cristal, en un medio piso. De esta manera separaban el altillo, alejándolo de los jurisprudentes, guardias, personal necesario y visitantes.

Cloé quedó fascinada, aun sin tratarse de su primer juicio, ya que en la facultad había asistido a varios. Consideraba a Mr. Gardiner único cuando pleiteaba. La seguridad que surgía de su ser, la forma de pronunciar las palabras, de darles vida propia con las entonaciones. Sus artificios cuando preguntaba, desconcertando a los testigos... El abogado rozaba la perfección profesional. «Es usted increíble, Dorian Gardiner», lo idealizó para sí, contemplando su toga negra solemne, la peluca cuya coleta trababa una cinta negra, el rostro insondable, la mirada rutilante.

A las seis menos dos minutos, Mary penetró en la antesala con cierta cautela en busca de su nueva compañera de copas.

—¡Hola, Cloé! ¿Qué tal? ¿Te apetece venir a la taberna? Estaremos tú y yo solas —hablaba en

voz baja.

—Ay... —Suspiró—. No sé, Mary. —La miró sin rencor entretanto amontonaba unas cuantas carpetas.

—¿Es por lo sucedido el viernes? —murmuró—. Mira, sinceramente, James es así. No buscaba importunarte. Se malinterpretó. Lo siento si te sentiste agredida de alguna manera. Espero que el acontecimiento no comprometa nuestra amistad.

—¡Claro que no! —Escrutó su afectado semblante—. Bueno, está bien. Una copa y me voy a casa. ¿Te parece?

—¿Os acompaño, Cloé? —inquirió Max, el oído al acecho.

—¡Sí! Nos encantaría —se adelantó Cloé a Mary.

—¡Max! ¿Puedes venir un momento? —llamó Mr. Gardiner.

—Luego os alcanzo. —Apuntó la salida con la barbilla.

—Leslie, ¿te unes a nosotras? —aventuró Cloé.

La secretaria trazó un serpenteante mohín en sus labios. Ni reflexionó pese a fruncir el ceño.

—No, gracias. Hasta mañana. —Observó a Cloé y a Mary y, de pasada, oteó el despacho de Mr. Gardiner. Se marchó con unos andares sigilosos, casi furtivos. Un comportamiento muy misterioso, el cual apenaba a Cloé, por si los rumores se fundaban sobre pilares fehacientes.

Diez minutos más tarde, cuchicheando en un reservado de The Old Bank of England, dos hombres se incorporaban a su mesa; Max y Dorian Gardiner. Tanto Cloé como Mary se asombraron. El hombre apenas había frecuentado el lugar en sus años de profesión. Y cuando lo hacía, se congregaba con gente de su nivel. Evitaba mezclarse con simples pasantes.

—Trabaja usted en el departamento de mi padre.

—En efecto, Mr. Gardiner. Soy su ayudante —contestó Mary, tiesa cual palo de escoba.

—Sí, me consta. —La escrutó de pies a cabeza. Adoptó la tosca personalidad que Cloé bien conocía de sus primeros días en recepción. Desde luego, la faceta amigable poco asomaba ahora.

—Mr. Gardiner, me gusta mucho mi trabajo. Espero que lo ocurrido la semana pasada no constituya un precedente en mi expediente —se apresuró en aclarar Mary.

—No tema en modo alguno. Mi padre está satisfecho con su trabajo.

«¿De qué va todo eso? Ni que la fueran a despedir», se desconcertó Cloé.

En una mesa de cuatro, Mr. Gardiner había elegido el asiento junto a Cloé, sobre el banco almohadillado. Ésta mantenía las piernas unidas, soslayando cualquier roce con las rodillas o los pies de su jefe. La estudiaba de reojo, guardando para él su forma de tratarla en privado.

Más tarde, antes de abandonar el *pub*, Mr. Gardiner solicitó a Max que acompañara a Cloé a casa. Max, por supuesto muy obediente, se apresuró en acatar dichas órdenes. Ella, sin embargo, se sintió como una pieza de coleccionista. ¿Por qué alguien debía llevarla a casa? El metro funcionaba de maravilla.

—Max..., ¿serás sincero si te pregunto algo en toda confianza? —formuló en el coche.

—Hasta donde me concierne.

—¿Han despedido a alguien en los últimos cuatro días? —Había oído el miedo en el tono de Mary, en la taberna.

—Despedir no, amonestar con vacaciones anticipadas..., sí.

—Una de esas personas... ¿es James? —Pocas dudas cabían.

—Y con fundamentos, Cloé. Un miembro del bufete no debe comportarse de esa manera con una dama. Perjudica nuestra imagen corporativa, nuestra sagrada reputación.

Cloé notó de pronto una amarga acidez ascender por su garganta. Un malestar general crecía desde su vientre. Mr. Dorian Gardiner había despachado a un abogado de civil por... ¿Qué motivo? ¿Por asirle la cintura? El abogado actuaba bajo los efectos del alcohol y, por cuanto había explicado Mary sobre él, esos modales formaban parte de su extrovertido carácter.

Subió a casa con urgencia entre aspavientos y suspiros. Compungida y enervada, tiró su bolso sobre la cama como si de un molesto y engorroso trasto se tratase. De nuevo su razón poco ayudaba a sus impulsos. Así no podía quedar la cosa. Tirar su bolso no era suficiente. Haciendo constar su desacuerdo, arremetió contra su zahareño jefe mandándole un mensaje de texto.

De Cloé — Enviado a las 19:02 h

Estimado Mr. Gardiner. Le agradecería que no despidiera a nadie más por mi causa. Me parece exagerado echar a James. Y para la próxima..., soy mayor de edad, puedo tomar el transporte público.

Sinceramente,

Cloé Nicholls, su pasante

De Dorian — Recibido a las 19:23 h

Como bien indicas, eres mi pasante. Por lo tanto, he de cuidar de mis activos. Me reitero cuando advierto sobre las represalias que tomamos en el bufete respecto a temas de acoso sexual laboral.

Además, James no está despedido. Se ha tomado unos días.

¿Has llegado bien a casa?

De Cloé — Enviado a las 19:25 h

No le dé la vuelta a la conversación. Estoy indignada. James no se lo merecía. Y sí, he llegado bien a casa. Su guardia de seguridad se ha encargado de ello.

De Dorian — Recibido a las 19:27 h

Si tanto te ha molestado, la próxima vez te acompañaré yo a casa.

¡Buenas noches!

A la salida de Old Bailey, el miércoles, Mr. Gardiner sugirió comprar café para llevar. Habían celebrado un largo juicio, en el cual el abogado introdujo preguntas personales y trampas en medio de las esperadas por el testigo, liándole y achantándole. Dada su gran desenvoltura y

habilidad, consiguió una confesión que ponía en duda la culpabilidad de su cliente. Logró ganarse al jurado. «Magistral.»

Por primera vez encargó un *mocha* con leche de soja y sin nata, duplicando el pedido de Cloé, exánime por la duración del pleito. Se dirigieron al Aston Martin ingiriendo sus bebidas en vasos desechables.

—¿Cómo lo hace?

—¿Beber café mientras conduzco? —Guiñó un ojo. Sabía que la índole de la pregunta era otra.

—Me refiero a sus habilidades profesionales.

De súbito frenó con un golpe seco, evitando colisionar con el coche de delante. Miraba a su hermosa pasante en lugar de estar atento a la carretera. En un acto reflejo, pretendiendo amortiguar un posible golpe, Cloé interpuso un brazo a modo de barrera entre el salpicadero y el pecho de Dorian. Por desgracia, su brazo chocó con el vaso de café de él, derramándose en su totalidad.

—¡Cómo quema! —se quejó y, con un gesto veloz, se limpió como pudo la corbata ayudándose de una servilleta de papel. Cloé le ofreció la suya.

—¿Se encuentra bien? ¡Lo siento! —Se pinzó los labios y su semblante afligido se tornó paulatinamente burlesco—. Si no le gustaba el café sólo tenía que decirlo. —Rio con soltura restándole importancia al asunto tras comprobar cómo la bebida había arremetido contra la solapa del abrigo y manchado corbata y camisa.

—¿Te parece gracioso? —Sonrió sin remedio sumiéndose a la contagiosa risa de Cloé—. Ahora tendré que pasar por casa y cambiarme. Esto no tiene solución alguna.

«¿A su casa? Es evidente que está obligado a cambiarse. Supongo que preferirá evitar perder el tiempo acercándome al bufete. ¿Cómo será su casa? ¿Vivirá con alguien? Dijo que no tenía novia, ni amigas con derechos, pero...», su estómago menguó de pronto; un nudo de nervios ocupaba la mayor parte de éste. ¿Qué motivo la llevaba a sentirse pusilánime?

—¿Quiere dejarme aquí? Puedo volver al despacho en metro.

—No, sólo tardaré un instante. —La miró de reojo.

El Aston Martin sorteó los coches adyacentes cual bólido en una persecución de James Bond. Dorian percibía la súbita inercia de su pasajera.

—Ahora tendrás que compartir tu café conmigo —amenazó con tono burlón.

—¿Cómo? —Regresó de sus ensoñaciones.

—Te has quedado blanca. ¡Despierta!

—¡No! Es mío —respondió a la vez que él hacía mención de robarle el vaso.

—¿Ni un traguito?

—Correría el riesgo de empaparse aún más la ropa.

—¿Tan torpe me crees?

—Todo lo contrario, puesto que he sido tan culpable de tirarle su bebida como su pie de pisar el freno.

Se adentró por unas callejuelas serpenteadas, alcanzando una urbanización burguesa. Hasta ese

día Cloé no se había preguntado dónde vivía él. Ni si compartía su hogar con otra persona. Esas cuestiones ahora le enturbiaban la mente, imposibilitándole concentrarse en otros asuntos.

Una sencilla verja compacta, de madera de teca, se abrió al accionar el mando a distancia.

Reveló lo que no se veía desde el exterior. Veinte metros adelante se presentaba la casa, moderna en extremo. La fachada se componía de cemento gris y de profusas maderas; todas de teca. Inmensos ventanales, cuyas hojas abarcaban desde el suelo hasta el techo, descubrían el interior; minimalista. A la derecha de la propiedad se hallaba una simétrica parcela colmada de verdor limitada de plantas; crasas, cactus, suculentas recubiertas sus raíces de piedras decorativas.

Aparcó el coche en el camino de gravilla que conducía de la verja a la casa, la cual parecía un grueso rectángulo lineal sobrepuesto a otro más pequeño; primer piso y planta baja respectivamente.

—Vamos. —Le abrió la puerta del coche como habituaba. Ella había pensado en quedarse dentro.

—Mejor espero...

—Venga. No muerdo, Miss Nicholls. —Ofreció su mano retomando cierto ademán formal para transmitirle confianza.

Intranquila por una parte, la curiosidad invadía la otra. Salió aferrando los dedos de Mr. Gardiner. En la otra mano aún sujetaba su café.

Caminó con tímidos pasos detrás del propietario, quien, a la vez que abría la doble puerta de cristal, desataba el nudo de su corbata.

Nada más franquear la entrada, la zona del vestíbulo modernista ofrecía una visión panorámica de la planta baja diáfana. Unas escaleras flotantes, muy anchas y con pasamano de acero, se situaban a unos metros frente a la puerta. Y tras éstas se escondía la cocina gobernada por una enorme isla central.

A la izquierda de las escaleras, una chimenea presidía el salón. Disimulada detrás de unas altas estanterías con innumerables libros, la biblioteca se encontraba junto a dos puertas; un cuarto de baño y la lavandería. En el extremo más alejado divisó el comedor. A tenor de las primeras impresiones, se apreciaba la aversión por los objetos decorativos o lo recargado; en total, tres cuadros abstractos colgaban de las paredes, dos plantas aportaban el acento de color y... ninguna fotografía. El entorno mostraba transparencia y expresaba discreción. Cloé caviló acerca de sus gustos particulares, opuestos al estilo del bufete. Impresionaba la línea impersonal. Rozaba la frialdad de una casa piloto, puesto que no representaba un hogar a sus ojos.

—Sígueme —instó cuando la vio inmóvil en el vestíbulo.

Anduvo hacia la cocina. Tiró la corbata sobre la isla de madera y metal. Retiró su abrigo y abrió la doble nevera de acero.

Como una observadora ante una película, Cloé examinó su forma de moverse en esa casa, análoga al carácter del dueño. Pausadamente se acercó a la isla, depositando ahí su café y su

bolso.

Dorian Gardiner seleccionó una botella de agua con gas, se volteó y comenzó a desvestirse ante el atónito rostro de la joven. Se quitó la chaqueta y, acto seguido, desabotonó su camisa como si tal cosa. Asomaron unos perfectos y definidos abdominales, un pecho pétreo, semejante a una escultura griega de Aquiles, el héroe de Troya. Nadie al presenciarlo habría sospechado que el hombre se sentía apocado ante una muchacha más joven y menuda que él, salvo porque entrecerraba los ojos y apretaba los dientes. ¿Buscaba una reacción en su invitada? Ésta apartó la mirada. Reparó en su solazada cortedad. Tal decoro por parte de la pasante le agradó. Si bien para Cloé resultaba imposible resistirse a no desviar los ojos y observar por el extremo de las pestañas.

—Si no lo hago ahora, el traje estará perdido —especificó salpicando el agua con gas sobre el abrigo y la chaqueta, tendidos sobre la isla.

En cuanto estiró de la camisa por las muñecas, Cloé se dio la vuelta, atragantándose con su propia saliva, o más bien por la falta de ella. Podía oír el latido de su corazón en sus oídos, como unos relámpagos una noche de tormenta. Su musculosa y parcial desnudez la turbaba hasta un punto inconcebible.

«Ni que no haya visto nunca el torso de un hombre», se reprochó dado que su actuación equivalía a la de una candorosa.

—¿Te molesta? No pretendo incomodarte, Cloé, sólo ahorrarme tirar esta ropa. —Apenas fue consciente de sus palabras. Su voz se había atrevido a pronunciar cuanto su mente discurría.

Se encogió de hombros y, abrazándose a sí misma, acarició uno de sus brazos.

—No, en absoluto —mintió piadosamente—. Está en su casa. —Desde la cena no le había vuelto a tutear, le costaba. Menos se lo permitiría ahora, envuelta en esas circunstancias.

—Ahora mismo vuelvo. Voy a limpiarme y cambiarme. —Pasó a su lado desprendiendo aquella fragancia que lo caracterizaba y lo hacía tan único.

Suscitó en Cloé un escalofrío igual de gélido que ardiente. Estimó la situación poco corriente, aunque tampoco resultaba precaria. Él precisaba despojarse de las trazas del incidente.

Subió los escalones de dos en dos, endureciéndose sus brazos, sus hombros y su torso al tomar impulso. Su cintura, no obstante, se revelaba estrecha. Una vez que desapareció, Cloé pudo recobrar el imperioso aliento y el sentido de sus pensamientos.

«Esos físicos deberían estar prohibidos», farfulló para sus adentros.

A solas, ignorando cuánto tardaría en regresar el abogado, se permitió fisgar a la distancia. Escudriñó los libros sobre los estantes que dividían el salón de la biblioteca. Acarició el lomo de algunos mientras ojeaba la sinopsis de otros; la mayoría, versados en leyes. Unos pocos eran obras literarias. Se aproximó al primer sofá de terciopelo gris marengo. Unas barras de metal ornamentaban el dorso. Caminó alrededor, rozando el canto con un dedo.

Unos cinco minutos después, entretanto contemplaba los exteriores a través de una ventana, oyó el sonido de unos zapatos descendiendo por la escalera. Procuró fijar la vista en el firmamento, en

vano.

Con la mano, Dorian aseguraba una chaqueta en su hombro, el rostro digno, como de costumbre, enigmático aun así. Había cambiado de muda por completo sin desviarse de su atildada distinción.

—Estoy listo. ¿Todo bien? —Avanzó hacia la isla para recuperar sus llaves y su teléfono, guardados en el bolsillo del abrigo.

—Todo bien. —Examinó la elección de la camisa y la corbata, sin excederse en su labor por temor a ser pillada in fraganti. Descubrió, no obstante, unas gotas marrones de café sobre la límpida piel. Se habían secado sobre su cuello, pese a asearse en el cuarto de baño de su dormitorio—. ¡Oh, espere! Le ha quedado algo. —Apuntó hacia su nuca con el dedo.

Dorian se dirigió hacia el papel de cocina, sobre un colgador de pared, y estiró de él separando una hoja. La remojó por un canto bajo el grifo y preguntó.

—¿Aquí? —Palpó el lado opuesto, en reflejo a Cloé.

—No, del otro lado —indicó viendo cómo se apartaba del punto concreto—. No, es entre la barba y la camisa, ahí. —Pintó un mapa invisible con el índice.

—Quítamelo tú y acabamos antes. Por favor. —Se aproximó a ella, tendiéndole el papel húmedo con la seguridad que le aportaba hallarse bajo su propio techo. Cloé lo aferró con una mano temblorosa—. Espera. —Desanudó su corbata y desabrochó el primer botón del cuello de la camisa. Alzó la barbilla, la cabeza hacia atrás, invitándola a tocarlo.

Dorian acababa de perfumarse, lo olió sin más tardar. Su cuerpo fue sepultado por un manto de fuego en cuanto surcó su piel. Entendía cuán cerca se hallaban y cuánto la confundía aquel tacto divino, y sin embargo mefistofélico. El aleteo de unos pajarillos se extendió más y más hasta sus trémulas extremidades. Su corazón cabalgaba como un corcel en el sempiterno sendero de su agonía.

—Casi..., casi está —tartamudeó limitando la mirada a las persistentes salpicaduras. Sentía la caliginosa respiración de Dorian sobre su frente.

—Gracias —expresó con un murmullo aprisionando la mano de Cloé para retirarle el papel. No obstante, sus dedos apenas buscaron la lámina, estancándose como una corriente de agua perturbada y sin salida. Acarició la mano con su pulgar—. No te pienses que no me he dado cuenta en el coche. Intentabas... Tu acto reflejo fue para protegerme. Gracias.

El uno de pie frente al otro, las miradas extrañas, las razones incoherentes, notaban la incandescencia de sus cuerpos acercándose, buscándose inconscientemente. La nerviosa mano de Cloé estaba envuelta por la de él, inmovilizándola. Éste mermaba los centímetros que distanciaban sus labios. Todo se decían con la mirada, todo cuanto codiciaban. A cada centímetro que rebasaba Dorian, sus respiraciones se envalentonaban. Posó la otra mano sobre la cintura de Cloé y la arrastró hacia él.

«¡Dios! Qué maravillosa es», la glorificaba.

Valoraba no ser merecedor del néctar de sus labios. Ella para él representaba un duende de

fantasía, un ser de luz cuyo corazón nadie era digno de robar. Aun así, ni la desesperante atracción menoscabó su...

Un zumbido seguido de un timbre los detuvo, devolviéndolos a la cruda realidad. Cloé apartó el rostro y miró hacia su bolso. El teléfono sonaba.

—¡Es Charles! —Lo supo mediante el tono de llamada. Suspiró y se flageló por no haberse acordado de su existencia ni por un segundo.

—Cógelo si quieres —permitió Dorian, ni mucho menos sereno, aunque sí razonable.

—Hola. —Descolgó entornando los ojos hacia Dorian, inenarrable.

Su semblante palideció al oír las confusas y espantosas palabras de su novio, a quien, entendía en el lapso de un segundo, debía lealtad, respeto y cariño. En cuanto colgó, su corazón se volvió fuliginoso. Sin aire apenas para más, avisó:

—Charles ha tenido un accidente de coche. Está en el hospital. Debo marcharme.

«¡Vaya casualidad! Maldita casualidad», rezongó Dorian.

## Capítulo 19

Las puertas correderas de urgencias se deslizaron ante Cloé, quien entró con Mr. Gardiner. Aproximándose al mostrador, preguntó dónde se encontraba Charles Dunbridge. Una amable señora de sonrisa campechana les informó con todo detalle. Siguieron, en confuso silencio, las referencias indicadas sobre las paredes y los techos hasta la sala de vendajes.

—¡Charles! —se alteró Cloé corriendo a su lado, suscitada por la mala pinta del accidentado.

Postrado en una camilla, un tobillo escayolado, una muñeca vendada, los médicos le habían cosido una herida en la frente.

Manteniéndose ahí de pie, en la puerta alejada de la camilla, Dorian Gardiner se paralizó, presenciando con embarazoso mutismo cómo Cloé actuaba bajo el pánico. Asumió de pronto que pertenecía a otro, que amaba a otro. Sus ojos certificaban su cariño por cómo lo miraba con preocupación. Por cómo sus movimientos protectores examinaban las heridas del paciente. ¡Tenía novio! ¿Cómo no se había dado cuenta hasta entonces? Tal vez porque apenas los había visto juntos, salvo en la gala. Charles le había dado de lado para incrementar su cartera de amistades, mientras ella..., bueno, no parecía ella misma, sino una representación de dama de compañía. En el caso de haberse mostrado íntimos o enamorados, Charles y ella, ¿se habría permitido conquistarla colmándola de cortesías?

Con un velo de amargura en el pecho, dio la vuelta y, cabizbajo, se marchó dejando a la pareja a solas. «La pareja», qué agria revelación.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Me he asustado. Creía que era mucho más grave.

—Colisión múltiple, una moto, un autobús y varios coches. El mío salió el peor parado. Estaba en medio de todos. Dudo que ningún taller pueda repararlo —resopló disgustado.

—Poco importa el coche mientras tú estés de una sola pieza. Los coches son bienes materiales, la vida es necesaria. —Acarició su cabello, húmedo a causa de las curas con alcohol y mercromina.

—Sí, la excusa perfecta para comprarme un deportivo —bromeó.

—Supongo. —Ojeó a sus espaldas. Mr. Gardiner había desaparecido. ¿Dónde estaba?—. Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas, Cloé?

—Ahora vuelvo —repitió aligerando el paso hacia el pasillo. Escudriñó tanto a la derecha como a la izquierda. Nadie esperaba ahí, nadie caminaba por el pasillo. Sólo entrevió una bata blanca perdiéndose tras torcer una esquina. Él se había evaporado como el rocío tras el amanecer,

cuando un sol sediento absorbe las diminutas perlas de humedad. Sus hombros se encogieron con un triste suspiro. «¿Por qué se ha marchado sin despedirse?»

Acompañó a Charles hasta su casa en taxi. Habitaba una suntuosa finca céntrica de Londres, con sus padres. Éstos se espantaron en cuanto cruzó el vestíbulo sosteniéndose sobre unas muletas. Harriet acudió apresurada, hablándole a su hijo como a un niño pequeño, acogiéndole entre gemidos y bufidos.

Muy a su pesar, Cloé aceptó la invitación a cenar, deseando con ansias regresar a casa y, en la quietud de su habitación, mandarle un mensaje a Mr. Gardiner.

De Cloé — Enviado a las 20:49 h  
Muchas gracias por acompañarme al hospital. Le busqué, pero se  
había ido. Siento no haber vuelto al bufete.

Aguardó durante horas una respuesta que nunca llegó. Aguardó hasta abandonarse a los afanosos brazos de Morfeo, en la penumbra y el acíbar de la noche, con el teléfono en la mano y el corazón pesaroso.

En cuanto lo vio pasar ante ella a la mañana siguiente percibió que su vínculo se había roto. Muy diferente parecía ahora el hombre. Ni buenos días, ni sonrisas furtivas, ni miradas afectuosas. Su comportamiento la cogió desprevenida, azorándola como un látigo en llamas, dado que hasta la tarde anterior su relación abocaba a buenos entenderes. ¿A qué circunstancias se le podía achacar tal despecho?

Desde la llegada de Cloé al despacho, Mr. Gardiner resultaba más alegre, llano y comunicativo con todos. Ese día volvió a encerrarse en sí mismo, retornando a su estado de pura tibieza, incluso más que antes; un ser impenetrable.

Ese alejamiento alteró el ambiente, sobrecargando el aire del departamento penal. Todos lo advirtieron, no sólo la infausta mente de Cloé.

La joven debatía innumerables interrogantes en su fuero interno. ¿Debía considerarse culpable? «¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha causado ese cambio repentino? ¿Soy la razón? ¿Es porque casi me besa en su casa?», atribuía lo último a una enajenación transitoria. ¿En qué demonios pensaba? ¿Qué encantamiento había embrujado su mente en aquel instante? Abandonarse a unos míseros impulsos. Cuán libertina parecería a los ojos juzgadores y avezados, dado sus años de soltería, de Mr. Gardiner. ¿Qué poder de atracción dominaba a la joven? Reaccionaba como un imán a su olor, a un gesto, a una mirada, a la simple presencia del abogado.

«Sin duda, querrá establecer cierto distanciamiento. ¿Cómo enfadarme con él por ello? Es digno de elogiar. Uno de los dos obra como adulto responsable», concebía y agradecía. Sobre todo tras descubrir qué había debajo de su ropa... La musculatura imponía sobremanera. Imponía incluso más en persona que en la fotografía tomada en Estados Unidos, con su tabla de surf.

De esa guisa continuó, frío e intolerante, hasta acaecer el martes de la semana siguiente. Aquella tarde, por fin habían logrado citar al despacho a Beatrice, la exnovia de Mr. Brant.

Sin hacer comentario alguno, Cloé había proseguido con sus pesquisas. Sólo necesitaba la

respuesta definitiva a un extraño mensaje que había mandado días antes, cuando descubrió el ambiguo, a la par que sórdido, objetivo de la mujer.

Por mediación de la página Pinterest, había hallado un nuevo *nick*, el cual Beatrice utilizaba en Instagram, donde mostraba el avance de su embarazo. Asunto insólito para una mujer con deseos de renunciar al fruto de su vientre. Con tales indicios, se le ocurrió a Cloé la brillante idea de ingresar ese *nick* en un motor de búsqueda de internet, confiando en que podría conducirla a más pistas, o a otras cuentas operativas. Dicho alias la llevó a una web de dudosa índole.

Ahí entraba el juego de las artimañas si pretendía avanzar con la investigación. Resultaría imposible solicitar una orden para analizar las conversaciones de Beatrice, puesto que su teoría sólo se fundaba en sospechas. Ni tampoco se apresuraría comentando con Dorian sus averiguaciones por si acababan siendo una cortina de humo.

En el perfil de Beatrice, no obstante, se observaba públicamente quién había entrado a visitarla. Había recibido visitas de cientos de personas. Si bien aparecía un *ranking* de los más asiduos, lo cual acortaba el rango de búsqueda. Inventándose una falsa identidad, Cloé camufló sus verdaderas intenciones, enviando mensajes a unas treinta personas. Por último le mandó otro a la mismísima embarazada, confesándole su intención de adoptar tras años de sufridos tratamientos de fertilidad con fines infructuosos. Faltaba esperar que ésta mordiera el anzuelo.

Beatrice, una persona con labia, convincente, desprendía simpatía y seguridad a raudales. Cloé entendía por qué Mr. Brant se rendía a sus pies. Nadie se negaría, ya que influía sobre la personalidad de los de carácter débil. Eso sin mencionar su poderosa belleza.

—No sé para qué necesitamos reunirnos. No puedo continuar con este embarazo.

—¿Por qué ha decidido interrumpir su embarazo ahora y no antes? Su estado se ve avanzado — atacó con poca delicadeza Mr. Gardiner.

—Verá, Mr...¿Mr...?

—Gardiner. —Entró en su juego sin saberlo.

—Nada me habría ilusionado más. Yo no quería hijos, sabe usted... Pero me quedé en estado por algún milagro de Dios y..., y... mi novio me abandonó...

—¡Eso no es cierto! —inrepó Mr. Brant.

Las miradas ahí comparecientes parecían juzgarlo. Cloé, en cambio, permanecía ajena a los encantos y al tono de voz de Beatrice, a la cual consideró muy buena actriz; excepcional, cuando menos.

—En cuanto me di cuenta de la vida creciente en mi vientre, deseé dar a luz a este hijo, fruto del desamor. Vuestro cliente ya os habrá revelado que me fue infiel, supongo.

Todos se giraron hacia el pobre Mr. Brant, quien, avergonzado por la triste verdad, inclinó la cabeza. «Por lo tanto es cierto. Él le fue infiel. Ahora entiendo por qué se separaron, y por qué ella le dio como ultimátum la vasectomía. ¡Vaya! Tal vez me he equivocado con todo», se dijo Cloé.

—Como decía, quería dar a luz, pero mi médico me lo impide —retomó—. Dice que este

nocivo embarazo podría acabar con mi vida. Aquí tengo el informe. —Deslizó un papel sobre la mesa de juntas donde estaban sentados, sin apartar la vista de Mr. Gardiner, preso de la hermosura de la joven.

—Entiendo. —Leyó la nota con esmero—. Por lo que veo, no se trata de una enfermedad, o de una malformación. Es un análisis psicológico lo que me entrega.

Cloé repasó los mensajes entrantes de su móvil, aguardando la esclarecedora y lícita contestación que se resistía a llegar. Ya habían transcurrido días, y ningún mensaje transcendía. Los nervios la consumían por si el correo no aparecía a tiempo, pues presumía que Beatrice ya no concedería una segunda reunión al bufete y, según ella, había reservado la intervención con su médico para la semana posterior. No obstante, Cloé empezaba a dudar de todo cuanto había hallado hasta la fecha, a causa de la novedosa información de la infidelidad.

La doble de Marilyn Monroe mentía como respiraba, pero sólo Cloé parecía intuirlo. «Bellaca», criticó. La mujer, con o sin razón, le desagradaba.

—¿No pretendía vender a su hijo a Mr. Brant? —acometió Cloé sin conseguir evitarlo.

—¿Cómo dice? —se abochornó Beatrice.

—Es una acusación muy grave. Si piensan adentrarse en este terreno se acabaron las negociaciones —intervino el abogado contrario.

—¡Miss Nicholls! —aventó Mr. Gardiner impactado—. ¡Modérese!

Enmudeció de pronto. El semblante de Mr. Gardiner la trastornó como si le hubiera tirado un cubo de agua fría encima. Consideraba agónica la sensación de no poder compartir los datos de su investigación. ¿Cómo revelar un hecho sin pruebas certeras? Necesitaba un mensaje para demostrarlo. La respuesta que tanto ansiaba recibir. Esa maldita confirmación que quizás nunca obtendría.

—Perdón. Deseaba aclarar esta notable duda, ya que grabamos esta conversación, como bien sabe. Quería que constara, nada más. Gracias. —Cloé buscó el apoyo de Mr. Gardiner, sin resultados. Más bien se enfrentó a una gélida mirada de reprobación.

Como en toda negociación, interrogatorio, arbitraje o nimia reunión efectuada en la sala de juntas, se disponía una cámara para grabar los testimonios.

Mr. Brant fue el único en agradecersele con la mirada. Percibía cómo se esforzaba en sacar la verdad a la luz. ¿Qué le sucedía hoy a Mr. Gardiner? Poco demostraba su tenacidad de litigante. Parecía ausente, prudente en exceso. La pasante y Max llevaban días notándosele y, en esta ocasión, Mr. Brant también.

Tras diez luengos minutos, en los cuales Beatrice desplegó su poder de sugestión y sus farsas sollozando y culpando a su exnovio por su desdicha, la mediación tocaba a su fin. Cloé echó un último vistazo a su teléfono.

—Lamento su desgracia. Si cambia de parecer, le ruego nos lo comunique —repuso Mr. Gardiner. Nada habían obtenido.

—¡Dorian! ¡Espera! —gritó Cloé con voz aguda sobresaltando a todos. Beatrice y su abogado

se miraron de reojo, alarmados.

Dorian se alzó de su asiento, el rostro iracundo. ¿Cómo se atrevía a llamarle por su nombre en medio de una negociación? ¿Quién era ella para permitirse tales confianzas? La propia Cloé se había extrañado de su indebido impulso.

Circunspecto, el gesto inexorable aun así, agarró el codo de Cloé, sacándola de la sala. Mientras la arrastraba por los pasillos a toda prisa, ella le ojeaba de soslayo, presa de pánico a causa de sus facciones impasibles y mesuradas. Su osadía podía costarle caro, lo asumía, pero su intervención albergaba buenos propósitos.

La condujo hasta la biblioteca, medio solitaria. Dos personas la ocupaban. Una leía, entretanto la otra descansaba en un sofá.

—Dejadnos solos. ¡Salid ya! —Echaba relámpagos por los ojos.

Estaba furioso con ella. Furioso porque había tocado su ego, pero más furioso aún porque había perturbado su corazón. Se había enamorado de ella y la culpaba. Ya no se sentía el mismo, y ella era la responsable.

Los dos hombres salieron apresuradamente, cuando menos, escopetados. Presentían que ahí se iba a armar la gorda, y quién no, dado el tono de voz de Mr. Gardiner.

—¡Es una mujer sin escrúpulos, sin alma! Ha vendido a su hijo a una pareja italiana —gritó, los ojos vidriosos. Por fin había recibido el tan esperado mensaje.

Exudando cólera por los poros, Mr. Gardiner la empujó de la cintura con una mano, causando que su espalda se clavara contra una pared. Se abalanzó sobre ella con fogosidad, hundiendo los dedos en el costado de Cloé, más por desear sentirla contra él que por unas merecidas represalias.

—¡No vuelvas a denigrarme jamás ante nadie! —voceó, cerca de sus labios. Su pecho se dilataba, aplastándola.

—Nunca he hecho tal cosa. Sólo trataba de advertirle sobre Beatrice. He averiguado la...

—¡Llamar así mi atención ante alguien es como llevarme la contraria o rebajarme!

—No pretendía... No pretendía ponerle en evidencia, sólo avisarle de... de... —El cuerpo convulsionando, su mente apenas le permitía concentrarse en su voz. Le cortaba la respiración. Demasiado cerca se hallaba su aliento. Una desesperante excitación la traspasó. Su cuerpo se petrificó tras notar una ígnea agitación. Un caluroso escalofrío, por desconcertante que lo juzgara.

—¡A qué buena hora decides llamarme por mi nombre! —Ahogó un grito reteniéndolo en la garganta. Empujaba su pecho contra el de Cloé, en parte rendida a su merced. El metro noventa de Mr. Gardiner, iracundo, imponía ante la pequeña figura vulnerable de ella. Su mirada desafortada, no obstante, irradiaba lujuria.

—¿Cómo? Lo siento. Yo sólo procuraba... He averiguado... —masculló incapaz de formular una frase completa. La figura opresiva de Dorian la perturbaba de un modo inhumano. La atraía ardientemente. Pero, por mucha atracción que sintiera, se imponía hacerle frente.

—¡Dilo!

—¿Qué?

—¡Dilo otra vez! ¡Mi nombre!

—¡No!

—¡Cloé, di mi nombre! —instó, el tono inflexible y apremiante. La voz cautivadora, no obstante.

—¡Dorian! —sollozó apartando el rostro para quitarle la satisfacción de verla en aquel estado.

—¡Otra vez! —Se empotró contra ella con ímpetu. Necesitando unir sus cuerpos, sin reparar en su tosquedad ni en su dominancia. Más que nunca codició sus labios, más que los de cualquier otra. En lo profundo de su ser quería que le perteneciese. A él y no a ese estúpido de Charles, que poca idea tenía de tratarla. Aunque en ese preciso momento, ni él sabía tratarla.

—¡Dorian! —gritó exhausta. Y dejó caer su cabeza sobre su hombro, a la gracia de los brazos enemigos.

La abrazó, recibéndola con etéreo alivio. Deslizó sus dedos y acarició su pelo. Dorian comprendió su repugnante conducta. La mirada temeraria. La respiración vigorosa. Qué mal se había portado con ella. Nunca había tolerado dicho trato hacia una mujer, y ahora él se convertía en verdugo. Qué motivo le llevaba a obrar de ese modo con la mujer que amaba. Sí, la amaba, por fin lo entendía. Quizás su falta de práctica para lidiar con sus sentimientos le obligaba a aplicar dicha rudeza. Nunca se perdonaría por su intemperancia.

—Perdóname, mi Cloé. No sé lo que me hago. ¡Perdóname! —jadeó apesadumbrado por su actitud, por sus palabras. En el fondo había procurado dañarla, como ella le dañaba a él.

Nada consiguió oír Cloé, pues su mente vagaba en un remolino de sombrías tinieblas. Sólo una voz escuchaba. La suya. «Le odio. Le odio. Le odio.»

—Te lo ruego. He sido un necio. Perdóname. —Desciñó su cintura y con cuidado se apartó, escudriñando la faz afectada de su pasante.

Cloé se repuso, magnánima, ya que su orgullo imperó ante el trato despiadado que acababa de sufrir. Las excusas, los lamentos y perdones no habían conseguido paliar su tormento, todo lo contrario. Con la cabeza alta, la mirada perdida, el ademán suficiente aun así, se dirigió al primer ordenador que encontró a la vez que enjugaba sus lágrimas. Ardían sobre sus mejillas.

Tecleó unas palabras. Accedió a una página ingresando su nombre y su contraseña. Abrió la bandeja de entrada.

—Ahí tiene su evidencia. —Apuntó la pantalla con la barbilla—. Abrí una cuenta con una identidad de mi invención en una página de vientre de alquiler. Grave asunto y penado por ley en nuestro reino. Mandé mensajes a todas las parejas que interactuaron con Beatrice. Incluso concebí una historia para contactar con ella. Aquí está la respuesta de una pareja italiana que ha comprado el bebé.

Mr. Gardiner apresaba una mano de la joven en son de disculpa. Estupefacto, estudió el mensaje. Éste decía:

Buenas tardes. Mi marido y yo estamos anonadados. No ha podido cederle a usted la adopción del niño porque ya le hemos pagado. Por favor, díganos si usted también le ha entregado dinero. Tememos que se trate de

un fraude. ¿Sabe si le ha prometido el bebé a alguien más? Le ruego que nos tenga al corriente. Nosotros intentaremos sacarle la verdad por nuestra parte. Un saludo,

Belinda y Giuseppe

—¡Cloé! Esto es extraordinario. —Su voz aún denotaba arrepentimiento.

—Sí. Creo que al principio codiciaba sacarle dinero a Mr. Brant, pero al darse cuenta de que él no estaba dispuesto, decidió buscar otras vías.

—¿Y el asunto de la vasectomía?

—De ese modo se aseguraba que él luchara por el bebé. Y le podía sacar más dinero, supongo. —No le miró al hablarle—. Es mi teoría. Aunque con este lío de la infidelidad ya no sé qué pensar. Ahora compruébelo usted solo.

—Cloé. ¿Dónde vas? —Se preocupó cuando vio cómo se alejaba, sin haberle soltado la mano.

—¿Sabe? Ahora entiendo por qué sus pasantes no consiguen permanecer con usted en el bufete. —Retiró el brazo con un gesto violento, escapando así de sus garras—. Es un tirano, Dorian. —La lengua, cual cuchillo afilado, parecía lacerar su nombre al pronunciarlo.

Sin demostrarlo, él percibió ese mismo puñal atravesándole el pecho. El rostro de la joven era un libro abierto. Ahora ya no manifestaba ese fulgor de idealización con el que ella le contemplaba.

«Mañana tendrá mi carta de dimisión sobre la mesa. Váyase al infierno», conservó una soberana calma. Giró sobre sus talones y se marchó, el rostro de color carmesí, los ojos húmedos, intentando retener las lágrimas, en vano. Huyó de su amado, de sus sentimientos, de su sufrimiento.

Tanto daño le había causado Cloé a él en el momento en que la vio con Charles como el daño que le causaba Dorian a ella haciéndola zozobrar en un mar de tortura.

Poca ternura habitaba en su corazón a estas alturas. Lo odiaba más que lo amaba. Jamás caería en brazos de su infame galán, quien le había defraudado de un modo atroz. Jamás se rendiría a las súplicas de su propio y aciago corazón. El rencor pesaba estoicamente, inclinando la balanza del lado opuesto al del perdón.

## Capítulo 20

Permitió que se fuera sin perseguirla, muy a su pesar. Asumía que precisaba un tiempo perdonar su grotesco comportamiento; en el caso de perdonarle, puesto que ni él conseguiría borrar ese recuerdo de su mente.

Cloé apenas reparó en la triste llovizna, las lágrimas se encargaban de anegar sus mejillas. El cielo encapotado sumía sus ojos en una nebulosa. Herida en lo más íntimo, no sólo odiaba a Mr. Gardiner, se odiaba ella misma. ¿Cómo había permitido que la arrinconara en la biblioteca? Y cuánto más decepcionante, ¿por qué diablos le había gustado sentirse oprimida contra su pecho?

En una amalgama de inquietudes, empezaba a sopesar si sus sentimientos hacia él no evidenciaban más que una simple emoción de simpatía. Obviamente, había notado que actuaba de modo protector con ella, y la estimaba; lo había demostrado la noche de la gala. Además, se permitían en privado ciertas bromas y confianzas. Las teorías de Ethans referentes al posible ataque de celos en la taberna tomaban forma, gradualmente. Parecían coherentes, incluso. Sobre todo después del episodio en casa de él. No olvidaba lo cerca que había estado de rendirse a sus labios. Por lo tanto, él también se prestaba al tanteo, al dulce flirteo. De no ser por la dichosa llamada de Charles, habría acogido su beso con deleite, sin remedio alguno. Albergaba la certeza de no lograr soportar su influjo. Llegada a esta conclusión, celebró haber huido del bufete. Así jamás se repetiría cuanto había soportado entre sus férreos y dominantes brazos. Garantizando su lealtad a Charles y su propia virtud mental —puesto que, aun sugestionándose, reducía a Dorian a una mera tentación física—, decidió mandar su carta de renuncia cuanto antes.

Estimado Mr. Gardiner:

Por la presente, le entrego mi dimisión. Estoy segura de que muchos se precipitarán para pedir mi puesto. Sin demora encontrará a una persona capaz de aprender de usted, sin sospechar cuánto es necesario para alcanzar la cumbre de sus expectativas. Jamás olvidaré la oportunidad que se me brindó, pero pecaré de ingrata al ser una de las tantas que no regresará al bufete dadas las circunstancias.

Cloé Nicholls

La envió al correo empresarial de Mr. Gardiner sin esperar recibir ninguna contestación. Aceptaba que su enorme orgullo le disuadiría de ello. Sin embargo, a los pocos minutos su móvil zumbó. Su nombre apareció en la pantalla. Sobrecogida, pellizcándose los labios, dudó por un ínfimo segundo si responder o rechazar la llamada. De nuevo se hallaba ante una encrucijada. Una parte deseaba hablar con él, y otra se negaba en rotundo; ella también conservaba cierto orgullo después de todo. El timbre volvió a sonar en tres ocasiones consecutivas.

De Dorian — Recibido a las 17:54 h  
En media hora paso a recogerte.

De Cloé — Enviado a las 17:59 h  
He sido bastante explícita. No tenemos nada más que decirnos.

De Dorian — Recibido a las 18:03 h  
Cloé, sólo quiero explicarme. Me avergüenza mi comportamiento.  
He reaccionado fatal. No renuncies a tu puesto por ello. Hablemos,  
por favor.

Dejó pasar la oportunidad de maldecirle con expresiones hirientes. Prefería no entrar al trapo en un tira y afloja. Mejor cortar de raíz y desprenderse de todo maravilloso a la par que perturbador recuerdo. «Se acabó, por muy fútil que parezca», zanjó.

Se equipó de sus viejos auriculares, colocándoselos dentro de sus orejas, y subió la música hasta que los bajos retumbaron en su pecho. Tumbada en su cama, las ideas atropelladas, poco le ayudaba su lista de reproducción, que recopilaba canciones de la serie *Pretty Little Liars*.

«Mañana mismo le preguntaré a Hailey si sabe de algún puesto de pasante. De lo contrario, me dirigiré al campus. No quiero saber nada de mi padre», decidió, limitando así cualquier contacto con el traidor, manipulador, con quien no había vuelto a hablar, pese a las llamadas recibidas.

Asimismo, prefería mantener a Charles fuera de sus problemas personales. Bastante soportaba él con sus muletas. Además la sermonearía por desistir de un trabajo tan magnífico, obtenido por su reconocida mediación.

«¡Qué forma de irse todo al traste! Yo no soy así. No me dejes tentar tan fácilmente. ¿Qué tendrá ese hombre?», rememoró cada instante a su lado mientras sus dedos vagaban libres sobre su cuello, perfilando el canto de su mandíbula, alcanzando luego sus labios... Gemma Hayes y su *Wicked Game* marcaban el sensual y melancólico ritmo. Cerró los ojos y disfrutó de la desesperación que conllevaba odiar a quien amaba.

El extremo suave y terso de un pétalo se deslizó sobre sus labios. Sorprendida por la impresión de un cuerpo extraño, «Ethans y sus chiquilladas», abrió los ojos y se incorporó de súbito. Se encontró ante la armoniosa mirada de Mr. Gardiner, quien mantenía un enorme ramo de rosas blancas en la mano. Estiró de sus cascos y, empujándose con los pies, se arrinconó junto al cabezal de su cama.

—¿Qué hace usted en mi cuarto? —voceó incrédula e inquieta. ¿Cuánto tiempo llevaba vigilando sus gestos y sus caricias?

—¡Bandera blanca! —Mostró las rosas entregándoselas en son de paz.

—¿Quién le ha dejado pasar? —Observó el ramo, y luego el rostro ensombrecido de Mr. Gardiner.

—Ethans me lo ha permitido. ¿Cloé, podemos hablar, por favor?

—¡No! —Arrogante, se alzó de un brinco.

—Bien. Entonces escuchemos música. ¿Qué oías? —Asió uno de los auriculares y lo colocó en su oído, sentándose sobre el borde de la cama y dejándola perpleja cuando menos.

—*Our Story* de Graham Colton. Es la canción que se reproduce ahora —indicó tras acercar el auricular a su oreja.

Permaneció de pie, insospechablemente apocada. Miró su entorno, su escritorio, su silla, su ventana, sus cuadros y fotos de amistades..., a cualquier punto salvo al hombre cuya presencia provocaba que su cuerpo entero se estremeciera.

—¡Qué oportuno! —musitó suficientemente bajo para que Cloé apenas lo percibiera tras escuchar la letra—. Mira, tanto tú como yo necesitamos cenar. Convirtamos esto en una reunión de negocios, y no en una violación de tu intimidad. —Se levantó al fin—. Siento haberme presentado sin avisar. Estaba... preocupado por tu carta de renuncia, Cloé. —Barrió el suelo con la mirada y, acto seguido, la elevó hasta encontrar la de ella. Volvió a tenderle las rosas—. ¿Las aceptas?

—Me pregunto dónde habrá comprado este ramo. No ha perdido usted el tiempo. —Su mano empuñó los tallos, trabados con un decorativo lazo. Un papel alrededor armonizaba el conjunto.

—Tengo un pase vip en una floristería. Abren para mí las veinticuatro horas debido a mi largo historial de tiranía con mis pasantes —se burló sin sonreír en un intento de suavizar el recio ambiente.

—Me temo que ganarán una fortuna con usted. —Estiró la comisura derecha del labio acercándose las rosas a la nariz—. Huelen muy bien. Todo cuanto carece usted de encantador lo poseen ellas.

—¡Au! Golpe bajo. —Se palpó las costillas.

—Tendré que ponerlas en agua o quedarán igual de mustias que mi exjefe. —Curvó una ceja, satisfecha de sí misma.

—Ya van dos, Miss Nicholls. Hoy está usando todos sus cupones. A la tercera impertinencia tendrá que cenar conmigo.

—Mmm, ¿pretende parecer más agradable dejando de tutearme? —continuó.

—¡Se lo he advertido! —La aupó sobre su hombro, sujetando sus piernas sobre su pecho mientras la cabeza asomaba tras sus espaldas.

—¡No! ¡Aaah! ¿Qué hace? ¡Tío zumbado! ¡Aaah! —Pataleó, curvada cual paquete—. ¡Espere, en serio! ¿Dónde me lleva? ¿Y mi abrigo? ¿Y mi bolso? ¡Suélteme o no respondo de mis actos! —gritaba, el tono gozoso, sin cesar de atizar golpes con los puños y el ramo.

Ethans apareció de pronto, el semblante maravillado, la sonrisa ocupando gran parte de su rostro.

—Ethans, ¿te importa encargarte de las flores? Ah, y dame el bolso y el abrigo de Cloé, por favor —pidió encantado de oír la entonación risueña de Cloé.

El muchacho siguió las órdenes al pie de la letra. Arrebató el ramo de la mano de Cloé y entregó sus enseres a Dorian, quien más que nunca parecía un vikingo aristócrata con su coleta que

estiraba su cabello hacia atrás. Un salvaje de metro noventa de alto, la mirada imponente y victoriosa generada a causa de su trofeo.

—¿Vas a dejar que me trate así? ¡Haz algo! Ethans, no le permitas que me lleve. ¡Por favor! Llama a mamá.

—Tu madre no está esta noche. Ha salido. Y no te quejes. —Se agachó a la altura de su cabeza —. ¡Te encanta! —susurró consiguiendo que Cloé enmudeciera de pronto.

—La traeré en un rato —prometió Dorian guiñándole un ojo a Ethans, sobreexcitado por la cómica situación.

—*Bon voyage!* —deseó un buen viaje en francés mientras azotaba con una palmada el trasero de su prima.

—¡Ay! Oh, ésta me la pagas —protestó encolerizada—. Serás...

—Eh, eh, eh, no seamos deslenguados —avisó Mr. Gardiner alcanzando el vestíbulo de la casa —. ¡Adiós, Ethans! Gracias por tu ayuda.

—Un placer, Dorian. —Cerró la puerta en cuanto los tortolitos la cruzaron. No cesaba de sonreír, feliz por su prima.

—¡Vale! Está bien. Puedo andar. Esto es bastante humillante. Iré donde me mande —rogó, el cabello balanceándose a derecha e izquierda con cada zancada del guerrero pagano.

—¿Me das tu palabra? —Se detuvo antes de entrar en el ascensor.

—¡Palabra! —refunfuñó.

—Creo que tendrás que pedirlo con mejores modales. —Sonrió por primera vez sin que ella lo viera.

—Por favor, Mr. Gardiner. —Suspiró de modo exagerado—. Si me suelta le doy mi palabra...

—De acuerdo —la interrumpió. Tampoco pretendía humillarla. La soltó cuidadosamente, con la misma facilidad con la que la había levantado. Como si ella apenas pesara, o como si él estuviera acostumbrado a tales proezas.

Entre miradas acechadoras, Dorian la ayudó a vestir su abrigo. Luego se separó brindándole espacio. Entró tras ella en el ascensor, donde mantuvo una falsa serenidad, ocultando su alborozo. Advertía cómo Cloé iba relajándose poco a poco.

En el coche, puso la música a todo volumen, reproduciendo *Give It All de Right The Stars*, dándole así a entender que no precisaban hablar, ni para bien ni para mal, sólo compartir un momento juntos. El coqueto juego empezó chillando ruedas. Siguieron unas miradas robadas. Y lentamente, según avanzaba el ritmo de la canción con energía, unas sonrisas alcanzaron sus ojos. La insensata velocidad del Aston Martin por las calles londinenses completaba la aventura. Cloé se sujetaba hundiendo las uñas en el sillón. Si bien un sentimiento de libertad le producía una secreta exaltación.

Apenas tardaron en aparecer ante el restaurante Yuu Kitchen, un encantador bar con función de

restaurante, en cuyo interior decenas de jaulas de madera blanca colgaban del techo.

—¿Vamos a cenar aquí? ¡Es precioso!

—Cenaremos aquí sólo si tú lo deseas. Podemos empezar tomando algo y, si la carta te agrada, nos quedamos, si no, buscamos un vegano de tu elección. —Tomó su mano para conducirla hasta la barra.

El gesto involuntario de Mr. Gardiner contrajo su cuerpo tras recibir un febril escalofrío. Cloé observó sus manos entrelazadas, encajaban a la perfección. La de Dorian, fuerte y grande, la suya, pequeña y alargada. Dibujó una tímida sonrisa mientras su corazón palpitaba alocado. Todo había olvidado de pronto, todo cuanto había acaecido. Se sentía por tanto en paz junto a él, aliviada por su presencia, por sus inexistentes rencores. Sincerándose por fin con ella misma, estimaba a Dorian Gardiner como un hombre maravilloso.

—Contéplalo de este modo. Si regresas mañana, te descontaré dos horas de tu sueldo por haber salido hoy sin previo aviso. —Tomó un sorbo de su vino tinto. Se había empeñado en comprar una botella entera de la mejor selección—. Si, por el contrario, dejas el bufete, pocas razones tendrás para no tutearme. —Sonrió, burlón, a la vez que su meñique trazaba unos nerviosos círculos sobre la mesa, acercándose a los dedos de Cloé—. Podremos ser amigos, pero renunciarás a una valiosa oportunidad en un bufete de renombre, en el cual podrías acabar trabajando tras tu pasantía. En cualquier caso, haré lo que me pidas esperando que me perdones.

La última sugerencia tomó a Cloé de sorpresa. Se esperaba cualquier propuesta salvo esa. Observó las imágenes japonesas sobre las paredes, meditando su respuesta, tardando lo suficiente como para inquietar a su acompañante.

—¡Cloé! Confía en mí cuando te prometo que jamás volverá a suceder. —Aferró su mano entretanto entonaba el ruego.

—Le perdono —aceptó con delicadeza, los ojos examinando la mano de Dorian. Retiró la suya, la sangre agrupándose de nuevo en sus mejillas. Un soplo cálido rozó su nuca.

—¿Volverás mañana conmigo... al bufete?

—Volveré —asintió pinzándose los labios, evadiendo así exponer sus condiciones.

En ese momento no consideraba oportuno presentar sus términos; deseaba regresar, pero sin juegos de seducción.

## Capítulo 21

El día alboreó iluminando las rosas, al igual que el resplandor de la luna la noche anterior hacía destellar los pétalos. Ethans, dotado de gran sagacidad, había dispuesto el ramo sobre el escritorio, para que aquel presente fuese lo primero que viera Cloé al penetrar en su dormitorio. Ardid sutil y sumamente efectivo, puesto que nada más abandonar su cama se apresuró en olerlas y, acto seguido, mandar un mensaje de texto.

De Cloé — Enviado a las 07:33 h

Me encantan las rosas. No se lo agradecí anoche. ¡Gracias! Han aromatizado todo mi cuarto. Es fantástico despertar con ese aroma.



Dorian — Recibido a las 07:36 h

Me alegra que te gusten. Pero no te malacostumbres a enfadarme, o cada vez que te pida perdón tendré que aumentar el número de rosas.

De Cloé — Enviado a las 07:38 h

Mmm, lo tendré en cuenta. No se comporte como un ¡truhan!

De Dorian — Recibido a las 07:38 h

El término era tirano, si no recuerdo mal. ¿Paso a recogerte? Me debes un café.

De Cloé — Enviado a las 07:38 h

No será necesario, Mr. Gardiner. Aún no he decidido si vuelvo al bufete...

De Dorian — Recibido a las 07:39 h

Miss Nicholls, ayer en la cena certificó que volvería. Le ruego evite de ahora en adelante este tipo de enfrentamientos. No me agradaría derrotar tales esfuerzos impetuosos en un tribunal. Le recuerdo que abandonó su cargo sin previo aviso con sus respectivos días de antelación. Sus mensajes quedan grabados.

La espero esta mañana en el bufete o me veré en la obligación de ir en su busca. ¡Sé dónde vive!

De Cloé — Enviado a las 07:39 h

Ja, ja. ¡Ha picado! Me siento satisfecha. Se la he devuelto, aunque no con creces. Ahí estaré a las 9 en punto. Ahora bien, no espere de

mí que me comporte como una pasante melosa y obediente. Como habrá comprobado, tengo las uñas más afiladas que las de Mr. Wilde.

De Dorian — Recibido a las 07:39 h

¡Pobre Mr. Wilde! Él que creía ser el alfa... ¡Hasta luego, gatita! 😊

La simple alusión al afectivo apodo la hizo sonrojarse, provocándole una pequeña descarga en sus hombros que descendió por sus brazos y su espalda.

—¡Buenos días! —deseó con voz cantarina a su primo y a su madre, que estaban desayunando.

—Ya veo que para ti lo son. ¿Entonces? —Ansiaba averiguar su curioso primo.

—Buenos días, mi vida —respondió Margaret expectante. Mantenía su taza entre las manos, sorbiendo a pequeñas dosis.

—¿Entonces, qué? ¿No es un día maravilloso? —preguntó la jubilosa joven.

—Ésta ni se ha fijado en que llueve a cántaros. —Ethans se dirigió a Margaret.

—¿Llueve? ¡Qué va! —Se aproximó a una ventana—. Uy, pues es verdad. —Sonrió. Lo mismo le daba a Cloé.

—Comentamos que algunas personas asfixian, juzgan e intentan cambiar a otras. Mientras otras pocas conceden cualquier deseo, te respetan y te apoyan —expuso Margaret sin venir a cuento.

—Lo que pretende decirte tu madre, en pocas palabras, es que Dorian te deja ser quien quieres ser sin impedírtelo. Dime si me equivoco. ¿Anoche fuisteis a cenar?

—Así es.

—Y seguro que no habrá empezado, como es típico en Charles, a decirte: Cloé, el veganismo es una tontería pasajera de universitarias. Ahora que te codeas con la *jet set* de Londres debes madurar. —Calcó la voz de Charles, lo cual molestó a Cloé sobremanera. En mayor proporción que las veces anteriores, de hecho.

—Dejad a Charles en paz, más ahora, el pobre. Lo pasa fatal con sus muletas. Lleva días sin ir al trabajo. El médico le mandó reposar.

—¿Os veis mucho en los juzgados? —Margaret examinó su reacción.

—Sí. Aunque cuando celebramos juicios no hablamos entre nosotros. Nos llamamos luego o nos escribimos mensajes. Quedaría fatal de lo contrario. Son las cortes, no un lugar de reunión para novios.

—¡Qué dilema lo de tener novio! Alguien, y no me refiero a Charles, lo pasará mal, ¿no? —torturó Ethans a Cloé, quien empezaba a fulminarle con la mirada.

—Ignoro a quién te refieres, y tampoco deseo averiguarlo —menospreció con un ademán de suficiencia llevándose su achicoria a su cuarto. No obstante, una luz se prendió en su mente. ¿Y si Mr. Gardiner se había comportado así la semana anterior a causa de Charles? Las fechas de su súbito cambio concordaban con el accidente, cuando desapareció de urgencias sin mediar palabra. Y luego esa manera de despreciarla, de humillarla...

¡Ethans poco se alejaba de la realidad! Dicha idea la perturbó. Le gustaba a Mr. Gardiner. Siendo así, nunca se permitiría jugar con sus sentimientos. Menos libertades se tomaría dándole a

entender supuestos infundados.

«¡Tengo novio!», determinó convenciéndose, y recordó el luengo fin de semana cuidando de Charles en su casa. Le parecía el peor paciente del mundo. Se quejaba incesantemente por cualquier malestar, por el roce de las sábanas al pasar horas y horas en la cama cual moribundo, por la comida demasiado fría o, al contrario, demasiado caliente, por la escayola, la cual le impedía rascarse a su antojo...

Una figura conocida avanzaba hacia ella esa mañana en las cortes de Old Bailey. Un hombrecillo de cabellos blancos y cremoso mostacho. Los ojos azules infundían confianza a la par que respeto. Un semblante tierno, cuyas arrugas revelaban cierto rasgo severo.

—¿Es mi querida nieta la que ven mis ojos?

—¡Abuelo! —Se alegró al verlo. Lo abrazó cariñosamente, mientras Mr. Gardiner quedaba en segundo plano.

—Querida, hace mucho que no sabemos de ti. Tu abuela no cesa de mencionar lo orgullosa que está de su nieta con todas sus amistades. ¿Cuándo vendrás a vernos? Ni siquiera llamas por teléfono —decía, la voz apenada.

—Perdona, abuelo. Mi vida transcurre muy deprisa estas últimas semanas. Por supuesto, iré a visitaros. ¿Cómo está la abuela? ¡Oh, perdona mis modales! Te presento a Mr. Gardiner. Es mi jefe. —Se giró hacia Dorian.

—Mucho gusto. —Dorian le ofreció la mano—. Es usted juez de familia, ¿me equivoco?

—En efecto. ¿Es usted nieto de Edward Gardiner?

—Nieto del IV, e hijo del V. —Sonrió educadamente.

—Bien. Lamento tener que irme tan pronto. He de reunirme con otro juez. Me agrada conocerle, Mr. Gardiner. —Agitó su bigote—. Y tú, querida Cloé, visítanos más a menudo. ¿Me harás ese favor? —insistió.

—¡Claro, abuelo! Me alegra tanto verte. Por cierto, ¿puedo comentarte un asunto en confianza? —Le envolvió entre sus brazos y susurró a su oído—. ¿Conoces el nuevo propósito de tu hijo? ¡Se casa! ¿Te ha presentado a Tina?

—Ni la nombres. Ese hijo mío ha perdido el juicio. En fin, llevo tarde a mi cita, pero si lo deseas volveremos a abordar el tema, querida. ¡Llámanos! —La besó en la mejilla y se marchó.

—Lo conocía de oídas. Parece un hombre honrado —apreció Mr. Gardiner. Caminaban hacia la sala cinco, donde acontecía el juicio de las doce.

—Lo es. Puede parecer duro a simple vista, pero en cuanto le conoces es un amor. Le aprecio mucho.

—Hablando de aprecio. Mr. Brant está encantado contigo. Anoche en la cena descarté el tema, dado que urgían otros menesteres. Tu regreso al bufete. —Guiñó un ojo—. Cuando ayer volví al arbitraje con las pruebas, ni imaginas la que se armó.

—Pobre Mr. Brant, asumo que recibió un golpe en cuanto la verdad salió a la luz.

—Mirada de asco, desprecio, cólera, indignación y, a medida que informábamos al abogado contrario de la demanda que plantearíamos, su rostro se tornó alegre. Más bien pletórico. —Sonrió al evocarlo—. Sólo tenía alabanzas para ti. Se entristeció cuando le dije que tuviste que ausentarte. Deseaba agradecértelo en persona. Aunque nos volveremos a reunir esta semana. Con esta demanda estoy seguro de que marcaremos precedentes. Y todo gracias a ti, Cloé. —Se detuvo para contemplar sus ojos grises, cautivándole el profundo tono azulado que bordeaba el iris.

—Max ha sido un buen maestro. —Perdió la vista entre unas altas estatuas del palaciego pasillo. La incomodaba que la mirara tan fijamente.

«Mr. Gardiner. Me gustaría comentarle un tema, pero no sabría cómo empezar... El otro día en su casa... Cuando casi nos besam... Mr. Gardiner, verá... Mr. Gardiner, ¿usted y yo somos amigos? Gr... ¡No!», ponderaba cómo iniciar una acre conversación. Lo aparcó para cuando tuviera agallas.

Por la tarde, a las cuatro, recibieron a Mr. Walsh, hermano de un detenido acusado de homicidio involuntario. Según Brian Walsh, su hermano no merecía ir a la cárcel por asesinato, lo cual distaba de un homicidio involuntario, dada la índole que causaba la muerte; siendo un homicidio un suceso accidental o, por el contrario, un asesinato obra de la premeditación.

—Mi hermano se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Todo gira en torno a un terrible accidente fortuito —dramatizó Brian Walsh.

—Por cuanto entiendo, su hermano practicaba en una sala de tiro, junto a un desconocido. El arma resbaló entre sus manos y se disparó involuntariamente. —Dorian Gardiner leyó el informe policial entretanto estudiaba el semblante de Mr. Walsh—. Nadie fue testigo de cuanto aconteció, por lo que veo aquí —mostró el informe.

—Así es. Bueno, en la sala no había testigos, pero fuera sí. Acudieron en cuanto mi hermano pidió auxilio.

—Aquí, la policía no aporta los nombres de los testigos. ¿Podría usted proporcionárnoslos? —requirió el abogado.

—¡Por supuesto! Mr. Murphy y Mr. Evans. Ellos corroborarán la versión de Oliver.

—¿Dónde podemos localizar a estos señores? —inquirió Max.

—Mi hermano me informó del paradero de Mr. Evans. Posee una casa en Hastings. Cuando no reside en Londres se dirige allí, donde pasa una temporada. Y Mr. Murphy... A bote pronto, podría situarse en Luton, tiene varios negocios por la zona.

—Es un avance. Investigaremos —asintió Max dirigiéndose a Mr. Gardiner.

—¿Nos asegura la ausencia de relación entre su hermano y Mr. Thomas? —preguntó el abogado.

—No se conocían en absoluto. ¡Se lo juro! —certificó.

Corría mucha prisa estudiar el caso a causa de la inminente fecha del juicio.

Brian Walsh se había encargado de buscar un abogado semanas antes para su hermano. El anterior abogado, perdiendo la oportunidad de la liberación bajo fianza, fue despedido en el acto por Oliver. Y ahí, ante Dorian Gardiner se hallaba Mr. Walsh, pidiendo misericordia tres días antes del pleito.

Con apenas tiempo para preparar la defensa, todos, incluida Leslie, precisaban quedarse en el despacho.

—Me temo que nadie saldrá de aquí esta noche hasta trazar una versión sostenible. El tema requiere atención y esmero. Pidamos la cena y pongámonos a trabajar —requirió Mr. Gardiner—. ¿Chino, o queréis otra cosa?

—Por mí, perfecto —contestó Max.

—Lo que usted mande, Mr. Gardiner —aprobo con ligera voz Leslie.

—Bien. —Cloé atisbó los ademanes de la secretaria.

—Vale, Cloé y yo vamos a pedir platos veganos —indicó sin augurar cuánto martirio infligiría a Leslie su consideración por Cloé. La secretaria quedó boquiabierta, el entrecejo arrugado—. ¿Para los demás qué encargo? —Dorian actuaba tan natural. Ni reparó en la sorpresa de los demás cuando llamó a su pasante por su nombre y no por su apellido.

Tras horas leyendo, estudiando y repasando testimonios, declaraciones, evidencias, fotos e informes, Max propuso llevar a Cloé a casa. Mr. Gardiner se negó en rotundo. Él se encargaría de tan agradable tarea. En cambio obligó a Max a ocuparse de Leslie.

Ése fue el comienzo de una lucha interna para la secretaria, quien secretamente amaba con desenfreno al abogado desde años antes de la venida de una mosquita muerta. Una adinerada, cuyo estúpido nombre —Cloé— aniquilaba sus fantasías...

## Capítulo 22

La tarde posterior, habiendo aplazado todas las citas pendientes, Max conducía hacia Luton, Bedfordshire, en pos de averiguar el paradero de Mr. Murphy. Mientras tanto, Dorian y Cloé se dirigían hacia Hastings, condado de East Sussex, en un viaje cuya trayectoria duraba casi tres horas para hallar al segundo testigo, Mr. Evans. En situaciones normales, Max se dedicaba a dichas tareas, o el despacho contactaba con la policía requiriendo órdenes de búsqueda, o solicitaban a los juzgados que ellos se encargasen de entregar citaciones. No obstante, esta vez se trataba de una circunstancia puntual. Tocaba repartirse el trabajo con mucha diligencia.

«Esa mirada de Leslie dice mucho. Está enamorada de él, no cabe duda. ¿Qué habrá ocurrido entre ellos? ¡Dios mío!, no quiero convertirme en otro trofeo para él», imploró Cloé cuando salieron del despacho. La secretaria le había dedicado una inspección casi perversa; de esas que te hielan la sangre y recuerdas toda la vida.

Cloé prefirió acompañar a Max, pero Dorian, avaro de su compañía, vetó la propuesta de inmediato sin siquiera contemplarla.

Tres horas de viaje les aguardaban. Tres horas por delante para dialogar y conocerse mejor; al menos así se presentaba la placentera idea en la mente del abogado, entusiasmado e impaciente.

—¿Por qué nunca sale del despacho a la hora de la comida? Es usted muy solitario.

—Gozo de la soledad constantemente. La hora de la comida resulta fascinante tanto como las horas posteriores a las seis de la tarde. El bufete está en perpetua calma, no se oye ni un alma, salvo el personal de la limpieza. Permite pensar con holgura, andar a tus anchas... ¿Por qué? ¿Quieres que salga a comer contigo?

—Suelo ir con Max —sorteó—. Leslie nunca nos acompaña. Normalmente acostumbra a quedarse en el despacho. ¿No se ha dado cuenta?

—Poco me importa dónde almuerzan mis empleados.

—¿No le da pena? Nunca se separa de su lado —lamentó.

—¿A qué viene este interrogatorio? ¿Cloé, quieres que os acompañe a comer a ti y a Max de ahora en adelante?

—¿Trata de convertirme en otra Leslie? —se aventuró a replicar—. Lo siento, no debí decir nada. Esa cuestión no me incumbe.

—Espera un momento —protestó—. ¿Qué significa convertirme en otra Leslie? —Un atisbo de mosqueo apareció en su frente.

—Leslie siente algo por usted. Y poco caso le hace a la pobre. —Avistó el vasto cielo a través

de la ventanilla.

—¿Cuál es el problema, Cloé? —Buscó su mano, pero ella la retiró sin prestarle oportunidad.

—Usted y yo nos llevamos bien, ¿no es cierto? —Giró el rostro hacia él.

—En efecto.

—Me gustaría que fuera así siempre, es decir...

—¿Deseas que seamos algo más? —aligeró en preguntar.

—Amigos. —Ignoraba cómo acabaría la conversación. Perseguía aclarar ciertos puntos sin mostrarse hostil, grosera o presuntuosa.

—¿Amigos? —se sorprendió denotando un ápice de desazón su voz.

—Estimo mucho sus consejos, su simpatía, su sabiduría y su compañía, aunque no tanto como mi madre o mi primo. —Sonrió esquivando la cuestión.

—Si así te place... —Detuvo la continuación de su frase.

Al menos, de ese modo, Cloé se despojaba de ese lastre que la había perseguido todo el día; sus prejuicios.

—Mr. Gardiner...

—Si vamos a ser amigos, puedes llamarme por mi nombre, ¿no te parece?

—Sabe que me cuesta en exceso. Fue testigo de lo ocurrido la última vez que le llamé así. — Una bruma de amargura caló sus huesos—. Iba a preguntarle si conoce la ciudad de Hastings.

—Nunca suelo visitar la costa, a no ser por mi ocio favorito. El surf. Me dirijo al sur cuando pretendo encontrar buenas olas. En este lado de Inglaterra son escasas.

—¿Qué interesante! —Conocía su secreto, pero jugó al despiste, intrigada por su *hobby*—. ¿En qué playas surfea?

—En Cornwall o cerca de Plymouth. Esa región.

—¿Cómo es surcar las olas sobre una tabla?

—Para responder esa pregunta sólo se me ocurre enseñártelo. ¿Te gustaría aprender?

—Duraría dos segundos sobre una tabla. —Rio, nerviosamente, al vislumbrar en su mente una imagen mostrando cómo se caía una y otra vez.

—Bueno, me quedaría a tu lado. Caerías y tropezarías las primeras veces. Lo normal en todo principiante, pero notarías alivio, paz y grandeza... Me temo que es un sentimiento inexplicable si no se prueba.

—¿Suena bien! Algún día, tal vez. —Entrelazó las manos sobre las piernas.

—Cuando usted ordene, Miss Nicholls. —Arqueó una sugestiva ceja. Cloé miró para otro lado, evitando su hechizo.

Conversaron sobre esto y lo otro. Trataron temas baladíes y otros trascendentes, adentrándose después en los políticos y religiosos, hasta ahondar en temas matrimoniales.

—¿Cómo puede no creer en unos votos matrimoniales? —se ofendió Cloé, como si dichos dogmas resumieran la vida.

—Para mí las promesas perpetuadas ante Dios son eternas. Pero los humanos carecen de

lealtad sagrada. Se desvían, se pierden, engañan... Prefiero elegir vivir con una mujer sin esas promesas imposibles de mantener, y sin los ojos de un Dios que nos desprecie si incumplimos nuestros juramentos. Por otra parte, pienso que si no prometo o me prometen grandes cosas nunca me defraudarán, ni yo defraudaré.

—Pregonar el amor a los cuatro vientos cuando se ama sinceramente es lo más bello del mundo, y los ojos de Dios son testigos de los lazos de tal perenne unión. Ese *para siempre* perdurará para los siglos de los siglos. Claro que para ello es necesario mantener las promesas de fidelidad..., *en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad...* Es más, si usted no cree en el matrimonio, yo no creo en el divorcio. Es una blasfemia, a mi entender. Sí, claro, somos humanos y erramos, pero para eso hemos nacido con conciencia y conocimiento de causa; para diferenciar el bien del mal, para arrepentirnos al igual que para perdonar. Los impulsos son momentáneos, las decisiones de grandes proporciones como el matrimonio requieren planificación. Me explico; si crees en el divorcio no te cases, porque siempre encontrarás en éste la salida más fácil a los problemas maritales comunes. En nosotros se halla el poder de perdonar y de luchar por la persona que amamos, en lugar de tirar la toalla y recurrir al divorcio. En fin..., me estoy repitiendo. —Suspiró tras hablar sin tomar apenas aire.

—¿Y las causas mayores?

—¿Violencia de género? Soy partidaria, por supuesto. Si bien usted considera extremos. Yo me refería, por ejemplo, al arrepentimiento tras una boda. Al principio el amor embauca y, un año después, o varios, deja de resultar atractivo. ¿Se ha perdido esa chispa de los primeros meses? ¡Venga, abracemos el divorcio como salvavidas! No, el matrimonio ante Dios nunca se concibió con tales fines. Lo siento.

—Deduzco entonces que esperas casarte algún día.

—Algún día, dentro de muchos años. Sólo tengo veintiún años, Mr. Gardiner. —Sonrió con un leve bufido.

Hastings, una ciudad costera y turística, lindaba el canal de la Mancha con Francia. En sus colinas se divisaban las ruinas de un castillo normando, construido por Guillermo el conquistador en la edad medieval.

Marcaban las seis cuando detuvieron el coche en una recóndita calle, alejada de la playa, del hermoso pueblo envuelto en un manto otoñal. Al contrario de Max, quien desconocía la dirección del testigo, Cloé y Dorian se dirigían a una de las pocas fincas con más de tres alturas. Llamaron al interfono del patio compuesto por diez timbres. Mr. Evans residía en el quinto piso de un apartamento cuya fachada blanca reflectaba la luz del cielo despejado.

—Buenas tardes, Mr. Evans. Disculpe que le molestemos. Me llamo Dorian Gardiner. Me acompaña mi colega, Cloé Nicholls. Somos los abogados de Mr. Oliver Walsh, acusado del asesinato en el campo de tiro que frecuenta. ¿Podríamos hablar con usted unos minutos? Sabemos

que no nos esperaba, pero se lo agradeceríamos. —Al llamar por teléfono con anterioridad, algunos testigos se daban a la fuga, y ya no cabía la posibilidad de encontrarlos.

Les ofreció sentarse en el amplio salón con vistas a toda la ciudad, las casas eran típicas de la zona; la mayoría, blancas, azules o amarillas.

—Por desgracia, cuando llegué era demasiado tarde. John yacía en los brazos de Oliver. Un disparo accidental, repuso él, pero me pareció bien certero —declaró—. Aunque en su defensa diré que alguien que desea matar a otro no llama a gritos pidiendo ayuda, ni mantiene las manos sobre la herida evitando la pérdida de sangre. Ha sido un suceso trágico, como le comenté al fiscal que vino a verme la semana pasada.

—¿Le han pedido testificar? —inquirió Dorian.

—Sí, mañana por la tarde he quedado con uno de los ayudantes del fiscal en el juzgado.

—¿Podría decirme si los dos hombres se conocían? —quiso saber el abogado.

—Pues... que yo sepa, no. Buenos días y adiós, en todo caso. Como todos, por educación. Claro que Oliver es un novato. Llevará visitando las instalaciones un mes. Deberían estrechar más las normas en el campo, no dejar disparar a gente apenas iniciada. —Suspiró.

—¿Entonces nunca los ha visto juntos? —insistió Cloé.

—Nunca. Pero supongo que lo podrían comprobar en las cámaras.

—¿Las cámaras? Nos han asegurado que no funcionan desde hace meses —se extrañó Dorian.

—Las de la sala de tiro no, es cierto. Pero las de fuera..., pasillos, tienda, entrada..., ésas sí.

—¿Y eso lo sabe la fiscalía? —Dorian buscó su móvil.

—No preguntaron por ellas. Tampoco se me ocurrió en ese momento.

Mientras Mr. Gardiner llamaba a Max, demandando la búsqueda de las imágenes remontándose a varios meses atrás, Cloé prosiguió.

—¿Qué tipo de hombre era John? —Le miró con un semblante suave y considerado.

—Buena persona. —Alzó los hombros—. Estaba... Estaba casado con una mujer preciosa. Tenía dos hijos. Una empresa que rendía. Ganaba más dinero del que podía gastar. Poco bromista. Severo cuando alguien tocaba sus cosas. Siempre recordaré su enfado cuando le escondimos su bolsa. Se trataba de una broma. Solemos hacérselas a los principiantes sin ninguna maldad. —Negó con la cabeza.

—¿Dígame, le vio enfadarse con alguien más?

Dorian regresaba en el preciso momento en el que Mr. Evans llevaba una mano a su barbilla, raspando sus labios, de modo pensativo.

—Alguna vez, puede ser. Era impaciente, cuando pedía algo lo quería ya. Por ejemplo, nunca soportaba esperar el recambio de balas en el mostrador. O si su mujer tardaba en venir a buscarlo. Si sus hijos no aprobaban un examen...

Y así continuaron enfrascándose en diferentes preguntas durante una hora.

Se despidieron de Mr. Evans, a quien volverían a ver en el estrado al día siguiente. En el ascensor, Cloé compartió sus impresiones con Dorian.

—Me gustaría averiguar cuánto tiempo llevan sin funcionar las cámaras de seguridad del interior del campo de tiro.

—¿Consideras sospechoso algún punto?

—¿Y si las cámaras interiores dejaron de funcionar hace un mes? Cuando Mr. Walsh se inscribió al club de tiro.

—Entiendo por dónde...

Una fuerte sacudida los hizo tambalearse, aterrorizándose ambos. Dorian, por inercia, se precipitó en envolver a Cloé intentando protegerla. Luego el ascensor se detuvo de súbito.

## Capítulo 23

Los embargó una sensación de pavor. Poco alcanzaron a controlarla mientras aconteció lo que parecía un terremoto. Cloé quedaba oculta bajo la figura robusta de Dorian, quien no osaba soltarla, protegiéndola de cualquier otro temblor. Temía que el ascensor se precipitara al vacío hasta el piso bajo, causándoles graves daños o incluso la muerte. Las luces del plafón se habían apagado, encendiéndose otras dos menos luminosas, diminutas y opacas; las de emergencia. Apenas se discernía el perfil de los dos jóvenes. La cabeza de Cloé emergió empujando la barbilla de él. Había reposado sobre su coronilla hasta ahora. Sus ojos precisaron de un instante para acostumbrarse a la parcial oscuridad. Las luces de emergencia alumbraban realmente poco. Sentían la oscuridad cerniéndose sobre ellos. Aguzaron la vista hasta encontrar el brillo de sus miradas. Ninguno reparó en la tez lívida del otro, no obstante.

—¿Estás bien? ¡Vaya susto! —Le acarició el rubio cabello consiguiendo tranquilizarla.

—Sí. Por un momento creí que era el final, y no soy una persona extremista, pero el ascensor ha traqueteado de una forma tan súbita y brusca... —Apartó las manos. Atrapaban la espalda de Mr. Gardiner. Sin darse cuenta, el espanto había suscitado que le rodeara entre sus brazos. Mediante el retroceso de unos pasos, se escabulló hasta pegar su espalda contra una de las paredes del cubículo, de unos cinco metros cuadrados—. Oh, casi se me sale el corazón por la boca —suspiró Cloé con la mano sobre el pecho.

—¿Te encuentras bien? ¿Seguro? —continuó preocupándose él.

—Sí, sí. Todo bien. Ha sido un susto pasajero —aseguró con tono dúctil—. ¿Usted?

—Bien. Aunque no padezco de claustrofobia, agradezco el tamaño de este espacio. —Iluminó el cuadro de botones con su teléfono buscando el timbre de emergencia.

Cloé, por su lado, también tomó su móvil con el propósito de consultar alguna cosa sin saber muy bien el qué. Se trataba de un acto reflejo en una situación de pánico.

—¡No tengo cobertura! —protestó.

—¿Qué? —Dorian volteó la pantalla de su móvil hacia él, puesto que lo había encarado al cuadro de mandos—. Yo tampoco. —Abigarrado, dirigió un dedo a uno de los botones—. Bueno, voy a pulsar la alarma de socorro.

Un estruendoso timbre resonó en todos los pisos del inmueble, incluso en el corazón de Cloé, sobrecogiéndola.

—No te preocupes, alguien vendrá enseguida. Es imposible no oír este escándalo. —Volvió a tocar y repitió la operación.

«Seguro que a muchas les encantaría quedarse atrapadas aquí con Dorian Gardiner, relegados del resto del mundo con tal de pasar tiempo con él. En cambio, yo... preferiría hallarme a un océano de distancia», escudriñaba el techo, el suelo, las puertas, y cualquier desperfecto de las paredes con tal de apartar la vista del prohibido físico que la perturbaba. De hecho, tal pensamiento la inquietaba. Solos los dos en un lugar íntimo y anegado de sombras.

—¡Hola! ¿Alguien me oye? —gritó Dorian, pues nadie había acudido aún al llamamiento de la alarma.

Como discurrían los meses de otoño, los veraneantes habían regresado a las grandes ciudades, por lo que pocos vecinos residían en la finca el resto del año. Rezaban para que alguien los escuchara.

«Por favor, que alguien le oiga», rogaba ella sufriendo en exceso por situarse en aquel ascensor con él más que por el incidente en sí.

—¿Hola? —voceó Dorian y apretó el timbre. De pronto reparó en la oportuna situación. Mejor si nadie se presentaba. El destino, o la casualidad, le brindaba una magnífica coyuntura: permanecer con Cloé sin que una llamada de su novio les molestara, puesto que no recibían señales de cobertura ahí dentro—. Bueno. Ahora a esperar —decretó como si nada más se pudiera hacer. Deseaba prolongar su suerte. A la vez se giró hacia Cloé, quien clavaba la mirada al suelo. Iba a dirigirle unas palabras cuando se percibió una voz masculina en el rellano.

—¿Hay alguien?

—¡Hola! ¡Nos hemos quedado encerrados! —respondió con apremio la joven acercándose a las puertas, ante la decepción de Dorian.

—¿Son los abogados? —cuestionó la voz.

—¡Mr. Evans! ¿Es usted? —preguntó Dorian perdiendo esa pizca de esperanza que segundos antes había irradiado su ser.

—Sí. Soy yo.

«Gracias a Dios», pensó Cloé.

«¡A qué buena hora!», lamentó Dorian.

—Se ha ido la luz. Ahora mismo llamo al técnico. A ver si puede traer la llave y sacarlos de alguna forma. También contactaré con la empresa eléctrica para que solucionen esto lo más pronto posible —explicó—. Hemos sufrido varios parones últimamente, están mejorando el cableado. Subo a casa a llamar. Ahora regreso.

—¡Gracias! —agradecieron el abogado y la pasante, menos angustiada.

—¿Me das un poco, por favor? —pidió Mr. Gardiner cuando vio cómo Cloé sacaba una botellita de agua de su bolso y bebía.

—Claro. Tome. —Ofreció reparando en los labios de su jefe posándose sobre el lugar donde los suyos habían acogido el orificio de la botella.

—Gracias, Cloé. ¿Qué más escondes en ese bolso tuyo?

—Como bien sabrá, el bolso de una mujer acumula un mundo de posibilidades y guarda

tesoros, pero no es mi caso, al menos hoy. Sólo llevo una libreta, el móvil, las llaves, un cepillo para el cabello, una bolsita de maquillaje, unos chicles, una manzana, unas cómodas manolequinas, varios clips para enganchar folios, alguna goma para carpetas y...

—¿Te parece poco? ¿Acaso sueles llevar la casa ahí dentro? —Abrió los ojos de par en par.

—Más o menos. Gel de alcohol, toallitas limpiadoras, frutos secos, un libro, la tableta, caramelos, aspirinas, un kit de costura, una lima de uñas... —Esbozó una sonrisa, las mejillas ligeramente sonrojadas.

—¡Madre del amor hermoso! Es como llevar una maleta a cuestas todo el día. Obvio que muchas os quejéis de dolores de espalda —se burló con respeto.

—Ha hablado con Max antes, ¿puedo preguntar qué le ha mandado? —cambió de tema.

—Las imágenes de las cámaras externas —contestó lacónico; Cloé parecía imponer ciertas normas al iniciar una nueva conversación acerca de temas laborales.

—¿Podríamos mirar intervalos de tiempo más extensos? No sólo los días anteriores al crimen. Si Oliver se había iniciado recientemente en ese club, tampoco tardaremos mucho en averiguar si había conversado con la víctima. Puedo encargarme yo.

—Max buscará las imágenes de esta semana, pero si te apetece indagar un poco más, adelante...

Diez minutos más tarde, Mr. Evans regresó con buenas noticias.

—He llamado al técnico. Tardará en venir una hora más o menos. Lo esperaré en casa para cuando llame al timbre. Si necesitan alguna cosa pulsen la alarma.

Transcurrió una hora, y luego treinta minutos más. Nadie llegaba, ningún ruido reverberaba en las escaleras o en los rellanos del edificio. Los nervios de Cloé se crispaban mientras los pensamientos de Mr. Gardiner recreaban, errabundos, la escena ocurrida en su casa, cuando había tomado la mano de la joven después de que le limpiara las manchas de café.

El efecto de calor, impelido por el pánico transitorio, se disipaba. Abandonaba sus cuerpos. Éstos notaban gradualmente la temperatura, envolviéndoles su frígido aliento.

—Empiezo a tener frío. —Cloé frotó sus piernas casi desnudas, de no ser por las medias negras que las cubrían.

—¿Quieres que nos juntemos? Mantendremos el calor —propuso el abogado.

Ambos se habían sentado, el uno perpendicular al otro, apoyando sus espaldas contra distintas paredes.

—¡No! —Antepuso las manos con un espasmo mecánico, como si el ofrecimiento la hubiera asustado—. No se preocupe. —Su voz se tornó apacible al reparar en su aguda negativa—. Estoy bien así. —Agitó la cabeza con ligereza. Su moño francés dejaba penetrar el aire por sus cervicales. Éste descendía por su espalda.

—¿Cloé, qué pasa? No cesas de evitarme. ¿He hecho o dicho algo, acaso, que te haya ofendido? ¿Te da miedo estar aquí conmigo? ¿Qué es, Cloé? —interrogó sin tomar aliento, por lo que ella se sintió atosigada. Tanto le preocupaba darle falsas esperanzas a su jefe que, sin

pretenderlo hasta esos extremos, se había retraído como un conejo en su madriguera. Apenas lo miraba, y cuando lo hacía no mantenía la vista más de cinco segundos. Si se acercaba, ella se apartaba y, aunque obraba con sutileza, o eso creía, sus medidas se volvían más que notorias. Carente de respuesta, permaneció en silencio, los labios pinzados y bien apretados—. Vale, no deseo agobiarte. Cuando estés lista, lo compartirás conmigo.

—Soy Mr. Evans. ¿Están bien?

—Sí —contestaron al unísono levantándose de un brinco—. ¿Por qué tarda tanto el técnico? —prosiguió Cloé con urgencia.

—Se ve que ha llamado al timbre del patio, pero como no hay electricidad, nadie le ha abierto, claro. No había caído en eso. —Marcó una pausa—. Cuando he vuelto a llamar a la empresa hace un momento, me han informado de que el hombre ya se había ido a casa a cenar. Así que tardará otro rato en volver, porque también le han llamado de otras averías. Lo siento. Deberán esperar. Vuelvo a casa, pero esta vez estaré pendiente. Les he pedido que llamen a mi teléfono de casa, en el caso de repetirse el incidente. Por otro lado, la empresa eléctrica dice que están trabajando en el asunto y restablecerán la luz cuanto antes. Me marcho ya. Hasta ahora —se despidió.

—Bien, gracias, Mr. Evans —contestó Dorian con tono de displicencia, fruto de la esquizofrenia de Cloé momentos antes. Desde la mañana posterior a la cena de reconciliación, la muchacha actuaba como un flujo de agua que se escurre entre los dedos de quien intenta capturarla.

—Gracias —suspiró Cloé, poco simpatizante con los acontecimientos. Ningún lugar podía esconderla de Mr. Gardiner, de sus preguntas, de sus miradas. ¡Cuánto la había incomodado la pequeña interpelación anterior a la venida de Mr. Evans! Agradecía la oportuna interrupción. Sólo faltaba fingir naturalidad y encontrar otros temas de conversación.

—A este paso llegaremos a las tantas a Londres. Mi padre estará satisfecho. ¡Son horas facturables! —Sonrió. Un ápice de ironía se perfilaba sobre la comisura de sus labios—. Me sabe mal por ti, volverás tarde a casa. —Dorian Gardiner se respaldó contra una de las dos paredes de acero inoxidable, siendo la tercera un espejo frente a las puertas correderas. Dobló una rodilla y descansó el pie en el material reluciente de aspecto mate.

—No pasa nada. En cuanto salgamos de aquí llamaré a mi madre para explicarle lo ocurrido. —Frotó sus manos en un intento banal de calentarse. Sentía su cuerpo congelarse mediante las extremidades.

—¿Tienes mucho frío? —Volvió a colocar un pie junto al otro, preparado para acudir a su lado, pero se prohibió intervenir, evitando asustarla en modo alguno.

—Un poco. —Sus dientes castañearon.

La baja temperatura se intensificaba cada tantos minutos. Quizás se debía a la humedad, por la próxima ubicación de la playa, que se encontraba a un kilómetro. Conjuntamente, ese día y en aquel lugar, los grados habían decaído de forma considerable; transcurría la segunda semana de octubre. Cuando la joven se abrazó a sí misma, aterida, Dorian ya no aguantó más.

—¡A la mierda! —espetó, la entonación ronca. Caminó dos pasos con brío y firmeza. Se lanzó

sobre ella mientras abría su gruesa gabardina y, rodeándola con los brazos, la cobijó dentro. Las sombras proyectadas por su cuerpo, aun habiéndose amoldado sus visiones a la lobreguez del ascensor, originaron un sobresalto en Cloé, alterando su pulso.

—¿Qué hace, Mr. Gardiner? —vocalizó con agitación y el deje desdeñoso. Ese hombre la amilanaba como nadie, no por su carácter ni sus modales, sino por cuanto representaba, por cuantos sentimientos brotaban de ella. Lo mismo daba si estaba cerca o a kilómetros de distancia. De encontrar una salida, aunque fuera un agujero diminuto, posiblemente habría escapado despavorida.

—¡Estás helada! Si no entras en calor cogerás frío, Cloé. Actúa con sensatez, te lo ruego. Yo también estoy destemplado. Nos vendrá bien a ambos. No voy a obligarte si no quieres, sólo te pido que pienses con juicio en tu salud. —Friccionó los brazos y la espalda de su pasante ayudando así a la circulación de la sangre.

—De acuerdo —susurró tras un breve carraspeo. «Pero como amigos», le faltó decir. Si bien se encontraba un poco mejor, por lo tanto no añadió nada, ni tampoco se apartó.

La mirada de su acompañante reflejaba un brillo torvo, en parte amenazador y reprobatorio porque temía que ella enfermara si decidía rechazar su ayuda. Y en parte porque se estimaba tan rozagante como victorioso cuando, en su aproximación, las distancias se acortaban hasta el punto de no dejar espacio ni para el paso del aire.

—¿Mejor ahora? —preguntó sobre su cabello, suave cual la seda. Se permitió cerrar los ojos e inhalar el azucarado aroma que desprendía la fragancia: tarta de fresa. Envolvió su moño con una sola mano, invitándola a reposar la cabeza sobre su hombro. Ella asintió, un tanto avergonzada a causa de un sentimiento de alivio y de plenitud que endulzaba los miedos provocados por el tacto de Dorian Gardiner. De eso se trataba, así se resumía todo. Le horrorizaba estar cerca de él porque sabía que, en cuanto se acercaba lo suficiente, su ser le obedecía a él. Muy a su pesar, los días y las semanas anteriores había mantenido una lucha constante en su fuero interno para evitar que ese hombre se convirtiera en una droga vital para su supervivencia. Se había persuadido de cuán poco profesaba por él, románticamente, que no físicamente, ya que entendía que su físico quitaba el aliento a cualquiera, y ahora comprendía que la semilla germinando en su corazón se llamaba amor y no lujuria.

Semejantes e ignotos sentimientos experimentaba por primera vez en su vida Dorian. Nadie había conseguido adentrarse, jamás, tan hondo en su ser. Continuaba masajeando la espalda de su compañera, conduciendo luego sus manos hacia sus brazos, cuando observó que ella no se movía. Sus brazos permanecían inertes contra su cuerpo. Asumió que no se atrevía a tocarle.

—Puedes tocarme, Cloé. No temas hacerlo. —De pronto, sus propias palabras generaron una clase de hormigueo en su vientre. Un hormigueo tan insólito y desconocido como ígneo; le ardían las entrañas. ¿Pasión, tal vez? Improbable, la pasión no era inusitada para él. La había experimentado en otras ocasiones y con otras mujeres. Lo que fuera que le carcomía venía motivado por otro significado; una turbación que sólo había percibido con y para Cloé. De hecho,

analizándolo, aunque no detenidamente, la sensación se podía aproximar a la que le había invadido cuando se enamoró de la grandeza del surf, y de la inmensidad del mar; la única compañera con quien conservaba una larga relación y la cual duraría por siempre, pues ésta le brindaba refugio y felicidad. El surf le proporcionaba los mejores momentos de su vida, vacía desde la muerte de su madre. El surf le había ayudado a libertarse de la ira, del tormento, de la culpa que lo esclavizaba. Sí, un parejo cosquilleo había percibido la primera vez que surcó una ola de considerable tamaño, elevándolo hasta la emancipación del cuerpo terrenal, hechizándole de por vida. Hasta entonces se había sentido solo y vacío, tan vacío como cuando no se hallaba cerca de Cloé. No obstante, hasta entrar ella en su vida, jamás sospechó que una parte de él persistía igual de hueca. Así llegó a la conclusión de que ese ignoto hormigueo no sólo le aseguraba amar a la joven, sino que ella era su amor verdadero. Por tanto, si rehusaba tocarlo, como le había pedido, y si en un futuro rehusaba su amor, se vería igual de vacío y perdido que antaño. ¿La única diferencia? Antaño nada le había dado razones de figurarse que era un recipiente hueco carente de un *algo*.

—Tócame, Cloé —susurró aprisionando sus manos y posándolas sobre su pecho, contrayéndose los pectorales al percibir su tacto, sumamente pacato.

Cloé distinguió su endurecimiento; los pulmones se hinchaban y deshinchaban de un modo poco natural, como si Mr. Gardiner pretendiera guardar las formas ante una leve cohibición.

—¿Me permites hacer una cosa? Te vendrá bien. Lo prometo.

Intimidada tanto como sonrojada, ni sus manos ni su cabeza se movieron. Su mejilla descansaba aún sobre el hombro de Dorian.

Le tomó la barbilla y la alzó, encontrando sus ojos al fin. En una quietud observadora, Cloé tragó saliva, presumiendo los próximos pasos de Mr. Gardiner, cuyo comportamiento consideró muy tierno.

—¿Confías en mí? —preguntó modelando un murmullo.

—Sí —imitó el tono de voz.

«De quien no me fio es de mí», ignoraba cuánto tiempo más lograría evitar la tentación. Una cortina de brasas empezaba a consumirla cual bruja en la hoguera, todo a causa de una coercitiva falla en su corazón.

A tientas, buscó el adorno que sujetaba el peinado de Cloé. Estiró del angosto palillo y, en cuanto el moño se deshizo, sumergió sus dedos y peinó unos mechones. Sus caricias cosquillearon a Cloé. La hicieron estremecer. Le divisó, agradecida, pero su sorpresa la acercó más a la rendición.

—¡Ves! Seguro que el frío remitirá antes. Yo también voy a hacer lo mismo.

Estiró los brazos hacia el techo, de modo que las manos de Cloé resbalaron hasta los pétreos abdominales. Ese hombre no poseía ni un centímetro cúbico de grasa. La joven agradeció entonces hallarse entre sombras. Dorian nunca comprobaría sus mejillas teñidas de un color escarlata.

Cuando éste destrabó su coleta, las puntas de su melena recayeron en sus hombros, otorgándole una salvaje y masculina sensualidad. Su corte de pelo acompañaba la penetrante mirada felina.

—¿Qué? —Sus manos regresaron a los hombros y la espalda de Cloé. Frotó con energía sobre la ropa.

Con la voz impedida, ningún sonido floreció de su garganta. Terriblemente avergonzada por el rubor de su tez, agachó la cabeza, perdiendo la mirada en el pecho del adonis.

—¿Te gusto más así, con el pelo suelto? —adivinó, el deje fatuo. De nuevo con un dedo levantó su barbilla.

La muchacha asintió sin lograr pronunciar palabra. En cambio, el brillo de sus ojos traspasó los de Dorian, hechizantes. Los corazones díscolos, las respiraciones trabajosas, las piernas de Cloé languidecieron. Durante un breve instante el semblante del abogado permaneció absorto, incluso hierático.

«Debo contenerme. Pero quiero besarte, Cloé. ¡Quiero besarte! Hazme una señal de aquiescencia permitiéndome besarte, invitándome a probar esos labios que me vuelven loco», pensó.

Debatiéndose entre una consideración del bien y del mal, de lo correcto y de lo incorrecto, se humedeció los labios. Le faltaba el aire. Sentía tanto calor como un día de verano en la orilla de la playa. Le costaba tragar saliva, tanto como a él, quien acarició su mejilla, acoplando luego la palma de su mano a su nuca. Notaba el pulso agitado de ella, por la convergencia de sus torsos, lo cual implicaba que le ocasionaba algún efecto. Le satisfizo esa idea, dado que le aseguraba que podía sentirse atraída por él.

—Cloé —musitó insinuante. Acercó su rostro al suyo, sin traspasar una línea imaginaria que se había marcado. Si ella franqueaba los centímetros restantes, entonces se inclinaría aún más y colmaría sus labios.

Presa de pánico, anhelante de aquel primer beso, se sintió devastada por el excitante vértigo que ocupaba su cuerpo con espasmos y cosquilleos. Lo deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo. ¡No debía! Tenía pareja y además Mr. Gardiner era su jefe. Un amor que le partiría el corazón, de permitirse besarlo. Estaba convencida de lo siguiente: de sucumbir al roce de sus labios una sola vez, su influjo la atraparía, enamorándola perdidamente hasta el punto de trastornarla. ¿Qué sería de ella? Una sombra clonada de Leslie. Sus ideologías basadas en la lealtad se impusieron, insurgentes a su corazón. Consiguió zafarse en el último momento, apartándose hacia un rincón, dándole la espalda. Aún le quemaba la traza de la mano de Dorian sobre su nuca y parte del rostro. Tomó aliento, restableciéndose afanosamente su pulso.

—Lo siento, empiezo a tener hambre y sueño. —Sacudió la cabeza—. Creo que me sentaré un rato. —Dobló las rodillas deslizándose su espalda por la pared del ascensor. Ocultó su rostro entre sus manos, en pos de recobrar cierta normalidad. Mientras tanto, cuando ella no le veía, Dorian entornó los ojos y suspiró en silencio, maldiciéndose porque sus gestos la habían asustado.

Aparcó su feble resentimiento entretanto retiraba su abrigo. Se sentó junto a ella, envolviendo luego a los dos con la cálida prenda.

—Ven, acércate a mí. Puedes descansar sobre mi pecho si lo deseas. Nos quedaremos aquí tranquilos hasta que venga alguien.

Se lo permitió y, obediente, apoyó la cabeza sobre él. Minutos después se adormiló. La penumbra ayudaba a infundir ese estado de sueño. Siendo sincera, prefería fingir que dormía; evitar repetir cualquier comportamiento poco apropiado.

La estrechó contra su corazón, meciéndola con sus respiraciones. Con una mano, le acarició el cabello y, con la otra, el brazo que, con cuidado, ella había acomodado sobre su firme torso.

## Capítulo 24

El reloj de su móvil marcaba las once pasadas cuando por fin se restableció la corriente. No obstante, el ascensor permaneció en aquel estado media hora más, hasta que el técnico arregló el dispositivo que frenaba el aparato. Cloé, aún dormida, no había tomado conciencia de cuanto había sucedido. Dorian la despertó con dulces caricias en el rostro, aunque antes, y furtivamente, se otorgó el divino placer de regalarle secretos besos en la frente.

—¡Cloé! Eh..., Cloé, despierta —usó un tono suave y acaramelado.

—¿Ya han venido? —Incorporó su torso de sopetón.

—Sí, están a punto de sacarnos. —Pasó un mechón de pelo tras su oreja.

—¿No habré babeado, verdad? —Limpió su boca con rapidez.

—¿Babear? Qué encanto. —Rio campante y se puso en pie recogiendo su abrigo. Acto seguido le tendió la mano para ayudarla. La luz había vuelto a las lámparas del techo media hora antes, por lo que había podido apreciar mejor el rostro de su pasante mientras descansaba—. ¡Guau! Me duele un poco la espalda. —Se estiró con varias torsiones.

—Mmm, creo que a mí me molesta un poquito la garganta. —Tosió aclarándose la voz. Mediante unos aleteos de pestañas, fue recuperando su visión, un tanto borrosa.

—Espero que no hayas cogido un resfriado.

—No. Supongo que se me pasará con una infusión —puntualizó Cloé.

—¿Qué te parece si comemos algo? Me muero de hambre.

—Me parece estupendo. También tengo hambre.

—¿Hola? —llamó Mr. Evans—. El técnico está a punto de arreglar el problema. Me ha dicho que en menos de dos minutos ya podréis salir. Llamará al ascensor desde abajo. Me despido de vosotros hasta mañana. Nos veremos en el juicio. ¡Adiós!

—Hasta mañana, Mr. Evans —despidió Cloé—. ¡Gracias por todo!

—Si por mí fuera os habría sacado enseguida.

—Gracias, nos vemos mañana —repuso Mr. Gardiner.

Tal y como había anunciado Mr. Evans, el ascensor arrancó unos pocos minutos después. ¡Al fin eran libres!

En cuanto Cloé encontró la gélida brisa del canal de la Mancha, se apresuró en llamar a su madre.

—¡Mamá! Perdona que no te haya llamado antes. Mr. Gardiner y yo nos hemos quedado atascados en un ascensor. Ahora iremos a cenar. Nos quedarán además unas tres horas para

regresar a Londres.

—¡Hija! Te noto sulfurada, como si tuvieras culpa de algo. Ya eres mayorcita para volver a la hora que quieras. Además, cuando estás con Dorian no me preocupo tanto por ti —afirmó encantada.

—¡Mamá! —le reprochó. Nunca decía tales cosas cuando salía con Charles—. Bueno, sólo quería avisarte. No me esperes despierta. ¡Un beso!

—Un beso para ti y para Dorian. —Colgó, lo cual chocó a Cloé. Arqueó una ceja, meditabunda.

—Un beso de parte de mi madre. Mmm..., se me hace raro. —Barrió el suelo con la mirada.

—¿Mandarme un beso cuando eres incapaz de tutearme?

—¡Exacto! —exclamó la joven presumiendo que Dorian Gardiner podía leerle la mente.

Cuando menos satisfecho de su pronóstico, buscó restaurantes cerca de su ubicación en su móvil. Ocultó su crecida jactancia, la cual fue disminuyendo al comprobar que ningún restaurante permanecía abierto pasadas las once de la noche.

—Cloé, tenemos un pequeño aunque no insubsanable inconveniente. Como entenderás, nos hallamos lejos de la gran ciudad y de nuestro pepino <sup>1</sup>. No encuentro ningún restaurante abierto, y se me ocurre una idea que, posiblemente, te desagrade.

—¿Cuál es? —preguntó con cierta inflexión de cobardía. «¿Qué me espera ahora?»

—Atiende un segundo. Tengo hambre, me duelen unos huesos cuya existencia ni conocía, necesito una ducha caliente y descansar. ¿Te parece bien si nos alojamos en un hotel por unas horas?

«Por tu seguridad, Cloé, prefiero evitar cualquier accidente debido a mi cansancio. Tengo el cuerpo molido y engarrotado del frío», se guardó.

El corazón de la joven dio un vuelco tremendo. ¿Cómo iban a compartir la habitación de un hotel? ¡Eso sí que no! Se dirigía a negarse en rotundo cuando Mr. Gardiner añadió:

—En habitaciones separadas, ¡por supuesto! —Su frase anterior le había impactado tanto como a ella.

—¿Estima que en un hotel nos servirán de cenar?

—Mi querido Watson, con dinero se llega hasta lugares insospechados. —Estiró la comisura del labio y le abrió la puerta del coche—. Bien, creo que éste nos podría servir. —Mostró la pantalla de su teléfono minutos más tarde.

Tras una afirmación poco terminante y convincente de Cloé, se dirigieron al Hastings House mientras reservaban habitaciones a través del *manos libres*. Por fortuna, les quedaban tres habitaciones, de las cuales dos poseían vistas al mar y amplios espacios. Sin meditarlo siquiera, Mr. Gardiner eligió las de mayor precio.

—A mí me basta con un espacio pequeñito. Debió aceptar la *suite* para usted y la habitación sin vistas para mí.

—¡Sandeces! Sólo faltaba hospedarte en un cuartocho.

—Dudo que la tercera opción lo fuera. Hablamos de un hotel de cinco estrellas, Mr. Gardiner.  
—Parecía molesta. No le agradaba que Dorian la tratara como a una princesa de cristal. Le recordaba a su padre con sus ideas de grandeza.

—Vamos a ver, Cloé, tienes derecho a enfadarte conmigo por muchas razones —admitió con conocimiento de causa—, pero no por tratarte como te mereces. —Entrecerró sus ojos, de un verde tan brillante como el mar a la luz del sol.

—Debo mandarle un mensaje a Charles. Ha intentado contactarme varias veces —cambió de tema dejando clara su postura.

—Por supuesto. —Detectó un ápice de ironía en su tono.

De Cloé — Enviado a las 23:26 h

¡Hola! Perdona que no te haya cogido las llamadas. Estaba ocupada por trabajo y no tenía cobertura. ¿Cómo te encuentras? ¿La pierna está mejor? Mañana iré a verte. Un beso. ¡Buenas noches!

Aparcaron ante una gran superficie de inmuebles adosados, de fachada blanca nívea, compuesta de piso bajo y de tres pisos altos. Subieron ocho escalones a través de una entrada estrecha hasta el vestíbulo. Se registraron bajo el nombre que Mr. Gardiner había facilitado por vía telefónica y subieron a sus habitaciones, separadas por una puerta contigua. Desde luego, el estilo del lugar reflejaba los gustos modernos del abogado.

—¿Nos vemos en media hora para tomar un bocado? Primero necesito una ducha que me reanime.

—¿No prefiere descansar? —aligeró Cloé con evasivas en lugar de negarse.

—Media hora entonces —zanjó sin responder la pregunta. Acto seguido, se internó en su habitación, se desvistió de su abrigo, su traje..., y se duchó.

Cloé hizo exactamente lo mismo. Sin embargo, en lugar de una ducha, optó por llenar la bañera de estilo exenta y sumergirse en un baño espumoso de quince minutos. Trabó su melena con una coleta alta, evitando mojarse el cabello. Poco después retocó su maquillaje con los utensilios que atesoraba su neceser.

Transcurridos los treinta minutos, Mr. Gardiner tocó con los nudillos a la puerta lindante.

—¿Estás lista? —preguntó impaciente y nervioso, aunque sin la menor demostración.

—¡Lista! —Abrió la puerta, el aspecto reluciente.

—Si me permite su brazo, la acompañaré a su mesa —ofreció cual dandi—. En el menú de esta noche le proponemos patata asada, guisantes, cereales con frutos rojos, piezas de frutas, *chips* y frutos secos del minibar, así como chocolates de semejante procedencia —explicó mientras la conducía hacia una de las sillas, en una zona de su dormitorio adecuada como salita.

—¡Vaya! Es más de lo que esperaba. —Repasando los manjares, reparó en un detalle—. ¿Por qué no se ha pedido un sándwich de jamón y queso? —Mr. Gardiner nunca pedía carne o pescado en su presencia. ¿Se unía a su causa o intentaba no disgustarla? Poco acostumbrada estaba a esas

meduras. Charles, pese a ser su pareja, jamás se interesaba por su alimentación salvo cuando la recriminaba. Nunca se molestaba en amoldarse a sus preferencias.

—Desde que me abriste los ojos con el tema del veganismo, he investigado por mi cuenta. Tenías razón, los huevos, la leche, los conservantes y todas las sustancias nocivas que añaden a muchos alimentos son perjudiciales para el cuerpo humano, así que he rebajado las tomas de componentes animales en mi dieta. Como más saludable, y te lo agradezco, me siento más sano desde entonces. Sigo tu consejo de consumir carne o pescado sólo dos veces por semana. Además, mando a mi asistente a comprar en comercios justos y bío. —Sonrió al percibir el brillo de embeleso en los ojos de la joven.

—No sé qué decir. —Dibujó una sonrisa pletórica, aunque su propósito nunca fue el de convencerle, sino ponerle en antecedentes.

—¿Hace falta decir algo? Toma asiento y disfruta, es lo único que te pido. —Guiñó un ojo apartándole la silla de la pequeña mesa redonda yuxtapuesta entre los dos sillones.

Creando un ambiente un tanto íntimo, Dorian se las había ingeniado para prender una vela, dispuesta sobre el mantel de tono crudo. Había bajado el sonido de la televisión, detenida en el canal de la radio. Resonaban tenuemente unas melódicas canciones clásicas. Las cortinas abiertas ofrecían vistas al balcón, y éste, a su vez, al mar.

—¿Una copa de champán? —Rellenó dos flautas sin esperar respuesta.

—¿Pretende emborracharme? —Aferró el cuerpo de la copa manteniendo el pie bajo el meñique.

—¿Desea que la emborrache, Miss Nicholls? —Una ceja dominó la otra, la inflexión, arrebatadora.

—¡No! —prorrumpió, ruborizada, llevando una mano a su cuello.

—Descansaremos mejor. El alcohol lo cura todo, o eso dicen. Así que, a falta de una infusión, asumo que te sentará bien. ¿Quieres quedarte a ver una peli? Podríamos ver la tele..., asaltar lo que queda en el minibar..., mantas calentitas..., echados en la cama... —proponía sin deseos ocultos antes de ser interrumpido.

—Estimo que debería descansar —sugirió levantándose—. Gracias por la cena. —Caminó hacia la puerta abierta que lindaba con su dormitorio.

—Sí, es tarde. —Ojeó el reloj sobre una pared; las doce y cincuenta—. ¿Qué te parece si nos levantamos a las cinco? Empezaremos el viaje de regreso y te dejo en tu casa. Dispondremos de una hora para desayunar, cambiarnos de ropa y volver al despacho.

—¡Perfecto! —Tosió llevándose una mano a la garganta. Se acarició intentando aliviarse.

—Buenas noches. —Avanzó hacia ella y estampó un beso sobre su mejilla. El cuerpo de Cloé se tensó. El gesto le resultó tan inesperado como arrollador.

—Buenas noches —susurró cobijándose en su cuarto. Cerró la puerta a su paso con premura. Una vez dentro, colocó su espalda contra la madera de tinte blanco y la punta de sus dedos contra sus mejillas. ¿Acaso trataba de retener la huella de los labios de Dorian?

Renqueante, Dorian destinó su mano derecha hacia el marco de la puerta. Titubeó unos instantes antes de llamar, pero sus dedos nunca llegaron a alcanzar la superficie. Ambos a la vez, se sentaron detrás de la puerta, esperando que el otro diera el primer paso. Cloé pegó la oreja, afinando el oído, intentando escuchar si Mr. Gardiner se había acostado. Lo mismo consideró Dorian, la mejilla oprimiendo los centímetros que los separaban. Cerró los párpados e hinchó sus pulmones, embargado de nostalgia. Reposó la palma de la mano abierta sobre la parte baja de la puerta, en el preciso lugar donde Cloé reposaba la suya.

«¿Duermes?», quiso saber el abogado, prendado por su pasante.

«Estoy aquí.»

«No ceso de pensar en ti.»

«¿Por qué debías ser tú?»

«Nunca he sentido esto por nadie.»

«Imaginaba que estas pasiones sólo existían en las páginas de mis libros.»

«¡Cloé!»

«¡Dorian! ¡Dorian! ¡Mi querido Dorian!», gimió, devastada, mordiéndose el labio.

«Ignoro muchas cosas acerca de los sentimientos, pero lo que siento por ti... Mi Cloé.»

«Buenas noches, mi utopía», deseó secretamente tras la puerta.

«Que descanses, mi querido tormento», le dedicó él percibiendo su edén a escasos milímetros.

## Capítulo 25

En cuanto alcanzó la cocina del apartamento descubrió la figura de su madre; la esperaba con un té caliente. Procuró espolearse, si bien su garganta la martirizaba, así como su cabeza, sin mencionar su malestar general. Apenas había pegado ojo en el hotel.

—¿A ver? —Su madre acomodó una mano sobre su frente—. ¡Estás ardiendo, hija! ¡Pero bueno! ¿Has dormido a la intemperie?

—Pasé frío en el maldito ascensor, aunque... —moderó la aclaración. ¿Cómo revelar que Mr. Gardiner le había proporcionado un calor constante y que tal acción había producido un beso fallido? En esta ocasión, nada podía achacar a una enajenación mental transitoria, sabía muy bien cuánto anhelaba y deseaba. Al evocar aquellos sentimientos, un cosquilleo recorrió su vientre; la embargaba de culpa pensar en Charles. Fue incrementándose y exagerándose hasta precisar apremiarse para llegar al cuarto de baño.

—¿Has vomitado? ¡Ni se te ocurra ir a trabajar! Dorian lo entenderá —aconsejó Margaret.

—Deja de llamarlo por su nombre. Es Mr. Gardiner, mi jefe, no un amigo —reprochó, la mano revistiendo su estómago.

Con el semblante plañidero, se entregó a los brazos de sus sábanas, que la reclamaban, sin ir antes a oler su ramo de rosas como acostumbraba los últimos días cuando se acostaba o se levantaba.

De Cloé — Enviado a las 09:20 h  
Mr. Gardiner, estoy enferma. Lo siento, no podré ir esta mañana.  
Espero acudir al juicio de Mr. Walsh esta tarde.

De Dorian — Recibido a las 09:21 h  
¿Qué ocurre? ¿Por qué no lo has admitido cuando te he preguntado esta mañana? ¡Te habría acompañado al médico en lugar de escuchar tus evasivas! ¿Puedo hacer algo? Me sabe fatal. Es culpa mía por haberte llevado a Hastings. Si no nos hubiéramos quedado atrapados en el ascensor, no habrías enfermado. Lo siento mucho, Cloé.

La muchacha se había guardado de revelarle a Mr. Gardiner lo enferma que se hallaba. Había insinuado que estaba cansada, solamente, y que por ello prefería dar cabezaditas en el coche en lugar de conversar; la garganta se lo impedía en realidad, así como la presión en el pecho.

De Cloé — Enviado a las 09:21 h  
¿Cómo puede echarse la culpa de un corte de electricidad?

Reposaré unas horas. Esta tarde le veo.

De Dorian — Recibido a las 09:22 h

Por favor, si necesitas cualquier cosa, no dudes en hacérmelo saber.

¿De acuerdo?

Sus párpados se cerraron antes de contestar. La fiebre había alcanzado su cabeza, manifestándose con mareantes volteos. No volvió a abrirlos hasta las cuatro de la tarde. Su madre, pálida cual fantasma, montaba guardia en una silla a su lado.

—¿Mamá? Las gaviotas se alejan. Es un mal presagio. Debo encontrarle. Está en peligro. Nunca regresará si se aleja de la orilla —farfulló en un sinsentido.

—Cariño, te está subiendo la fiebre. Debería llevarte al médico —se inquietó.

—Nada de médicos. No me gustan —rehusó, aterrada por las agujas, los puntos, la sangre y las batas blancas en general.

—Esperaremos una hora más, si no te baja iremos. ¿Vale? —preguntó con una aseveración.

—Vale, pero dile a Dorian que aguante, que no se rinda. Lo esperaré. —Apenas alcanzaba a separar los párpados. Una fuerte tormenta se alzaba ante sus ojos.

En torno a las seis, Margaret contestó al interfono. Aguardó pacientemente en el marco de la puerta. Un hombre vestido de traje oscuro, con clase, se adentró en el vestíbulo y, acto seguido, en el cuarto de la enferma, inconsciente.

—¡Cloé! —emitió un gemido desgarrado, el rostro desencajado. Casi en volandas encontró su lado. Envolvió la febril mano en la suya, mientras con la otra le palpaba la frente—. Hay que llevarla al hospital —jadeó suplicante.

—Odia los hospitales. No debí hacerle caso —se reprochó Margaret.

—Entonces llamemos al médico. Me hago cargo —urgió Dorian Gardiner sacando el móvil de un bolsillo interno de su abrigo.

Media hora más tarde, Ethans abrió la puerta de entrada. Un doctor de consulta privada ingresaba en la habitación, contemplando cómo Margaret acariciaba el cabello de su hija, desvariando, y a Dorian Gardiner, a quien conocía desde la infancia, sentado sobre una silla a la vera de la enferma, de aspecto feble, desvaído y vulnerable. Dicho aspecto enternecía más, si cabía, al abogado.

—Dorian, ¿cómo estás? —saludó con un apretón de manos el médico.

—Inquieto, si le soy sincero. Temo por la salud de mi... —pensó la expresión correcta. Evitando levantar sospechas, declaró el primer término que se le pasó por la cabeza—: Amiga. Mi amiga —repitió aclarándose la voz—. Ésta es Margaret, su madre.

—Sí, lo imaginé por el parecido. Encantado, señora. —Sumamente educado y apuesto, el hombre, de unos cincuenta años de edad, también le ofreció un apretón de manos—. Ahora, si me disculpa, necesito un poco de espacio. —Abrió su maletín y sacó un estetoscopio para oír la respiración y los bronquios, un otoscopio para comprobar el canal auditivo, un tensiómetro para

el pulso y la tensión, así como un termómetro digital—. ¿Tienen bañera? —cuestionó, el estetoscopio en los oídos, la mirada fija en Margaret.

—Sí. —La pregunta le disparó el corazón, abismándola en un mundo de pánico, al igual que a Dorian.

—Entonces convendría preparar un baño de agua tibia. Por favor, no la enfríe demasiado, de lo contrario, el cuerpo no expulsará la fiebre.

—Ahora mismo. —Margaret corrió al cuarto de baño, bajo la asustada mirada de Ethans, mudo por primera vez en su vida.

—Debemos meterla en el agua. Dudo que pueda caminar hasta...

Ninguna explicación le hizo falta a Dorian. Antes de que el buen doctor terminara su alegato, el musculoso enamorado introducía los brazos debajo del cuerpo de la enferma, quien musitaba unas frases incomprensibles. Únicamente descifró unas palabras: mar, gaviotas, frío, lluvia, olas.

—Te vas a poner buena, Cloé. Te lo prometo —susurró contra su mejilla mientras la llevaba en brazos hacia la bañera. La sumergió con el pijama, mojándose las mangas de la camisa y la punta de la corbata.

—¡Dorian, tu reloj! —previno Ethans con retraso. La muñeca del hombre quedaba anegada bajo la espalda de Cloé.

—Poco importa ahora.

—Volveremos a tomarle la temperatura en diez minutos —expuso el médico.

Los minutos se sucedieron como si fueran unos exasperantes días. El tiempo se dilataba, triplicándose los segundos, anómalos para los presentes, que suspiraban de angustia e impaciencia y ojeaban las manillas del reloj al unísono.

—Ha bajado a 39 grados. Es un avance. Ahora, en cuanto la sequen y la cambien de ropa, la meteremos en la cama y no se la deberá cubrir. ¿Entendido? Aunque se queje de escalofríos. Significará que su cuerpo combate la enfermedad. Conjuntamente, le prescribiré unos medicamentos que la ayudarán.

El doctor y el abogado se ausentaron mientras Margaret e Ethans se encargaban de seguir los primeros pasos a rajatabla: cambiarla de ropa. Dorian la trasladó al cuarto, devolviéndola a las sábanas que Margaret acababa de cambiar, pues las anteriores estaban empapadas en sudor. Administrada la medicación, el doctor planteó:

—Es imperativo que descanse toda la noche. Si vuelve a tener unas décimas, ¡llámenme! Regresaré mañana a primera hora.

Margaret le acompañó hasta la salida sin cesar de agradecer sus consejos y su maravillosa praxis. Entretanto, otro hombre subía al apartamento. Irrumpió en el rellano ayudado de unas muletas. Se detuvo en el umbral el tiempo justo para preguntar dónde se encontraba Cloé, cumpliendo con la obligación social, y recorrió los metros que faltaban para acceder al cuarto de su novia.

—¿Dorian Gardiner? ¿Cómo tú por aquí? No imaginaba que cuidabas así de tus pasantes —

reprochó usando una velada diplomacia.

El ambiente se envolvió de hostilidad. Una sensación de tirantez mutua se materializó, por lo que se podía cortar el aire con un cuchillo.

—Si tenemos en cuenta que esta pasante en particular es la más valiosa que haya contratado jamás —dijo fusilando a su oponente con la mirada cargada de achares y menosprecio—, entonces te doy la razón.

Cloé era la causante de esa relación insalubre sin haber pretendido impulsarla.

—Como entenderás, agradecemos tu preocupación, pero la familia y yo mismo, su novio —subrayó—, nos encargaremos de su salud. —Señaló la salida de la habitación con la contera de una muleta.

«Será ca... Como si le importara lo más mínimo su salud», calumnió Dorian, irritado.

—Margaret, me marchó, pero regresaré mañana si no te importa —pidió.

—Mil gracias por venir, Dorian, y por llamar al médico. Eres un ángel. —Sonrió desganada a causa del estado de su hija, pero agradecida por el interés y esmero del joven—. Puedes regresar cuando quieras, ya lo sabes. —Lo escoltó hasta la puerta.

—Entonces, ¿estás segura de que no te importa si vuelvo mañana? —solicitó, los ojos brillantes.

—¿Justamente tú, querido Dorian?! Ésta es tu casa. —Le abrazó, la voz temblorosa.

—¿Se ha ido Dorian? —preguntó un molesto Ethans acusando a Charles. Cuanto más se relacionaba con él, menos le agradaba. Había llegado a cogerle tirria incluso.

En la habitación de Cloé, el ayudante del fiscal se aproximó a un suntuoso ramo de rosas blancas. Aferró una tarjeta, plegada en dos mitades iguales, y leyó las palabras que le originaron un estado colérico de celos:

Soy un estúpido. ¿Podrás perdonarme?

En un arrebato incomprensible, dada su forma de ser, retorció los tallos por la mitad, echando a perder la composición del regalo de Dorian. La pierna cojeando, el ramo partido en dos en una mano, caminó hasta la cocina y tiró las flores.

—¿Pero qué te propones? —gritó Ethans, anonadado al visualizar la horrible conducta de Charles.

—Tirar este ramo. Las flores se estaban marchitando y..., y... —buscó una excusa—. Y no me gustaría que Cloé padeciera alergias respiratorias.

—¿Alergias? ¿Desde cuándo Cloé es alérgica a las flores o los perfumes? Pero claro, qué sabrás tú si nunca le regalas flores, ¿no? —Su tono de enfado le delataba. ¡Cómo despreciaba a ese hombre! Se devanaba los sesos averiguando la razón que influenciaba a su prima a conservar una relación con tal individuo. Quizás la semejanza con el padre de ella; una forma de subsanar sus carencias de la adolescencia. «Sólo un loquero la entendería», reflexionó, la mandíbula

oprimida, los ojos entreabiertos—. No te pertenecía a ti, precisamente, decidir el destino de este ramo. Me parece un gesto execrable, Charles.

—He obrado con buena intención. —Arrugó la frente abriendo mucho los ojos y, afirmando con la cabeza, enfatizó su postura.

—¿Encima intentas vacilarme? —Hasta entonces nunca se había atrevido a enfrentarse a él. De pronto se hallaba en medio de una pequeña trifulca.

—Mira, será mejor que vuelva con Cloé.

—Yo opino lo contrario, será mejor que vuelvas a tu casita y la dejes descansar. ¡Buenas noches, Charles! —Apuntó la salida con una mano y se retiró a su dormitorio sin más dilación.

El sábado amaneció fresco y sin rosas. A las nueve en punto, Dorian Gardiner pulsaba el timbre del patio. Fue recibido minutos más tarde por Margaret, el rostro exhausto.

—Buenos días, Margaret. ¿Cómo se encuentra Cloé?

—Parece que un poquito mejor. Ha pasado mala noche.

—Todos, por lo que veo —dedujo por el demacrado semblante—. ¿Qué te parece si me encargo yo un rato, así puedes desayunar, ducharte, dormir..., cuanto necesites hacer. —Sonrió con empatía—. ¡Ah, por cierto, os he traído esto! Es de una pastelería vegana. —Ofreció una caja repleta de cruasanes y pastelitos, junto con una bandeja de cafés y zumos.

—¡Dorian! Muy considerado por tu parte. Muchas gracias —aceptó la pelirroja complacida; pocas fuerzas albergaba para preparar algo en la cocina.

Sus ojos recorrieron el dormitorio a la luz del día, deteniéndose sobre las paredes pintadas de un verde menta, excepto la del cabecero de la cama, empapelada de un motivo primaveral con flores, sobre las cortinas de color lavanda y subtono rosa palo, y sobre el escritorio; faltaban las rosas. Tomó asiento sobre la silla con ruedas del escritorio tras colgar su gabardina de tono *camel* en el perchero de la puerta, donde Cloé lo había colocado semanas antes. Al ser fin de semana, Dorian vestía más *casual* de lo habitual; pantalón tejano deshilachado en la zona de las rodillas y suéter fino blanco con cuello en V.

El argénteo gris de los ojos de Cloé apareció entre sus pestañas. Mr. Gardiner se situaba ante ella, cual aparición divina. Restregó sus párpados suponiendo que se trataba de una visión.

—¡Buenos días, princesa! —Se arrodilló con mansedumbre junto al borde de la cama, acogiendo la mano de Cloé en la suya—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué hace aquí? —preguntó, incrédula, la voz ronca y la boca muy seca. Amagó tragar, sin conseguir apenas saliva. Se humedeció los labios con la lengua.

—¿Quieres agua? Te he traído zumo de naranja en caso de que te apetezca más tarde.

—Agua, por favor. ¿Qué hora es? ¿Por qué va vestido así? ¿Y el juicio? —Trató de incorporarse.

—¡Espera! ¿Dónde crees que vas? Primero el agua. —Dirigió las manos a la mesita adjunta a

la cama y le sirvió un vaso—. Toma —ofreció ayudándola—. Segundo, son las nueve. El médico no debería entretenerse mucho más. Tercero, hoy es sábado, por lo que me permito una vestimenta menos formal. Y cuarto, parte del juicio se celebró ayer, luego te contaré.

—¿Sábado? ¿Cómo es posible? Recuerdo que me tumbé por la mañana y..., y hasta ahora, nada.

Con paciencia y beatitud, le explicó que había sufrido una grave fiebre y requerido los servicios de un doctor, el cual la visitaría en breve. No anduvo muy errado, ya que diez minutos después auscultaba a la joven.

—Lo peor ha pasado. No obstante, tendrán que vigilarla —habló para todos; Margaret, Ethans, Dorian y la mismísima Cloé—. Le recomiendo encarecidamente que guarde cama unos días y que siga tomándose la medicación una semana. Si siente decaimiento no dude en contactarme.

Salvo en algún que otro momento, Dorian no se separó de Cloé. Leyó uno de sus libros favoritos en voz alta de modo que ella pudiera escucharlo. Le relató parte de su infancia. Le trajo más de lo que pudiera necesitar; agua, zumo, sopa, en resumidas cuentas, una dieta a base de líquidos. Incluso cuando Cloé se adormilaba, él permanecía ahí, incansable. Al atardecer, unas décimas de temperatura reaparecieron, por lo que solicitó un recipiente con agua y paños. Margaret apenas creía cuanto veían sus ojos. Ese hombre, desconocido hasta dos meses atrás, trataba a su hija con un cariño y una devoción que devastaba el alma. Se encargaba de Cloé mejor que ella misma, cosa increíble de por sí. Un paño húmedo tras otro, él los colocó sobre la frente y el cuello de la paciente, hasta que esta consiguió cerrar los ojos.

—Dorian, te relevo un rato. Te he preparado mantas y una almohada en el sofá. Descansa un poco, anda. —La mujer frotó el hombro del abogado, fatigado. Parpadeó repetidamente y ojeó la hora; las tres y veinte de la madrugada.

—No hace falta, Margaret —objetó—. No dormiste la noche pasada, hoy te cubro yo.

—¿Estás seguro, Dorian? Estarás cansado tú también. No te has movido de aquí en todo el día.

—¡Seguro! Acuéstate tranquila —susurró evitando despertar a Cloé.

Instantes después, Margaret le ofreció un café cuyo humo ondeaba de aquí para allá y aromatizaba el cuarto. Saboreó unos sorbos, luego otros, y unos pocos más hasta que se enfrió. Con las piernas entumecidas, se levantó. Caminó hacia la ventana y apartó las cortinas hacia un lateral. Contempló unos diamantes centelleantes en el firmamento. Un fino hilo de voz apenas perceptible lo desvió de sus cavilaciones.

—Te quiero, Dorian.

## Capítulo 26

Al principio conjeturó que se trataba de una disociación de la realidad generada por la falta de reposo. Miró a Cloé. Dormía. Nada había podido salir de sus labios. Finalmente asumió que la declaración de amor de su pasante se atribuía a un sueño, un insospechado y maravilloso sueño. Ponderó que se había quedado dormido sobre la silla, aunque la sensación de hormigueo había aparecido en cuanto creyó oír las palabras mágicas. De darle mayor importancia, se obcecaría, así que decidió atesorar ese falso recuerdo en un lugar privilegiado de su memoria. En una nube se durmió.

—Hola —dijo Cloé desconociendo la hora, el día o la meteorología; ¿transcurría la mañana o la tarde? ¿Llovía o el cielo sólo estaba encapotado? ¿Qué día era?

—Buenos días. —Dorian se frotó el rostro con sus manos para desadormecerse.

—¿Es sábado?

—Domingo.

—¿Por la tarde? ¿Cuánto llevo así?

—Por la mañana. ¿Qué te duele?

—La garganta, un poco. —Contempló su alrededor entretanto esbozaba un ligero bostezo. Se tapó la boca con una mano. Mr. Wilde se había enroscado, hecho una bola, a sus pies—. ¿Dónde está el ramo que me regaló? —preguntó, más lúcida.

—Ni idea. —Oteó la superficie blanca del escritorio vacío—. ¿Necesitas algo?

—Agua. Tengo sed. —Palpó sus labios agrietados y adoloridos a causa de la sequedad. Dorian le ofreció un vaso—. ¿Dónde está mi madre?

—Voy a ver si se ha levantado. ¿Te traigo un zumo? —Le sonrió con un brillo inescrutable en la mirada, cuyo verde parecía más claro ese día.

Mr. Gardiner volvió al cuarto precedido de la pequeña figura de Margaret. Ambos entraron con una taza de café en la mano. Dorian también había traído un zumo destinado a Cloé.

—¡Cariño mío! ¿Cómo estás?

—Bien, mamá —se sorprendió por las manifestaciones de preocupación.

—Margaret, como veo que Cloé está mucho mejor esta mañana...

—Sí, se aprecia color en su tez. —Se mordió el labio inferior reteniendo una risa alegre.

—Me marchó a casa. Me ducho, me cambio, resuelvo un par de gestiones y vuelvo. ¿Te parece bien?

—¿No prefieres descansar un rato, Dorian? No me malinterpretes. Con esto no pretendo decir

que no me agrada tenerte aquí, sólo que me sabe mal. Tendrás obligaciones y...

—No te preocupes por eso, Margaret. Este fin de semana estoy a tu entera disposición. ¿Te importa entonces si regreso en unas horas?

—¡Para nada! Todo lo contrario. Te estoy muy agradecida.

—Bien, entonces, hasta ahora. Quédate aquí con Cloé, ya sé dónde está la salida. —Descolgó su abrigo y, con la naturalidad de un río que fluye, se inclinó sobre Cloé besándole la frente. Luego besó la mejilla de Margaret. Camino de la puerta se despidió de Ethans, que estaba preparándose un bol de cereales en la cocina.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué hacía aquí Mr. Gardiner? ¿Y por qué todos tenéis aspecto de no haber pegado ojo? ¿Me estaba muriendo o qué? —preguntó burlona.

—Has estado muy enferma, cielo. ¿Recuerdas que Dorian vino ayer? No se ha separado de tu lado desde entonces. Ha pasado la noche aquí, velándote. Ese hombre es... —se emocionó anegándose sus ojos de lágrimas.

—No recuerdo nada. Fragmentos de sueños, tal vez. ¿Era real?

—¿Qué susto nos has dado a todos, hija! —sollozó abrazándola con consuelo e ímpetu.

—¿Ha estado aquí toda la noche? ¿Oye, dónde están mis flores?

—Oh, será mejor que se lo preguntes a tu primo. —Enjugó las muestras de inconmensurable amor y tormento que perlaban sus mejillas—. Te propongo que vayamos a darte un baño, luego desayunas mientras te cambio las sábanas. ¿De acuerdo?

Repitiendo el procedimiento del día anterior, Dorian regresó con pastas, té, cafés, zumos y un caldo de verduras. Más tarde continuó con la lectura, retomándola en la página donde se había detenido. Cuando se cansaron condujo a Cloé en brazos, sin pedir permiso, hasta uno de los sofás de matices étnicos del salón.

—Puedo andar —jadeó entre los brazos del apuesto joven. La inesperada actuación le suscitaba un estado de nerviosismo.

—No quiero que te canses sin necesidad. ¿Algún problema? —cuestionó, la mirada severa. Aun así, con la comisura estirada, dibujó una media sonrisa triunfal. Encontró a Margaret en un sillón de lectura, adyacente al comedor—. ¿Qué opinas si sacamos a tu hija de la cama un rato?

—Creo que le podría venir bien. Favorecerá sus defensas —ratificó.

—¡Hola! Estoy aquí. Puedo opinar yo misma, ¿sabéis?

—Eres la paciente, así que calla —se divertía Dorian.

—Le encanta tener el control, ¿verdad? —Rodeó el cuello de Mr. Gardiner entre los brazos; hasta ese instante pendían en el vacío.

Entretanto él acomodaba a Cloé en el sofá, Margaret le preguntó si se quedaba a comer. Dándolo por hecho, le explicó que planeaba preparar una deliciosa lasaña de berenjenas.

—¡Yo sí quiero! —pidió Cloé.

—Para ti sólo sopa y líquidos. En todo caso, puedo cocinarte arroz blanco. ¡Y no rechistes! —vaticinó la reacción de su hija.

Acaeciendo la tarde, un polvo de color terracota salpicaba las colinas y montañas rocosas de las tierras de Australia, cuya película protagonizaban Nicole Kidman y Hugh Jackman. Cloé reposaba, las piernas estiradas. Dorian, quien paulatinamente había cerrado los párpados, se había entregado al calor que manaba de Cloé, quien dormía, la cabeza apoyada en su hombro. Inertemente, sus cuerpos se habían atraído hasta encontrarse en una unión soporífera. Salvo Ethans, nadie escuchó el timbre del interfono cuando retumbó en la vivienda. Consciente de sus actos, en un intento mezquino de echar a Charles de la vida de su prima, permitió el paso de la visita sin avisarla a ella o a Dorian, que representaban la imagen de una pareja en una postura totalmente natural un domingo por la tarde.

—¿Qué demonios es esto? —gritó con tal firmeza que logró despertar a todos. Margaret salió corriendo de su estudio, el rostro purpúreo, angustiada por si algo terrible le había ocurrido a su hija. Al contemplar la escena y la maquiavélica sonrisa de Ethans, de mirada falaz, discernió su propósito y le sentenció con faz de desaprobación—. ¿Cloé qué hace él aquí? ¿Qué significa? ¿Ahora dormís juntos en el sofá? ¡Es increíble! —Tiró el ramo de flores que portaba consigo sobre el mueble de la entrada. Se marchó echando rayos por los ojos. Cloé se alzó demasiado rápido, por lo que se mareó. Auxiliada por Dorian, logró mantenerse en pie y, apoyándose en las paredes, salió apresurada tras su novio.

—¡Charles, espera, por favor! —De no ser por las muletas, nunca habría llegado a tiempo para atraparlo y detenerlo antes de internarse en el ascensor.

—Dime una cosa, Cloé. ¿Estás jugando a dos bandas?

—¡No! —voceó rompiéndose la voz, pues todavía le dolían las amígdalas.

—¿Tú me quieres? —Golpeó el suelo con las muletas.

—Sí, claro. Llevamos siete meses juntos. Antes de que preguntes nada más, te soy fiel. —Llevó una mano a su frente, empezaba a arderle la cabeza.

—Entonces, si eres mi novia, ¿a qué juegas con él? —voceó sin considerar el estado de Cloé.

—¡Charles! —prorrumpió Margaret con encrespados ademanes. Avanzó por el corredor de la escalera—. Estimo que no es momento para trifulcas ni reproches. Me figuro que tú también deseas, como todos, que mi hija se restablezca cuanto antes. ¿No es así?

—Por supuesto, Margaret.

—Entonces, haz el favor de apiadarte de ella en su estado y de no poner en entredicho sus sentimientos hacia ti cuando sólo crees haber visto algo, inofensivo desde mi punto de vista. ¡Buenas noches, Charles! —le despidió exonerándole de contestación alguna. Pasó su brazo alrededor de la espalda de su hija y la atrajo del codo hacia la casa.

«¡Madre mía! Cómo se pone mi tía cuando saca el genio», loó Ethans, el oído pegado al rellano. Según se habían tergiversado los acontecimientos, a Dorian le consumió la culpa, no por

Charles, pues le aborrecía, sino por la encantadora Cloé, quien, atacada por la enfermedad, no se merecía esos extemporáneos enfrentamientos.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó él, la mirada clavada en el suelo.

—Quédese. —Cloé sacudió la cabeza—. Tiene todo el derecho. —Apretó los labios.

En un lugar alejado, retraídos en un rincón de la cocina, Margaret reprochó a Ethans su ocurrente maquinación, ya que se harían eco de las represalias venideras. Durante las horas posteriores, Cloé notó muchos remordimientos a causa de lo sucedido. Sin embargo, nada echaría en cara a Mr. Gardiner, sólo faltaba eso.

—Voy a irme ya. Asumo que te encuentras mejor, y mañana he de levantarme temprano. Pasaré a verte en cuanto me sea posible.

—Mañana iré a trabajar —refutó con nerviosismo—. No quiero perder otra jornada, además, no ha hecho mención del juicio de Mr. Walsh en todo el fin de semana. He de ponerme al día.

—Has de cuidarte, de lo contrario te encadenaré a la cama. —Arqueó las cejas. Se levantó de la silla dirigiéndose a su abrigo, suspendido tras la puerta.

—¡Mr. Gardiner! —exclamó brincando de la cama y descuidando un ligero tambaleo. Antes de que se volteara hacia ella, alterado por la entonación apremiante, Cloé aferró su mano—. Mr. Gardiner —retomó con menos brío—, yo..., yo deseaba agradecerle... —Rodeó el cuello de Dorian impulsándose con la punta de los pies. Le regaló un cálido abrazo que desató una palpitación en el pecho del abogado. Extrañado, sus manos se habían paralizado junto a sus caderas. En cuanto recobró la movilidad, ciñó el talle de la mujer que había robado su corazón. Entonces, evocó las palabras de su sueño: «Te quiero, Dorian». Con un exagerado suspiro silencioso, estrechó a Cloé dulcemente y acomodó su mejilla contra la de ella.

—No me agradezcas nada. Estaba tan asustado, Cloé —confesó a punto de conmovirse—. Me sentía tremendamente culpable, y temía perderte —susurró, la modulación convulsa—. En ocasiones las enfermedades se tornan mortíferas, y de un momento a otro las personas que más queremos se marchan para siempre.

Su testimonio aclaró las dudas de la joven respecto a su proceder. Comprendía la conclusión, los celos y los propósitos de Dorian. El pobre niño había perdido a su madre de forma repentina. Se había despedido de ella una mañana antes de acudir a la escuela y, al regresar, su madre se había convertido en un hermoso ángel al cuidado de Dios. Emocionada, unas lágrimas se deslizaron por sus pestañas.

—¿Por qué lloras, preciosa? —Abrigó el rostro de la joven entre sus dedos barriendo las lágrimas sus pulgares.

—Es demasiado bueno. Nunca nadie me había tratado así. Jamás lo olvidaré. —Besó la piel por encima de la barba atrayéndolo de nuevo con los brazos para fundirse contra su pecho—. No sé cómo pagárselo. Se me ocurre que podríamos empezar con una cena esta semana. Bueno, cuando usted quiera, claro. —Rio propulsando un leve gemido a causa del dolor de su garganta.

—Me encantaría —musitó besando lo alto de su cabeza—. ¡Ahora, a la cama, Miss Nicholls!

—Posó una mano sobre su espalda obligándola a obedecer—. ¡Dulces sueños! —Guiñó un ojo y desapareció en la penumbra del pasillo.

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, reparó en una fragancia que flotaba en la habitación. Elevó la mirada, conduciéndola hacia su escritorio. Como por arte de magia, el ramo de rosas blancas había regresado, aunque lo consideró más grande y fresco. Un sentimiento de curiosidad suscitó que se levantara despacio y caminara hasta él. Abrió la tarjeta y leyó:

Me has prometido una cena, iré a buscarte hasta el fin del mundo si la cancelas.

¡Que tengas un buen día!

Un beso.

## Capítulo 27

Divisó el reloj de su mesita tras oler las nuevas rosas. Daba las diez y media. ¡Qué tarde se había levantado! Le enervaba cuando su despertador no la despertaba. Si lo analizaba, deducía que alguien lo había manipulado.

—¡Buenos días, mi vida! ¡Qué alegría verte en pie! ¿Cómo estás?

—Mucho mejor, mamá. ¿Cómo has pasado el fin de semana? ¿Te he entretenido mucho a causa del resfriado?

—Cariño, para eso están las madres, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad —recitó acicalada con su mejor sonrisa.

—Mamá, éstos son votos matrimoniales —abucheó. Sin moratoria, su mente voló hasta el viaje a Hastings, cuando en el coche había recitado esas mismas palabras, convenciendo a Mr. Gardiner de la santidad del matrimonio.

—Oh, mi vida, también son votos sagrados que sólo los padres entendemos y llevamos a rajatabla para con nuestros hijos. Por cierto, ¿has visto el ramo de rosas que han traído a primera hora esta mañana? —suspiró con expectación—. Ese Dorian... No tengo palabras para definirlo. Mira que llamar a un doctor en fin de semana. Está mal decirlo, pero ha debido costarle un ojo de la cara.

—¿Pagó al médico? —Quedó anonadada.

—Sí, las dos veces. Al igual que trajo desayuno para un regimiento los dos días. Pasó en vela toda la noche del sábado. De no ser por Charles, no me cabe duda de que se habría quedado también el viernes. Te metió en la bañera, y te...

—¿En la bañera?! —Enrojeció cual fruta del bosque—. ¿Te burlas de mí? —agudizó un chillido, apabullada—. ¿Me ha visto desnuda?

—¡No digas sandeces! Con el pijama. Tú no sabes cómo estabas, Cloé. Y todo por hacerte caso y no llevarte al hospital. Estabas muy enferma, peor de lo que me imaginaba. En fin —se exasperaba—. Incluso estuvo aplicándote paños húmedos en un intento de bajarte la fiebre. Ese hombre es un santo. ¡Qué paciencia! —Asentía reiteradamente con la cabeza—. Ah, y el ramo esta mañana, como si todos sus esfuerzos no fueran suficientes.

Perpleja, procuraba recordar alguna cosa del viernes y del sábado. Sólo aparecían ciertas imágenes a modo de *flash* por mucho que se afanaba. «¡Qué rabia! Quiero acordarme. ¿Qué habrá pasado?» Ensimismada en un caos intrigante, continuó:

—¿Qué pasó con las otras flores? Nadie me lo contó al final —presionó a Margaret, que

tanteaba zafarse de la bochornosa explicación.

—Lo diré sin adornos. Charles las tiró a la basura porque pensó que eras alérgica. —Se mordió el labio reteniendo el aire en sus pulmones y evadiendo revelar cuanto opinaba del hombre.

—¿Las tiró? ¡Pero si no soy alérgica a nada!

A medida que transcurrió la mañana, se aseó y secó su cabello volviendo a ser persona al fin. Agotándola todavía cierto resquicio de enfermedad, envió diversos mensajes. Excluyó unas respuestas destinadas a Charles, quien había intentado localizarla a través de trece mensajes mandados entre el viernes y el domingo. Descartaba la idea de contestarle porque el gesto vil de tirar las flores sin pedir permiso la ofendió, causa que poco ayudó a rebajar el disgusto originado por el susodicho tras hablarle con posesión y ofuscamiento antes de penetrar en el ascensor el domingo.

De Cloé — Enviado a las 11:43 h

¡Buenos días, Mr. Gardiner! Se las ha apañado para que hoy también le retribuya mi gratitud. Las rosas son magníficas, pero me está malacostumbrando (y le cito a usted). En esta ocasión no estábamos enfadados ni debía hacerse perdonar. Por lo tanto, no debió molestar. ¡Gracias igualmente!

De Cloé — Enviado a las 11:43 h

Hola, Max. ¿Puedo pedirte un favor? Si no te supone un inconveniente y no estás muy ocupado, ¿te importaría mandarme por *e-mail* las imágenes del caso Walsh? Me interesan todas, desde que se hizo socio, no sólo las de la semana del crimen. ¡Haz feliz a una pobre enferma! ¡Por favor! 😊

De Dorian — Enviado a las 11:44 h

¡Buenos días! ¿No sabes dar las gracias sin más? Ja, ja, ja. ¿Cómo has pasado la noche?

De Maxwell — Enviado a las 12:21 h

¡Cloé! ¿Qué tal? El jefe nos ha dicho que has estado muy enferma. Te mando las imágenes ahora mismo. Cuídate.

De Dorian — Enviado a las 12:56 h

Acabo de enfadarme con Max por tu culpa. No deberías pedirle cosas a mis espaldas. ¡Estás enferma y, por ende, debes descansar!

De Cloé — Enviado a las 13:02 h

Como me ha encadenado a la cama, no tengo otra cosa que hacer. ¿Le parece bien que repose, pero sin aburrirme? Y no es una pregunta.

Sin más tardar, se puso manos a la obra, remontándose al primer día en el que Mr. Oliver

Walsh había contratado los servicios del club de tiro.

«Resumámoslo. Asesinato en un recinto de tiro. Muere accidentalmente un hombre al resbalar el arma de nuestro cliente, Oliver Walsh, de cuarenta y tantos años. La fiscalía pide diez años por homicidio imprudente. Nosotros pretendemos rebajar la pena a dos años, suponiendo que el cliente nos diga la verdad y la fiscalía no halle pruebas en su contra. Veamos», reprodujo los vídeos. Las semanas anteriores al suceso, las cámaras interiores que grababan la sala de tiro funcionaban. Se veía cómo desconocidos disparaban desde cubículos abiertos, separados los unos de los otros por finos tabiques. Entretanto sus ojos prestaban la debida atención, su mente tejía una red de preguntas. «Si la sala estaba vacía, a excepción de una persona, ¿por qué ocupar la cabina colindante?», evocó este hecho al reparar cómo los tiradores se posicionaban alejados entre ellos cuando la sala no estaba totalmente ocupada. «Mmm, ¿ya habrá testificado Oliver en el juicio?», se propuso mandarle un mensaje a Max. ¡No, antes le pediría permiso a Mr. Gardiner!

De Cloé — Enviado a las 13:36 h

*Buen señor*, le pido encarecidamente que permita a Max mandarme el vídeo del juicio celebrado el viernes. Como entenderá, es la voluntad de una chica encadenada a su alcoba.

Sinceramente,  
La enferma

De Dorian — Recibido a las 13:41 h

Miss Nicholls, me sorprende su facilidad para suggestionar a un hombre. Respetando sus últimos deseos, Max le hará llegar dicho vídeo en breve. Ha salido a comer.

Su humilde servidor,  
Dorian (¡A ver si te aprendes mi nombre!)

Media hora más tarde recibía lo que había solicitado. Visionó las imágenes, postergando para después las de las cámaras de vigilancia exteriores que filmaban las inmediaciones de la tienda donde se adquiriría ropa, armas, balas y otros enseres. Alcanzó la parte que más le interesaba, dado que respondía a la pregunta que ella misma había formulado. El fiscal llamaba al estrado a Mr. Walsh.

—¿Por qué situarse a su lado si apenas se conocían?

—No sabría decirle —contestó Oliver.

—¿Ni siquiera le saludó cuando entró?

—Un gesto educado con la cabeza, nada más —puntualizó Oliver.

—¿Por qué en una sala vacía se sitúa usted al lado de un desconocido? Lo entendería si fueran amigos o no quedara ninguna cabina libre —se empeñó el fiscal.

—Su señoría, la fiscalía se repite y dirige al acusado —protestó Mr. Gardiner.

—Avance en su interrogatorio, por favor —requirió el juez.

—¿Se paga por horas? Es decir, ¿usted paga una hora en el mostrador y practica una hora? —

continuó el fiscal.

—Así es.

—¿Y en esa hora nadie habló?

—No, señor. Nadie habló. De hecho, solemos llevar cascos a causa de la reverberación de los disparos —enfaticó Oliver.

—Por lo tanto, si no conocía ni mantuvo una conversación o unas palabras con la víctima, por qué ubicarse a su lado en lugar de...

—¡Especulaciones, su señoría! Se llama afabilidad, depende del carácter de las personas. Los caracteres más sociables tienden a agruparse cuando ven a otras personas. Los de carácter solitario se apartan porque prefieren aislarse del resto del mundo. No hay que ir más allá, ni rebuscar pruebas donde no las hay —objetó Mr. Gardiner con rigor.

Cloé terminó de visionar el pleito. Su señoría lo aplazó fechando el seguimiento al miércoles, cuando llamarían a declarar a los policías, los peritos balísticos, el forense, etcétera.

En principio, Cloé no hallaba sospecha alguna en el testimonio de Oliver Walsh. Se decantó por continuar con las imágenes de la sala de tiro, increíblemente monótonas. Ocho horas de idas y venidas de personas con inclinaciones proarmas, cariz que le disgustaba a la joven pacifista, defensora de la vida, tanto humana como animal. A las cuatro de la tarde, exánime, decidió permitirse una pausa, tomar un té, escribir mensajes a sus amigas, que le habían preguntado por su estado de salud, y, por qué no, curiosar el perfil de Mr. Gardiner en sus redes sociales, lo cual se había prohibido hasta la fecha. Si bien no pudo evitarlo por más tiempo e investigó su página de Facebook.

«Ahí está... Uf, ¿cómo alguien logra ser y estar siempre así de guapo?», poca explicación encontraba. En las fotografías, Mr. Gardiner parecía más joven, vivaz... En realidad, percibía la analogía con el Dorian Gardiner que frecuentaba fuera de la oficina; vestía de *sport*, desenfadado, *hippie-chic* incluso. «Es extraño. Siempre posa solo o rodeado de más personas, pero jamás en pareja. Eso prueba mi teoría del soltero de oro con aversión a las relaciones serias», especuló. Sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, una mano sujetaba parte de su rostro. Mr. Wilde la observaba, expectante, la mirada amarilla brillante.

—Nunca me juntaría con un hombre así. ¿Sabes por qué? —preguntó a su peludo compañero—. ¿Qué sucedió con Ana Bolena? En cuanto el rey la tomó, tras seducirlo con incesantes flirteos y maniobras embaucadoras, fue como ofrecerle un río a un hombre necesitado de un único vaso de agua. Nada más bastó para calmar su sed. —Aprovechó un rebuscado paradigma para afianzarse—. No me convertiré en ese tipo de mujer. No seré quien consuele sus noches mientras mi corazón se parte en mil pedazos. Me niego.

En ese preciso momento, el teléfono la sobresaltó sacándola de su visión del arquetipo de Mr. Gardiner. «Vaya, mi padre», aceptó la llamada y, más tarde, recordó que le debía otra a sus abuelos paternos.

A las seis un timbre perturbó su afán de demostrar que Mr. Walsh ni conocía ni se había enemistado en modo alguno con la víctima; de esta forma crearían dudas al jurado. Se acercó a la cocina y preguntó a su madre quién había llamado.

—Dorian. Ayer avisó de su visita. ¿Lo recuerdas?

—¡Sí, claro! ¿Por qué me lo preguntas como a una octogenaria con alzhéimer? —refunfuñó—. ¡Oh, estoy en pijama! —se alarmó saliendo disparada como una flecha hacia su cuarto. Apurada, se peinó y perfumó, dirigiendo el pulsador del frasco por encima de su cabeza. Se entregó a una lluvia vaporosa, procurando así que el aroma se percibiera sutil.

—¡Hola, Margaret! —Unos brazos le oprimieron el cuello.

—¡Dorian! Siempre me alegra verte, querido. Pasa, Cloé está en... Ah, ya está aquí —rectificó al ver la figura de su hija saliendo del pasillo.

—¡Hola! —dijo alborozado. El semblante proyectaba ternura. Aligeró sus pasos hasta Cloé, que le recibió con la postura en tensión. La abrazó y, seguidamente, besó una de sus mejillas sin entretenerse; Margaret los vigilaba.

—Buenas tardes, Mr. Gardiner. —Cortada, devolvió un cauteloso beso—. ¿Cómo ha ido el día? ¿Le apetece tomar algo?

—No, estoy bien. ¡Gracias! Es a ti a quien debo preguntar. ¿Has notado mejoría?

Dorian acompañó a la familia en la cena. Se marchó pronto a casa con el propósito de dejar descansar a Cloé.

Esa noche la joven se recreó observando las musarañas. El cuerpo perezoso, la mente deambulaba entre nubes de recuerdos. Todos aquellos vividos con el enigmático Mr. Gardiner, a quien ya no conseguía negar sus sentimientos. No obstante, los mantendría en secreto. Cuanto más profundizaba en comparar a su novio y a su jefe, más se enfadaba con Charles, si bien otra parte de ella simpatizaba con él por varios motivos; el de mayor peso simbolizaba la culpabilidad.

Mientras la noche se marchitaba, agujereando su pecho unas hipotéticas espinas de rosas, se le pasó por la mente la posibilidad de romper con Charles.

«Él no ha hecho nada en absoluto, simplemente no es Mr. Gardiner. No por ello se abandona a un compañero sentimental. Sobre todo en estos tiempos en los que la gente es infiel; un día se acuesta con uno y al día siguiente con otro. Pone cuernos, miente, engaña...»

No, ella deseaba que prevaleciera o resurgiera cierta moralidad en los días que acaecían. Reprobaba la impudicia que la sociedad admitía con tanta normalidad. Además, su padre se había ilusionado con su pareja. Como las relaciones con su progenitor eran ya discordantes, más le valía evitar un exceso de aflicciones. Apenas conversaban desde la gala a causa de Tina y de su inminente enlace. Como para disgustarle con su separación.

«Dorian Gardiner y yo no somos compatibles. Él desea revolotear de una flor a otra, y yo busco seriedad», vaticinó obligándose a conservar lo que fuera que la ataba a su novio. Sin

embargo, aún perduraba sobre su mejilla y en su dormitorio el aroma de Mr. Gardiner. Enloquecía sus sentidos, primitivos y espirituales.

«¡Por el amor hermoso! Creo que... le quiero de verdad», concluyó acariciando el ramo de rosas blancas con la mirada, mientras estrechaba su almohada.

## Capítulo 28

Confusos pasos de descoordinación rigieron sus movimientos hasta el mediodía, pero su carácter inquieto le impedía permanecer en su casa un día más. Añoraba el ambiente vertiginoso del despacho, el café, y... las órdenes de Mr. Gardiner.

—¿No podías quedarte descansando hasta reponerte del todo, verdad? —reprochó con autoridad Mr. Gardiner.

—¡Imposible! —Formó un mohín con los labios.

—Mañana se celebra el seguimiento del juicio contra Walsh, ¿te lo comenté?

—No lo recuerdo. —Resopló, pues apenas lograba esclarecer su mente respecto a los últimos acontecimientos.

—Bien, te cuento. Hemos contratado a un perito balístico, declarará mañana. El dilema abarca la trayectoria de la bala. La versión *post mortem* de la víctima poco concuerda con la de nuestro cliente. Él asegura que la pistola se disparó al caer al suelo. El perito, en cambio, un respetado instructor de tiro con décadas de erudición, atestigua que el arma se disparó a cincuenta centímetros del suelo. Por lo tanto, las pruebas apuntan a que Walsh sujetaba el arma cuando se disparó.

—¿No me diga que es culpable de asesinato?! —exclamó.

—¿Cloé, qué te pedí cuando entraste en este bufete?

—Nunca debatir si es o no culpable un cliente. Defenderlo y ser mejor que los contrarios.

—¡Exacto! Atiende, alegaremos que posiblemente el arma resbaló entre las manos de Mr. Walsh. Éste, intentando atraparla al vuelo, apretó el gatillo sin premeditación. Por el ángulo de entrada y salida de la bala. —Le enseñó el informe forense con el dibujo de un cuerpo humano y unas anotaciones definiendo la muerte de la víctima—. Justo aquí, en la arteria carótida primitiva derecha. —Apuntó con el índice—. Concordaría con la versión de nuestro experto balístico.

—¿Entonces Mr. Walsh debe cambiar su versión de los hechos?

—¡Ni de broma! Parecería culpable. Sólo deberá afirmar que no se acuerda, porque el accidente ocurrió muy deprisa, y se hallaba en un estado de conmoción.

—Mr. Gardiner, me he fijado en las reacciones del jurado cuando prestaba declaración el acusado.

—Sé por dónde vas. Max me ha avisado de lo mismo.

—Me da la sensación de que no resulta ser una persona grata.

—En efecto. Sin embargo, te recordaré que es un procedimiento probatorio. Si al jurado no le

gusta, haz que le guste. ¡Gánatelo! En eso consiste la labia de un abogado. —Guiñó un ojo, orgulloso de enseñarle sus encomiables conocimientos a su pasante.

De modo sorprendente, Mr. Gardiner comenzó a salir del bufete a la hora de la comida, frecuentando el bufé donde acudían Max y Cloé, mientras Leslie guardaba el fuerte. Por costumbre, el despacho nunca quedaba desatendido, los asistentes salían una hora antes o después de la acordada con los abogados y pasantes. Presa de empatía y pena, Cloé cuestionaba los rumores que James y Mary habían divulgado sobre su jefe y la secretaria. Ardía de curiosidad, ambicionando ahondar en la verdad. ¿Quién mejor que Max para iluminarla? Abordaría el tema a su debido tiempo.

—Miss Nicholls, entre un momento —requirió Mr. Gardiner a las seis menos diez.

—¿Sí, señor?

—¿Cómo ha ido la tarde? Ha pasado volando. ¿Te sientes cansada?

—Todo bien —lo engañó, dado que notaba unas décimas de fiebre; embotellaban su cabeza en un frasco hirviendo.

—Ignoro si fiarme de ti. —Se alzó de su silla, caminó hasta la puerta, la cerró y se ladeó hacia Cloé—. Ven aquí. —Colocó su mano sobre la frente de la pasante, que presentaba ojeras bajo los ojos—. Creo que te ha subido un poco la fiebre. —Exhaló un largo suspiro.

—Por la tarde siempre sube un poco. —Retrocedió un paso y agachó la cabeza pretendiendo que él retirara la mano. La incomodaba esa cercanía en su lugar de trabajo.

—Prepárate, en cinco minutos te llevo a casa. —Se dirigió hacia su buró.

—¡No! No es necesario. Ya me ha cuidado en exceso. Prefiero coger el metro. De verdad. Vuelva a su casa, haga deporte o...

—¿Deporte? —Rio—. Me levanto a las seis de la mañana y practico mis ejercicios durante dos horas cada día, dudo que necesite más deporte por hoy. ¿Por qué no quieres que te lleve? ¿Tienes otros planes? —Deseaba averiguar si se había citado con Charles.

—No tengo otros planes. Me preocupa qué opinan los demás. —Entornó la vista hacia la puerta.

—¿Te resulta más ético si salimos por separado? Quedamos en el aparcamiento. Sabes dónde aparco mi coche.

Odió cuanto le sugería. ¿Acaso la trataba como a una querida, una burda amante que debe esconderse de las miradas?

—¿No parecería más sospechoso aún? Es decir, como si nos ocultáramos de... No me haga caso, estoy divagando. —Su ocurrencia le produjo un breve disgusto.

—Lo hago por ti, a mí me da exactamente igual. Ya pasé la etapa de «qué dirán los demás» hace años. —La escrutó con pesar, pues deducía que algo la importunaba.

—Sí, quedamos en el aparcamiento —se decidió arrepintiéndose en cuanto accedió.

Al salir se encontró cara a cara con Mary, quien la estaba esperando.

—¡Hola, chica! ¿Cómo estás? Me han dicho que estuviste enferma. ¿Estás mejor?

—¡Hola! Sí, mucho mejor, gracias por preguntar. ¿Cómo vas tú?

—Muy bien, venía a buscarte para ir a tomar algo. —Balanceó la mirada, primero hacia Leslie, sentada a su derecha, y a continuación hacia Max, de pie a su izquierda.

—Lo lamento, Mary. Hoy me es imposible. Voy directa a casa a descansar. ¿Otro día? Aunque si no te importa lo aplazamos para la semana que viene, así tendré suficiente tiempo de estar al cien por cien. —Posó la mano sobre el brazo de Mary.

—Hasta mañana —se despidió Mr. Gardiner saliendo de su despacho esquivando a Leslie, pinzada de repente.

Cloé tragó saliva, hallando un estado de bochorno momentáneo. Mary se marchó y la pasante recogió sus cosas. Atisbando a su entorno mientras caminaba como una prófuga, se encontró con Mr. Gardiner en el lugar indicado. Aguardaba de pie, los brazos cruzados cual modelo de revista, reposándose sobre la puerta del pasajero. Los ojos entrecerrados, la observaba con mirada misteriosa y enigmática. Sumamente seductor, la comisura izquierda se alargaba ligeramente.

—¿Sabe? Me siento incluso peor ahora, al fingir que salimos por separado para reencontrarnos luego. Total, muchos de los que trabajan en el despacho aparcan aquí. —Negó con la cabeza.

—¿Quieres cesar de analizarlo todo? —Sonrió divertido al igual que compasivo. Procedió a abrirle la puerta, percibiendo el pesar que ensombrecía el rostro de Cloé.

«Me convendría ir a la perrera el domingo a ayudar. Así conseguiría resarcirme, aunque sea mínimamente», masticó para sí.

—¿Y bien? ¿Cuándo planeas invitarme a esa cena que me debes? —Buscó motivarla.

—Esta semana, cuando quiera.

—¿Prefieres entre semana o el *finde*?

—¿El jueves, por ejemplo?

—Perfecto. Te dejo elegir, puesto que invitas tú. —Sonrió un tanto burlón.

Cloé se despidió de él preguntándole si deseaba subir, pero Dorian rechazó sensatamente su ofrecimiento, estimando que necesitaba tumbarse o meterse pronto en la cama. Además, se figuraba que bastante ponderaba su pasante acerca de la mutua cercanía de ambos.

El miércoles, tras meditarlo con determinación, respondió a los mensajes acumulados de Charles.

De Cloé — Enviado a las 12:33 h

¡Hola! ¿Qué tal? ¿Cómo está tu pierna? Yo, mucho mejor.

De Charles — Recibido a las 12:35 h

¡Hola! La pierna es un fastidio. Me alegra que estés mejor. ¿Puedo llamarte? Por favor. Quiero hablar contigo. Te echo de menos, y debo

disculparme...

—Lo siento, amor. Me porté como un celoso patológico. Es que os vi pegados el uno al otro y me volví loco. Debí confiar en ti. ¡Perdóname, amor!

—Entiendo lo que hayas imaginado en aquel momento, pero te lo digo de verdad, no te he sido infiel. —«Casi le beso... dos veces..., pero aparte de eso..., sólo soy una persona horrible», se guardó.

—¿Todo olvidado?

—¡Todo olvidado! Perdóname tú también a mí, Charles.

—No hay nada que perdonar, amor. Oye, por cierto, he quedado con unos amigos el viernes. ¿Te vienes a cenar?

—Me encantaría. ¡Oh, he de colgar! ¿Hablamos esta noche? Un beso —lo despachó. Max y Mr. Gardiner se situaban detrás de ella esperando a que terminara la llamada para ir a comer. De pronto le supo fatal por uno de los hombres. El afán con el que la había cuidado Mr. Gardiner durante el fin de semana le indicaba que debía apreciarla mucho, y oír la conversación con su novio derivaría en una posible desazón, salvo que dicho afán por cuidarla fuera promovido por el sentimiento de pérdida ocasionado por el recuerdo de su madre. Sea como fuere, detestaba causarle daño alguno a Mr. Gardiner.

Transcurrida una hora del soporífero juicio correspondiente al caso de Mr. Oliver Walsh, su señoría lo aplazó para la semana siguiente al contemplar tanta dilación. En cuanto llegó a casa, nuevamente acompañada de Mr. Gardiner, quien tampoco aceptó subir en esta ocasión, continuó inspeccionando las imágenes de las cámaras de vigilancia, aunque a esta altura del litigio, tras las revelaciones del forense y de los expertos balísticos, nada la impulsaba a proseguir con ellas. Sin embargo, una corazonada la empujaba hacia esa vía. No discernía la razón, en la sesión de la tarde el forense no logró proporcionar bastantes datos para establecer afirmativamente si se había perpetrado un homicidio o un asesinato. Lo mismo ocurrió con los peritos en razón a la trayectoria de la bala, disparada a cincuenta centímetros del suelo. Esperaban que tal suceso se aclararía si volvían a llamar a declarar al acusado. La única conclusión en la que coincidían todos los expertos afianzaba que la bala había penetrado en una arteria del cuello causando el pronto desangramiento del individuo, provocándole la muerte. Por tanto, no se le podía imputar ninguna premeditación a Mr. Walsh. Incluso la viuda, quien había testificado el viernes anterior, exponía que se trataba de un desafortunado accidente.

«Vale, estoy harta de este caso. No sé qué pretendo encontrar en estos vídeos. Nada demuestra que sea culpable o inocente. Se le habrá disparado el arma a cincuenta centímetros del suelo. La conmoción habrá generado que pensara que se detonó en el suelo. ¡Qué sé yo!», se dirigió a la cocina y se calentó una taza de infusión de diente de león. Se detuvo frente al ramo de flores que Charles había arrojado sobre el mueble del vestíbulo y que ella había recuperado disponiéndolo

después en un jarrón. Aferró el recipiente, colocándolo entre su codo y su pecho, y lo trasladó a su dormitorio, junto al de Mr. Gardiner. Siendo realista, las rosas blancas usurpaban el protagonismo de los lirios y clavelinas que le había regalado su novio. De esa guisa emprendió la senda del sueño esa noche, confrontando de nuevo a su novio con el hombre al que amaba realmente.

## Capítulo 29

Lidiando con las aprensiones de Cloé, Mr. Gardiner le mandó varios mensajes de texto en lugar de llamarla y hacerla acudir a su despacho, poniéndola en un aprieto.

De Dorian — Recibido a las 16:44 h  
¿Has elegido sitio para esta noche? ¿A qué hora desea *milady* que se la recoja?

De Cloé — Recibido a las 16:44 h  
Sitio sorpresa. Dudo que lo haya visitado nunca, *buen señor*. ¿Sobre las 19:00 h?

De Dorian — Recibido a las 16:45 h  
¿Código de vestimenta?

De Cloé — Recibido a las 16:45 h  
Encima de cotilla, presumido. Mmm... ¡Interesante! Vístase como más cómodo esté, salvo de payaso. ¡Me dan pavor!

De Dorian — Recibido a las 16:46 h  
¿En serio? ¿Te dan miedo los payasos? ¡Qué tierna!

«Ya sé dónde llevarla para que se arroje a mis brazos», rio a unos metros de la antesala, sentado en su escritorio.

Una hora después, ante el espejo, Cloé repetía una pregunta que Mr. Gardiner se formuló en uno de sus mensajes: «¿Qué me pongo?».

—¿Ethans, esto casa bien? —Mostró su atuendo, unas botas altas de visos castaños, unos vaqueros de pitillo y una camisa blanca abotonada bajo un chaleco negro sin mangas.

—¿Para qué? —Sostuvo su barbilla entre dos dedos.

—He... —Carraspeó—. He invitado a Mr. Gardiner a cenar. ¡Te lo ruego, abstente de tus comentarios al respecto!

—Para un *look* de día es pasable. Pero para una cena de noche, lamento oponerme —expresó con la mano—. Mejor busquemos un vestido ceñido.

—¡Ni loca! Nada de ropa ceñida y provocadora. Ethans, por favor —rogó comprendiendo su craso error al solicitar su ayuda—. De hecho, nada de vestidos —zanjó.

—¡Está bien! Esos vaqueros con tacones negros altos, chaqueta de falso cuero del mismo color y top con cuello de pedrería. Pelo suelto liso y labios rojos. ¡Devastadora!

—¿Acaso no has entendido el movimiento de mi boca cuando me he negado a jugar el papel de mujer fatal?

—¿Y tú entiendes que ese hombre está loquito por ti, te vistas con un trapo de cocina o con un traje de gala? —refutó haciéndola entrar en razón con evidentes deducciones.

A las siete y diez minutos, Mr. Gardiner se presentaba en el patio, el pelo suelto, ataviado con sus ropajes de fin de semana. Cloé había acatado los consejos de su primo, excepto el de pintarse los labios de rojo pasión.

—¡Qué guapa! —proclamó Dorian al verla aparecer haciéndola enrojecer.

—¿Nos vamos? —requirió evadiendo sus halagos.

—¿Estás bien para ir a cenar? Aún tomas la medicación —advirtió.

—¡Por supuesto! —rechazó cualquier inquietud proveniente de él. La joven parecía molesta por alguna razón desconocida. Quizás a causa de la reconciliación con Charles, tachándose a ella misma de novia execrable. ¿Qué se proponía invitando a cenar a su jefe? ¡Bastaba con comprarle un regalo!—. ¿Puedo conducir? —pidió. Ambicionaba tomar las riendas retirándoselas a Mr. Gardiner. Prefería poseer el control de cuanto la rodeaba.

—¿Mi precioso deportivo? ¡No! Nadie jamás lo ha domado, salvo un servidor.

—Mmm... —Agitó la punta de la nariz de un lado a otro formando una mueca con los labios—. Ahora ansío conducirlo. Ya sabe, cuanto más se le niega algo a una persona, más lo desea. —Sonrió.

—Con una condición —requirió tras sopesarlo un instante.

—Usted dirá. —Arqueó una ceja inquisitiva.

—¿Un beso en la mejilla, para empezar? Y me reservo el derecho a tres comodines.

—Mmm, acepto un beso en la mejilla como amigos que somos, aunque no veo claro la propuesta de los tres comodines. —Se cruzó de brazos ante el coche contemplando a Mr. Gardiner, que elevaba las llaves hacia una altura imposible de alcanzar sin saltar para atraparlas. Se lanzó de un brinco, intentándolo con mucha dificultad a causa de sus tacones matadores, o rompecuellos más bien. Dorian la asió por la cintura alzando las llaves más alto si cabía.

—¡Hace trampas! —voceó atisbando la llave.

—Mi coche, mis condiciones. —Entrecerró los ojos—. Me reitero cuando confieso que *nadie* más que *yo* —subrayó— se ha sentado en *mi* asiento.

—Esto es exactamente a lo que me refería esta tarde, Mr. Gardiner. —Empujó su pecho con las manos apartándole—. Nuestra relación de amistad parece algo más —añadió.

—Cloé —suspiró—. Sólo te preguntaré una cosa, y espero que me contestes con sinceridad. —Ella asintió—. ¿Estás a gusto conmigo?

—Mucho, pero...

—Chsss. —Dorian le impidió proseguir colocando el índice sobre sus labios—. Entonces disfrutemos de nuestra compañía sin agobiarnos.

Como de costumbre, el corazón de Cloé latió con desmesura, arrastrándola a un mundo mágico

donde los unicornios cabalgan sobre un arcoíris y nada resulta imposible. Con él se sentía henchida de fuerzas para enfrentarse a todo y ser ella misma.

Le brindó un beso en la mejilla antes de tomar las llaves y la posesión del coche, emocionándose al rezumar en sus venas una palpitación de victoria. En el interior del habitáculo, examinó a Mr. Gardiner por el rabillo del ojo. Éste padecía por su deportivo. Cloé percibió su malestar, el cual corroboraba sus palabras; nunca había permitido a nadie agenciarse el volante.

—¿Sabía que Oscar Wilde popularizó su nombre, Dorian, en su conocida obra *El retrato de Dorian Grey*? ¡Incluso comparten las mismas siglas! —evocó mientras cenaban en el restaurante vegetariano Manna.

—Nunca leí su obra, vi la película. ¡Espero no volverme nunca tan oscuro! —Rio peinando su largo cabello castaño hacia atrás con la punta de los dedos, regresando luego los mechones a su mismo lugar—. ¿Y tú sabías que me encanta cuando pronuncias mi nombre? —Refrenó sus impulsos de tomarle la mano. Advirtiendo cómo la joven se ruborizaba, cambió de tema, evitando embarazarla—. ¿Qué me dices si uso uno de mis comodines para llevarte al cine?

—¿Al cine? Le diría que todo depende de la película elegida. —Sus uñas jugueteaban con el mantel.

—¿Has esquiado alguna vez? —preguntó Mr. Gardiner, momentos después, saboreando su plato.

—Jamás. Los deportes y yo nunca hemos mantenido una grata relación.

—Segundo comodín. Vacaciones de Navidad. Pasemos unos días en los Alpes. —Aguardaba su reacción, la mirada deslumbrante.

—Suelo pasar las Navidades con mi madre y mi primo. De hecho, si mal no recuerdo, nunca me he ausentado en esas fechas.

—Entonces, que nos acompañen. Visitemos los Alpes todos juntos. Alquilaré una cabaña de montaña... —Se inclinó sobre la mesa irradiando su ilusionado semblante la lumbre de una vela—. Parajes nevados... Montañas cuyos picos azules esconden las nubes... Canciones tradicionales... Paseos al ocaso... Bosques teñidos de escarcha donde perderse... Gruesos anoraks... Abrazar el gélido aire con una sonrisa... Enormes tazas de chocolate caliente... —enumeró cuanto soñaba.

—¿Está loco? —Rio aturullada.

—¿Por qué no? Adoro a tu familia. Si no te tienta la idea, invitaré a Margaret y a Ethans, mientras tú te recluyes como un alma solitaria en Londres.

Ese hombre la turbaba favorablemente. La sacaba de su zona de confort. Le ofrecía un mundo tan interesante como repleto de posibilidades. Por tales motivos se consideró vacía en la cena del viernes, cuando soportaba a los sedantes amigos de Charles conversando sobre política y temas trascendentales como lo son los asuntos exteriores. Nada conseguía animarla. Intervenía con tedio

en la tertulia de los nueve participantes, todos alumnos titulados de Cambridge. En su opinión, las reuniones amistosas entre personas que se reencontraban cada mes, o mes y medio, requerían conversaciones menos discursivas y serias. ¿Por qué nunca se divertía con ellos?

—¡Cloé! —Charles irrumpió en sus ensoñaciones—. ¿Te apuntas a un partido de polo el domingo?

—Lo siento, el domingo tengo planes. Me acercaré a la perrera.

—¿Otra vez? Fuiste hace poco —rechistó.

—¡Hace dos meses! —le corrigió—. Nunca me demoro tanto por norma general. —Perdió la mirada en la llama de una vela que tremolaba lánguida, cuya idéntica luz había contemplado la noche anterior junto a Mr. Gardiner.

Un parpadeo la devolvió a los incesantes y acalorados coloquios, siendo Charles el promotor de uno de ellos. Observó a los integrantes de la mesa sin verlos en realidad, los escuchaba sin prestar atención, sin oírlos. ¿Cómo alguien en compañía de semejantes personajes podía sentirse solo? Ninguna razón hallaba. Las conversaciones revoloteaban de un lado a otro con efusivas teorías. De presenciar una velada silenciosa y monótona, lo entendería. Si bien nadie lograba destituir a Mr. Gardiner del soberano puesto donde, sin ser consciente, lo había elevado. Suscitada por su mente, lo había subido a un pedestal. Desgraciadamente, no cesaba de pensar en él, recreando sus entrañables miradas. Su mano junto a la suya sobre la mesa, sin osar tocarla.

El sábado por la tarde, divisando una creciente confusión en los rasgos de su prima, Ethans la obligó a espabilarse ideando un plan que llevaría a cabo esa misma noche. Saldrían de fiesta para despejar su mente.

—¿Otra vez al Soho? —rezongó desganada.

—Donde quieras. ¿Por qué no llamas a tus amigas?

—Desde que tienen novios, éstos ocupan todos sus fines de semana.

—Entonces nos juntaremos con los míos. —Estrechó las puntas del cabello de Cloé entre dos dedos—. ¡Querida, necesitas urgentemente un tratamiento! Te afecta el estrés.

—¡Aparta! No necesito que me saques todos mis defectillos. —Hizo pucheros.

—¡Ya lo tengo! —Sus ojos se iluminaron—. Embadurnémonos de potingues mientras tomamos unos Cosmopolitan. Luego nos arreglamos como divas y vamos al Café de Paris.

—¡Oh, adoro el Café de Paris! —Aplaudió con las palmas de las manos sin producir sonido.

Sin dilación, Cloé se encargó de las mascarillas caseras mientras Ethans preparaba las bebidas. Reposaron sus cuerpos sobre los sofás y sus cabezas sobre cojines mullidos mientras reproducían *Desayuno con diamantes* en el televisor. Escuchaban los diálogos, imaginando sus mentes las escenas; unas bolsitas de té cubrían sus párpados a modo de apósitos calmantes y regeneradores.

Ethans, durante una de sus ausencias, solicitó a Margaret, quien trabajaba en el estudio de

pintura, el número de teléfono de Dorian. Ésta se opuso tras oír las intenciones de su sobrino. Si bien la convenció mediante los habituales chantajes emocionales que siempre le funcionaban.

De Ethans — Enviado a las 17:23 h  
¡Hola! Soy Ethans, el primo de Cloé. Vamos a ir al Café de Paris  
luego, ¿te apuntas?

De Dorian — Recibido a las 17:36 h  
¿Qué tal? Lo siento, esta noche he quedado con unos amigos para  
cenar. ¿Cómo está Cloé?

De Ethans — Enviado a las 17:39 h  
No vamos a cenar, iremos más tarde a bailar y tomar unas copas.  
Seguro que se alegra de verte. ¡Le darás una sorpresa!

El vestido azul eléctrico bordado de encajes y purpurina que Ethans eligió para Cloé realzaba su estilizada figura. Acompañó el atuendo con un bolsito pequeño de pedrería gris y unos tacones de tono plateado mate. Una tira de hebilla rodeaba el tobillo.

De profesión, peluquero, poco le importó dedicar unas horas extras a ondular el cabello de Cloé como el de las modelos de Victoria's Secret y jugar a los maquilladores profesionales.

—¡Perfecta! —Terminó pintando el interior de los ojos grises de su prima con un lápiz negro.

—Has nacido con un don para estas cosas. No sé cómo te las apañas. ¡Gracias! —Desde el espejo recibía el reflejo de una mujer sofisticada, la tez perfectamente maquillada, los labios de un rosa claro y subtono beis, la mirada profunda y felina gracias a la magia de los cosméticos.

—¡Años de práctica! No, para qué engañarnos, años de pasión por la moda traducidos en ansias refrenadas dentro del armario. En fin, voy a cambiarme, tardo diez minutos.

—¿Diez minutos? ¡Tu pelo te ocupa más tiempo! —alzó la voz. Ethans se perdía en el pasillo, camino a su habitación.

Sobre las diez de la noche, hora a la que Ethans había quedado con dos amigos suyos en la puerta del local, detuvieron un taxi en la esquina de James St. con Oxford St., y se dirigieron los dos al Café de Paris en Coventry St.

La fachada verde azulada de matiz oscuro se tornaba gris a causa de la opacidad de la noche. Bajaron por una escalera custodiada por paredes doradas. Una bola de espejos brillaba con mil luces, reflejándose las bombillas de una lámpara de araña colgada junto a la esfera. Los cuatro, Cloé, Ethans y sus dos amigos, atravesaron un pasillo enmoquetado de un azul noche, en cuyas paredes pendían cortinas de terciopelo de semejante tono. Pagaron sus entradas y alcanzaron la presidencia del club: un palco desde donde se divisaba toda la sala. Rodeándola, se hallaba un balcón circular con áreas para sentarse. Mediante dos escaleras, a cada lado del palco, se descendía a la pista de baile, cercada por una barra de bebidas y zonas vip, compuestas de mesas y asientos Chesterfield, afines a los del cinturón abalconado. La barandilla dorada formaba

arabescos y filigranas. Al bajar los escalones enmoquetados, unas luces rosas y otras azules se mezclaban, creando un ambiente mágico. Del techo pendía una colosal lámpara que señalaba el centro de la pista. La bordeaba una tela drapeada. Avanzaron por la pista de madera de roble hasta la barra, a mano derecha, donde pidieron sus primeras copas.

La música *lounge* embaucaba a los danzantes, aligerando los jolgorios. Con los efectos del alcohol fluyendo por su sangre, Cloé apreciaba su cuerpo menos rígido y su mente menos cargada, aunque persistía en ella la imagen del único hombre capaz de martirizarla. Se unieron al baile entre personas salidas de un catálogo de *fashionistas*. ¿Cuánta gente de rasgos, cuerpos, cabellos y ropas hermosas lograba concentrarse en un mismo lugar? De pronto se sintió empequeñecida.

—¡Buenas noches, Miss Nicholls! —Percibió unos labios junto a su oído.

## Capítulo 30

El mayor escalofrío que jamás había sentido la traspasó de pies a cabeza. Se dio la vuelta, primorosa, el corazón galopante.

—¿Mr. Gardiner?! —se alegró con una desmesura de la que sólo el latir de sus venas fue testigo. Impulsándola el amor, deseó arrojarse a sus brazos, pero se contuvo.

Alrededor todos bailaban, salvo Dorian y Cloé, ambos mirándose expectantes, reprimiendo cualquier emoción que pudiera delatarlos. Mantuvieron el control. Por fin, Mr. Gardiner sonrió. Cloé juntó sus labios y después tragó saliva laboriosamente.

—Hola. —Avanzó un paso para besar su mejilla.

Cloé cerró los ojos y lo recibió con una hebra de veneración, disfrutando cada segundo. La punta de sus dedos empezó a recibir un hormigueo que fue dilatándose, arrasando cada lugar de su piel.

—¿Qué hace aquí? —Sonrió de oreja a oreja. Sus innumerables pesares se disiparon de pronto.

—¿No te alegras de verme? —Curvó una ceja, el deje inquisidor.

—Más de lo que imagina —jadeó sin conseguir desdibujar su sonrisa de enamorada.

Con manos traicioneras a causa de la inopinada declaración, Dorian la obligó a rodearle el cuello, aferrándola de la cintura. Aupándola un palmo del suelo la hizo girar en el aire.

«Te amo y te odio por hacer que te ame», tomó una inmensa inspiración, expulsándola lentamente a medida que Dorian la bajaba, para después estrecharla. Sus pies marcaron el ritmo, así como sus hombros, arrastrando el cuerpo de Cloé a sus contoneos. Ella acompañó sus movimientos.

El cabello despeinado enmarcaba sus entusiasmadas facciones, demostrando cuán feliz se sentía junto a ella. Ni siquiera había prestado interés a Ethans, quien todo lo había orquestado.

—¿Ethans, perdona! ¿Cómo estás? —Le dio un amigable abrazo; de machos, como lo denominaba él.

—Encantado de verte, aunque menos que mi prima. —Rio observando la expresión de Cloé, reavivada por razones obvias—. ¡Oh, te presento a mis amigos! Éste es Bradley, y ese caramelo de café es Daryl —dijo refiriéndose al tostado color de su tez, bruna y mate; un hombre de impresionante belleza.

Realizadas las presentaciones, los amigos de Ethans cuchichearon, necesitando gritarse en los oídos a causa del volumen de la música.

—¿Cómo te sientes? ¿Sigues tomando la medicación? —le preguntó a Cloé.

—No. Ayer fue el último día —contestó acostumbrándose a sus cuidados.

—¿Entonces, puedo invitarte a una copa? —habló contra su mejilla. Gozaba en secreto, dado que se le presentaban un sinfín de acercamientos.

—¿Queréis algo? —les preguntó a Ethans y a los demás, rechazando ellos su ofrecimiento; acababan de beber.

En cuanto Dorian se fundió entre el gentío, Cloé apresuró sus palabras.

—¿Has sido tú?! Le has indicado dónde íbamos esta noche, ¿no es así? —Agarró del brazo a Ethans, eufórica.

—¿De nada, guapa! —Alzó los brazos cual vedete de cabaret al final de un espectáculo.

—¡Gracias! Me moría de ganas de verle —reveló suscitando que abriera los ojos como platos; se tapó la boca ocultando su sorpresa. No pretendía desvelar ese secreto.

—¡Vaya! No sé qué has tomado de diferente a otras veces, pero veo que las bebidas de este sitio son idóneas para ti. Te desatan la lengua. Ten cuidado, a ver si le pides matrimonio —se burló.

Ignoraba cómo había emergido de ella tal determinación. Ni en sus deseos más íntimos y ocultos se lo permitía.

Una mano se posó sobre su vientre, adaptándose el torso de Dorian a su espalda. Impactándole su tacto y su atrevimiento, se estremeció, y aparecieron las mariposas en el punto donde él la tocaba. La balanceó de un lado a otro, acomodando su rostro contra el suyo, fino y suave. Mientras se mordía los labios, Dorian le ofreció uno de los vasos de tubo que sujetaba en la mano, dándole a elegir cualquiera.

—Estás impresionante, Cloé. Me dejas sin aliento —susurró a voces—. Debería encerrarte ahora mismo por llevar ese vestido.

Rozó la mano de Dorian con la intención de apartarla con gracia y darse la vuelta hacia él, encarando su pícara mirada. Eligió una de las copas y brindó, chocándolas.

—¡Por usted! —celebró.

—No, Cloé. Hoy brindaremos por nosotros. —Atrapó su mano al vuelo besando después los nudillos.

—¡Por nosotros! —Enrojeció dejándose llevar por sus emociones.

Sus cuerpos se movieron al son de un nuevo baile, una mano entrelazada, los gestos compenetrados. Durante unos instantes, Cloé olvidó el tumulto que los circundaba, hasta que se le ocurrió fijarse. Como ocurría a menudo en presencia de Mr. Gardiner, todas las féminas lo devoraban con la mirada. En esta ocasión, las miradas acuciosas se triplicaban. Todas las mujeres parecían gatas en celo, celo nada análogo al que se apoderaba de Cloé, puesto que le molestaba que otras flirtearan de forma tan descarada y provocativa.

Se podía estimar, pues, que la joven sufría un ataque de achares, infundados, dadas las atenciones de Dorian, quien sólo tenía ojos para ella.

Procuró disimular; las otras, delgadas, perfectas y despampanantes, rebajaban su seguridad y le restaban confianza en sí misma.

—¡No puede salir de casa!

—¿Por qué? —cuestionó perplejo.

—¿No se ha dado cuenta? Harían sentir mal a cualquier mujer banal y humana como yo. —Ladeó el rostro a los cuatro puntos cardinales, señalando a las diosas de carne y hueso.

«Sí, así se hace cuando una pretende disimular. Muy bien, niña. Manejas genial ciertas reglas básicas», se vapuleó.

—Ja, ja, ja. —No pudo evitar explotar en risas, satisfecho de la reacción de Cloé—. ¿Te incomodan?

—¡No! —le quitó importancia—. Sólo señalaba lo evidente.

—Vales más que todas juntas. —«Ninguna es capaz de atraerme como tú», se calló—. Acércate a mí. Dejarán de mirarme si creen que soy tu novio. —Apartó un mechón del rostro de Cloé. Repentinamente, empotró su cuerpo contra el de ella, cimbrando su espalda—. ¡Vamos! Sígueme el juego. —Ciñó la mano de la joven dirigiéndola hacia su pecho y se inclinó con el propósito de reposar su frente contra la de ella—. ¡Ves! Ya no prestan tanta atención.

Cloé atisbó desde el extremo de las pestañas. En realidad, le pareció que ahora todos los observaban, tanto chicos como chicas. Dorian la estrechó aún más entre sus brazos, motivando que ella se diera cuenta de que era suyo y de nadie más. No cabía preocuparse.

Si bien tanta agitación la sobrepasaba, experimentaba unos sentimientos encontrados respecto a Dorian y a Charles. Al primero lo amaba y al segundo lo apreciaba, pero el segundo era el ojito derecho de su padre; le profesaba gran cariño. Era el elegido destinado a su hija. De pronto, la devastación se apoderó de su ser. Se sintió mareada.

—Creo que... me siento un poco floja —admitió en el oído de Mr. Gardiner.

—¡Salgamos de aquí! —Tomó su rostro entre una de sus manos, puesto que en la otra sostenía el vaso, y la estudió con ternura, razón por la cual las piernas de Cloé flaquearon más aún.

—Sí. Voy a decirle a Ethans que nos vamos. —Avanzó unos pasos y se reclinó sobre el hombro de éste—. Ethans, me voy a casa. Te veo mañana.

—¿Te vas a casa? ¿Tan pronto? ¡Es la una! ¡Aguafiestas! —chilló, achispado, tanto como los demás.

Se despidió de los tres dedicándoles besos y abrazos, mientras Mr. Gardiner obró con mayor reserva, manteniéndose fiel a su carácter.

—¿Estás cansada? —preguntó entretanto recogían sus abrigos.

—No mucho. Es mi cuerpo, le cuesta seguir en pie. Puede que por estos tacones. —Los señaló con la vista.

—Entiendo que, cuanto más bonitos son, más duelen, ¿no?

—¡Totalmente! —Rio en un estado de gran relajación.

—Te propongo una cosa. Si no estás demasiado cansada, podríamos ir a tomar una última copa

a mi casa...

—¿A su casa? —le interrumpió, regia cual tronco de árbol.

—A tomar algo, como amigos..., antes de que lo sueltes. —Mostró las palmas de las manos dándole a entender que podía fiarse. Acto seguido, la ayudó a vestir su abrigo—. Prometo que no intentaré besarte —musitó cerca de su cuello, de espaldas a ella.

Volvió a notar su embrujo. Se pinzó los labios, oteando indecisa la salida del club.

—¿Y bien? —Ladeó a Cloé colocándose frente a ella, asistiéndola cuando se abotonó el abrigo.

—No lo sé —repuso, suspicaz, con un fino hilo de voz.

—Mientras te lo piensas, vamos a mi casa. —Entretanto se puso la gabardina—. Te llevaré a la tuya cuando tú quieras. —Arrugó la frente curvando las cejas.

En cuanto atravesaron el vestíbulo, Mr. Gardiner se dirigió a la chimenea, pulsó un botón y ésta se prendió automáticamente. El aire se notaba cálido de por sí; la magia de la calefacción.

—No te quedes ahí —requirió al verla, los pies arraigados al suelo de parqué, el cuerpo tieso, las manos entrecruzadas. Se distinguía inquieta desde que habían abandonado el Café de Paris—. ¿Qué te apetece beber? —Se quitó la gabardina y avanzó hacia Cloé, retirándole su abrigo. Colocó las prendas sobre el respaldo de un sofá. Al tiempo que Cloé contestaba, caminó hacia un mueble dispuesto entre el salón y la biblioteca. Al abrirlo apareció un mueble bar.

—Lo que usted tome.

A estas alturas, Dorian sabía que no podía permitirse un desliz pidiéndole que lo llamara por su nombre o que lo tutelara. Se comportaría respetuosa y cortésmente. Comprendía que si la presionaba, echaría a correr asustada. Usaría la técnica del cervatillo; aguardar, paciente, a que ella se fiara y diera el primer paso. Cualquier cosa con tal de no espantarla, o la perdería, al igual que perdería la oportunidad de disfrutar de su compañía los fines de semana. Por desgracia para él, ya no contemplaba la opción de renunciar a ese pequeño placer.

—Esta casa me..., no sé..., ¿turba? —Se le escapó un amago de sonrisa—. Es un tanto aséptica. No parece que viva nadie aquí. Como si le faltara calor. Por favor, no lo tome a mal. Nunca he sido tan ordenada. Ignoro cómo logra tenerlo todo en su sitio. Yo soy incapaz —explicó.

—No tener nada de por medio me ayuda a pensar. Estoy cómodo rodeado de simplezas. —Elegió unos licores, unos vasos y cruzó la sala hacia la nevera de la cocina, donde desmoldó unos hielos de la cubitera.

—Simplezas, que no austeridad... —Tosió a propósito vislumbrando los muebles y la tecnología de que disponía la casa.

—¿Por qué no comprar la comodidad cuando uno se la puede permitir? De hecho, estarías más comfortable sentada. —Gesticuló distintas expresiones, incluida una sonrisa.

—¿Hace mucho que vive aquí? —Acarició la tela del sofá.

—Siete años, si no recuerdo mal. —Se aproximó a la zona de estar portando las dos copas. Tomó asiento junto a Cloé ofreciéndole la bebida.

—Gracias. —La escasa distancia que los separaba la inquietaba. ¿Y si Mr. Gardiner tenía planeado algo más que una simple conversación mundana? ¿Había obrado bien aceptando venir a su casa?—. El jardín de fuera parece una bendición. ¿Nunca ha tenido animales? ¡Creo que le hace falta un perro! Un amigo fiel con quien hacer deporte, pasear, ver la tele...

—¿Estás bien? ¡Respira! —se burló advirtiendo su nerviosismo. Supuso que su comportamiento evidenciaba su desconfianza.

—¡Sí, sí! Todo bien. —Bebió su copa de un trago—. Es sólo..., no he venido aquí para acostarme con usted —soltó de pronto sin haber meditado sus palabras, como quien arranca una tirita. Más bien, su boca había traicionado los temores que afloraban al cabo de los segundos.

—No te he traído aquí para acostarme contigo —susurró, una ceja más alta que la otra—. Dejado claro este punto, ¿te sirvo otra copa, nos relajamos y empezamos a disfrutar de las conversaciones? —Escondió una sonrisa ladina.

—Lo siento, no sé por qué he dicho eso. —Su mirada buscó la afelpada alfombra bajo sus pies.

—Lo has dicho porque... —Retiró la copa que sostenía Cloé, la colocó sobre la mesa y atrapó la mano de la joven—. Eres preciosa, inteligente, encantadora, y sabes que me gustas, al igual que sé que te gusto. —Traspasó a Cloé con un atisbo hechizante y cautivador. A ella le daba un vuelco el corazón y le hervía la sangre de todo el cuerpo. Hasta conseguía notar el burbujeo en sus venas—. Pero tienes novio, así que deberé contentarme con tu amistad. —Posó un dedo bajo su barbilla, empujándola a mirarlo—. Sólo permíteme conocerte —musitó acariciándole suavemente el mentón. Retiró el dedo evitando amilanarla. Se levantó y preparó unas nuevas bebidas.

Tal declaración sumió a Cloé en un estado catatónico. Azorada por un huracán de emociones; la boca seca, las extremidades temblorosas, un nudo en el estómago.

—Oye, tengo una idea. ¿Te apetece ver una peli, palomitas, chocolate? Nos espachurramos en el sofá...

—¿Espachurrarnos? —Giró su cuerpo a fin de atisbar el rostro de Mr. Gardiner.

—Sí, ahí donde me ves, soy capaz de espachurrarme dejando de lado los amaneramientos sexis que me caracterizan. —Guiñó un ojo, las manos apoyadas sobre la isla de la cocina. De ese modo relajó el ambiente.

—¿Ha dicho chocolate, don creído?

—¿Es lo único que has oído? ¿No haces mención a mi garbo? ¡He dicho que soy sexi! —bromeó—. Sí, chocolate negro con almendras. —Suspiró, el deje exagerado para enfatizar su cómico descontento.

*Madame Bovary* de 1959 fue la película seleccionada. Uno de los tres cuadros que exhibía la planta baja, el que estaba dispuesto sobre la chimenea, se separó en dos mitades deslizándose hacia los laterales y apareció un televisor empotrado en un hueco no muy profundo de la pared. A

medida que obraba la tecnología, Dorian preparaba unos cuencos de comestibles. Acondicionó un borde de la mesa baja, aviando ahí palomitas, chocolates y helado.

—Es vegano —aclaró.

—¿El qué? —Cloé ignoraba a qué se refería.

—El helado. Puedes comértelo. —Pulsó un botón del mando a distancia, iniciando la película.

—¿De veras? —Sus ojos se dilataron, al igual que su sonrisa. Una sensación de alborozo colmó su corazón.

¿Por qué Mr. Gardiner guardaba helado elaborado con leche vegetal en su congelador? ¿Acaso esperaba la visita de Cloé?

—Me apetecía probarlo. Ya te comenté que me abriste los ojos con toda la información que tu madre y tú habéis compartido conmigo. Me parece más saludable. Además, la única diferencia que he notado en el sabor es la sensación de pesadez. Éste es mucho más ligero que los normales. Lo prefiero —declaró observando a Cloé, boquiabierta. No cabía en sí de la emoción.

«¡Increíble! No son estratagemas ni engaños de fingida reciprocidad con el propósito de gustarme. ¡Lo hace por él! ¿No es encantador? ¡Le abrazaría y no le soltaría!», gritaba de agitada euforia en su fuero interno.

—Mmm, espera. Nos falta una cosa. ¡Ahora vuelvo! —Corrió escaleras arriba y volvió con una manta de punto en la mano—. ¡Ahora lo tenemos todo! —Esbozó una mueca de júbilo al pertrecharse de lo necesario. Se arrimó a Cloé y colocó la manta encima de ellos.

—¡Me encanta! —exclamó Cloé, la sonrisa imborrable. «Podría acostumbrarme a ello»—. Es tan hogareño. —Se mordió el labio inferior.

A la distancia, Dorian disminuyó la intensidad de las luces, mientras reconsideraba las razones por las que su casa parecía vacía o aséptica, como la había definido Cloé. En el fondo asumía que, de no exponer fotografías, recuerdos o más objetos, nunca se encariñaría con materialismos, ni tampoco se encariñarían las mujeres con quien había mantenido relaciones fugaces; las cuales jamás regresaban pasados tres encuentros. Esas reglas habían regido su vida antes de Cloé. Nunca repetir conquistas, nunca enamorarse. Todo por cuanto había luchado, descartando el enamoramiento y las relaciones formales, se desmoronaba. Ahí se hallaba ahora, prendado de una mujer; desdichado a causa de un oponente mediocre. Notaba en lo hondo de su pecho que deseaba, ansiaba incluso, cuidarla y colmarla de felicidad. Ser suyo. Poco lograba entrar en razón y detener sus pretensiones, pues su mente dictaba que no se apartara de ella.

Transcurrida media hora, Dorian se permitió tomar las piernas de Cloé, bajo una mirada reprobatoria y asustadiza. Las colocó sobre su regazo tratando de quitarle los zapatos.

—¿Qué hace? ¡No! Me los...

—Cloé, simplemente te estoy quitando los zapatos para que puedas subir los pies al sofá y estar más cómoda. Ahora verás. —Empujó la mesa hacia la chimenea, alejándola del sofá—. Échate para un lado, voy a abrirlo.

—¿Abrirlo? —cuestionó.

Mr. Gardiner se descalzó y apoyó los pies en el borde del asiento. Curvó la espalda y empujó dicho borde ayudándose de sus talones. El asiento se deslizó hacia delante extendiéndose un metro.

—Ahora haz lo mismo —indicó señalando su asiento. El sofá poseía un mecanismo individual.

—¡No! Es vergonzoso, llevo un vestido que, de contonearme así, se encogerá y me servirá de cinturón.

Dorian estalló en risas.

—Tápate con la manta. Yo por si acaso cerraré los ojos.

—¡No!

—De lo contrario te cogeré y te haré rodar por encima de mí. Sin querer me caeré sobre ti, te miraré con esta mirada irresistible. —Adoptó el semblante de un donjuán, exagerando los rasgos—. Y luego desearás besarme. Nos encontraremos en una tesitura, porque te rechazaré y...

—¡Vale! ¡Vale! No era necesaria tanta parafernalia verbal —reconvino utilizando un falso enojo, y siguió sus recomendaciones. Comprobó que la mano de Mr. Gardiner ocultaba sus párpados—. Ya está. —Carraspeó alisando las arrugas de la manta. Recolocó unos mechones de cabello en su lugar; se había despeinado.

—¿Mejor?

—Es muy agradable, sí —asintió entretanto él pasaba un brazo encima de sus hombros atrayéndola hacia su pecho—. Esto resulta un tanto violento —confesó disimulando cuánto le apetecía.

—Chsss. Hazme caso. Y deja de hablar, no me dejas ver la peli —se burló arrellanándose.

Acontecidas unas horas, los ojos de ambos permanecían cerrados. Un brazo rodeaba el cuerpo de Cloé, cobijada contra el pecho de Dorian, en postura de cucharita. Se habían dormido, tan unidos como una auténtica pareja.

## Capítulo 31

Una suave caricia la despertó. ¿Dónde estaba? Durante un momento dudó, hasta que recordó estar en casa de Mr. Gardiner. No sólo en su casa, sino entre sus brazos.

La nariz de Dorian volvió a acariciar el cabello de Cloé. Luego le besó el cuello.

—¡Buenos días! —murmuró él, los ojos inundados en brumosos sueños todavía.

—¡Dios santo! ¿Me he dormido? —chilló alzándose de sopetón.

—Estaba seguro de que harías eso. —La contempló, los párpados entrecerrados.

La planta baja permitía una ingente entrada de luz por la mañana.

—¿Hacer el qué? —Buscó sus zapatos en el suelo y su bolso sobre el sofá.

—Precisamente lo que estás haciendo. —Se levantó, sosegado, y descansó los labios contra la parte alta de la cabeza de Cloé—. ¿Café? Tengo leche de coco, si quieres.

—Sí, bien, vale, de acuerdo. Sí, está bien —proseguía alterada. Procuraba localizar sus cosas—. Lo siento, hoy quería despertarme pronto. Había quedado en ir a un refugio de animales.

—¿Voluntariado?

—Sí. —Ensartaba la correa de los zapatos rodeando sus tobillos en el pasador.

—Tranquila, son las ocho y media de la mañana. ¿Has quedado con alguien para ir?

—Había quedado con Ethans, pero si se acostó tarde dudo que venga. Mi madre no puede, está preparando su exposición. ¿Recuerda que se lo comentó el domingo pasado? —Se acercó a la isla de la cocina envuelta en la manta.

—Sí, lo recuerdo. Me invitó varias veces. ¿Puedo acompañarte al refugio? —Le sirvió una taza de café instantáneo, el cual olía a gloria—. ¿Leche y azúcar?

—Sí, por favor.

—¿Sí a la leche o sí a acompañarte? —Apoyó los codos sobre la bancada donde entrelazó las manos.

—Sí a la leche, no al azúcar. —Sonrió al observar un atisbo de desilusión en los ojos de Mr. Gardiner cuando negó antes de terminar la frase—. Y sí, me puede acompañar, pero debo advertirle primero.

Mediante indicaciones, le previno acerca de las escenas que allí se encontraría y la labor de los voluntarios; limpiar las jaulas, bañar a los animalitos, sacarlos a pasear, darles de comer y, por encima de todo, aguantar las ganas de llevárselos a casa. Muchos de ellos ingresaban con signos de violencia y malos tratos, faltándoles partes del cuerpo o padeciendo alguna enfermedad.

A menudo era tal el sufrimiento compartido que las lágrimas de impotencia saltaban a los ojos por inercia. ¡Cuántas injusticias y maldades originaba la humanidad hacia seres fieles y genuinos!

—Voy a ducharme, me cambio y nos vamos. Tardo quince minutos como máximo.

—¿El baño? —preguntó temiendo lucir un rostro abotargado, como proporcionaba el despertar. Además no se había desmaquillado. ¡A saber qué imagen proyectaría!

—La primera puerta a la derecha, junto a la biblioteca. Ahí —puntualizó con su dedo. Ascendió por los escalones.

«¡Mi madre! ¡Qué horror!», gimoteó ante el espejo; la máscara de pestañas corrida bajo los ojos, la tez medio lívida, el cabello alborotado. Se lavó el rostro apresuradamente, retocándose luego auxiliada por los básicos de maquillaje que guardaba en su bolso. Un poco de brillo de labios, máscara de pestañas para intensificar la mirada y un rubor de matiz rosado. Aun así, nunca semejaría el hermoso tono de piel de Mr. Gardiner, tostado por el sol californiano, pese a los meses que transcurrían ya desde sus vacaciones estivales.

Se abrigó y salió al jardín apenas hollado. «Cuánto espacio para un perro, tres gatos, un cerdito, un hurón, un caballo, cuatro vacas... Ya estoy flipando», se burló de sí misma.

—Miss Nicholls. —Le encantaba llamarla así cuando la sorprendía de espaldas—. ¿Me haría el honor de pasar el día conmigo?

—¡Adulador! —Sonrió—. ¿Un día entero? Se aburriré de mí. —Se pinzó los labios aceptando el brazo que él le ofrecía. «Ignoro qué será de mí cuando suceda, cuando se canse y me dé la patada», ponderó cual alma en pena.

—¿Ése es tu miedo, que me aburra de ti? —intuyó—. Siento defraudarte. Me queda mucho por descubrir de ti, y contigo. —Ladeó el rostro hacia ella mirándola a los ojos con sinceridad—. Cloé, no eres una... —«conquista pasajera», iba a añadir, pero cambió de parecer y, en su lugar, adujo—: Una persona de la que me pueda olvidar someramente.

Condujo hasta James St., donde fue recibido como uno más de la familia. Gozaba cada vez más de aquel trato. Mientras aguardaba la venida de Cloé, quien a su vez se aseaba y acicalaba, mantuvo una charla con Margaret. La noche antes se le había escapado a Cloé la fecha de su cumpleaños, fecha ya conocida por el abogado. Motivado, pidió permiso a la pelirroja para darle una sorpresa a su pasante. Ambicionaba regalarle un fin de semana en París. Requería su ayuda a fin de mantener el asunto bajo secreto. Preveía reservar la tercera semana de noviembre, puesto que Cloé celebraría una fiesta íntima entre amigos el segundo fin de semana del mismo mes. Margaret se hallaba en el cielo al percibir el cariño que Dorian le profesaba a su hija. Una madre nunca podría soñar algo mejor. Incluso si fuera el hombre más pobre del universo, con tal de amarla con aquella devoción como demostraba él, se la habría entregado sin oponerse.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Cloé atravesando la cocina cargada de una bolsa de viejas mantas, sábanas, toallas y tapones de botellas de plástico que recolectaba para la causa animal.

—Le comentaba a tu madre que hoy pretendo secuestrarte. —Le guiñó un ojo a Margaret—. No te traeré hasta la noche.

—¿Ah, sí? —¿Por qué era siempre la última en enterarse?

—Sí. Iremos a la perrera, luego a comer, después pasaremos, y quizás te lleve a cenar. Depende de cómo te portes. —Se cruzó de brazos.

—¡A mí que me registren! —soltó una risita cantarina. La sangre se agolpaba en sus mejillas.

Del refugio, Mr. Gardiner salió con el corazón partido. En su vida habría imaginado tanta desgracia y crueldad. Tantas vidas abandonadas a su suerte. Luego rescatadas y encerradas, a la espera de una adopción o de la muerte. De pronto comprendió a Cloé. Ése era el punto inflexible que le faltaba, la última pieza del puzle; o eso pensó hasta ver el documental titulado *Earthlings*, que Margaret le recomendó. A raíz de ese vídeo, decidió reducir su ingesta de productos de proveniencia animal a una vez a la semana, como muchos médicos aconsejaban.

Tras hacer buenas migas con un cachorro sietemesino sordo, Dorian se dirigió a Hyde Park, el pulmón de Londres, parando antes en un restaurante de comida para llevar. Le entusiasmaba la idea de invitar a Cloé a un pícnic en el parque más extenso de la ciudad, perteneciente en la antigüedad a la abadía de Westminster.

—Hacía años que no frecuentaba este parque —confesó Mr. Gardiner tumbado sobre una manta dispuesta sobre el césped. El día los acompañaba brindándoles un grato esplendor; el cielo se abría ante las vistas de los turistas que allí paseaban, sin nubes en el horizonte.

—A nuestro alcance se halla el aleteo del cisne. Una quimera se discierne, allá en los ojos de quien lo entiende —poetizó desastrosamente—. Ya comprobará que no asoma en mí ningún talento literario, pese a leer a Lewis y Tolkien. Poco o nada se me pega de sus prosopopeyas. —Se sintió ridícula.

—Eres una caja de sorpresas, *milady!*

—Oh, *buen señor*, ¿pretende que me sonroje? —Se cubrió la boca con una mano y aleteó las pestañas cual actriz de teatro.

—¡Siempre! Quizás lo ignores, pero eres entrañable cuando te sonrojas. —Dicho halago desconcertó a Cloé—. Bueno, vámonos, o lo siguiente que he previsto cerrará pronto. —Se levantó tendiéndole la mano.

Recogieron cuanto habían colocado sobre la manta y se marcharon, a saber dónde, ya que Cloé no tenía ni idea.

Caminaron juntos, las manos rozándose sin llegar a tocarse, atrayéndose aun así. Ambos se esforzaban en mantener una barrera infranqueable. Se podía designar seriedad a esa comedida distancia.

—¿Una barca? ¿En serio? ¿Sabrá remar, verdad?

—¿Acaso temes que te tire al agua?

—¡Nunca aprendí a nadar! —prorrumpió Cloé. Las facciones denotaban espanto.

—Entonces, te mantendré cerca de mí. Prometo que nada te ocurrirá mientras estés conmigo — juró solemne.

—Ja, ja, ja, lo siento, era broma, ¡pero ha merecido la pena verle la cara! —Rio burlándose de su acompañante, que la contemplaba cual príncipe sobre su blanco corcel.

—Conque ésas tenemos, ¡eh! —La agarró del talle alzándola sobre su hombro. Los gritos de la joven, divirtiéndose, retumbaban en sus oídos. La posó en el filo de la embarcación. Estiró de su mano, obligándola a sentarse sobre el asiento de madera. Bogó, decidido, los movimientos atléticos, hacia el centro del lago—. No te rías, siempre he deseado hacer esto, pero nunca me he atrevido. Supongo que tiene una explicación. Jamás había encontrado a nadie para acompañarme teniendo la certeza de que dicha mujer no se va a enamorar.

—¿Cómo? —le molestó lo que daba a entender.

—Sí, traer aquí a una mujer a sabiendas de sus sentimientos... sería mi fin. Mujeres desesperadas por una pedida matrimonial —la provocó incitándola a contradecirle. No obstante, ella perdió la vista en la quietud de las aguas, conduciéndose de manera opuesta a lo que él había especulado. ¿Por qué Cloé nunca se daba cuenta de ciertas obviedades?

Ambos escrutaron las orillas del lago, pobladas de verdor, lozanas flores y paseantes curiosos.

—Cloé, creo en el matrimonio, en quienes no creo es en las personas. ¿Te molestan mis ideas al respecto? —Cesó de remar acercándose a ella, quien se estremeció echando la espalda hacia atrás.

—Sólo tengo veintiún años. Se lo vuelvo a repetir, soy muy joven para pensar en enlaces y uniones eternas. —Avisó un cisne a unos metros seguido de otro—. Dicen que siempre se trasladan en pareja —afirmó hundiendo los dedos en el agua. Dibujó formas inconclusas.

—Perdona, pretendía ser gracioso. —Recogió los remos, la fisonomía sombría. Bogó de nuevo hacia la caseta donde se fletaban las barcas.

Abstraída por su propio cielo borrascoso, cuyo mundo de incomprensiones la cegaba, perduró la joven. Estaba trastornada pese a declarar Mr. Gardiner que todo se traducía en una miserable broma. Si bien ciertos aspectos de la juventud se ciernen sobre el carácter tornándolo voluble, ahora él se menospreciaba.

Ambicionó sacarla de aquel efímero estado de ánimo subiendo a la noria de Londres, en vano. El rostro pasivo e impávido de la joven poco le transmitía. ¿Qué había dicho para agraviarla? ¿Qué tan espinoso o trascendental le hacía meditar durante horas?

Prefirió anular la cena y llevarla de regreso a su casa. Cloé le había confesado que temía que se cansara de ella, y ahora él valoraba semejante idea. ¿Y si ella se había cansado de él? ¿Y si echaba en falta a Charles? Las inseguridades lo carcomían.

—Cloé, lamento si te he defraudado en modo alguno.

—Usted no ha hecho nada en absoluto. Nos vemos mañana. —La mortificaba su enamoramiento hacia él; nunca sería capaz de pertenecer a una sola mujer, jurarle amor sincero y acatar las leyes

sagradas. Un hereje del amor, a eso se reducía Mr. Gardiner. ¿Cómo había dejado que él la enredara en su tela, como la víctima de la araña?

Inmensamente indignada, desconcertada e irritable, subió a casa. Encontró a su madre preparando la cena.

—Cielo, nunca he interferido en tus asuntos, así que perdóname por lo que te voy a decir. No eres feliz con Charles. Amas a otro. Haz cuanto tu corazón te implora y déjalo. ¡Deja a Charles antes de franquear la línea de la infidelidad! Sabes cuánto desprecio esos...

—Mamá. Papá se vuelve a casar. No soporto a su nueva prometida. Apenas nos hablamos últimamente. Por lo tanto, es mal momento para dejar a Charles —arremetió cruelmente contra su madre, al sentirse frustrada y descompuesta.

## Capítulo 32

Un lunes clareaba discordante a sus emociones; ni llovía ni se percibían venidas de nubes. En su mente se había sembrado el caos. Amaba a quien jamás tendría, y tenía a quien jamás amaría como al que verdaderamente amaba. ¡Valga la disyuntiva! Encima, había herido a su madre en el camino, confesando la verdad acerca de la reciente enemistad con su padre.

—Buenos días. —La sorprendió una presencia aguardando en el patio, unos cafés en la mano.

—¿Mr. Gardiner?! ¿Qué hace usted aquí?

—Voy a empezar a cobrarte por las veces que repites esa frase —intentó calmar los ánimos.

Cloé apoyó el peso sobre una pierna, estrechando la correa de su bolso entre sus dedos. Vaciló ante el café que le ofrecía Mr. Gardiner.

—Gracias —aceptó con recelo. «¡Basta! No le culpes a él de tus inseguridades y desamores. Es adorable. Mira que traerte un café expresamente antes de ir al despacho porque cree haber obrado mal, cuando eres tú quien se ha molestado por una tontería... ¡Cambia el chip!», se encorajinó consigo misma avergonzándose de su versátil comportamiento. Sin mediar palabra, trazó una tímida sonrisa, se alzó hacia la mejilla de Mr. Gardiner y le regaló un beso.

—¡Vaya! Te traeré café más a menudo —se impresionó—. Yo que deseaba invitarte una noche de esta semana al Shakespeare's Globe Theatre o al Electric Cinema para resarcirme, y ahora me perdonas con un simple café.

—¿Al Electric?

—Me gusta. Es antiguo..., se ubica en Notting Hill..., pensé que te agradaría.

—No anda equivocado. —Tomó un sorbo del café detectando toques de leche vegetal, canela y caramelo.

Marcharon al despacho planeando una noche de cine y fechándola el miércoles. Una hora más tarde se dirigían a las cortes, donde Cloé coincidió unos breves instantes con su amiga Hailey, lo cual la hinchó de ilusión.

Celebraban uno de los dos pleitos apuntados en la agenda; el segundo se había aplazado. Esa misma tarde se reunían con Beatrice y Mr. Brant para concluir la resolución del contrato, renunciando ella a su hijo mientras él se encargaba de toda factura recurrente. Cuanto había descubierto Cloé acerca del asunto le impedía a Beatrice proseguir con cualquier movimiento jurídico, puesto que la encarcelarían por ello.

Cuando salieron de la reunión, Cloé oteó a James al fondo del pasillo. Caminó en su dirección a fin de saludarle.

—James, me alegra verte. Quería decirte que siento mucho si... Bueno, el tema de las vacaciones anticipadas —carraspeó timorata.

—Perdóname tú a mí, Cloé. Había bebido. No es una excusa. Simplemente en ocasiones me dejo llevar y me comporto como un estúpido. ¿Cómo te va?

—¡Bien, gracias! Hemos tenido más faena porque nos han transferido gran parte de vuestros asuntos civiles en tu ausencia. Menos mal, con el Online Dispute Resolution<sup>1</sup> hemos solventado pleitos por cantidades menores a treinta mil libras. Al igual que haces tú mediante internet. En otros, nos hemos personado en el tribunal, pero no te preocupes, hemos estado a la altura. — Sonrió fluyendo en ella un deje de simpatía. Ningún rencor le destinaba.

—Sí, me han puesto al corriente. Me alegra verte, Cloé. Ya coincidiremos por aquí. —Se marchó, complacido.

—¿Todo bien? ¿Qué quería de ti? —inquirió Mr. Gardiner.

—Todo bien. —Sacudió la cabeza apaciguándolo—. Sólo le comentaba lo mal que me supieron...

—Sus vacaciones anticipadas —dijeron al unísono.

—Exacto. —Cloé estiró los labios.

—Sí, ya te voy conociendo. Venga, lianta, tenemos trabajo. —La empujó del hombro, una mueca alegre asomando en sus labios.

A las seis, hora de salida de la oficina, cuando Mr. Gardiner se disponía a llevar a Cloé a casa, realizando antes una pequeña parada, pues tenía una sorpresa que enseñarle, una visita inesperada truncó sus planes.

—¡Hola, amor!

—¿Charles? ¿Pero qué...? ¿Cómo...? ¿Qué...?

—Perdona que me presente sin avisar. Tenía muchas ganas de verte. —Cojeó hacia ella y la besó ante los ojos atónitos de Max, Leslie y Dorian—. ¡Perdonad, qué modales! —Se giró hacia los demás—. Soy Charles Dunbridge, el novio de Cloé —saludó a Max y a Leslie, quienes contestaron respetuosamente, incluso Mr. Gardiner, en cuya mirada se concentraban unas chispas que más adelante provocarían relámpagos. Hechas las presentaciones, Charles prosiguió—: ¿Nos vamos, amor? Te llevo a casa —se creció sin apartar la vista del rostro de su amada. Se había posicionado en un lugar dominante y territorial junto a ella, dejando las cosas claras.

—Sí —contestó sin pensar, como ocurría a menudo, evitando negarse o defraudar a alguien—. Me pillas en un... Vale. —Resopló en silencio—. Cojo mi bolso.

¿Qué podía hacer Dorian? Ningún derecho poseía sobre ella. Lacerándolo los celos, sólo quedaba aguantar el mal trago y atisbar, el ojo crítico, cómo otro se la llevaba. Los dientes le dolieron, resintiéndosele la mandíbula a causa de la fuerza empleada al apretarla. Max avizó los

puños de Mr. Gardiner hundiendo las uñas en las palmas de sus manos. Dedujo que entre su jefe y la pasante trascendía más de lo que él había sospechado.

—Amor, ya sé que ahora tengo más tiempo por culpa de la dichosa escayola, y tú en cambio estás más ocupada... Lo que pretendo decir es que percibo una extraña sensación. Apenas contestas mis mensajes, nos vemos menos que antes, y cuando estamos juntos parece abstraída en otros asuntos, ausente y lejana —repuso sin interrupciones mientras alcanzaban la calle y llamaba a un taxi—. Cloé, te quiero muchísimo y... me da miedo perderte. —Frunció el ceño.

Le rompió el corazón a la joven, que se enfureció consigo misma por el dolor que le generaba. Charles no se lo merecía. Quizás no eran almas gemelas, pero se portaba bien con ella. Dirimiendo la situación, le invitó a quedarse a cenar. Margaret aún no había digerido la noticia, si bien una persona ayudó a aplacar su reacción tornándola más tolerante. El culpable de su aceptación era nada menos que el buen doctor, quien había tratado a Cloé. Con pretexto de la enfermedad de la joven, ambos habían iniciado largas conversaciones personales, intimando hasta el punto de citarse y salir a cenar alguna que otra noche. El disgusto de Margaret no fue el vaticinado por Ethans y Cloé. Cuestión que alegró a los dos primos.

Durante la cena, nada hizo Ethans en pos de procurar disimular su encono hacia Charles. Margaret, correcta aun así, actuó falta de júbilo. En silencio se reservaba preguntas concernientes al futuro de su hija respecto a un hombre que jamás le brindaría felicidad plena.

Tras la marcha de Charles, de vuelta a su dormitorio, Cloé dejó caer su cuerpo sobre la cama. Suspiró y ocultó su rostro bajo sus manos. Se frotó los ojos y, tras meditarlo unos exiguos segundos, abrió su portátil. Necesitaba cambiarse las ideas. Mr. Gardiner le había mandado varios mensajes de texto y la había llamado una vez. La joven, al tratar de disfrutar de la velada, no le había hecho el menor caso, muy a su pesar. Aquietando el galimatías que su mente suscitaba, decidió proseguir investigando los vídeos del caso Walsh.

—¡Oh, mi madre! ¿Pero qué? —bramó incrédula ante las imágenes. Había detectado una conversación a través de un espejo. Con un programa de edición, volteó el reflejo, de modo que consiguió leer los labios del individuo.

Tras un veloz parpadeo, agarró su teléfono y llamó en un instintivo reflejo a Mr. Gardiner. Le temblaba cada músculo del cuerpo.

—¡Hola, preciosa! —contestó tan campante.

—¡Mr. Gardiner! —voceó— No va a cre...

—¿Cloé, qué sucede?! —Su voz mudó por completo de la alegría al espanto.

—¡Oliver Walsh es culpable! ¡Está liado con la mujer de la víctima!

—¿Cómo dices? Cloé, cálmate. Culpable o no, es nuestro cliente, nos corresponde defenderlo. ¿Es culpable? ¿Cómo lo sabes? —le intrigó.

—Verá. Reconocí la figura de Mrs. Thomas por el vídeo del juicio, de cuando testificó. Bien, estaba mirando ahora las imágenes de las cámaras de la sala de tiro, las exteriores. Total, ella aparece entrando en la tienda donde Oliver ojea algunas prendas. En la distancia no se deduce

nada si uno no presta atención. Sin embargo, me fijé en un gesto apenas perceptible, y luego en el reflejo de un espejo, y ahí logré leer los labios de la mujer. Se ve claramente cómo su boca se mueve en dirección a Oliver y le dice: «¿Qué haces aquí fuera? Vale, pero no vuelvas a llamarme. Sabes que durante un tiempo no podemos vernos. No deben relacionarnos. Te extraño, cariño».

—¡Oh, no! Espero que el fiscal no haya visto eso. Siempre podemos dar a entender que la mujer hablaba por teléfono a través de un pinganillo, en lugar de mantener una secreta charla con él.

—¡Ojalá! Pero no. Existe una nota.

—¿Una nota? ¿Qué nota? —Temía por su cliente. Un paso en falso y el juicio se vendría abajo. Recelaba las pruebas de última hora.

—En ningún momento se acercan el uno al otro, supongo que para evitar levantar sospechas, hasta que ella pasa a su lado y ambos miran en dirección opuesta. En ese preciso instante ella coloca una nota en la mano de él. La verdad, lo logra con maestría, salvo por un pequeño incidente. La nota resbala de la mano de Oliver. De no ser por su torpeza, habría sido imposible intuirlo. Bien, agrandando la imagen, he conseguido leer lo siguiente: «¡Hay que hacerlo ya! La semana que viene ha alquilado una hora. El día veintisiete, de doce a una. ¡No me falles! Te amo».

—Uf, que no cunda el pánico —bufó rezumando su voz un tono iracundo—. ¿Se aprecia de modo paladino?

—No, me ha costado darme cuenta, aunque tampoco mentiré diciendo que he tenido un golpe de suerte.

—No, no, es evidente. Bueno, mañana hablaré con Max a primera hora. Esta noche poco conseguiríamos. Gracias, Cloé. Más vale ser previsoros.

—¿Considera que, de poseer el fiscal tales evidencias, le habría acusado por asesinato, en lugar de homicidio?

—Me lo figuro. Bueno, es obvio, pero el juicio aún no ha terminado. De obtener esas pruebas, todo daría un giro. —Suspiró marcando una larga pausa—. Por lo demás, ¿qué tal ha ido con... Dunbridge? —le costó pronunciar su nombre.

—Bien. —Se pinzó los labios violentada de pronto.

—¿Piensa venir a menudo al despacho? —persistió, acérrimo, simulando naturalidad, no obstante.

—Lo dudo. Aunque es mi... novio. No puedo... impedirle que venga a buscarme al trabajo —articuló sin modulación evitando lastimar a Mr. Gardiner si empleaba un tono cortante o, al contrario, de alborozo.

—Entiendo. —Se aclaró la voz—. ¿Sigue en pie el plan del miércoles? —Descartó la palabra cita.

—Sí, por supuesto. —Sus dedos acariciaron sus labios.

—Bien. Te veo mañana, Cloé.

—Hasta mañana, Mr. Gardiner. —Colgó, el corazón zambullido en un océano de pena.

A la tarde siguiente, Cloé no soportó más mensajes de Charles. «¡Qué pesado se pone! ¿A qué viene ahora tanto mensajito, corazoncito y zalamería? Es impropio de este hombre. ¡Me va a volver loca!», se quejaba a causa de los innumerables te quiero, te echo de menos, ¿qué haces?, ¿te apetece salir a comer?, ¿al cine?, ¿de compras?, ¿a un partido?, ¿a tomar algo, café, refresco, copas...? ¿De cuántas formas se podía repetir lo mismo? Nunca había demostrado ese tipo de amor en su relación. La ponía de los nervios. Rezaba profundamente con el propósito de que no se le ocurriera regresar al bufete en su busca, o explotaría. Además, Mr. Gardiner deseaba mostrarle una cosa, la cual frustró Charles el día anterior.

—¿Dónde vamos? —preguntó con los nervios a flor de piel.

—¡Ya lo verás! —Guiñó un ojo, el semblante vivaracho.

—¿Es el camino de su casa? —cuestionó minutos después.

—¿Quién sabe? ¡Como sigas así, te vendaré los ojos, Cloé! —rezongó divertido—. De hecho te voy a pedir que te los tapes. Aumentaremos la intriga.

—¡No! Me portaré bien, no volveré a preguntar. —Ocultó una sonrisa de suficiencia.

—Ya no me fío de ti. —Aferró su mano y la condujo hasta sus ojos, obligándola a acatar su orden. Los dos reían como niños.

El coche se detuvo. Cloé percibió cómo se abría un portón. No había duda alguna, se hallaban en casa de Mr. Gardiner. El deportivo avanzó unos metros y frenó nuevamente. Luego, el motor se apagó.

—¡Quieta ahí! No te muevas y no mires.

Escuchó la puerta abrirse y cerrarse. ¿Qué tramaba el abogado? ¿Para qué tanto secretismo? Curiosa, aguzando el oído, nada columbraba la joven. De repente, en cuanto Dorian abrió su puerta, un ladrido la asustó, tomándola desprevenida. Sobresaltada, apartó las manos y descubrió la figura de un perro corriendo hacia ellos.

—Cloé, te presento a mi nuevo amigo.

## Capítulo 33

Mr. Gardiner acarició la cabeza de un mastodonte cuyas orejas, de aspecto orgulloso, apuntaban al cielo.

—¡Oh, Dios mío! Es precioso. ¡Es el del refugio! —se emocionó cruzando las manos sobre su pecho. Bajó con premura del Aston Martin y se abalanzó sobre el pobre acobardado; poco se fiaba al principio.

El gran danés medía lo mismo de alto como de largo. Su musculatura noble se movía ágil y elegante. Debido al tamaño de sus patas, se deducía su juventud, entre cinco y siete meses. De porte grácil, su pelaje leonado de un rubio pálido resplandecía. Una máscara negra maquillaba sus ojos y descendía hacia su hocico y su mandíbula otorgándole fiereza. A simple vista, el gran danés impresionaba a cualquiera debido a su enorme tamaño, ya que podía llegar a alcanzar los dos metros de alto cuando se erguía sobre sus dos patas traseras. Sin embargo, se discernía en su mirada el carácter amistoso y dócil. Éste en particular había sufrido un pronto abandono originado por su sordera; había nacido sin el sentido auditivo.

—Sí, es él. Creo que el domingo los dos congeniamos y creamos un vínculo. No pude cesar de pensar en él en toda la noche, y en lo que dijiste sobre tener un compañero fiel. Tenías razón, aquí dispongo de mucho espacio. Un jardín vacío no es un jardín feliz. —Sonrió agachándose a la altura del cachorro—. Ayer por la mañana llamé a la perrera, mandé la documentación pertinente y a las seis y media lo trajeron. Comprobaron el jardín, las entradas y salidas, asegurándose de que no pueda escaparse, indagaron dentro de la casa y me hicieron un sinfín de preguntas entretanto observaban cómo nos comportábamos juntos. Una experiencia extraña, he de reconocer.

—¡Estoy estupefacta, Mr. Gardiner! Y muy agradecida también. Seréis muy felices aquí los dos, no me cabe duda. —Sonrió rascando el lomo dorado del animal.

—Espero..., me gustaría que nos ayudes. Aunque me he informado en internet sobre la sordera en animales, me vendría bien una mano de cuando en cuando. —Usó un tono delicado.

—¡Por supuesto! Cuente conmigo para lo que necesite. —Ni lo pensó.

—Ven, pasemos dentro. Así conocerás a Isabel, mi asistente. —Afianzó su mano balanceándola hacia delante y hacia atrás. La joven se petrificó unos instantes. Ingresaron al salón y seguidamente a la cocina, donde una mujer de rasgos latinos, mirada servicial y cariñosa, sacaba unos cubiertos del lavaplatos y los guardaba en el armario.

—Cloé, te presento a Isabel. No me muero de hambre gracias a ella. Isabel, te presento a Cloé.

La joven estiró de su mano con intención de recuperarla. Timorata, la colocó detrás de su

espalda, juntándola con el codo opuesto.

—Encantada, Isabel. —Le dedicó una tímida mueca.

—¡Ay, Miss Cloé! ¡Qué gusto conocerla! El señor me ha hablado mucho de usted. —Cloé se sonrojó alcanzando sus mejillas un tono escarlata. ¿Mr. Gardiner hablaba de ella?—. No sé qué le ha hecho para que coma tanta fruta y verdura, incluso las legumbres. ¡Con lo que me costaba que se las comiera!

—Sí, me conocen por ser la representante de las legumbres. —Estalló en risitas.

—Uy, no sólo por eso, señorita. El señor le tiene mucho aprecio y...

—Isabel —interrumpió Dorian antes de que se propasara—, puedes retirarte ya, es tarde. Vete a casa. Terminaré yo después. —Ojeó el lavaplatos.

—Muy bien, señor. Hasta mañana. —Sonrió y se dirigió a Cloé—: Un placer, Miss Nicholls. Espero volver a verla. Adiós.

—Igualmente, Isabel. Hasta pronto —se despidió.

La mujer de mediana edad desapareció tras la puerta de la lavandería; dicha estancia conducía al gimnasio y al garaje, por cuya salida se encontraba un pasillo exterior que desembocaba al jardín.

—Es un encanto de mujer —evidenció Cloé.

—Lo es, y también entrometida. —Perfiló una sonrisa mientras arqueaba una ceja—. Bueno, ¿te quedas a cenar con nosotros?

—Mmm..., no sé... —titubeó. Le debía una llamada a Charles. Sus interminables afanes por recuperar su atención suscitaban que apenas le quedara tiempo a Cloé para ordenar sus pensamientos.

—No te prometo una gran cena. De hecho, conociéndome, será terrible. Mejor investiguemos qué ha preparado Isabel. —Al reparar en el semblante dubitativo de la joven, añadió—: ¡Mírale! ¿Cómo negarse ante esa carita de pena? —Se colocó junto al gran danés parodiando su mirada.

—Está bien. ¡Cielos, qué bien se os da el chantaje emocional! Sois tal para cual —bufaba hilarante.

—¡Muy bien, campeón! Ya la tenemos en el bote. —Avanzó hacia Cloé y le retiró su abrigo—. Me gusta tenerte aquí —confesó, un hilo de voz vacilante. Penetró en sus ojos, robándole su atención. Un escalofrío provocó que la joven convulsionara. Al ver reflejado aquel temblor a través de los músculos, Dorian posó sus manos sobre los brazos de Cloé y se los frotó—. ¿Tienes frío? ¿Subo la calefacción?

—No, no. Estoy bien. —Se apartó aproximándose al perro. Ahora tenía una excusa convincente que ofrecer ante su novio, su madre y su primo, y de este modo encubrir sus escapatorias.

—Entonces soy yo quien provoca esas reacciones en ti —bromeó velando la realidad.

—¿Cómo lo llamará? Aunque no oiga nunca su nombre será conveniente ponerle uno —lamentó.

—Sus anteriores dueños le pusieron Rex.

—Sí, lo sé. Me fijé en el refugio. Pero Rex no le pega. Necesita un apodo fuerte y bravo. Algo así como Hércules, o Thor, o...

—Nombres de dioses y semidioses, por lo que veo. ¿Pasamos de la literatura inglesa, Miss Nicholls?

—¡No es mi perro! —reprendió alegremente—. Por tanto, no me corresponde llamarle Byron, o Dickens, o Doyle, ¡o qué sé yo! —Atisbó a Rex agitando la cola.

—Byron es un buen nombre —ponderó—. ¡Busquemos en internet! Si no nos gusta otro, le pondremos Byron.

Un estremecimiento barrió el corazón de la joven. Mr. Gardiner hablaba en plural. Frunció el ceño mientras suspiró de pesar sin que él lo percibiera. Consideraba malvado por su parte ser su amiga si nunca le ofrecería la relación carnal que requería o esperaba de ella, arrastrando por el fango sus expectativas y ambiciones.

—Siéntate en el sofá, voy a por mi portátil —mandó con mucha naturalidad. Rex lo siguió, los andares expresivos.

Se colocaron juntos, el portátil sobre el regazo de Mr. Gardiner, Cloé inclinada sobre él. En aquella postura el perfume de Cloé le embaucaba, y viceversa.

«Sepárate un poco. Estáis muy pegados», apareció su conciencia, cual soldado belicoso al servicio de Charles. Mudando su postura, se arrodilló en el suelo junto a Rex, posiblemente nombrado Byron en un futuro, y jugó con él. El revoltoso cuerpo del perro, joven y bullicioso, arrojó a Cloé al suelo. Entre risas alocadas, Rex intentaba lamer los labios de su nueva amiga, que se retorció como una anguila.

—¡Oye! Me voy a poner celoso —protestó Dorian hechizado ante la escena. Se deleitaba admirándola, fascinado; acariciaba al perro con mimo.

A su vez se arrodilló junto a ellos y cosquilleó el abdomen y los costados de Cloé con una mano. Mediante unas caricias, incitaba a Rex con la otra. Rex pisoteó a Cloé, cruzando por encima de ella para llegar al rostro de Dorian, risueño. Éste se dejó caer exhausto junto a la joven. En cambio, Rex continuaba sacando la lengua, feliz de gozar de sus nuevos compañeros de juego. Cloé se refugió en los brazos de Dorian, quien la hizo girar, para posicionarse sobre su diminuto cuerpo. Las risas cesaron de pronto, como un disco de música que se interrumpe súbitamente.

—Eres preciosa, Cloé —musitó, una pierna entre las de ella.

Acarició su cabello con los dedos, recorriendo el borde de su rostro. Uno de sus brazos le servía de almohada, colocado bajo la cabeza de la joven. Ella tragó saliva en repetidas ocasiones, la garganta seca. Elevó la mano, alcanzando la barba de Dorian, quien la contemplaba con una ardiente pasión a la par que fervor y adoración. Cloé hundió los dedos en el vello, atusándolo delicadamente. Ambos respiraban alterados, atraídos por sus labios, jugosos y aspirantes ante la excitación de un roce. Rex se había tumbado a su vera, expectante, ansioso por continuar la diversión.

El gran danés ladró, despertando a los enamorados, bajo el influjo de un sortilegio.

—Tengo que irme —parpadeó Cloé rodando hacia un costado. Después se levantó.

—Cloé, espera. —Se puso en pie y pinzó su entrecejo entre dos dedos.

—Se hace tarde. ¿Dejamos la cena para otra ocasión? —Caminó hacia la cocina. Vistió su abrigo. Rex la acompañaba—. Por cierto, el grandullón necesitará una cama y juguetes. ¿Le ha comprado comida?

—Sí, tiene comida, y ya he reservado por internet cuanto precisa. ¿Cloé, puedes parar un momento? —Se impuso ante ella. No osaba mirar el rostro de Mr. Gardiner—. ¿Siempre vamos a estar así?

—¿Así cómo? —prorrumpió de repente ocultándose bajo sus manos.

—¡Así! Actuando como... —Aferró las manos de Cloé—. ¡Mírame! ¿Te doy miedo? —Avanzó un paso—. Ignoro si te doy miedo por lo que soy o si te doy miedo por lo que sientes por mí.

Cloé se mordió los labios y, cabizbaja, clavó la mirada al suelo. Una impresión infernal como unas llamas lamía su rostro.

—Cloé, háblame. ¿Sientes algo por mí?

El corazón le latió sin consonancia, alocado. En su vida, jamás había experimentado en tan corto plazo tantas taquicardias, escalofríos, estremecimientos, sudores febriles, mareos, flojedad en las piernas y nudos en el estómago. El enamoramiento se traducía *per se* en un síntoma médico semejante a una gripe aguda.

—¡No puedo! —gritó, la voz rota. Frustrada, el rostro exento de expresión, unas dolorosas lágrimas surcaron sus ojos manifestando su agonía—. No puedo —retomó el tono menos efusivo—. Tengo novio, así que no quiero darle esperanzas o confundirle.

—A mí no me confundes, eres tú quien está confundida. —Dio otro paso al frente, aún obrando con mucho cuidado a fin de evitar amilanarla. Cloé zafó sus manos de las de él y enjugó sus lágrimas.

—¿Puede llevarme a casa, por favor? —solicitó en un fino hilo de voz, un tanto tajante.

Mr. Gardiner estiró el cuello hacia atrás, la nariz apuntando al techo. Exhaló un suspiro, mezcla de exasperación y cansancio. Un cansancio originado por el sentimiento de ir tras alguien como un animal sumiso, sin nunca recibir a cambio su recompensa ni muestras de afecto.

—Sí, ya está bien por hoy. Estoy harto. —Puso los brazos en jarra y, segundos después, agarró de mala gana las llaves del coche—. Vamos —murmuró impenetrable y distante.

El viaje transcurrió en un silencio gélido y un palpable resentimiento.

—Mr. Gardiner —aventuró Cloé, apesadumbrada, cuando aparcó en su calle—, por favor, seamos amigos. Nada nos lo impide. —Se había volteado hacia él—. Usted busca algo esporádico y fortuito. Yo, en cambio, soy de esas chicas que necesitan relaciones formales con vistas al matrimonio. Lo nuestro no funcionaría. Además, sería muy poco profesional por mi parte. Condenados al fracaso, tendría que buscar otro puesto de pasante, y me encanta su bufete.

Tras unos meditativos segundos preso de mutismo, Dorian repuso:

—¿Así me defines? ¿Un hombre superficial, con relaciones adventicias y frívolas, incapaz de mantener un noviazgo? —La miró con desaire—. Quizás no había encontrado a una mujer digna de amar hasta ahora.

«Usted no me ama, en cuanto me lleve a la cama se olvidará de mí. Peligrará mi puesto de trabajo», se calló.

—Está bien. Vamos a procurar olvidar todo esto y no ceder ante las incoherencias. Nos vemos mañana, Miss Nicholls. Buenas noches. —Cerró la puerta del pasajero y se internó en su deportivo. Arrancó y se esfumó como alma que lleva el diablo.

## Capítulo 34

Ajetreada la mente que socava en los recónditos deseos del ser. Cloé no halló ni pizca de sueño.

Necesitaba un tiempo de reflexión. Un lugar mental donde cobijarse y meditar. Su relación con Charles apenas resultaba sostenible a estas alturas. Radicaba entre mentiras y engaños. Le apartaba sin pretenderlo aunque de modo comedido, pues en ningún momento había entregado sus labios a otro hombre que no fuera él. No obstante, asumía ser tan culpable como la más adúltera de las mujeres. Había recibido un aflujo de mensajes de su novio, uno de ellos exigiendo, no ofreciéndose, acompañarla a la exposición de Margaret a la hora que a él le convenía. Cuanto más se alejaba Cloé, más reclamaba su afecto Charles.

Tras contestar a su novio, accediendo a sus exigencias, escribió otro mensaje, el cual borró en repetidas ocasiones.

De Cloé — Enviado a las 09:21 h  
Buenos días, ~~Dorian~~ Mr. Gardiner. Lamento lo sucedido anoche.  
No quiero que nos enfademos. ~~Temo perderlo, no pretendía hacerle~~  
~~daño~~. Me apenaría perder su amistad. Espero que sepa perdonarme y  
que siga en pie el plan de esta noche. Lo veo en un ratito. ~~Un beso.~~

Antes de entrar al bufete, se detuvo en una cafetería de Fleet Street para comprar dos *mocha*. Un modo más de pedir disculpas; también había practicado frente al espejo alguna frase que no sonara cursi.

—Miss Nicholls, pase a mi despacho —solicitó, la voz torva.

—Le he traído café. —Depositó el vaso sobre la mesa de Mr. Gardiner, el semblante inescrutable.

—Gracias. No era necesario. —Encendió su ordenador sin mirarla—. ¡Max! —llamó.

—¿Señor?!

—Dentro de unas siete horas celebramos la última parte del juicio Walsh. ¿Hemos averiguado algo turbio o capital que nos deba preocupar? Aparte, claro está, de las imágenes mencionadas el otro día.

—Nada, señor. Nadie ha requerido los vídeos anteriores a la semana del homicidio —aseguró Max.

—Perfecto.

—Yo he señalado en el expediente los jurados a quien debe ganarse. Algunos han cambiado de bando desde el inicio del juicio. Prestan más interés a las preguntas que formula, y le observan

con menos animadversión. —Cloé mantuvo la solemnidad.

—Siempre me gano la hostilidad de algunos —insinuó Dorian con segundas.

—Como mucho, tenemos a tres jurados cuyas miradas rezuman antipatía, Mr. Gardiner. Hoy, seguro, se los mete en el bolsillo. —Sonrió ella restando hierro al asunto, candente cuando menos.

—Bien, dispensen. —Tecleó en su ordenador sin apartar la nariz de la pantalla.

La joven se mortificaba por cuanta aflicción le había propiciado a Mr. Gardiner. Ese mediodía no les acompañó a comer. Max y ella fueron solos. Dorian se quedó rezongando en su despacho. Cloé presagiaba que éste anularía el cine, si bien encontró la oportuna ocasión de preguntar a Max cuanto atormentaba su corazón.

—¿Max?

—Dime.

—Han llegado a mis oídos ciertos cotilleos beligerantes que, me gustaría, desmintieras.

—Adelante.

—¿Existió una relación amorosa entre Leslie y Mr. Gardiner?

—No es un tema del dominio público.

—Lo es cuando las habladurías...

—¿Por qué no se lo preguntas a él, ya que estáis tan unidos?

—¡¿Perdona?! —se atragantó con su propia risa nerviosa.

—Si me permites una observación. Te estás metiendo en un camino sin salida, Cloé. Intimar con un jefe... nunca sale bien. Ya te lo mencioné una vez. Los jefes permanecen en sus puestos, los empleados son prescindibles. ¿Quieres hacerte un nombre en este mundillo? Evita congeniar con tus superiores de forma no profesional.

—¡No tengo nada con él! —prorrumpió humillada y azorada.

—Vamos, no me tomes por ingenuo. Te tutea, te sonrío, es más considerado y permisivo contigo que con cualquier otro. Ahora sale a comer con nosotros. ¡Precedente inconcebible! —articuló con énfasis—. Y no mencionemos vuestras miradas. ¡Se os nota! Hoy, por ejemplo..., o estáis fingiendo..., o estáis enfadados.

—Max, no voy a tolerar semejantes acusaciones. Tengo novio. Mr. Gardiner y yo nos llevamos bien. Se ha portado como un caballero conmigo, lo cual no implica que le haya dado pie a nada. —«¡Mentira!», surgió su conciencia—. ¡No existe otro tipo de relación entre nosotros!

—¿Estás segura? Tu comportamiento con él es evidente, pero, dejando a un lado las obviedades, tienes razón, no me incumbe, ni soy quién para culparte o aconsejarte.

—Puedes aconsejarme, por supuesto, pero te pido que no me prejuzgues.

—Sólo evidencio cuanto veo y ven los demás.

—Pfff —bufó abrumada—. Es mejor zanjar aquí la conversación. —Sacó dinero de la cartera y depositó un billete sobre la mesa—. Hasta luego. —Giró sobre sus talones desertando de la zona de conflicto.

Transcurridas siete horas, se internaban en la sala. Con el estómago revuelto, generado este malestar por la existencia de ciertas pruebas incriminatorias, Cloé apenas soportaba la frustración. En partida doble además; hacía semanas que Mr. Gardiner no se comportaba de esa manera. Sumamente distante, autoritario y huraño. A esto se le añadía el controvertido manifiesto de Max, apoderándose de ella un disgusto monumental.

Como maestro litigante, las profecías de Cloé se cumplieron. A falta de una persona, los demás jurados asintieron cuando Mr. Gardiner prestó su alegato final.

—Levántese el acusado.

—¿Ha llegado el jurado a un veredicto unánime?

—Sí, *milady* —decretó el portavoz de los jurados a pesar de que no debía dirigirse a la jueza, sino a otro asistente.

—¿Declaran al acusado culpable de homicidio voluntario o no culpable?

—No culpable.

—¿Declaran al acusado culpable de homicidio involuntario o no culpable?

—Culpable.

—Se inculpa al acusado de homicidio involuntario, condenándole a dos años de prisión —concluyó la jueza.

—¡Bien! —celebró Mr. Gardiner. Había trabajado arduamente para obtener esa sentencia, en lugar de los años que demandaba la fiscalía. Volteó el rostro hacia Oliver Walsh, sonriente, y después hacia Cloé, el aire dogmático, conteniendo su contrariedad.

—Le espero fuera, Mr. Gardiner —repuso en voz baja e impulsó sus pasos hacia la salida de la sala. Luego avanzó más y más, sin darse cuenta de que alcanzaba la calle.

—¡Miss Nicholls! ¿Sabe que está terminantemente prohibido abandonar las cortes con la vestimenta? Pueden sancionarla —reprochó Mr. Gardiner, ataviado con toga, peluca y cuello—. ¡Vuelva a entrar ahora mismo!

—Sin duda la viuda cobrará una jugosa pensión. Y la disfrutará de la mano de su amante, un asesino. —Sacudió la cabeza, el rostro tan pálido como la peluca inamovible mientras negaba.

—A nosotros nos pagan por abogar, independientemente de si son culpables o inocentes, Cloé. Tienes que hacerte a la idea. —La compadeció—. Vamos, entremos. Nos quitamos esto —dijo ondeando el largo de la toga—, y te llevo al cine, ¿vale? Nos cambiaré las ideas. —Sus labios esbozaron un mohín.

—¿Sabe? Me parece estupendo —resopló.

«Estoy cansada del qué dirán u opinarán los demás. ¡Ya está bien!», se rebeló contra el mundo por seguir las reglas, por imponérselas. ¿Su padre había elegido un novio de conveniencia para ella? «¡A la mierda!» ¿Pretendía rehacer su vida por enésima vez con otra mujer? «¡A la mierda! Tanto agradarle, cuando él es incapaz de preocuparse por mí o simplemente asegurarse de que soy feliz.» ¿Leslie la miraba mal? «¡A la mierda!» ¿Un hombre asesinaba a otro a causa de una mujer y

le encarcelaban dos años, tal vez uno por buen comportamiento al no ser reincidente? «¡A la mierda! Bueno, eso tampoco. Me fastidia soberanamente.»

—¿Te encuentras bien, Cloé? —Mr. Gardiner atisbaba un ápice de anarquía en sus ojos.

¿Acaso dominaba el arte de leer las mentes como si se tratara de un adivino?

—¡Ufff, por supuesto! —Abrió las manos, los codos a nivel del busto, y caminó despreocupada, como el que pisa una nube.

«¿Está fumada o qué le pasa?», cuestionó el abogado, preocupado, los ojos como platos y plagados de intriga.

A fin de trasladarse a Portobello Rd., una vía en Notting Hill, cruzaron Little Venice, en cuyas aguas se distinguían embarcaciones coloridas y llenas de vida; moradas habitadas por gente ansiando tranquilidad.

Presentándose a la cita cinéfila, acudieron al cine más antiguo de Londres; estaba restaurado y gozaba de un mantenimiento óptimo. El Electric Cinema se consideraba una institución como las de antes. Reflejaba ese aspecto *vintage*, el ambiente encantador, idílico, tal y como ya no construyen las salas hoy en día. Techos artesonados y molduras adornaban las superficies altas. El suelo presumía de una alfombra roja aterciopelada. Semejante tela cubría los asientos, unas butacas Chesterfield, confortables, en cuyos pies estaban dispuestos unos pufs. Una mesita redonda separaba cada butaca, y en una de cada cuatro se hallaba una lámpara de sobremesa. De ahí el elevado coste de la entrada. Si bien merecía la pena.

—¿Es su primer comodín o el segundo? —tanteó la joven.

—¡Ninguno! Mi primer comodín lo destino a nuestro viaje a los Alpes, ¿recuerdas?

—¡Aún no he aceptado, ni cedido, *buen señor!* —se hizo la interesante.

—Nadie se resistiría a verme vestido de rojo. —Engulló un puñado de palomitas.

—¿Pretende vestirse de Santa Claus?

—¡Por favor! ¿Por quién me tomas? Asumía que sabías lo de mi baile de fin de año. Soy famoso por ello, vestido con un simple bañador rojo.

—¡Por el amor hermoso! ¡Cállese! —rio desmadrada tapándose la boca, advirtiendo cómo unas personas reclamaban un poco de silencio.

—Veo que al menos no has perdido el sentido del humor. Ya es algo. —Guiñó el ojo, la mirada carismática.

—¿Y el segundo comodín? —preguntó en voz baja, la mirada exultante.

—Llévate a surfear. —Jugó con sus cejas, curvándolas reiteradamente.

—¡Eso sí que no! —protestó aterrorizada. Poco simpatizaba con los deportes peligrosos, pues se filtraban en su mente unas imágenes de tiburones, megalodones, capaces de zamparse a un surfista de un bocado—. No soy una chica deportista.

—¡No fastidies! ¿Eres como las demás, a quienes se encandila regalándoles diamantes y cajas de bombones que fingen comer? ¿Nada de verte sudar mientras escalas montañas o corres?

—¡Ni de broma soy así! Odio esos tipos de convencionalismos. Usted lo sabe. ¡Además, me

pierde el chocolate!

—Claro que lo sé, sólo me estoy metiendo contigo.

—Chsss, empieza la película —mandó callar catapultándole unas palomitas a la cara, cual adolescente.

—¿No te interesa averiguar cuál es el tercer comodín?

—No. Intuyo que me está engañando. El surf es su tercer comodín.

«El tercer comodín, mi Cloé, es que dejes a Charles y te conviertas en mi novia», se reservó.

—Hoy no me puedo entretener. Byron necesita mucha atención. Le cuesta adaptarse a su nuevo hogar —expuso al salir del cine.

—¿Al final le ha llamado Byron? —Una emoción de satisfacción afloró trascendiendo en una de idolatría.

—Me pareció singular.

—¿Le dará muchos achuchones de mi parte?

—Dámelos a mí y se los transmitiré. —Sonrió petulante.

—¡No cue! —refunfuñó.

Mediante algún detonante, Cloé se sentía distinta esa noche, pletórica. Había liberado tensiones, soltado amarres. Había reivindicado su naturaleza, etérea y permisiva, sin reglas que la censuraran. Posiblemente influenciada por el pleito y la sentencia de Mr. Walsh.

—Está usted muy elocuente hoy, Miss Nicholls —aportó Dorian.

—En exceso, diría yo. La película ha aportado su granito de arena. Ha sido muy graciosa.

—¿Humor inglés?! Sólo unos cuantos lo entendemos.

—¿Me deja conducir? —rogó cerca del Aston Martin.

—Me temo que ese fue tu segundo comodín, Cloé —se burló.

—¡El primero, en todo caso! ¡Lo ve! Pretende engañarme —rechistó.

—Venga, métete dentro, pequeño demonio —ordenó, jocosamente, al abrirle la puerta.

De tal guisa prosiguió la conversación, más concordantes y lenguaraces que nunca hasta la fecha. Como si nada hubiese acontecido entre ellos la noche pasada, se despidieron mediante un efusivo abrazo.

## Capítulo 35

Amedrentada, se presentó el jueves después del trabajo en la nueva casa de su padre. Pretendía allanar el camino. Éste la recibió con extrañeza a la par que con agrado.

—¡Pequeña! ¿Tú por aquí? ¡Qué alegría! Es una gran sorpresa. Pero debiste avisar. Tina no está aquí ahora.

—Papá. Vengo a verte a ti, no a Tina. —Consiguió la valentía que tanto añoraba.

—¡No digas eso, hija! Tina es parte de mi vida.

—¿Lo soy yo? —preguntó a la defensiva.

—¡¿Cloé?! ¿Qué mosca te ha picado? —Su inflexión reflejaba asombro.

—Querido padre, necesito confesarte ciertas cosas que me irritan. Primero... —Se aclaró la voz—. Dudo que acepte a Tina. Con lo mal que te portaste con mi madre, no puedes pretender que me caiga bien. ¡Ah, ah, ah! —Alzó un dedo ante la nariz de su padre con objeto de cerrarle el pico—. Segundo, estudié abogacía porque así lo quisiste, por no decir que me obligaste, ergo, ¿tanto te cuesta preocuparte por mi oficio? ¿Llamar más a menudo e interesarte por cómo me va? Ni menciono mi felicidad o mi salud. He estado muy enferma y sólo me has contactado una vez. ¡Una vez! Y tercero, voy a romper con Charles. Sé que es el hombre que sueñas para mí, y sois compinches en todo, pero no lo soporto más. Se parece demasiado a ti. Lo siento, papá. Soy tu hija, debes aceptarme tal y como soy. Y si no te gusta, no me pidas a cambio realizar cosas imposibles —enfaticó apuntillando con los dedos. Acto seguido, suspiró librándose de los pesos y cadenas que la aprisionaban, orgullosa de sí misma—. Eres mi padre, siempre te querré. A ver si cambiamos las tornas y sientes lo mismo por mí. —Frotó el hombro de su progenitor con una sonrisa de vanagloria en los labios.

Abandonó la casa imaginándose en una película, a cámara lenta, el pelo mecido por el viento y una música suspicaz, quizás la canción de Sia, *Chandelier*, tronando a todo bombo. Acunada por la embriaguez del momento, mandó varios mensajes. El primero a su madre.

De Cloé — Enviado a las 19:07 h

Mamá, te quiero. Mi padre es un capullo. No se merece los años que le has regalado y perdonado. Por fin le he plantado cara. Enseguida nos vemos. ¡Te quiero muchísimo! Gracias por ser como eres.

De Cloé — Enviado a las 19:07 h

¡Hola! ¿Qué le parece si mañana por la noche quedamos Byron,

usted y yo en su casa? Compramos algo y preparo yo la cena 😊  
¡Buenas noches! Un beso.

De Cloé — Borrador a las 19:07 h

Hola, Charles. Mira, llevo unos días pensando que necesito un tiempo para mí. Tengo muchas cosas en la cabeza últimamente. He de sopesar ciertas cuestiones y te pido que hagamos una pausa. Por favor, dame un tiempo.

Cuán ociosa se sentía una misma cuando nada le enturbiaba la mente. Los astros, los ángeles, o a saber qué, le habían otorgado el obsequio de un pasotismo repentino. Tanto fue así que resolvió aclarar sus asuntos con Charles, si bien no se atrevió a mandar el correo todavía. Eso sí, hablaría con él en persona antes de la exposición de su madre para evitar fastidiarle la noche. No permanecería con ese hombre ni una semana más. Mr. Gardiner había abierto la caja de Pandora, la de sus expectativas. Sin embargo, él no era el responsable absoluto y legítimo causante de su resolución. ¿Crisis nerviosa? Tampoco. Se regía más bien por un impulso. De ahora en adelante se acogería al libre albedrío.

Aconteció el viernes, un viernes aparentemente corriente; lluvioso.

—Mantente detrás de mí. No le mires a los ojos. No hagas ningún movimiento brusco. Ya te he comentado que es un violador contumaz. —De esto sólo era consciente Mr. Gardiner, pues la policía nunca había pillado al acusado, salvo por acoso—. Cree que las mujeres le animan. ¡Quítate el pañuelo! —pidió nervioso. Mr. Gardiner había defendido en una ocasión a Dwayne Langton, un hombre robusto. Un psiquiatra trataba las inclinaciones mentales que presentaba, rozando la psicopatía. Su madre, una dama de la alta sociedad, pretendía encubrir tales asuntos sufragándolos a base de fardos de billetes. En esta ocasión, le inculpaban de violar a una mujer—. ¿Cloé, estás segura de que quieres acompañarme? Reitero mi oposición.

—No pasará nada. Hay guardias en todas partes —dijo convincente. En realidad, la idea la repelía, no obstante su trabajo comprendía la obligación de aprender a defender a gente despreciable. Por tanto, haría de tripas corazón y presenciaria el interrogatorio de Mr. Gardiner y el cliente—. ¡Uy! Mi móvil. Lo silenciaré. —Les interrumpió el sonido de un mensaje. Posiblemente el latoso de Charles; insoportable esa semana.

—Bien, entremos. —Avisó al guardia con un movimiento de cabeza.

Ingresaron en una sala limpia, bien iluminada, en cuya ventana habían instalado unos barrotes. En el centro se hallaba una mesa rectangular y cuatro sillas. El preso aguardaba sentado en una de ellas, unas esposas atadas a las muñecas. A primera vista no parecía un hombre malvado de actos ignominiosos.

—¿Me recuerda, Mr. Langton? Soy el abogado que contrató su madre, Dorian Gardiner. —Situó una carpeta y una libreta sobre la mesa.

—Sí, sí, le recuerdo. —Su lengua humedeció sus labios; tic que reiteraba siempre desde la comisura izquierda hacia la derecha—. ¿Por qué ella no se sienta? —Escrutaba a Cloé. Se había colocado en una esquina del cuarto, la espalda contra la pared.

—Que se siente ella aquí implicará desinterés por su parte hacia mis preguntas. Necesito que esta reunión sea productiva para evitarle la cárcel. ¿Me ha entendido, Mr. Langton? —El abogado entrecerró los ojos, asomando en ellos una sensación de ansiedad que le convenció de su error al permitir a Cloé acompañarlo.

—*Quid pro quo*<sup>1</sup>. O se sienta o no contesto.

—Bien, entonces hemos terminado. —Se levantó y recogió su carpeta y su libreta. ¿Desde cuándo se cedía ante unos chantajistas?

—¡Ey! ¿No le interesa la pasta que le paga mi madre?

—Me interesa que mis clientes sean inteligentes y actúen con sensatez, de modo que pueda asistirles. —Colocó las manos sobre la mesa inclinándose hacia el hombre, menospreciándolo con su mirada.

Sin verlo venir, el preso elevó las manos y agarró la cabeza de Mr. Gardiner, propulsándola hacia la dura superficie. Repitió el golpe dos veces y, veloz, corrió hacia Cloé, atrapándola.

—¡Guardias! —gritó, el tono espeluznado. Langton le tapó la boca. Un calor sofocante nació en su pecho y ascendió hasta su cabeza. Su pulso se aceleró, azorándola.

Dorian parecía aturdido. Se tocó la frente mientras se ponía en pie. Volteó el cuerpo hacia el preso. Había aferrado a Cloé entre sus brazos, las esposas rodeaban su cuello. La espalda de ella se hallaba contra el pecho de Langton. Una sensación de espanto le provocó una arcada.

—¡Si le tocas un solo pelo te mato! —juró, los gestos y la mirada pendencieros.

Afuera se escuchaban varios pasos caminando aprisa. La puerta se abrió y entraron dos guardias sacando sus porras. Los ojos de Cloé brillaban a causa de las lágrimas que le originaba el miedo. Surcaban sus pestañas. Su tez lívida, el cuello empezaba a lucir unas rojeces producidas por las marcas de la cadena de metal que unía las dos esposas.

—¡Suelta a esa chica! —gritó un guardia acercándose desde el flanco derecho mientras el otro cubría el izquierdo.

Mr. Gardiner echaba rayos por los ojos, esperando el momento oportuno para embestir sin dañar a su pasante. Se mantenía entre los dos guardias, frente a Cloé y el agresor, quien sacó la lengua y lamió el cuello de la joven, ascendiendo luego por la mejilla.

Cloé temblaba sacudida por el terror. A tientas, uno de sus pies tanteó la ubicación de los de Langton. Dos acciones sobrevinieron a la vez en escasos segundos. Primero, Cloé alzó una rodilla y ensartó su tacón, empleando todas sus fuerzas, en la cuña del pie del preso, produciéndole un amargo dolor. Mecánicamente, el hombre se inclinó hacia delante aflojando la presión de la cadena que apesaba el cuello de Cloé, por lo que ésta consiguió deslizarse hacia el suelo y escaparse. Segundo, antes de reparar en el movimiento de Cloé, un exasperado Dorian se

precipitaba hacia ellos, el puño levantado. Por desgracia, su puño apenas rozó a Langton, dado que se había inclinado hacia delante.

En cuanto la vio agachada en el suelo, Dorian sujetó la cabeza del preso y le golpeó contra la pared repetidas veces, enloquecido. Los guardias necesitaron pedir refuerzos para detenerlo. Por mucho que intentaban apartarlo, nada obtenían. Cual bestia desatada, Dorian propiciaba sumos puñetazos al abdomen y al rostro del violador mientras éste se reía, la piel ensangrentada. En cuanto lograron separarle gritó:

—¡Vale! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Soltadme! —Se zafó de las manos que le retenían.

Se aproximó a Cloé, aterrada. Sus manos ocultaban sus labios al observar la pavorosa escena.

—¿Estás bien? ¿No tienes nada? —Inspeccionó su rostro, sus manos, sus brazos. Escudriñó cada centímetro de ropa y de piel. La tomó sobre sus brazos, alzándola del suelo, y caminó hacia la salida llevándosela cual Tarzán.

—¡Estoy bien! ¡Mr. Gardiner, estoy bien! Puede bajarme. No me ha hecho nada. ¡Mr. Gardiner! —voceaba. La sangre palpitaba en sus sienes, el corazón desbocado.

—Todo es culpa mía, es culpa mía. Podía haberte hecho daño. Es culpa mía. —No hacía ni caso a las órdenes de Cloé. Seguía caminando, sujetándola sobre los brazos, mirando al frente sin ver nada.

—Me parece muy embarazoso. Le ruego que me baje. —En vano—. ¡Dorian! —chilló posando una mano sobre el pecho del abogado.

—¿Qué? —parpadeó encontrándose la mirada de Cloé.

—Estoy bien. Bájeme, por favor —susurró ahora con sosiego a fin de tranquilizarle.

Una vez que tuvo los pies sobre suelo firme, observó sangre sobre la punta de sus dedos. No le pertenecía. Imbuída de agilidad, dio un salto hacia el lateral derecho de Mr. Gardiner para descubrir el foco de la herida.

—¡Dios mío! ¡Está sangrando! Tenemos que curarle esto ahora mismo. ¡Vamos al hospital!

—No es nada. —Suspiró, la mandíbula oprimida. Instintivamente se palpó la frente hallando un reguero de color rojo chillón—. ¡Vamos! —Tomó a Cloé de la mano y la arrastró hasta su coche.

—¿Vamos al hospital? —preguntó.

—No. Vamos a mi casa. Voy a llamar a Leslie. —Abrió la puerta de Cloé sin esperar a que entrara. Rodeó los faros del coche y se sentó al volante.

—¿A su casa? ¿Ahora? —El comportamiento inusual y preocupante de Mr. Gardiner la desconcertaba.

—Leslie, cancele todas mis citas de hoy. E informe al juzgado notificando mi ausencia en el juicio de las cuatro de la tarde. Llame también a mi médico particular. Que acuda a mi casa. Miss Nicholls no regresará hoy. —Colgó sin más, el semblante desencajado. Su modulación sonaba prepotente al hablar con la secretaria.

—Mr. Gardiner, me está asustando. ¿Qué le pasa? Dígamelo, por favor. ¿Le duele la herida de la cabeza? —se sobrecogió—. ¡Hábleme! —voceó trémula.

—No pasa nada, Cloé. Sólo quiero ponerte a salvo. No debí consentir que entraras. Te he puesto en peligro. Es mi culpa...

—¡Basta! No es culpa suya, se lo repito. Y ya estoy a salvo. Se comporta como un lunático. Como no reduzca la velocidad sufriremos un accidente. —Oteaba el rostro del abogado, demacrado, arrugado, con un sobrante de años repentino. La sangre había cesado de brotar, aun así lucía descompuesto, fuera de sí—. Mr. Gardiner. —Asió su mano, acomodada sobre la palanca de marchas. Él entrelazó sus dedos con los de Cloé y jadeó.

—Lo siento tanto. Si llega a lastimarte. Lo habría matado. —Besó el dorso de la mano de la joven.

—¡Casi lo logra! Debe controlarse. No será la primera ni la última vez, somos penalistas. Nos relacionamos con criminales, violadores, ladrones...

Frenó de golpe, estacionándose en el lateral de una vía. Recibió un reprochador claxon del coche que transitaba tras ellos.

—Me da igual lo que me pase a mí, es por ti, Cloé. He puesto en peligro tu vida. —Aproximó su mano al pálido rostro. Acarició su cuello y, con el pulgar, su mejilla.

—No es para tanto. ¡No exagere! —Acopló su mano a la de Dorian—. Pero le ha dado un buen golpe en la cabeza. —Dirigió los ojos hacia su frente.

—No estoy exagerando, Cloé. Cuando he visto esa cadena alrededor de tu cuello... —exhaló rozando la punta de sus dedos la zona en la que persistían las patentes trazas del forcejeo.

—Pero ya ha acabado, Mr. Gardiner. Le agradecería que pasáramos página. ¡Míreme! —requirió apretándole la mano; se le empezaban a hinchar los nudillos, también ensangrentados—. ¿Vale? Estoy bien. No me duele nada. Vayamos a su casa y le limpiamos ese corte. —Alzó el índice hacia la sien del abogado y descendió acariciándole.

—Indistintamente, quiero que te vea el doctor Henderson. —Besó el dorso de su dedo.

«Ah, ¿soy quien necesita un médico? Mejor no alarguemos esto. Cuando se empeña, no hay nadie más tozudo que él», transigió.

En cuanto apareció el coche, Byron salió al patio a recibir a su dueño. Una mayor alegría lo invadió cuando vio a Cloé.

Paulatinamente, contemplando a su pasante rascando las orejas de su perro, se serenó sabiéndola a salvo. Había ansiado alcanzar la protección que le transmitía su casa, su refugio. Había enloquecido ante la idea de perderla, o de verla lastimada, a causa de un cliente suyo.

Isabel bajó las escaleras, una cesta vacía en los brazos, sorprendiéndose al verlos. Más sorprendida lució cuando advirtió una lesión ensangrentada en la faz de su jefe.

—¡Pero, señor! ¿Qué le ha ocurrido? Le traigo el botiquín ahora mismo. —Subió de nuevo, cesta en brazos, el semblante empalidecido.

Por su parte, Cloé se dirigió al mueble bar, bajo la mirada interrogativa de Dorian. Agarró el cuello de una botella de *bourbon* y la llevó hasta la isla de la cocina.

—¿Vasos? —preguntó a Mr. Gardiner; la atisbaba con expresión de curiosidad.

—Ahí. —Apuntó con su dedo. Cuestionó si debía interactuar tratándola como a una invitada o si debía dejarla obrar a sus anchas.

—Supongo que el hielo está en la nevera. ¿Qué puerta? —Abrió las dos sin esperar respuesta.

—Izquierda —contestó a la vez que Cloé sacaba una cubitera.

—Ahora beba esto —exigió, el tono conciso.

—¡A la orden, Miss Nicholls! —Dejó escapar una mueca—. Aunque sólo son las doce.

—¿Prefiere que le limpie yo la herida o esperamos al doctor? —cuestionó al ver a Isabel descender los escalones, el aspecto preocupado.

La piel tostada de la mujer se había tornado lívida. Había trabado su cabello negro, parejo al carbón, en una coleta baja, el flequillo barriendo sus cejas. De fisionomía delgada, las arrugas alrededor de sus ojos le otorgaban unos cincuenta años.

—El médico viene para reconocerte a ti, así que cúrame tú. —Se sentó, obediente, sobre uno de los taburetes.

Acontecidos unos instantes, Mr. Henderson tocaba el timbre de la valla. Byron no ladró, razón por la cual se le ocurrió a Cloé comentar más tarde con Mr. Gardiner la posibilidad de añadir una señal parpadeante para cuando llamaran a la puerta.

—Buenos días, Dorian, cómo... ¡Cielo santo! ¿Qué ha sucedido? —Se paralizó al verlo.

—Un preso. Es una larga historia.

—Me figuro...

—Por favor, atienda a Cloé —interrumpió al médico—. La capturó, estrangulándola con unas cadenas.

—¡Señor! —Se giró hacia ella escrutando su cuello—. Sí, se advierte una laceración y una marca donde asomará un moretón.

El buen doctor se sirvió del agua oxigenada, utilizada momentos antes por la joven para limpiar la brecha que Dorian lucía en la frente, así como sus nudillos, descarnados. El médico insistió en reconocer al abogado. Palpó la zona, asegurándose de no hallar fractura de cráneo. A primera vista no se percibía. No obstante, recomendó pasar un escáner, recriminándole al joven no haber acudido a urgencias.

—Todos asumimos que eres un hombre fuerte, pero a veces nos ha de preocupar cuanto se escapa de nuestros ojos. Tu cavidad cerebral podría encharcarse de sangre debido a la contusión, inflamando la zona. De ti me preocuparía. ¿Tienes sueño? ¿Mareos? ¿Ganas de vomitar? —formuló algunas preguntas y repitió unos consejos.

Luego se marchó, seguido de Isabel; Dorian le había dado el resto del día libre.

## Capítulo 36

Charles Dunbridge se hizo eco de la terrible noticia. Un preso había atacado a un abogado y a su pasante durante una visita tan común como cualquier otra.

«Venga, Cloé, cógelo», se impacientaba, los nervios irritados; llamaba a su novia.

La joven rebuscó en su bolso, le costaba encontrar su teléfono. Portaba en él incontables trastos, algunos inútiles que le impedían atrapar el borde de su móvil. Cuando lo consiguió el timbre se había detenido.

«Llamada perdida de Charles. Uf, espera, un mensaje de texto», resopló al oír un pitido y ver el icono que acompañaba el mensaje.

De Charles — Recibido a las 12:34 h  
Acabo de enterarme. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Te han hecho  
daño? Estoy de los nervios. Llámame. Te quiero.

De Cloé — Enviado a las 12:34 h  
Estoy bien. Ahora no puedo llamarte.

De Charles — Recibido a las 12:34 h  
¿No puedes llamarme o no quieres?

De Cloé — Enviado a las 12:34 h  
Charles, esto me supera. No puedo seguir así. Lo siento, tenemos  
que hablar.

«Lo siento mucho. No puedo seguir siendo tu novia», añadió para sí.

De Charles — Recibido a las 12:35 h  
¿Hablar sobre nosotros?

De Cloé — Enviado a las 12:35 h  
Sí, sobre nosotros. Pero no quiero hacerlo por teléfono.

De Charles — Recibido a las 12:35 h  
Cloé, no me digas eso. Paso a recogerte y lo hablamos. Vamos a  
arreglar esto.

Tecleaba frenéticamente, impulsándola la alteración del momento. Aparentaba una serenidad impertérrita, sin embargo, presenciar cómo lastimaban a Dorian la había conmocionado. Su amor por él había aflorado aún más. Mr. Gardiner preguntó:

—Cloé, ¿qué ocurre? Pones mala cara.

—Nada. Estoy solucionando una cosa. —Lo miró de soslayo y continuó ensimismada en lo que hacía.

Él se posicionó, sigiloso, tras ella sin que le prestara atención.

De Cloé — Enviado a las 12:36 h

Ahora no es buen momento. Estoy un poco perturbada y no quiero que afecte a lo que he de decirte. Hemos de hablar con tranquilidad.

De Charles — Recibido a las 12:36 h

¿Sigue en pie lo de la galería? Me apetece ver las obras de tu madre.

De Cloé — Enviado a las 12:36 h

No es buena idea. Mejor quedamos en otro momento. Mañana por la tarde antes del evento o el domingo.

De Charles — Recibido a las 12:36 h

Cloé, por favor, ven a la exposición de tu madre conmigo.

Hablaremos con tranquilidad, como me pides. ¿Vale? Di que sí. 😊

Cerró los ojos un instante y friccionó su frente estirando de sus cejas hacia las sienas y realizando un leve masaje. Resopló con pesar y prosiguió, sin percibir la presencia de Dorian a sus espaldas, acechando el teléfono por encima de su hombro.

De Cloé — Enviado a las 12:36 h

Vale, nos vemos mañana en la galería. Acudiré por mi cuenta.

Apenas cabía en su asombro. ¿Cloé iba a dejar a Charles? La manera de escribir sus mensajes apuntaba a una respuesta afirmativa. ¿Por qué ahora? ¿Tenía él algo que ver en el asunto? Eso esperaba, o codiciaba más bien, y lo llenaba de ilusión. Quizás había llegado el momento: seducirla hasta el extremo de que ella no pudiera negarse. Si bien lo consideró una pésima idea. Cloé no era como las demás, a quienes conquistaba mediante efectivos flirteos y luego nunca volvía a llamar. Lo sometería a juicio del destino. Confiaba en que si debía suceder, sucedería. Además, qué hombre sería capaz de complicar los sentimientos de una mujer en un momento de vulnerabilidad; las emociones confusas al romper una relación. Ella merecía su paciencia y apoyo, en caso de necesitarlo.

—¿Qué te parece si cotilleamos la nevera? A ver qué ha preparado Isabel. Si no, siempre podemos cocinar algo —planteó sentándose de nuevo sobre el taburete, contemplándola, soñador, el cariz esperanzado.

—Sí, nos vendrá bien. Nos cambiaré las ideas. Yo me ocupo de todo. Usted tumbese en el sofá, haga caso al médico y a sus recomendaciones.

—¿Quién exagera ahora? —se mofó de su rebosante capacidad para preocuparse de los demás. Cloé entrecerró los ojos y le hizo burla con la lengua.

—¡Oh, muy maduro por su parte, Miss Nicholls! —Sonrió.

—Bueno, ¿qué espera de una chica de veintiún años? —Abrió la nevera y encontró profusión de alimentos. Isabel había guardado en una bandeja cubierta de un papel film unas verduras al vapor.

—Por cierto, ¿qué has planeado para tu cumple? ¿Lo celebras el sábado catorce, no? ¿O has cambiado de parecer?

—¿Tiene macarrones o espaguetis? —Se cruzó de brazos observando los armarios—. Esta cocina es demasiado grande para alguien que nunca utiliza los fogones.

—Hay pasta ahí. —Se levantó y caminó hacia un armario de dos metros de alto, de puerta extraíble y cestas interiores deslizantes.

—Le propongo pasta con verdura. ¡Mi favorita! ¿No tendrá por casualidad nata vegetal, verdad?

—Es posible, mira... —resopló comprendiendo la burda maniobra de la pasante—. Mira en la nevera, pero no cambies de tema. Cloé, tu cumpleaños. —La atrapó de los hombros imponiéndole estarse quieta.

—Ya le oí la primera vez, sólo aplico, me beneficio y disfruto de mi derecho a permanecer en silencio. —Se escabulló de entre sus manos.

—Si necesitas un abogado para representarte, sabes que nos une la relación... —Carraspeó entretanto apoyaba los codos sobre la isla, junto a Cloé, y, carismático, la encandiló sirviéndose de una mirada provocadora y poco sutil—. Digo que nos obliga el código abogado cliente, y lo que me confieses nunca saldrá de aquí.

—Muy agudo, Mr. Gardiner. Ya le comenté que no me gustan los cumpleaños. ¡Los míos! —corrigió, una mano en el pecho—. Me incomoda ser el centro de atención. Es decir, me encanta juntarme con mis amigas y mis seres queridos, pero odio que me canten, o tener que soplar las velas. No sé, es como en Navidad a la hora de abrir los regalos, se adueña de mí la nostalgia.

—¿Sabes?, me ocurre algo muy parecido. —Apartó un cabello sobre la ceja de Cloé. Ésta vigilaba atentamente la trayectoria de su dedo—. Tienes el pelo alborotado. —Suspiró angustiado—. Ese puto viola...

—Chsss. —Cloé alzó la mano adaptando la punta de los dedos a los labios de Mr. Gardiner—. No hablemos más de eso hoy. Si me hace caso, quizás me plantee irme con usted a los Alpes. —Retiró la mano y destrabó su moño. Se peinó ayudándose de sus dedos.

—¿De veras? —Se irguió de pronto, la mirada inundada de asombro a la par que de satisfacción.

—He dicho quizás. —Rio con un tintineo al reparar en su expresión. Se aproximó a la pila y se lavó las manos—. Pero ahora vamos a comer, así que muéstreme dónde están los cacharros, espátulas y esas cosas. ¿O debo pedírselo a Byron? —Se agachó y le acarició. Apenas se había separado de ella desde que habían llegado—. Has encontrado un buen lugar, pequeño grandullón.

Te querrán mucho y te tratarán como a un rey aquí, estoy segura —habló como si le oyera. El animal sí percibía su calor, la ternura de sus gestos. La entendía.

Juntos, prepararon los alimentos como una armoniosa pareja. Cloé le explicaba cómo cortar, guisar o ensalzar algunos comestibles, mientras Dorian se arremangaba, procuraba no cortarse y se quemaba con el agua hirviendo de la cazuela destinada a los espaguetis.

Adecuaron la mesa del comedor colocando dos salvamanteles rectangulares y unas copas de vino. A la una y media, una vez que terminaron, ahítos, pasaron al salón. Se sentaron a ver una película de género cómico, acompañados del llameante fuego de la chimenea. Les separaban cincuenta centímetros, sin embargo, Mr. Gardiner tanteó reducirlos en varias ocasiones, franqueando en total unos veinte.

—La semana que viene quiero que empieces a encargarte de algún pleito bajo mi tutela. Es hora de practicar —anunció al finalizar la comedia.

—¿Lo dice de verdad? ¡Pero no estoy preparada! Me queda mucho por aprender.

—¿Cómo crees que aprendemos todos? Nadie nace enseñado. —Sonrió—. Empezaremos con litigios y requerimientos poco complejos.

—¡Qué nervios! —se alteró, entusiasmada—. ¿Y si me equivoco? ¿Y si tardo demasiado en preguntar? ¿Y si...?

—¡Cloé, tranquila! —Posó una mano sobre su rodilla acercándose a ella—. Lo harás muy bien. Eres constante, determinada, muy cualificada. Confío en ti. Ya lo verás. —Asintió perdiéndose en el infinito universo que albergaban sus ojos pincelados de una gran variedad de grises y azules—. Tienes los ojos más hermosos que haya visto jamás —susurró y aquella adulación la traspasó como una flecha imaginaria, cargada de un meloso veneno que la hizo tiritar. El corazón agitado de pronto, su mirada se zambulló en las verdes aguas que surcaban el iris de Mr. Gardiner. Él mantenía los labios entreabiertos, codiciando cuanto anhelaban sus deseos.

Caía la tarde imperando un cielo plomizo cuyas fuliginosas nubes ensombrecían el aspecto de cuanto les rodeaba. No eran más de las tres, sin embargo con tan poca luz parecía que el reloj se había adelantado y anunciaría las siete en cualquier momento. Vislumbrándose los refulgentes rayos entre las sombras de los estratos, el sonido de los truenos retumbó a poca distancia. La lluvia arreciaba contra los cristales, opacándolos de modo que sólo se distinguían tenues figuras en el exterior. Cloé reparó en que ningún ventanal poseía contraventana o persiana; un extra de tareas para Isabel.

—Parece que se avecina una buena tormenta. Debería irme antes de que oscurezca más. —Se pinzó los labios. La mirada de Dorian la había prevenido, indicándole lo que sucedería si tardaba en marcharse.

—¿Precisamente ahora? Cloé, está tronando. —Señaló las afueras—. ¡Quedémonos en casa! ¿Qué prisa hay? Avisa a tu madre si te tranquiliza. Además, Byron se ha dormido, por fin. —Ladeó el rostro hacia él.

—Es el primer perro que conozco capaz de dormir en plena tormenta. —Dibujó una mueca—.

Es un perro maravilloso. Me alegra tantísimo que lo haya acogido. Los animales sordos, o los que la gente cree que padecen algún defecto, son los primeros en ser sacrificados. Es una verdadera pena. —Tomó aire y se levantó—. En fin, no quiero molestarlo más, voy a llamar a un taxi. —Se encaminó a la mesa del comedor, donde había depositado su bolso.

—¿Por qué me da la impresión de que estás huyendo de mí? —Se puso en pie a su vez colocándose las mangas de la camisa. Se había arremangado para cocinar.

—Cuidado, Mr. Gardiner, empieza a sonar presuntuoso —bromeó, el deje impertinente, restándole importancia a sus insinuaciones.

Dorian hizo amago de hablar, pero conservó la boca abierta un instante y, deteniéndose, sólo dejó escapar un vano suspiro.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Cloé? ¿Quieres irte? Bien, te llevo a casa. ¡Guarda tu móvil! —instó al distinguir cómo pulsaba el teclado.

—No, usted quédese aquí y descanse. —Apretó el botón de llamada. Ni mucho menos pretendía enojar a su jefe, sólo ambicionaba marcharse sin obligarle a llevarla a propósito. No obstante, el abogado avanzó con premura hacia ella, aferrando su teléfono y anulando la llamada.

—Te llevo yo —afirmó, el matiz dominante.

—Si no le importa —contestó boquiabierta.

Ambos vistieron sus abrigos, bajo un inusitado silencio. Antes de salir, se despidieron de Byron con lisonjas. Mr. Gardiner blandió el asa de un paraguas y lo abrió al encontrar la ventisca exterior. Lo mantuvo sobre la cabeza de Cloé, salvaguardándola del fiero temporal. Anduvieron hasta el Aston Martin, pegados el uno al otro. Él, una mano contra la espalda de la joven. «¿Cómo alguien conseguía reflejar un porte tan elegante y masculino sujetando un paraguas?», se preguntaba Cloé.

Le abrió la puerta del coche, como tantas otras veces, no obstante, la volvió a cerrar repentinamente, apoyando su mano contra la ventanilla. Amusgó los ojos, apretó la mandíbula y, con una desmedida inspiración de aire que expulsó por la nariz, se armó de valor.

—¡Cloé, quédate! —voceó a causa del ensordecedor repiqueteo de la lluvia que se precipitaba sobre el paraguas y el techo del coche cual granizo.

—No puedo —objetó.

El perturbador comportamiento del abogado le produjo un sobresalto.

—¡Quédate! —prorrumpió, el semblante inquieto. Tragó saliva, como si le faltara. Penetró en la mirada de Cloé tratando de transmitirle una súplica.

—Mr. Gardiner...

Bruscamente, tiró el paraguas al suelo. Avanzó regido por la avidez, lleno de aplomo. Enmarcó luego las mejillas de la joven entre sus dos manos. La empujó contra el coche con ferocidad y la besó de forma tan apasionada y violenta que la despojó de todo sentido.

—¡No, Dorian, tengo novio! —«Todavía.» Se apartó elevando una mano a sus propios labios, palpando la huella electrificante de los de él.

—¡Repítelo! Di mi nombre otra vez, cariño. —Se abalanzó sobre ella, complacido, y aspirando oír aquella hechizante modulación que parecía adular su nombre cuando lo pronunciaba.

La lluvia los empapaba por completo, aunque ellos parecían ignorarlo. Un haz de luz de matiz lapislázuli reverberaba desde sus pies hasta sus cabellos, color que les otorgaban unas lámparas de jardín que cercaban la casa, emplazadas entre tallos de bambú plantados en unas descomunales macetas.

—¡Dorian, basta! Tengo novio —reiteró, estremecida, un hormiguelo ahora constante se había despertado en sus entrañas, asolando cada poro de su piel. Le ardían los labios, al igual que las mejillas. ¡Qué demonios, le ardía el cuerpo entero! Acababa de besarla y de llamarla ¡¿cariño?! —

Al escuchar ese dulce sonido brotar de su garganta, se empotró contra ella con mayor ímpetu, aferrando sus muñecas, asegurándose de evitar cualquier rechazo. Le aplastó los labios en un húmedo beso, alocado y arrollador. Una sensación de trepidante placer convulsionó a la pasante. Si bien, en un acto reflejo, liberó sus muñecas y le atizó un golpe en el pecho.

Descolocado, en una mezcla de furia y deseo truncado, gritó:

—No estás enamorada de él. Estás con él para agradecer a tu padre. Estás con él porque temes enamorarte de verdad. Temes sentir emociones fuertes, y él te proporciona esa seguridad. Temes sentir un amor que te devaste y te consuma. Temes el dramático dolor que acompaña el amor que tanto añoras de tus libros. ¡Y me temes por todas esas razones! —Cruzó la distancia que los separaba, pues se había alejado de ella unos instantes antes—. ¡Me temes porque me amas! —De nuevo acopló sus manos contra las mejillas y el cuello de Cloé, quien temblaba de efervescencia.

Se esforzaba en recobrar una aquietada respiración, mientras el pecho de Dorian se dilataba con delirio.

—¡Tal vez, pero sigue siendo mi jefe! —Se sumió en un torbellino de sometimientos. Colocando las palmas de las manos sobre los duros pectorales, jadeó cerca de sus labios, clavando sus ojos en los de él. La distancia se estrechó lánguidamente, mientras se devoraban con las miradas. Cloé no lo soportó más. Se impulsó y le devolvió el beso, atrayendo su barba mediante sus dedos, situando el índice sobre la comisura, adentrándolo levemente en la boca. Las mariposas batían sus alas en una cólera insistente. Las sangre palpitante, vibrando en sus oídos—. ¡Es mi jefe! —Negó con la cabeza, el pelo apelmazado a causa del aguacero—. ¡No! ¡No! Sólo intento prevenir mi ruina. —Lo empujó empleando cierta acritud—. ¡No voy a convertirme en su otra Leslie! Enamorada, consumida por el recuerdo de lo que un día fue. —Rompió a llorar fundiéndose sus lágrimas con las gotas de agua que arremetían contra su rostro.

La lluvia caía a chorros y aumentaba el número de rayos en la cúpula nubosa. A la distancia, las patas de Byron se distinguían arañando el cristal de la puerta de entrada.

—¡¿Qué estás diciendo?! Leslie no es nada para mí, no ocurrió nada entre nosotros —bramó.

—¡Me ha llegado otra versión de la historia! Mantuvo un breve romance con ella. Y ahora ella ha de aguantar cómo tontea con otras. ¿Se figura cuánto sufre? —gimió.

—Mira, eso ocurrió hace muchos años, pero nunca mantuvimos un romance. Ignoro quién o qué

te habrán contado, pero...

—Entonces cuéntemelo usted. ¡Cuéntemelo! —chilló iracunda.

—Leslie era mi clienta. Vino al despacho porque un familiar suyo le habló de mí. No soy matrimonialista, pero la vi tan desesperada y triste que acepté su caso. Incluso le ofrecí trabajo a fin de alejarla de su desconsuelo. Aparte, en ese momento lo necesitaba, y yo entrevistaba secretarias. Poco a poco nos hicimos amigos. Sí, me apiadé de ella. Su caso me daba mucha pena. —Agitó los brazos al cielo—. Íbamos a cenar o a comer a veces. Pero comprendí que se enamoraba de... —Recapacitó—. Creyó enamorarse de mí porque la trataba con respeto y cortesía. Una noche me besó, pero la rechacé. —Avanzó un paso hacia Cloé, mientras señalaba con el dedo el vacío, como si apuntara en dirección a Leslie—. Desde entonces siempre la he considerado una empleada, distanciándome de ella. Y nunca he vuelto a tomarme esas confianzas con nadie, ¡hasta que apareciste tú y revolucionaste todo mi mundo!

Cloé derramó unas lágrimas de alivio a la par que de desasosiego. ¿Por qué se había enamorado de él con esa desmesura e incoherencia?

Expectante, turbado, Dorian examinaba su reacción. ¿Qué la detenía? Había leído en unos mensajes que pretendía hablar con Charles.

—¡Cloé! —llamó su atención—. ¿Qué te impide estar conmigo? —Se acercó, esta vez precavido—. ¿Es por Charles? —Ella encontró el suelo con la mirada—. ¿Es por Leslie? —Colocó un dedo bajo su barbilla y la alzó—. ¿Es porque soy tu jefe? ¡Si es ése el motivo te despido ahora mismo!

Presa de rabia, pues ocurría lo que tanto la había inquietado —perder su trabajo—, volvió a empujarle en el pecho. Él aguantó, robusto, los pies afianzados al suelo, inamovible.

—Sabía que enamorarme de usted me traería...

—¿Estás enamorada de mí? —Su corazón se consumió en una espiral de felicidad—. ¿Cloé, estás enamorada de mí? —repitió, la mirada afanosa, la respiración entrecortada. Una triunfal sonrisa asomaba. Con los ojos chispeantes, atrajo su rostro hasta hallar la deliciosa boca.

Cloé se mordió el labio y, afrontando cuanto había atesorado recelosamente hasta la fecha, se arrojó a su cuello. Cubrió los tórridos labios de Dorian Gardiner con los suyos. Ya no alcanzaba a postergar lo inevitable. En lo profundo de su fuero interno había prosperado una atracción indomable y un amor tan fuerte como una roca indestructible.

## Capítulo 37

El tacto de sus labios disiparon todas sus dudas. Él era el hombre con el que siempre había soñado, creyendo que no existía. Movida por el néctar de su boca, se entregó total y absolutamente a sus deseos secretos. Dorian la levantó a horcajadas sobre él, aprisionándola entre sus brazos, y, sin cesar de colmarla de frenéticos besos, la llevó adentro.

Mientras ascendía por las escaleras, desabrochó su abrigo y lo tiró junto a su bolso sobre un peldaño. Respiraba forzoso, jadeante y excitado. Bajo una efusiva paciencia, una primorosa Cloé emuló sus movimientos retirándole el abrigo y, acto seguido, la camisa. Desgarró, sofocada, los puños de la prenda al no lograr desarmar los gemelos. Su alterado pulso zumbaba palpitante en sus oídos, reverberando los espasmos de su corazón. Se arrojó al cuello de Dorian, la conducía a su dormitorio. Deslizó una de sus manos hacia su torso y sus abdominales, cincelados por un tallista. Ardorosos, sumidos en un estado de vehemencia, ambos atendían las caricias del otro. Sus labios se satisfacían cual brebaje embaucador. Dorian cerró la puerta tras de sí, impidiendo la entrada de Byron. Colocó la espalda de Cloé contra la puerta, mientras la empujaba con sus caderas y mordía su cuello, exasperado. Ella lo estiraba hacia atrás invitándolo a hallar su clavícula, entretanto lo sitiaba aplicando mayor presión con sus piernas.

Dorian volteó hacia la cama, depositando a Cloé cuidadosamente. Apartó su cabello y profundizó los roces, procurando controlarse, pues el arrebató de desenfreno le impedía comedirse.

—Cloé, sé mía. —Contempló su mirada, pidiéndole permiso explícito. Empleó una tierna sensualidad, serpenteando sus dedos en el cabello bañado de lluvia de ella, sedienta de sus caricias—. Sé mía.

—¡Dorian! —gimió, febril, hundiendo las uñas en su espalda.

La desvistió gobernándolo la excitación. La lujuria le motivaba para hacerla suya, apremiaba sentir cada centímetro de su piel, sus jadeos, su esencia.

Se unieron fundiéndose en una profunda conexión. Al principio de modo salvaje y, más tarde, de forma pausada, romántica y enternecedora.

Cloé despertó en torno a las cinco y media. Se había quedado aletargada sobre el pecho desnudo de Dorian. La vislumbraba devotamente mientras dormía.

—¡Hola! —musitó peinando su rubio cabello con sutileza. Cloé se mordió el labio inferior—.

¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Todo lo contrario. —El dorso de su índice vagó por el torso de él.

—¿Te arrepientes? —Acarició su tez rosada, su rubicunda mejilla. Inquieto, escrutó su respuesta.

—No. Sólo me preocupa lo que suceda a partir de ahora. ¿Me ha despedido de verdad? —La yema de su anular trazó una ruta entre los pectorales.

—Si después de esto no me tuteas, sí te despediré. —Sonrió radiante. Ella escondió su rostro bajo la sábana.

—Tengo la sensación de despertar de un sueño. Ha pasado todo muy deprisa. —Las pestañas asomaron por encima del tejido blanco.

—¡Oye! —se quejó—. Podemos repetirlo, esta vez más despacio. —Arrastró la sábana apartándola para besarla.

—¡Dorian! —agudizó el tono ruborizada—. ¡No me refería a eso!

—No imaginas cuánto te adoro cuando me llamas por mi nombre. Me desquicias cuando no lo haces. —Frunció la nariz y rio, alegre.

—Siendo sincera, me encanta su..., tu nombre.

—Cloé, ¿te arrepientes? —cuestionó de nuevo queriendo asegurarse. Sus dedos formaban dibujos sobre el hombro desnudo de ella.

—No. —Se acomodó sobre el codo y se inclinó hacia él, la mirada de embeleso. Rozó sus labios con el canto de la uña, cosquilleándole.

—¡Dios! Pienso secuestrarte. —Acopló una mano a su nuca atrayéndola hacia él—. Ya no podrás librarte de mí. —La besó henchido de verdadera pasión; lejana a la fugaz sensación de un percedero enamoramiento—. Dime que te quedas conmigo esta noche. Quiero que te quedes. —Apresó el dedo de Cloé entre sus labios, la mirada fascinante.

—¡Es usted un embaucador, Mr. Gardiner! —articuló exagerando la mueca.

—¿Sigues sin tutearme? ¡Tú te lo has buscado! —Se incorporó sobre ella y le cosquilleó los costados. Cloé, sumamente sensible, estalló en risas.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Vaaale! Me quedaré contigo esta noche. —Se retorció como una anguila en el agua—. ¡Me quedaré contigo esta noche! —chilló. «De todos modos mi ropa está empapada. ¡Qué demonios! Muero de ganas», pensó ella.

—Podemos pedir comida a domicilio. —Se tumbó sobre un lateral del cuerpo de Cloé, el pulgar flirteando con sus labios—. Cenamos tranquilos y después nos quedamos aquí o salimos a tomar algo. Tú eliges cuanto te apetezca.

—Considero que no deberías salir mientras tengas ese golpe en la cabeza. —Dirigió una mano hacia la abotargada herida—. Aunque tampoco debimos... Ya sabes. No creo que esté indicado en tu caso. —Se aclaró la voz—. ¿Te duele?

—Apenas. —Proyectó una sonrisa de complacencia. Le encantaba cuando ella reflejaba esa mirada y esa inflexión de preocupación.

—Que sepas que pienso vigilarte toda la noche. A la mínima te llevaré al hospital.

—¿Quieres ser mi enfermera? —Se mordió los labios reteniendo una pícaro sonrisa que le llegó hasta los pliegues de los ojos.

—Borra esa sonrisita ahora mismo. —Enrojeció.

—¡De acuerdo! —Puso los ojos en blanco—. ¿Te gusta el *sushi*? —preguntó cambiando de tema.

—Me gusta... el vegetal. —Descansó una mano sobre el musculoso brazo, tenso al apoyarse Dorian sobre él.

—Voy a ducharme y, como sé que no vendrás conmigo, te sacaré algo de ropa para que puedas vestirte. Luego meteré la tuya en la secadora.

—Sería una desvergonzada de ceder a todos tus deseos —bromeó; las manzanitas de sus mejillas se abombaron.

Tal y como había enunciado, se duchó, colocó la ropa de Cloé en la secadora ubicada en la lavandería, luego tomó su teléfono y, mientras subía al piso de arriba, pidió unas bandejas de *sushi*. Encontró a Byron tumbado en la cama junto a la hermosa joven, despeinada, los ojos brillantes. Le colmó de júbilo.

—No sabes cuánta vida traes a esta casa. Me guardaré una foto mental de ti en mi cama junto a mi perro. Vale, eso ha sonado bastante extraño. Lo digo en el buen sentido...

—Te he entendido. Tu casa era muy silenciosa y ahora es semejante a un hogar. —Cosquilleaba las orejas de Byron. Éste, a sus anchas, ocupando la mitad de la cama, movía la cola.

El reflejo de un relámpago se avistó entre un celaje, retumbando en las cercanías. Las luces de las lámparas que reposaban sobre dos muebles junto a la cama —algo mayores que unas mesitas de noche estándar— parpadearon, llamando la atención de Byron. Se levantó en posición de caza, las orejas erguidas. Buscó el foco de las ondas que había percibido. La tormenta rugía en los umbríos cielos.

—¿Te importa si me ducho? Y no es una invitación. —Alzó un dedo preventivo.

—El baño es todo tuyo. —Guiñó un ojo—. A propósito, ya he encargado la cena. —Se deleitó echando un último vistazo a la joven, enfundada en la sábana—. Venga, chico, demos intimidad a la dama —llamó a su compañero mediante un signo—. *Mademoiselle, à tout à l'heure*<sup>1</sup>. —La despidió en francés, uno de los cinco idiomas que dominaba.

Envuelta en una toalla, al salir del baño aledaño al dormitorio por medio de una puerta directa, encontró una pila de ropa doblada sobre la cama recién hecha. «¡Cielos! ¡Qué aplicado, o disciplinado..., o maniático!», ponderó.

—Ven. —Cogió su mano en cuanto bajó los escalones—. Hoy he recibido el paquete que pedí para Byron. Está en el garaje. —Ambos caminaron descalzos hasta la lavandería. Dorian disfrutaba notando el tacto del suelo bajo sus pies. De ahí abrieron una puerta que lindaba con el

garaje, en cuyo espacio guardaba muchos trastos y nunca aparcaba su coche—. Por cierto. —Se detuvo volviéndose hacia ella—. Te queda muy bien lo que llevas puesto. —Una camiseta de los Lakers y unos pantalones de chándal muy amplios que se le escurrían de las caderas.

—Sí, muy acertada la camiseta de los yanquis —se burló.

—¡Oye, señorita orgullosa de ser inglesa! —la abucheó—. Cuando te lleve a ver un partido podrás opinar, hasta entonces mantente calladita. —Se abalanzó sobre sus labios.

—¡Ey! ¿Pretendes callarme con un beso? —Lo apartó empujando su barbilla.

—Mmm... —Entrecerró los párpados, el ademán pensativo—. ¿Acaso no has oído lo que he dicho? Pretendo que viajes conmigo a Los Ángeles.

—Sí, a California, y a los Alpes, y... —Suspiró. «No me quiero ilusionar», se midió Cloé.

—¿Te molesta que desee hacer planes contigo? ¿Tal vez necesitas una pedida formal? —Encorvó las cejas, la mirada pícara—. Bien, entonces solucionemos tus prejuicios ahora mismo. —La estrechó entre sus brazos—. Cloé Emma Grace Nicholls... ¿Tu madre se quedó tan ancha, no? —Rio por lo bajo a causa de sus múltiples nombres, los cuales había memorizado desde la primera semana de su pasantía—. ¿Quieres ser mi novia? —Posó su frente contra la de Cloé.

—Dorian... —Carraspeó perdiendo su mirada en el vacío, desolada de repente.

—¿Vas a dejarle? —se le rompió la voz. Pestañeó, medroso, ignorando si debía abordar el tema o prorrogarlo, pues ahí radicaba su éxito o, al contrario, su fracaso. Conseguirla o perderla. Implicaba prepararse para enfrentarse a cualquier situación, siendo ella la única encargada de romperle el corazón o regalarle la felicidad.

—Sí. Llevo días meditando acerca de qué decirle, pero sí. —Exhaló fugazmente abrupta.

—¿Entonces quieres ser mi novia? —Se le escapó una sonrisa—. Creo que nunca se lo había pedido a ninguna chica. Mmm..., quizás en la escuela infantil.

—¿En infantil? Vaya, no perdías el tiempo —le divirtió. De manera cómica, le empujó el hombro—. Vamos, abramos el paquete de Byron, será como la Navidad para él.

—O como su cumpleaños, ya que no sabemos con certeza cuándo es. —Se dirigió hacia un cartón de medidas desproporcionadas. ¿Qué había ahí dentro? ¿Un castillo de muñecas?

—¡Guau! ¿Son tus planchas de surf? —Oteó unas siete, sujetas a unos brazos metálicos, colocadas en posición vertical.

—Tablas, son tablas de surf —corrigió—. Sí, es mi *quiver*; mi conjunto de tablas.

—¿Para qué necesitas tantas? ¿Las coleccionas? —cuestionó intrigada.

—No —soltó un hilarante jadeo—. Unas son más pesadas, otras, más ligeras..., según el tipo de temporal y de corrientes. Aunque todas son magníficas para tomar las olas. Siempre viene bien tener de repuesto en caso de que se rompa alguna.

—Nunca imaginé que fueran tan largas. —Tocó una de ellas, la amarilla. Dorian sostenía el cartón mientras le observaba un Byron curioso.

—Cloé, tienes que venir conmigo a surfear, lo digo en serio. —Señaló la salida con la barbilla.

Cloé ojeó de soslayo el resto del garaje, le surgía la necesidad de fisgar, no obstante, caminó

detrás de Dorian, que iba seguido de Byron.

Depositó el paquete entre el comedor y la cocina, solicitando la ayuda de su pasante para abrirlo. En cuanto sacaron los sacos de pienso, los juguetes y el colchón, Byron se tumbó en él, restregando su lomo contra la acolchada tela, espatarrándose con la lengua fuera. Parecía sonreír al retraérsele las comisuras hacia los ojos. Instantes después, el timbre de la valla resonó.

—Abre tú, voy a por mi cartera —indicó, tan natural como si fuese costumbre.

—¿Cómo se abre? —preguntó Cloé cogida de improviso, una palpitación meciendo su pecho.

—¿Qué esperas de la vida? ¿Crees que nuestro destino está escrito o sellado? —formuló Cloé mientras se sucedían las horas.

—¿Si sólo pudieras asistir a un concierto, a cuál irías? —Dorian se prestó al juego de las preguntas.

—Una pintura..., ¿qué museo visitarías? Una película por el resto de tu vida..., ¿cuál verías? Un libro..., ¿cuál leerías? ¿Un momento? ¿Un sueño? ¿Un secreto? —fueron otras tantas del interrogatorio.

Entretanto Byron saltaba fuera y dentro del cartón, zambulléndose en retazos de poliestireno, la pareja compartía unas copas a la luz de las lumbres que emitía la chimenea. Los arrullaba la música de ambiente.

—Cloé, baila conmigo. —Le tendió la mano alzándose del suelo. Habían permanecido sentados en la alfombra delante de la chimenea.

La aceptó, colocando sus pies desnudos sobre los de él. Se ajustó a su torso, meciéndola. La balanceó, capturándola su avaricia. Sus miradas se entrelazaron al son de *She's Like the Wind*, cuya canción pertenecía a la banda sonora de *Dirty Dancing*. Con un brazo alrededor de su cuello, reposó su otra mano sobre el pecho de Dorian, quien la aprisionaba apretándola contra su corazón. No cesó de contemplarla con anhelo. Le transmitía sumas confesiones sin emitir sonido o palabra, sólo mediante sus miradas. Cuando resonó *It Must Have Been Love* de Roxette, el tacto se tornó apremiante, seductor. El significado de las frases les empujaba en un hechizante frenesí. Cloé atusó el cabello de Dorian, suelto desde que se había duchado, y reposó la cabeza contra su hombro.

—Te quiero —susurró él contra su oído.

Un sobrecogimiento azoró a Cloé, incrédula y alterada de súbito. Todo su cuerpo se tensó, acechándola multitud de escalofríos que la penetraron cual corriente eléctrica. El corazón le dio un vuelco y el hormigueo se intensificó cuando Dorian repitió las mágicas palabras.

—Te quiero.

## Capítulo 38

Con expresión de fascinación, Dorian la contemplaba mientras la luz penetraba a través de la ventana del dormitorio y la bañaba un manto azul rosado. Acostumbrado a levantarse temprano, se despertó antes que ella. Se deleitó mirándola, durmiendo plácidamente entre sus brazos. Un sentimiento de plenitud colmaba su ser.

—Buenos días, princesa —deseó, la modulación acaramelada—. Eres preciosa cuando despiertas —la halagó cuando las pestañas de Cloé aletearon.

—Buenos días. —Sonrió, aún en los cielos. ¿Se podía vivir en una nube? Ahora poseía tal convicción. Pese al cansancio, debido a las pocas horas de descanso al conversar gran parte de la noche y de la madrugada, en sus venas corría una vitalidad excepcional. Advirtió su cuello un tanto resentido; poco le importó. Todo enamorado acepta con gusto padecer las dolencias achacadas a las malas posturas mientras el tacto se aferra a la pareja. A menudo las relaciones primerizas, o los inicios de un romance, adquieren la peculiaridad de esa habilidad; dormir abrazados, magullándose los músculos del cuello o de otra parte del cuerpo debido al sostén de un brazo, de una pierna o de un pecho, con tal de no separarse el uno del otro—. Podría acostumbrarme a... —Ruborizada de repente, ocultó su rostro contra el pecho desnudo de Dorian.

—¿A verme nada más despertar? Yo también —susurró henchido de regocijo.

Cloé abrió un ojo curioso y buscó los de él, comprobando su reacción. En la cima de la frente perduraba la herida, encarnado el moretón.

—Me encanta cómo te sonrojas cuando me miras más de diez segundos consecutivos. —Despejó sus sienes de los cabellos que le enmarcaban el rostro y, acto seguido, acarició la punta de la nariz de Cloé; esbozó una sonrisa—. Y me encanta cuando te hago sonreír. —Las caricias se dirigieron a los suaves labios de la joven, quien dejó escapar una risita—. Al igual que ese tintineo cuando ríes, resulta musical. —Ella silenció la risa pellizcándose los labios—. O como ahora cuando te muerdes los labios, porque te incomoda o porque te guardas algo.

—¿Me guardo algo? —El júbilo alcanzó sus ojos.

—Sí, te reservas tus pensamientos. —La besó, una mano deslizándose hacia su cintura.

—¿Y qué más te gusta de mí? —preguntó impresionada por cuán bien la conocía.

—Por ejemplo, cómo huele tu cabello. Adoro tu olor a bizcocho de fresa. Me apetece comerte.

—¿Comerme? —estalló en una carcajada suscitada por el deje cómico de la frase. A la par se sentía embelesada—. ¿He de temerte? ¿Tienes inclinaciones caníbales o algo así?

Un apasionado beso fundió sus risas, las miradas compenetradas.

—¿Y qué te gusta a ti de mí?

—¿Qué no me gusta de ti? Eres todo lo que un día soñé. —Se pinzó los labios y, al recordar las palabras de Dorian, los despinzó enseguida para evitar hacerle creer que le ocultaba algo—. Aunque, siendo sincera, tu perfume me agradó mucho antes que tú, don soberbio —se mofó—. No tu perfume en sí, la mezcla de tu perfume con la esencia que desprende tu piel. Me volvía loca. Tú me vuelves loca —musitó acariciándole una ceja y procedió hasta su barba.

Tras un romántico desayuno, decidieron bañar a Byron. Al gran danés no parecía agradaarle demasiado el agua. Se escapó un par de veces, patinando sobre el suelo del cuarto de baño. Las evasiones del perro se convirtieron en juegos que acabaron con Dorian y Cloé empapados y enjabonados con la ropa puesta..., hasta que se la quitaron.

Acaecido un largo rato, se secaron y vistieron y llevaron a pasear a Byron, acicalado con su nuevo collar rojo, de un color parejo al de su cama.

Cloé examinó su atuendo de soslayo. Vestía la ropa que había usado el viernes en el trabajo, a excepción de la prenda cuyo emblema enaltecía a los Lakers. Dorian le había cedido la camiseta, alegando que le encantaba verla con ella puesta.

—Podríamos planear algo para mañana y pasar todo el día fuera de Londres. —Mientras hablaban, sus miradas se dirigieron a sus manos, sus dedos se habían entrelazado de improviso.

—Sí, quiero ser tu novia —confesó respondiendo la pregunta del día anterior y aplazando la que Dorian había formulado.

El abogado, conmovido de felicidad, la levantó entre sus brazos, regalándole infinitos besos.

—¿Sabes cuando tienes todo lo que quieres y no significa nada? ¿O te das cuenta de que no significa nada hasta hallar una razón que te muestra lo perdido y solo que te encontrabas? Tú eres mi razón. Has traído vida a mi universo. Me haces mejor persona. Consigues que vea el mundo con otros ojos. Sonará a tópico, pero contigo la vida es maravillosa.

Cloé lo contempló, los ojos diamantinos, destilando unas lágrimas de fervor. Su cuerpo tembloroso, hormigueándole el vientre, a merced de cuanto emitían los labios de Dorian.

Los informativos se oían en segundo plano en el televisor del salón. En la cocina, Cloé guisaba, enseñándole truquitos culinarios al supuesto negado. Dorian se esmeraba en prestar atención, si bien le atraía en mayor medida la forma de moverse de Cloé, importándole poco si preparaba barro o un solomillo Wellington versión vegana, de existir. Sus movimientos ligeros y rítmicos hipnotizaban al hombre, la sonrisa persistente.

—¿A qué hora he de llevarte a casa? —interrogó viendo a Cloé teclear en su móvil.

—La exposición empieza a las siete de la tarde, pero he de estar antes por si me necesita mi madre. Me pregunta si me he ido a vivir a otra parte. Hace días que no me ve.

—Bueno, Margaret y Ethans te han disfrutado muchos años, ahora me toca tener un poco de ti. —Una ceja dominó la otra. Con pasos felinos se aproximó a ella, le rodeó la cintura y la aupó

sobre la isla de la cocina—. Dime que vas a dormir en mi cama esta noche. Prometo abrazarte y no soltarte. Después de la exposición, los cuatro podríamos ir a celebrarlo, y luego... —hizo énfasis en la última palabra mientras su mirada la seducía y sus labios se acercaban peligrosamente.

—¿Y luego, Mr. Gardiner?

Rugió cual bestia salvaje, apoderándose de su cuello. Le destinó unos leves mordiscos.

—Ya te he dicho cuánto me molesta cuando no me llamas por mi nombre. Voy a tener que castigarte. —Rio ascendiendo hacia su oreja.

—Inténtalo y te raparé la cabeza y la barba mientras duermes —lo desafió.

—¿Serías capaz? ¡Qué peligro tienes! —La besó y la devolvió al piso. Le dio un burlesco cachete en una nalga, causándole una risa de estupefacción.

Cloé enrojeció de repente. Jamás había permitido a nadie actuar de tal forma, ni ella misma se había permitido vivir así mostrándose cariñosa, lanzada o despreocupada.

Instantes antes de abandonar la casa y conducirla a la suya, Dorian la llevó a la biblioteca y la sentó en uno de los dos sillones de capitoné separados por una mesita baja, frente a un escritorio de cristal cuyas patas relucían y formaban un diseño en espiral.

—No te muevas —ordenó dirigiéndose a un cajón de un mueble.

—¿Es ahora cuando me troceas en pedacitos y me guardas en un enorme congelador escondido en tu garaje? —Nada entreveía Cloé, salvo la espalda de él rebuscando entre, intuía por el sonido, unos papeles.

—¡Qué graciosa, Miss Nicholls! Encontraría mil cosas que hacer contigo, pero esa en particular, no —repuso mientras giraba sobre sus talones y tomaba asiento en el segundo sillón—. Me gustaría darte esto y que lo aceptaras. —Le entregó una caja de color negro, alargada, del tamaño de un teléfono móvil—. No es un anillo. —Bosquejó una sonrisa, un tanto cortado aun así.

Cloé tragó saliva, intimidada de pronto, sin entender la razón. Desacopló la tapa y aparecieron dos llaves plateadas en un llavero con forma de casa.

—Sólo es para cuando quieras venir sin avisar, o a darme una sorpresa —pretendió quitarle importancia—. O por si te apetece ver a Byron, o si algún día quedamos aquí y tú llegas antes... No sé, úsalas cuando te parezca.

—Vaya. —La punta de sus dedos las acariciaron—. ¿Estás seguro? —Levantó la vista hacia él—. En dos días me has pedido ser tu novia y me has dado las llaves de tu casa... ¡Es una gran responsabilidad! —fingió llorar mientras tanto posaba una mano sobre su pecho y fruncía el ceño, cual actriz recibiendo un premio.

—¡Qué teatrera! Por un momento te he creído. —Se abalanzó sobre ella y la cosquilleó a sabiendas de lo sensible que era.

Cloé lo atrajo hacia sus labios, estirando de su cuello. Hundió los dedos en el cabello de Dorian y lo besó con furia, moderándose más tarde con el propósito de mirarlo. Con la expresión preñada de ternura y acopiando valor, formuló:

—Te quiero, Dorian.

En la acera, se despidieron como si nadie más existiera. Poco les importaban las miradas de los viandantes, los cantos de los pájaros en los árboles, o los coches transitando la calle.

—¿Estás bien para venir? El golpe de tu cabeza aún se ve tierno. Tardará unos días en sanar. Puedo ir a tu casa luego.

—No quiero perderme la exposición.

—Entonces nos vemos allí en unas horas. —Le costaba abandonar sus brazos.

—De acuerdo, y recuerda prepararte una muda para mañana, puesto que esta noche vienes a casa —puntualizó satisfecho.

Habían resuelto pasar el domingo en Dover, condado de Kent, cuyos acantilados lisos y blancos se hallan a treinta y cuatro kilómetros por mar de Calais; una ciudad de Francia provista de un puerto embarcadero, desde donde salen y entran barcos de pasajeros recorriendo una ruta entre ambos países.

—¡Hola! Ya estoy aquí —voceó, el deje repleto de simpatía, cuando traspasó la puerta de entrada.

—¡Hola, desaparecida! —Margaret salía corriendo del estudio, una toalla enrollada a la cabeza. Vestía una bata de ducha—. Besitos, besitos —lanzó en el aire—. Luego me lo cuentas todo, ahora tengo prisa. Y tú deberías cambiarte ya. —Se dirigía atropelladamente hacia el pasillo de los dormitorios—. ¿Has visto mi pintalabios nuevo? Lo estoy buscando en todos los rincones.

—No, pero te puedo prestar uno mío. —Cloé la siguió por el pasillo.

—Me apetecía usar ése en especial. Tranquila, tengo otros. —Margaret se detuvo junto al marco de la puerta y examinó a su hija de pies a cabeza—. ¿Qué llevas en el cuello? ¿No será...?

—No es lo que crees, mamá —la tranquilizó figurándose que su madre lo achacaba a un chupetón. No le había comentado nada del ataque del violador, y le había pedido al médico que le guardara el secreto.

—Cariño, me encanta Dorian, pero... no puedes estar con dos hombres a la vez.

—¡Estoy de acuerdo! —gritó Ethans desde su cuarto—. Salvo para hacer un trío —musitó y se quedó más ancho que largo.

—No estoy con dos hombres a la vez, voy a dejar a Charles... Bueno, en teoría sí estoy saliendo con... Pero le dije a Charles que quería hablar con él antes de... —frenó su impulso de dar más detalles de los requeridos—. ¡Esta noche lo soluciono! ¡Uy, no me mires así, mamá! —rechistó al advertir su expresión reprobadora—. Voy a cambiarme.

Al desvestirse, asió la camiseta de Dorian entre sus manos y la olió, cerrando los párpados. Aquel aroma la devolvió a los instantes idílicos que había vivido junto a él.

«Soy adicta a ti, Dorian Gardiner», confesó, un nudo en el estómago. ¿Realmente había ocurrido? Evocaba cada momento como si se tratara de un sueño. Si bien sobre su cuerpo quedaba

patente el tacto de sus labios, de sus caricias, de sus embistes, hormigueándole aún cada centímetro de piel.

Respecto a la velada, eligió un vestido negro de cóctel adornado de un cuello de perlas, semejante a los diseños de Holly Golightly, protagonista de *Desayuno con diamantes*. Perfeccionaron su vestimenta unos zapatos negros de tacones altos, unos pendientes y una pulsera de diamantes. Se pintó los labios de un tono rojo. Vaciló ante la idea de recogerse el pelo o de dejarlo suelto, decidiendo después utilizar su dónut<sup>1</sup> y realizar un moño alto.

—¡Ya estoy! —voceó de modo que su madre la oyera entretanto recibía el reflejo del espejo.

De Dorian — Recibido a las 17:58 h  
Estoy deseando que vuelvas a mis brazos. Mi almohada huele a ti.  
Pasaré primero por casa de mi padre, pero llegaré a tiempo. Te veo en  
un rato. Un beso.

«Vaya, no soy la única que huele las cosas», rio sola en su cuarto, emitiendo un jadeo de enamoramiento.

Subidos al Jaguar XE de color rojo que Margaret se había regalado meses antes por su cumpleaños, y seguramente para competir con su exmarido, que también se había comprado uno, partieron a la galería. Acontecía la novena exposición de la pelirroja. En veinte años, ésta se había labrado un nombre entre los artistas londinenses, aunque todavía no alcanzaba la fama que se merecía. Aspiraba a que tal vez, algún día, sus matices y pinceladas la propulsaran en dirección a un círculo más amplio.

Transcurrida media hora desde la apertura, la sala lucía repleta. Se había congregado gran parte de la *jet set* que aún conservaba contacto con Margaret tras su divorcio, así como muchos de sus amigos y otros conocidos escultores, pintores... Tres cuadros se habían vendido en poco tiempo. Cloé acechaba cada pieza en busca de unas pegatinas rojas mientras paseaba en la sala. Las pegatinas simbolizaban las adquisiciones. Bebió un sorbo de su copa, avistando por enésima vez la puerta de entrada. Dorian se retrasaba.

—Hola, Cloé. —Una mano se posó sobre su espalda.

—Charles, hola —saludó después de girar sobre sí misma. La escayola había desaparecido. ¿Cuándo se la habían retirado? ¿Cómo saberlo?! Si apenas le hacía caso, contestaba sus mensajes o le visitaba—. Me alegra que estés aquí, porque quiero hablar contigo lo antes posible.

Su novio aproximó sus labios a los de Cloé, quien ladeó el rostro, recibiendo el beso sobre la mejilla.

—Charles, por favor, no hagamos las cosas más difíciles. ¡Debo hablar contigo! —suplicó.

—Yo también quiero hablar contigo, Cloé. Hace semanas que le estoy dando vueltas... —La joven se proponía interrumpirlo cuando él la detuvo, impidiéndoselo—. Ignoro por qué lo he postergado tanto. Supongo que buscaba el momento apropiado..., especial. —A la vez que tomaba su mano y se arrodillaba, Ethans, leía los labios del jurista a la distancia. Corrió en busca de Margaret.

—Charles, ¿qué haces? ¿Qué haces? —gruñó entre dientes, iracunda.

Las personas destinaron sus miradas hacia ellos, provocándole una terrible vergüenza.

—Mi querida Cloé —alzó la voz—. Desde que te conocí, supe que eras la mujer que me completaba...

Margaret y Ethans observaron la escena incrédulos, los ojos proyectando un temible disgusto. La pelirroja se tapó la boca con una mano, el corazón convulso, asfixiándola una brizna de espanto. Cuestionó para sí misma si Charles no había podido encontrar otra ocasión para declararse a su hija. Además, ésta deseaba romper con él horas antes.

—¡Qué bochorno! Me sabe mal por él. Ha puesto a Cloé en una tesitura... —deploró Margaret—. Le romperé el corazón ante todo el mundo en cuanto le rechace —resopló.

—¿Tesitura? Mira a tu derecha. —Señaló a Dorian, quien acababa de entrar. El abrigo puesto, los puños cerrados, la mandíbula apretada, los ojos fulminantes de ira a la par que de pavor—. ¡Aquí se líá! —pronosticó Ethans.

—No pasa ni un solo día sin que piense en ti, y no quiero que pase otro sin que seas mi mujer. —Sacó de su chaqueta una cajita. La abrió y enseñó un precioso anillo de diamantes dotado de sumos quilates—. ¿Quieres casarte conmigo?

La sala empezó a girar bruscamente de un lado a otro, sin un sentido concreto. Todos se empeñaban en mantener la vista fija en ella, expectantes, aguardando una respuesta de sus labios entreabiertos, pero sellados aun así. Para más inri, Charles le pasó el anillo al dedo. Cuando menos nerviosa y descolocada, entendía que, de darle una negativa, humillaría al hombre que durante más de seis meses compartió su vida.

Ethans llevó una mano a su vientre, encogido de pronto. Ni él ni Margaret ni Dorian respiraban. Retenían el aire en sus pulmones, los tres indispuestos.

«¡No! ¡No! ¿Qué haces, Charles? ¿Qué te propones? Es una encerrona. Ahora no. ¿Qué hago? Todos nos están mirando y vigilan cada gesto. ¡Santo cielo! No me encuentro bien. Voy a desmayarme», se imaginó la joven.

—Sí —pronunció Cloé en un estado de desorientación, ansiosa de acabar con el *show*.

—¡Bien!

—¡Bravo!

—¡Felicidades! —gritaron todos dando su enhorabuena, a excepción de tres personas.

Unos ojos verdes se tiñeron de lobreguez. Dorian fulminó a Cloé con desprecio. Se dio la vuelta, un mohín de repulsión en los labios, y partió, destrozado, cual juguete roto que no puede repararse.

## Capítulo 39

Como agua y aceite; así se sentía Cloé en los brazos de Charles, quien alardeaba de compromiso ante la muchedumbre.

—¡Se ha ido! —Ethans había alcanzado la vera de Cloé empleando la mayor celeridad posible.

—¿Quién? —Mientras preguntaba, recelaba lo peor. Presentía que, tal y como lo había expresado su primo, Dorian había presenciado la pedida de mano y se había marchado.

Corrió afuera sin aguardar contestación, bajo los ojos interrogativos de los que habían acudido a la exposición. Incluso logró zafarse de que le tomaran una foto huyendo de su prometido. En cuanto cruzó la puerta y halló la calle, un frío aguacero corrió por sus mejillas. Llovía a mares. Oteó a Dorian en la acera, caminando en línea recta, de espaldas; o creyó reconocer su abrigo largo.

—¡Dorian! —gritó con pujanza. Amusgó los ojos y se fijó en el cabello del hombre, goteando sobre sus anchos hombros. Éste continuó avanzando, indiferente a su llamada—. ¡Dorian! —repitió apresurándose en alcanzarle.

Se detuvo finalmente, manteniendo una postura tensa y firme, sin girarse. Clavaba la vista en el vacío, los puños apretados todavía. Faltando dos pasos para que Cloé le sobrepasara, musitó:

—No sólo no has roto con él, te has prometido.

—Sí. —Se colocó ante él percibiendo su profundo dolor—. No se trataba de una afirmación, Dorian, sino de una gran consideración. Pretendía evitarle el bochorno y la vergüenza que sufriría ante todas las personas que esperaban mi respuesta.

—¿Te apiadas de él? ¿Ese tipo, de aspecto relamido, que no encuentra otro momento que la exposición de tu madre para pedirte en matrimonio? ¿En serio? —Soslayaba mirarla a los ojos, le repugnaba.

—En el supuesto de que tú y yo hubiésemos compartido siete meses de nuestras vidas, habría hecho lo mismo por ti. Le tengo aprecio, ¿sabes? Aunque no lo quiera como a ti.

—¡Mentira! Has tenido decenas de ocasiones para dejarlo. Quizás esperabas esto de él poniéndolo contra las cuerdas. Le has empujado hacia la única opción posible, hasta que, muerto de celos, te ha rogado matrimonio. Es un plan maestro. —Asintió levemente entretanto subía el tono de voz.

—¿Sugieres que soy una manipuladora? —Se estremeció asqueándose de sí misma al reparar en cuanto conjeturaba Dorian. ¿Reflejaba esa imagen?

—Después de esto no sé qué creer. —Se pellizcó el ceño entre dos dedos.

—¿Acaso no te he dado razones para fiarte de mí?

—¿Entonces por qué no has rechazado su propuesta? ¿Tan difícil te resultaba decirle que no?  
—La lluvia arremetía contra su rostro, irascible.

—Dorian, escúchame... Todo lo sucedido me supera. ¡No sabía qué contestar! —gimió acoplando sus manos al rostro del hombre al que amaba en realidad, exigiéndole mirarla.

—¡Cloé, no estáis hechos el uno para el otro! —gritó con amargor, los ojos suplicantes. Encajó su frente a la de Cloé. Cerró los párpados un momento, apretando los dientes, un infecto sabor de desolación en la boca. Tal fue así que frunció la nariz y sus labios esbozaron un ademán de repulsión.

—¡Dorian! —Cloé arrugó la frente, afectada.

—¡Déjalo! Te lo ruego. No juguemos más. ¡Déjalo!

—No estoy jugando... Yo... yo... —Se quedó sin habla de repente. Las palabras, las explicaciones, los sentimientos la lastimaban profundamente, a un nivel inmaterial, despojándola de su voz. Le dolía el estómago, la piel le ardía, le consumía la rabia.

Se apartó de ella llevándose las manos a la cabeza, estirándose el cabello hacia atrás. Anduvo sin rumbo, de un lado a otro, cual león enjaulado dando vueltas entre cuatro paredes. Tras un instante agónico de reflexión, bufando y maldiciendo para sí, se encaró a ella por fin y empuñó su mano.

—¡Te amo! —Soltó su mano y enmarcó sus mejillas. Buscó unir la mirada de la joven con la suya—. ¡Te amo! ¿Quieres matrimonio, es eso? Porque es lo único que no puedo ofrecerte. Pero sí podemos vivir juntos. Ven a vivir conmigo, Cloé. ¿No te gusta mi casa? ¡Alquilemos una! ¿Quieres diez perros? Tengamos veinte. ¿Quieres conducir mi coche? Te lo regalo. ¿Quieres irte a China? Te llevaré a hombros si hace falta. Quiero descubrirte cada rincón del mundo, porque el mundo sin ti ya no es el mundo. ¿No lo entiendes? ¡Te amo! No te cases con él. Déjame intentar hacerte feliz, haciéndome tú el hombre más feliz no casándote con él. Déjame compartir contigo cuanto poseo mientras compartes tu vida conmigo. Déjame averiguar quién soy yo, porque tú eres la mujer de mis sueños. ¡Joder, Cloé! ¡Te amo!

Atragantada, la voz quebrada, ni un ápice de sonido lograba emerger de su garganta. Había enmudecido. Todo acaecía con demasiada premura; una pedida, una antipedida, y los hechos sucediéndose, agolpándose en su mente. Estaba en *shock*. Ni la constante lluvia golpeando su rostro la sacaba de ese estado de catatonía.

«Yo también te amo, mi vida. ¡Te amo, Dorian! No voy a casarme con Charles. Te quiero a ti. Déjame explicarte... ¡Déjame explicártelo todo, te lo suplico!», atenzó los brazos de Dorian en pos de retenerlo hasta recuperar la voz y encontrar el valor de pronunciar una palabra.

En cambio, Dorian notó sus manos como cristales contra su piel. Su paciencia agotada, Cloé permanecía en silencio, lo cual expresaba cuán poco lo amaba. Indicaba incluso que se había burlado de él.

«Nunca pretendió romper su relación. Se trataba de un montaje para darle celos. Un medio para

su fin, eso soy para ella», se dijo Dorian.

—A partir de ahora puedes considerarme un infeliz. —Orgullosa y suficiente, su lengua laceró a Cloé. La apartó secamente y, distanciándose en la turbiedad de la noche, desapareció.

Arrodillándose sobre el suelo, escondió su rostro entre sus manos, mareada y taciturna, impidiéndose plañir sonoramente. El aire entraba en sus pulmones como unas cuchillas afiladas, lo expulsaba emitiendo un ruidoso suplicio.

—¿Infeliz tú? No, Dorian, yo soy la que no sabía siquiera que era infeliz antes de conocerte. Dormitaba, sin sueños, sin objetivos, sin pasiones, hasta que apareciste en mi vida y me despertaste —consiguió musitar a duras penas. Sin embargo, fue demasiado tarde. Él se había esfumado al doblar una esquina.

—¿Qué sorpresa más oportuna encontrarle aquí! —escuchó a un metro de distancia. Su semblante viró del escarlata al blanco. Divisó a Charles entre la brumosa lluvia—. ¿Es por él, verdad? —Suspiró con achaque—. Ese tío nunca me ha caído bien —recreminó.

—¿Si no te caía bien, por qué te empeñaste en que practicara en Gardiner & Sons? —Se alzó como un soldado tras un golpe en la batalla, la mirada asesina, la respiración entrecortada.

—Que él no sea santo de mi devoción no resta que es dueño de uno de los mejores bufetes, si no del mejor, de Londres.

—Lo has hecho a conciencia, ¿eh?! —Medio sonrió con sarcasmo.

—¿Qué?

—¿Tu malévolas estrategia de pedida! Me importas, y por esa razón conocías mi respuesta. ¡Qué estúpida! Debí pensar en mí en lugar de pensar en ti. Debí decirte que no, pese a humillarte —gritó furibunda.

—¿No montes un escándalo aquí!

—¿Yo? ¿Te burlas de mí? ¿Quién ha obrado con malicia? ¡Tú has conseguido esto! —berreó.

—¿Cloé, la prensa está aquí! —Señaló la galería de arte—. Me figuraba que era cuanto deseabas. Casarte, tener una gran casa, hijos, un perro...

—¿Un perro? ¡¿Un perro?! ¡No quiero un perro, quiero diez, y sólo por ese motivo deberías desear adoptar veinte! —prorrumpió, los ojos fuera de sus órbitas.

—¿Veinte perros? ¿Estás loca? —Rio sardónico sin tomarla en serio.

Elevó la barbilla al cielo, recibiendo la lluvia cual agua bendita. Restregó sus dedos contra su tez y su cabello, estirado y trabado en el moño. ¿Quién era Charles para ella al fin y al cabo? ¡Nadie! El elegido de su padre. Un ser que jamás la entendería ni la querría por sus cualidades y sus defectos, sólo por cuanto representaba. Nunca la tomaba ni la tomaría en serio, como ahora.

—Sí, ésa soy yo, la loca de los veinte perros. La que nunca comerá carne, ni reirá tus gracias, ni lucirá las pieles que me regales como hace tu madre. No te quiero, Charles, no en el sentido romántico por el cual se rigen mis ideales. Ni quiero casarme contigo. Lo siento, pero no soy mujer para ti, ni eres hombre para mí. Ambos nos merecemos algo más, ser quienes somos sin fingir, sin esforzarnos en agradarnos. —Avanzó hacia él y le ofreció un beso de despedida en la

mejilla—. Cúdate, Charles. Te deseo lo mejor. —Deslizó el anillo que había afianzado él en su dedo momentos antes y, entregándoselo, resolvió—. Existe una mujer para ti ansiando conocerte y a quien harás muy feliz, pero ésa no soy yo. —Sonrió con pesar y alivio.

Corrió puertas adentro, recibiendo la atención que tan poco deseaba.

—Acompáñame al baño ahora mismo —ordenó Ethans agarrándola del codo.

—Ahora no tengo tiempo, he de encontrar a Dorian —objetó.

—De eso nada, es la noche de tu madre, bastante le has robado el protagonismo con tantas tonterías.

—¡Ethans! —vituperó.

—¡No! Ya está bien. Vas a sonreír y a comportarte como una hija ideal y de modales impecables lo que queda de velada. En casa ya hablaremos. ¿Vale? —advirtió, un dedo acusador y crítico—. Ahora, ve a darle un abrazo. Lo necesita.

«¡Mierda! Pobre mamá. Ethans tiene razón. He acaparado toda la atención», solventó escribir un mensaje a Dorian una vez que llegara a casa en lugar de pasar la noche colgada del móvil, desatendiendo a su madre.

Si bien nunca mandó su escrito, pues la finalización del evento concluyó a deshoras. Sobre la una pasada vestía su pijama.

—Reunión familiar en cinco minutos en el salón —avisó Margaret asomando la nariz por el quicio de la puerta de la habitación de Cloé.

«¡Cielos! Esta vez me la he ganado», se encogió de hombros sobre su cama.

—¿Margarita o Cosmopolitan? —preguntó Ethans preparando las bebidas en la cocina cuando apareció Cloé.

—Margarita para mí —se aclaró la voz, pusilánime.

—Margarita para todos, entonces. —La siguió a través del extremo de las pestañas.

—¡Mamá, perdóname! No debí permitir que esta locura pasara en tu exposición.

—Ya me has pedido perdón miles de veces esta noche. No te tortures más. Ha sido una velada... peculiar. —Sentada en uno de los sofás, situó el codo sobre su rodilla, doblada y apoyada sobre el reposabrazos. Acto seguido colocó un dedo sobre la cima de su ceja, estirándola —. ¿Estás o no estás prometida, hija? —inquirió.

—No lo estoy.

—¿Se lo has dicho a Dorian? —prosiguió Margaret.

—No. Se ha ido enojado. —Se mordió el interior de los labios.

—¿Estás triste por Dorian o por Charles? —cuestionó Ethans manteniendo una bandeja de bebidas sobre la palma de la mano, alzándola cual camarero de club.

—Esta noche estoy demasiado exhausta mentalmente... Es innecesario analizar el tema. —Aceptó la copa que le tendía su primo y brindó luego con todos—. ¡Por ti, mamá! Eres una mujer

excepcional. Te mereces todo lo bueno del universo.

—¡Por Margaret! Una heterosexual de cuidado y magnífica artista, quien ha vendido la mayor parte de sus obras —añadió Ethans—. Por cierto, ¿no es el doctor Henderson el que he visto deambular por la sala esta noche? —Camufló una pícaro sonrisa tras su copa.

—¡Ajá! —Margaret peinó sus bucles con un ápice de engreimiento.

—¡Bien por ti! —ronroneó como un gato glorificando a su tía.

—Cloé, no soporto verte así. ¿Nos lo vas a contar? —endureció el tono Margaret escrutando el desvaído semblante de su hija.

—Francamente, estoy... hecha un lío. Ha sido una locura de fin de semana. Detesto cuando las cosas ocurren a la vez. Han pasado tan deprisa que no me da tiempo a comprenderlas ni asimilarlas.

—¡Probemos un juego! —Ethans se levantó dirigiéndose después hacia una libreta junto al sillón de lectura—. Aquí voy a apuntar dos nombres. El de Charles y el de Dorian. —Escribió en el cuadernito—. Esconderé los dos papeles en mis manos y deberás quedarte con el hombre cuyo nombre salga seleccionado. ¿De acuerdo? —Regresó y se sentó alzando una ceja.

—Mmm... —No le apetecía participar en el juego. Además, ya sabía a quién amaba—. Vale. —Pero se dejó llevar.

—Venga, elige una mano. —Enseñó las dos, cerradas, conteniendo ambas un papel.

—Ésa. —Señaló la derecha. Ethans descubrió la palma de la mano. Cloé asió el papel, lo desplegó, pues estaba doblado en cuatro, y leyó—. ¡Charles! —Cayendo su cabeza sobre sus manos, rompió a llorar.

La intuitiva Margaret, pensativa de repente, atisbó a Cloé y luego a Ethans. Lucía imperioso, muy satisfecho.

—¿No es lo que esperabas? —Sonrió él con jactancia.

—¡No! —gritó sorbiendo por la nariz.

—¿Y si te digo que escribí el mismo nombre en los dos papeles?

—¿Qué? —Alzó la mirada, enrojecida a causa del desgarró que había sufrido su corazón.

—Escribí el nombre de Charles en los dos papeles.

—¿Por qué harías tal cosa? —se molestó deseando pegar a su primo.

—Porque sólo así lograrías discernir entre lo que tú crees justo o conveniente y lo que realmente quieres.

Cloé sollozó, percibiendo un desahogado alivio de súbito. Él era su elección. Dorian. Siempre había sido él. Un amor imperecedero e inconmensurable. Mas, ahora, tocaba luchar por él, declararle sus sentimientos y confirmarle que él era su única opción.

—¡Amo a Dorian!

## Capítulo 40

La luz de la mañana penetraba por las ventanas del apartamento. Sumisa, impaciente, pues no había pegado ojo, aguardaba tendida en el sofá a que las manecillas del reloj se posaran sobre el mayúsculo nueve. Prefería no llamar antes por si despertaba a Dorian. Transcurridas las horas faltantes, inició la llamada, anulándola al momento. Pensándolo mejor, le mandaría un mensaje tanteando el terreno.

De Cloé — Enviado a las 09:01 h  
Hola, ¿podemos hablar? Siento todo lo que ha pasado. Tengo mucho que contarte. ¿Puedo llamarte?

La espera se hizo eterna. Ninguna respuesta llegaba a su teléfono. A menudo comprobó si recibía señal y actualizó el chat. ¿Por qué no contestaba? ¿Pretendía castigarla o sólo estaba enfadado? «Ambas causas», se respondió.

Ethans interrumpió sus reflexiones justificando que preparaba el desayuno y necesitaba ayuda con las tortitas. Con sumo gusto, Cloé le prestó sus manos, eludiendo así enervarse y sufrir. Mezcló el polvo de arcilla corporal, que usaba su madre para elaborar mascarillas, en lugar de la harina, con azúcar, zumo de piña, y añadió unos tomates *cherry* confundiendo los con los arándanos. Engrasó la sartén con vino blanco creyendo que era aceite, y, tras pegarse las tortitas, sirvió los pedazos en una fuente.

—¡Cloé! —gritó tras escupir la comida—. ¿Qué has hecho? ¿Quieres matarnos a todos? — Arrojó los restos que permanecían en su boca en el plato—. ¿Con qué las has condimentado? — interrogó Ethans, el semblante tan agrio como su paladar.

—Con lo de siempre. ¿Por qué? ¿Saben mal? —No las había probado, tenía el estómago revuelto y nada de hambre.

—Si eres capaz de comerte una te doy cincuenta libras —espetó Ethans.

—¡Venga ya! ¿Qué insinúas, don exagerado? No será para tanto. Puede que las haya quemado, pero las he hecho con los productos habituales. —En su mente, al menos, había seguido la receta al pie de la letra. Al igual que Ethans, las devolvió en cuanto las metió en su boca.

Los segundos se convertían en horas, las horas en días, cual yugo tóxico que dilata y desequilibra el tiempo. La noche en vela se reflejaba en su expresión y en la lentitud de sus actos. Pero descartaba la idea de dormir. ¿Y si recibía una respuesta de Dorian? ¿Y si la llamaba y ella

no oía el teléfono? No, permanecería despierta costara cuanto costara. Rellenó su tercera taza de café bien cargado, pese a las taquicardias de su pecho. Ignoraba si se debían a la bebida o a la desdicha que sacudía su corazón.

Dos horas transcurrieron hasta que le mandó otro mensaje, aunque en éste no se reflejaba su deprimente estado de agitación, angustia e impotencia. Por primera vez en su vida estaba enamorada, lo cual implicaba ignorar cómo actuar. Los extraños sentimientos se agolpaban en ella cual vorágine de dudas.

Todo es distinto según la persona, no es lo mismo pedir perdón a una madre, o a un hermano, que a un amor. Sobre todo cuando no hay todavía mucha confianza en la relación como para obrar con libertad, ya que por encima de todo ambicionamos gustar a la pareja, cosa que con los familiares nos pertenece desde el nacimiento. Si a esto sumamos un primer amor, palpándolo todo con tacto neófito y viendo con ojos nuevos, las emociones se multiplican y exageran sintiéndonos abrumados y desbordados y pudiendo brindar una imagen de locura a quien nos mira.

De Cloé — Enviado a las 11:24 h

Dorian, te lo ruego, necesito hablar contigo sobre lo ocurrido anoche. He dejado a Charles.

De Cloé — Enviado a las 12:43 h

Vale, entiendo que estés enojado. Es lógico, pero deseo solucionar las cosas. No soporto que estés enfadado conmigo.

Después de los mensajes, llegaron las llamadas. Y más tarde, las llamadas combinadas con mensajes. Un vaivén infernal de preocupación, contrariedad, ofuscación y desespero. La inexperta joven precisaba urgentemente de un manual para tratar a los hombres.

De Cloé — Enviado a las 15:06 h

¿Vas a seguir así todo el día? Me parece una chiquillada que no quieras hablar conmigo. ¿Tanto te cuesta coger el teléfono?

De Cloé — Enviado a las 15:37 h

Dorian, por favor, coge el teléfono. Aunque sea una sola llamada.

De Cloé — Enviado a las 16:59 h

Vale, si no quieres hablar, lo escribiré. Anoche, cuando me dijiste que me querías y que deseabas vivir conmigo, viajar conmigo y todas las demás cosas, me quedé sin habla. No me negaba a contestarte, simplemente no podía. Estaba aturdida, en *shock*. Yo también te quiero, te quiero más que a nada en el mundo, Dorian. Tenías razón, estaba con él para agradar a mi padre, temía su desaprobación, pero lo arreglé esta semana. Fui a hablar con mi padre la otra noche. Por otra parte, llevaba unos días avisando a Charles de que debíamos hablar. Me sorprendió cuando ayer me pidió matrimonio. Fui estúpida al aceptar, pero no acepté porque quisiera, sino para evitarnos la vergüenza y los cuchicheos si me negaba. ¿Crees que deseaba una pedida formal en la exposición de mi madre? ¡Era su noche! Lo arruiné todo, lo sé. Lo lamento muchísimo. No eres el único que se

siente infeliz. Extraño cuanto teníamos ayer. Charles y yo no estamos hechos el uno para el otro, tal y como señalaste. En cambio, tú y yo sí. Eres el amor al que siempre aspiré en secreto. ¡Te amo!

Desquiciada después de enviar decenas de mensajes y de llamar sin cesar, siendo la última llamada atendida por la voz de su contestador, acopió valor y decidió presentarse en su casa. Le amaba y pensaba demostrárselo fuera como fuese. Ya se encargaría de quitarle el enfado con besos y mil perdones. Desde su dormitorio poco conseguiría, además, ya no sabía cómo pasar el tiempo, por mucho que intentaba concentrarse en lecturas de novelas, o casos jurídicos, su mente perseguía lidiar con otros asuntos. Sus bufidos se oían a la distancia.

Harto de escucharla caminar en círculos mientras resoplaba, Ethans se vio obligado a usar sus cascos para ver una peli en su tableta, cosa que le desagradaba, pues se despeinaba.

Sacó la cajita que le había entregado Dorian con las llaves, una para el portón junto a la verja exterior y otra para la puerta de entrada. Se calzó, se abrigó y caminó hasta el estudio de su madre, mientras un hormigueo le carcomía las entrañas y los espasmos en su pecho acrecían.

—¿Mamá, puedo robarte el coche?

—¿Qué ha pasado con el tuyo? —Miró a su hija por encima de la montura de las gafas que usaba a menudo, cuando sus ojos se resentían.

—Está bien aparcado, y el tuyo duerme en el garaje. —Exageró una sonrisa mostrando todos los dientes, frunciendo la nariz y los ojos—. Por favor, es para no tener que buscar sitio durante horas si luego vuelvo tarde.

—¿Dónde vas? —inquirió, al corriente de sus desbarajustes con Dorian.

—A casa de Dorian. Sigue sin coger el teléfono ni contestar mis mensajes. Estoy preocupada porque en la información de contacto del chat he averiguado que no ha utilizado la aplicación desde anoche. Y ahora, encima, me sale el contestador. ¿Y si ha pasado algo, mamá? —Se mordió el labio, los nervios deshechos y a flor de piel.

—Cariño, tal vez necesite tiempo para masticar y tragar lo sucedido. ¿Por qué no esperas a que esté listo? Entiende que... —Flaqueó antes de pronunciar lo siguiente—. Nueve años os separan, y veis o sentís las emociones de una forma distinta —aconsejó sabiamente.

—No quiero esperar a mañana y solucionarlo en el trabajo. Allí nos impedirán hablar tranquilos. ¿Me lo prestas?

—Por esta vez, la próxima coges el tuyo, o me arrepentiré de no haberlo vendido —amenazó con demasiada simpatía.

Cuando Margaret cumplió años, se regaló un nuevo coche, el Jaguar, en parte para aumentar su autoestima, en parte para alardear frente al padre de Cloé, quien también había adquirido un vehículo, un deportivo. En un principio había ideado vender su BMW Serie 3 plateado de 2007, si bien le concedió a Cloé la oportunidad de preservarlo. Ésta apenas lo conducía si no lo

consideraba necesario. Al igual que Ethans, prefería desplazarse en metro o en taxi, razón por la cual le sorprendió que su hija le pidiera prestado su coche.

Creyó necesario mandarle un mensaje a Dorian informándole de su visita, no obstante, conjeturó que, de hacerlo, éste podía, o bien fugarse antes de llegar ella, o bien cambiar las cerraduras; una intuición retorcida, pero como tantas excentricidades que se presenciaban en los juzgados día a día...

La radio anunciaba las seis en punto cuando bajó del coche, el motor encendido, frente a la verja de la moderna casa. Llamó al timbre repetidamente sin obtener respuesta. ¿No le abriría porque la había visto a través del monitor de la pequeña cámara, o porque no se encontraba en casa? Introdujo una de las llaves, acertando al primer intento. Desde el interior, abrió la verja manualmente. Aparcó el coche en el camino de gravilla delante de la casa. En cuanto Byron, que se encontraba oliendo los hierbajos en el jardín, la apercibió, corrió hacia ella. Temió que se escapara y se apresuró en cerrar la verja.

Facilitando a Byron la entrada y salida a la casa y al jardín, Dorian dejaba una puerta exterior abierta, la que conducía a la lavandería.

—¡Hola, preciosidad! ¿Qué tal? ¿Estás solo? ¿Dónde está tu dueño? —Escudriñó a través de los cristales de los ventanales. Nadie parecía hallarse dentro.

Penetró en el vestíbulo con reparo y cortedad, imaginando a Dorian sentado en el sofá mirando el televisor, o en la biblioteca, incluso en el gimnasio. Se enfadaría con ella por usar sus llaves tras la disputa, invadiendo su espacio vital. Antes de llamarlo a gritos, se aclaró la garganta y echó un vistazo por la planta baja, en mansa calma.

—¿Dorian? —se atrevió al fin, recorriendo el salón, la cocina, la lavandería, el garaje y volviendo hacia la escalera—. ¿Dorian? —volvió a llamar temiendo de pronto la presencia de otra mujer en el piso superior. Sin embargo, el Aston Martin no había aparecido ni en la entrada ni en el garaje, lo que indicaba que nadie se hallaba en la vivienda. Aun así, temió lo peor; otra mujer en su cama. Se aventuró, escalón tras escalón, ascendiendo con débiles pasos, un nudo en el estómago y otro en la garganta, atenazándola—. ¿Dorian?

Byron saltaba tras ella llamando su atención. En el dormitorio se dejó caer sobre la cama, vacía, dando gracias a Dios. No supo averiguar si la cama perfectamente hecha databa de esa misma mañana o del día anterior. Se colocó en postura fetal, absorbiendo el aroma de la almohada donde Dorian había descansado, a su lado, unas veinte horas antes. Ahí se mantuvo sollozando un buen rato, avergonzándose de sí misma por si Dorian la pillaba, tumbada sobre las blancas sábanas. Descartó unas avideces pasajeras de revolver los cajones y fisgar en los armarios del anexo donde se situaba su clóset; el cuarto se dividía en tres partes, sala principal con dormitorio, más bien una *suite*, cuarto de baño, y vestidor. Éstos últimos se localizaban tras unas puertas de cristal opaco.

Regresó al salón y encendió la chimenea, recordando las teclas que Dorian solía pulsar en el mando a distancia. Casi todo lo abarcaba; luz, calefacción, sistema de sonido, etcétera.

De súbito, cuando Byron rascó su recipiente de agua, Cloé ponderó si Dorian había vuelto a casa desde la exposición, o, si simplemente había olvidado rellenar el depósito del perro. Entonces una brizna de inquietud alcanzó su mente. ¿Y si Dorian había sufrido un accidente de coche al regresar a su casa? «No olvidemos que un preso le ha golpeado y ha sufrido una herida en la cabeza. ¿Y si le ha pasado algo? El médico le aconsejó revisarla en el hospital. Tengo un mal presentimiento. ¡Es tan extraño!», justificó espeluznada. «¡Qué va! Está molesto. Mamá tiene razón. Necesita tiempo. No seas extremista, Cloé. Seguro, mañana aparecerá en el despacho con una cara larga, prepotente y distante. Eso le pega más. Ahora se hace de rogar. Sí, eso es. Pues como sea así, pienso esperarlo hasta que vuelva esta noche. Aclaremos las cosas. No pienso quedarme de brazos cruzados hasta mañana, sintiéndome crucificada. ¡Me niego! No he hecho nada malo... Bueno..., aceptar la petición de Charles... ¡A qué mala hora! Si Dorian pudiera entenderme poniéndose en mi lugar... ¡Uf, de saber cuánto le quiero, no se comportaría como un niño de parvulario! ¿Dónde estará? ¿No se da cuenta de que Byron necesita supervisión? ¿Cómo se atreve a dejarlo aquí sin agua?», saltaba de la pena al enfado en un santiamén. Mientras conjeturaba, repuso el agua y el pienso en sus boles. Alargando su estancia, salió al jardín y jugó con Byron y sus nuevos juguetes, probando trucos para perros sordos, los cuales había consultado en internet.

A las ocho, imponiéndose la noche, se preparó un café con leche de coco y se dirigió al despacho de la biblioteca. Rebuscó en las estanterías y cajones, tomando prestado un bolígrafo y unas hojas en blanco, que pronto llenaría con infinitas palabras de arrepentimiento.

*Mi querido Dorian:*

*Desde joven, siempre he creído en el amor, idealizándolo de tal forma que, sospecho, llegué a maldecir, creando un hechizo de desamor a mi alrededor. Sé que mis palabras pueden parecerse abstractas, pero no sabría cómo definir mis pensamientos. Cuando mis padres se separaron, experimenté una gran traición, ajena a cuanto leía en mis libros, y eso ayudó a cesar de alabar el amor. Nunca entendí el divorcio. En mi opinión, de niña insipiente, las parejas debían luchar por su amor, cual cuento de princesas. Al darme cuenta de la triste verdad que assolaba el mundo real, en mí se forjó un muro, impidiéndome enamorarme como las heroínas de mis novelas románticas. No obstante, necesitaba que mi padre me quisiera y no me dejara de lado, como acostumbraba. Hice cuanto pude para retenerlo conmigo. La única vía posible para llegar a él eran los deportes y los estudios. Muy pronto puso todas sus ambiciones sobre mis hombros. ¡Qué tonta fui! Cada vez me exigía más y, si no hacía lo que él quería, me despreciaba, no me llamaba y me hacía sentir culpable. Mi relación con Charles implicaba complacer a mi padre, sobre todo en una época en la que no nos llevábamos muy bien a causa de su noviazgo con Tina. Me horrorizaba defraudarlo más dejando a Charles, ya que me oponía a Tina. Esto lo adivinaste tú solo.*

*Supongo que, antes de conocerte, eludía las relaciones sentimentales y los barnices del*

*enamoramiento. Revolviste mi universo, al igual que revolví el tuyo sin pretenderlo, Dorian. Y ahora ignoro cómo sobrevivir sin ti. No sólo me has enseñado a defender a clientes o a desenvolverme en un juicio, me has enseñado a amar, amar de verdad, con pasión, con celos, con ansias. Únicamente por eso te debo un sempiterno amor, aunque nuestra relación se rompa. Siempre serás el primero en haberme robado el corazón.*

*Como hemos hablado estos últimos días, entiendes cuánto me cuesta revelar mis sentimientos. También sé cuánto te cuesta a ti. Me aterraba el supuesto de que me hicieras daño, y por esa razón me obligaba a comedirme; aunque ya hemos solventado ese tema, me siento lastimada al haberte lastimado. Ahora sólo confío en tu perdón. Asumo que el hombre que amo sabrá perdonarme, discerniendo sobre las razones que me empujaron a decirle que sí a Charles en un momento dado... Espera, suena el teléfono de tu casa. Tranquilo, no voy a cogerlo, dejaré saltar el contestador. Es tu padre. Te pide que le devuelvas la llamada.*

*Necesito saber si decías en serio lo de vivir juntos, viajar y... ¿tener veinte perros? No temas, no deseo crear un refugio, pero sólo con proponerlo me has demostrado cuánto me estimas y respetas. No puedo esperar más a verte. Te echo de menos, a ti, a tus labios, a tus brazos...*

*Perdóname, te lo ruego.*

*¡Te amo, Dorian!*

*SIEMPRE TUYA,*

*CLOÉ*

A la una de la mañana, ya había dado de beber y de comer al perro, jugado con él en el jardín, encendido la chimenea, pues había aprendido cómo Dorian la programaba, y visto unas cuantas películas; no por verlas, sino para notar compañía. Se quedó dormida en el sofá que olía a él; tal esencia la impulsó a cerrar los párpados. Si bien se despertó cuando recibió un mensaje.

—¡Dorian! —clamó incorporándose de súbito, los ojos aún cerrados, la mente en pleno rendimiento.

Bostezó de puro cansancio mientras leía una pregunta que no provenía de su amado.

De mamá — Recibido a la 01:03 h

Cloé, ¿vas a dormir en casa o no? ¡Podrías avisar!

Te quiero. Tu madre.

De Cloé — Enviado a la 01:03 h

Mamá, ¡ya te he dicho que es innecesario que firmes tus mensajes! Ya aparece tu nombre en la pestaña de remitentes. Sí, ahora vuelvo a casa. Dorian no ha regresado. Es muy raro. Me inquieta.

Muaaa.

¿Por qué no había vuelto a su casa? ¿De verdad la iba a mortificar de ese modo? ¿O sólo

exageraba su resentimiento? ¡Aun así, ahora tenía a Byron a su cargo! No se trataba de un peluche, sino de un ser vivo. Dejarlo falto de alimentos, agua y cariños no era una opción. ¿Acaso su egoísmo le impedía pensar en los demás? Molestias aparte, a la mañana siguiente planeaba cantarle las cuarenta a ese hombre, capaz de abandonar a un ser vivo sin suministros. Sin embargo, Byron era uno más de los motivos.

«¿Cantarle las cuarenta? ¿Pero qué estoy diciendo? No es mi estilo.» ¿Tanto la trastocaba enamorarse? Sentía sumas emociones inusitadas, las cuales no lograba dominar, y menos comprender. «¡Qué rabia! ¿Qué será de mí ahora? ¿Qué se supone que he de hacer? ¿Cómo se comportan las mujeres en mi lugar? ¿Por qué se me encoje el corazón al sospechar que frecuenta a otra? ¿Soy demasiado joven e inexperta para él? ¿Se trata de un juego? ¿Soy o he sido un pasatiempo? ¿Ahora que le he dado lo que ha querido, ya no le intereso?» Falta de descanso, con exceso de celos y profusa preocupación, las interminables incertidumbres se aglomeraban en su cerebro. Suspiró.

—Ay..., grandullón, mañana volveré con alguna explicación acerca de este vaso..., espero. — Se refería al vaso de *bourbon* que había encontrado sobre la mesa baja, a medio beber, el cual no había tocado. Sin embargo, había colocado su carta a los pies del cristal de Bohemia, de este modo Dorian lo vería nada más entrar en su casa.

Una espeluznante sensación le arrebató el aliento. Algo iba mal, lo vaticinaba, ignorando de dónde provenía su sospecha.

Se había acostado con ese temor, y con él se había despertado.

## Capítulo 41

Aquel lunes fue el más sórdido en toda la faz de la tierra. Se presentó antes en el bufete, con un arraigado miedo de volver a verlo. ¿Cómo la miraría? ¿Qué le diría? Visitó primero su despacho, vacío. Luego aguardó en la antesala la venida de su jefe; muy disgustado, conjeturaba. Si bien nunca llegó, ni él ni su posible disgusto.

«¿Dónde está?», por sus pestañas resbalaron unas cuantas lágrimas, incoherentes a ojos ajenos. «¿Se perderá la reunión? ¡Qué raro!»

—¿Leslie, Mr. Gardiner no ha llamado desde el viernes? ¡Celebramos varios juicios hoy! Y faltan diez minutos para la reunión de las nueve y media.

—¿Me lo preguntas a mí, porque...? —Mientras esperaba la respuesta de Cloé, soltó casi inaudible—: ¿Ya se ha cansado de ti?

—Muy considerado por tu parte, Leslie —rumió.

Cogió un teléfono y llamó al fijo de su casa. Así leería en la pantalla que la llamada provenía del despacho, en lugar de su móvil, por si evitaba hablar con ella.

—¿Isabel? Buenos días, soy Cloé Nicholls. ¿Está Mr. Gardiner? —preguntó al reconocer su voz.

—Buenos días, señorita. No se encuentra en este momento. Búsquelo en el trabajo.

—Aún no ha llegado, Isabel. Estoy preocupada. ¿Me llamará si sabe algo? Le voy a dar mi número. Apunte.

Ante sus ojos desfilaban infinitas posibilidades de haber sufrido un accidente. Su inquietud se tornó latente, llamando la atención de Max. La tomó por separado en un recoveco del pasillo.

—¿Cloé, dónde está Mr. Gardiner? ¿Ha ocurrido algo este fin de semana? No es propio de él llegar tarde.

—No tengo ni idea de dónde está, por eso se lo preguntaba a Leslie y a la mujer que trabaja en su casa, por si acaso hubiera llamado y avisado.

—¿Habéis quedado este fin de semana? ¿Habéis discutido? ¡Cuéntamelo todo! —exigió, caviloso.

«Piensa deprisa, Cloé. No tienes por qué darle detalles a Max de tu vida amorosa con Dorian. ¿Y si le han raptado? ¿Y si le ocurre algo grave? Max es buen investigador. ¿Debo contárselo?», receló.

—Voy a acercarme al despacho de su padre. Quizás sepa más que nosotros —desvió el tema.

—De acuerdo, pero tendrás que personificarte en los juzgados y pedir una excedencia para él.

Tenemos tres juicios en la agenda.

—Lo sé. Acudiré a la corte en cuanto hable con su padre —expuso mientras Leslie se acercaba a ellos y la observaba con saña. Apremiaba conversar con Edward Gardiner hijo.

Aceleró el paso por los pasillos hasta la recepción de Edward Gardiner V, donde halló un rostro familiar.

—Hola, Mary. ¿Puedes anunciarme? Deseo hablar con Mr. Gardiner.

—¡Hola, Cloé! ¿Qué tal? Te veo nerviosa. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Por favor, Mary, tengo prisa. ¿Puedo pasar?

—Ahora está ocupado. Lo siento, Cloé.

—Por favor, dile que es muy importante, es sobre su hijo —presionó la joven, la respiración entrecortada. Su corazón iba en aumento, percibiendo ese funesto cosquilleo que la angustiaba.

—Voy a probar. —Tomó el auricular—. Mr. Gardiner, Miss Nicholls desea hablar con usted. —Aguardó la respuesta—. Sí, señor, pero dice que es importante, es sobre un tema acerca de su hijo. ¿La hago pasar? —Colgó—. Cloé, entra —indicó con la cabeza.

Con el semblante pálido, se adentró en el amplio despacho sin tomarse tiempo de escudriñar la decoración o los libros jurídicos, algunos muy antiguos, posiblemente de los primeros escritos. Con sudores fríos, preguntó apocada.

—Buenos días, Mr. Gardiner. Verá, ¿ha...?

—Buenos días, Miss Nicholls. He de felicitarla por su compromiso con Charles Dunbridge. —Le ofreció la mano para saludarla.

«¿Cómo? ¿Lo dice con segundas? Es imposible que esté al corriente de todo.»

—Me temo que hubo una confusión al respecto —se aclaró la voz—. Mr. Gardiner. Verá, su hijo no se ha presentado esta mañana. Todos nos preguntamos dónde está, puesto que ningún mensaje ha dejado. Usted sa...

—¿No ha llegado? —la interrumpió—. ¿Tampoco ha llamado? —Tomó el móvil que reposaba sobre su escritorio y marcó—. Sale el contestador. Ayer también —reflexionó en voz alta. Colgó y marcó de nuevo, esta vez llamó a otro número—. ¿Isabel, está Dorian ahí?

Al pronunciar su nombre, adorado, tal como lo llamaba ella en la intimidad, una punzada repercutió en sus entrañas. «¿Dónde estás, Dorian? Te amo. Ruego a Dios que nada te haya sucedido», suplicó resonando su pulso en su pecho cual tambor.

—No te asustes, Isabel —tranquilizó Mr. Gardiner a la asistente—. ¿Qué amiga? —inquirió cuando Isabel informó de que su amiga, Cloé, había llamado minutos antes por semejante razón—. La tengo delante. —Ojeó a la joven—. Mantenme informado. Adiós. —Se sostuvo la barbilla, el índice acariciaba sus labios.

Fijándose, Cloé descubrió que Dorian poseía el porte de su padre, y algunos ademanes, así como la mirada y la forma de las cejas. Discernió que sus pómulos, cabellos y nariz los había heredado por parte de madre.

«¿No se habrá liado con su pasante? Lo cierto es que le noto distinto últimamente, más vivo y

alegre», consideró el hombre.

—¿Miss Nicholls, me permite preguntarle desde cuándo no ve a mi hijo?

—Desde el sábado por la noche, señor. Le invité a la exposición de mi madre, es pintora — explicó limando el tono de voz, al principio tembloroso.

Edward Gardiner V ató cabos. El sábado su hijo le había visitado, con una sonrisa de oreja a oreja, reflejando gran felicidad. De hecho, comentó algo de una cita con una mujer. Una mujer diferente a todas las demás. Una mujer por quien sentía un profundo afecto.

—¿La misma exposición en la cual Dunbridge le pidió matrimonio? Se rumorea sobre la existencia de otro hombre en su vida. ¿Se trata de mi hijo? Disculpe mi osadía, pero si él está en peligro, he de preguntarlo —habló sin pestañear remarcando sus años de litigante.

—Sí, señor —susurró Cloé devastada por un violento oleaje de fuego que la consumió de pies a cabeza—. Me preocupa el impacto que recibió en la frente el viernes. Su médico le avisó de someterse a una resonancia, pero hizo caso omiso. Temo que pueda tratarse de un traumatismo. Perdone, no me propongo alarmarle, señor —recapacitó al advertir su torvo semblante.

—Dígame, ¿se pelearon mi hijo y su prometido esa noche?

—Ni es mi prometido ni es nada mío. —Ocultó el desagrado teñido de apocamiento que la envolvía—. Y no pelearon, ni siquiera hablaron esa noche.

—Voy a contactar con un buen amigo policía. Puede regresar a su puesto. La avisaré cuando aparezca. ¡Ah! Evite emplear detalles de su... aventura. —Hinchó sus pulmones al máximo exhalando el aire después lentamente.

—¿Aventura?! Creo que lo ha malinterpretado, señor. —Se sintió ultrajada.

—Puede retirarse. —Buscó un contacto en su agenda zanjando toda conversación con la joven.

Faltaban dos minutos para la reunión semanal. En lugar de presenciirla, determinó acudir a los juzgados y pedir un aplazamiento referente a los juicios del día. Antes de marcharse, le solicitó a Max averiguar la ubicación del coche de Mr. Gardiner a través de su localizador GPS.

Una vez concluidos los recados pertinentes, los cuales semejaban montañas que derribar, no por la complejidad de los trámites, sino porque le afligía la impotencia de no poder hacer más para encontrar a Dorian, regresó al bufete.

—¿Se sabe algo ya? —interrogó a Max.

—Sí, lo he comprobado. El coche está detenido en Bantham Beach, cerca de Plymouth. Te lo he señalado en el mapa del satélite.

El aire se tornó irrespirable, ponzoñoso, sumamente pesado. Su desazón no sólo tomaba proporciones considerables, sino que estaba correctamente fundada. Dorian se había ido a surfear. Algo le había sucedido.

—Max, sácame un parte meteorológico de ayer en esa zona. Leslie, tú reúne una lista de los hospitales cercanos a Bantham Beach —exigió con premura, el tono firme, actuando sin vacilar bajo presión ni reparar en su actitud preponderante—. Voy a realizar una llamada. —Presionó una tecla y esperó.

—¿Desde cuándo eres la jefa? —despreció Leslie rehusando sus órdenes.

—¿En serio crees que se trata de eso ahora? Todos deseamos encontrarlo, ¿o me equivoco? En cuanto tengas una idea, Leslie, haré cuanto me mandes con tal de saber... —Se silenció al oír a Isabel—. Hola, soy Cloé de nuevo. ¿Me podría hacer un favor? —La mujer preguntó si ya sabían algo—. Todavía nada. Isabel, es importante, ¿puede ir al garaje y contar las tablas de surf de Mr. Gardiner? Me mantengo a la espera, no cuelgue. —Aguardó—. ¿Seis? ¡Falta una! —Recordaba que siete tablas reposaban en vertical sobre unos brazos metálicos atornillados a una pared del garaje. Mientras Cloé se dejaba caer sobre su silla, la respiración cortada de pronto, Isabel confirmaba sus sospechas. Un hueco estaba vacío. Resultaba innecesario requerirle a la asistente buscar más pistas, como qué faltaba entre las pertenencias de Dorian.

«*Tempus fugit*,<sup>1</sup> Cloé. Venga, piensa rápido. No te entretengas en nimios detalles. ¡Actúa!» Observando la imagen por satélite del lugar donde se situaba el Aston Martin, se le ocurrió contactar con tiendas o escuelas de surf de la zona, tal vez otro surfista le había visto. Imprimió un listado en papel para llamar a la vez que se dirigiera a su casa. Pretendía coger el coche y conducir hasta allí. Pidió a Leslie el directorio de los hospitales que también había impreso, y que aplazara todas las reuniones.

—Te llevo yo, Cloé. Se te ve entera en apariencia, pero... —Bajó la voz—. Pero percibo que estás alterada. Así podrás llamar por teléfono mientras conduzco. —Su mirada le transmitió empatía. Asumió que Max intentaba tranquilizarla.

—A lo mejor te necesitan aquí, Max.

—No hay inconveniente. Estar sobre el terreno nos ayudará a investigar las pistas. Vamos.

De camino, Cloé nada obtuvo telefoneando a los hospitales más cercanos, la mayoría en un radio de veinte millas de Plymouth, ni conversando con las escuelas y tiendas de surf. Dejó su número de teléfono, así como el del despacho, a todo el mundo. Si bien a su estado de infernal agitación y mal presentimiento se le sumaba la culpa. De no ser por ella, por la pedida de Charles, Dorian nunca se habría marchado a Bentham Beach a surfear. Como habían previsto, habrían pasado el día en Dover, cogidos de la mano, mirándose con ojos cautivados, compartiendo románticas palabras y... Cuán lejos quedaba esa posibilidad ahora. El tormento, frío y oscuro, se había apoderado de sus emociones. Carcomida por dicha culpa, todo le confesó a Max. Por último, se comunicó con el padre de Dorian informándole de los acontecimientos. Sorprendido al principio, tampoco le extrañó que su hijo partiera a aquella zona donde solía practicar el deporte acuático que más le agradaba. Sin embargo, fueron los supuestos los que lo alarmaron.

«Dorian, voy a por tí, mi amor. Estés donde estés, te encontraré», prometió Cloé, los ojos enrojecidos, conteniendo el llanto.

## Capítulo 42

Cuatro horas y media habían tardado en llegar a Bantham Beach, un lugar pintoresco y hermoso, cuyas playas cercaban colinas y pastos verdes. A mano derecha, mirando las encrespadas aguas, unas casas se erguían sobre un pequeño acantilado, donde desaguaba el río Avon. Allende, a un escaso kilómetro en el mar, se divisaba otra edificación sobre un promontorio, posiblemente un hotel, o un balneario. El mar engullía las arenas de su bahía cuando subía la marea, estorbando la accesibilidad a pie o en coche y convirtiéndolo en una fortaleza. Si bien siempre se podía cruzar en barca o con un peculiar tractor, único en el mundo, sobre el cual habían construido una estructura para transportar pasajeros.

El Aston Martin continuaba, con toda quietud, aparcado en un herbazal donde los visitantes estacionaban los vehículos. El corazón de Cloé dio un vuelco. Apenas logró esperar a que Max apagara el motor del coche y ya se quitaba el cinturón y saltaba de su asiento, corriendo luego junto al deportivo de Dorian. Apoyó las dos manos sobre la ventanilla y pegó la nariz al cristal, escudriñando los asientos, el volante, el salpicadero... Ninguna señal halló dentro. Con el pulso disparado, un calor insano flagelaba sus mejillas. Junto a Max abrió una funda rígida, atada a una baca sobre el coche, donde se guardaba la tabla de surf para su transporte.

—Vacía —susurró Max con un acedo tono.

—¡Dios mío, no! —gimió de dolor escondiendo su rostro con las manos. Incontables lágrimas inundaron sus ojos, sin lograr comedirse. «¿Qué le habrá ocurrido? ¡Es culpa mía! Debí impedir que se marchara enfadado. Debí ir a su casa antes. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?»

—¡Cloé, estará bien! Es fuerte. Entrena a diario, surfea desde la adolescencia. ¡Estará bien! —afirmaba más para sí que para Cloé.

—¡Hay que avisar a los guardacostas enseguida! —Entretanto agarraba con temblor su teléfono, corría dunas a través por un camino de tierra hacia el médano—. ¡Doriaaan! —gritó con la voz quebrada. Con tal fuerza comprimía su móvil que por poco lo rompió en pedazos—. ¡Doriaaan! —repitió fuera de sí. El padecimiento la turbaba al extremo de enloquecerla. Jamás había notado esa presión en el pecho, ese dolor punzante que le cortaba la respiración y le congelaba la sangre mientras su piel se inflamaba—. ¡Dorian! —prorrumpió antes de caer de rodillas al suelo. Lloró con vehemencia, desconsolada. «Tenemos que buscar por las otras playas, las bahías, las lagunas, cualquier recoveco donde la marea lo haya aprisionado. ¡¿Cuevas?! Tal vez existan cuevas por aquí. Es posible que, de haberse caído, el mar haya empujado su tabla

varándola por un encalladero, o por unos peñascos. ¡Dios mío! Te lo imploro. Hazme una señal», procuraba razonar, siendo el tiempo un factor en su contra.

—Me encargo de llamar a la policía y los guardacostas. Tranquilízate, Cloé. Debemos pensar con la cabeza fría, aunque nos suponga un sobreesfuerzo. —Empleó una modulación delicada evitando alterarla más si cabía.

A lo largo de la tarde —ellos habían llegado pasadas las tres—, se congregaron policías, guardacostas y el padre de Dorian en Bantham Beach. Veloces transcurrieron las actividades y su desarrollo.

Como Cloé fue la última persona en ver a Dorian con vida, fue la primera a quien interrogó la policía. Edward Gardiner solicitó trasladar el expediente a Londres, donde mantenía relación con amigos del gremio. Aun así, era hora para Cloé de confesar su relación, aventura, idilio o a saber cómo lo llamarían las autoridades, cuestión quisquillosa, pues ignoraba cómo enfrentarse a la situación; una situación probablemente polémica.

A su vez, un equipo de salvamento desplegaba sus medios destinando dos lanchas, un barco y un helicóptero para un primer reconocimiento por mar.

En tierra, tanto la policía como los guardacostas rastreaban los litorales, picos y ribas de la zona. El vehículo de Dorian pasó a disposición judicial para su registro. Una grúa se lo llevó.

Del mismo modo que Max había conseguido un parte meteorológico del día anterior haciéndose eco de las nefastas condiciones del temporal que azotó la región, un erudito en la materia generó malas noticias. En resumidas cuentas, conjeturaba que un surfista proveniente de Londres podía salir sobre las ocho de la mañana de su casa, si no antes, y llegar a Bantham Beach sobre las doce y cuarto. Le tomaría un poco más de un cuarto de hora sacar la tabla de la funda, encerarla, cambiarse de ropa y meterse en el agua, no necesariamente en este orden, pero así calculaba el tiempo. Empezó a contabilizar las horas de sumersión basándose en esa breve hipótesis; veintinueve horas. Pocos hombres soportarían los dieciséis grados del agua, enfriándose todavía más por la noche, sin acabar con una hipotermia dos días seguidos. Luego debían tener en cuenta las condiciones del tiempo, pues, desde la mañana anterior, habían recibido varios partes informativos sobre vientos fuertes y tormentas. Y a esto se le sumaban las corrientes marinas chocando con otras más previsibles, las de la marea. Estos factores, baja temperatura del agua, vientos, corrientes y tormentas, reunían a lo sumo un treinta por ciento de probabilidades de supervivencia. Sin embargo, faltaba saber si Dorian conservaba su tabla de surf, o si se había lesionado, incluso si la herida ya existente de su cabeza no había empeorado o provocado un accidente. Estos supuestos mermaban las cifras; entre un cero y un diez por ciento, que disminuía cada hora.

«Un diez por ciento de posibilidad de hallarlo con vida», unas arcadas ascendieron por las paredes gástricas de Cloé, muy mareada. Vomitó los frutos secos; única comida ingerida desde la

achicoria del desayuno.

—Cuando regrese a Londres, tendrá que ir a comisaría a ratificar su declaración y firmarla —avisó un agente.

—Iré cuando lo encontremos, ahora quiero salir con las partidas de búsqueda. —Su mirada nunca se separaba del mar, seguía al acecho atisbando el horizonte, profetizando que en cualquier momento aparecería una cabeza o unos brazos pidiendo auxilio.

—Señorita, usted desconoce esta región, déjelo en nuestras manos.

—¿Acaso pretende que me quede quieta, sin hacer nada? —jadeó.

—Cloé, él tiene razón —apoyó Max al agente—. Vamos, regresemos a Londres. Debes acudir a comisaría.

—¡No! Voy a quedarme aquí esta noche. Cogeré una habitación en un hotel —ambicionó. Nadie la distanciaría de esa maldita playa traicionera, tan bella y cruel. «¡No, espera! Debo cuidar de Byron. Faltaría que le pasara algo a su perro mientras él no está», lamentó, una mano sobre la frente, tirando de su pelo hacia atrás. «¡No sé qué hacer!», estalló en lágrimas. Se alejó del gentío. La ponía en un aprieto estar en ese estado desalentador frente al padre del hombre que tanto amaba, y cuya relación había tachado de mera aventura. Esa palabra sonaba extensamente sucia en su cabeza—. Vale, Max. Me preocupa Byr... Tengo que hacer un recado cuando vuelva a Londres —aceptó al fin.

Edward Gardiner, mientras tanto, prevenía a varios medios de comunicación sobre la desaparición de su hijo. Periódicos, radios y cadenas de televisión, entre otros. Facilitarían un número de teléfono poniéndolo a disposición del público.

—Mr. Gardiner. Debo regresar a Londres, pero, si no le importa, mañana volveré aquí. —Apenas osaba mirarle y, cuando sus ojos coincidían, los dirigía al suelo.

—He coordinado los casos penales. Se encargarán unos abogados que acabo de contratar. Quizás precisen su ayuda para informarles de... —Se palpó su pesadumbre y cómo luchaba por mostrarse de una sola pieza—. De lo necesario para estudiarlos.

—Señor, esta mañana pedí una excedencia para... —Se detuvo antes de pronunciar su nombre. Su garganta se había cerrado de repente, atenazada por un creciente nudo lacerante—. Tramité una excedencia. Mañana volveré a pedirla. Leslie ha...

—Estoy al corriente, Miss Nicholls, no se apure. —Sus ojos brillaron tornándose rojo el lagrimal.

—Mr. Gardiner, si... si pudiera... hacer algo..., cualquier cosa para... —tartamudeó, la voz rota.

—Los dos abogados se presentarán en el bufete pasado mañana —desvió el tema pinzándose el entrecejo, enjugando sus lágrimas sin llamar la atención.

—Comprendo que no me debe nada, pero le ruego, señor, que me avise con cualquier detalle. —Con la inflexión trémula y pesada, se mordió los labios.

En otro lugar de Inglaterra, la policía londinense demandaba la presencia de Charles Dunbridge en una de sus delegaciones. Se proponían interrogar al exnovio de la mujer con quien el desaparecido había discutido la noche del sábado.

De camino a casa, llamó a su madre. Procuró esforzarse en no derrumbarse al relatarle los acontecimientos. Ethans se situaba junto a Margaret mientras conversaban, ambos desolados.

Subió al apartamento tres minutos contados. Cogió las llaves del coche, abrazó a su madre y a su primo y se marchó, temerosa, a casa de Dorian, cuyo nombre no había vuelto a pronunciar.

Con ojos distintos penetró en el hogar de su amado, como si observara cuanto la rodeaba por primera y por última vez; una sensación sumamente heteróclita. Se lanzó al cuello de Byron, como si no existiera mañana, colmándolo de besos y abrazos empapados en lágrimas. Byron la contempló, las orejas puntiagudas, los ojos penetrantes. Advertía su perturbación.

Sin ganas jugó con él en el jardín, lo paseó por el barrio y volvió a rellenar sus víveres, aunque Isabel se había encargado de dicha tarea. Más tarde, asumiendo que obraba desacertada, se acostó en la cama de Dorian aun así, hundiendo el rostro en la almohada, impregnándose de su perfume. Permitió a Byron subirse y aportarle calor.

«Dorian, aunque sólo posees un uno por ciento de probabilidades de sobrevivir, debes aferrarte a él. ¡No me dejes! ¡No te rindas! Aquí te espero, mi vida. ¡Lucha por mí! ¡Lucha por nosotros!»

## Capítulo 43

En el transcurso de la noche la policía accedió a las llamadas y mensajes del móvil de Dorian, verificando y analizando cada uno de los que Cloé había dejado en el contestador y mandado por WhatsApp.

La despertaron con una llamada a las siete de la mañana, en el momento justo en el que empezaba a cabecear; había llorado toda la noche, inconsolable. La joven se sobresaltó, alarmada, incorporándose de un brinco. Con ansias recurrentes, esperaba recibir buenas noticias. Tardó unos segundos en coger el teléfono, dado que también temía lo peor.

Se presentó en comisaría a las ocho y cuarto. En una sala oscura formularon las mismas preguntas que había respondido el día anterior. Los cuerpos policiales barajaban la teoría de un suicidio, o de un asesinato; Charles Dunbridge lo mató y condujo su coche hasta Bantham Beach, simulando un fortuito accidente de surf.

—¿Estamos todos locos? ¿En qué cabeza cabe? ¿Tanto tiempo os sobra para consagrarlo a incoherentes presunciones en lugar de buscarle?

—Como abogada, entenderá...

—Pasante —corrigió con brusquedad y rabia. Sí, rabia, porque perdían un valioso tiempo. Ella ansiaba encontrarlo tanto como los demás, y sentada en una silla poco obtendría.

—Es su última oportunidad para confesar, antes de registrar la vivienda de Mr. Gardiner —previno uno de los dos oficiales.

—Lo que me faltaba por oír; confesar. Un término muy oportuno —usó su sarcasmo—. Si no poseen más teorías descabelladas, me gustaría irme —avisó indignada—. Aparte de buscar a Mr. Gardiner, sólo le pediré una cosa. Un gran danés vive en la casa, es sordo, por lo tanto tengan cuidado, podría escaparse o asustarse. Y como bien sabrá, Mr. Gardiner es un abogado imbatible. Si algo le sucede a su perro, no quiero imaginar la denuncia que les pondrá. Se les caerá el pelo y la placa.

Presurosa, llamó a casa de Dorian en cuanto abandonó las instalaciones policiales. Le pidió a Isabel, quien acudía como acostumbra a las nueve, que atara a Byron mientras los agentes figaban en busca de pruebas, las cuales apuntarían hacia un supuesto suicidio o un crimen pasional. ¡Conjeturas demenciales!

Acto seguido, acudió al despacho. En los pasillos la observaron con miradas rebosantes de curiosidad, algunas con antipatía, otras con vergüenza ajena, y la mayoría con cariz juzgante. Preguntó a Max y a Leslie, el ojo crítico, si guardaban alguna novedad.

—No pinta bien. Aseguran que... —Max parpadeó—. Que nadie conseguiría aguantar otro día más en el mar a esa temperatura y en esas condiciones climáticas.

—Él sí. Es capaz de..., ¡él sí! —susurró, el ceño fruncido, el corazón relampagueando—. Me voy a Bantham Beach. ¿Puedes ir tú a las cortes a pedir otra excedencia para un par de días? —pidió a Max.

Leslie parecía despellejarla con la mirada. Poco ayudaban los demás a paliar su responsabilidad en el asunto. Cloé ya se estimaba inmensamente culpable. Muchos reprochaban su actuación, semejante al comportamiento de una novia formal, requisito que no cumplía; las habladurías y murmullos habían llegado a sus oídos. Ni mucho menos aspiraba a tal estatus o a dar esa imagen de ella misma. Ni un segundo se detuvo a analizar dichos rumores. Su único afán, sus únicos pensamientos y preocupaciones los destinaba a Dorian. ¿Por qué no lo habían localizado ya? Él vivía, Cloé ponía su mano en el fuego. Lo percibía en lo más hondo de su ser, debajo de la congoja y del tormento que le producía. Ni se cruzaría de brazos ni se rendiría. Jamás le daría por muerto, ¡jamás!

En el coche, requiriendo ocho horas y cuarto para ir y volver, por segundo día consecutivo, emitieron frecuentemente parejos noticiarios: surfista de treinta años, desaparecido en el condado de Devon el domingo, visto por última vez en la playa de Bantham, llamen al siguiente número si... Cambió la emisora de radio. Le originaba un martirio inmenso oírlo. Se le encogía el corazón.

En aquel trecho de Inglaterra, llovía como no se había registrado en décadas. Poco o nada facilitaba la tarea de rescate a los guardacostas, que acordonaban un radio de cien kilómetros a la redonda. Hasta el momento ninguna información se había obtenido. Le sacaba de quicio. Sin dudar se habría tirado al agua en su busca. «Daría mi vida por él, sin pestañear», afirmó.

Los detectives proseguían con una minuciosa investigación. En el coche habían hallado el móvil de Dorian en la guantera, así como la llave del vehículo, indicio de un posible asesinato. ¿Charles la había guardado ahí dentro, tras estacionarlo en el herbazal? ¿Cómo lo había cerrado entonces? No cuadraba. Además, los surfistas solían utilizar unas copias de sus llaves para evitar estropear con el agua las que poseían chips y circuitos electrónicos.

En el maletero permanecía su ropa, la cual, suponían, había utilizado antes de vestir su traje de neopreno. Si bien se extrañaron al no observar una toalla, una botella de agua o útiles empleados tras realizar algún deporte; esto fue otra de las señales que puso a los agentes sobre aviso. Perseguían tres hipótesis. La primera: las furiosas aguas se lo habían tragado. De un modo u otro, Dorian se había ahogado a causa del temporal. La segunda: la pedida de mano y la pelea con su amante le habían trastornado. Como consecuencia, pretendía suicidarse.

—¿Para qué llevar agua o una toalla si no piensas regresar?

—¿Quién se mete en el mar en esas condiciones? —cuestionaban algunos.

—No vas a hacer surf para suicidarte, pero sí es una tendencia suicida surfear con mal tiempo. ¡Es distinto! —discrepó otro.

—¿Por qué darle tanta importancia a una toalla, unas chanclas, una botella, o a la parafina de la tabla? —interrogó otro distinto—. La marea, al subir y bajar, puede haber arrastrado sus pertenencias. Incluso alguien puede habérselas robado. También cabe la posibilidad de no haber traído nada de todas esas cosas. ¡Venía a surfear, no a tomar el sol!

—¿Han registrado su casa? ¿Y la nota de suicidio? ¡No han hallado ninguna, por tanto, debemos descartar ese supuesto!

La tercera apuntaba hacia el crimen pasional que Charles habría cometido, y tal vez había encubierto Cloé.

—Dunbridge abandona la fiesta poco después de Gardiner. Va a casa de éste. Pelean por la chica. Las cosas salen mal. Lo mata. Lo traslada a Bantham Beach y...

—¿Pero cómo sabía Dunbridge dónde acostumbra a surfear Gardiner? —interrumpió un agente.

—La chica y el padre de Gardiner han corroborado que frecuenta las playas de Plymouth y sus alrededores desde hace años —repuso otro.

—Ahí entra la participación de la chica. Ayudó a Dunbridge a deshacerse del cuerpo. Sabía dónde llevarlo, puesto que Gardiner le había dicho dónde surfear. Es más, mientras Dunbridge conducía el coche de Gardiner, Nicholls le seguía con otro vehículo, así le llevaba de vuelta a Londres.

—Improbable. Nicholls permaneció en la exposición de su madre hasta el cierre, y luego se marchó a su casa. Tenemos los testimonios de la madre, del primo y de algún invitado ratificando su versión.

—Pudo salir a escondidas en medio de la noche.

—¿Para qué mandar tantos mensajes y realizar tantas llamadas a Gardiner, si sabía que estaba muerto?

—Justamente para eludir toda sospecha...

Afortunadamente, en una carrera contra reloj, Cloé contaba con la ayuda de Max, quien, anteponiéndose a las delaciones de los investigadores, indagaba por su lado. Recuperó y entregó imágenes de una cámara de vigilancia de una tienda cercana a la finca donde residía la joven. Dichas imágenes confirmaban todo y cuanto había revelado ella. Lo mismo ocurría con la cámara de un banco que apuntaba hacia la entrada del domicilio de Charles. Tanto él como Cloé salieron indemnes de toda acusación, imposibilitando a la policía cabalgar entre más teorías que les concernieran. De hecho, Max había conseguido algo más; rastrear el coche de Dorian jaqueando el sistema de tráfico. El Aston Martin franqueó un semáforo cerca de su urbanización a las cinco de la mañana.

A tenor de las circunstancias y de las nuevas pruebas, obtenidas anónimamente evadiendo delatar las ilegales habilidades de Max, los cuerpos policiales se centraron en el primer supuesto: un accidente. Enfocaron sus esfuerzos en salvar la vida del desaparecido, a quien ahora situaban en Bantham Beach a las nueve de la mañana del domingo.

Convertía las horas de su supervivencia en críticas, pues el experto había determinado que a

las diez se originaron los peores picos de la tormenta y de las corrientes marinas. Consecuentemente, se restaban cuatro horas a las establecidas por el erudito, quien había estimado que Dorian se había metido en el agua sobre las doce y media. Cloé no cesaba de contabilizar los minutos, de suma importancia, pues el tiempo jamás se detenía ni les favorecía.

Rota de dolor, regresó a Londres. Compartió una hora con Byron, descubriendo en él su roca, su pilar. A él le confiaba sus lamentos, sus obcecaciones, así como sus esperanzas. Se obligaba a confiar en ellas, a pesar de los reparos de todos.

Tomó una ducha con agua fría una vez en casa, a la una de la mañana. Perseguía compartir con Dorian una pizca de cuanto él experimentaba en su infierno azul. Colérica, lloró. Las gotas arrastraban su aroma, que permanecía aún sobre su piel. Anhelaba verlo, estar con él, besar sus labios, prendarse con el verde de sus ojos, escuchar cada palabra de su boca, las caricias de sus manos... ¡Lo necesitaba! La desesperaba aguardar junto a las manecillas del reloj, en constante y agónico suspense. Creía vivir una pesadilla. Una pesadilla interminable techada por un dosel de lúgubres nubes que se cernían sobre ella y la apresaban, impidiéndole huir y correr hacia la luz. ¿Cómo había pasado de un maravilloso fin de semana junto a su amado, a perderlo repentinamente de la noche a la mañana? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Tan mala persona era para merecerse tal destino? Sólo había gozado de dos días de inenarrable pasión, tras dos meses de tira y afloja. Ahora que por fin habían conseguido estar juntos... ¿Nunca más contemplaría su sonrisa? ¿Nunca más lo besaría? ¡No! Todo menos una tragedia shakespeariana codiciaba compartir con él. ¡No! El hombre que le había mostrado cuán grande era el amor verdadero no podía perecer.

Helada, el pelo mojado, se acostó acurrucando a Mr. Wilde contra su pecho.

El miércoles, tras otra noche de insomnio, se obligó a visitar el bufete y, junto a Max, documentaron a los dos abogados que Edward Gardiner V había empleado para esa semana; a éste le supliría Edward Gardiner IV, a punto de jubilarse. Una vez instruidos, Cloé partió a Bantham Beach con esperanzas veladas. El padre de Dorian había permanecido allí desde el lunes. Gradualmente, día tras día, Mr. Edward Gardiner parecía estimarla, o agradecer su presencia, al menos. Tal vez la desdicha y el sufrimiento los unían de alguna forma retorcida. Si bien esa tarde, el abuelo de Dorian, Mr. Edward Gardiner IV, también se personificó en la playa. Las autoridades habían levantado una carpa en el médano, sorteando el área de las mareas. Cloé se encargaba de preparar café en abundancia, ayudando de algún modo a calentar los ánimos. Como no le permitían acompañar a los guardacostas o a los policías en sus partidas de búsqueda, recorría, el alma taciturna, las colinas de hierbas altas, verdes y tupidas, lindantes al mar. Desde las pequeñas alturas escudriñaba las arenas, los arrecifes, los recodos naturales de las rocas en las orillas. Con el pecho agitado, agudizaba los sentidos, sobre todo la vista y el oído. Mientras tanto, nunca interrumpía sus plegarias, implorante, para volver a verlo con vida, para disfrutar de él años, y no días.

Ataviada con el más cálido de sus abrigos, recibía la humedad que barría el viento salpicando su rostro con diminutas perlas de salobre líquido. Caminaba por las frondosas espesuras cuando apercibió un rayo de sol en la lejanía. Se filtraba entre los celajes, brindándole al cielo un aspecto increíblemente hermoso, bañado en matices rosas, naranjas y violáceos, dándole la apariencia al océano de una falsa calma. Unas gaviotas revolotearon sobre su cabeza, planeando luego hacia la estela de luz. De pronto, la escena resultó familiar. ¡Lo había vivido antes?! En realidad lo había soñado. Advirtió una vara batir su estómago, partiéndola por la mitad. ¿Cómo era posible? El recuerdo no había asomado en su mente porque hasta entonces el cielo no había presentado tales tintes mientras lo contemplaba desde aquellos matorrales, piando las gaviotas y volando en círculos. Las gaviotas habían sido el detonante. Evocaba una pesadilla, o una revelación del futuro, que había presagiado estando enferma y febril. Una punzada atravesó su pecho, pues su inconsciente había augurado cuanto sus ojos contemplaban ahora. Sobrevenida por dicha revelación, se desplomó sobre un peñón, oculto entre largos tallos herbosos. Palpó la dureza de la algente superficie. Se aferró a un saliente con todas sus fuerzas antes de proferir un grito desgarrador.

—¡Devuélvemelo! Te lo ruego, no te lo lleves. ¡Devuélvemelo! ¡Doriaaan! —gemía sometida ante tal suplicio. El dolor fluía cual veneno por sus venas.

Al ver caer sus lágrimas como cascadas rompiéndose sobre el suelo, volvió en sí. Ignoró de dónde acopió fuerzas para alzarse y andar. Comprendía que si se derrumbaba, si dejaba de creer, marcaría su fin. Confiaba en el rescate de su amado. Enjugó sus lágrimas, se aclaró la garganta y resolvió marchar a la carpa, dado que permanecer en aquel lugar tras descubrir su pesadilla la espeluznaba.

Allí coincidió con el experto en geomorfología, había venido para interesarse.

—A estas alturas, siento insistir en la única... Más bien se trata de una realidad —aseguró el erudito en la materia. El que había asesorado a la guardia costera sobre las tormentas, corrientes, etcétera—. Si prolongamos la exploración, será para hallar su cu...

—¡Ni se atreva! —interrumpió la joven, abrupta y trastornada al reparar en su poco tacto—. Una palabra más y le estampo mi puño en esa cara de pedante insensible —advirtió. Un fulgor en la mirada evidenciaba sus amenazas. «¡Está vivo! Estoy segura.»

—¡No pretendía faltarle al respeto! —Dibujó una mueca de estupefacción—. Mi trabajo consiste en estudiar fluctuaciones en la climatología, la pedología, la hidrografía y la... —Suspiró—. Sólo informo. Me rijo por la ciencia. Lo lamento, pero asevero que Mr. Gardiner habrá superado las veinte primeras horas como máximo. Ni un nadador olímpico se mantendría a flote desde el domingo, siendo hoy miércoles. Ha fallecido...

Automáticamente, Cloé le asestó un derechazo. Certero y sonoro se percibió el golpe. Tanto fue así que sus nudillos se quebraron, lesionándose ella y lesionando la barbilla de don repelente.

—No lo habría hecho mejor —vitreó Mr. Gardiner IV, orgulloso de la amiga de su nieto.

Los agentes de policía miraron para otro lado, con disimulo. Al fin y al cabo, Mr. Smith, el

ilustrado, se lo había ganado a pulso. De lo contrario, y en otras circunstancias, Miss Nicholls luciría unas bonitas esposas en las muñecas.

Una ambulancia allí permanente por si recuperaban a Dorian, pagada por el padre de éste, se encargó de atenderla, hecha una furia, y con ganas de más, cual boxeadora irlandesa, insaciable y peleona. Le vendaron la mano y le recetaron un antiinflamatorio, entretanto le aconsejaban ir al hospital y someterse a una radiografía por si se había roto algún hueso; consejo que desatendió, pues nunca acudiría al hospital en el futuro. Los nervios, o la adrenalina, le impedían sentir dolor además.

—Mr. Gardiner, he pensado una cosa. —Anduvo hacia él, decisiva—. Mañana contactaré con empresas de avionetas. Entre todos, le encontrarán... ¡Vivo! No me cabe duda —manifestó a modo de promesa.

—También lo he tenido en consideración, Miss Nicholls... —Suspiró y rectificó, suavizando la voz—. Cloé.

Mr. Gardiner V arrugó la frente y cerró los párpados, sumido en una eterna noche desde el lunes. A él también le costaba sostenerse en pie y, como Cloé, el insomnio, la desnutrición y la frustración habían dibujado un par de bolsas moradas bajo sus ojos.

La joven le pidió permiso para alargar los días libres que había solicitado e iniciar su estancia en Bantham Beach, ya que planeaba reservar una habitación en el hotel Burgh, que se veía junto a un *pub* y a tres casas particulares sobre la isla con el mismo nombre: Burgh Island.

El jueves, Mr. Gardiner V se empeñó en sufragar los gastos de los servicios que sumaban las avionetas y los helicópteros que Cloé había contratado. Prosiguió asumiendo tales gastos el viernes, el sábado y el domingo, así como la semana posterior, puesto que, la misma tarde del jueves, un barco de la guardia costera halló un pedazo de la tabla de surf de Dorian. Confirmaron que le pertenecía al leer el nombre del desaparecido, personalizado con un tribal de tonos azules y matices verdes sobre el fondo blanco de la superficie de la tabla. La encontraron cerca de Weymouth, en Dorset, a unos cien kilómetros de Bantham Beach. Tras el hallazgo se destinaron varios recursos a peinar esa zona procediendo a la búsqueda y recuperación de su cuerpo. Habían transcurrido ciento tres horas desde su desaparición. Para los medios de comunicación, Dorian Gardiner había muerto.

## Capítulo 44

Ciento tres horas acaecieron entre la grabación de una cámara mostrando cómo había detenido su coche en un semáforo cercano a su domicilio el 25 de octubre, y entre el hallazgo de una mitad de su tabla de surf el 29 del mismo mes. Ciento tres horas de sinvivir que no parecían terminar aún, ni terminarían, para Cloé; su corazón cercioraba que Dorian vivía. Se amparaba en tal convicción, puesto que la verdad dolía demasiado para aceptarla. Padecía desde el sábado por la noche, y su perturbación sólo había ido en aumento. Peor tragedia que rescatar a un ser amado era aguardar a la repatriación de un cuerpo sin vida. ¿Cómo un ser humano lograba soportar ese inconmensurable sufrimiento? De hecho, ya no aspiraba a viajar a Bantham Beach o a Weymouth, se sentía incapaz de recibir a Dorian, inerte, yacido en una... bolsa.

Un estado de sempiternos nervios, de pesadumbre y de abrumante dolor la condujeron de regreso a casa el viernes. La falta de sueño le causó un buen susto en la carretera, sobresaltándola. Sus ojos se habían cerrado un instante, pero sólo uno faltó para accidentarse. Un claxon la había sacado de la vía. Reposó los codos sobre el volante y, hundiendo el rostro entre sus brazos, lloró sin hálito, hipando y atragantándose con sus propias lágrimas.

Desde aquel día no volvió a llorar ante nadie, ni a sonreír nunca, ni a pronunciar el nombre de su alma gemela, ni a leer o ver películas sobre historias románticas, ni a atender los informativos, pues una hebra en sus adentros ambicionaba, afanosa, escuchar noticias suyas, cualquier detalle que reavivara la llama de la esperanza, sofocada por las mismas aguas donde localizaron la dichosa mitad de la tabla. Evocar esa catastrófica semana exponía su herida, estimulando el persistente sangrado; nunca sanaría. Por eso lloraba en parte, y no por el susto del coche que le venía de cara. Nunca conseguiría restablecerse. La vida sin Dorian ya no era vida, ni nada tenía valor. Más hubiera valido que ese coche la arrollara para acabar con su atribulación.

La carpa en Bantham Beach fue retirada, así como la ambulancia. El padre de Dorian partió de allí hundido. Cuán atroz para un hombre resultaba perder a su mujer y años más tarde a un hijo, el único hijo de la pareja. ¿Sobre qué hombro se consolaría él? Tal ventura desolaba aún más, si cabía, a Cloé.

Los días que sucedieron, el mero hecho de levantarse de la cama, afianzar los pies en el suelo, semejaba escalar el Himalaya. Aturdida, había perdido la noción del tiempo. Recluida en su habitación, se obligaba a salir por Byron. Lo visitaba cada día. Si bien, despierta o dormida, caminaba y hablaba como una zombi, reflejándose esa lentitud en sus pesados movimientos y en sus palabras, emitidas laboriosamente. Paseaba al perro, caminando sobre unas piernas que

funcionaban por inercia. Su cerebro mandaba órdenes a sus miembros, ofreciéndole el aspecto de una humana, una humana normal y corriente. Por dentro, no obstante, sólo quedaba de ella un halo fantasmal.

Aconteció su cumpleaños, el 10 de noviembre, un día tan sórdido como los demás. Sobra decir que no lo celebró, no contestó los mensajes de sus amigas y otros conocidos, entre ellos Charles, que le mandaba sus mejores deseos. Ni siquiera ojeó los regalos que Ethans y su madre le ofrecieron. Se limitó a dar las gracias, con una voz carente de la savia que alimenta el alma.

Margaret sufría en silencio, ¿cómo presionar a una hija en tales circunstancias? Aunque nunca lloraba ante ella, oía el llanto de Cloé cuando se duchaba, confiando en que el agua amortiguaba sus gemidos. La joven tampoco comía los guisos que su madre le preparaba. Tanto su estómago como su garganta se habían cerrado. Probaba algún bocado a lo largo del día para agradar a Margaret, quien le portaba una bandeja con zumos, té, pastas, sándwiches o frutas. Su aspecto ahora era parejo al de un cadáver; delgada, con bolsas y ojeras cercando sus ojos, sin brillo en la mirada, sin color en la tez.

En ocasiones discernía sobre lo siguiente. Consideraba al destino infame por arrancar un ser querido de por sí, pero la partida se agravaba cuando éste lo arrebatara tras una disputa o un conflicto. Cuán cruel lo valoraba, aunque ella abrigaba la mayor parte de culpa. De no haberle respondido a Charles con un insólito sí, Dorian nunca se habría marchado de la fiesta, nunca se habrían separado de esa descorazonadora forma, nunca habría ido a surfear, nunca lo habría engullido el mar...

Unos días antes, las autoridades habían cancelado los rastreos, admitiendo que nada más lograrían. La naturaleza seguiría su curso, quizás en algún momento el cuerpo aparecería en un lugar insospechado, arrastrado por las corrientes, como ríos submarinos. Marcó un duro golpe para los más allegados. ¿Cómo despedirse de alguien si ni siquiera existe cuerpo del que despedirse? La mente no entiende cuando los ojos no ven. En la mayoría de los casos, además, la administración pertinente no da por fallecido a un desaparecido hasta transcurridos muchos años. Por tal motivo, Mr. Edward Gardiner V convino en celebrar una misa el sábado en memoria de su hijo.

«Para más inri, la semana del cumpleaños de Cloé perdurará por el resto de su vida tiznada de brea», juzgaba Margaret, debido a que el panegírico se celebraría tan sólo cuatro días después.

—¿Vas a ir a la misa? —preguntó la dulce pelirroja.

—Él no está ahí —deploró, descompuesta, en plena fase de negación, abrazando la segunda fase; ira y rabia.

—Cariño, necesitas decirle adiós, dejarle ir. —Acarició la mejilla de su hija.

—¡Jamás! —jadeó conteniendo las avinagradas lágrimas—. No puedo dejarlo ir. No puedo despedirlo y decirle adiós sin más. En mi memoria él siempre seguirá aquí, en Londres, en su casa o en el bufete, en su mesa, la mirada pertinaz. Si lo dejo ir, significará dejar de quererlo, dejar

que... ¡No quiero que muera! No conseguiré asumirlo. Si muere, muero con él. Necesito mantener vivo su recuerdo. Necesito que viva en mí cada día. No te pido que lo entiendas, mamá.

En dichas palabras nació la brizna de una idea, quizás la futura fase de negociación. Hacía días que sobre Londres se perfilaba un manto de animadversión, al menos sobre el Londres actual, donde Dorian ya no existía. Luego, Londres siempre evocaría sumos recuerdos. Su baile en el parque. El bocado en un puesto de comida en las orillas del Támesis. El paseo en barca por Hyde Park. La mañana en el refugio de animales. Las cenas y comidas a la lumbre de sus miradas en restaurantes. Su casa, a la cual le impresionaba acudir día tras día, sin encontrarlo ahí, desvaneciéndose su imagen en la cocina, en el sofá, en la cama... Y ahora, además, se le sumaban las cortes, pues debía regresar al trabajo el lunes bajo el mando de un nuevo abogado. Por tanto, si Londres se convertía en un problema, lo lógico era apartarse de dicho foco. Dejó tal flujo de ideas macerar.

Con socavones bajo los ojos se presentó a la ceremonia el sábado, junto a Ethans y Margaret. Los bancos de la iglesia se habían llenado por completo, no cabía ni un alfiler. Descartó sentarse al principio del templo, delante del altar, donde habían reservado unas plazas para los familiares y amigos más cercanos, entre ellos la despampanante ex, Mrs. Paris Hamilton.

Por un momento el latido de su corazón se detuvo al comprobar que la misa se adverbaba real y, en consecuencia, la desaparición de Dorian, por no decir su fallecimiento; término que Cloé espantaba de su cabeza.

Max le hizo señas con la mano, atrayendo la atención de algunas personas establecidas en sus asientos. Las miradas se alternaban entre Max y Cloé, y varios se cubrían los labios mientras murmuraban a oídos de su vecino. Cloé cerró los puños, percibiendo un dolor punzante en sus nudillos, los que se lastimó agrediendo a Mr. Smith, el docto en geomorfología. Cabizbaja, encogida de hombros, tomó asiento seguida de Margaret y de Ethans. Los rumores comenzaban a pesar sobre ella.

Durante la ceremonia, más de diez amigos de Dorian, la mayoría venidos de California, honraron al joven, cuya fotografía se erguía sobre un caballete delicadamente adornado. Flores y velas por doquier barrían los escalones enfrente y alrededor del altar. Mediante las historias en su honor, los californianos revivían el espíritu aventurero de Dorian, su pasión por el deporte, por los estudios, por los viajes; había visitado incontables países y forjado amistad con algunos de los que allí habitaban. Se alabó su carrera, intachable. Sus virtudes. Y se bromeó, aunque con cariño, sobre sus defectos. En ningún momento se hizo mención de sus relaciones amorosas o de sus desamores. Cloé lo agradeció. Le habría supuesto un incordio oír relatos acerca de romances con otras mujeres.

El domingo, sentada en el suelo de la cocina de Dorian, junto al bol de comida de Byron, sin apetito él también desde hacía días, percibió un singular sonido, el de la valla de entrada. La cerradura al desplazarse el mecanismo o la pestaña emitía una resonancia metálica. Con el corazón en un puño, se alzó y caminó con intriga hacia el ventanal con vista directa a la valla. Su mente elucubraba; no podía tratarse de Isabel, ella empleaba el portón, pues era éste el que se usaba para el paso a pie, mientras que la valla se destinaba al de los coches. Azorada al atisbar la figura del hombre que ahora bajaba del coche, sintió sofocos y apocamiento. ¿Qué iba a decir en su defensa? ¿Cómo explicaría qué hacía ella ahí?

—¡Mr. Gardiner! —Usó una modulación amilanada y de súplica—. Antes de que se enfade, permítame justificar mi presencia...

—Estoy al corriente, Cloé. No te mortifiques. —Byron apretó su flanco contra las piernas del hombre requiriendo su atención y mimos—. Sé que vienes a diario a cuidar del perro. Isabel me lo ha contado todo.

—Le tuve que aclarar cómo había obtenido las llaves de esta casa. —Perdió la mirada en el suelo.

—Verás, quería devolverte tu carta. Isabel la encontró y me la dio a mí, ignoro sus motivos.

—¿Mi carta? —Abrió los ojos de par en par, horrorizada. Claro que la recordaba, pero no la encontraba. Sospechaba que Isabel la había guardado para entregársela al señorito, como lo llamaba, cuando regresara.

—Esto... es un tanto embarazoso. —Jugaba con las llaves del coche girándolas entre el pulgar y el índice. Tras echar un último vistazo a las llaves en cuestión, con la expresión enrojecida por tintes de cortedad, buscó en un bolsillo interno de su chaqueta, extrayendo la famosa carta—. La he leído, en varias ocasiones. Confieso que perseguía alguna explicación a vuestra relación. Me aferraba a ella por alguna razón que desconozco. Tal vez porque mi hijo nunca me ha presentado a una mujer. Tal vez porque últimamente le veía muy feliz, y estimo que tú eras la causante. Supongo que tu carta me despertó sentimientos encontrados. Imaginé cómo habría sido su vida con una familia propia. En fin, aquí la tienes. Te la devuelvo.

—Señor, escribí palabras muy personales que, asumo, le habrán disgustado.

—Si te refieres a tu noviazgo con Dunbridge, entiendo tus acciones, no las comparto, pero las entiendo. Además, son asuntos entre vosotros, mi opinión importa bien poco. —Inspiró hondo y, exhalando, observó el entorno—. Pasaba por aquí porque intuía que te encontraría. Deseaba comunicarte que ayer conversé con Isabel. He rescindido su contrato. Voy a cerrar esta casa. —Dio unas palmaditas sobre la cabeza de Byron y caminó hacia el salón. Hasta entonces ambos se habían mantenido de pie en la entrada.

—¿Qué ocurrirá con Byron, señor? —Una garra retorció el pecho de Cloé. ¿Cerrar la casa? ¿Despedir a Isabel? ¿Tan pronto? ¿Y si Dorian vuelve? ¿No se está precipitando?

—Me temo que no podré hacerme cargo. —Contemplaba el techo, las paredes, los muebles—. Mi hijo no había tenido un perro desde la muerte de mi esposa. —Dibujó una breve mueca en los

labios.

—Si me brinda unos días, quizás le encuentre un hogar. Me apenaría enormemente llevarlo de vuelta a la perrera. —Unas lágrimas agredieron sus ojos, pero no se permitió llorar aun así. Byron era lo último que le quedaba de Dorian, él y la camiseta de los Lakers, la cual no había lavado porque atesoraba no sólo su aroma, sino los mágicos momentos vividos juntos aquel fin de semana —. En cuanto otra familia lo adopte, le entregaré las llaves. —Tachó su afirmación de acerba osadía, por lo que rectificó—. ¿O prefiere que se las dé ahora?

—Mi hijo te las entregó. Quédalas de momento.

Como si su cuerpo fuese un recipiente en el que su alma ya no podía esconderse o entrar con una habituada bienvenida, vagaba atormentada y sola, cual éter transportándose lejos por el sendero del tiempo. Tiempo... Qué singular y extraño se percibía según los ánimos. Daba la sensación de que habían transcurrido meses desde la noche de la exposición de Margaret y, en cambio, Cloé había visto a Dorian por última vez hacía escasas semanas, escasas para quien no zozobra en un océano de tristeza.

Esa noche, la semilla que había brotado en su mente empezaba a germinar, sobre todo después de la noticia de Edward Gardiner V acerca de la clausura de la casa. Despojada de todo cuanto había venerado y amado las últimas semanas, ¿qué le quedaba? El destino le había arrebatado a Dorian, no cedería más. No se desharía de Byron. ¡Ni hablar! Sin embargo, pedirle a Margaret que adoptara una raza danesa y criar a un perro de tales dimensiones en un apartamento no resultaba muy conveniente. El apartamento de Margaret..., otra de las cosas que la irritaban. Albergaba demasiados recuerdos de Dorian. Sentado a su vera, cuidando su salud. Aupándola sobre uno de sus hombros como a un paquete. Las flores que le había regalado en su cuarto. Las risas en el salón. Los dos dormidos en el sofá tras una tarde de películas y lectura. Las despedidas en el patio de la calle...

El amor que profesaba hacia los lugares que evocaban al hombre también le confería en parte un atractivo odio; odio al echar en falta lo que un día tuvo y no volvería a tener. Londres perduraría en su mente siendo el enemigo. No, Londres tampoco. ¡Inglaterra! Su amado reino se había vuelto en su contra.

«Debo encontrar una casa para mí y para Byron. Lo más lejos de aquí. Sí. Muy muy lejos. Así fingiré que él sigue aquí, rehaciendo su vida. Londres será la tumba de su recuerdo. Él existirá, él vivirá, si yo me marchó. Y nada me tentará para regresar. ¡Renuncio a Inglaterra!», culminaba su idea.

Podía discernirse que Cloé cabalgaba ahora entre las fases de negación, de ira y de negociación, sin realmente abandonar o detenerse en unas u otras.

La joven, no obstante, nunca alcanzaría la fase de aceptación, siendo tan abrumante su desolación que su herida jamás le permitiría avanzar. Dorian Gardiner había marcado a fuego su

corazón.

## Capítulo 45

La estancia no se iluminaba como ocurría de costumbre cuando Dorian entraba en la antesala o asomaba la cabeza por el quicio de la puerta de su despacho. Desde su partida todo perduraba entre silenciosas penumbras y aciagos recuerdos de lo que un día fue y sintió entre esas cuatro paredes, en las que había conocido el verdadero amor.

Minutos antes del bullicio se presentó en el despacho con un propósito claro: despedirse. Coincidió con Leslie, quien habituaba a desfigurarla cada vez que la veía. Por un momento ponderó mantener con ella una conversación, pero resolvió que sería una pérdida de tiempo. Se advertía el odio que profesaba la secretaria por la joven. Apiló sus pertenencias, escasas, y antes de guardarlas se acercó al despacho de Mr. Gardiner V. Aguardó con cierto desasosiego en un sillón perteneciente a una salita donde Mary dirigía las visitas cuando el abogado se hallaba ocupado o ausente. Los pasantes, abogados y consultores del departamento encabezado por Edward Gardiner V acudieron con prontitud, camuflando el relato de sus vidas durante el fin de semana con cuchicheos. Cloé los vio pasar a todos. ¿Cómo la gente proseguía con sus quehaceres, ajena a cuantos males sucedían? Ella ya no conservaba ni una sola gota de vida en sus venas.

—¿Cloé, necesitas algo?

—No, gracias —contestó tan seria que cualquiera aseguraría que la joven estaba enojada. En parte tal vez, no obstante, en ese momento y desde hacía tiempo era el sufrimiento el que suprimía de su rostro toda gesticulación.

—¿Seguro? ¿Un café, un bollo, un plátano, un plato de pasta? Se te ve tan... delgada. —Aunque la primera palabra que le vino en mente fue «decrépita» por la demacración adquirida con el duelo.

Negó con la cabeza y suspiró. Le molestaba que la gente viera en ella una falsa víctima que exageraba sus emociones al adjudicarse el título de novia del fallecido. Pese a no haber abierto la boca, todos en el bufete estaban al tanto de su relación con Dorian a causa de la investigación policial.

—¿Miss Nicholls, qué hace aquí? —cuestionó el abogado al llegar.

—¿Puedo hablar con usted? Sólo será un momento.

—Pase —asintió y, cambiando su maletín de mano, le indicó la puerta de su despacho.

—Mr. Gardiner, seré breve. Primero, agradecerle la oportunidad que me han ofrecido al aceptarme en este bufete. —Permanecía de pie mientras el hombre desvestía su abrigo—. Nunca habría imaginado un lugar mejor, serio y profesional. Y, segundo, siento tener que renunciar a mi

pasantía, pero me temo que no puedo continuar formando parte de esta firma. —Sus ojos barrían el buró del padre de Dorian, quien no hizo amago de hablar—. Como me marchó sin darle un preaviso, puede quedarse con mi sueldo conmutando así una cosa por otra.

—Entiendo. —Un nudo se formó en su garganta. Se aclaró la voz—. ¿Buscarás en otro despacho?

—Sí, aunque no será en Londres. Ni siquiera en Inglaterra. He pensado marcharme a Irlanda, o Escocia, o Gales. No lo tengo muy claro aún. Me llevaré a Byron conmigo, si le parece bien. —Entrelazó los dedos de ambas manos.

—Lo que consideres, Cloé. ¿Puedo hacer algo por ti? Desde luego, no será necesario renunciar a tu sueldo. Se te pagará como dicta tu contrato.

—Gracias, señor. Me alegra... —Unas lágrimas se hilvanaban sobre sus pestañas escociendo sus ojos —. Me alegra haberle conocido —susurró.

—¿Cuándo piensas irte a vivir fuera?

—Cuanto antes. Me llevaré a Byron en los próximos días, y le haré llegar las llaves.

En el pasillo, de vuelta a su departamento, oyó a Max hablar con un hombre. ¿Dorian? Trotó, el pulso alocado, el corazón palpitante y las piernas trémulas.

«¿Ha vuelto? ¿Está aquí? ¿Por qué no ha dicho nada su padre? ¿Le han encontrado?», la alentaba su esperanza. Se internó con histerismo en la antesala y acto seguido en el umbral del despacho. Frenó de repente. Otro hombre, el nuevo abogado a quien había ayudado semanas antes, ocupaba el asiento de Dorian. Una lanza la atravesó de par en par. Qué doloroso ver a otro en su lugar, actuando con total naturalidad. Se llevó una mano a los labios, reteniendo un berrido.

—Buenos días, Nicholls. Llega tarde —reprendió el abogado.

—Estaba en el despacho de Mr. Gardiner V. ¿No le comunicó Leslie que llevo aquí un buen rato? —De todos modos le daba lo mismo—. Si me disculpan, he de recoger mis cosas. —Salió a su escritorio en la antesala. Max la escoltó.

—¿Cloé, te vas? No es sensato para tu carrera —lamentó aunque con buen tono.

—Buscaré en otra parte, Max. Voy a dejar Inglaterra. —Metió en su bolso sus pertenencias, las que antes había apilado.

—¿Abandonas Inglaterra? ¿Pero dónde? —se estremeció.

—Escocia, Gales, Irlanda..., qué más da, con tal de que sea lejos. —Soltó su bolso sobre el escritorio, en actitud cansada.

—Me figuro que ya tienes planes, ¿o irás a la aventura?

—Ni idea, ya veré sobre la marcha —musitó inclinando la cabeza y arrojando la mirada al suelo.

En un momento de reflexión, Max agitó la nariz y se sostuvo la barbilla con la mano, un dedo acariciando sus labios. Producto de la condescendencia, se sintió en deuda con ella. Se ofreció para hablar con un amigo suyo que acababa de abrir un despacho en Escocia. Un mes antes, su

amigo le había preguntado si conocía investigadores y gente cualificada, a falta de no lograr convencerle de ir a trabajar con él.

—En cuanto me conteste, te llamaré. Cuídate, Cloé —se despidió de ella.

Aferró su bolso con la mano, aún envuelta en una venda que sujetaba sus nudillos de un tono púrpura ennegrecido, y, tras sorber por última vez el aroma singular de Dorian que flotaba en el despacho, se marchó cabizbaja, el corazón sangrante y el estómago envuelto en llamas.

Margaret se sorprendió al ver a su hija volver tan pronto esa mañana. Apenas habían transcurrido dos horas desde que se había marchado al trabajo, aunque tampoco la extrañó del todo. Sospechaba la índole de la futura explicación que le daría su hija. En efecto, fue así. Cloé se había despedido del despacho. La novedad, sin embargo, que tomó desprevenida a Margaret y la turbó sobremanera, fue el descabellado y precipitado deseo de abandonar el país.

—¡No me hagas esto, Cloé! No te vayas, por favor. —Unas perladas lágrimas rodaron por sus mejillas—. Byron puede quedarse aquí. No tomes esta decisión a la ligera porque Dorian haya...

—¡No te atrevas a decirlo, mamá! ¡Te lo suplico, no lo digas! No es por Byron. ¡Es por mí! —voceó—. Es por Inglaterra, la aborrezco. ¡La odio! No soporto estar aquí, no soporto no verlo en su casa, o en el despacho, ni pasar delante de la London Eye, o del puente de Westminster. Tengo demasiados recuerdos. ¡Incluso esta casa es un sepulcro de recuerdos! —Abrió las manos abarcando la estancia—. No estoy lista. No puedo seguir aquí. Él está por todas partes, y empieza a desdibujarse su imagen. —Dirigió una mano a su pecho—. Se está borrando, ¡evaporando! —prorrumpió con un gemido espantoso por retener el llanto y aflojar el nudo en su garganta.

Margaret se abalanzó sobre su hija, estrechándola como si en ello se le fuera la vida.

—Si te vas, me aterra que no vuelvas, Cloé. ¡No quiero perderte! Mi niña. Mi pequeña. No sé qué hacer para aliviar tu dolor. ¡No sé qué hacer! ¡Señor! —imploró llorando sin consuelo.

No podía más que ceder ante aquella revelación que torturaba al ser que más amaba en el mundo. Si deseaba la recuperación de su hija debía permitirle huir, olvidar, sanar y rehacer su vida, aunque ello significaba despedirla y mandarla a cientos de kilómetros de distancia.

Cloé buscaba escaparse a los confines del mundo, no para olvidar, sino para erigir y enaltecer un monumento en honor a Dorian en Londres. No obstante, los confines del mundo resultaron encontrarse más cerca, en Escocia. Max la llamó por la tarde dándole la noticia. Le remitió los datos de su nuevo jefe, a quien debía contactar con celeridad dado que precisaba con urgencia de personal para su recién adquirido bufete. Las leyes escocesas compartían derecho primario y derecho derivado con la legislación inglesa. Apenas le supondría a Cloé un sacrificio estudiar y comprender lo necesario para sumergirse de lleno en cuanto le competía.

Los días posteriores estuvieron cargados de indagaciones acerca de la ciudad que la adoptaría por un tiempo: Oban. Se apresuró, aunque con una aguda languidez influida por el luto, en buscar una casa de alquiler con su respectivo jardín privado. En nada se correspondían los precios

inmobiliarios de Londres a los de Oban, en el concejo de Argyll and Bute, pues éstos evidenciaban un mercado más razonable.

El miércoles por la tarde tenía en su posesión el contrato firmado de la vivienda, junto a un plano e indicaciones de cómo situarse y dirigirse por las sinuosas carreteras escondidas entre frondosas arboledas. Habiéndose concretado el acuerdo vía internet durante el martes y el miércoles, el nieto de la propietaria se había encargado amablemente de representarla. Envío a Cloé el contrato firmado, el cual ella imprimió, firmó a su vez y devolvió, junto a la cantidad que suplía los seis primeros meses de estancia y una fianza. Como garantía, presentó la propuesta de empleo y un aval bancario conferido por Margaret.

Su padre, descontento en extremo, le increpó su mal comportamiento y desconsideración hacia él. La amenazó incluso con desheredarla, asunto banal para la joven. Nada mudaría su propósito.

Puesto que desconocía toda la historia, Margaret resolvió contactar a Richard, reprendiéndole a su vez por su crueldad. Jamás nadie conocería las palabras que empleó la pelirroja, ni qué proporción tomó la discusión entre ellos, sin embargo, al día siguiente Cloé recibió en su cuenta una buena cantidad de dinero otorgada por su padre, la cual rechazó.

Todo transcurría con lenta rapidez desde la desaparición de Dorian, una sensación, como poco, extraña. Lentitud porque tal barniz adquirirían los días sumidos en un constante sufrimiento que dilataba los minutos convirtiéndolos en días. Rapidez porque en una semana se celebraba ya un mes desde su desaparición. ¡Un mes!

Recapitulando, en menos de un mes había besado a su amado, yacido con él, correspondido a sus «te quiero», se había prometido, roto el compromiso y dejado a Charles, quien continuaba mandándole mensajes a los cuales no contestaba, había conducido durante horas y cientos de kilómetros entre Londres y Bantham Beach, había atendido a Byron a diario, había presenciado una ceremonia en memoria de su alma gemela, había renunciado al despacho, encontrado otro trabajo, una casa, tramitado algunos papeles para su cambio de residencia, y todo eso actuando como un cadáver andante. «Mejor», pensaba ella, así se impedía reflexionar sobre la situación, no la de Dorian, puesto que lo tenía más presente que nunca, sino la que la empujaba hacia los vientos de otro país. A ratos se distraía, cuando no se preguntaba: «¿Cuándo volverá? ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado? ¿Qué habría pasado si...?», y así sucesivamente. Sin embargo, esos ratos no constituían ni siquiera una hora al día. Además, las noches se presagiaban siempre horribles. No pegaba ojo. La mente arremolinaba recuerdos de lo que fue y pudo haber sido. Lo imaginaba sentado en la silla de su escritorio, o estrechándola en la cama, en el sofá, cocinando junto a ella, acariciándole las mejillas, entrelazando sus dedos con los suyos... Cuando lograba adormecerse, no obstante, la mayoría de las veces su inconsciente le brindaba reposo y maravillosos sueños, hasta que despertaba y regresaba de súbito a la realidad. Sus ojos se atestaban entonces de lágrimas, pues recordaba que Dorian ya no formaba parte de su mundo.

A primera hora del jueves se acercó a casa de él, recibiendo como de costumbre su esencia en plena nariz al abrir la puerta de cristal. ¿Cuánto tiempo perduraría su aroma? ¡Cuánto lo añoraría! Añoraría incluso esa casa que al principio tachaba de fría o aséptica.

En menos de una hora pertrechó el coche con todas las pertenencias de Byron; sus juguetes, comida y cama. Y se despidió de la casa donde Dorian la hizo tan feliz semanas antes. Repasó cada habitación, incluso las que Dorian no le había mostrado. Echó una ojeada a la nevera vacía. Isabel se había encargado de vaciarla evitando que la comida se estropeará. Con los ojos cerrados, evocó cuánto había cambiado su dieta el propietario, reduciendo sus aportes cárnicos y productos animales, transportándola a su primera cena en el bufete, pidiendo una barbaridad de platos chinos. En el dormitorio, tomó una de las almohadas mientras se sentaba en el borde de la cama. La colocó contra su rostro y la olió, aferrándose luego a ella, hundiendo las uñas, como si se esforzara en soltarla. Lo mismo sobrevino en el vestidor. Acarició cada prenda, olió la mitad, abrazó otras pocas, sus favoritas. La pobre habría embutido media casa en una maleta. Como última parada se dirigió al garaje, donde maldijo, aunque con un tinte de amor, las tablas de surf de su amado. Advertía sentimientos encontrados respecto a ese deporte. La emoción de inquina se originaba por la partida de Dorian, y la emoción de amor porque él lo había amado desde la adolescencia. Deslizó una mano desde lo alto de la tabla amarilla hasta la altura de su cintura. Reposó la frente sobre el canto y soñó un instante hallarse en el mar, junto a él sobre esa maldita tabla, ambos riendo mientras se caía Cloé. Dorian la atrapaba al vuelo. Le hundía la cabeza bajo el agua. La besaba. Peinaba sus cabellos mojados... Se pinzó los labios, furibunda por permitirse tales quimeras.

Ató a Byron en el asiento trasero con un cinturón canino que había comprado el día anterior con el propósito de su viaje. Arrancó el motor, cerró la valla tras de sí y, sin querer marcharse, la miró empequeñecerse en la distancia.

En cuanto Mr. Wilde divisó a Byron entrando por la puerta, bufó erizándosele el pelo del dorso. Subió con un atlético salto hasta la isla de la cocina, examinando con hilarante curiosidad a su nuevo compañero, atento a cada uno de sus movimientos. Cuando el perro ladró, el gato salió disparado hacia el taller de Margaret, donde se escondió hasta el día siguiente. Byron se comportó con agitación. En menos de un mes él también había sufrido cambios, como dos mudanzas, estando la tercera por venir, la adopción de Dorian y ahora la de Cloé. Procuró cuidarlo y entregarle abundantes mimos, evitando perturbarlo mientras residiera en casa de Margaret.

La tarde del jueves, entre maletas y cartones, dado que apremiaba disponerlo todo para el viaje del sábado, Cloé se tumbó sobre el mullido edredón de su cama, entregándose al vacío. Contemplaba las sombras que proyectaba la luz que ingresaba por un hueco del cortinaje. Clavaba la vista sobre objetos inanimados y creaba un mundo imaginario en cuyo reino Dorian era el soberano monarca. Una utopía donde mantenían largas conversaciones y hablaban sin tapujos.

Sacándola de sus ensoñaciones, el timbre sonó. Alternó de lado, apoyándose ahora sobre las costillas y el brazo derecho, haciendo caso omiso. El mundo exterior poco le importaba. Todo le daba igual, ni consideraba levantarse. Resopló al oír la segunda llamada. «¿Y mamá?», se preguntó con lo que algunos considerarían egoísmo. A menudo, Margaret se colocaba sus auriculares y oía música mientras trazaba pinceladas sobre sus lienzos. Al escuchar el timbre por tercera vez, no hubo más remedio que ponerse en pie y contestar. Byron, que descansaba la cabeza sobre sus piernas, se sobresaltó.

—Paquete para Miss Cloé Nicholls —respondieron al preguntar quién era.

«Qué extraño. No he comprado nada. ¿Qué será?»

Aguardó pacientemente al repartidor junto a Byron, sentado de modo obediente mientras movía la cola. Por si éste salía corriendo, sostuvo su collar cuando apareció un hombre. Firmó y aceptó el paquete. Cerró la puerta, dando rienda suelta al animal, y depositó el bulto sobre la mesa del comedor. Rompió la bolsa protectora y leyó la firma sobre la caja: Christian Dior.

«¿Qué?!», se extrañó. ¿Lo había encargado su madre? ¡No! El destinatario indicaba su nombre. Entretanto meditaba, el perro mordisqueaba una esquina de la bolsa y estiraba de ella.

—¿Mamá?! —llamó con un malogrado grito. Como apenas usaba su voz, ésta se resentía tornándose cada vez más frágil e indeterminada.

Empujó la tapa hacia arriba y, sobre un papel de crepé, halló una nota. La desdobló con una mano, mientras con la otra apartaba el papel que recubría, en apariencia, un vestido rojo de gala. Sus ojos se posaron sobre las breves palabras de la nota:

No hagas planes para este *finde*, preciosa. Confío haber elegido bien, aunque ningún vestido está a la altura de tu belleza.

Un beso,  
Dorian

«¡Lo sabía! Sabía que estaba vivo, aunque todos se empeñaban en llevarme la contraria. ¿Dónde está ahora? ¿Por qué no ha llamado?» Los espasmos y el sofoco del momento alcanzaron su cabeza. Su visión se ennegreció cegándola. Febril, se tambaleó de un lado a otro. Cual peso muerto cayó de bruces al suelo, desmayándose.

Los ladridos de Byron alarmaron a Margaret, quien salió con cierta quietud de su estudio, hasta advertir el cuerpo de su hija tendida en el suelo. Se precipitó a su lado, sacudiéndola luego por los hombros. Le propició unos leves golpes en las mejillas en pos de reanimarla, en vano. Corrió al grifo a por agua, volviendo a su vera como si se tratara de un asunto de vida o muerte. Le humedeció la nuca, la frente y los labios.

—¡Cloé! ¡Clooóé! —voceaba con jadeos de estremecimiento.

La joven pestañeó, abriendo los ojos con lentitud. Y con un fino hilo de voz casi inaudible, dijo:

—Está vivo. ¿Dónde está? ¡Quiero verle! ¿Dónde está, mamá?

Margaret prendió la nota y, tras leerla, notó su corazón romperse. Asumía que Dorian había encargado el vestido antes de fallecer. Un vestido para asistir a un teatro de París. Cuando su hija se hubo restablecido y sentado en el sofá, vaciló unos instantes antes de revelar el secreto, pero no podía darle falsas esperanzas.

—Cariño, no sé si debería contarte esto... Eeeh..., verás, Dorian reservó un fin de semana en París para vosotros dos. El fin de semana siguiente al de tu cumpleaños. Me llamó para pedir tu pasaporte, y para prepararte una maleta. Me convirtió en su cómplice. Era su regalo para ti.

—¿El fin de semana siguiente a mi cumpleaños? —discernió imaginando un universo paralelo donde volaba en un avión junto a Dorian rumbo a París—. Es decir... ¿Este fin de semana? —Disparatamente corrió a su dormitorio, donde se encerró a cal y canto y sollozó hasta que no le quedó ni una sola lágrima por derramar.

## Capítulo 46

La tarde del viernes sucedió ajetreada. Apenas había terminado de empaquetar y ultimar cuanto precisaba para la mudanza cuando sus amigas, Faith y Hailey, al igual que los dos amigos más cercanos de su primo, con quien había festejado en el Café de Paris la noche en la que apareció Dorian por sorpresa, se congregaron en su casa para despedirla. Los abrazó, recibiendo las alentadoras palabras y buenos deseos de todos con la faz entristecida a causa de la partida. Se esmeró en colmar sus atenciones con reciprocidad, sobreactuando a ratos, evitando manifestar la melancolía patente por lo sucedido en Bantham Beach. Les profesaba cariño, no obstante, Cloé se había convertido en la sombra de lo que un día había sido, por lo cual la emoción apenas alcanzaba sus ojos. Fueron las últimas personas a quienes dedicó su adiós, tras haberse acercado horas antes a la casa de sus abuelos paternos con el mismo propósito. En cambio, no le dedicó ni una sola palabra a su padre ni devolvió las llamadas a Charles. Culpaba a ambos, aunque en menor medida que a ella misma, por permitirles cegarla alargando así la aborrecida relación amorosa. Inculpaba al primero por someterla todos estos últimos años a chantajes emocionales, culminando con la manifiesta disposición a arrojarla incesantemente a los brazos de Charles. Y atribuía al segundo una mente maquiavélica, dada su jugarreta la noche de la exposición. Nunca se lo perdonaría; les había seguido el juego, y pagado con creces las consecuencias. Por soslayar el bochorno de uno, había matado al otro, el hombre que, a sus ojos, importaba de verdad. En algún momento los perdonaría, quizás, pero antes debía redimirse ella.

Por la noche, bajo un escampado cielo, finalizaron de llenar el coche con dos cartones de tamaño medio, con las bolsas albergando los víveres de Byron y con tres maletas donde se dispensó de guardar sus novelas románticas, puesto que jamás las volvería a necesitar, así como su ropa de verano. Luego, Ethans, Margaret y ella disfrutaron, o eso ambicionó Cloé, de una última cena que pidieron en su restaurante vegano favorito.

Las conversaciones entre Ethans y Margaret —puesto que Cloé se había enemistado con los asuntos terrenales, los cuales su mente rehusaba atender más de unos escasos aunque exasperantes minutos— versaban sobre la acogedora población de Oban. Sus lugareños nombraban a aquel pueblo costero en el fiordo de Lorn *la pequeña bahía*, debido a su forma de herradura. Lo protegía la isla de Kerrera, en cuyas exuberantes tierras se halla el castillo de Gylen, en el archipiélago de las Hébridas <sup>1</sup> Interiores; sus leyendas cuentan que en otros tiempos fluían aguas dulces donde ahora se extienden aguas saladas.

Antes de acostarse, Cloé dispuso un sobre con las llaves pertenecientes a la casa de Dorian,

junto a una pequeña nota dirigida a su padre. Ethans se encargaría de entregarlo en su antiguo despacho el lunes. Margaret, a su vez, encomendó a su sobrino el cuidado del apartamento en su ausencia, pues había decidido, o impuesto más bien, acompañar a Cloé y ayudarla a instalarse en su nueva casa. Permanecería en Oban unos días, cerciorándose de las condiciones de la vivienda, supuestamente amueblada, y equipándola en caso de carecer de algunos enseres para cocinar, colgar las toallas, o para alegrar las paredes o..., a saber qué tenía en mente la mujer.

Marcharon a las ocho de la mañana tras desayunar y estrujar con ternura al pobre Mr. Wilde, feliz por recuperar la exclusividad de su territorio. Margaret, en cambio, se conmovió al observar cómo su hija abandonaba el hogar.

—Estaré bien, mamá —sosegó Cloé a la sensible mujer mientras ojeaba desde la puerta el salón, el comedor y la cocina; cuanto conocía desde que sus padres se habían separado; Margaret había adquirido la vivienda después del ominoso divorcio.

Acomodaron a Byron en el asiento trasero del lateral de Margaret, puesto que a los pies del respaldo del asiento de Cloé colocaron su equipaje, el cual apenas requería espacio, dada la brevedad de su estancia. Aunque se podía dar el caso de alargarla un par de semanas, o meses, o años, si su hija decidía convertir su residencia en permanente. ¡Cosas de madres! La joven tomó el volante e inició el luengo viaje.

Contemplaron la gran ciudad disminuir de tamaño en el retrovisor, de modo que Cloé percibió un pellizco en el corazón. Al fin y al cabo dejaba parte de su vida bajo ese techo brumoso cuya llovizna relatan escritores de todo el mundo.

Se incorporaron a la M40 hacia Oxford. Diez kilómetros antes de alcanzar la famosa localidad divisaron en lontananza del lado noroeste la reserva natural de Aston Rowant; en sus ciento veintiocho hectáreas de vegetación medio salvaje reintroducían diferentes especies de flora y fauna. Cruzaron una campiña de campos arados hasta Banbury, donde en la antigüedad celebraban una famosa feria del caballo. Antes de tomar la salida M42 hacia Birmingham, la segunda ciudad del país, en el condado de Warwickshire, intentaron otear a la distancia si asomaban las torres del castillo medieval de Warwick, constituido por William el Conquistador en 1068. En vano no obstante, pues los tupidos doseles de los setos colindantes a las vías impedían cualquier avistamiento.

Continuaron por la M6 después de Birmingham, donde se habían detenido para pasear a Byron y turnarse para conducir. En las lindes de Chasewater Country Park, en Burntwood, Margaret le preguntó a su hija si recordaba la jornada que allí pasaron juntas cuando era muy pequeña. Aquel día de pícnic habían subido a la locomotora a vapor, alimentado a los cisnes junto al lago y divisado unos ciervos que moraban en los extensos terrenos del parque.

Ahora que conducía, Margaret abreviaba su conversación prestando más atención a la carretera y a los vehículos que la adelantaban, bajo una cortina de nubes pluviosas. De cuando en cuando lloviznaba, luego asomaba algún rayo de luz, más tarde tronaba o ventaba, y en algunos tramos la naturaleza convocaba tres de sus cuatro elementos...

Rebasaron Warrington, entre Liverpool al oeste y Manchester al este, alcanzando más tarde Preston, ciudad conocida por la universidad UCLAN. Como dos horas habían transcurrido, se intercambiaron nuevamente tras estirar las piernas, comer los sándwiches que habían preparado antes de emprender el periplo y airear a Byron, ansioso por correr y beber. No parecían agradecerle los desplazamientos prolongados, si bien se portaba como un perro modélico.

En cuanto atisbó la última gran ciudad inglesa de Carlisle —la cual se adecuó en torno al siglo XVI para un asentamiento militar durante las disputas entre Inglaterra y Escocia, así como su castillo, que sirvió de cárcel para María Estuardo, reina de Escocia—, supo que se hallaba cerca de la frontera. A unos dos kilómetros y medio o tres, franqueado Mossband, apercibió una señal con la bandera del reino vecino. Sopesó si despertar a Margaret, aletargada. Resolvió no molestar su descanso y se propuso apelar a la suerte. Buscó su cartera en su bolso y sacó una moneda. Bajó la ventanilla y, mientras lanzaba la moneda al aire, en el momento preciso cuando traspasaba la frontera de ambos países, formuló un deseo.

«¿Debo hacerlo! ¿Debo continuar mi camino! No puedo echarme atrás ahora. Es el único modo. Ya estoy en Escocia. Cumpliré mi promesa de nunca regresar a Londres para que él siga existiendo. En fin, deseo que... Deseo con toda mi alma, y daría mi vida por ello, que él siga vivo», concluyó, cuestionando más tarde su petición. «¿Es un deseo acertado? ¿Debí desear olvidarlo? ¿Al menos aliviar mi sufrimiento? ¿Resulta necesario cesar de esperarlo?» No, de ningún modo habría elegido tal deseo, dado que aliviar su sufrimiento restaría importancia a la fuerza de sus sentimientos. Y ella, a pesar de todo, le estaba enormemente agradecida por enseñarle a amar, entrañando cada una de las consecuencias que implicaba dicha emoción.

Sin llegar a componer una sonrisa, estiró la comisura derecha de su labio en son de gratitud al evocar qué le había revelado el primer beso, aunque, más que revelado, se podía decir que se lo había confirmado. Desde la primera vez que posó sus ojos sobre él, en sus adentros había advertido cuanto despertaría en ella, por mucho que había procurado reprimir y ocultar cuanto sentía. Un amor imperecedero, de tal magnitud que ni una tormenta ciclópea podría derribar, ni el ángel de la muerte segar lo con su guadaña.

«¿Fue real? ¿Existió de verdad?» Por el amor que perduraba y continuaba floreciendo en ella, sí. Sí fue real, tan real que sus labios habían borrado las trazas de los que con anterioridad habían depositado ahí un beso. Sus ojos habían borrado cuantas miradas se habían posado sobre el infinito gris de los suyos. Y sus dedos habían borrado cualquier caricia que otros habían osado deslizar sobre su piel.

Bajo un cielo encapotado sobrepasó Gretna Green, la primera ciudad escocesa, famosa por los matrimonios que se oficiaban en eras pasadas sin el consentimiento de los padres, aún cuando los futuros esposos eran menores de edad. Hasta la gasolinera de Lockerbie apenas se presentó un solo pueblo desde la A74(M). Ignoraba la razón, pero opinó que el aire que la embriagaba se percibía tan puro como en ningún otro lugar, incluso los ojos recibían unas imágenes dignas de un cuento de hadas y las procesaba de manera fantástica.

«Me gusta Escocia», reconoció con una partícula de consuelo, cual bálsamo sanador regenerando sus entrañas. Aquel fue el primer momento en el que afloró un ápice de paz, dando tregua a su devota aflicción.

Despertó a Margaret peinando su ondulado cabello con dulzura. Si bien su afectiva intención fue arrebatada por un ladrido de Byron, al aperebir éste unas ocas. «¿Unas ocas? ¿Qué diantres hacen unas ocas en una gasolinera?», consideró al contar una docena de aves agrupadas sobre una alfombra de hierba fresca en el borde de la vía de servicio.

—Continuemos hasta el aparcamiento para que baje Byron, o temo que espante a esas pobres ocas y se echen a la autopista —decretó Margaret despejándose mediante unos masajes oculares—. ¡Uf, creo que me he dormido! Necesito un café. ¿Serán distintos aquí? —Bostezó.

Atravesaron Glasgow, de la cual avistaron algún edificio rociado por la caída de la noche. La penumbra asaltaba el día con prontitud. Calcularon las horas que discurrían de travesía desde Londres; entre rutas y paradas, un total de siete horas y media, faltando aún dos para Oban.

En la A82, pasado Balloch según leyeron, disfrutaron de unas magníficas vistas a la luz de la luna. El lago Lomond, al sur de las Tierras Altas, correspondía a las regiones de Stirling, de West Dunbartonshire y de Argyll and Bute. Dificultaban su observación los frondosos arbustos de matices azulados bajo la luz del crepúsculo; éstos bordeaban el asfalto. Mediante un trecho hueco distinguieron una isla dominando el lago, llamada Inchmurrin, la de más amplitud del país bañada en agua dulce. «La realidad es aún más bella que cuanto se aprecia en las fotografías o películas. ¡Cómo me habría gustado emprender este viaje con él, y no por él», estimó Cloé al vislumbrar las centellas de la luna que traspasaban las nubes y se reflectaban sobre las plácidas aguas.

En Tarbet descansaron de nuevo unos diez minutos, como acostumbraban cada dos horas, tomando Cloé el volante hasta Oban. Valoraron que se trataba del tramo más hermoso de todo el trayecto. La lluvia abandonó su presidencia desde Inverarnan hasta Crianlarich, donde avistaron unas colinas altísimas, siendo una de ellas la bautizada como Ben More. Luego se adentraron en el bosque de Inverherive, en cuyo espesor se escondía Ewich House, un hotelito enmarcado por un bucólico encanto. Poco después se manifestó Auchreoch y sus indescriptibles valles de barnices esmeraldas entre montañas. Sus cimas se zambullían entre espesas brumas albugíneas. Éstas abarcaban los picos escarchados de Ben Lui con 1130 metros de altura, y las de Ben Cruachan, que alcanzaban una menor elevación, 1126 metros.

En la A85 el sistema de navegación indicó que Oban se hallaba a cada kilómetro más cerca. ¿Cómo la recibiría aquella ciudad? Sólo la había examinado con minucia y recopilado información en blogs de viajeros. ¿Serían amables sus habitantes? ¿Y el acento escocés? ¿Se habituaría a él? ¿Qué le depararía el futuro? ¿Sería el destino indulgente con ella? ¿Y ella, capaz de proseguir con su vida? Al menos eso ambicionaba con el éxodo de su ciudad natal. El problema que se le presentaba, no obstante, aludía esa vida, en realidad, pues una vida sin Dorian le parecía una eternidad, pese a que sólo le conocía, o había conocido, desde hacía menos de tres

meses. Si bien, y muchos lo comprenderán, el amor verdadero, cuando se manifiesta, no entiende de límites, de tiempo o de distancias.

En cuanto el GPS anunció Dunbeg, tanto Margaret como Cloé suspiraron, mirándose de soslayo. Las puertas metafóricas de Oban se avecinaban con inquietud y euforia, pero se abrieron dedicándoles un seductor guiño de ojo.

—Empiezo a creer que has tomado una buena decisión. Te vendrá bien. Este país es increíble. Podría plantearme venir aquí a vivir yo también. —Margaret carraspeó tras comentarlo como quien no quiere la cosa, disimulando una propuesta—. Tengo la certeza de que alentaría mi creatividad.

Cloé arqueó una ceja y prosiguió con las manos sobre el volante y la mirada fija en la carretera, sin emitir ruido alguno, ni de reprobación ni de incitación.

Penetrando en el pueblo, una inmensa casa de tono amarillo chillón llamó la atención de ambas mujeres, eclipsándose luego con el avistamiento de las serenas aguas de la costa, perceptibles por las luces de las farolas y las embarcaciones flotantes, que se reflejaban en el anochecido viso índigo. Margaret fue la primera en bajar la ventanilla, recibiendo el frescor de la brisa marina.

—¡Cloé, me encanta esto! Y por lo que veo, a Byron también, mira cómo estira el cuello para sacar la cabeza por el hueco de la ventanilla. —Sonrió excitada a causa de la expedición.

—Esperemos que se familiarice con el entorno —ansió la joven refiriéndose tanto al perro como a su propia persona. Mientras conversaban, ojeaba con esmero cada construcción, pareja a las imágenes encontradas en internet. La aquietó no defraudarse. Había recelado hallar un lugar discorde al que imaginaba.

Transitó por Glenmore Rd., tomando después Gallanach Rd., que lindaba con la costa y desembocaba en otra travesía de idéntico nombre, adonde se dirigía. De no llevar el mapa y las directrices que le había mandado el nieto de la propietaria, se habrían perdido, dado que cuatro o cinco calles distantes entre sí portaban semejante designación. Una vez alcanzado el punto final del exilio, Cloé situó la mano sobre las llaves sin detener el motor del BMW. «Vale, estoy en Escocia. Voy a vivir en Oban. No sé qué he visto durante las últimas horas. ¿Estoy cansada o estoy soñando? ¿De verdad he tomado la decisión de mudarme aquí? Tengo la sensación de que todo ha ocurrido estrepitosamente deprisa. ¿Será que tengo ahora un momento de lucidez? ¿Me arrepiento? ¿Me he precipitado? ¿Añoraré mi casa, Londres, el despacho? ¡No! ¡Puedo conseguirlo! ¡Claro que sí!», suspiró en silencio soslayando la vigilante mirada de Margaret. Giró la llave y apagó el motor.

El itinerario había durado diez horas. Desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde —de noche en ese recóndito lugar de Escocia—, tiempo justo para ser recibidas por la anciana dueña y su nieto; un joven apuesto de unos veintiocho años, esbelto, de nariz estrecha y respingona y de facciones angelicales, casi aniñadas. Tras las presentaciones, la afectuosa mujer de cabellos argentos y mirada suspicaz las guio por la casa, aunque en primer lugar trasladaron a Byron al

jardín cercado por una valla de madera blanca; colindaba con otra propiedad de semejante aspecto a la alquilada por Cloé.

—Mi nieto me comentó que tenía perro, sin embargo no imaginé que fuera tan grande. ¿Qué raza es? —preguntó con gran curiosidad. Tanto Cloé como Margaret agudizaron el oído para entender el inglés-escocés de la mujer.

—Es una raza danesa. Es decir, un gran danés. —La dulce voz de Cloé restaba seriedad a su rostro, de lo contrario una persona ajena la definiría como una mujer soez o desabrida.

—¿De Dinamarca? ¡Qué casualidad! En la isla muchos descienden de estirpe vikinga, como nuestro propio linaje, de hecho. Tal vez este perro haya vuelto a los orígenes de su herencia, puesto que Dinamarca se encuentra tan cerca de Escocia —reflexionó la anciana, de nombre Caoimhe.

Ascendieron al piso superior por una estrecha escalera de altos peldaños recién restaurados, mientras el corazón de la joven se descomponía como cenizas al recordar a su vikingo aristócrata.

—Nueve mil habitantes residen en Oban, salvo los meses estivales, que se llena de turistas, llegando a alcanzar cifras muy elevadas; unas veinticinco o veintiséis mil personas —informó Ewan, el nieto de la mujer con acento de la zona.

—¡Qué interesante! —repuso Margaret propinándole un disimulado codazo a Cloé, apelando su interés. Para ojos ajenos, todo apuntaría a un rasgo de timidez, si bien quien la trataba a diario sugeriría que se veía retraída o absorta en sus pensamientos.

—Eso es todo, me temo —zanjó Ewan atraído por los buenos modales y la belleza taciturna de la joven.

Margaret elucubró un instante ante la evidente fascinación del chico por su hija, resolviendo que, probablemente, se debía, como sucedía en aldeas o pequeñas poblaciones, por la venida de una cara nueva.

«Éste no tardará en tirarle los trastos. Allá él, pero se dará con un canto en los dientes. Lo compadezco», deploró la pelirroja percibiendo el afán del joven por llamar la atención de Cloé, incapaz de advertir ella la naturaleza de sus intenciones. «¡¿Quién sabe?! A lo mejor distrae a mi hija», rezó en su fuero interno.

Los MacLeod se despidieron, explicando con brevedad dónde vivían:

—Al final de esa senda sin nombre nos encontrarás siempre que lo desees. —En una mansión del siglo XVIII, la cual regentaba los terrenos donde se situaba la casa de Cloé. Quizás otrora procuraba residencia a pastores o a granjeros.

De tal modo concluyó el viaje de la joven, aguardándole un intrigante destino, confiriéndole la oportunidad de escribir un nuevo capítulo de su vida, cuyas páginas en blanco no sólo ella llenaría. Cabe mencionar, sin adelantar nada, que en Oban hallaría la cuna de la salvación; alivio y perdón alimentarían su alma.

## Capítulo 47

Un friolero Byron se había subido a la cama la noche antes, enroscándose junto a las piernas de Cloé durante las primeras horas y haciéndose dueño de más de la mitad de la blanda superficie a medida que entraba en calor. Despertó a la joven con lametones y jugueteos, reflejando su felicidad con una agitación prolongada y movimientos incesantes de cola.

—Buenos días para ti también, pequeño grandullón —lo llamaba Cloé—. ¿Qué hora será? Es imposible adivinarla con esas cortinas. Parecen las de un hotel —cuestionó y ponderó acerca del tupido cortinaje; el cual agradecería más adelante, cuando, en los meses de verano, los días no parecían tener fin, pues el sol se presentaba a las tres y media de la madrugada y prolongaba su visita hasta pasadas las nueve de la noche. Ahí residía la explicación de utilizar unas telas tan tupidas, impidiendo filtrarse la luz de las perennes albas veraniegas—. ¿He dormido del tirón? —preguntó al levantarse henchida de curiosidad. Caminó hacia la ventana y corrió las cortinas, descubriendo un paisaje esplendoroso, digno de la estampa retratada por un pintor de renombre. Apenas la aurora desperezaba las hojas de los árboles que orillaban la casa, por la parte del bosque. En dirección opuesta se apreciaba un cuidado jardín rebosante de flores coloridas, mimado con esmero. De no haberle mencionado Ewan que en la casa vecina con ese precioso jardín vivía una joven pareja, Cloé habría estimado, equivocadamente, que sólo disfrutaban y se dedicaban a la jardinería las personas mayores. Contempló desde el primer piso la vida naciente de los albores, piando los pájaros y estirando el cuello las ardillas mientras agitaban su hocico.

Arregló la cama, cuyas sábanas había traído de Londres y olían a los productos de limpieza que utilizaba Margaret. Bajando la escalera se dirigió a la cocina, de limitado tamaño y poco favorecedor amueblamiento; unos armarios de tonos rubios cobrizos cubrían las paredes. Extrajo de uno de los cartones un tarro con achicoria, previamente mezclada con azúcar de caña. Era preciso dirigirse cuanto antes a la tienda de alimentación más cercana, necesitaba leche de avena, verduras, frutas, sal, aceite y una gigantesca lista de víveres. Abrió la puerta que desembocaba al jardín, el cual podía avergonzarse de su ridícula llaneza teniendo un fronterizo edén haciéndole sombra. Byron salió disparado como una flecha, mientras la joven se detenía en el juego de mesa y sillas de forja blanca en un lateral del patio.

—¡Buenos días! —Margaret la tomó desprevenida. Cloé examinaba la fachada de piedra parda de la casita, semejante a aquellas que adornaban las campiñas inglesas. «En el alféizar de las ventanas techadas en gablete, cabrían unas alargadas macetas de flores», meditaba antes de la aparición de Margaret.

—¡Mamá! ¿Ya estás despierta? Es pronto. Son las ocho y media.

—He dormido fenomenal. No recuerdo la última vez que he reposado tan plácidamente. Quizás se deba al cansancio del viaje, pero creo que es por este lugar. No se oye ni un coche, ni un..., nada —matizó tras considerar un momento qué ruidos se escuchaban en la gran ciudad y de cuáles carecía Oban.

—Y yo no recuerdo haber soñado esta noche —reveló Cloé sorprendiéndose. Hasta ese instante no lo había valorado.

Pusieron rumbo a Tesco, tras componer las coordenadas del GPS. Se alegraron al comprobar que poseía un buen surtido de productos vegetarianos y veganos, comprándolos como locas, o como si el mundo fuera a extinguirse de repente. Durante la compra no cesaron de repetir, anonadadas, cómo la enorme tienda conseguía permanecer abierta a diario desde las seis de la mañana hasta la medianoche, salvo el domingo, que reducía su horario de ocho de la mañana hasta las ocho de la noche.

—¡Increíble para una pequeña localidad!

—¿No descansan nunca?

—¡Ni que abastecieran a toda una urbe de vampiros!

—Mamá, te has pasado.

De regreso transitaron por los linderos del mar, fijándose en la profusión de banderas azules que ondeaban de los balcones y escaparates, de las farolas y de los pináculos, indicando con orgullo que Oban celebraba su festival de invierno, como habían mencionado los MacLeod durante la visita la noche antes. Además, en una semana todos brindarían y bailarían en honor a St. Andrew, el patrón del país.

Descargaron las más de diez bolsas con las adquisiciones; ropa de cama, de baño, productos de limpieza, de higiene, robots, comida para un regimiento, bebidas para llenar una piscina, especias de todo tipo... Una vitualla sin precedentes.

Tras la comida, una vez que guardaron y organizaron la compra y deshicieron las maletas, alguien llamó al timbre. ¿Mrs. Caoimhe o su nieto Ewan tal vez habían olvidado precisar alguna cosa?

—¡Hola! Me llamo Megan McGregor, soy tu vecina —expuso una muchacha de unos lozanos veinticinco o veintiséis años, cuyo cabello tafeño, de largos bucles, hacía resaltar sus diamantinos ojos azules, ansiosos por conocer a la forastera—. Vengo a presentarme y ofrecerte esta tarta. Espero que sea de tu agrado. —Sonrió con júbilo. Cloé notó su pronunciación menos cerrada que la de otros lugareños.

—Tiene una pinta estupenda —intentó devolverle la sonrisa, en vano. No le salía con naturalidad—. Pasa —la invitó aceptando el presente y apartándose de la puerta permitiéndole el paso—. Yo soy Cloé Nicholls. —Cerró la puerta con la punta del pie y le indicó que la siguiera con un ademán—. Acabo de mudarme. Es mi primer día aquí. Bueno, llegué anoche.

«Probablemente ya esté al tanto y por eso ha venido», apreció.

—Sí, me consta. Ewan nos lo comentó anteayer a mi marido Cameron y a mí. También es nuestro casero..., bueno, él no, su abuela.

—¡Hola! —Margaret asomó la cabeza, y más tarde Byron.

Todas se sentaron alrededor de la mesa del salón, adyacente al comedor, y éste a su vez a la cocina, al fondo del pasillo. A la derecha de éste se situaba el salón, tras cruzar la puerta de entrada. A la izquierda de dicha puerta se escondía un armario ropero, seguido de las escaleras que subían al piso superior y, frente a éstas, un aseo yuxtapuesto a la cocina. Por tanto, la construcción de la casa presentaba el patrón de un rectángulo. Se advertía que la habían remodelado con un gusto afeminado, todas las paredes lucían colores verde menta o flores. Las mamposterías eran de un blanco roto. El suelo oscuro de tarima brillante revelaba que lo habían encerado en las semanas anteriores. Acomodadas en los dos sofás, de un matiz gris claro moderno, y cojines con estampado de *vichy* rosa pálido, entablaron la conversación, levantándose poco después Cloé para preparar café.

De semejante postura encontró a Megan y a Margaret a la tarde siguiente cuando regresaba de su primer día de trabajo.

—¡Oh, Megan, hola! No sabía que mi madre tenía visita.

—Sí, la vi ocupándose de su encantador jardín y pensé que le apetecería un té o un café. Les he invitado a ella y a su marido mañana por la noche a cenar, dado que me vuelvo a Londres el miércoles. —Las palabras salieron disparadas de su boca como si hubiera ingerido litros y litros de cafeína. O tal vez Megan le había transmitido su hiperactividad, puesto que denotaba el carácter de una mujer inquieta y activa en exceso.

—Ah, fantástico —aprobo Cloé.

—Cameron tiene muchas ganas de conoceros a ambas. —Sonrió de oreja a oreja, aunque en sus ojos se advertían rastros de lágrimas. ¿Había llorado? ¿Por qué? ¿Sería el frío el causante? A todo el mundo se le irritan los ojos, enrojeciéndose y brillando mediante la exposición a gélidos vientos—. En fin, debo irme ya, o mi marido no tendrá nada que cenar. —Se dirigió a Margaret y besó sus mejillas, luego repitió la despedida con Cloé, regalándole además un peculiar abrazo, el cual extrañó a la joven. Tanta calidez sin apenas conocerse asombraría a cualquiera.

—¿Qué tal tu primer día, cariño? —preguntó Margaret en cuanto se hubo marchado Megan.

—¡Uf! No sabría por dónde empezar. Largo, aburrido a ratos, pero destacaría que ha sido interesante como poco, aunque no sé si en el buen sentido.

Entonces le narró lo sucedido desde primera hora de la mañana, al entrar en el singular bufete, tan desaparejo a Gardiner & Sons. En éste, ninguno de los dos litigantes, siendo el jefe Mr. Lean Scott, estaban especializados en una rama jurídica en concreto. Cuán poco semejaba a su anterior lugar de trabajo, bien por la decoración elegida sin esmero, bien por los empleados, quienes obraban con una quietud propia del carácter de las gentes que desconocían el estrés de los pleitos

en las grandes ciudades. Las miradas de sus compañeros carecían de soberbia, aquella soberbia que irradiaba en los ojos del hombre a quien había llamado maestro. Ninguno se acercaba a la representación de Dorian, ni de lejos; rasgos que añoraba, pero que agradecía no hallar en nadie más. Incluso su indumentaria, formal y elegantemente elaborada, sobrepasaba los requisitos de la empresa, lo que le hacía sentirse como una estrafalaria invitada ataviada con un traje de gala en una comida campestre, donde todos visten tejanos y camisetas.

Sin embargo, su sorpresa se materializó en un brusco respingo al ponerla Mr. Scott a cargo del departamento de propiedades. Cuestión insospechada hasta el momento. Su empleo no abarcaría, pues, leyes civiles, matrimoniales, penales, comerciales, etcétera, como ambicionaba o imaginaba. Se limitaría a mediar entre propietarios y adquirentes, dado que en Escocia, por lo visto, los bufetes operaban de consultores, notarios y agentes de la propiedad, a placer. Asimismo, Mr. Scott había estudiado abogacía, obteniendo después su título de notario.

—Pero me encargaré de los contratos y del papeleo, ¿verdad? No tendré que acudir a visitas o enseñar viviendas, ¿no? —Se había estremecido en el despacho de su nuevo jefe horas antes. La novedad había turbado su zona de confort.

—Si se te requiere, por supuesto deberás enseñar casas, empresas, barcos... —asintió su jefe mirándola con deje meditabundo, como si ella debiera darlo por hecho.

—No he enseñado una casa en mi vida. Ignoro qué medidas han de tomarse, cómo proceder y...

—Ya aprenderás —interrumpió—. Ah, lee y firma estos formularios si estás conforme, para mandarlos cuanto antes. Y éste es tu contrato. —Apuntó diferenciando los montones de folios—. Muy bien, ¡bienvenida al bufete! —Se levantó el hombre de tez pálida, cabellos cortos de un cobrizo sumamente oscuro y ojos de color caramelo.

Paralizada, poco le faltó para abrir la boca cual pez fuera del agua. Sus ojos, sin embargo, sí permanecían grandes y abiertos, como sujetos con cinta adhesiva, ni había parpadeado. Procesando la información, Cloé siguió a Mr. Scott, que salió de su despacho por un corredor ancho con varias puertas y la acompañó a su mesa, en un lateral de la estancia principal. De los escaparates pendían carteles con fotografías, precios y cualidades de todo tipo de construcciones. Contigua a dichos escaparates se encontraba la puerta con vistas al mar y a una de las calles más concurridas del pueblo. Effie, su nueva compañera, una agente inmobiliaria, se encargó de adiestrarla mostrándole cómo funcionaba todo, así como de instruirla respecto a sus labores. No pudo resistirse a recordar su primer día en Gardiner & Sons, cuando un hombre joven, bello y distante la recibió en su despacho rechazando sus servicios con una mirada áspera y un tono de voz inexorable. Consecuentemente, ¿cuántas mañanas había permanecido al acecho de la aparición de Dorian, expectante por atraer su atención, por una mirada, por una sola palabra?

—¿Entonces, tu pasantía? —Margaret se sobrecogió. Estaba en juego la carrera de su hija.

Todo este camino, la precipitada mudanza, sus años de duros estudios, ¿para nada?

—No lo sé, mamá. Me ha tomado por sorpresa.

—¿Lo reconsiderará Mr. Scott en el futuro?

—¡No lo sé, mamá! —Le molestó tanta insistencia. Ya concebía ella el fracaso de su futuro si no terminaba su pasantía como abogada.

—Puedes buscar otro trabajo si éste no te conviene.

—Oye, podías haberme avisado o pedido mi opinión antes de invitar a la vecina —varió el tema de conversación, el anterior le hacía sentirse una fracasada.

Cumplida la tarde siguiente, Cloé salió de trabajar a las cinco, se acercó a una tienda de comestibles a comprar unas botellas de vino y emprendió el camino a casa, donde Byron la recibió calurosamente. A las seis y media en punto aparecieron los McGregor, botella de *whisky* en mano; un auténtico *scotch* de la destilería del pueblo. En cuanto Cloé abrió la puerta, irradió la sonrisa de Megan en su rostro salpicado de partículas de bronce, unas preciosas pecas. Cameron, un hombre más tranquilo que la muchacha, aguardaba con paciencia e interés a que Megan terminara de abrazar y lisonjear a Cloé por su vestimenta, muy chic, como había comentado.

—Cam, ésta es Cloé. Cloé, éste es mi marido Cameron. Cam para los amigos —presentó.

—Encantada. —Se aventuró a recibirlo con dos besos, dada la familiaridad empleada por Megan. Tenderle la mano tal vez habría sido desacertado—. Pasad dentro, os vais a empapar con este diluvio. ¡Qué frío hace! ¿Es siempre así?

—¿Frío? Esto no es nada. —Tanto Megan como Cameron se miraron divertidos, los ojos azules de ella buscando la complicidad de los ambarinos de él.

Tras duplicar las presentaciones con Margaret, tomaron asiento en el bonito comedor de estilo *shabby chic*; paredes con empapelado floral, alacena de un verde claro con terminaciones desgastadas y mesa cuyos pies eran parejos al tono blanco roto de las sillas, mientras la base conservaba su color natural de madera de arce. Margaret ingresó a la cocina por la puerta que unía las estancias; desde otra se accedía al pasillo. Exhibió sus mejores recetas sobre la mesa, con presumida sonrisa. Entretanto Cloé servía el vino. En el instante en el que Margaret reveló que tanto ella como su hija eran parte de una rara especie de humanos llamados veganos, Megan se sobresaltó.

—¡Oh! ¿Por qué no lo dijisteis antes? Ahora me sabe fatal por si os sentisteis obligadas a comer mi tarta.

—¡Querida! —exclamó Margaret con dulzura—. La aceptamos voluntariamente y la probamos por educación y respeto hacia ti. —Pasó una mano sobre su hombro—. Creo que no había probado un huevo desde hacía diez años. —Estalló en risas relajando la cómica turbación de Megan, por lo que todos, salvo Cloé, rieron.

Podía decirse que la joven se sentía más animada y sonreía por dentro, no obstante, a la vista

carecía de esa jovialidad que la caracterizó en otros tiempos.

—¿Sois veganas y tu hija se viene a vivir a la capital del marisco? —questionó Megan. De nuevo todos explotaron con ruidosas carcajadas.

—Te marchas mañana, me ha comentado mi mujer —dijo Cameron frotándose una ceja, cuyo brillo semejava al de su cabello, del color del azúcar de caña.

—En efecto, a media mañana debo coger el tren, el ScotRail si no me equivoco, de Oban a Glasgow. Sólo son tres horitas. —Le parecía una ganga por menos de quince libras. Lo mismo ocurría con el precio del avión; unas cincuenta libras—. Y luego volaré de Glasgow a Londres en una hora y media.

—¿Una hora y media? ¡Qué maravilla! —loó Megan, quien nunca había viajado ni había abandonado la periferia de Oban y sus Hébridas.

En el preciso momento en el cual Margaret se levantaba para traer el postre, retumbó el sonido del timbre. Detuvo el ademán de su hija con un gesto y caminó hasta la puerta.

—¡Ewan, qué sorpresa! Me alegra volver a verte —simpatizó la mujer.

—Buenas noches, Margaret. ¿Cómo estás? ¿Todo funciona correctamente? ¿Cómo va la mudanza? —quiso saber Ewan.

—Muy bien. Todo está perfecto, pero ¿por qué no entras? Estamos con unos vecinos, Megan y Cameron McGregor.

—¡Ah! Sí, con mucho gusto. —Penetró en el pasillo enjugando las gotas de lluvia que se deslizaban por su cabello para yacer en sus hombros.

—¡Mirad quién ha venido a visitarnos! —voceó Margaret con alborozo—. ¿Ya os conocéis? —preguntó adivinando la respuesta.

—¡Hombre, MacLeod! —se entusiasmó Cameron alzándose de su silla.

—¿Qué tal, McGregor? —Ewan le dio un fuerte apretón de manos. Acto seguido se dirigió a Megan y le dio dos besos. Un tanto amilanado, prosiguió hacia Cloé, reservada. Y para quitar importancia al familiar saludo, se dirigió a Margaret—: ¡Oh, Margaret! A ti no te he saludado, perdóname. —Y le estampó a ella también dos besos en las mejillas.

—¡Siéntate, Ewan! Justo me proponía sacar el postre. ¿Te apetece un café para acompañar la tarta? ¿Algún licor tal vez?

Cloé contemplaba a su madre con admiración. Siempre actuaba como la gran anfitriona que era. Sabía qué decir y cómo decirlo en el momento oportuno.

—No quiero molestar, Margaret. No te preocupes.

—No es ninguna molestia —valoró Margaret e ingresó en la cocina.

—¿Cómo te amoldas a la nueva ciudad, Cloé? —interrogó Ewan retirando su abrigo.

—Muy bien. Aún no he tenido tiempo de visitar nada en particular. Espero escaparme este fin de semana con Byron, tal vez al castillo de Dunollie, o lo que queda de él y del clan MacDougall. ¿Se sitúa a dos kilómetros de aquí? —dudó.

—Aproximadamente, sí. Puedo... —vaciló y, tras meditarlo un segundo, recapitó—.

Podemos acompañarte, si quieres. —Ladeó el rostro hacia Cameron y Megan, quien lo examinaba con mirada de casamentera.

«No, gracias, prefiero estar sola. Necesito descansar de las voces, de las risas y de la alegría constante que percibo en este pueblo», juzgó Cloé para sí; desde su llegada se esforzaba con creces en borrar la tristeza de su rostro.

—Bueno... Te lo agradezco, pero... —Ignoró qué pretexto poner—. Si me disculpáis, voy a ayudar a mi madre. —Apresuró su evasión hacia la cocina y se cruzó con Margaret, que sostenía una deliciosa tarta entre las manos.

—Ah, por cierto, no os he confesado la razón de mi visita —retomó Ewan cuando aparecía Cloé con una bandeja de tés, cafés y licores—. Venía a invitaros a la fiesta que ofrece mi familia por la celebración de St. Andrew's Day<sup>1</sup>. ¿Puedo contar con vosotras? Es el domingo por la noche.

—¡Oh, cuánto lo siento! —lamentó Margaret—. Regreso a Londres mañana. Pero Cloé estará encantada de asistir.

«¿Quééé? Ah, no. No, no, no, no, no. ¡De eso nada! No estoy yo para celebraciones. ¡Ni hablar!», se pinzó los labios mientras renegaba. Margaret, entrecerrando los ojos, le trasmitía un mensaje mental forzándola a aceptar.

—Mmm... Claro, encantada. —Cloé parpadeó repetidas veces, incrédula ante su respuesta.

## Capítulo 48

La joven y cumplidora Cloé debía aprender a decir que no, perfeccionar su respuesta de negación manteniendo la educación. Una cosa no reñía con otra. ¿Acaso no había aprendido la lección la noche de la pedida de Charles? Marcó en su lista mental de asignaturas pendientes la dominación de esa faceta, subrayándola como prioritaria y fundamental.

El espejo de su cuarto le devolvió su reflejo. Vestía una falda escocesa roja que Megan le había prestado, ya que compartían las dos la misma talla, unas medias opacas negras, unas botas de semejante tono y un suéter de punto beis. Se maquilló siguiendo las recomendaciones, o chantajes, que Margaret le había indicado mediante una videollamada; medio por el que se comunicaba con sus amigas, o con Ethans, quien apuntaba la cámara hacia Mr. Wilde cuando su prima se lo solicitaba. Añoraba a su bola de pelos.

—Está lloviendo, mejor vamos en coche por si luego empeora el tiempo —explicó Megan observando el perenne dosel de nubes.

Los MacLeod vivían al final de la senda donde se ubicaban las dos casas; la de Cloé y la de los McGregor.

A la mansión acudieron avanzando lentamente debido al tráfico originado en el estrecho camino asfaltado, impregnado de barro a causa de las ruedas de los coches que transitaban, con jubilosos pasajeros ansiosos de conmemorar su fiesta patronal. St. Andrew era, en definitiva, la coronación final del festival de invierno de Oban, donde se representaban bailes típicos en las calles. Se desplegaban muchos mercados, bien en exteriores, bien en interiores. La destilería abría sus puertas al público brindando catas de *whisky*. Y la localidad entera ofrecía un abanico de actividades para todas las edades, como el espectáculo de las luces, proyectadas sobre la torre McGaig: un mirador diseñado cual anfiteatro victoriano cuya construcción no llegó a término debido a la muerte de su dueño. Cloé lo había visitado la mañana anterior, paseando con Byron. Desde sus jardines, en la cumbre que presidía el pueblo, se contemplaba cada construcción. Los árboles desvestían sus ropas de hojas, mas la hierba a sus pies conservaba un verdor con el que los ojos podían deleitarse mediante un glorioso espectáculo. Cualquier privilegiado disfrutaba de la panorámica de las islas zambulléndose en el mar, allende la bahía. Unas vistas impresionantes abarcando una belleza divina, fundiéndose cielo, mar y tierra.

Megan tomó a Cloé del brazo al presentir su inquietud cuando penetraron en el inmenso vestíbulo de la mansión de estilo tudor, presidida por sus elaboradas e imponentes columnas. Unos músicos tocaban las gaitas en los peldaños de una magnífica escalinata. Escudos de armas

con el estandarte del león rampante se hallaban sobre varias paredes recubiertas de madera bruna, así como banderas con el tradicional Saltire <sup>1</sup>, una cruz azul sobre un fondo blanco. Orgullosos, los hombres vestían su peculiar *kilt*, ataviados con todos los complementos de la indumentaria escocesa. Incluso las mujeres exhibían los tartanes de sus faldas con exultación. Se desabrigaron, entregando sus chaquetas en un guardarropa dispuesto en exclusiva para la velada.

En las puertas de la sala del baile, Ewan, sus padres, su hermana y su abuela saludaban a los asistentes, que llegaban de todas partes del pueblo y de las áreas limítrofes.

—¡Cloé! ¡Qué bien que hayas venido! Te presento a mis padres y a mi hermana. A mi abuela ya la conoces. —Los ojos azules de Ewan se iluminaron—. Es la nueva inquilina. —Se dirigió a su familia excitado de pies a cabeza.

—Un placer. —Asintió con la cabeza mirando a todos. «¿Debo hacer una reverencia? Esto es digno de un baile principesco», se sintió cohibida.

—En un momento me reúno con vosotros —prometió él mientras saludaba a los McGregor.

Más tarde, cuando la sala se hubo llenado y todos los invitados presentaban una copa en la mano, la familia MacLeod al completo subió a la palestra, donde se situaba el escenario de unos músicos, ornado con coloridos cardos <sup>2</sup> fuscias, que preponderaban sobre otras flores blancas. El cabeza de familia proporcionó un amable y entretenido discurso, alzando luego su copa hacia los oyentes y brindando con ellos a la distancia. La música volvió a sonar, empezando así el jolgorio.

—Las jóvenes tienen costumbre —susurró a su espalda Mrs. Caoimhe obligando a Cloé a girarse hacia ella— de pelar manzanas la víspera de St. Andrew.

—¿Cómo dice? —cuestionó llamando la atención de Megan y Cameron.

—Sí, has oído bien, querida. Las jóvenes pelan manzanas, tirando luego la piel al aire para adivinar la inicial de su futuro esposo. Es imperativo pelarla de una pieza y lanzarla lo bastante alto. Hemos preparado unas cestas en una estancia junto a la cocina. Megan ya no lo necesita. —La muchacha se atragantó con su propia risa al soltar un ligero jadeo, tras escuchar la confianza que se tomaba Mrs. Caoimhe—. Pero a ti nadie te impide divertirse con esas trivialidades —señaló a Cloé.

—Es una costumbre singular, lo admito, pero no busco marido, ni novio, ni amoríos. —Estiró la comisura del labio intentando formar una sonrisa.

—¿Quién dice que debas buscar? —Cimbró las cejas la anciana, bellamente acicalada—. Sólo se trata de un juego, cada uno es libre de darle la interpretación que desee. —Posó una mano sobre la de Cloé asiéndola un momento y, acto seguido, la soltó. Avanzó perdiéndose entre el gentío entretanto hablaba con unos y con otros.

—Si te soy sincera, recurro a la tradición todos los años, incluso a espaldas de Cam —murmuró Megan, quien disfrutaba con locura de ese tipo de juegos adivinatorios.

—¡Te he oído! ¡Qué vergüenza, Mrs. McGregor! —se burló el hombre, no mucho mayor que su mujer.

—¡Oh! Bueno, te aliviará saber que siempre me sale tu inicial, la de tu nombre o la de tu

apellido, cariño. —Lo besó tras esconder una risita detrás de sus manos—. ¡Venga, Cloé! —La obligó a acompañarla agarrando su muñeca.

—No, no me provocan demasiadas simpatías esos juegos, Megan. Prefiero quedarme aquí.

—¡Bobadas! ¡Vamos! —Estiró un poco más, de modo que Cloé la siguió.

El servicio había dispuesto unas mesas alrededor de las paredes de una sala vacía, colindante a la cocina. Todo cuanto reflejaba la mansión semejaba la construcción de un castillo del final de la época medieval: el suelo, las piedras de las paredes cuando no las adornaban paneles de madera, los arcos ojivales, los parteluces...

—Dos, por favor —solicitó Megan a una empleada que servía manzanas por doquier y cuchillos de plástico—. Antes prestaban cuchillos afilados, pero un año se cortó una adolescente. Desde entonces debemos apañarnos con esta cosa. —Mostró el cuchillo cuando se lo entregó la encargada del puesto—. Ven por aquí, hay menos gente. —Aceleró el paso hasta dar con un hueco entre unas armaduras de cuerpo entero; una sostenía su espada y la otra un estandarte—. Tienes que pelarla de una sola pieza, recuérdalo —repitió.

—¡Megan, no me...!

—¡Vaaamos! —prorrumpió Megan abriendo los ojos y apremiándola con el codo.

—¡Vaaale! —rezongó Cloé bajo la amenazante aunque hilarante mirada de su nueva amiga—. ¿Y ahora? —preguntó al finalizar la tarea.

—Ahora la tiras lo más alto que puedas, pero con cuidado de no romperla. —Mostró cómo realizar el movimiento de muñeca—. ¿Ves? —La observó y volvió el rostro al suelo averiguando la inicial—. ¡Es una C, cómo no! Estamos hechos el uno para el otro. —Exageró un agitado pestañeo mientras destinaba sus manos a su corazón—. Ahora tú. —Esperó impaciente.

—Muy bien, ¿qué he de leer supuestamente? —Al detener la mirada sobre la piel de su manzana, la letra quedó expuesta, cual mágico perfil. Una D. «Dori...», ni siquiera en su mente pronunciaba el nombre del que le había robado el corazón y la vida. El estómago le dio un vuelco.

—¿Es una D, verdad? —acertó Megan.

—Puede. —Se encogió de hombros ahogando su tribulación en su océano interior, donde reinaba un aciago silencio. «Quizás los vaticinios lleguen tarde», deploró—. ¿Tiramos esto a la basura y tomamos algo? —propuso y se encaminaron al baile.

En la sala, la mitad de los asistentes se movían al ritmo de un *ceilidh*<sup>3</sup>. Una danza digna de presenciar, sin dificultad en apariencia, con la salvedad de tener un buen acceso de aire en los pulmones, debido al ahogo que producía dar vueltas, saltos y cambios de sentido. Sin prevenirla, Megan la condujo al seno de un círculo de danzantes, quienes enlazaron sus manos con las de Cloé, de Megan y de Cameron, acostumbrado a la hiperactividad de su mujer.

—No, no. Esto yo no lo sé bailar. —Negó con la cabeza forcejeando entre Megan y un desconocido para soltarse.

—Copia nuestros pasos, es simple. Ya lo verás —aseguró su amiga.

Tras unos giros, la cabeza empezó a darle vueltas y le faltó el aire. La simple idea de divertirse

sin Dorian, o habiendo transcurrido un exiguo lapso de tiempo desde su ceremonia conmemorativa, la desproveía del hábito.

—Ahora vuelvo. ¡Vosotros continuad! —Con la mirada le instó una orden a Megan asegurando que no existía motivo alguno para que la persiguiera.

Salió a un pasillo, al encuentro de un patio, una terraza o una balaustrada con acceso al exterior. Al apercibir una ventana al fondo del pasillo, acudió en busca de una estancia adyacente, la cual ofrecería posiblemente una salida. Aferró uno de los dos picaportes correspondientes a unas gruesas puertas de superficie tallada e ingresó en una biblioteca, iluminada con lámparas de apoyo. ¿Acaso Margaret la había educado incorrectamente? ¿Qué hacía fisgando? Contempló cuanto la rodeaba, maravillada por el deslumbrante hallazgo. Miles de libros de todos los tamaños, fecha de impresión y lomos henchían las estanterías que empezaban en el suelo y no se detenían hasta llegar al techo, dividida la pared a media altura por un angosto balcón de forja, pudiéndose apreciar que la sala gozaba de dos pisos. Sobre la prístina chimenea, cuyo fuego crepitaba, colgaba la cabeza de un pobre animal; uno de tantos que Cloé había entrevisto, poseyéndola una inmensa pena.

—Hola —escuchó una voz masculina al abrirse la puerta tras ella.

—Siento haber invadido esta sala sin permiso, buscaba el cuarto de baño —inventó sobresaltada y apurada, pues ambicionaba escapar de la música, los bailes y las risas.

—Te estaba buscando. ¿Cómo lo estás pasando? ¿Te agrada nuestra fiesta? —quiso averiguar Ewan. El brillo de su mirada indicaba que era un hombre directo, poseía cuanto deseaba y obtenía cuanto se proponía.

—Sí, es una celebración increíble —afirmó con sinceridad.

—Veo tus manos vacías. ¿Te sirvo una copa? —Se aproximó a un bar del lateral opuesto a la chimenea, enmarcada por un par de cómodos sillones y sus respectivas mesitas con lámparas. El bar de capitoné disponía de unos taburetes altos y de una zona de sofás—. ¿Qué te apetece?

—Lo mismo que tú. Gracias. —Anduvo con tímidos pasitos para examinar los tomos de las estanterías a las que alcanzaba su vista—. ¿Cuántos de éstos has leído?

—Muchos, pero no los suficientes. El número de colecciones aumenta cada año. ¿Te gusta leer? Puedes coger el que te plazca.

—Me gustaba en otra vida —musitó, el corazón debilitado, reprochándose haber jugado con la manzana encantada.

—¿Nos sentamos? —Mostró un sofá de la zona central señalándolo con la cabeza y, una vez acomodados, le tendió la copa.

—Gracias. —Confiada, tragó un buen sorbo de *scotch*, el cual casi vomitó por la nariz—. ¡Cielos! Esto es una bomba. —Tosió, los ojos entrecerrados y las lágrimas a punto de saltar.

—¿Te encuentras bien? —procuró por todos los medios no estallar en risas mientras la socorría, retirando su vaso y posando ambos sobre la mesita baja. Acto seguido destinó una mano sobre la delgada espalda de Cloé propiciándole unos leves golpes.

—Sí, sí... Uf, es fuerte. —Aclaró su garganta entretanto declinaba la ayuda y se apartaba del hombre empujando su brazo de modo que le invitaba a retirar la mano que le frotaba la espalda—. Ya está. Ha pasado.

—¿Quieres agua? Perdona que me ría. Ha sido gracioso. —Se levantó, diligente, y con movimientos gráciles, aunque varoniles, le trajo un vaso de agua.

Bebió, apremiada, y al sentirse mejor repuso:

—¿Volvemos con los demás? Megan estará buscándome. —Agradecía su gesto al intentar auxiliarla, pero la incomodaba el tacto de otro hombre que no fuera el de Dorian sobre ella.

—Si es lo que quieres —lamentó ver cómo se alzaba y se aproximaba a la salida. Antes de abrir Cloé la puerta, él formuló—: ¿Puedo invitarte a cenar esta semana? —Se aventuró a rozar la punta de los dedos de la joven con su mano.

—¡No! —chilló aterrorizada. Por una vez había dicho lo que deseaba decir, pero no en el tono en el que pretendía decirlo. Además le abochornaba su falta de tacto. Había apartado su mano con exagerada brusquedad, como si le hubieran propiciado un golpe—. Es decir, no, gracias —modificó la modulación tornándose dulce a la par que tajante.

—¿Tan espantoso soy? —Una ceja dominó la otra, la mirada seductora.

—Tú ya sabes que no eres nada espantoso, todo lo contrario, y no necesitas que nadie te lo recuerde, salvo que persigas la adulación de las mujeres. Lo lamento, pero en mí sólo hallarás una amiga, en lugar de una pretendiente.

—¿Sabes que cuando una mujer niega se vuelve más irresistible? —bromeó disimulando la indudable verdad.

—No es mi caso, Ewan —aseveró con voz flagelada.

Retornaron a la fiesta y, poco más tarde, Cloé abandonó la mansión aduciendo una molesta dolencia en las sienes. Insistió en regresar sola y caminar unos quinientos metros a pie, sorteando importunar a nadie.

## Capítulo 49

El lunes, de buena mañana, con motivo de disculpar su precipitada salida de la mansión, Cloé se presentó en casa de Megan y Cameron, invitándolos a un pícnic en el lugar de su elección. Al otorgarle una respuesta positiva, telefoneó a Ewan con semejante propósito. De haberse negado los McGregor, no habría osado plantearle siquiera dicha idea a Ewan.

Todos decidieron recorrer la Carretera de las Islas<sup>1</sup> hasta el mediodía. Para comodidad de Byron, parte activa en la expedición, se dispuso el Land Rover de Ewan, un todoterreno cuya robustez conseguía franquear inhóspitos parajes. Rumbo a Dunbeg, una pequeña población a cuatro kilómetros de Oban, se detuvieron en Dunstaffnage Castle. El castillo coronaba la bahía de Ardmucknish y el lago Etive, favorecidas sus vistas por colinas de cimas pardas no muy lejanas, por rozagantes dominios, y por las islas de Lismore y de Mull. Le explicaron a Cloé que su cimentación de piedra databa del siglo XIII, siendo uno de los más antiguos de Escocia, y, salvo la casa del guardia, todo lo demás estaba en ruinas. Continuaron hasta Connel, donde cruzaron el lago Etive por un puente de estructura metálica. Cloé empezaba a comprender que, al menos en esa parte del país, era costumbre hallar caminos angostos donde los pasantes, caminantes o vehículos, debían cederse el paso; de ahí las señales de Passing Place en algunos tramos ideados para hacerse a un lado mientras otro circulaba. Tomaron un segundo puente un rato después para atravesar el lago Creran. Alcanzaron el pueblo de Appin y su comarca de ovejas, las cuales pastaban en toda la región, para dirigirse al castillo de Stalkter, edificado sobre una diminuta isla impenetrable sin una embarcación, en el fiordo de Linnhe. El coche se adentró por una senda ondulada y, en una pradera con vistas privilegiadas de las aguas reflejando el castillo, comieron los bocados que Cloé había cocinado.

Un intempestivo chubasco se cernió sobre ellos, interrumpiendo el solaz de los jóvenes, aunque no alteró a Byron, alborozado persiguiendo a los petirrojos; unos pajarillos comunes y autóctonos de la zona. Regresaron antes de lo previsto a Oban y celebraron los cuatro St. Andrew's Day en la plaza del pueblo, y más tarde donde mandaran las actividades festivas.

El fin de semana posterior los cuatro emprendieron una nueva aventura en la isla de Mull, con sus abundantes colinas altas, rebosantes de ovejas, pues moraban más animales que personas. Cloé se enamoró de su bucólico verdor, de su horizonte, de las focas que campaban a sus anchas en las aristas de la isla y de los *puffins*, comúnmente llamados frailecillos; unos pájaros que ni un artista habría creado con mayor beldad. Los ojos de las aves parecían dibujados a pincel sobre una máscara gris. El lomo, de idéntico color, o tal vez de un matiz más claro. Un frac negro desde

la cabeza hasta la punta de la cola. Un pico rojo y negro enmarcado por un hoyuelo naranja. Y unas patas semejantes a las de las ocas, de un enérgico naranja. Todas estas características dotaban al *puffin* de gran belleza.

Mediante excursiones y nuevas amistades, Cloé conoció como la palma de su mano los rincones más exultantes y pintorescos de su nuevo hogar.

Mayo arribó, regresando las multitudes de ballenas, cachalotes, tiburones peregrinos y delfines que solían emigrar en invierno. Las focas y los *puffins* siempre estaban presentes en la bahía. Las horas de luz se alargaron, asumiendo al fin la joven lo imperativas que eran las gruesas cortinas que pendían de la ventana de su dormitorio, dado que el sol representaba su actuación cada día a las cuatro y media de la madrugada. Aprovechando al máximo cuanto le brindaba su nueva vida, todas las tardes después del trabajo se juntaba con Megan, quien se había convertido en su mejor amiga. Todo lo compartían, salvo su trágica historia de amor con Dorian, por ser un tema candente y tabú para Cloé. Apenas habían transcurrido seis meses, y aún la abrumaba el pesar como si discurriese la primera semana. Su amor por él no se había apagado ni periculado bajo las aguas del tiempo. No obstante, Cloé desconocía que Megan estaba al corriente de su desdicha. Margaret se lo había revelado el segundo día de su estancia. Por tal motivo Cloé había percibido un brillo melancólico en la mirada de su vecina aquella vez, cuando regresó de su primera jornada de trabajo. Discreta, Megan nunca hizo mención de ser poseedora de la verdad, aguardaba a cuando su amiga deseara confiarse o conversar sobre el peliagudo tema. Si bien distinguía el tormento que manaba de Cloé, sobre todo cuando ésta presenciaba las muestras de cariño, como besos y abrazos, que le destinaba a su marido Cameron. O cuando reían o se miraban con afinidad, apenándola el pensamiento de su querida amiga, privada de tal compenetración con el amor de su vida. «El tiempo lo cura todo, mi querida Cloé», aseguraba Megan en sus adentros. Incluso se propuso animarla preparándole citas con conocidos suyos o amigos de su marido, sin resultados, puesto que Cloé siempre se negaba. En ese aspecto actuaba como una viuda fiel, alegando en su detrimento su pasión por su trabajo y su falta de interés hacia los sentimientos correspondientes a los romances, los cuales declaraba aborrecer.

Tras la despedida de Margaret en noviembre, había recobrado la noción del tiempo. Se había evaporado ese halo opaco que le impedía pensar con claridad, sin embargo, al retirarse dicho velo, persistió el sufrimiento en su estado más puro. El mundo seguía, sí, pero le costaba permanecer en él con entereza, pues asumía que de la mano habían ido el arrollador amor y el fatídico destino.

En incontables ocasiones, durante las sempiternas noches o durante los ratos en los que permanecía ausente, la mayoría de ellos inconsolables, evocaba en su mente el fin de semana de octubre...

Siete meses atrás, después de duchar a Byron, mientras la joven terminaba de secar al pequeño

bribón en el cuarto de baño, Dorian proyectó el chorro de agua hacia ella con la alcachofa de la ducha. Byron salió disparado; no soportaría una segunda limpieza a fondo. Cloé, fingiendo rabia, se precipitó hacia Dorian, pretendiendo devolverle la broma. Le empujó con ganas, intentando robarle el dispositivo de las manos. El chorro se dispersó hacia las paredes, hacia el techo, hacia sus piernas, sus rostros, empapándose los dos de pies a cabeza. Ambos peleaban como niños jugando a quién mojaba más al oponente entre risas y gritos.

Dorian, demostrando que hasta entonces había privilegiado a la joven dejándola ganar, tomó el control inmovilizándola contra una de las paredes de gresite de la ducha; un amplio espacio moderno, dividido del resto del cuarto por una hoja de cristal.

—¡No! ¡No! —chilló encantada, con enlazadas risas, entretanto Dorian sujetaba la alcachofa por encima de sus cabezas, hasta donde la mano de Cloé no alcanzaba, cayéndoles el agua encima cual cascada.

Cansada de saltar en vano, ya que no lograba ni rozar la alcachofa con la punta de los dedos, refugió su rostro contra el pecho de él. Sometida a su merced, le rodeó del cuello.

—¿Te rindes? —se jactó él, el rostro imponente a la par que seductor.

Las risas se convirtieron en gestos apasionados y miradas afanosas. Dorian dejó resbalar el mango de la ducha hasta el suelo y embistió los labios de la joven con los suyos, embargado por un deseo irrefrenable de unirse a ella, ahí y ahora. Cruzando sus espaldas unos espasmódicos escalofríos, una impetuosa Cloé sucumbió al tórrido vals de su amado, quien la desvistió mientras combinaba mordiscos y besos que descendían por su nuca, sus hombros y su espalda, al colocarla Dorian de cara a la pared... Continuó descendiendo mientras ella se consumía de gozo, conduciéndola a la locura tal sensualidad. Cada uno de sus huesos se calaba de amor por él.

—¿Hola?! ¿Has oído lo que te he dicho? —cuestionó Ewan ofreciéndole una copa de vino blanco.

—Perdona. —Sacudió la cabeza, volviendo en sí, tras perder la mirada en las espumosas aguas que rompían contra el casco de la embarcación; la joya naval de Ewan desde hacía unos años.

Los dos habían salido de excursión dado el buen tiempo, navegando alrededor de la isla de Kerrera, frente a Oban, y más tarde hasta la isla de Mull, donde pastaban las ovejas. Desde aquellas aguas se divisaban varios mamíferos marinos. Algunos delfines se acercaban, curiosos, y ejecutaban piruetas fuera del agua, llamando así la atención de los pasajeros. Por desgracia, en esa ocasión Cameron y Megan aplazaron la invitación, pues se hallaba enferma y en cama la mujer.

—¿Te enseñó a navegar? —volvió a preguntar aguardando a que ella aceptara la copa.

—Uy, no, no. Gracias —rechazó la propuesta por si varaba el velero de su amigo, adquirido hacía poco más de tres años, y al cual profesaba sumo cariño.

—Entonces permanezcamos un momento aquí. —Se sentó a su lado, colocando un brazo

alrededor de sus hombros—. Brindo por nosotros. —Chocó el cristal contra el de Cloé y, tras beber, retiró las copas depositándolas sobre una banqueta adyacente.

Desde la fiesta de St. Andrew, cuando declinó el ofrecimiento de la cena, dio por hecho que se había escabullido de la perspectiva amorosa del joven MacLeod, al haberle aclarado que en ella sólo hallaría una amiga. No obstante, Ewan, al tanto de la fatídica desventura que la había traído a Oban —avisado por la minuciosa boca de Megan, quien le había hecho prometer no desentrañar el secreto—, aplazó con tesón el momento oportuno para seducirla.

Confiado en las buenas intenciones de Ewan, jamás volvió a sospechar que, algún día, uno de sus mejores amigos varones, siendo el primero su primo Ethans, el segundo Cameron y el tercero el susodicho, se aventuraría a besarla.

—¿Qué haces? —interpeló con un grito agudo, anonadada y nerviosa, tras recibir los labios del escocés.

—Hago cuanto mi corazón me ordena —susurró acercándose de nuevo a ella, quien le había apartado.

—Por favor, Ewan, no destroces nuestra amistad. Lo que crees sentir es infundado. Entre nosotros sólo existe una buena amistad. Y sinceramente, no quiero perderte como tal. No compliquemos las cosas. Estamos bien así. ¿Por qué fastidiarlo todo?

—No trato de fastidiar nada, Cloé. Siento algo por ti. Desde mi ex me ha costado confiar en una persona del sexo opuesto, y tú eres cuanto deseo.

—Te lo repito, es lo que crees. No soy quien buscas, no estoy hecha para ti. No puedo amarte ni corresponderte. Mi corazón está ocupado por otro.

—¿El que murió?! —Entrecerró los ojos exhalando.

—¿Cómo? ¿Cómo sabes eso? —se estremeció alarmada. No se lo había revelado a nadie, ni siquiera a Megan.

—Mira, no es momento de hablar de ello. Sólo anhelo que seas feliz, Cloé. Que seas feliz conmigo. Sé que puedes corresponderme. —Acarició su mejilla despertando en ella una emoción de ansiedad.

—No digas más, te lo ruego, Ewan. No estoy preparada, y dudo estarlo nunca. Yo también siento algo por ti. —Posó su mano sobre el dorso de la de él—. Pero no de la forma que tú sientes. Perdóname. —Arrugó la frente—. Siempre me acordaré de él, siempre lo tendré presente, suceda cuanto suceda. No sólo mi corazón le prometió amor eterno. Es mi alma la que...

De nuevo, Ewan empotró sus labios contra los de Cloé. Se disponía a rechazar el beso cuando el hombre apoyó una mano sobre su nuca, atrayéndola hacia él.

## Capítulo 50

Un año después, Cloé besaba la rubicunda mejilla de tez sonrosada del bebé que portaba en brazos. La niña había berreado toda la mañana, volviendo loco a su padre.

En cuanto Cloé hubo regresado del trabajo se dirigió al jardín para tomar a la niña en brazos y mecerla. Shanna era el bebé más hermoso que hubo visto jamás. Le robó el corazón en cuanto nació tres meses antes; sus ojos azules opacos, su cabello cobrizo, su nariz respingona, sus manitas que se aferraban al rubio cabello de Cloé cuando se inclinaba sobre el pequeño rostro, sus diminutos pies con fuerza suficiente para patear con agitación, su boquita en forma de corazón que bostezaba incontables veces al desperezarse. La joven profesaba una devoción innata por el regalo que Dios había introducido en su melancólica vida: Shanna.

De pronto su móvil resonó en el bolsillo de su pantalón. Se apresuró en apagarlo antes de que el estridente sonido malhumorara a la pequeña. Nuevamente era Max quien la llamaba. Unos días antes, éste había telefoneado y ella, en semejantes condiciones, le había prometido devolverle el toque:

—¡Hola, Max! Perdona, me pillas en mal momento. ¿Puedo llamarte luego? —le había preguntado entonces, casi en un susurro, maquillando un estado que rozaba el estrés.

—¡Hola! ¿Estás bien, Cloé? —Se alegraba de oírla su antiguo compañero.

—Sí, muy bien, pero... un poco ajetreada. ¿Te llamo luego? —repitió.

—¡Vale! Sólo pretendía saber si sigues viviendo en Oban, en la dirección que me facilitaste por *e-mail*.

—Sigo aquí, ¿por algo en especial? —se sorprendió.

—No, nada. Estoy barajando la posibilidad de ir a visitarte..., a ti y a mi amigo Lean Scott. —Se refería al jefe de Cloé, aunque lo comentó con un tono meditabundo y dubitativo.

—¡Claro, cuando quieras!, pero de verdad que no es buen momento. Hablamos luego — justificó apurada. La niña tenía hambre aquel día, el de la primera llamada, y no toleraría más esperas. Sin embargo, Cloé se frustró al recibir el segundo recordatorio de su amigo, de quien se había olvidado por completo.

Entretanto el padre de la niña volvía con una bandeja de bebidas y tentempiés, Cloé se sentó a la mesa del jardín, hechizada por la mirada del pequeño demonio que, por fin, había cesado de sollozar.

—Eres una verdadera madraza. —Cameron besó la mejilla de Cloé tras depositar la bandeja sobre la mesa—. No sé qué haría sin ti. —Tomó asiento frente a la joven y empuñó la mano que no

sujetaba a la niña—. Lo digo sinceramente, Cloé. Me temo que no te agradezco lo suficiente cuánto te encargas de Shanna. Bueno, de Shanna y de mí. Estaría perdido sin ti. —Un brillo asomó en sus ojos acompañado de unas lágrimas.

Al reparar en ello, Cloé avanzó hasta el borde de la silla, deslizándose con cuidado para no importunar a Shanna, en su regazo. Besó la mano de Cameron, emocionándose ella también.

—Ey, vas a hacerme llorar. —Lo miró con cariño—. Ven aquí. —Se levantaron ambos fundiéndose en abrazos.

Quien observara la escena en la distancia afirmarí que la pareja compartía un momento de felicidad plena. Dos padres amorosos arrullando un bebé, viviendo sus sueños en un espectacular jardín presidido por una casa de campo, con un perro completando la estampa familiar. Pero, acercándose a ellos, se comprobaba otra realidad.

—La echo tanto de menos. —Rompió a llorar contra las ondas del cabello de Cloé.

—Estoy segura de que está con nosotros. Está viendo a su hija y cuidando de ella, Cam. Estoy segura —repitió Cloé, el corazón desgarrado.

Enjugó las lágrimas que resbalaban sobre la tez del hombre, roto de dolor. Aferraba a la joven con fuerza, como si fuera a desplomarse en cualquier momento. Ella acariciaba su corto cabello, besaba sus mejillas y rodeaba su espalda con la mano libre.

—Le habría encantado mecer a Shanna rodeada de su jardín. Puso tanto empeño y esfuerzos en él. Adoraba esta época del año. Cuántas veces mencionaba desear hacer realidad su sueño de pasar aquí las tardes con su hija.

—Lo sé. Lo sé. —Sonrió Cloé con un amargo cariño y añoranza al evocar las palabras de su mejor amiga.

Byron revoloteó en el jardín de la casa adyacente, ladrando al viento, interrumpiendo la afligida conversación.

—Venga, comamos algo —se repuso Cameron. Arrastró toda marca de sufrimiento de su rostro frotándose los ojos.

—Podríamos ir a Skye este fin de semana. Te vendrá bien salir de aquí unos días. Luego llamaré a Ewan, ¿te apetece? —propuso Cloé sentándose de nuevo en la silla de madera rosa pastel.

—A Megan le habría parecido una idea estupenda —asintió con un suspiro.

Tres meses antes, la desgracia se había cernido sobre la familia McGregor y sus amigos. La activa y encantadora Megan había fallecido dando a luz a su hija. Se desvaneció tras contemplar a la hermosa criatura que acababa de nacer. Todos los que habían acudido al hospital, entre ellos los padres de Megan, los de Cameron y Cloé, para dar la bienvenida a la niña, recibieron una terrible noticia, convirtiéndose la eufórica y alegre espera en unas lóbregas tribulaciones. Los gritos de suplicio de la madre de Megan alcanzaban el primer piso del hospital, mientras su padre se fundía en jadeantes lágrimas. Cloé, por su lado, parecía sufrir un síncope, incrédula ante la

pésima broma del destino. Se le había helado la sangre. ¿Acaso atraía a la muerte? Había perdido a su alma gemela y a su mejor amiga en el transcurso de un año y medio.

Las primeras semanas se tornaron insoportables para Cam, pues rechazaba tomar a su hija en brazos al recordarle lo que había perdido y cuánto se parecía a su difunta esposa. La madre de Megan permaneció los diez primeros días con él, ayudándolo con cuanto suponía lidiar con un bebé y con la muerte de un ser querido. Ningún auxilio suavizaba el arrollador tormento que convertía las horas en un calvario imperecedero. Tras esos diez días habitando las familias de los esposos en el mismo Oban, tanto la madre de Cameron como la madre de Megan visitaban a diario al bebé. Cloé, no obstante, se convirtió en la favorita de la niña, ya que poseía un don para calmarla y hacerle comer. Entregada a su nueva tarea de tía, Cloé y todos se conjugaron para atender a la recién nacida y a su padre, enfrascado en una depresión desde el nacimiento de su hija, hasta que levantó cabeza dos meses después del sepelio de su joven esposa.

El sábado sucesivo, como estaba previsto, partieron a la isla de Skye, cuyo tamaño encabezaba el primer puesto de todas las islas de las Hébridas Interiores. Todos sabían que se trataba del lugar favorito de Megan, quien había ideado, embarazada de pocas semanas, un itinerario para descubrirle a su amiga los rincones más espectaculares del mundo, en su opinión.

Precisando dos días para recorrerla, como en aquel entonces con Megan, se hospedaron en el castillo Dunvegan, perteneciente al clan MacLeod, una rama del clan de Ewan. Reproduciendo la misma ruta en memoria de la muchacha, visitaron las Fairy Pools, unas piscinas naturales de aguas translúcidas provistas de mil destellos, salpicadas por unas cascadas creadas por las hadas que habitaban sus ubérrimas lindes. A ratos la estrecha y empinada senda dificultaba el paso del carrito de la niña, ajena a la fuerza bruta que empleaban Ewan y Cameron para alzarlo y franquear los riachuelos, las piedras y gravillas, o los brezos. Aunque Shanna era muy pequeña para darse cuenta, tomaron incontables fotografías, de modo que en un futuro se formara unos inolvidables recuerdos. Posaron a las faldas de la primera cascada, la de mayor majestuosidad. Medía unos diez metros de alto y se precipitaba en la piscina cristalina en cuyo fondo reposaban incontables guijarros. También se fotografiaron junto al arco rocoso de la segunda, de indescriptibles tintes aguamarina sus frías aguas, pues nunca se calentaban lo suficiente como para nadar en ellas sin un traje protector o sin albergar la temeridad necesaria. Ni Byron se atrevió a zambullirse, después de habersele helado la lengua al beber.

De ahí se encaminaron a Portree y sus coloridas casas bordeando la costa. Pasearon por el puerto. En el horizonte de azul turquí flotaban embarcaciones de todo tipo, en las que sus tripulantes avistaban la vida marina, como delfines, focas y orcas. Alguna se dignaba a saludar de cuando en cuando. En una coqueta tienda de una recóndita aunque concurrida calle, Cloé adquirió el primer *souvenir* de la niña; un mullido búho blanco elaborado con tela de pana, y con unos ojos descomunales a la par que jocosos. Comieron un bocado en uno de los restaurantes del puerto, para luego poner rumbo al pueblo de Uig, el cual pasaron de largo, puesto que se dirigían al escondido Castle Ewen, una formación rocosa peculiar, cual lugar ceremonioso vikingo, barrido

por la fantásiosa Fairy Glen. El valle de las hadas, como se imaginaría en un cuento infantil, ofrecía la perspectiva de un valle en miniatura, con infinitas colinas de proporciones reducidas. Algunas crestas parecían esculpidas por un maestro joyero, incrustadas de rocas, mientras otras lucían lisas y cónicas, o tupidas y ovaes, sus cimas. Espirales de piedras adornaban la infinita alfombra de espesura, donde la fábula empujaba a los fervorosos a ofrecer un talismán a cambio de un deseo. Los árboles dibujaban formas extrañas a causa de los arduos vientos, doblegando el crecimiento de las ramas a su antojo. Unos riachuelos asomaban entre las marañas, las flores y los arbustos, y se conseguía apercibir a la distancia algunas cascadas de lenguas blancas que arremetían contra las rocas perdiéndose entre unos sotos. Y no olvidemos mencionar las ovejas, pues traían de cabeza al pobre Byron, ansioso por olerlas y jugar con ellas. En un año y medio, el pequeño grandullón, como lo apodaba Cloé, se había convertido en un adulto, sobrepasando su tamaño al de las ovejas. Aunque sus ganas de jugar perduraban como las de cualquier cachorro.

—Cuando seas mayor —le explicó a Shanna tomándola en brazos—, te traeremos aquí, te disfrazaremos de hada y te subiremos al lomo de Byron. Un mundo de leyendas para la princesa de las hadas, cabalgando sobre su corcel danés a través de los montículos encantados —halagó a la niña obsequiando su quietud con un tierno beso en la frente.

—Esas cosas sólo se les ocurren a las mujeres —se quejó Ewan con un burlón suspiro.

—Cumplen sus sueños de niñas al vestir muñecas vivientes. —Procuró evadirse Cameron de sus pensamientos con un chiste fácil; había perdido la mirada, divisando el soleado infinito. Como era natural, la excursión traía a su memoria el anterior viaje con su mujer.

—Ja, ja, ja —exageró la joven espaciando las sarcásticas risotadas—. Y lo que es mejor, Shanna, vestiremos a tu tío Ewan y a tu papá de *hobbits*. Me atrevería a suponer que muchos en el pueblo pagarían por ver esa foto —se mofó mirándolos de reojo.

—¿*Hobbits*? ¡Vikingos querrás decir! —refunfuñó Ewan.

«Vikingo», una pértiga perforó el corazón de Cloé al repetir el apelativo con el que su primo Ethans había denominado a Dorian. Dorian..., el vikingo que pleiteaba cual guerrero en las cortes. Su Dorian.

Más tarde, exhaustos tras horas y horas de viaje en coche y de caminata a pie con un perro muy activo y el cochecito de un bebé, se trasladaron al esplendoroso castillo de los MacLeod, el cual dominaba un brazo del lago Dunvegan desde una leve atalaya. Ubicado a dos kilómetros del pueblo con el mismo nombre, un entorno privilegiado con montañas a lo lejos, boscajes y unos cuidados jardines enmarcaba la fortaleza. Se deleitaron con la cena que les habían preparado y con las deliciosas conversaciones que mantenían sus residentes. Tras degustar unas copas de hidromiel casero, salvo la joven vegana, los tres recorrieron el patrimonio cultural e histórico del recinto. Habían visitado sus recovecos y escondrijos la vez precedente, no obstante, a Cloé le encantaba caminar por sus anchos pasillos y sus salas remodeladas, dado que la construcción procedía del siglo XIII. Como en una novela de Harry Potter, el castillo albergaba tres asombrosas reliquias. La primera, la bandera de las hadas, un retal de tela andrajosa dada su antigüedad,

otorgada al clan MacLeod por las mismísimas hadas que habitaban en guaridas de la zona, y la cual poseía poderes mágicos. La segunda, el cuerno de Sir Rory Mor; el cuerno de un toro que espantó a muchos habitantes de la población y mató a varios de una estocada, hasta que su destino acabó en manos de un hombre, jefe del clan MacLeod. Y la tercera, la copa Dunvegan, elaborada con maderas nobles y plata, de la cual se conjeturaba y rumoreaba, sin acertar una sola versión acerca de cómo se había obtenido.

Sobre las cinco de la mañana, una vil pesadilla despertó a Cloé, quien observó por la ventana un cielo argénteo con diluvios y rayos atronadores. Éste sollozaba y gemía en su lugar, ya que ella había renunciado a derramar una sola lágrima, un solo gemido más reclamando cuanto le había robado el destino negándole la felicidad. Tanta luz se concentraba en las nubes que la reverberación molestaba a la vista. Al llevarse las manos a los ojos, reparó en un líquido diamantino.

—¡Demonios! —maldijo, puesto que inconscientemente había llorado en sueños.

Regresó a la cama analizando su pesadilla. Antes de aparecer una garra infernal para arrancarle a Dorian de los brazos, Cloé revivía una extraordinaria noche, cuando él le había expresado su primer «te quiero». Limpiando las lágrimas que brotaban de sus ojos y se arrojaban desde sus pestañas, su mente la transportó a aquel maravilloso instante, mientras bailaban escuchando *She's Like the Wind...*

Los pies descalzos de Cloé barrían los de Dorian, quien la balanceaba suavemente y acoplaba la mano de la joven, ciñéndola sobre su corazón. Ella mantenía un brazo alrededor de su cuello. No cesó de contemplarla con afán. Le trasmitía un sinfín de confesiones sólo con las miradas que le destinaba. Cuando resonó *It Must Have Been Love* de Roxette, el tacto se tornó apremiante, seductor.

—Te quiero —susurró él contra su oído.

Un sobrecogimiento azoró a Cloé, incrédula y alterada de súbito. Todo su cuerpo se tensó, acechándola multitud de escalofríos que la penetraron poco después. El corazón le dio un vuelco y el hormigueo se intensificó cuando repitió las mágicas palabras.

—Te quiero. —Penetró la mirada de la joven, aturdidamente emocionada.

—¡Te quiero! —susurró con una jubilosa sonrisa. Acopló sus manos contra las mejillas de su amado, atrayendo sus labios para besarlos. Pronunció la oración por vez primera, no por obligación o por cumplir, sino porque la sentía en lo más profundo de su ser, porque ansiaba formularla sin tapujos.

Ciñó su cintura, alzándola sobre él, sin apartar los labios de los de la enamorada Cloé; el corazón colmado de compenetración y de dicha. Se abrazaron cual la bienvenida de una pareja anhelosa que no se ha visto desde hace años.

—¿Por qué lloras, vida mía? —preguntó Dorian azarado por si había obrado de un modo

incorrecto o descortés.

—Porque te quiero, y porque nunca se lo había dicho a nadie sintiéndolo de verdad.

—No lo resisto. —Sonrió mordiéndose el labio—. Estoy loco por ti. —Una risita de regocijo brotó de su garganta entretanto su boca surcaba la de su amada; el amor de su vida, así lo concebía—. Mi Cloé. Eres mi vida ahora. ¿Sabes?, nunca se lo había dicho a nadie desde...

—¿Tu madre? —Envolvía la cintura de Dorian cruzando las piernas alrededor.

—Sí —asintió acercándose al sofá, donde se sentó sin apartar a Cloé, más bien incrementando el número de caricias.

—¿Cómo era tu madre? —se atrevió a interrogar. Siempre le había carcomido la curiosidad, pero se amilanaba ante la posibilidad de entristecer al hombre con ese comprometido tema.

—Una mujer muy hermosa, delicada, con una voz pausada. Un tono angelical. Acento estadounidense. Rubia, delgada, de porte grácil y gestos etéreos. Educada. Cariñosa. —Alzaba la mirada al cielo hallando en sus recuerdos las palabras de mayor galantería para honrar las facetas de la mujer—. Le gustaba pintar, tomar fotografías y montar a caballo. Te habrías llevado bien con ella. —Cerró los párpados un instante mientras inhalaba con pesar.

—Estará orgullosa de ver en qué te has convertido. —Alzó la barbilla de Dorian con la punta del índice obligándolo a mirarla—. Creo que nuestros seres queridos, al menos algunos de ellos, se convierten en nuestros ángeles guardianes. —Estiró la comisura de los labios formándose unos alentadores hoyuelos—. No dudes que sus angelicales alas cuidan de ti. Está aquí. —Situó una mano sobre el corazón de él—. Y lo estará siempre que la necesites.

Dorian la besó con enardecimiento, agradecido por su consoladora frase.

—¿Cloé, estás despierta? —Llamaron a la puerta de sus suntuosos aposentos arrancándola de sus ensoñaciones. Reconoció la voz de Ewan.

—Sí, ¿qué sucede? —Se incorporó en la cama como un muelle debido al sobresalto.

—Cam me ha mandado a buscarte. No logra tranquilizar a Shanna. ¿Puedes venir? —preguntó desde el pasillo, al otro lado de la puerta.

—Sí, ahora mismo voy, Ewan. —Dejó caer su espalda sobre el firme colchón acariciando sus labios en un intento de retener el sabor de los besos de su difunta alma gemela, los cuales Ewan había manchado en el barco cuando se atrevió a besarla; ella lo había rechazado poniéndole los puntos sobre las íes.

De pronto, se enojó con una tremenda exageración, invirtiendo por completo el rumbo de sus pensamientos. Se odiaba a sí misma por permitir a Ewan tan siquiera rozar sus labios, besándola no sólo una, sino dos veces hacía más de un año. Y peor aún, se encolerizó con Dorian por haberse marchado abandonándola a merced del umbroso tormento que no parecía acabar jamás.

«¿Cómo se le ocurrió ir a surfear si estaba molesto conmigo? No logró concentrarse en la tarea y se estampó contra un peñasco, o el golpe de su cabeza causado por aquel violador le originó un

malestar. ¿Cómo ha podido dejarme sola después de lo difícil que resultó estar juntos? ¿Cómo se supone que he de rehacer mi vida, si ni siquiera deseo que nadie me toque? ¿Cómo? ¿Cóóómo?», rezongó tan afectada como el día que Ewan la besó, si bien aquel día terminó con una sonrisa...

—¡Que sea la última vez que te tomas estas confianzas, o no volveremos a vernos! —había protestado con brusquedad entretanto se levantaba de su asiento en el barco—. Ahora llévame a casa. Es suficiente por hoy —exigió sin conceder ninguna réplica.

Al llegar a casa aquel día, apenas se detuvo a saludar a Byron. Embriagada de enfado se dirigió a la puerta de sus vecinos. Llamó al timbre y, sin aguardar a recibir la coloquial bienvenida, le preguntó a Cameron, de pie sosteniendo el pomo de la puerta, dónde podía localizar a la traidora; Megan.

—Está descansando en el dormitorio. ¿Qué pasa, Cloé, pareces fuera de ti? ¡Está enferma! —gritó abrumado ante la ira de la joven, quien subía las escaleras para acceder al dormitorio de matrimonio.

—¡Megan, cómo has...! —se disponía a avasallarla y sonsacarle la verdad. ¿Quién le había hablado de Dorian? ¿Y quién era ella para revelar los detalles de su pasado a Ewan?

—¡Estoy embarazada! —se ufano, los ojos rebosantes de gloriosa felicidad, pese a su patente malestar.

—¡No es verdad?! —Corrió precipitada hacia la cama saltando sobre ella para abrazar a su amiga, olvidando su monumental enfado y su propósito inicial—. ¿Estás embarazada? ¡Megan!

Y así había sonreído por primera vez desde hacía más de siete meses. La noticia del embarazo de Megan le había devuelto no sólo la sonrisa, sino una brizna de vida.

## Capítulo 51

A través de cada excursión, paseo o descubrimiento interesante, Cloé compartía noticias en el grupo de chat que había creado para tal fin, dado que había renunciado a actualizar sus redes sociales desde la desaparición de Dorian. Nunca más se interesó por Instagram, Facebook o Twitter, aunque a menudo curioseaba las páginas del abogado para recrearse en sus fotografías y en quién le había comentado qué; una costumbre enfermiza, se podía decir. En esta ocasión publicó en el grupo, cuyos componentes lo formaban Faith, Hailey, Ethans, que continuaba zumbando de flor en flor como una abejita feliz, y Margaret, quien mantenía una relación seria con el doctor Henderson, las paradas de su viaje a la isla de Skye.

El domingo, segundo día en la isla, apenas había inmortalizado recuerdo alguno a causa del sulfurado temporal que ensombrecía la bóveda celeste de la zona. Aun así, recorrieron en coche la ondulada carretera, de una sola vía, que conducía a los escabrosos picos de Quiraing y sus parajes salvajes. Un paraíso sobrenatural de inmarcesible verdor, donde nacían sumos oteros y altozanos, que ascendía hasta cimas de alturas insospechadas. Dieron media vuelta antes de alcanzar sus abruptas cumbres, debido a la inclemencia del tiempo.

Por último, antes de disponer el retorno a Oban en ferri, Cloé se empeñó en trasladarse a Kilt Rock. Desde su elevado mirador se embelesaron con sus imperiosos acantilados de postal. En las paredes verticales de basalto, que semejaban los colores de un *kilt*, se arrojaba al mar una cascada, de unos doscientos metros de caída, al son del ruidoso rumor del viento, que desembocaba del lago Mealt. Enclavado por su grandeza, uno se sentía insignificante, tornándose los problemas menos importantes. Una hebra de paz serpenteó a través del desabrido padecimiento que la joven había acarreado desde su pesadilla ocurrida de madrugada.

—Oye, Cam, ¿al final has decidido fecha para el bautizo de la niña? —preguntó un entrometido Ewan cuando conducían de regreso, acompañados de la asombrosa panorámica del océano.

Cam había pospuesto el bautismo de su hija porque se veía incapaz de celebrar un acontecimiento. Buscó la reacción de su amiga, quien se pinzaba los labios, en la parte trasera del vehículo junto al capazo de la niña.

—¿Puedes quitar los informativos, por favor? —pidió con cariz exigente, como tomaba por costumbre cuando se avecinaban noticias de actualidad. En su fuero interno la desazonaba aguardar la noticia de la recuperación del cuerpo de Dorian, incluso discurrido un año y medio—. En mi opinión, dado que sale el tema, deberías organizar el bautismo cuanto antes. Esta niña necesita el sacramento de la iglesia —aseveró con la boca pequeña sorteando las avinagradas

miradas de Cam. Desde la muerte de su esposa había perdido toda fe. Por mucho que su madre o que Cloé se unieran para reiterarle que imperaba bautizar a la niña, él se negaba.

—¡Cam! ¡Venga ya! Que hayas dejado de practicar tu religión es una cosa, pero esta niña precisa la protección de nuestro Dios, y bien lo sabes. —Ewan se puso serio, pero al chocar su mirada con la reprobatoria de Cam, ladeó el rostro y oteó por la ventana quitándole ciertos resquicios de circunspección al tema. No obstante, Cloé apercibió su frustración por cómo aprisionaba el volante.

—Soy consciente —musitó apagando la radio y dirigiendo una fingida atención a la carretera.

El bautizo se celebró al fin un mes después, a finales de mayo. Cloé había prestado su ayuda a la madre de Megan y a la de Cameron con los preparativos. La propuesta no la sorprendió cuando Cam le pidió ser la madrina de la pequeña, ya que Megan había insistido en ello en vida. Tampoco le habría molestado no desempeñar esa función, puesto que siempre se consideraría familia de la niña, siempre la cuidaría y siempre la amaría.

Junio abría sus puertas a los largos días de sol, despertándose a deshoras los petirrojos que moraban en los bancos de árboles de la calle Glenmore, así como las gaviotas que revoloteaban sobre las orillas de la bahía y de la pedregosa costa, a escasos trescientos metros de la vivienda de Cloé. Como de costumbre, aquel día acudió a su aburrido trabajo, volviendo a mediodía, puesto que disponía de una hora. Alimentó a Byron y, en lugar de llamar a Margaret, telefoneó a Max, de quien no se había dignado en interesarse aún.

—¡Hola, Max! Perdona que no te haya llamado antes. Entre unas cosas y otras... En fin, no tengo excusa. ¿Qué tal va todo por Londres? —Más que preguntar por la ciudad, se refería al despacho.

—¡Cloé, qué sorpresa más grata! Aquí las cosas... Todo bien, pero cuéntame tú. ¿Te has casado? ¡¿Tienes un bebé?! —

—¿Cómo? ¡No! ¿Dónde has oído tal cosa? ¿Te lo ha contado Lean? Ni estoy casada ni tengo pareja. ¡Y Shanna no es mi hija! Es el bebé de una pareja muy amiga mía. Lean lo sabe.

—¿No eres madre? —su tono reflejaba un aliviado asombro.

—¡No! En todo caso, soy madrina. Shanna es mi ahijada. ¿Por qué tanto interés? —cuestionó extrañada por su insistencia.

—Por nada, perdona mis modales. Ya sabes que los investigadores lo llevamos en la sangre.

—Sí, lo recuerdo. —Se estremeció al evocar sus reuniones con éste y con Dorian—. Bueno, ¿qué me cuentas? Comentaste que pensabas venir de visita. ¿Sigue en pie? En unos días dispondré de una semana de vacaciones. Podrías considerarlo..., si te apetece.

—Oye, pues me encantaría. ¿Lo concretamos?

—¡No sabes cuánto me gustaría!

Así finalizó la conversación. Si bien la sonrisa que había asomado a sus labios se desdibujó

conforme parpadeaba.

«¿Por qué se lo habré propuesto? Creía que me alegraría, pero ahora...» Hablar con Max removía los fantasmas que erraban en el corazón de Cloé. Dirigió sus manos a su frente, peinando su cabello hacia atrás, y, deteniéndolas ahí, negó con la cabeza. «¿Qué he hecho? ¡Lo que me faltaba! Como si necesitara más razones para salpimentar mis pesadillas», deploró. Tras unos meses de calma, los sueños de Dorian habían regresado. Apenas lograba dormir. Se despertaba con el piar de las aves a las cuatro de la mañana, cuando despuntaba el alba, y en vez de acostarse encontrando un armonioso sopor, se marchaba a la bahía a caminar con Byron.

Esa madrugada no fue distinta a las demás. Brincó de un salto de la cama, dio un beso a Byron, sacó la camiseta de los Lakers que atesoraba en un cajón, preservada en una bolsa *zip* para alargar la vida del perfume que permanecía impreso sobre la tela, y la olió. Suspiró paulatinamente, hallando un poco de consuelo, y, tras guardarla, se dirigió a la cocina. Tomó un vaso de zumo de naranja y piña embotellado, postergando su achicoria para después. Subió a su dormitorio y se vistió con lo primero que encontró: unos vaqueros color crema y un suéter a rayas azules y blancas. Agitó el lomo de Byron, que remoloneaba, y le hizo señas con la mano instándolo a acompañarla. Antes de salir, trabó la correa con alargador al collar del animal y se marcharon por la estrecha calle de asfalto desgastado, entre los frondosos boscajes de arbustos, flores silvestres, helechos y árboles. Avanzaron por el camino a través de las espesuras que escondían casas individuales sumamente coquetas. Empezó el rumbo a la bahía por la bifurcación, donde la vía se ensanchaba y desde donde se podía percibir el rumor de las aguas, así como el salobre olor que portaba la brisa. Descendió por la leve pendiente hasta que las copas de los árboles clarearon. En menos de cinco minutos había alcanzado los guijarros que cubrían la orilla. Dio cuerda a la correa de Byron para que olfateara a sus anchas. Contempló su entorno, examinando la similitud de la calle por la que había venido caminando con otra que se situaba en el barrio residencial de Dorian. Recordó, como tantas otras veces, el paseo que habían emprendido aquel fin de semana, tras la divertida ducha...

En el selecto distrito donde habitaba Dorian, cada nueva casa que había descubierto Cloé parecía más grande que la anterior. Sus manos enlazadas, la joven creía hallarse en el paraíso.

—Byron no cabe en mi Aston. Creo que me tocará comprar un todoterreno. Me vendría bien para transportar mis tablas de surf, además. Y será más cómodo si nos apetece recorrer Inglaterra los fines de semana. —Sonrió hechizado por cómo le observaba ella.

—Si te he entendido bien, ¿pretendes hacerme trabajar toda la semana contigo y secuestrarme el *finde*, para llevarme a lugares desconocidos en un todoterreno? ¡Es sospechoso, *buen señor!* ¿He de preocuparme? —bromeó.

—Sí, has de preocuparte, porque pienso secuestrarte cada día durante... mucho mucho mucho tiempo. —La tomó entre sus brazos, una sonrisa imborrable, los ojos inundados de pasión. La colmó de besos de idolatría...

Cloé suspiró con mortificación. Las alusiones a Dorian turbaban su vida. Mientras se acercaba a la orilla de la pequeña bahía divisó en el cielo, entre las colinas de la isla de Kerrera, un águila marina acechando su desayuno. Buscó la presa en la cercanía, distinguiendo dos focas. De cuando en cuando se las encontraba al recorrer los parajes, pues les agradaba tomar el sol en la superficie de las rocas o de los escollos. Las focas y demás animales marinos abundaban desde mayo hasta septiembre.

Se agachó para acariciar el liviano oleaje que lamía las guijas. Aun discurriendo el mes de junio, la temperatura se advertía fría. Malogró su intención de evitar que sus pensamientos reaparecieran zambulléndola en las profundidades de Bantham Beach.

«Cuando me miraba, de sus ojos recibía el reflejo de la mujer que era en realidad. Él lograba que mi verdadero yo aflorara», el dolor laceró su corazón.

Ella, que siempre había mantenido la certeza de nunca albergar un amor como ése, cuando se presentó la posibilidad de ser feliz se le deslizó entre los dedos como el agua que acariciaba en ese instante.

Sin Dorian, jamás volvería a conocer un amor verdadero, ni el romántico ni ningún otro, pues mientras sus dedos surcaban las espumas que empujaban las olas, prometió con solemnidad mantener el celibato de por vida.

A un océano de distancia, no obstante, había hallado un ápice de alegría y de paz: Shanna, por quien sentía gran veneración.

A un océano de distancia se había marchado para sanar, sin intenciones de regresar algún día a Inglaterra. La cicatrización de su alma y de su corazón nunca llegó, pues la huella que había grabado a fuego Dorian Gardiner jamás se desdibujó.

—Siempre te amaré, Dorian.

## Diario de un naufragado

Destrozado, penetró en su casa, cerrando la puerta tras de sí con inquina. De semejante manera arrojó sus llaves sobre el mueble del recibidor.

Había conducido desde la galería como alma que lleva el diablo, el corazón atestado de furia. Sus ojos nada veían de la carretera, sólo rememoraba las imágenes que acababa de presenciar. Una pedida de mano, pero no cualquiera. El acérrimo de Charles se había arrodillado ante decenas de ojos curiosos. Sujetaba la mano de Cloé, y luego le pasaba un anillo al dedo, ¡y qué anillo! De oro blanco con un señor pedrusco en la montura. Como todos los ahí presentes, había esperado la respuesta de Cloé. Retenía el aire en los pulmones, arredrado por si Cloé cambiaba de opinión y, en lugar de dejar a Charles, se comprometía con él. El temido momento llegó, segundos más tarde, aunque a él le pareció una vida de eterna agonía. Vesánico al oír un sinuoso sí, tomó la salida y caminó bajo el diluvio, aunque poco le refrescaba las ideas. Se marchó como un perro abandonado, el semblante inefable. Sólo el fulgor de su mirada reflejaba su torturada alma. A medida que avanzaba, reparó en una voz. La voz de la mujer por la que latía sin mesura su corazón, ahora sangrante. Se detuvo cuando ella usó su nombre por segunda vez. Cerró los ojos al resonar en sus oídos esa deliciosa voz que acariciaba su nombre cada vez que lo pronunciaba. Tanto tiempo había ansiado que le llamara de tal modo, en lugar de Mr. Gardiner.

Tras dos días sin apartarse de su lado, habiéndose adentrado Cloé en lo más hondo del ser de Dorian, le arrebató cuanto él ignoraba necesitar. Desde la adolescencia tardía, conservaba y nutría un estúpido dogma: no casarse jamás. Sin embargo, Cloé había echado por tierra sus convicciones. Nunca se casaría, ni con ella ni con nadie, eso no había variado, si bien tras esos dos días, ya que sólo dos días le hicieron falta, consideró una vida junto a la joven. Resolvió que deseaba pasar sus años restantes compartiendo con Cloé cuanto podía ofrecerle. Así le transmitió a ella una poco habitual propuesta de no matrimonio, o antipropuesta. Bajo la lluvia, aguardó una sola palabra de la joven que nunca floreció de sus labios. Aguardó, fustigándolos la tempestad, agolpándose con aplomo sobre sus rostros desde un cielo negro como el tizón. Aguardó hasta desgarrarse el corazón. Unas lágrimas inundaron sus ojos, mas nadie se habría dado cuenta, pues se mezclaban con las gotas que caían de las borrascosas nubes. La abandonó ahí, en medio de la acera, en plena tormenta. Caminó a toda prisa tras decirle que podía considerarle el hombre más infeliz del mundo. Así se sentía; infeliz, traicionado, completamente roto.

Byron galopó hacia él en cuanto encendió la luz general; siempre mantenía prendidas unas cuantas lámparas de apoyo en su ausencia.

—¡Hola, chico! —Una lágrima se le escapó por el rabillo del ojo derramándose sobre su mejilla y perdiéndose luego entre el vello de su barba—. Vamos, necesito una copa. —Friccionó la cabeza del gran danés con ternura. Su tono exteriorizaba su melancolía aun así.

Avanzó, encogido de hombros, hacia el bar oculto tras la puerta de un mueble. Se sirvió y bebió de un trago, rellenando luego su copa. Dirigió sus pasos hacia el sofá, donde se sentó. La cabeza de Byron, presintiendo que algo iba mal, se acomodó sobre las piernas de su dueño.

—Tanto temía enamorarla para evitarle un sufrimiento si lo nuestro abocaba en nada. No pensé en mí cuando al poco de conocerla me enamoré de ella. ¡Mírame ahora! ¡El que siempre huía del amor! —Acarició las orejas del perro—. ¡Qué diantres! ¿A quién pretendo engañar? Nadie escapa de los sentimientos, por mucho que intente protegerse —reconoció atragantado—. La hemos perdido, Byron. —Contempló los ojos caídos del gran danés—. Me ha roto el corazón —farfulló y bebió—. Por primera vez en mi vida, me han roto el corazón. —Rechinó los dientes. Cruzó una mano por detrás de su cabeza y, apoyándose contra el respaldo, resopló expulsando el pesado aire con desolación. Fijó el techo sin mirarlo en realidad, más bien meditaba sobre cómo actuar tras los calamitosos acontecimientos—. ¿Sabes? Creo que necesito descansar. Mañana me levantaré pronto e iré a surfear. Sí, me ayudará a aclarar la mente. Eso haré. —Restregó una mano sobre su rostro, en pos de despejarse las ideas. Se inclinó hacia la mesa baja posando ahí su copa, se levantó y subió a su dormitorio.

Un acedo dolor le flageló el pecho cuando se tumbó y olió el aroma de Cloé, perduraba en las sábanas, en la almohada. Desde que abandonó la exposición, había percibido una presión constante sobre sus pulmones, y ahora se intensificaba tornándose la respiración trabajosa y luenga. Sólo su perfume bastó para que la añorara todavía más.

Le costó conciliar el sueño. Cuando el despertador sonó a las cuatro de la mañana, creyó que acababa de dormirse. En cuanto ingirió una larga taza de café, pertrechó el coche con unas bacas en el techo, donde amarró una de sus tablas, protegida con una funda rígida. Eligió un traje de neopreno entre su Quiksilver 5/4/3 <sup>1</sup>, su Rip Curl 6/4 y su Hurley 5/3, optando por el primero, así como todo lo imperioso para surfear en invierno; escarpines, guantes, frutas, líquidos, toallas...

A las cinco menos veinte, la noche aún encapotada, se despidió de Byron después de llenarle sus recipientes de agua y comida. Le prometió volver sobre las cuatro de la tarde. Discurrían cuatro horas y media de ruta entre Londres y Bantham Beach, situada a una hora de distancia de la conocida Plymouth. La ciudad costera se hallaba en el sudoeste de Inglaterra, en el condado de Devon.

Una vez que llegó allí, a las nueve menos diez, ponderó si mandarle un mensaje a Cloé. Meditabundo, examinó su teléfono desde todos los ángulos posibles. Al final, tras intentos vacilantes, zanjó diferirlo para más tarde, quizás ella tomaría la iniciativa y lo llamaría. Por lo pronto, guardaría su móvil en la guantera, surfearía un par de horas y, a su regreso, tomaría la decisión oportuna. Se cambió de ropa, enfundándose en su traje último modelo, y en sus chanclas. Luego se abrigó con una sudadera. Cambió la llave convencional del coche por un duplicado que

sólo abría la puerta y se la colgó del cuello con un cordel negro, introduciéndola dentro del neopreno. Desenfundó su tabla marca Firewire, la colocó bajo su brazo y tomó su mochila. Mientras transitaba a pie por un pasto colmado de verdor, reservado para estacionar los vehículos, su teléfono sonaba dentro de la guantera al recibir un mensaje de Cloé. Unas dunas separaban dicho aparcamiento de la playa, donde desembocaba el río Avon. La brisa marina anunciaba la cercanía del mar, el canal de la Mancha. El sol resplandecía bajo, dadas las horas. Las aguas irradiaban con mil reflejos cual diamantes, y producían hermosas olas, aunque no tan altas como Dorian ansiaba. En la orilla abrió la pequeña mochila donde reservaba los alimentos, los líquidos, las toallas y sus accesorios. Enceró la tabla requiriendo unos minutos dicha tarea. Sacó sus guantes y sus escaarpines, parejos a unos calcetines con suela. Descalzó sus chancas para ponérselos, al igual que los guantes. A ciertos grados, toda prevención era poca y necesaria, dado que ahí la temperatura del agua alcanzaba los dieciséis grados a finales de octubre. Bebió unos sorbos de agua mientras vislumbraba la lejanía, reemplazando la imagen de Cloé por la del océano; hasta la fecha nunca le había defraudado. Buscó con atención las zonas de *spot*<sup>2</sup>. Retiró su sudadera, tirándola sobre la mochila, recogió su melena en un moño desordenado y se acomodó la capucha, parte integrada al traje. Avanzó hacia las aguas infinitas atrayéndole la inmensa paz que en cada ocasión le proveía. Se colocó el *leash*<sup>3</sup> al tobillo y atravesó las pequeñas olas que lamían sus pies con blancas espumas. En cuanto sus rodillas estuvieron sumergidas, se subió a la tabla, tumbándose boca abajo sobre ella. Su cuerpo bien entrenado y habituado se activó, reaccionando por inercia. Sus brazos, más fuertes cada día por sus laboriosos ejercicios matutinos, remaron con ahínco, como si en cada brazada se despojara de un mal recuerdo. Se distanció quinientos metros de la orilla de la playa, luego seiscientos, luego setecientos, y se sentó sobre la tabla, a la espera de una buena ola.

Apenas cogió cuatro olas; de las normales, nada del otro mundo. Sin embargo, aquel día necesitaba adrenalina, ambicionaba surfear magnos oleajes. Nuevamente sentado sobre la tabla, la espera se hizo eterna. Escudriñó las condiciones de su entorno, analizando de dónde provenía el viento *maral*<sup>4</sup>, puesto que donde se encontraba él, jugaba en su contra un viento terral. El temporal le indicó que se dirigiera por detrás de Burgh Island, un islote en cuyos terrenos habían levantado un hotel. Allí, a tres kilómetros de suelo firme, descubrió su felicidad. Durante una hora surfegó sin cesar, logrando maniobras aéreas, giros de 360 grados, unos fantásticos *bottom turn* y *cut back*, giros en la parte más baja de la ola y giros radicales, encarando las cremosas y efervescentes espumas, respectivamente.

Sin embargo, transcurrida esa hora, unas ráfagas de viento revolvieron el mar, picándolo en esa zona y agrisándolo unas compactas nubes, las cuales se acercaban encapotando el cielo con mucha presteza. Para distanciarse del peligro que suponía cuando las olas rompían contra los arrecifes y peñascos que cercaban Burgh Island, se adentró un poco más, hasta abandonar las corrientes de aire. Pero no había contado con las corrientes marinas, que dificultaban mantenerse en el *spot*. Ávido de temeridad, pues era su manera de olvidar a Cloé, se dispuso a deslizarse por alguna ola

más y luego regresar a la playa. La tormenta empezaba a coger fuerza. La primera ola fue magnífica, hormigueándole las entrañas al remontar el pico para hallar la siguiente, que le supo aún mejor al adentrarse en un perenne tubo, con el que tanto soñaba. No obstante, cuando surféó la tercera, la fuerte pujanza del viento junto con la velocidad de la resaca lo tiraron.

Al iniciar el pato, una técnica que consiste en sumergirse con la tabla para soslayar los arrastres de las olas superando éstas para alcanzar las rompientes y volver a deslizarse sobre ellas, un remolino lo impulsó en contrasentido hasta el fondo de una oquedad. La tabla se partió en dos, no sin antes golpearle la cabeza dejándolo gravemente aturdido. Logró acceder a la superficie y sujetarse a la mitad restante, por cuyo tobillo estaba unido con el *leash*. Las aguas agitadas, formándose una marejada, y las resacas le arrastraron mar adentro. La adrenalina le brindaba vigor, si bien le aterraba desmayarse o ahogarse. Hallarse solo, en mar abierto, con una tempestad de tal magnitud horripilaría al más valiente de los hombres. El corazón le palpitaba desmedido. Apenas obtenía unos segundos para respirar cuando sacaba la cabeza fuera del agua. Las olas rompían contra él anegándolo por completo. Supo entonces cuál era el verdadero rostro del miedo, el que hiela la sangre y roba el hálito mientras se mira a los ojos del ángel de la muerte. Casi le costó la vida mantenerse a flote, antes de perder parcialmente el conocimiento. Resistió hasta que la tormenta amainó y se alejó, reduciendo el número de olas endemoniadas que lo azotaban e intentaban hundirlo. Las poderosas corrientes lo zarandeaban aun así, conduciéndolo tan lejos que perdió la tierra de vista.

El repiqueteo de la lluvia sobre la parcela de tabla a la que se afianzaba lo espabiló. Penosamente recordaba lo ocurrido. Le dolía la cabeza, tanto que ni osó hurgarse la herida, ubicada en el hueso occipital, cubierta por la capucha. A esto se sumaba el golpe que un violador le había propiciado días antes; le ardía. Se sentía muy mareado. ¿Dónde se encontraba? Parpadeó, oteando hasta donde sus ojos alcanzaban; la mejilla adherida a la única superficie palpable y estable. De haber divisado la costa, habría sorteado las corrientes nadando perpendicular a ella, pero el suelo firme, los peñascos y los sotos de las colinas se habían eclipsado. Perdió el conocimiento, y así una y otra vez hasta adentrada la noche.

—Cloé —balbució, incoherente, evocando el rostro de la joven, risueña. Sus palabras le despertaron.

Tiritaba con espasmos reiterados. Sus dientes castañeaban. Los labios azules, cortados, notaba mucha sed. El resplandor de la luna creciente, casi en su cenit, le otorgaba a su tez lívida un aspecto espeluznante. Por lo pronto, habían cesado las borrascas, dándole tregua. Cada vez que el mar encrespado le había volcado hacia las profundidades, había despertado de su somnolencia, luchando por no ahogarse. Ya se había tragado un tercio de la Mancha.

En un lapso de lucidez agradeció haber escogido su traje 5/4/3, el cual incorporaba unas

magníficas características; rápido secado, forros con células de aire para mantener el calor, óptimos sellados para prevenir la entrada de agua y un sistema para repeler el viento. Las trescientas cuarenta libras mejor gastadas, en su opinión, para un neopreno capaz de soportar temperaturas entre ocho y trece grados. La fría noche, aun así, barría vientos que le helaban la nariz y los párpados, escociéndole los ojos. Otro factor se añadía a las condiciones de la intemperie: tiburones. Ninguno había advertido, pero en esas aguas oscuras y solitarias, por donde nadie parecía navegar a deshoras, moraban peces y medusas. Confiaba que el chapoteo que escuchaba a ratos no perteneciera a un depredador.

Antes de la llegada de cualquier otra inclemencia decidió cambiar el *leash* de lugar, colocándoselo en la muñeca, y dio varias vueltas a la cuerda alrededor de su antebrazo, liberando menos espacio entre él y el resto de tabla por si se desmayaba.

«¿Por qué me habré empeñado en surfear detrás de Burgh Island a sabiendas de las corrientes y de cómo se rompen las olas? ¡Puñetera testarudez!», se reprochó ofuscado, trepidando de frío.

Perdido en medio de la nada, sin rumbo, la boca seca, la piel húmeda, ponderó que si no salía de ésta, la razón apuntaría hacia el ataque de un tiburón, o se lo tragaría el océano. De un modo u otro, previamente pillaría un buen resfriado. De no ser por los escaarpines y los guantes, ya estaría congelado.

Cuando sus ojos lograron abrirse de nuevo, notó su cuerpo agarrotado y su mente borrosa, sin noción del tiempo. «¡Un momento! Mi reloj», lo ojeó creyendo leer las dos y treinta y ocho. «¿De la tarde?», de la madrugada. Le suponía un sobreesfuerzo aclararse. En el horizonte, no muy lejano, apercibió unas tenues luces. ¿Un barco? «¡Claro! Rutas marítimas entre Inglaterra y países vecinos», empuñó el extremo de la tabla con una mano e intentó levantar la otra, mientras su busto y su cabeza reposaban inmóviles sobre ella.

Trató de gritar con fuerza, pero sólo emitió un trastabilleo casi insonoro. Carraspeó, le ardía la garganta a causa de la salobridad del agua, que le arrancaba la voz.

Tanto empeño requirió que la tabla volteó haciéndolo zozobrar bajo el agua. Su afán de supervivencia le empujó a nadar hasta la superficie, atragantándose con ello. El mar en calma, no obstante, le permitió asir la tabla y tumbar el torso sobre ella. Durante horas le consumió un pánico agónico ante la truculenta posibilidad de sucumbir a manos de la naturaleza antes de que lo avistara una embarcación.

La noche cedió su lugar al alba. A las cinco de la mañana, de vuelta en el ojo del huracán, las corrientes, como unos ríos submarinos, le impulsaron hacia un rumbo desconocido. Montañas de agua se propagaban por este y oeste, por norte y sur. Salvo mantener la respiración cuando éstas descargaban contra él, derribándole, nada podía intentar. Temía perecer en un mar embravecido, cuyas aguas misteriosas le hacían naufragar. Le horrorizaban las monumentales crestas irguiéndose en la superficie. El viento bramaba enfurecido y parecía pugnar con las lenguas marinas, atrapando a Dorian de por medio. Luchaba por zafarse de su óbito, que se acercaba a galope. El rostro de Cloé, patente en su mente, le auxiliaba a seguir dispuesto a no rendirse, a sobrevivir.

A media mañana, un ferri semejante a un crucero atravesaba el mar a menos de un kilómetro de su ubicación. Aun alzando una mano no llamaría la atención. Hilvanó un plan; bogar en dirección al barco y, aunque no se acercaría a éste en particular, tal vez sí a otro, suponiendo que ésa era una ruta de navegación. Se propulsó con las piernas y un brazo, agotándose al instante. Se mortificó al comprender que había consumido toda fuente de energía.

Sobre las tres y media de la tarde, los rayos de sol penetraron entre las nubes y se reflectaron sobre el mar, dotando de calidez a la infinita panorámica cuyo horizonte era imposible de divisar con la mirada. Los azules se intensificaron hasta tonos turquíes. Bajo sus pies, nada se advertía salvo la huella de la oscuridad. Pávido por su desidioso estado, y sin más embarcaciones avistadas, asumió que nada lo salvaría. Aguantaría cuanto su cuerpo se lo permitiera, pero la cuestión no contemplaba cómo moriría, sino cuándo. Entonces la brisa portó consigo una voz, una voz cargada de amargor y espanto.

—¡Doriaaan! ¡Doriaaan! —oyó como si el grito franqueara cientos de kilómetros. Se trataba de Cloé, sin duda.

«Mi Cloé, estoy aquí. ¡Estoy aquí!», pensó o farfulló en una modulación inaudible. Todo apuntaba hacia un espejismo, si bien le transmitió suficientes fuerzas y determinación para aferrarse a la vida. Perseguía el sueño de volver a los brazos de su alma gemela y decirle cuánto la amaba. Ahora que había saboreado los placeres del amor verdadero, no soltaría el bocado fácilmente. Aprovechando la quietud del mar, cayó en un sopor que la lluvia alteraba a ratos al precipitarse sobre su rostro.

A lo largo de la tarde sus esperanzas fueron recompensadas, ya que agudizando el oído percibió unas hélices o un motor que provenían del aire. Movié los dedos y gritó, sacando fuerzas de lugares insospechados y recónditos, los cuales atesora el inconsciente. Su voz, sin embargo, le castigó la laringe, llegando a toser sangre. Al menos con su acto de intrépida voluntad había entrado en calor; un calor efímero, pues poco duró. Rezaba con ansias para que sobrevolaran su cabeza, de noche resultaría imposible distinguírle; de día ya se convertía en una labor improbable, puesto que la tabla blanca irradiaba como una ola entre tantas otras. La avioneta se hallaba a la distancia, tan lejana que nadie alcanzaría a atalarlo. Un sentimiento de impotencia y de pánico le sobrecogió cuando la avioneta se empequeñeció entre las plomizas nubes. ¿Nadie le rescataría?

Conservaba la fe, dado que existía entre Plymouth y Calais, o Plymouth y Roscoff en la Bretaña francesa, una ruta donde los barcos navegaban a diario, portando pasajeros de un puerto a otro. Incluso de Plymouth a Santander o a Bilbao, en España. Alguien le descubriría, alguien le socorrería, tanto al este como al oeste de la Mancha, dependiendo de lo lejos que hubiera llegado y hacia qué punto cardinal hubiera naufragado; lo ignoraba. Había perdido todo sentido de la orientación.

No obstante, su optimismo se redujo a cenizas cuando, antes del ocaso, una lancha pasó a unos cientos de metros de él, sin advertirle. Gritó en sus adentros, furibundo. Vivía una pesadilla que no parecía acabar nunca.

No había avisado a nadie indicando dónde se dirigía. Rozaba lo absurdo. Nunca avisaba, de no ir con amigos. «¡Estúpido! ¡Necio! ¡Inepto!», y mayores vejaciones profirió sobre su ser. «Sólo me queda confiar en Max.» Max lo localizaría, era el mejor investigador que conocía. Sí, confiaba en los dones de Max. ¿Y Cloé? De no verlo aparecer en el bufete por la mañana informaría a alguien, quizás a las autoridades, a Max, a su padre... A menos que discerniera sobre la ausencia del abogado y comprendiera su necesidad de soledad. ¿Y si se casaba con Charles? ¿Y si poco le importaba su desaparición? ¿Ella ayudaría a Max a rescatarlo?

Solo en un sempiterno y álgido universo azul, sus preguntas le conferían un estado de alerta. En una situación extrema, la mente nunca descansa, investiga mil y una formas de salir con vida. Nunca se aburre.

Conversaba consigo mismo constantemente, o con el espectro de Cloé que había creado su imaginación. Lo mantenía consciente y a salvo.

La noche había caído, robándole su soberana corona al sol. Imploró a su Dios todopoderoso alejar las nubes y la lluvia. En el firmamento otra tormenta proyectaba unos escalofriantes y atronadores rayos, haciendo estremecerse de pavor a Dorian, debido a que el agua, conductora de la electricidad, le freiría en un santiamén si uno le fulminaba. Dio gracias, la tormenta no le alcanzó, aunque pasó cerca. La hipotermia aumentó, no obstante, por muchos masajes que procuraba proporcionarse en los brazos y en las piernas, ateridas, traspasándolo unos desgarradores calambres. El álgido aire se clavaba en la piel como cuchillos afilados. Los pulmones fatigados recibían las inhalaciones trabajosamente. Su boca, pastosa. Su lengua, lacerada con decenas de llagas debido a la sal que corroía la piel y las mucosas. Advertía una sed como jamás había experimentado y un hambre voraz, aunque por otra parte notaba el estómago cerrado y un malestar gástrico. Percibía cada partícula de su ser lastimada, sobre todo la cabeza, ahí donde se había golpeado antes de dividirse la tabla. Se desafió a sí mismo impidiéndose dormir y perder la tabla, la cual implicaba su única salvación. Congelado, rendido de cansancio, sin embargo, sus párpados se cerraban. Cuando reparaba en su breve letargo y se desvelaba de un sobresalto, contemplaba las estrellas de reojo con el fin de orientarse, en vano; ya ni conseguía ladear la cabeza, adosada a la tabla.

Las hostiles horas discurrieron y su cuerpo cesó de responder. Apenas lograba mantenerse despierto, el flujo de pensamientos se evaporaba con un turbio ciclón de tenebrosidad. «¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?», cuestionaba, y, poco a poco, acopiaba hebras de raciocinio que le devolvían a su particular infierno terrenal. Acongojado, entendía que llegaba su fin, se desvanecía lentamente. Nadie lo salvaría.

Bien entrada la noche, o la madrugada, admitió que no aguantaría mucho más, tal vez una hora, tal vez minutos. Apenas notaba los dedos de sus manos, y menos su nariz o sus pies, que pesaban como piedras. Los perfiles de las formas se desdibujaban a causa de la visión borrosa. Todo estaba perdido.

«¿Dolerá? ¿Qué sensación se percibirá? ¿Qué sucederá después de abandonar mi cuerpo?» La

aprehensión a la muerte le acobardaba. Su cuerpo se hallaba paralizado, ya no experimentaba el dolor, aunque su mente seguía operando, exagerando el terror de abandonar el mundo. En su último hálito meditó sobre cuán hermosas y divertidas se observan las resplandecientes aguas desde la orilla de la playa, o sobre una tabla cuando posees la certeza de regresar a algún lugar tras aburrirte o cansarte, y cuán espeluznantes se tornan cuando, solo y extenuado, mecido por las tinieblas, recibes incesantes señales de tu mente asegurándote la muerte.

Su último pensamiento, sin embargo, lo dedicó a Cloé y a sus preciosos ojos grises, a la ternura de sus labios, la bondad de su alma, pensó en cuánto la amaba y cuánto se perdería de su existencia. Habrían podido ser felices los dos.

—Cloé. Te quiero, mi Cloé... —destrabó el *leash* de su muñeca y se deslizó por la tabla, luego desapareció.

Una mano revolvió las aguas, capturando a Dorian a la sazón. Alguien estiraba de él y lo hacía emerger a la superficie. Lo mantuvo a flote mediante un primitivo salvavidas por cuyo agujero introdujo su cuerpo.

Antes de responder a la llamada de los abismos, nada había advertido Dorian cuando la lancha se acercaba a él con sigilo, dado que su capitán evitaba espantar la pesca con el ruido de los motores. En cuanto el hombre hubo detectado la figura del náufrago, confundiéndolo con un pez de buenas a primeras, perturbó el silencio con unos afanosos bramidos.

—¡Aguanta, chico! ¡Aguanta! —entonó con alteración.

Sumido en una pesadilla de la que no despertaba, Dorian había cesado de respirar, deteniéndose su corazón. El hombre nadó hacia su barco, desde el cual había saltado, cabo en mano, para socorrer al muchacho. Antes de abordar su embarcación, ató el cabo en torno al pecho del fallecido. Subió con urgencia las estrechas escaleras y, una vez arriba, en la cubierta estribor, amarró el cabo a una polea mecánica, la cual remolcó a Dorian fuera del agua, hasta descollar su cabeza sobre la barandilla. Apagó el motor del sistema de polea y se apresuró en desanudar el cabo y colocar al muchacho sobre el suelo. Retiró el salvavidas con premura y se dispuso a emprender las pertinentes maniobras de reanimación.

—¡Quédate conmigo, muchacho! Venga, despierta. ¡Despierta!

Helado y empapado, sus prendas desaguaban sobre Dorian, que se resistía a resucitar. Arrodillado a su lado, pellizcaba la nariz del joven mientras le transfería aire a sus pulmones estirando de su barbilla. Sucedió unos instantes, orientó las manos sobre su pecho y ambicionó reanimarle con masajes cardíacos. El tiempo discurrió cual eternidad ante sus ojos. Cuatro minutos transcurrieron antes de manar por la boca del náufrago el agua que encharcaba sus pulmones. ¡Tenía pulso! ¡Por fin!

—¡Muy bien! Échalo todo, ea. Échalo, muchacho. ¡Estás vivo! Vaya susto *m'has* dado, rayos. —Cayó sentado sobre el suelo—. ¿Puedes oírme? ¿Cómo te llamas? ¡Atiéndeme!

El capitán percibía los latidos de su corazón y observaba su pecho hincharse y soltar apagadas exhalaciones. Le había salvado, sí, pero no se repondría si no le conducía a una clínica cuanto antes. Se apresuró en alcanzar la cabina mientras se desprendía de su chubasquero.

—Aquí el... ¿Hola? ¿¡Hola!?! —comenzó a solicitar la ayuda, pero reparó en la avería de la radio—. ¡No fastidies! ¡A qué buena hora vas a darme la lata! —maldijo. Días precedentes, el sistema se había estropeado, yendo y viniendo la señal a placer.

Al comprender que nada conseguiría, arrastró el cuerpo del joven hacia la timonera interior, le desvistió rasgándole el traje de neopreno y lo arrebujó en unas mantas que apilaba en un armarito. A su vez, se quitó la ropa y se envolvió en una chaqueta de punto, la cual colgaba de la silla alta que presidía la cabina. Poniendo a prueba su recién adquirido motor, puso rumbo a la costa, a unos cincuenta kilómetros de distancia, a unos noventa y tres nudos. En repetidas ocasiones trató de comunicarse con las autoridades costeras, sin suerte.

—¡Viejo carcamal! —se tildó, alborotado, por no reparar la radio—. Ea, que aquí no muera —rezó a su manera el pescador de peculiar deje—. ¡Por las barbas de Neptuno, que me traerá mala ventura!

Cuatro horas de travesía, si no más, les aguardaban, aun surcando los mares a toda potencia. La proa cabeceaba balanceando a los dos tripulantes, uno desfallecido y el otro demasiado mayor para semejantes sobresaltos. Con sesenta y cinco años, y toda una vida en el mar, su veterano corazón sufría ciertos achaques de cuando en cuando.

—Por fortuna cambié el motor hace poco, ea. Eso te brindará una oportunidad, muchacho. Además se te ve *fortote*<sup>1</sup>. ¡Aguanta un poco más! —exigía cuando Dorian balbuceaba, tosía o jadeaba.

Se dirigió al único lugar provisto de medios necesarios para atender al superviviente. El único lugar conocido cerca de donde habitaba. En momentos de tanto pánico, sólo un nombre le rondaba la mente: M. Pascal Le Bousse. El avezado médico y buen amigo Pascal acababa de jubilarse, mas un docto como él sabría qué hacer y qué medidas tomar.

Al borde de la muerte, Dorian luchaba en su fuero interno por sobrevivir. Un torbellino de sombras lo martirizaban, atrayéndolo hacia yermos avernos. Inconsciente, desconocía su estado. ¿Vivía? ¿Había muerto? ¿Dónde estaba? ¿Quién era?

—Finalmente tendrá razón la Lola. —Evocaba a la camarera, de gruesa complexión, que atendía su sed de cerveza bretona en el bar de su reducido pueblo—. Tendré que comprar un móvil como esos jovencuelos de hoy día. ¡Modernizarme! ¿Así se dice, no? Sí, sí —asintió imaginando la escena—. Ahí anda Philippe el moderno, dirán. —Sonrió con desgana procurando apaciguar su inquietud.

A falta de unas millas marinas, el latido de su corazón se desbocó. ¿Y si nada conseguía Pascal porque era demasiado tarde? ¿Y si no lograba salvar al muchacho? Presentaba mal aspecto. ¿Sobreviviría?

Capeó las brumas que dormitaban sobre las plácidas aguas, visibles por el orto. Su reloj anunciaba las ocho de la mañana. Apercibió las nobles tierras de su isla a escasas millas. Los tonos esmeraldas, castaños y rojos advertían su proximidad. El muchacho aún respiraba, aunque con esfuerzo. Se figuraba que todo no estaba perdido. «¡A Dios gracias!»

En el horizonte se acercaba la tierra firme; un dominio sin protuberancias ni desniveles; Île-Molène. Soltó amarras y, precipitadamente, fue en busca de su coche y lo aparcó lo más cerca del barco que le permitió el muelle. Con sus sesenta y cinco años pesando sobre sus músculos y

articulaciones, aupó el cuerpo inerte del muchacho en el maletero del coche, por algún milagro de un santo patrón. A toda prisa, lo trasladó a la antigua consulta de Pascal.

—¡Pascal! Soy yo, Philippe. ¡Abre! Es importante. ¡Apresúrate, hombre! ¡Pascal! ¡¿Ea, ya vienes?! ¡Rayos, cómo tardas! —rezongó aporreando la puerta de la casa.

—¿Qué ocurre, Philippe? —Asomaron unos bigotes blancos a la ventana del primer piso—. ¿Has perdido el norte, acaso? —Se desperezaba el hombre, vestido con su pijama a rayas azules y su bonete de noche.

—No hay tiempo, llevo un pez medio muerto en el maletero. ¡Baja!

—¿Un pez? ¡Chocheas! Estoy retirado, ¿recuerdas? ¡Pa qué quieres salvar un pez? ¡¿Que la Lola t'ha servido mucha cerveciña?! ¡Atontao, vete a casa!

—¡Oh, no me irrites, hombre! —reprobó—. Tú ven y mira lo *qu'he pescao*. ¡Venga, venga! —Se acaloró.

—¡Por Neptuno! ¿T'has vuelto loco? ¿Qué pretendes que haga con él? —Con los ojos fuera de sus órbitas, su tez se tornó tan blanca como su cabello en cuanto descubrió el cuerpo en el maletero.

—¡Pos cúrale, obviamente! —prorrumpió.

—¡Cáspita! Metámoslo en mi consulta, lo trataré, pero no prometo *na*, ea.

—Haz cuanto puedas, hombre. Si muere traerá mala suerte a mi barco.

—Mala suerte, mala suerte —repitió con protesta mientras sacudía los bigotes—. ¿Y tus pantalones? —Punteó hacia sus piernas desnudas.

Avergonzado cuando menos por sus pintas, apretó las piernas rechinando sus botas de agua al comprimirse la una contra la otra.

—Me tiré al agua *pa* rescatarlo. —Alzó los hombros.

—¿Tú? —Señaló con un dedo—. Eso sí que no lo creo. —Puso en tela de juicio la capacidad de sus facultades un tanto marchitas y su aptitud, que menguaba con los años.

—Lo que yo te diga, ea. Así ocurrió, me tiré al agua *pa* rescatarlo. Incluso le hice la ICP esa.

—Dirás la RCP<sup>2</sup> —corrigió el médico con ademán de contrariedad.

—¡Sea, sea! —Clavó la vista al suelo.

El médico se adentró en su casa de dos plantas y salió por la ancha puerta barnizada de un tono cielo con celeridad, empujando una camilla de metal. Entre los dos acomodaron ahí al desfallecido.

—Respira, pero debiste llevarlo a un hospital. ¿No avisaste a la guardia costera? ¿Dónde le encontraste? ¡Pecas de majadero, *ma parole*!

—¡No me vengas ahora con interrogatorios! Naturalmente que intenté contactar con ellos, pero mi radio no funciona. ¡Y chitón! Ea, no digas *na*, que veo tus acusaciones en tu añosa mirada.

Ingresaron en una sala tras un diminuto recibidor, en el cual se sentaba la secretaria en su día. Rebuscó en los armarios y cajones de la sala, semejante a un quirófano. Eligió el adecuado

tamaño de aguja, unas bolsas de suero y otros medicamentos, y pinchó la primera vena a la vista que halló y palpó.

—¿No te das cuenta, viejo calamar, de que este hombre precisa de un...?

—¿Pascal, va todo bien? —Se asomó una mujer a la barandilla de las escaleras, desde el primer piso, unida la casa particular a la consulta por un estrecho pasillo.

—Sí, querida, acuéstate. Enseguida voy. Se trata de una urgencia —respondió amilanado.

—¡Qué informen a otro! *T'has jubilao* —emprendió la mujer a reñir a su marido.

—¡Ves lo que ocurre! Ya está la Manon quejándose. Ea, me la voy a cargar por tu culpa —amonestó al pescador—. Bueno, a ver qué tenemos aquí —comenzó el reconocimiento.

Tres días acaecieron hasta que Dorian recobró al fin la conciencia. Acababa de soñar con el rostro más hermoso del universo. ¿Quién era ella?, se preguntaba. Al recorrer con la mirada las cegadoras luces del techo, se ladeó hacia un costado. Le deslumbraban. ¿Dónde se hallaba? El sitio no le despertaba ni una pizca de reminiscencia. En su entorno distinguió unas paredes de visos crema, un mobiliario vetusto, armario, cómoda y mesita baja, sobre la cual brillaba la luz de una lámpara. Movié el brazo, adolorido, quizás por la vía que presentaba su mano, quizás porque sentía en cada músculo y en cada hueso del cuerpo unos pinchazos recurrentes, así como agarrotamiento. Siguió el camino de los tubos hasta un perchero de acero inoxidable de donde pendían unas bolsas de colores cristalinos. ¿Había enfermado? Mecánicamente su otra mano buscó el foco del dolor que palpitaba en su cabeza, muy por encima de la nuca. Al palpar un vendaje, se sobresaltó. ¿Dónde estaba? ¿Qué le había ocurrido? Repitió su mente con signos de alarma. Cuando trató de incorporarse, estiró de los cables que le unían al colgador de metal volcándolo al suelo. Jadeó, el ruido ensordecedor reverberó en su cabeza. Taponó sus oídos protegiéndolos con las manos. En medio del suplicio que le provocaba aquel estruendo, distinguió unas piernas avanzando por una puerta que se abría.

—¡No te muevas, ea! Llevas un buen golpe en la cabeza, chico —entreoyó. Percibía los sonidos con un eco enlatado—. En cuanto nos aseguremos de que puedas viajar, te llevaremos a un hospital. —Pascal, vistiendo su bata blanca como antaño, lo ayudó a recostarse—. Ha pasado lo peor, tranquilo. —Acomodó las mantas encima del pecho del enfermo, viró hacia la mesita y le tendió un vaso de agua con una pajita. Luego nombró a su mujer, avisándola desde la puerta—. Manon, telefona a Philippe. El chico *s'ha* despertado.

Dorian había abierto los ojos en varias ocasiones durante los días de inconsciencia, pero se habían cerrado a los pocos segundos. Hasta la fecha, era la primera vez que resistía sin volver a dormirse.

—Te vas a poner bien, ea. Mírame a los ojos —llamó su atención. Dorian escrutaba a su alrededor en pos de hallar un detalle familiar—. ¿Me oyes? —Sacó de un bolsillo de la bata una minúscula linterna propia de los profesionales de la medicina. Se sentó sobre una silla, encendió

la luz y la proyectó a los ojos del paciente—. ¿Puedes seguir mi dedo? Así es —felicitó por su acertada trayectoria—. *T'he* pasado unas resonancias. No he observado *na* grave. No hay conmoción, sólo un buen chichón. ¡Ah, claro, te va a molestar! —previno su dolencia al comprender cómo Dorian alzaba la mano hacia su cabeza—. Eres gallardo, lo aguantarás, por eso *t'has salva*. Ahora vendrá el patrón. Fue él quien te pescó, ¿sabes?! Ni yo me lo creí cuando me detalló su relato. *Pos* una cosa de locos, chico. —Meneó la cabeza—. ¿Qué hacías en alta mar a deshoras? Ea, ahora nos lo cuentas. ¿Puedes hablar?

—Sí... —intentó vocalizar. Le torturaba la laringe, la notaba hinchada y rasposa, como si un nido de cardos espinosos germinara, brotando tupido y férreo, por las paredes de la garganta. Carraspeó, tomó el agua que el médico le ofrecía, volvió a carraspear y se aventuró a repetir la palabra—. Sí. —Y aunque le costó, lo consiguió.

Lo increíblemente heteróclito del asunto, no obstante, fue que ninguno de los hombres advirtió que el francés sólo correspondía a la lengua materna de uno de ellos. Tal suceso se debía a la dulce niñera francesa empleada para el cuidado de Dorian desde su nacimiento hasta su décimo cumpleaños; edad que culminaba el comienzo de su educación en una escuela bilingüe, que cursó hasta los diecisiete. Mademoiselle Alice Dubois había enseñado el idioma a la criatura, convirtiéndose en su segunda lengua, la cual hablaba y pronunciaba como cualquier oriundo. La niñera sólo dialogaba en inglés con los padres del niño, o cuando él presentaba deberes en dicho idioma. Las canciones de cuna, las palabras de cariño y las negociaciones, que comprendían comer verduras o no salir a jugar, se expresaban exclusivamente en francés. De ahí que le constara a cualquier oyente la veracidad de la alcurnia del enfermo; era, pues, un nativo más del país, que no de la isla, ya que carecía del acento del lugar.

—¡Formidable! —celebró—. Presentabas muchas llagas en la boca y considerables abrasiones en el rostro. *T'he* tenido que quitar pellizquitos de piel de la nariz, pero cicatrizará. ¡Estás hecho un espantajo, chico! —Rio—. Bah, son heridas leves. —Dio unas palmaditas sobre sus rodillas y se levantó de la silla, a la vera de la cama—. ¡Sanarás! —aseguró. Caminó unos pasos hacia la ventana, corrió las cortinas de encaje blanco y apercibió la silueta de Philippe—. ¡Ah, ya viene el patrón! No sé si te acordarás, es un viejo lobo de mar. ¡Se alegrará! No ha *para*o de visitarte. Le tenías *preocup*ao, ea.

Unos andares atropellados y pesados se distinguían en el descansillo de la entrada, luego en el pasillo y, acto seguido, en la habitación destinada a las visitas familiares que se imponían en verano, ahí donde habían acomodado al paciente.

—¡Rayos y centellas, *pos* es verdad! Está despierto el muchacho —comprobó con sus propios ojos—. Ya se *t'han* coloreado las mejillas, ea. —Sonrió luciendo una dentadura descuidada—. ¿Cómo estás? —preguntó el hombre mayor, de barba desaliñada, cuya vellosidad semejava su desgreñado cabello. Éste era tan negro como el tizón y estaba salpicado de sutiles canas grises. Le conferían una apariencia sabia, aunque pintoresca. Sus ropas raídas indicaban un estatus modesto,

o una fútil preocupación por la opinión de los demás—. ¿Que no habla? —cuestionó al no oír respuesta.

—¡Pos le duele la garganta! —aclaró Pascal.

—Sea. ¡Un trago de sidra y *apañao*! La sidra y la cerveza bretonas curan todos los males, me lo van a contar a mí, que llevo años sin enfermar. —Alzó los hombros y con el pulgar apuntó a su propia persona con ademán exultante—. ¡Ni un *constipao*, ea!

El pescador observó al médico de reajo, un tanto nervioso por si le recriminaba sus formas, o su entonación, dado que hablaba a gritos. Le caía bien el muchacho. ¿Y si le espantaba con sus abruptos modales, como le reprochaban a menudo poseer?

—Ust... Usted... me... —se aclaró la garganta y tragó de nuevo. Aún perduraba la sal en su saliva. Un mohín de malestar surcó sus labios—. ¿Usted me salvó la vida?

—¿Eeeh? —Barrió el suelo con la mirada, un tanto apocado—. Aaah..., uff..., eeeh... —Alzó los hombros, como si aquel gesto repetitivo le caracterizara—. Servidor, aquí presente. —Se balanceó sobre la punta de sus pies—. Sea, sea. Oye, pero tú no eres de aquí —apreció—. ¿No serás parisino, eh? —moduló con reproche—. Porque si lo eres te llevo de regreso a la mar. Y te juro por mi barco que te dejo ahí. —Frunció el ceño ansiando una negación, de lo contrario le molestaría sobremanera; los parisinos siempre se burlaban de las gentes de Bretaña por el acento y los ademanes. No iba él a recompensar sus faltas y vejaciones encariñándose y preocupándose por uno de ellos. ¡Eso sí que no!

—Lo ignoro... —repuso Dorian, una mano frotándose el cuello, elucubrando acerca de su lugar de origen.

—¿Cómo que lo ignoras? ¡Que me parta un rayo! —prorrumpió abriendo los ojos.

—¿No sabes de dónde eres, chico? —Curvó una ceja el hombre de la bata blanca, inquieto—. ¿Recuerdas tu nombre? ¿Cómo te llamas? —cuestionó conjeturando sobre la gravedad de la lesión de la cabeza.

—Me... llamo. Me llamo... —Entrecerró los ojos—. Mmm... me llamo... ¡No lo recuerdo! —Le consumió una sensación de pánico indecible. ¿Por qué lo desconocía? ¡Lo sabía! Lo tenía en la punta de la lengua, pero su memoria poco le auxiliaba. Oprimió la mandíbula con tanta obstinación como sus llagas le permitieron.

—No te alteres, chaval. A veces se originan pérdidas de memoria tras sufrir un trauma o una contusión cerebral, como hemorragias pete... ¿petequiales? —Vacilante, analizó el término médico correcto. Los años también pesaban sobre el docto, aunque en pocas ocasiones había tratado con hemorragias petequiales, de ahí su poca familiaridad con dicho léxico.

—¡Por las barbas de Neptuno! ¿No estás seguro, tontainas? —profirió el pescador con inflexión inusitada; le había tomado mucho aprecio al muchacho, como aquel que encuentra un perro abandonado y lo adopta, transformándose la pena inicial en manifestaciones de afecto.

—Pos que estas cosas pasan, ea. ¿Por qué la tomas conmigo? —Pascal abrió las manos y las golpeó contra sus piernas.

—¡Tú eres aquí el entendido! Yo confiaba en ti y mira. El muchacho está *lisiao*.

—¡Demonios, ni que fuera yo el santo patrón de los mares! A rezarle a otro —refunfuñó cruzándose de brazos.

Todo lo comprendía Dorian, cada palabra, cada aspaviento y vacilación al avizorar a los dos hombres, que, a su vez, lo miraban cual animal de feria. No obstante, su comprensión no alcanzaba la oquedad de sus recuerdos para hallar así respuestas a sus desconcertantes preguntas. ¿Quiénes eran todos? ¿Qué pretendían? ¿Quién era él? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué hacía en esa cama, en una casa desconocida?

—¿Qué me ocurrió? ¿Qué hago aquí? —interrogó con rostro atónito y taciturno.

—A ver, yo te explico —se adelantó Philippe—. Te encontré de noche en la mar. Estaba yo pescando tan tranquilo por lugares donde no navegaba desde hacía años. Y ahí estabas tú, en medio de un banco de peces donde iba a lanzar mis redes. Fíjate que al principio te confundí con un tiburón peregrino. —Alzó un dedo—. Aunque me parecía poco probable. Cuando vi que tenías brazos y una cabeza humana, te llamé y grité. ¡Rayos y centellas! —exclamó con ímpetu—. Te hundiste como un peso muerto. —Se ayudaba de sus manos para enfatizar la narración—. ¡Pufff! —Dibujó en el vacío—. Te ahogaste. Yo salté y te rescaté..., aunque no se lo crea aquí el viejo babieca este. —Apuntó con el pulgar a su amigo Pascal.

—¿Pero de dónde provengo? ¿Quién soy? —se apresuró en interrumpir los alardes del anciano.

—*Pos* a eso no te puedo responder yo —lamentó el pescador.

—Ni yo —replicó el médico—. Voy a revisarte. —Se aproximó al paciente—. Ve y manda a Manon a buscar el estetoscopio —instó a Philippe.

—¿El qué? ¡Hablas como un médico de verdad, *ma parole!* —embromó Philippe atusando su barba.

—¿Médico de verdad? ¿Qué significa? ¿No es usted doctor? —Abrió los ojos de par en par Dorian notando un punzante vértigo.

—Esto... —vaciló explorando las conveniencias de explicárselo—. Bueno..., soy médico, pero no doctor propiamente dicho. —Rechinó los dientes bailando su bigotito.

—¡Caray, cómo se las gasta aquí don creído! ¡Ja! —tintineó Philippe ya en la puerta, a punto de avisar a la mujer de su amigo—. Es veterinario. ¡Médico de animales, vamos! —subrayó por si no estaba claro—. El único de la isla en décadas de historia, pero, ea, estás en buenas manos. ¡No es un matasanos! *M'ha tratao* a mí, y mira cómo estoy, hecho un barbilampiño, ea —matizó pinturero.

—¿Cómo dice? —se desquició Dorian incrédulo.

—¡Un mozalbete! Que no *m'ha* hecho falta ningún doctor, vaya —se creció.

—Chsss, calla, hombre —chistó—. No le interesa eso. Soy veterinario, sí. —Se molestó al presenciar cómo el joven se sobrecogía y se incorporaba de un brinco, cayendo en el acto de bruces contra el colchón a causa del mareo—. ¡¿Oh, qué actitud es ésa, chico?! Ni que te hubiera

*quita* un riñón. —Colocó los brazos en jarra. Sus bigotes tremolaban—. Ya aconsejé yo mandarte al hospital, pero aquí el carcamal me pidió examinarte. —Punzó a Philippe con la mirada.

—¿*Pos* claro! El hospital más cercano queda a cuarenta kilómetros de aquí. ¡Habrías muerto una segunda vez!

—¿Segunda vez? ¿Cómo? ¿He muerto? —Su corazón dio un vuelco y su tez se tornó tan blanca como el vestido de niña celebrando la comunión—. ¿Cuándo?

—Bah, bah, bah, aplacemos los nimios detalles *pa* luego. —Pascal obstaculizó el interés de Dorian, quien requería una explicación—. Es hora de llevarte al hospital, dado que ya puedes viajar.

—¡Hospital, hospital! —bufó el pescador—. *Pos* yo le veo bien. En todo caso, avisa al curandero ese. El de la nariz como una panocha de maíz. —El hombre estaba dispuesto a todo con tal de no ir a Brest, donde se situaba el hospital más próximo. El sesentón no había puesto un pie en una gran ciudad desde que su memoria recordara; a lo sumo, unos treinta años. Odiaba en lo más profundo de su ser las urbes desafortunadas de frenéticos ritmos. En su vida laboral había vendido su pescado en Le Conquet, una localidad cuyo puerto de pesca alojaba una gran fama. Desde entonces proveía a algunos restaurantes y bares cercanos a Île-Molène, y con ello ahorraba un poco y cubría ciertos gastos, los que no suplía su pensión de jubilación para las reparaciones de su tan estimado barco.

—Oh, mira que eres faltón. ¡Un mal *educáo*! Sí —amonestó el veterinario—. *Pos* muy bien que obra el doctor Dubuc. Viene una vez a la semana en barco, ¿sabes? —se dirigió a Dorian, ensimismado en evocar un aura de color entre la bruma que opacaba su mente.

—¿Ha dicho en barco, no en coche? ¿Pero dónde estoy?

—*Pos* en Île-Molène. —Alzó los hombros el pescador—. Aquí pocos coches verás, cinco como mucho, uno de ellos es mío —se jactó—. Y *pa* entrar o salir se toma el barco, o el helicóptero, pero sólo en casos extremos.

«¿Dónde diantres me han traído? ¿Quién es esta gente? ¿Están todos locos? ¡Necesito salir de aquí!», meditó harto de tanta charla.

—Por favor, llévenme a un hospital ahora mismo. Necesito un médico de verdad. No se ofenda.

—Ah, no, no. No me ofendo. —Cerró los ojos, arrugó la frente y tensó los labios Pascal.

—¡Rayos, está bien! Al hospital que nos vamos —rezongó el patrón en todos sus estados—. Pero una cosa te digo, muchacho. —Elevó un dedo ante sus ojos—. Como seas parisino, me vas a oír. ¡Me vas a oír!

Más de un año había compartido Dorian con Philippe Morvan<sup>1</sup>, cuyo apellido le iba como anillo al dedo. Procedía de una larga estirpe de pescadores, quienes surcaban desde hacía décadas los mares de la región. ¿Para qué adentrarse en otros piélagos? Se desenvolvía divinamente con cuanto su entrañable isla nativa, sita en el departamento de Finisterre en Bretaña, le brindaba. Nada precisaba más que su barco, su coche y su casita, cuyas paredes no albergaban una presencia femenina desde la muerte de su esposa, discurriendo desde entonces treinta y cinco años. Sin linaje alguno, le agradaba navegar a horas poco convencionales, no dar explicaciones a nadie y frecuentar a diario la taberna donde transcurría la mayor parte de su jubilación anticipada. Sí, su Île-Molène constituía para él toda su vida; su mundo. Ésta se asentaba en el mar Iroise, entre otras catorce islas, aunadas por una asociación denominada Îles du Ponant<sup>2</sup>, del archipiélago bretón, en el litoral atlántico francés y en la desembocadura del canal de la Mancha.

Aquel lugar no sólo beneficiaba a los turistas que veraneaban en los meses estivales de un hechizo calmante que revigorizaba el alma, sino de una magia sempiterna digna de rivalizar con un canto de sirenas. Su belleza medio salvaje, la pureza de su brisa, la familiaridad de sus gentes y la tranquilidad que allí se respiraba prendaron a Dorian, influenciándolo para establecerse ahí. Aunque tampoco conocía otro lugar donde regresar. Razón por la cual Philippe lo adoptó, convirtiéndolo en el hijo que nunca tuvo.

Cuando visitaron el hospital de Brest, un año antes, los médicos le practicaron distintas pruebas, determinando una leve conmoción cerebral sin gravedad aparente. La pérdida de memoria podía deberse tanto a un trauma psicológico como a un golpe originado por una causa desconocida, puesto que Dorian no recordaba nada en absoluto. Philippe se mantuvo a su lado, aunque a regañadientes, durante todo el proceso. Se avisó a la policía, la cual, dando por hecho que el chico era francés de pura cepa, no investigó ni solicitó información a sus países vecinos. Si bien antes de que expidieran el caso a la comisaría de Le Conquet, un joven agente a punto de resolver el enigma preguntó a su añoso compañero, en el pasillo del hospital, junto a la puerta de la habitación de Dorian Gardiner:

—¿Oh, no creerá que es el surfista inglés que ha desaparecido, no? —Había llegado a sus oídos la noticia de un joven que se había esfumado en una playa cerca de Plymouth.

—¿El surfista inglés? ¿No insinuará tal cosa? —Rio con ironía su superior luciendo un bigote oscuro de circumspecta apariencia—. ¿Cómo va a cruzar un hombre la Mancha y acabar en Brest? ¡Pero qué tonterías dice usted! Además, ¿no ve que es francés? Puede que ni sepa hablar inglés —

rechistó—. No, no. Quítese esa teoría de la cabeza y atienda los asuntos que nos conciernen con coherencia, venga —dictó con un aspaviento y avanzó por el pasillo—. ¡Ja! Un inglés cruzando la Mancha a nado... ¡Ja, ja, ja! —Tal supuesto le divirtió igual o más que si le hubieran contado un chiste.

Como se preveía, traspasaron el dossier a la oficina de Le Conquet, donde proveyeron a Dorian de una identidad provisional.

Conocido ahora como Stéphane Martin, fundó su hogar con Philippe, quien lo acogió en su casa con sumo entusiasmo. Para ganarse el pan lo instruyó en el arte de la pesca, dado que para el sabio se trataba de un arte y no de un simple trabajo. Pronto las autoridades olvidaron el caso, sobre todo habiéndose retirado el joven a una isla que carecía de banco, de panadería, de peluquería, de médico, aunque una vez por semana el doctor Dubuc pasaba visita. Al igual que carecía de una comisaría de policía, asumiendo el ayuntamiento la potestad para solventar pequeños conflictos y delitos. Inspeccionando la isla de cuando en cuando, no obstante, algún agente de la comisaría de Le Conquet, a quince kilómetros en barco de Île-Molène, exhibía su reluciente placa. En aquella fracción de tierra llana tampoco se disponía de carnicero, de charcutero o de una mercería. Se compraba el pan en una tabacalera, los alimentos, en una pequeña droguería y ningún comercio sucedía al otro. Cada uno se situaba a tantos metros de distancia del otro. Cabe destacar que un coche lograba recorrer la periferia de la isla en dos minutos. Un remanso de paz, donde apenas llegaba internet, donde los ciento sesenta habitantes, a lo sumo, no prestaban una atención desmedida a los telediarios e informativos. La vida cotidiana se consumía como antaño, sin estrés y sin los pormenores de las grandes ciudades que corrompen a las personas. Sobre uno de estos puntos, de hecho, el pescador mantenía muy arraigada una opinión:

—La tele es *pa* los bobos, o *pa* las mujeres que miran las novelas y películas de agua de rosas. —Motivado por tal razonamiento, el sesentón no había hallado necesidad alguna de comprar un televisor—. ¡Ah, no, no, no! ¡Ni por el patrón de los mares entra en esta casa la caja tonta! —reivindicaba cuando Dorian, es decir, Stéphane, le imploraba adquirir el elixir de la actualidad. Se negaba en rotundo, bastante le había costado integrar en su cocina un microondas—. ¡Y dejemos el tema ya, ea, hay que varar en seco el barco! —eludía justificando alguna tarea imperiosa, como guardar la embarcación, pintarla, pulirla, limpiar los motores, arreglar las redes y un largo etcétera.

Era posible que, a través de la tecnología, Stéphane se propusiera descubrir pistas de su pasado, el cual galopaba hacia su subconsciente cada noche al soñar con un rostro desconocido. Evocaba un cabello rubio ondulado, largo, que dibujaba un abanico sobre la espalda de una joven bellísima, jovial, espontánea y risueña. Sus ojos grises, pincelados de un azul índigo, según los observaba, le contemplaban con mucha ternura y beatitud, o con amilanamiento, como si su dueña se retrajera o disimulara sus sentimientos. Sin embargo, en cuanto despertaba, sus anhelos se

truncaban. ¿Quién era ella? Nunca lo sabría, o sí... Un nombre florecía en ocasiones en mitad de la noche.

—Cloé. Mi Cloé —le parecía balbucir entre sudorosos revoloteos.

Si el testarudo de Philippe accediera tan sólo a aceptar una pizca de tecnología, quizás podría investigar en internet, bien en un móvil o en un ordenador. ¿Pero para qué demonios adquirir un móvil si su círculo de amistad comprendía dos personas, Julien Rocher y Elouan Tual, de edades semejantes a la suya, o a la que creía tener. Dos amigos sin contar a Philippe Morvan y Pascal Le Bousse. ¿Y para qué un ordenador? ¡Un aprendiz de pescador como él con un ordenador! No le convenía ni le brindaría utilidad alguna. De trabajar *en la red*, como denominaban algunos, entonces ni se lo habría planteado, pero la red que él trabajaba distaba de la anterior.

Trastornado por la ignorancia de su pasado, debía lidiar con su nueva vida, fuera cual fuera la anterior. Envuelto en sombras de interrogantes, a menudo se dirigía él solo para meditar al islote Ledenez Vraz, antigua residencia de *goémoniers*<sup>3</sup>, cuyas cabañas se encontraban actualmente deshabitadas, y cuyo camino formaban unos anchos guijarros en forma de cola de cometa en un istmo intermarismal con Île-Molène. Sumido en una calma solemne, se sentaba en cualquier roca a orillas del mar, o en una parcela de hierba, y cuestionaba el mundo que le rodeaba. «¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué? ¿Tanto mal he hecho? ¿He sido una persona despreciable? ¿Quién soy?», y así incesablemente. Ningún consuelo le amparaba cuando su ser se rompía en amargos pedazos. Vivía atormentado. Parecía que unos pinchos lo laceraban cada vez que se proponía recordar.

En su día a día, cuando el mar se presentaba picado y nadie salía en barco, Stéphane sembraba hortalizas y verduras en un terreno que Philippe se atrevía a llamar tierra, semejante a un espacio con exceso de un compost casero, elaborado con cenizas de coquillas, algas, y a saber qué más. Mientras araba, su buen mentor le narraba sus vivencias. En unas ocasiones abordaba temas banales, en otras, temas interesantes, como aquella tarde cuando le explicó que le otorgaban a Île-Molène cierto conspicuo título por la recuperación de naufragos. Tanto Île-Molène como la preciosa Ouessant, la isla vecina de mayor tamaño en el archipiélago, prestaban auxilio a barcos encallados o varados desde la noche de los tiempos. Si bien siempre detenía sus relatos, cansado de sus propios parloteos, e invitaba a Stéphane a uno de los dos únicos bares que alojaba la isla. Stéphane se preguntaba para sí por qué el viejo fingía proponer dos lugares si siempre elegía el mismo, el de la viuda Lola; la dueña y camarera mimaba a Philippe como a ningún otro cliente.

En aquella taberna mohosa con aires renovados a brochazos de pintura fresca, Stéphane se reunía con sus buenos amigos Julien, un rubiales de ojos ambarinos y de fisionomía corpulenta, y Elouan, un moreno con un atractivo trepidante para muchas chicas. A Stéphane, no obstante, poco le atraían las cuatro jóvenes lugareñas, o las que visitaban la isla. Sólo le correspondía a la imagen que su mente le mostraba de una sirena de nombre Cloé. A su sonrisa se aferraba, persiguiendo descubrir algún día la identidad de la mujer portadora de aquel nombre. Intuía que

en Île-Molène jamás hallaría respuestas a sus plegarias, sin embargo, le resultaba conveniente adherirse a un clavo ardiente antes que al abismo de la nada. ¿Sin pistas, por dónde empezar? ¿A quién acudir?

—El calamar tiene razón. Si mi memoria ha de regresar, lo hará cuando considere —susurró al viento, sentado sobre el malecón anexo al embarcadero. Sus pies pendían en el vacío por encima de las espumas de las olas; rompían contra el adarce de las piedras, del color del musgo, donde la humedad se había alojado. Divisaba las lejanas aguas teñidas de plomo; reflejo de las oscuras nubes que portaban consigo aires de tormenta. Giró sobre sí mismo y observó el diminuto pueblo que tan buenamente le había acogido como a uno más. Confinando sus dolorosos pensamientos a un recodo de su mente al que más tarde regresaría, encendió un cigarrillo; un nuevo vicio adquirido de Philippe, que fumaba a diario su pipa mientras jugaba a las cartas, a las damas, al ajedrez o simplemente cuando se perdía en sus pensamientos junto a la chimenea. Ponderó que la localidad carecía de la galantería y encanto que ofrecían aquellos puertos costeros coquetos, atestados de bares y restaurantes, o de tiendas de recuerdos. Si bien la quietud indómita era donde residía la singular atracción de aquellos dominios rasos y uniformes, asentados a tan sólo treinta metros del nivel del mar. ¿Abandonaría todo aquello, cuanto conocía, por un misterioso rostro? ¿Por un misterioso nombre? «Cloé.» No, no se atrevía.

Mediante tales conclusiones se sucedieron los meses hasta que un año y medio se cumplió desde su afortunado encuentro con Philippe, su salvador.

Aquella mañana, ambos trabajaban la pesca de trasmallo. El barco, pintada la mayoría de su superficie de blanco, con acabados de un azul celeste y algún acento de un rojo carmesí, fondeaba en las costas que cercaban Ouessant, bajo el sol de un cielo anaranjado que bañaba las aguas de las tempranas horas en oro líquido. Conversaban sobre el *semaphore*<sup>4</sup>, y después sobre el significado de las festividades que se celebraban todos los quince de agosto, la fiesta del mar, la cual conmemoraba a los desaparecidos en el océano. Ambos obraban sin cesar de hablar a gritos. De pronto, arrancándole del trepidante diálogo, Stéphane entreoyó una música que le resultaba familiar.

—¡Eh, calamar! —Apodaba a Philippe a causa de Pascal, el veterinario, quien solía llamarle así—. Sube el volumen —pidió deteniéndose cuando se disponía a lanzar unas redes por la borda.

—¡Bah! ¿Y ahora qué quieres cotorrear en la radio? —se sorprendió el pescador, quien nunca prestaba interés a esas nimiedades.

—¡Ea, tú súbelo! —Stéphane se había convertido en todo un isleño. Modulaba el acento como ellos.

—¡Sea, sea! —Alzaba las manos al cielo exigiendo regresar a su codiciada normalidad. ¿A qué venía tanto alboroto por una dichosa canción? ¿Qué le ocurría al muchacho? Discurrían varios días desde que había notado cierta intranquilidad en su carácter y sus ademanes, tal vez a causa de sus pesadillas. El chico las volvía a sufrir cada noche.

—Esta canción... Esta canción me... —Aferró su cabello castaño junto a las sienes

atrapándolo entre sus puños. Una fusta golpeó repentinamente la oquedad de su memoria—. Es como si me taladraran el cerebro. Philippe, no me encuentro bien. —Con una mano se sostenía la frente y con la otra buscaba y palpaba su pecho sobre el raído chubasquero, heredado de su maestro. Deslizándose contra el casco de la embarcación, se sentó sobre las tablas mojadas del suelo.

—¿Qué pasa, hijo? ¡No me asustes, eh! —Se precipitó el barbudo junto a su hijo adoptivo.

«He bailado esta canción. Ese rostro. Esa chica. Cloé», evocó una noche junto a una chimenea en una casa tremendamente moderna. Sostenía a esa joven entre sus brazos. Ella se mantenía descalza sobre sus pies mientras él la balanceaba, devorándola con la mirada, confesándole cuanto su corazón aspiraba...

Resonaba *It Must Have Been Love* de Roxette. El tacto se tornaba apremiante, seductor. El significado de las frases empujaban a un hechizante frenesí. «Mi Cloé.» Ella atusó el cabello de él, suelto desde que se había duchado, y reposó la cabeza contra su hombro. «Dorian, ése era..., es mi nombre». El lienzo en blanco hasta ahora impregnado de humedad se secó paulatinamente revelando el esbozo de su pasado.

«Te quiero.» La mano que reposaba contra su sien descendió hasta sus labios. «Te quiero, susurré contra su oído.»

—Rayos y truenos, hijo..., ¿qué pamplinas balbuceas? —El hombre había palidecido; su tez tostada se había tornado tan blanquecina como la espuma del mar.

—Sé quién soy. ¡Philippe, sé quién soy! —Sonrió Dorian, eufórico. El corazón agolpaba la sangre en todo su cuerpo como una válvula mecánica a toda máquina. Agarró a su viejo amigo por los hombros y le zarandeó—. ¡Soy rico! Nunca más necesitarás trabajar. Te daré cuanto te haga falta. Vas a venir conmigo a Londres. Te presentaré a mi gente —pronunciaba las palabras con tal rapidez que apenas se le entendía—. ¡Soy abogado! ¡Oh, Dios mío! ¡Abogado! —Rio por inercia como un hombre que enloquece de súbito—. ¡Y soy una verdadera fiera en los tribunales!

—¡Por Neptuno! Con sidra y *cerveciña* debemos celebrar la recuperación de tu memoria. ¡Hijo, qué feliz me haces! —Le golpeó repetidas veces y con simpatía el hombro—. Pero dime, tú..., parisino..., ¿no eres entonces?!

—¿Parisino? ¡Pos claro que no, ea! ¡Soy inglés! —Abofeteó la barba de su salvador con cariño.

—¿Inglés? ¿Inglés de la Inglaterra? ¿Pero qué tienes tú de inglés? ¡Lo que yo de africano! —refutó sobrecogido por el controvertido acontecimiento. De forma involuntaria empezaban a cernirse sobre él dudas y temores. ¿Y si Stéphane le abandonaba? ¿Y si regresaba al lugar de donde procedía? Se había acostumbrado a él, a su presencia, a su carácter, a tratarlo como a un hijo—. ¿Estás seguro de que lo recuerdas? —se entristeció.

—¡Que sí, viejo! ¡Que sí! —Suspiró exhalando todo el pesar sufrido hasta entonces; la tortura de no recordar por mucho que se esmeraba.

Unas lágrimas de alegría y alivio se precipitaron por sus mejillas. Ahora poseía cada detalle

de su romance con Cloé. Ella era quien le había mantenido con vida durante su desafortunada aventura en el mar.

«Mi Cloé. ¡Joder, qué estúpido he sido!»

—¿Sabes qué te digo, viejo? —Agarró la nuca del pescador—. ¡Que me quiero casar!

Entre otros detalles, rescatados de las profundidades del desconocimiento, Dorian recordaba unos pocos números de teléfono de su vida anterior. Entre ellos escogió el de su padre. Marcó las teclas del aparato fijo, casi olvidado sobre una mesa auxiliar del salón cuya decoración lucía tan anticuada como el teléfono. Acogió los tonos de espera con sumo nerviosismo.

—Diga.

—¡Papá! ¡Papá, soy yo! Estoy en Francia. Perdona si te he asustado. He padecido una pérdida de memoria durante más de un año. ¿Papá?

Al otro lado de la línea nadie mediaba palabra, signo de que el susodicho sufría algún tipo de catalepsia momentánea.

—¿Papá, me escuchas? —El corazón le cabalgaba cual caballo de carrera.

—¿Es una broma de mal gusto? —cuestionó con un nudo en la garganta.

Dorian consideró que debía reconocer el sonido de su voz.

—¡Papá, de veras, soy yo! Debes creerme. Necesito que me creas. —Sus ojos se colmaron de lágrimas. Retuvo el sollozo en la garganta—. Papá, quiero pedirte perdón. Durante años, te eché la culpa de la muerte de mamá. Sospechaba, o... quería involucrarte en lo sucedido de algún modo. Papá, lo siento mucho. No eres responsable del suicidio de mamá, ahora lo sé. ¡Perdóname!

Philippe, sentado en un sofá cercano, oía abrumado la velocidad y fluidez del idioma que empleaba Stéphane; para él no se llamaba de otro modo.

—¿Dorian, eres tú de verdad? —La voz se percibía tan entumecida como un músculo exhausto.

—Sí, papá. Soy yo. ¡Soy yo! —Rio entre las lágrimas escapándose de sus ojos—. Han pasado muchas cosas. Fui a surfear, mi tabla se partió en dos y...

—¡Lo sé, encontramos una parte de esa tabla infernal! —Sonreía su padre pese a la connotación de sus palabras.

—¿La encontrasteis? —se asombró—. ¡Es increíble! ¿Cómo lograsteis encontrar la tabla y a mí no? Algunas avionetas y muchas embarcaciones pasaron a mi lado sin verme. Un hombre me salvó, tres días después. Se llama Philippe, estoy con él ahora. Le debo la vida, papá. —Miró a Philippe con un cariño inmenso e infinita adoración.

En cambio, el viejo lobo de mar advertía cómo su corazón se resquebrajaba con cada palabra intraducible que articulaba Stéphane.

—Entonces yo también le debo la vida a ese señor, hijo. ¿Cómo has acabado en Francia? ¿Perdiste la memoria? —Evocó el inicio de la conversación.

—Acabo de recuperarla... Hace una hora. No vayas a pensar que me he demorado en llamarte. He tardado un poco porque estábamos a unos kilómetros de casa pescando. Ahora me dedico a eso, ¿sabes? Soy pescador. —Una risotada se escapó de sus labios—. Philippe es francés, vive en una isla llamada Île-Molène. Es un lugar muy tranquilo, parece un asentamiento medieval comparado con Londres. Pero ya hablaremos de todo, papá. Necesito que me mandes un avión. ¡Quiero ver a Cloé lo antes posible!

—¿Cloé? ¿Miss Nicholls? —repitió confuso.

—¡Sí, Miss Nicholls! Aunque es Cloé para mí. Ella es la mujer de la que intenté hablarte aquella tarde, antes de mi accidente. Quiero casarme con ella, papá. —Río estupefacto por haberse aferrado a sus burdas convicciones tanto tiempo. Se figuraba la razón. Al haber culpado a su padre toda la vida por el suicidio de su dulce madre, adquirió una inmensa animadversión al matrimonio. El matrimonio destrozaba a las personas. Al menos así lo había concebido su raciocinio, fortaleciéndose tal convicción en sus años de abogacía—. ¿Puedes mandarme un *jet* privado? Aquí los aviones no pueden aterrizar, pero me acercaré a Brest. ¿Dime, puedes?

—¡Yo mismo iré en tu busca, hijo mío! Te creíamos muerto, todos..., todos salvo... Cloé —cayó en la cuenta. Cómo se arrepentía de su error, acaecido un año y medio antes. «Ella quiso seguir con la búsqueda mientras todos se afanaban en llevarle la contraria». Ella había augurado por algún milagro, intuición, o lazo extracorpóreo con Dorian, que seguía con vida.

—Y no le digas nada..., quiero darle una sorpresa. No le digas nada a nadie, de hecho, salvo a Max. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo, hijo —entonó entre alegría, consuelo y... aflicción por la infortunada verdad sobre Cloé, ya que transcurría un año y medio desde que la había visto por última vez.

Continuaron con la conversación, planeando el regreso del hijo pródigo resurgido de la muerte.

—¡Cáspita! ¡Vaya melena! ¡Ni que fueras pescador! Ja, ja, ja —bromeó con melancolía Philippe observando a Dorian, quien terminaba de acicalarse en su dormitorio; un lugar estrecho y sombrío, en el primer piso de una casucha apenas entretenida desde el fallecimiento de su esposa.

—¡Acompáñame, Philippe! Viaja conmigo a Brest y a Londres. —Posó su mano, saturada de heridas por el laborioso trabajo de pescador, sobre el hombro del hombre.

—¡Oh, pero qué cosas dices! ¡Cuántas tonterías tienes en esa cabezota tuya! Yo pertenezco a la isla. ¿Qué pinto en Londres? Ya sabes cuánto odio las grandes ciudades, y ésa se lleva la palma. —Se sentó desanimado en el borde de la destartada cama de cuerpo y medio.

—Entonces déjame recompensarte. Comprarte una casa mejor que ésta... Otro coche. Otro barco...

—Basta, Stéphane... Dorian... Basta. —Su barbilla se unió con su pecho al bajar la cabeza. Sus labios tremolaban.

—¿Qué sucede? ¿No te alegras por mí? ¿No deseas compartir mi dicha?

—¡Oh, Dios sabe que sí! Pero me temo que no pertenecemos al mismo mundo, hijo. Aunque siempre te recordaré. —Sus ojos abrigaron unas amargas lágrimas.

—No digas que me recordarás. ¡Regresaré, vendré a verte con Cloé! —Se sentó junto a él y le abrazó.

—Ea, no digas chorradas, y basta ya de abrazos, que parecemos algo raro, ¿eh? —Le dio unas palmadas en el hombro y se alzó, como si la cercanía con otro hombre fuera a transmitirle alguna enfermedad de alto contagio—. Vas a venir tú aquí. ¿Aquí *pa* qué? —Alzó los hombros.

—¡*Pa* verte, claro!

—Bueno, ale, vámonos, que nos esperan donde la Lola *pa* despedirse todos.

En efecto, todos los habitantes del pueblo habían acudido a la taberna para una pequeña celebración, aunque dos días antes habían festejado hasta la madrugada la recuperación de la memoria de Stéphane. A todos les costaba un leve esfuerzo llamarle Dorian. A él lo mismo le daba un nombre que otro, pues respondía a ambos, siendo el único Dorian o el único Stéphane de la localidad. Repartió besos y abrazos por doquier e invitó a rondas y rondas de sidras y cervezas como si hubiera ganado a la lotería. Muchos se quedaron con el corazón pinzado, entre ellos Pascal, Julien, Elouan, Philippe, Lola, Manon, la mujer de Pascal, y otros con quienes mantenía campechanas relaciones. Más de la mitad del pueblo acompañó a Stéphane hasta el helicóptero de M. Ronan, el piloto que lo conduciría hasta Brest, donde le esperaba su padre en el *jet* privado.

Abreviando el adiós, sobre todo frente a tantas personas, Philippe deslizó una carta en el bolsillo de la chaqueta de su hijo adoptivo, que se iba con lo puesto. En un año y medio se había comprado tres pantalones, cuatro suéteres y pocos accesorios más. Había empaquetado sus pertenencias en una bolsa de tela de tono caqui, pero, sin meditarlo en exceso, la deshizo alegando que las dejaba en su habitación para cuando regresara. Junto a la almohada había depositado la mitad del dinero que había ganado buenamente. Una vez en Londres, llamaría a Philippe comunicándole la existencia del sobre y obligándole a aceptar el dinero; escaso a su entender.

Subió al helicóptero y saludó con la mano cuando se elevó en el aire. Unas lágrimas se deslizaron por las pestañas de Philippe, escondiendo su dolor bajo la felicidad que también albergaba por su muchacho.

Contempló su residencia empequeñecerse hasta desaparecer con inesperada nostalgia, pero también con agradecimiento. Aquel lugar lo había cambiado. Opinaba que se había convertido en un hombre mejor. Había derribado sus terquedades.

En el aeropuerto se llevó una grata sorpresa. Max había insistido en recibirlo junto a Mr. Gardiner V y Mr. Gardiner IV. Los acontecimientos ocurrieron entre lágrimas de alegría y risas, y el viaje de regreso a Londres, entre largas explicaciones repletas de detalles. Todos descubrieron que Dorian ya no era el mismo. Conversaba abiertamente sobre sus temores y su felicidad. Ya no representaba ese hombre reservado, distante, de pocas palabras y de miradas afiladas.

—Y así ocurrió hasta el día que te llamé, papá —terminaba el completo relato acerca de su desaparición, el naufragio y los días interminables en un mar embravecido, su cómico despertar

junto a Pascal y a Philippe, sus jornadas pescando...

—Cuando tu padre me contó la nueva, lo tomé por loco. Tu abuela no ha dormido desde entonces. Sus nervios han enloquecido su corazón. Deberás ir a visitarla en cuanto desembarquemos —solicitó su abuelo bebiendo un añoso *whisky*.

—Resulta una historia increíble. Ignoro cómo alguien puede aguantar corrientes, marejadas y... —Max negaba con la cabeza, la mirada perdida en el vacío, abrumado por los peligros a los que su jefe se había enfrentado.

—Aunque me consta que no mantuviste tu promesa de no contárselo a nadie, papá, ya que el abuelo está aquí —dijo sonriendo con tono de burla—, nada le habrás desvelado a Cloé, ¿verdad?

El padre de Dorian buscó de soslayo a Max y, acto seguido, clavó la mirada al suelo.

—¿Qué sucede? —intuyó que algo iba mal. Oprimió los reposabrazos entre sus dedos, el corazón bullicioso.

—Verá, señor. —Max suspiró meditando cómo plantear el tema desde que habían despegado en Londres—. Cloé... Cloé se ha marchado.

—¿Cómo marchado? ¿A dónde? ¿No se habrá casado con Dunbridge? —Un espasmo de dolor le atravesó el pecho. Había formulado la pregunta que tanto le había afectado los últimos días. «¿Y si se ha casado con Charles?»

—¡Oh, no, no! No se ha casado, pero abandonó el despacho a los pocos días de su... misa en honor a su memoria, señor. —Se aclaró la garganta.

—¿Celebrasteis una misa en mi honor? ¡Guau! Tenéis que explicarme muchas cosas. Pero volviendo a lo que me interesa. ¿Dónde está Cloé?

—Cloé se ha mudado a Oban, señor.

—¿Oban? —repitió meditando—. ¿A qué condado de Inglaterra pertenece Oban? —preguntó a Max; era quien parecía guardar las respuestas.

—No está en Inglaterra, sino en Escocia. Yo mismo le recomendé un puesto allí. —Max se sintió incómodo de repente. Se removía en su asiento con nerviosismo.

—¿Pero está bien? ¿O ha pasado algo más? ¿Me escondéis alguna noticia? —prosiguió solapando un tono juicioso.

—Miss Nicholls removi6 cielo y tierra para encontrarte, hijo. Acudió a la playa donde desapareciste cada día durante semanas. Luego se recuperó una parte de tu tabla y... aunque no perdió la esperanza, creo que perdió una parte de ella misma —comentó su padre.

—¿Iba cada día a Bantham Beach? —susurró, la mirada vidriosa, el est6mago encogido.

—Cada día —asintió su padre—. Y cuando la mandábamos a Londres, y digo la mandábamos porque de ser por ella se habría quedado allí, regresaba a tu casa para cuidar de tu perro.

—¡Ajá, mi chico! ¿Cómo está? ¿Habrá crecido muchísimo!

—Cloé se lo llevó a Oban, yo no podía hacerme cargo.

—Por supuesto. —Estiró la comisura izquierda del labio, la sonrisa alcanzando sus ojos al recordar el desinteresado amor por todos los animales del planeta que profesaba la joven—. Esa

chica es increíble.

—¡Y que lo digas! —manifestó el abuelo—. No veas el puñetazo que le dio a un hombre cuando te dio por muerto con mucha facilidad.

—¿En serio hizo eso? ¿Pegar a un hombre? ¿Ella? —Sus ojos iban a salirse de sus órbitas.

—Hace mucho que no contacto con ella, señor. Pero puedo llamarla y...

—¡Sí! ¡Lámala! Muy buena idea. Aunque te agradeceré que mantengas mi presencia en secreto. ¡Lámala ahora mismo! —se impacientó.

El corazón de Dorian se hallaba en un puño que le oprimía mientras resonaban las tonalidades.

—¡Hola, Max! Perdona, me pillas en mal momento. ¿Puedo llamarte luego? —había preguntado Cloé, casi en un susurro, maquillando un estado que rozaba el estrés.

Apenas la voz de Cloé alcanzó los oídos de Dorian, se puso a temblar. Nervios, aprensiones, satisfacciones..., muchas emociones se entremezclaban, y esa voz, esa mujer a la que tanto amaba era el epítome de todas ellas.

—¡Hola! ¿Cloé, estás bien? —se alegraba de oírla su antiguo compañero.

Mediante el fingimiento de una llamada de rigor, había puesto el manos libres, por lo que las tres generaciones de Gardiner la escuchaban. Dorian, el más frenético de todos.

—Sí, muy bien, pero... un poco ajetreada. ¿Te llamo luego? —repitió.

—¡Vale! Sólo pretendía saber si sigues viviendo en Oban, en la dirección que me facilitaste por *e-mail*. —Alzó la mirada hacia Dorian, quien levantaba el pulgar a modo de cumplido.

—Sigo aquí, ¿por algo en especial? —se sorprendió.

—No, nada. Estoy barajando la posibilidad de ir a visitarte..., a ti y a mi amigo Lean Scott. —Se refería al jefe de Cloé, aunque con un tono meditabundo y dubitativo. Mandó un ademán interrogativo a Dorian para que le guiara, indicándole qué preguntar o qué hacer. Cuando su jefe tomaba un papel y un bolígrafo con el afán de escribir, Cloé tuvo que colgar.

—¡Claro, cuando quieras!, pero de verdad que no es buen momento. Hablamos luego — justificó apurada.

—Perfecto. Adiós, Cloé. —Apretó la tecla para finalizar la comunicación.

—¡Uf! —suspiró Dorian liberando tensiones. Sentía el cuerpo entumecido—. Bien, aguardaremos a que te devuelva la llamada. Conociéndola, si la atosigas pensará que ha ocurrido una fatalidad.

Esperó y esperó, hasta que se cansó. Tres días se sucedían, ya no aguantaba más. Apenas dormía, apenas comía, apenas respiraba ansiando un aviso de Max, anunciándole que Cloé se había manifestado.

Aún no había regresado al despacho, ni a su gran casa vacía. Cloé se había llevado a Byron, e Isabel había sido despedida por su padre dadas las forzosas circunstancias. Éste también había cortado los suministros de luz, agua, gas, teléfono..., por lo que ofreció a su hijo un refugio en su casa. La conocida normalidad resultó estresante. La ciudad acelerada. La gente de la calle descortés; de tal modo lo estimó en las dos ocasiones que abandonó la lujosa casa de su padre. La

primera para visitar a su deliciosa abuela, y la segunda para comprar una cajetilla de tabaco. Max se encargó de facilitarle un móvil de prepago hasta lograr recuperar su antiguo número de teléfono y sus demás contratos con empresas de servicios. Su reaparición no le fue divulgada a nadie. Así lo acordó con los tres hombres conocedores de la verdad, pues perseguía la idea inicial de sorprender a Cloé. Cuando habló por teléfono con Philippe, éste le animó a actuar en lugar de esperar.

—¿Ea, *pa* qué sigues ahí? Hijo, si tanto la amas, coge el coche y vete *pa' llá* enseguida, ea. ¿Qué haces el tonto lamentándote?

—¿Y si me ha olvidado? ¿Y si está con otro? ¿Y si...?

—¡Mira que eres tonto, muchacho! No vas a saberlo si no te mueves. ¡Vete allá a la Escocia ahora mismo!

—Tienes razón, viejo calamar. —Añoró su compañía.

—¡*Pos* claro que tengo razón! La vergüenza es *pa* los que no tienen agallas. Con lo *fortote* que eres tú y me vienes con esas pamplinas. Anda, no me irrites y actúa como un hombre. ¡Rayos!

—Está bien —rio—. Te llamaré en unos días.

En cuanto colgó, percibió una sombra tras él. Su padre había entrado en la sala sin él reparar en su presencia.

—Papá, no te había visto.

—Dorian, debo confesarte que Cloé te escribió una carta. La leí repetidas veces, hasta que se la devolví. Ahora te diré de qué trataba, pero antes debo reconocer que me temo que falté de tacto con ella.

Se enfrascaron en las líneas que el hombre leyó un año y medio antes. Dorian nada le reprochó a su padre, que terminó por relatarle cada detalle de las vicisitudes de aquellos lóbregos meses. Afligido a la par que urgido, el joven se apresuró en ir a un concesionario, acompañado de su padre, puesto que su deportivo dormitaba en su garaje, sin batería y sin haber pasado los permisos de circulación necesarios. Se compró un todoterreno y lo puso a nombre de su padre hasta arreglar sus papeles y su situación. De momento utilizaría su pasaporte francés bajo la identidad de Stéphane Martin. La resolución de adquirir ese tipo de vehículo en particular venía originada por el propósito de meter a Byron en el grandioso maletero, las pertenencias de Cloé en los anchos asientos traseros y a ella maniatarla, si fuera necesario, a su lado para traerla de vuelta. Además, en una ocasión habían planteado el tema; un todoterreno para recorrer Inglaterra los fines de semana.

—Antes de irte a ninguna parte, yo de ti le haría una visita a mi peluquero —aconsejó su padre—. Si ya me gustaba poco tu melena, ahora me gusta menos aún. Tienes una pinta horrible, hijo. No pretenderás que Cloé te reciba con los brazos abiertos, si pareces un mendigo. ¡Fíjate en tu barba! Ni que hubieras naufragado en una isla desierta.

—Es cierto. Ahora mismo voy, antes de que cierre. Claro que buscaré algún barbero cerca de aquí, en lugar de acudir al que frecuentaba antes de... —consideró qué expresión emplear—. De

mi pérdida de memoria.

—Mejor, sí, porque en cuanto alguien sepa que estás vivo puedo asegurarte que serás noticia y tu rostro saldrá en todos los telediarios.

A la mañana siguiente, antes de desplegar el alba sus alas mediante luces de tonos pastel, Dorian se levantó sin apenas haber pegado ojo debido a la monumental excitación. Pertrechó una pequeña maleta con la ropa que había recuperado de su casa el día de su regreso y se marchó a Escocia, reproduciendo el recorrido que Cloé había compartido con Margaret.

En cuanto cruzó la frontera, en algunos de los pueblos que franqueaba reparó en que las personas, o la gran mayoría al menos, lucían un cabello de visos pelirrojos y unos ojos cuyos azules comprendían una extensa gama de matices. Resultaba tan sorprendente como patente.

Tras pasó las lindes de Oban sobre las cinco de la tarde, dirigiéndose sin más demoras a la dirección que Max le había facilitado. Se perdió por unas calles que compartían el mismo nombre. Tras recibir las indicaciones de un viandante muy amable y con acento de la zona —se figuró—, llegó finalmente a su destino por una angosta senda apenas señalizada, escondida entre una frondosa arboleda. Se apeó del vehículo, que olía a nuevo, y avanzó hasta la puerta. Con el corazón desbocado, el estómago en la garganta, las piernas flácidas y temblorosas, llamó al timbre. Tragó saliva, se aclaró la voz y aguardó el repiqueteo de unos pasos. Si bien ningún sonido se advertía y nadie abría. Con la faz desencantada, se inclinó hacia la fachada y recorrió un muro de medio metro que cercaba la propiedad. En el jardín Byron dormía pacíficamente. Cuánto se alegró de verlo, ahí tumbado en la afelpada hierba. Planeó saltar el muro e ir a despertarlo, pero frenó su ambición. Decidió no entrar sin ser invitado, además, qué cara pondría Cloé al verlo en su jardín en la compañía del gran danés. No, la asustaría sobremanera. Se le ocurrió entonces acercarse a una floristería y comprar un ramo. De este modo le daría tiempo a Cloé para regresar del trabajo, si ése era el lugar donde se encontraba.

Escogió unas preciosas y exuberantes rosas blancas que desprendían un olor formidable. Tardó en volver por aquel camino que le confundía, por lo que, consecuentemente, su reloj marcaba más de las seis cuando estacionó su todoterreno a unos metros de la casa de Cloé. Cuando se disponía a llamar al timbre en este segundo intento, distinguió la voz de su amada resonando cual dulce melodía. Provenía del jardín. Al avanzar por el exterior de la vivienda reflexionó sobre la forma de darle la noticia de su resurrección, de saludarla, de besarla, o de abrazarla entre suaves palabras. En cuanto descubrió otra voz, de modulación masculina, todas sus ilusiones se vinieron abajo. Se escondió entre la maleza para espiar, al acecho de una terrible explicación. Barajó varias teorías, inclinándose hacia las peores. Un hombre se alejaba de Cloé y entraba en la casa, aunque no era a la que había llamado, sino la otra. La única que colindaba con la vivienda de Cloé, y parecía estar unida a la suya de no ser por una valla blanca de madera.

«¿Me habré equivocado de puerta?», pero ésa no era la pregunta que más le aterraba, no. El sobrecogimiento se originó cuando advirtió el bulto envuelto en una manta que ella sostenía en sus brazos. Mecánicamente, telefoneó a Max para solicitar su ayuda.

—Max, ¿puedes llamar a Cloé a su móvil? Verás, no estoy seguro de situarme en la buena dirección. Veo a una chica que se le parece, pero... No puede tratarse de Cloé. Esa chica mantiene un bebé en brazos. Llámala, por favor, pero no le comentes que estoy en su casa, ni que estoy vivo. Invéntate alguna excusa, ¿de acuerdo? —colgó.

De pronto, el móvil de Cloé resonó en el bolsillo de su pantalón. Se apresuró en apagarlo antes de que el estridente sonido malhumorara a la pequeña. Era Max quien la llamaba. Unos días antes, éste había telefoneado y ella, en semejantes condiciones, le había prometido devolverle el toque.

«No cabe duda. Si su móvil ha sonado significa que es Cloé. ¡Dios santo! Se ha casado, tiene un hijo..., bueno, una hija, dado el color de la manta. No me lo puedo creer. ¿Cuánto ha transcurrido? Un año y medio. Pues no ha perdido el tiempo», bufó amargamente.

Entretanto el padre de la niña volvía con una bandeja de bebidas y tentempiés, Cloé se sentó a la mesa del jardín, hechizada por la mirada del pequeño demonio, que, por fin, había cesado de sollozar.

Aunque Dorian no lograba oírlos desde su escenario, sí lograba contemplar cuánto amor se profesaban. Procuró agudizar la vista, esforzándose en leerles los labios, sin conseguirlo. La pareja decía en realidad:

—Eres una verdadera madraza. —Cameron besó la mejilla de Cloé tras depositar la bandeja sobre la mesa. El cuerpo de Dorian se estremeció al observar aquel beso—. No sé qué haría sin ti. —Tomó asiento frente a la joven y aferró la mano que no sujetaba a la niña—. Lo digo sinceramente, Cloé. Me temo que no te agradezco lo suficiente cuánto te encargas de Shanna. Bueno, de Shanna y de mí. Estaría perdido sin ti. —Un brillo asomó en sus ojos acompañado de unas lágrimas.

Al reparar en ello, Cloé avanzó hasta el borde de la silla, deslizándose con cuidado para no importunar a Shanna, en su regazo. Besó la mano de Cameron, emocionándose ella también. Dorian, quien no percibía las palabras, estranguló los tallos de las rosas, preso de una tortura indescriptible.

—Ey, vas a hacerme llorar. —Lo miró con cariño—. Ven aquí. —Se levantaron ambos fundiéndose en abrazos.

Escudriñaba la escena a la distancia remitiéndose a lo evidente: la pareja compartía un momento de felicidad plena. Dos padres amorosos arrullando un bebé, viviendo sus sueños en un espectacular jardín presidido por una casa de campo, con un perro completando la estampa familiar. De haberse acercado a ellos, habría comprobado otra realidad. Ya era demasiado tarde. Su ira se incrementaba. Las llamas de los celos y de la decepción alcanzaban sus mejillas, enrojecidas, y sus ojos anegados en ácidas lágrimas. Permaneció de pie, incapaz de mover un solo músculo, paralizado.

—La echo tanto de menos. —Cam rompió a llorar contra el cabello de Cloé.

«¿Por qué no me has esperado? Sé que me quieres porque aún me hieres. Cloé, si sólo hubieras esperado un poco», gemía Dorian en sus adentros.

—Estoy segura de que está con nosotros. Está viendo a su hija y cuidando de ella, Cam. Estoy segura —repitió Cloé, el corazón desgarrado.

Desde lontananza, Dorian atisbaba cómo Cloé rozaba el rostro del hombre que la aprisionaba entre sus brazos. Ella acariciaba su corto cabello, besaba sus mejillas y rodeaba su espalda con la mano libre.

Dorian no lo soportó un segundo más. Arrojó las flores sobre unos helechos y se marchó, las manos ensangrentadas por la fuerza de sus uñas hundiéndose en las palmas de sus manos. Byron revoloteó en el jardín de la casa adyacente, ladrando al viento, interrumpiendo la afligida conversación de Cloé y Cam. Dorian encendió el motor y se alejó del trágico final de su historia de amor, de la única mujer a quien había amado con todo su corazón. A la salida de Oban se detuvo en un lateral de la carretera y lloró como nunca hubo imaginado que podía llorar un hombre, golpeando el volante, el salpicadero, removiéndose en su asiento, gritando de agonía. Regresó a Londres sin hacer una sola parada.

La noche posterior se emborrachó en un bar de mala muerte en compañía de Max.

—Está casada y tiene un hijo —repitió por enésima vez.

—Jamás lo habría vaticinado. Para mí era impensable. Lo considero tan extraño, nunca me ha comentado nada. —Se encogió de hombros, sentado sobre un taburete alto junto a Dorian, los codos sobre la barra.

—Y yo que pensaba que Dunbridge era mi problema. ¡Ufff! —chistó—. Ahora no tengo nada que hacer. —Acabó su copa de un trago—. ¡Ponme otra! —pidió al camarero.

—No se me ocurre una explicación coherente, señor —alegó Max, incrédulo ante la noticia.

—Ignoro qué haré a partir de ahora. Tengo la cabeza hecha un lío. —Se pinzó el puente de la nariz y continuó bebiendo de la copa que el camarero le había servido.

—Haga lo que haga, no encontrará respuestas en una botella de alcohol, si me permite la apreciación.

—Ni en una botella ni en Londres, me temo —susurró apurando el líquido que le ardía en la garganta—. Está bien, Max, llévame a casa, si no te importa, debo hablar con mi padre.

Borracho, o en un momento de lucidez, avisó a su padre de que partiría al día siguiente a Île-Molène. Como Cloé, pensaba que Inglaterra ya no era su lugar. La ciudad le angustiaba, el ruido, el clima, la velocidad de la vida, y albergaba excesivos recuerdos de su amada.

—¡Acabo de recuperarte, Dorian! Te lo ruego, quédate. Lo solucionaremos. Encontraremos un...

—Papá, necesito reflexionar unas semanas. Sólo voy a tomarme un tiempo, una temporada con Philippe. Regresaré en cuanto lo estime conveniente. No se trata de una despedida para siempre.

Su padre restregaba sus dedos sobre su frente en un intento de calmarse para lidiar con la tremenda situación.

—Pero si acabas de volver de allí, ¿por qué la necesidad de regresar? ¿Qué tiene aquel lugar para que desees irte? ¿Para qué comprarte un coche nuevo si...?

—No lo entenderías, es otro tipo de vida. Allí los problemas se empequeñecen, son más llevaderos. Me agrada aquello, y el aire que allí se respira obra de sedante. Además, aquí poco me queda, papá.

—No digas eso, Dorian. Te sientes así por Cloé, pero tu corazón se recuperará. No era para ti.

Con esto último, Dorian entrecerró los ojos y se dirigió al ordenador del despacho de la casa de su padre. ¿Cómo restaba tanta importancia a su desdicha? Se preguntó frenético. Compró un billete de avión para primera hora de la mañana. Le consumían las prisas por alejarse de todo cuanto le recordaba a Cloé.

Se levantó en plena madrugada para tomar su vuelo de las seis y veinte de la mañana que lo trasladaría a París, donde esperaría desde las ocho y cuarenta hasta las diez y veinte para embarcar en el avión que lo conduciría hasta Brest. Apenas llegó a tiempo de enlazar parte de su viaje para subir al barco que navegaba hacia Le Conquet. Recordó su trayecto desde el hospital hasta la casa de Philippe, cuando su mente aún era un lienzo en blanco. A media tarde, nervioso por cómo lo recibiría Philippe, puesto que no le había avisado, surcaba las aguas entre Le Conquet e Île-Molène.

De vuelta en el lugar que tan bien le había acogido, caminó hacia su reciente y antigua residencia, obligado a detenerse cada tantos pasos para saludar a los lugareños que lo reconocían. Como uno de ellos aclaró que Philippe se encontraba en la taberna de Lola, allí se encaminó. Antes de abrir la puerta del recinto, Philippe salió apresuradamente.

—Que *m'ha* venido el fulano aquel. —Apuntó con el dedo a Gael, un chico de unos quince años—. Y *m'ha* dicho que el inglés estaba aquí. Y yo le *contestao*: «¡Por las barbas de Neptuno, que me cuelguen de una vela mayor o de un mástil si es verdad!». Y mírate, aquí de pie tan *cambiao*, limpito y reluciente. *T'has cortao* el pelo, y qué ropas llevas. ¡Ah, claro que tiene nivel mi muchacho! —se emocionó y abrazó a Dorian.

—Ja, ja, ja, cuánto te he echado de menos, viejo. —Una lágrima estuvo a punto de catapultarse por su mejilla.

—¿Pero qué haces aquí? —Le dio unas palmadas en la espalda finalizando el abrazo—. Vamos a tomar una *cerveciña* y me lo cuentas, ea.

Todo le relató a Philippe, cada amargo detalle que le enturbiaba la mente y no le dejaba respirar desde que había contemplado a Cloé en brazos de otro, y con una hija además.

—Ha sido una verdadera locura, viejo. Todo ha ido muy deprisa. Tengo la impresión de haber vivido un mes entero en el transcurso de tres días. He conducido unas dieciocho horas para ver a Cloé, salí por la noche con un amigo, me emborraché y decidí volver aquí. Sufro de un empacho de kilómetros. —Procuró sonreír, sin gana alguna.

—¿Pero no se puede hacer *na*? ¡Ea, róble la mujer! Ella te pertenece a ti, no al otro. Tenías que haber *hablao* con ella. No puedes bajar los brazos y desanimarte, hijo. Debes recuperarla.

—¿Robarle la mujer a otro? No me creo que esas palabras hayan salido de ti.

—¡Pero es una circunstancia especial! No te lo recomendaría si fueras un donjuán. ¡Rayos, a esos sinvergüenzas ni sidra! ¿Tú la amas, hijo? ¿La amas de verdad?

—Como nunca he amado ni amaré a nadie.

—*Pos* ya está, asunto *arreglao*. Te relajas unos días, salimos de pesca y luego te vas *pa' llá* y le cuentas todo lo que *t'ha pasao*. ¿Oye, estás seguro de que la niña no es tuya?

Un mes discurrió desde su regreso a la isla; un mes cuyos días se tornaban interminables. Sobre todo cuando el pueblo se atestaba de turistas, dado que estaban en temporada de verano. Cada día mantenía la misma rutina, pescaba o araba, se paseaba por la costa, bebía en exceso y fumaba más que cuando se marchó. Se sentía traicionado y desgraciado. Nada le subía la moral, por mucho que Philippe, Pascal, Julien y Elouan lo intentaban. Parecía muerto en vida. En el transcurso de esas semanas había decidido recompensar a Philippe de alguna manera, no solo por salvarle la vida, sino por tratarle como a un hijo. Pese a ofrecerle una desorbitada suma de dinero, Philippe se negó en rotundo. La rechazó hasta que un pensamiento que manó de Dorian le agradó: restaurar el *semaphore* del pueblo. Una tarde, ayudaba a desembarcar sacos de cemento en el muelle cuando recibió un mensaje de Max, quien no había cesado de llamarle, aunque él rechazaba las llamadas.

De Max — Recibido a las 16:43 h

Cloé no está casada. Tampoco es madre. ¡Vaya corriendo a Oban!

Es la madrina de la niña que vio. El chico es su amigo.

«¡Pero mis ojos no han podido traicionarme de ese modo!», discernió evocando los momentos precisos en los cuales había distinguido un beso, una caricia, un abrazo. «Max quiere hacerme creer lo contrario, pero sé lo que vi. ¿O me habré precipitado en mis conclusiones?» Por inercia, su mano buscó el número de Max.

—He recibido tu mensaje. ¿Estás seguro?

—Totalmente, señor. Me ha llamado a mediodía. Llevo horas intentando contactar con usted. Me ha explicado que la niña pertenece a unos amigos. Que es su madrina. Ni está casada ni tiene pareja. Palabras textuales. ¿Le mando un avión privado a Brest?

—Ahora mismo te abrazaría, Max. —Río de esplendoroso júbilo—. Sí, mándame un avión en cuanto puedas, voy de camino a Brest. —Colgó y corrió en busca de Philippe gritando su nombre por la calle como un poseso.

—¡Philippe, llévame a Brest ahora mismo! —Apoyó sus manos sobre sus rodillas, se había quedado sin aliento.

—¿Qué pasa, hijo? —Su corazón dio un vuelco.

—Cloé... Es Cloé. Ni está casada ni tiene pareja, y tampoco es madre —calcó las palabras de Max.

«Mira que te gusta asustarme», pensó para sí el anciano.

—*Pos* allá que nos vamos ahora mismo, muchacho. ¡Ves! Te lo dije. —Golpeó el hombro de Dorian—. Si es que estaba escrito que esa joven era *pa* ti —se regocijó en sus vaticinios.

Arregló su maleta como alma que lleva el diablo y junto a Philippe navegaron hasta Brest, donde aguardó unas horas la venida de su avión particular. Voló hasta Glasgow, el aeropuerto más cercano, donde alquiló un coche, bien entrada la noche. Se plantó en Oban en dos horas y quince minutos. En la radio daban las cuatro de la madrugada, pese al relumbrante cielo de tonos claros que iluminaba las carreteras; en verano el día duraba casi veinte horas. Ni se perdió ni tardó en aparecer en la dirección de la cual salió despavorido en la anterior ocasión. Bajó del coche con apremio y llamó incesantemente al timbre de la puerta, aun a riesgo de despertar a todas las casas a un kilómetro a la redonda.

«¿Dónde se habrá metido? Poco ligero tiene el sueño o no está», dedujo cuando perseveró llamando.

—¿Quién arma este alboroto a estas horas? ¡Hay gente durmiendo! —Un hombre se asomó a la ventana de la casa contigua.

—Disculpe, estoy buscando a Cloé —reconoció al hombre, era el que había confundido con el marido.

—¿No está? Mmm..., puede que... ¿Pero quién es usted? —cuestionó antes de revelar el posible paradero de su vecina.

—Me llamo Dorian Gardiner. Ella me conoce, soy...

—¿Dorian? ¿El de Londres? ¿Su Dorian? —abrió la boca, patidifuso.

—Ése soy yo, su Dorian. —Sonrió como un tonto enamorado al escuchar tal definición.

—¿Dorian el que murió en el mar? —continuaba preguntando para certificar que no estaba soñando. Cloé nunca lo había mencionado, pero sí su mujer, Megan.

—Así es, pero si no le importa me urge encontrar a Cloé para decirle que estoy vivo.

—Ah, eh... Claro, claro. —Se frotó la nuca anonadado—. Intuyo que pasará a Byron. Lo hace cuando no logra dormir. La encontrará en la bahía. Vuelva por donde ha venido, por este camino, luego a la izquierda por la bifurcación. En cuanto la calzada se ensanche aperecibirá el mar. No tiene pérdida. Estará en la orilla de piedra.

—¡Gracias! —Salió disparado sin esperar respuesta.

Corrió como si la vida le fuera en ello, hasta divisar una figura, la única junto al mar. Un perro la acompañaba. Sin lugar a dudas, era Cloé; vestía un pantalón de color crema y un suéter a rayas azules y blancas. Cruzó la carretera principal y se internó en la playa de guijarros. Escudriñó a la hermosa joven que suspiraba con tribulación. Ésta divisaba en el cielo —entre las colinas de la isla de Kerrera— un águila marina acechando su desayuno. Luego Cloé se agachó para acariciar el liviano oleaje que lamía las guijas. Sus dedos surcaban las espumas que empujaban las olas.

A punto de sufrir un colapso, todos sus músculos tiritaban a causa de una devastadora alteración e histerismo. Como si su corazón y su estómago se hallaran en una montaña rusa,

preguntó, maquillando su agitación con un pausado tono de voz:

—¿Miss Nicholls?!

Estremecida de pronto, creyendo soñar despierta, elevó el rostro hacia la inigualable voz. Se levantó apoyando una mano sobre el suelo, pues cada músculo de su cuerpo tremolaba generándole sacudidas.

«¿Acaso he muerto y he alcanzado a mi amor verdadero en el paraíso?», cuestionó atónita ante el espejismo. Una ola de fuego la abrasó, arrebatándole el soplo de sus pulmones.

Byron estiró de la correa en cuanto descubrió el aroma de su dueño, trotando hacia él y subiendo las patas delanteras a su pecho. ¡Cómo había crecido!, apreció el hombre, de aspecto cansado.

—Hola, mi chico. ¡Qué grande estás! Mi campeón... —Acarició su cabeza, sus orejas y su lomo.

—Do... Do... D... ¿Dorian, eres tú? —Le sobrevino una punzada en la garganta al pronunciar aquel nombre que había prometido no formular nunca más. Avanzaba hacia la añorada figura que estimaba desaparecida con desconfianza, por si su mente le jugaba una mala pasada. Apenas lograba caminar, sus piernas flaqueaban.

Dorian estaba a punto de contarle cuántas penurias había vivido, su infierno en el mar, el año y medio sin conocimiento de su vida, la creencia de su casamiento, sin embargo, aguardó a que ella se repusiera. Su rostro sugería que había visto a un fantasma, y en parte así era.

—Soy yo, amor mío. No te imaginas cuánto te he añorado. —Fundió su mirada en la de Cloé, la tez pálida y las mejillas escarlatas aun así. Advertía cómo, tras detenerse su respiración, su pecho ahora se hinchaba y deshinchaba presuroso.

Cloé se precipitó hacia él exhalando un estrangulado gemido y saltó a su cuello, tomándola Dorian en el aire, alzándola para que lo rodeara con las piernas y los brazos.

—¿Dorian, Dorian! —sollozaba Cloé trastornada. Palpaba la frente, las mejillas, la barba y el cabello del fantasma para cerciorarse de que él se hallaba entre sus brazos—. Te lo ruego, si esto es un sueño no me despiertes. No vuelvas a abandonarme. No me dejes —murmuró con la voz rota estrechando con ahínco su alucinación, materializada por vez primera.

—Vida mía. Nunca más volveré a irme. Nunca más te abandonaré. Te amo como nunca he amado a nadie. Te amo, Cloé, mi Cloé —confesó arrullando sus labios contra los de ella, saboreando el jugo por el que daría cuanto poseía sin dudar. La besó como jamás la había besado, fluyendo inenarrables emociones.

Sus miradas penetraban la una en la otra, el aceitunado verde en el extenso gris. Ambos turbados. Ambos ansiosos, como la casa que da la bienvenida a su dueño. Ambos sedientos de las palabras, de los roces del otro. Expectantes por saberlo todo acerca del pasado y de cuanto les destinaba el porvenir. Solícitos por no separarse jamás.

—Dorian, sabía que estabas vivo —gimoteó entretanto le acariciaba los labios, la nuca, los hombros... Sus dedos reconocían aquel cuerpo. Era real. El tacto de los músculos que tanto le

había exasperado no volver a tocar. Cada poro de su piel rememoraba a la perfección cuanto rozaba. Él era su alma gemela—. ¡Lo presentía! Debí proseguir con la búsqueda. Debí... —Negó con la cabeza, bailando su cabello—. Perdóname. Perdóname por aceptar la petición de Charles, por permitirte marchar aquella noche..., por no demostrarte cuánto te quiero.

—No digas nada más, cariño. Soy el único culpable. No debí irme a surfear enfadado. Y... —bufó—. Tendremos tiempo de contárnoslo todo, aunque sólo me importa nuestro futuro.

—¿Estoy en el cielo? —Sonrió mordiéndose los labios. Aún dudaba. Su pulso galopaba como un corcel salvaje ensordeciendo sus oídos, aturullando su mente.

—Si el cielo es estar a tu lado, entonces ambos estamos en él. —Rodeándola por la cintura, la ayudó a situar los pies sobre los guijarros.

Byron revoloteaba alrededor de la pareja, pero se sentó cuando observó a Dorian arrodillarse sobre el suelo. Sacó de un bolsillo una caja azul marino y, mientras la abría, mostrando un espectacular anillo de diamantes que perteneció a su difunta madre, el cual había pedido a su padre y había guardado desde su anterior viaje a Oban, expuso:

—Cloé Emma Grace, no quiero desaprovechar ni un segundo de mi existencia. He tenido que morir y resucitar para darme cuenta de que no sólo deseo pasar el resto de mi vida a tu lado, porque esto ya lo sabía, sino de que necesito que Dios nos una, y necesito gritar a los cuatro vientos que eres mía para la eternidad. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Me harías el honor de casarte conmigo? —reformuló. Una lágrima rodó por el canto de su ojo mientras Cloé ocultaba su estupefacción tras sus manos—. Cásate conmigo, vida mía —susurró prendiendo su mano y besando el dorso—. ¡Te amo! ¡Te amo! —Sonrió, la entonación trémula. Pese a no contestar por su gran alteración, ella asentía reiteradamente, con un nudo en la garganta originado por las lágrimas de boyante emoción que se precipitaban por sus mejillas—. ¡Cásate conmigo, Miss Nicholls!

Fin

## Agradecimientos

Cuando vendí uno de los primeros ejemplares en preventa de *La marquesa de Connemara*, me hizo tanta ilusión que prometí agradecersele a Pandora Books en mi próximo libro. ¡Laura, muchas gracias por darle una oportunidad a mi historia! Lo mismo sucede con Miss Cherry Books. Gracias por abrirle ficha en Goodreads y compartirlo desde el principio.

También quiero agradecer a todos los blogs que se han adentrado en sus páginas y me han brindado tan bonitas reseñas. ¡¿Qué haríamos los escritores sin vosotros?!

Cómo no, mil gracias a Ignacio y Óscar por aguantarme día a día, por permitirme escribir cuando lo necesito y por no reprocharme sufrir pataletas cuando me embarga la ansiedad. ¡Sois los mejores!

Gracias a Adelaida, mi editora de Click Ediciones, por responder siempre a mis preguntas, por su sinceridad y por confiar en mi pluma. Espero que nuestra relación perdure por muchos años.

Gracias a los correctores de Click Ediciones por subsanar mis fallos y colmar mi curiosidad *escritoril*. Fran, buscador incondicional de palabras repetidas..., muchas gracias.

Y a ti, al que seguramente olvide nombrar sin querer, gracias igualmente.

## Biografía



Bajo el seudónimo J. F. Morgan escribe Sylvia Couget, autora francesa de novelas románticas.

Su relación con los libros no llegó como un flechazo en la infancia como le sucede a muchos escritores. Salvo los cuentos tradicionales, no ahondó en la literatura hasta cierto verano de su adolescencia. Entonces sí le alcanzó un amor a primera vista; un amor que se impuso y se fortificó a medida que devoraba una colección de novelas románticas muy antiguas, escondidas en un taquillón de la casa donde vivía en Francia.

Le satisface que sus lectores se evadan a los lugares que ha creado, se enfaden o ríen con los personajes considerándose parte de su trama, y se dejen envolver por el manto de la imaginación, que no entiende de edades o de límites.

*Miss Nicholls* es su segunda novela publicada en el Grupo Planeta, en el que ya publicó su primera novela, *La marquesa de Connemara*.

Facebook: <[@JFMorganoficial](#)>

Twitter: <[@JFMorganoficial](#)>

Instagram: <[@morganoficial.es](#)>

## Notas

1. *Archbold Criminal Pleading, Evidence and Practice*: libro penal que recoge directivas, jurisdicción, leyes, etc. Ofrece credibilidad argumental ante la corte.

1. 999: teléfono de emergencias en Inglaterra.

1. El pepino: 30 St Mary Axe, edificio temático de Londres, llamado así por los lugareños.

1. Online Dispute Resolution (ODR): es una resolución digital por la cual ya no es necesario presentarse ante un juez. Ideado para casos civiles, facilita el aligeramiento de la justicia utilizando un sistema semejante a Ebay.

1. *Quid pro quo*: del latín. Una cosa por otra.

1. *À tout à l'heure*. Del francés, «hasta luego».

1. Dónut: accesorio del cabello con dicha forma para elaborar moños de bailarina.

1. *Tempus fugit*: del latín, «el tiempo vuela o se escapa».

1. Hébridas: conjunto de islas o archipiélago.

1. St. Andrew's Day: día de la fiesta nacional en Escocia.

1. The Saltire: cruz de San Andrés.

2. El cardo es la flor nacional que representa a Escocia.

3. *Ceilidh*: baile tradicional de los gaélicos.

1. La Carretera de las Islas (Road to the Isles), bordea toda la costa apercibiéndose las islas.

1. Los números hacen referencia a los milímetros de grosor del neopreno. Las cifras altas sirven para surfear en aguas frías, mientras que las cifras bajas sirven en aguas templadas.

2. *Spot*: zonas con olas aptas para el surf.

3. *Leash*: cable de plástico que se ata al tobillo, generalmente, para evitar perder la tabla.

4. Viento maral: va desde el mar a la playa. Viento terral: va de la playa al mar.

1. *Fortote*: fuerte. Expresión lugareña.

2. RCP: respiración cardiopulmonar.

1. Morvan: hombre del mar.

2. Îles du Ponant: islas de poniente.

3. *Goémoniers*: Recolectores de *goémon*, un alga roja.

4. *Semaphore*: torres creadas bajo el mando de Napoleón I y que se sitúan en las costas para vigilar posibles aproximaciones marítimas de los enemigos.

*Miss Nicholls*  
J. F. Morgan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© J. F. Morgan, 2020

© del diseño de la portada, Click Ediciones/Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la portada, Sofiazhuravets/123RF y Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22425-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

### **Otros títulos de Click Ediciones**

[La marquesa de Connemara](#)

J. F. Morgan

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

